This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

GIFT OF
J.C.CEBRIAN

SIGILLVM · VNIVERSITATIS · CALIFORNIENSIS
FIAT LVX
MDCCCLXVIII

EX LIBRIS

GINÉS PEREZ DE HITA

GINÉS PÉREZ DE HITA

ESTUDIO BIOGRÁFICO Y BIBLIOGRÁFICO

POR

DON NICOLÁS ACERO Y ABAD

Magistrado, Jefe de Administración civil,
Académico de las Reales
de la Historia y de Ciencias Morales y Políticas, etc.

MADRID
TIPOGRAFÍA DE MANUEL G. HERNÁNDEZ
IMPRESOR DE LA REAL CASA
Libertad, 16 duplicado
1888

J. C. CEBRIAN

Dedicatoria

Á el Ateneo de la siete veces coronada y fidelísima Ciudad de Murcia, en cuyo hospitalario suelo, como en cuna de flores, descansan los restos de mi desgraciada hija Jesuita; Á la M. N. y L. Ciudad de Lorca, la de primate blasón, á quien Ginés Pérez de Hita ensalza en sus escritos y en sus cantos llama «La gran Ciudad de Marte»; Á la no menos antigua N. y L. Villa de Mula, patria de claros varones y entre ellos del ingenioso autor de las «Guerras civiles», Señora de las Villas del Serenísimo Reino, de la cual soy Hijo adoptivo y su Cronista; Finalmente, á los Duques de Medinasidonia y Vibona, Excmos. Sres. D. José Alvarez de Toledo, Marqués de Villafranca y de los Vélez, y D. José Alvarez de Toledo y Acuña, Conde de Xiquena, herederos de las glorias de los esforzados é ilustradísimos Fajardos, dedica este libro

El Autor.

Madrid, Marzo, 1888.

339176

GINÉS PÉREZ DE HITA

PRIMERA PARTE

I

Lugar y año del nacimiento de Pérez de Hita

En el folio 67 del capítulo preliminar de mi *Historia de la villa de Mula*, escribí lo que sigue: «También fué natural de esta villa Ginés Pérez de Hita, por más que Morote, en sus *Antigüedades de Lorca*, le haga equivocadamente natural de Murcia.»

Este aserto mío, que anteriormente había señalado Aribau sin dato seguro, procuré certificarle por unos apuntes genealógicos de la familia de Hita (existentes, con otros, en el Archivo de la Casa Capitular de Mula), persuadiéndome que Ginés Pérez nació en esta villa, siendo bautizado en la parroquia de San Miguel, y se casó en Murcia, donde estaba establecido y avecindado por el año de 1597 (1).

(1) Dos años después de aparecer la edición de *Las Guerras civiles*, hecha en Zaragoza, año de 1595, imprenta de Miguel Gimeno Sánchez.

ñalar á Mula como patria de Ginés Pérez de Hita, le parece insuficiente la partida de bautismo que sólo expresa el nombre propio y el patronímico Pérez, este dato se corrobora por la fecha, y además adquiere completa certidumbre por el testimonio del titulado *Libro de las familias*, que cuenta al mismo Ginés Pérez, sin el complemento de Hita, entre los individuos de este linaje; dato especial y concreto, muy atendible por su antigüedad y por el conocimiento que de este hecho debían tener las personas que en forma auténtica hicieron el libro, y los que de sus propios escritos y antecedentes suministraron las noticias que nadie mejor que ellos estaban en disposición de saber y conocer á punto cierto.

Esto aun sin contar con que no es cosa rara, sino antes bien frecuente, que los hijos-dalgos, ó hidalgos, cuando radicaban ó vivían en su país, asegurados de que nadie ignoraba su nobleza, y que además constaba en las actas municipales, se contentaron con el patronímico, sin completarlo con la distinción heráldica del pueblo ú otra circunstancia que distinguió á sus antepasados. Cabalmente esta omisión se observa ser en Mula muy común en las familias nobles. Los Martínez abandonaron el aditamento de Exea; los Fernández el de Capel; los Sánchez el de Galinsoga, etc.; y en esa especie de desprendimiento, ó llámese desidia, los Pérez han sido los más abandonados; pues conociéndose en Mula tres linajes patronímicos del mismo apellido, á saber: «Pérez de Molina,» «Pérez de Valladolid» y «Pérez de Hita,» todos han preferido llamarse, sin duda por abreviar, Pérez á secas, exceptuando el último, que después de cierto tiempo, y por motivos especiales, apareció en segunda rama con Hita sin Pérez, acaso con el fin de evitar la confusión con la primera.

Prescindiendo de todo, tiene grave importancia, aunque faltasen otros indicios (que el mismo Sr. Baquero Almansa califica de vehementes), á los que se derivan naturalmente de hechos conocidos: es uno de ellos, no despreciable, el nombre de Ginés, que tuvo el autor de las *Guerras civiles de Granada*, y que viene repitiéndose en todas las generaciones que forman la línea recta de descendientes hasta la última; el haber visto varios ejemplares antiguos de la obra de la casa de

Hita; la predilección y señalada honra con que distingue á la mesnada de Mula y sus caudillos; la creación ideal de una persona tan bien figurada con amables y simpáticos adornos poéticos, presentándola como hija de nuestra villa de Mula y de propio linaje (1); la suposición de que por medio de esta mujer interesante se llamó y acudió á combatir en duelo singular por la Reina mora, con otros tres caballeros cristianos, el Sr. de Mula, D. Juán Chacón, los cuatro en su defensa contra otros tantos zegríes que sostenían la acusación del adulterio; indicios que por ser varios y conexos hacen pruebas del hecho á que se aplican, y sirven de fundamento á la identidad personal, que ofrece de suyo la partida de bautismo, con la coincidencia de nombre usual en la familia, patronímico y fecha del nacimiento, ya la justificación verdaderamente *preconstituída* que ofrece el *Libro de Hidalgos* con su antiguo, especial y concreto testimonio. De tantos y tan fuertes elementos se compone el *hecho* cierto que yo he demostrado, á pesar de que la ilustración de mi querido crítico los califique de *poca cosa*, sin duda por referirse únicamente á la partida sacramental, que en efecto no sería concluyente sin los demás adminículos.»

Pasado algún tiempo, y en Septiembre del mismo año, el Sr. Baquero Almansa resucitó la polémica, y en lo que se refería á Pérez de Hita en esta forma:

«Yo no puse en discusión que el famoso autor de las *Guerras civiles* pudiera contarse entre las glorias de la Villa historiada. Reconocía que hay vehementes sospechas para creerle hijo de Mula; estas sospechas son las que V. indica en su primera epístola, las mismas que tuvo ya en cuenta Aribau, las mismas que también vió V. recogidas en el capítulo de mi *Literatura murciana durante la Casa de Austria*, que trata de Pérez de Hita, publicado hace tiempo en *El Semanario*. Ni menos puse en duda que el mote de bautismo de Ginés Pérez de Hita, una vez encontrado, fuese testimonio suficiente para fijar de un modo definitivo la patria de este ingenio. Mi

(1) Doña Esperanza de Hita.

duda es que V. pueda ufanarse de haber topado con dicha partida bautismal; y mi reparo era que si efectivamente ha tenido V. esa fortuna, su libro no trata este punto concreto, de especial interés, con la claridad y precisión bastantes á producir el convencimiento en lectores algo escrupulosos.»

«Sólo dice V. que «por la época en que, según antecedentes, nació Ginés Pérez de Hita, aparece en el registro parroquial de S. Miguel, la partida de Ginés Pérez, hijo de Ginés Pérez, pero sin contener, como debiera, los demás datos de madre, abuelos, etc.» Ni siquiera consigna V. la fecha. Por la época en que según antecedentes nació..... ¿Qué antecedentes? ¿Qué época? La biografía de Hita está por hacer; los poquísimos datos que de su vida conocemos se han sacado exclusivamente de sus obras; Cascales ni siquiera le nombra, ni lo menciona tampoco Polo de Medina. Porque asistió á toda la guerra de los moriscos (1568) como simple soldado, se calcula que debió de nacer hacia 1545; pero esto es sólo una conjetura más ó menos probable. A esta simple conjetura, de qué refuerzo puede servirle el simple mote de un Ginés Pérez, hijo de otro Ginés Pérez *cristianado... por aquellos tiempos.*»

«A lo cual, en Febrero del siguiente año de 1887, aunque con algún retraso contestaba: «Queridísimo Tornel: No esperaba que el amigo Baquero resucitara la cortés y gallarda controversia, que no hace mucho tuve el honor de sostener con el profesor y el amigo, á propósito de los atinados reparos que puso en honroso artículo crítico de mi *Historia de Mula.*»

«De sincera buena fe se me antojaba aplicar al cariñoso crítico lo que dijera el Tasso de un embajador sagaz «*sono acuse epasion lodi.*» Sin embargo, entonces como ahora, resultará siempre, mi querido D. Andrés, tan docto como ingenuo.»

»Por lo que V., querido Tornel, me dijo en una muy grata para mí, tenía entendido que la polémica había terminado, y hasta llegó á antojárseme, ¡Dios me lo tome en cuenta! que al retirarme del palenque, si magullado, maltrecho y malferido no marchaba como era de esperar de erudito tan concienzudo; más es el caso, que resucitado el tema de la no lejana aunque pasada discusión, sobre si el autor de las *Guerras civiles de Granada,* era ó no nacido en la villa de Mula, me dice última-

mente en *El Diario*, que: «Está muy lejos de constituir prueba plena en la cuestión de *la naturaleza de Hita* en aquel *mote* de bautismo de un Ginés Pérez, hallado por mí en la parroquial de San Miguel de la villa de Mula.»

«Y ¿por qué? Pues muy sencillo. Porque el P. Morote, en la página 340, parte segunda, libro 3.º, capítulo 10 de los *Blasones de Lorca*, al hacer la descripción de la batalla del Puerto del Conejo, trasladando al texto la octava que empieza: «*Ya saben que á los moros esperamos*,» asegura que su autor, Pérez de Hita, era natural de Murcia, é ítem más, que al reseñar la de los Alporchones, en la pág. 358 de la misma parte y del mismo libro; pero en el capítulo 16 de los citados *Blasones*, repite Fray Pedro, que Pérez de Hita es *natural* de Murcia.

«Y es evidente, que si Morote asegura por duplicado que nuestro Hita, es natural de Murcia, y el ilustrado Sr. Cánovas y Cobeño, ha proporcionado al amigo D. Andrés una de las varias portadas *que corren* (y de las cuales yo poseo también una *idéntica*), con el heróico poema intitulado *Libro de población y hazañas*, etc., debido á la pluma del que, el señor D. Miguel G. de Cisneros llamó historiador de Lorca, y en tal fachada se asegura que Ginés era *vecino* de la antigua Eliocrota, y *natural* de la ciudad siete veces coronada, no es de gran estima lo que escribe el Sr. Acero.»

«Pues á pesar de que pesan mucho, muchísimo en mi ánimo, mi querido Sr. D. Andrés, sus razones, como hijo de navarra y aragonés, permitido ha de serme que no me rinda y siga recabando, una vez más, para la muy Noble y muy Leal villa de Mula, la naturaleza del escritor entretenido é ingenioso, que en nuestras inolvidables conversaciones convinimos en apreciar como padre de la novela histórica española, único en su clase.»

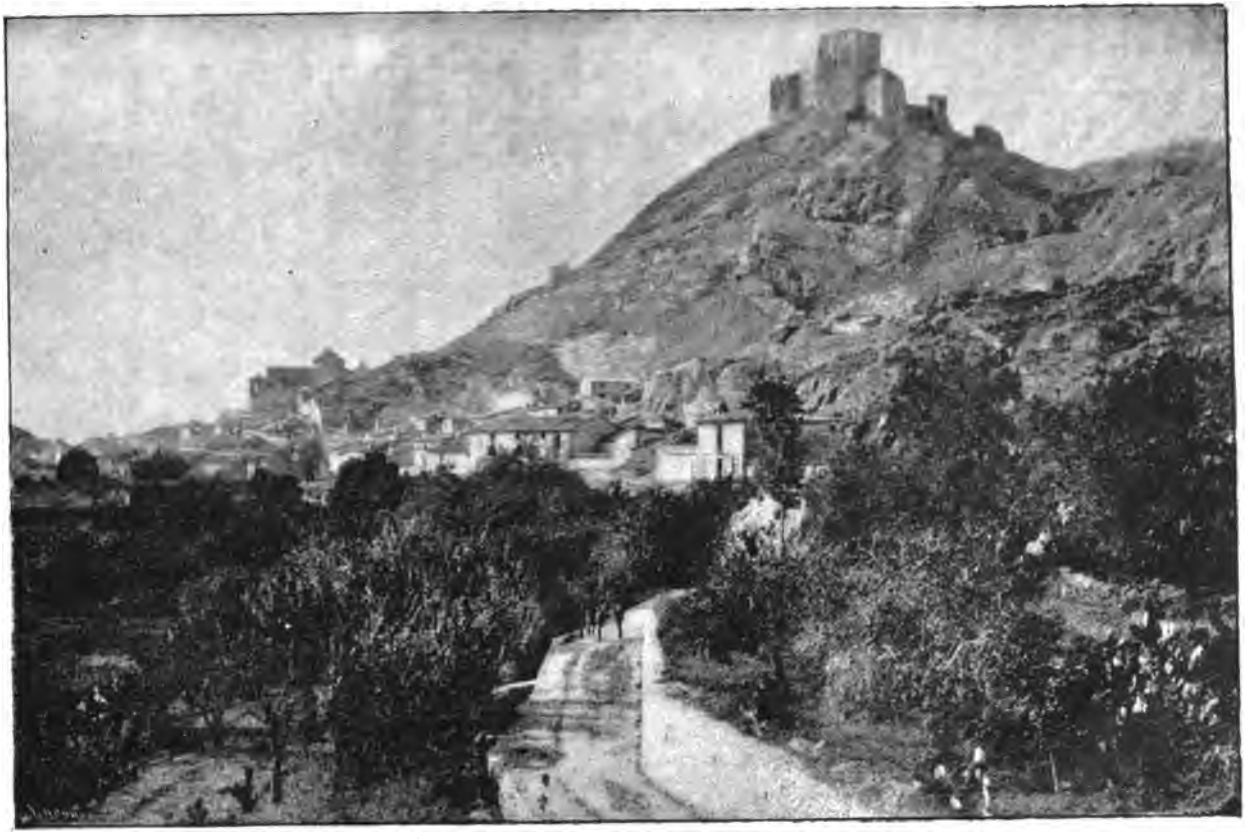
»Y ciertamente ¿cómo se explica, que siendo tan minucioso el P. Morote en las referencias de los varones notados por nobleza, virtud, valor y sapiencia, al tratar en la página 212, parte 2.ª, libro I, capítulo 19 de sus *Blasones*, del ilustre y generoso apellido de Hita, nada habla de D. Ginés, concluyendo, por el contrario, la genealogía y estirpe, escribiendo: «En la villa de Mula se conservan ilustres caballeros de este

apellido.» ¿No era esta la más oportuna ocasión para hablar del Pérez de Hita que tratamos, y fijar su naturaleza y referirse á Murcia? Sabido es, que el P. Morote está lleno de errores, ora por culpa de ignaros copistas, ya por otras razones que no son del caso apuntar ahora; y de ahí que no pueda prestarse gran fe al que encaja en el libro II, un capítulo entero para probar que «Pilato, juez inicuo, no fué de Lorca.»

«Conste que no me ciega el apasionamiento por mi patria adoptiva la Villa de Mula, ni rebusco sofismas para acreditar su mejor derecho en esta litis-pendencia. Usted me dijo, en sustancia y en la pasada contienda, que la presunción que yo abrigaba la tuvo anteriormente Aribau. Es verdad; empero la conjetura de este literato se fundaba *únicamente* enalguno de los varios indicios que ofrecía la obra *Guerras civiles de Granada*, y que yo también he consignado en mi *Historia de Mula*; yo avanzo más, mucho más, porque completo el número de los indicios con los demás que Aribau no tenía empeño, propósito, ni obligación de recoger y referir: añado otros que no salen de dicha obra, y que por ello no pudieron estar al alcance de aquel docto colector de novelas anteriores á Cervantes, ni tampoco quizá, pudiera haber conocido mi Sr. D. Andrés, á pesar de sus indiscutibles y vastos conocimientos.»

«Sólo yo he podido investigarlos y adquirirlos en la villa que de propósito he visitado muchas veces para reunir los materiales de mi librejo; además de esos indicios de dentro y de fuera de la misma, he encontrado una partida bautismal de fecha contemporánea, extendida con la falta de escrupulosidad que por entonces, desgraciadamente, se advertía en tales documentos, hasta el extremo de aparecer á veces varios hermanos con distintos apellidos, sin convenir alguno con los del padre común, á virtud de vinculaciones ó mayorazgos que obligaban tales cambios. Poca fuerza tendría ciertamente el documento bautismal, que yo exhibo, pero ruego al amigo Sr. Baquero, se fije en que corroboro este documento, ó *mote* de bautismo, como le llama, con otra prueba documental, como es la fe especial y concreta que nos ofrece el libro de las familias que obra en el Archivo Municipal de Mula, catastro

UNIV. OF
CALIFORNIA



Vista del Castillo y Villa de Mula

(Patria de Pérez de Hita)

oficial y auténtico, formado con antecedentes directos y solemnidades de ritualidad para probar hijodalguía, en que ni siquiera podía caber la intención de adjudicar á una familia determinada la honra de poseer un deudo escritor de obras que probablemente no conocían, y que desde luego no temo asegurar que no sabían estimarlas en su justo valor. ¡Como que en toda la villa, la primera vez que la visité no había más que un ejemplar de las *Guerras civiles* y ese en casa del eruditísimo y común amigo Sr. D. Pedro Martínez Villaltal»

«La familia de Hita es de estirpe goda, dice el libro de familias y poblaciones; uno de este linaje ganó la Villa de Hita, y de allí tomaron su apellido. *Ha habido en ella hombres de letras, como el escritor Ginés Pérez*, y el pasado siglo D. José Faustino Pérez de Hita, Caballero de Calatrava y Oidor de la Chancillería de Granada. Las armas etc.» Véase la pág. 302 de mi *Historia de Mula*, así como también las páginas 67 y 68 del mismo libro.»

Luego con tales datos é indicios, que es lo que hemos de analizar, no es aventurado afirmar que constituyen prueba plena, no sólo indicial, si que también documental, según y conforme nuestros procedimientos civiles y criminales, y que Mula tiene la insigne honra de ser patria de Ginés Pérez de Hita, y no Murcia como dice Morote, y la portada del poema heróico, del que yo he de ocuparme, si Dios y las *causas* me lo permiten; y sigo y seguiré en mis trece, mientras que V. no tropiece en alguna parroquia de esa, para mí tan querida como hospitalaria ciudad, con una fe semejante á la que yo encontré en la parroquial de San Miguel de la Villa de que soy hijo adoptivo y cronista, y que las corrobore además con documentos sacados de sus venerados Archivos, como el del *Libro de las familias* que desempolvé y lucí limpiándolo en el Ayuntamiento de Mula; y que con la mayor autoridad nos declara ser la reina de las villas del serenísimo reino murciano, la patria del galano cuanto ingenioso autor de las *Guerras civiles de Granada*, y del poema heróico *Libro de población y Hazañas etc., del gran pueblo de Lorca.*»

***

Después de la anterior cortesísima y útil polémica sostenida con sin igual habilidad por mi amigo Sr. Baquero Almansa, la que yo he transcrito por considerarla muy pertinente en concepto preliminar de este trabajo, tuve la singular satisfacción de saber en el mes de Marzo último, que al ocuparse la Real Academia de la Historia, del informe emitido por el sabio individuo de ella, Excmo. Sr. D. Vicente de la Fuente, tratando de mi *Historia de Mula*, la mayor parte de los señores, después de una discusión no corta, en la que entre otros intervino el Sr. Menéndez Pelayo, convinieron, si bien particularmente, por no haberse consultado oficialmente al doctísimo Cuerpo, que Ginés Peréz de Hita fué natural de la Villa de Mula. ¡Tales son los efectos de la crítica ejercida delicada y útilmente! pues á la del Sr. Baquero, que hace como abeja, miel de esa flor amarga, y no ponzoña como las arañas, debo agradecer que, al ocuparme hoy del soldado y el escritor, pueda empezar asegurando que nació en la Villa de Mula, recibiendo las aguas regeneradoras del bautismo en la parroquia de San Miguel, bien alrededor de los años de 1546, como calcula el Sr. Baquero Almansa, ó ya del 1544 como afirmo yo, siendo contemporáneo de Cervantes, que nació en 1547 (1).

En efecto, el levantamiento de los moriscos fué, como es sabido, en 24 de Diciembre de 1568; y es seguro, por su propia confesión, que al sosiego y pacificación del mismo, militó como soldado bajo de las banderas del esforzado D. Luis Fajardo, segundo Marqués de los Vélez, y Adelantado de Murcia; y es así no menos cierto, qne hasta terminada la guerra, ó muy próxima á concluirse con la toma y arrasamiento de la Galera, por D. Juan de Austria, en la que parece que no estuvo por seguir al Marqués de los Vélez, asistió, por lo demás, como soldado, á toda la guerra. Esta duró tres años, teniendo

---

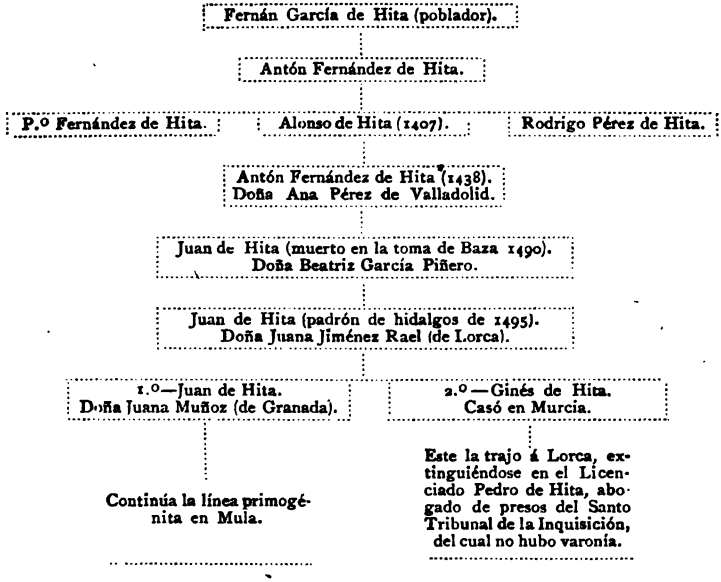
(1) El tan distinguido literato como erudito Sr. D. Eulogio Saavedra, hijo también de Mula, supone, por su parte, á Ginés Pérez de Hita nacido también en 1544, pues tomando su genealogía desde los primeros Hitas pobladores de Mula, del libro de población y de los padrones vecinales de aquella villa, forma y me facilita el siguiente árbol genealógico:

fin en 1571, y en el siguiente de 1572 (1), escribió Pérez de Hita el manuscrito sobre la historia de la ciudad de Lorca.

Lógico es, pues, calcular, aproximadamente, que nuestro escritor rayaría á los veinticinco años (2) á lo sumo, cuando empezase á militar con el de los Vélez, pues la erudición ver-

---

Noticias genealógicas de la familia de Hita (existente aún en Mula) sacadas del «Libro de las familias» *del Archivo municipal de dicha villa*:



Este *Ginés de Hita*, hijo segundo de Juan, que se trasladó á Lorca, debe ser, dice el Sr. Saavedra, el autor de las *Guerras civiles* que engrandece los servicios de Lorca y el valor de sus hijos, que era patria de su madre; cita con encomio á Mula y de ella hace natural á Doña Esperanza de Hita: su patria, y consta ser *vecino de Murcia*, donde se casó y dejó un hijo establecido.

El Sr. Saavedra, para explicar que Ginés, que escribió la segunda parte de las *Guerras civiles* en 1595, pudiera ser el hijo de Juan, empadronado cien años antes, hace el cómputo siguiente:

---

(1) En este tiempo estaba Cervantes curándose las heridas recibidas en la batalla de Lepanto.

(2) En 1578, Cervantes tenía treinta años de edad, según información judicial hecha en Marzo de dicho año.

tida en el poema, su forma y composición, revelan ya una educación literaria que consiguen pocos hasta tal edad, y mucho menos en aquellos tiempos tan revueltos como pálidos y descoloridos. Ciertamente que cuando escribió el poema, no es aventurado suponer que tendría entonces de veinticuatro á veinticinco años, revelando su juventud la incorrección, calor y aun exaltados arrebatos que en él se observan. En 1597, le encontramos establecido y avecindado en Murcia, al parecer treinta y cinco años después de escrito el poema, calculándole entonces cincuenta y cinco años de edad, de donde se deduce fácilmente que su natalicio coincide con el año de 1544, época precisamente en que encontramos en los libros parroquiales de la iglesia de San Miguel de la villa de Mula, el mote de bautismo de un Ginés Pérez, hijo de otro Ginés.

Años	*Juan de Hita (padre de Ginés)*
1485	Nacido cinco años antes de la muerte de su padre.
1496	Empadronado de diez años de edad.
1530	Casado á los cuarenta y cinco años.
1544	Tiene á Ginés á los cincuenta y nueve años.

Años	*Ginés Pérez de Hita*
1544	Nacido.
1569	Guerra de los moriscos, á la que asiste de veinticinco años.
1595	Imprime la primera parte de las *Guerras civiles*, de cincuenta y un años.
1597	Concluye la segunda, de cincuenta y tres.
1604	La imprime de sesenta años.

No deja de tener alguna verosimilitud este cálculo del Sr. Saavedra para explicar los cien años del empadronamiento, pero este mismo señor me ha confesado que muy bien el Juan de Hita y Doña Juana Jiménez Rael (de Lorca), pudieron ser, no padres, sino abuelos del Ginés, autor de las *Guerras civiles*, y éste hijo del Ginés de Hita, segundo hijo de aquéllos, que figura en el mote parroquial de San Miguel de la villa de Mula, como padre del escritor. Esta opinión mía está avalorada con la competentísima del Sr. Martínez Villata, que tantos motivos tiene de ser muy respetado como autoridad en todo lo que se refiera á la villa de Mula.

Lo que sí puede creerse muy fundadamente, es el que debió dejar descendencia en Lorca, puesto que en el testamento de Juan López de Meca (que existe en el Archivo del Conde de San Julián), en fecha 10 de Marzo de 1670, llama, entre otros, para patrono de una capellanía fundada por él, á Doña Ana González, viuda de *Francisco Perez de Hita*.

II

Observaciones sobre el carácter de Pérez de Hita: influencia del gusto del siglo en que escribió en su educación literaria

Confieso que cuando el Sr. Baquero Almansa, en el artículo crítico que originó nuestra polémica, conceptuaba deficiente mi pobre trabajo biográfico sobre el escritor de que venimos ocupándonos, no estaba exento de razón; y debo de procurar ahora subsanar en lo que alcance la acertada observación de mi querido censor, ocupándome, no de su vida y persona, «de »las que no se tiene otra noticia, más que las que él mismo »dejara apuntadas en sus obras,» en la que, alguna de ellas, á semejanza del gran Ercilla, escribió la narración de los acontecimientos, en los que fuera actor ó testigo presencial.

He dicho, que de su vida y persona no podía ocuparme por ser escasas las noticias que se encuentran, siguiendo en esto á Aribau y á algún que otro de los prologuistas de sus muchas y varias ediciones de las *Guerras civiles*, copiando éstos á aquél ó viceversa, que de todo ha habido (1), y esto no debe ser así, porque al tratarse de escritores ó de artistas, entiendo yo que debe considerárseles en la suprema región del arte, siendo de escasa monta averiguar interioridades del hogar y su prosa doméstica; porque lo esencial y necesario para el crítico ó el biógrafo, es recabar ó inquirir la mayor porción de sus ideas, el más ó menos cúmulo de los elementos salientes de su carácter, para por ese mismo carácter juzgar del mayor mérito ó demérito de sus obras ó escritos, deduciendo

(1) Lo que dice Aribau sobre Hita, y lo del prologuista de la edición de 1833, Madrid, imprenta de León Amarita, es casi igual.

por ende las inclinaciones más ó menos felices del escritor ó artista. El arte no consiste en la materia.

Por lo que siguiendo tal principio, convendremos en que Ginés Pérez de Hita revela siempre un carácter tan apacible como humanitario, puesto que ya le vemos indignarse ante las tropelías y excesos de la brava y licenciosa gente que acaudillaba el de Mondéjar: «cuya mitad, por lo menos, se componía de ladrones ó asesinos;» ó bien nos enternezca al protestar de increíbles y atroces matanzas como las del pueblo de Felix llevadas á cabo por sus mismos compañeros de armas, los duros y rudos soldados del fortísimo Fajardo, y finalmente, cuando limpiando las mejillas con el encallecido metarcapo de milite aguerrido, al prohijar y recoger al tierno infante lactando aún la sangre de la madre vilmente gozada y después bárbaramente asesinada, nos hace llorar el crimen.

Completa además el carácter de este poeta y escritor, no sólo los anteriores rasgos de relevante humanitarismo en medio de la barbarie de aquellos enconos de raza y religión, sino su gran firmeza y político sentido en el momento crítico en que al acabar su obra *Guerras civiles* y con ella todo un período político de la mayor importancia para nuestro porvenir histórico, pinta patéticamente, según se observa, los sentidos lamentos de aquellos desdichados moriscos, que al ser arrancados de sus tierras y llevados por fuerza á Castilla y á la Mancha, como la gallarda palmera á las regiones donde el silencio de los fríos domina perpetuamente en sus campos, era precisa su esterilidad; por lo que censurando esta impolítica y cruel resolución, acusa al gran Filipo, como mendaz por faltar á la prometida palabra de su hermano natural don Juan de Austria; y «antes murieran los moriscos de mil muertes—añade Pérez de Hita,—que rendir las armas y haber hecho las paces, si hubieran sabido que no se hubieran cumplido las capitulaciones,» añadiendo: «más valiera no haberlos hecho salir del reino de Granada por lo mucho que en esto había perdido S. M. y todos los demás Estados.»

No me propongo emitir ahora conceptos económicos ni políticos, pues me basta advertir que el que en días pálidos, revueltos y descoloridos, semejantes á todos los de transición

histórica, días de odio atizados por intereses religiosos, exclusivistas é intransigentes de raza; nefastos días en que llegaron á aconsejar, con una buena fe innegable, dado los tiempos en que absolvían sus consultas eminentes teólogos cristianos, que «se diesen por los Médicos medios para hacer estériles á ambos sexos del pueblo morisco, esperando que el gran Pontífice Pío V aprobara tan reprobado medio de concluir con ellos», se atreve, como nuestro Pérez de Hita, á expresar con plausible gallardía los conceptos que dejamos apuntados, y que constituyen por sí solos un alegato de bien probado de los derechos que asistían al morisco; vejado y vilipendiado, ¿no revela un carácter? ¿Podrá nadie desconocer el del insigne escritor hijo de Mula? Cierto es que la vida del poeta está en sus obras.

¡Ah! ¡Cuán bien se revelan sus sentimientos, en medio de aquellos *bandoleros* y *asesinos* disfrazados de *soldados*, entre los que confiesa con candor infantil llegó más de una vez á contagiarse! ¡Con qué sinceridad echa en cara, no sólo al gran Felipe II su falta de sinceridad, sino que también la del invicto vencedor, cuya tajante espada ó mandoble parece resonar aún terrible y titánica, no sólo en las sinuosidades de la Alpujarra ó montañas del *Sol* y *Aire* y nevado Filabres, si que también en los valles risueños que baña el Almanzora cristalino, cuyas aguas fertilizantes quieren así como asemejarse á las humildes y tristísimas lágrimas hechas derramar á todo un pueblo infeliz, descendiente de una raza generosa y fuerte, por el hijo favorito de Belona ó Mavorte-fiero! Sanguinosas hazañas, hechos inconcebibles, de los que dicen pidió perdón contrito y arrepentido, en sus últimos momentos, el gran don Juan. Las espantosas ferocidades, que repugnan á la cultura del presente siglo, disculpan bien un arrepentimiento sincero y cristiano en medio de la misérrima estrechez del palomar, ergástula de la conciencia primate, situado en las cercanías de Nemour, en que espiraba el hijo natural *del rayo de la guerra*, Carlos V, señor de la invencible España, el hermano del taciturno Rey en cuyos dilatados territorios se cansaba el sol sin encontrar ocaso, el vencedor de Lepanto, en fin, á quien un Pontífice tres veces coronado saludó diciendo: «*Fuit homo*

missus a Deo cui nomen erat Joannes.» ¡Inescrutables designios! ¡Justicia reparadora é incomprensible de una sabiduría eternamente infinita! El invicto é imperante Carlos, á quien las matronas cubrieron las calles de Gante y Roma de flores olorosas para que su corcel las desflorase, al hacer su entrada solemne en las dos ciudades legendarias, rinde su soberano espíritu en la humilde celda del severo monasterio de Yuste, y sus dos hijos, el *prudente* corroído por los golosos parásitos de la miseria humana, hambrientos de carne real, cierra los ojos por no contemplar su propia laceria, mientras, que el otro, el *magnífico*, á los treinta y dos años, en que la vida es rosada primavera, muere en un sucio y estrecho palomar, sin servirle de tapiz las vencedoras banderas de Lepanto; sin consolar sus ansias postrimeras ni las glorias de sus nobles primogenitores, *los rayos de la guerra de felice memoria*, ni la suya propia, antes bien, sírvenle de mortales bascas é insufribles estertores los sangrientos triunfos de Orce, Galera y Túnez. ¡Convengamos en cuán pequeñas son las grandezas de este mundo!

Conocemos, pues, ya algún tanto á Pérez de Hita, lo suficientemente preciso para pasar á estudiar el gusto del siglo en que escribió, y del que participa necesariamente, puesto que cada generación, al formar una fase diversa y modificadora de su carácter genérico, determina el gusto literario de cada siglo. Empero, antes, he de permitirme una digresión que entiendo sea de no escasa importancia, aun para robustecer la seguridad de ser Mula la villa nativa de Pérez de Hita.

Del profundo estudio y obligada meditación sobre la citada villa y su historia, deduzco un hecho constante: el bien dispuesto ingenio de sus hijos para el cultivo de las letras y artes. Esta natural propensión, ha debido ser oportunamente ayudada por sus señores los Fajardos, próceres nobilísimos, que no por ser esforzados y de hercúleo cuerpo, dejaron de cultivar las bellas letras; y como éstos, no cabe duda, habitaban con mucha frecuencia en su Palacio y Castillo de Mula, claro está que cuantos asistían á su pequeña corte, participaban de los solaces del ingenio con que entretenían los escasos ocios de sus faenas militantes. Los Fajardos, volvemos á re-

petirlo, fueron siempre, no sólo patrones egregios, sino que también ellos mismos se dedicaron, y no sin fruto, á las bellas letras, y como quiera que en los días en que Ginés Pérez de Hita desarrolla su bien dispuesto discurso é inclinación, residiera en Mula el segundo Marqués de los Vélez, como lo comprueba el ensanche que dió aledaño á la aún vigilante torre del Homenaje del hermoso Castillo, según la inscripción que allí se lee, grabada sobre la piedra: «Ludovicus: Fajardo: Me: Fecit. 1524:» de aquí no ser presumible que el que sirvió de soldado debajo de las banderas de D. Luis, dejara de asistir á las fiestas y reuniones del Palacio de Mula, en el que según una carta que conservo, se reunían «departiendo sabrosísimamente en las veladas.»

De qué clase serían estos departimientos valiosísimos, es fácil de presumir, tratándose de unos magnates cortesanos, á cuya elevada clase pertenecía la ilustre familia, que venía figurando desde los tiempos de D. Juan II y Enrique IV, entre los Mecenas de las letras, debiendo poseer por ende, como de hecho poseían, la instrucción que hubiera sido mengua no tener en aquellos tiempos, instrucción transmitida y perfeccionada de linaje en linaje; mezclando el ejercicio de las letras con el de las armas, las cuales á su turno para ser tan felices como eran, reclamaban el vigoroso auxilio de las ciencias, y los himnos halagadores de la poesía, poniendo aquellos insignes señores su pundonor en no ser vencidos en la elección de libros, ni en el antojo de las armas.

De todos modos, sea ello lo que quiera, y mientras las observaciones que dejo apuntadas para entrever en la educación de Pérez de Hita el ser de Mula é influjo en ella de la nobilísima casa de los Fajardos, no reciban el peso de autoridad notoria, es indiscutible que el escritor de que nos ocupamos se encontraba muy cerca y casi rayando con los tiempos verdaderamente épicos de los últimos suspiros de Boabdil y los arrebatos heróicos y místicos de Isabel, aspirando las fragancias, digámoslo así, que aún se desprendían de los recuerdos poéticos de aquella nación valiente, enamorada, ingeniosa é idólatra del honor, colocada enfrente de la cristiana fanática «por su Dios, por su Rey y por su dama,» empezó dispután-

dose por toda presea y galardón de las batallas, combates y torneos, fiestas militares, el premio de la mayor cortesía y galanteo.

Este es el estado en que se encuentra Pérez de Hita, y eso contribuyó precisamente á azuzar su inventiva, facilitar la hermosa soltura que caracteriza sus escritos, ayudando no poco la facilidad y libertad que en ellos campea, como por ende la feliz expresión y colorido de su estilo, único en su clase y sin rival en aquellos tiempos.

Casi á fines de la segunda mitad del siglo XVI, según es por muchos sabido, se reformó el gusto de la pasada centuria, contribuyendo no poco al empalago y difusión de ella, la transmisión que se venía haciendo de un modo oral, y por lo tanto variable é incierto; pero en esta época de bienhechora transformación, en que los españoles dieron libelo de repudio con la pluma al nombre de bárbaros, es cuando el romance, es decir, nuestra poesía genuinamente nacional, con la feliz aplicación del asonante, y la tipografía como medio de perpetuidad, toma nuevos derroteros asentándose definitivamente en el lugar de preferencia que por legítimo derecho ocupa nuestro Parnaso. En estos tiempos nuestra lengua ó romance, venía caminando ya muy rápidamente hacia su perfección como dialecto, suavizando la mezcla del latín y bárbaro la dulzura del arábigo. Todo es transformación en estos instantes, la literatura va pareja de la política y social que empezaron la Monarquía gótica hasta los Reyes Católicos, y constituye una de las glorias más envidiables de Pérez de Hita su influencia indiscutible en la primera. Para convencernos, estudiemos sus obras.

III

Reseña crítica de la primera parte de el libro «Guerras civiles de Granada»

Tres son las obras que conocemos del notable escritor de que nos venimos ocupando: una, *Guerras civiles de Granada*, editada muchas veces, no sólo en nuestro idioma, si que también en varios extranjeros (1); y las otras, dos libros manuscritos, en verso, uno de los cuales se encuentra, ó por lo menos se encontraba, custodiado en el Archivo Consistorial de la ciudad de Lorca (poema inédito intitulado: *Libro de la poblacion y hazañas de la M. N. y M. L. ciudad de Lorca*), y el otro existente en la actualidad en la Biblioteca Nacional, con el título de *La Guerra de Troya*, que es una traducción ó arreglo de la crónica troyana, compuesto, como decimos, por el dicho autor, vecino de la ciudad de Murcia, en el año de 1596. De ambos manuscritos nos ocuparemos á su debido tiempo.

Aun cuando Pérez de Hita escribió el penúltimo en el año de 1572, es decir, mucho antes que *Las Guerras civiles*, empezaremos por éstas, por ser, como publicadas, de la generalidad conocidas, mientras que los manuscritos son muy contadas las personas que los han visto y menos las que los poseen.

Jamás me cansaré de celebrar la elegancia, lozana y fecunda imaginación de este autor en las *Guerras civiles*, y muy especialmente en la primera parte, donde pinta á su capricho los personajes, por ser más remotos al tiempo en que lo escribía, y por lo mismo, más interés poético que á los de la se-

(1) Igualmente se han publicado en inglés y en alemán extractos de esta obra, y sobre todo de los romances que contiene.

gunda parte, sus contemporáneos. De todos modos, siempre se distingue en la reseña de duelos singulares, fiestas y regocijos públicos, revelando algo así como de homérica sencillez, y en todas partes de sus escritos se notan gratos vislumbres de una condición suave, recta y apacible.

El asunto de la obra está elegido con gran juicio y discreción, por ser uno de los más gloriosos de aquella insigne época, fecunda en heroísmos. La total expulsión de los árabes de España es acontecimiento verdaderamente digno de ofrecerse á la consideración del escritor y del poeta; abunda en hechos excelentes é interesantes, donde al fuego de la historia pueden unirse los rasgos y las imágenes, comparables sólo con los más justamente celebrados. La narración motiva, al par que deleite, utilidad, por las diferentes reflexiones á que da ocasión. El sitio de Baza, por ejemplo, bastaría por sí sólo como asunto suficiente, no ya al novelista histórico, sino al poeta épico que se hubiera propuesto escribir versos heróicos dignos de ser celebrados por la fama. Fué uno de los hechos militares más grandes de aquellos días, puesto que se vieron reunidos más de sesenta mil hombres al rededor de las murallas como sitiadores, y veinte mil dentro de la ciudad y su alcazaba, como sitiados. Dividida la obra en dos partes, conforme á las épocas en que suceden los hechos que describe, de grandísima transcendencia é importancia de nuestra historia, cual son las guerras nacidas primeramente entre los moros durante los últimos días de los Reyes Alhamares, y excitadas ó sugeridas después y en seguida por los mismos contra los cristianos que les habían subyugado, empieza aquélla con la fundación de la perínclita y famosa ciudad de Granada, seguida de una cronología de sus Reyes, bajo la dominación Nazarita: declara los nombres de los primates moros que daban mayor lustre al Trono, y entre ellos, los pertenecientes á los treinta y dos linajes. Describe y enumera los lugares de todo el reino, con los límites respectivos; dibuja la Alhambra, Alijares, Torre Bermeja y Generalife; al par que con ingeniosa pluma fabrica palacios, fantasea jardines y toda clase de obras, cuya voluptuosa ideología, transpiran en sus creaciones el genio magnífico y bien inspirado de los hijos del Oriente; y al través de aquellos

esbeltos minaretes, doradas cúpulas, rojos y pintados baluartes, parece como que pretende hacernos sentir la inspiración de la vida social de los hijos del Profeta.

Empero el objeto primordial de sus descripciones y romances, ricos de imágenes y henchidos en molicie, como conviene á un pueblo ardiente y espiritual, son amores arrebatados, ó ardientes celos, donde la mujer viene á ser la heroína obligada; y de ahí que Fátima, la Zegrí, Jarifa, Zoraya, Zaida, Celinda, Lindaraja, ó, lo que es lo mismo, *la Perla, la Luz del día, la Bella, el Espejo*, y tantas otras beldades de quienes un viejo vate, glorioso y de lira inmortal dijera en sus años floridos:

«Prodigios humanados, nobles moras,»

son las obligadas Sultanas de los valerosos Muzas, espléndidos Abenamares, Reduanes esforzados, Albayardos adustos, intrépidos Gazules, tiernos Zaides, y mil y mil galanes moros, vengativos si son Zegríes, y mártires ó generosos si son Abencerrajes; desarrollando continuamente escenas patéticas, bien de una admirable ternura, ó ya de una insania verdaderamente africana. En los combates, zambras, cañas y alanceos, está en su terreno: los ardides palaciegos, urdimbres y aun lisonjas cortesanas, no le son desconocidas: cifras, motes, bandas, colores, gallardetes, trofeos, trajes y piedras preciosas, revelan sus conocimientos en materia de blasón é indumentaria, pudiendo servirnos de excelente consultor; traspirando en su descriptiva por el color de los grupos orientales, por las dignidades y estirpes, y finalmente, por el refinado esplendor de alquiceles, marlotas, talíes, adargas, gualdrapas, bandas é insignias, capacetes de acero damasquinado, y hasta por la extraña combinación de los amuletos orientales de misteriosa eficacia dentro de la civilización muslímica. Todo esto, y mucho más, siente el lector y se le presenta á la vista, en galano kaleidoscopio, apenas cierra el libro de nuestro ingenioso escritor, á la manera que después de la audición de una hermosa sinfonía, el oído más ingrato la reproduce fielmente allá en los refugios de la oscuridad y retiro solitario de los sentidos, en los que no se interrumpe el silencio que reprodu-

ce las vibraciones y armonías poco antes sentidas y gozadas.

«De Ginés Pérez de Hita (1), no debe hacerse caso: todo lo que dice de su Reina Sultana y los abencerrages, y de Moandín y Moandón, etc., etc., es una invención absurda.»

Esto me dice recientemente mi querido amigo el abuelo poeta Zorrilla. Prescindiendo de lo que sí es absurdo, cual es hacer á nuestro escritor nada menos que morisco convertido, desde luego tendría razón el inmortal vate, si le considerásemos como un historiador verídico. Pero no es eso; es mucho mejor para su mérito y nuestro propósito, por deber calificársele como el primer autor español de un género propio y nativo, en el que, juntando á capricho á los personajes de su obra, si bien los desfigura embelleciéndolos, no los finge en absoluto, por seguir la opinión general que han tenido en la historia, en la que realmente han existido, ni despojándoles de los caracteres y rasgos conformes al sujeto real, creando así la novela histórica. Por eso nos identificamos y nos agradan tanto sus caballeros moros y sultanas, como los cristianos Maestres de Calatrava y Santiago, con los Ponces, Téllez, Aguilares y Hernández de Córdova; así como las damas Isabel de Solís ó Zoraya, Esperanza de Hita y demás protagonistas de los episodios peregrinos que se suceden en su obra, confundiendo muchas veces la ficción con la realidad, y ésta con aquélla, prestándose ambas auxilio mutuo para producir un parto del ingenio honesto y agradable, dulce y útil, un libro, finalmente, que fué el embeleso de nuestros padres, que leían y releían, aprendiendo de memoria los bellísimos romances que contiene. Pérez de Hita sabe dar á sus personajes, á imitación de Pulci, el Ciego de Ferrara, Mateo Bayarro, Ariosto y tantos otros autores de libros de Caballerías, verdaderos ó no, no sólo vida, sino carácter tan sostenido y tan peculiar á cada uno, que todos, absolutamente á todos, podemos considerarlos tan del dominio absoluto de nuestra historia patria como al Cid, y aun más que á éste, por haber

---

(1) Mi ilustre amigo el poeta Zorrilla, tal vez confundió á Hita con Gabriel de Luna, que fué efectivamente morisco convertido.

sido puesta en duda su existencia. Las *Guerras civiles*, en su primera parte, como obra de imaginación, son, indudablemente, de un mérito extraordinario, se leen con placer y con fruto; en ellas expone Pérez de Hita, bien que casi siempre con grave sobriedad, las aventuras á que aludo, en estilo brillante, y casi siempre con un colorido peculiar que las realza, siendo muy de notar la elegancia de su dicción y la rotundidad de su frase, sin que quepa discutirse el gran mérito gramatical de su castizo lenguaje.

«Ginés Pérez de Hita, dice D. Buenaventura Carlos Aribau, parece que adivinó el modo con que habían de hablar los españoles, más de dos siglos después que él...» Las *Guerras civiles* de Granada, son un modelo de los más perfectos para el estudio de la lengua y formación del estilo.

Su fábula en prosa se confunde de modo tal con sus romances, que no deja lugar á declarar que aquélla debe llamarse poesía, siendo ocioso así formar selvas de consonantes para facilitar el uso común de la rima, llegando á afinarse el escritor, que produce una confusión, al través de la cual la imaginación cree ver cuanto sueña, y se extasía agradablemente en un deleite imponderable. Y á pesar de la invención poética, alma de las *Guerras civiles*, al través de la urdimbre es bien fácil prever la ineludible peripecia final, es decir, la caída y derrumbamiento del Imperio arábigo en España: la sustitución de la media luna altiva por la humilde y redentora Cruz; el desvanecimiento en las sombras de los fuertes colores del *Legalile ilê Alah*, famoso mote de los Alhamares, ante los vivísimos destellos del *Tanto Monta* y *Monta Tanto* de los ínclitos y Católicos Reyes. Porque caminando con el autor en medio de los divididos bandos, ambiciones desapoderadas, celos de prosapia á prosapia, de linaje á linaje, de noble á noble; perpetuamente alterada la paz pública; convertidas en campo de batalla las calles de la Corte y corriendo por sus arroyos la sangre de nobles caballeros y vasallos fieles, llegaremos hasta el Trono, y en tan primate altura nos hace observar el escritor á la Real familia dividida y odiándose sus individuos caínicamente, rotos los lazos más dulces del amor y la felicidad doméstica; el padre destronado y en el destierro; la madre

repudiada y, como tal, ofendida, rencorosa y amargada en su indómita naturaleza é incontrastable complexión; la hermana víctima; el viejo zagal en Guadix y Baza, rodeado del almeriense Cid-Hiaya con los Príncipes más poderosos y magnates más ofendidos; el pueblo versátil, los zegríes y notables atizando las discordias para acrecer su poder y orgullo, haciendo unas veces estremecer al Rey, otras temblar al pueblo, según sus conveniencias ó pasiones; los nobles abencerrajes inmolados; y finalmente la misma religión desprestigiada, y en la cúspide de tan revuelta sociedad, donde chocan tantas pasiones y relampaguean tantos odios «Abi Abdilehi el *Zogoybi*» ó el *desgraciadillo* Sultán, fatalmente persuadido de que «Alah le obliga;» y todo esto precisamente á que se cumpla el misterioso anuncio de la mano y de la llave (1) cuando aliados Castilla y Aragón en un solo y robusto cetro de hierro y oro, se precisaban la mayor suma de energías, y unidades de esfuerzo y abnegación patriótica, no para defenderse, sino más bien para salvarse. En Pérez de Hita, á semejanza de lo que dice un escritor de la Alhambra, las ideas históricas permanecen encerradas en un estrecho recinto, sobre el que se alzan alcázares, donde el genio reunió lo útil de la fortaleza con la dicha de los placeres; donde las escenas del harem, de los lascivos baños, de las personas, de las crueldades y de las envidias se asocian para producir un poema simpático á las almas sensibles y aun á los corazones menos apasionados.

Empero, el más grave y serio historiador ¿nos ha dicho más que Pérez de Hita? «De este modo, dice un escritor, unos señores tan poderosos y políticos como los Reyes Católicos, asistidos de los mejores Capitanes que hubo en Castilla, y viniéndoseles, digámoslo así, la presa á las manos, acabaron sin gran esfuerzo la conquista del Estado Granadino, y extinguieron la larga dominación de los árabes en España.»

Y aquí es también donde concluye Pérez de Hita su primera

---

(1) *La mano abierta*, por los fundadores del Alhambra en uno de los arcos de la Puerta Judiciaria, así como la llave azul en campo de plata, significaba la necesidad de unión.

parte, porque «este fin tuvieron los bandos y guerras de Granada á honra y gloria de Dios, Nuestro Señor:» revelando así, no sólo tacto político, sino que también el profundo sentido religioso de que estaba saturada su alma genuinamente española. ¡Exactamente lo mismo que aconteció siempre á los inmortales autores del siglo de oro de nuestra literatura!

IV

Influencia de la obra de Ginés Pérez de Hita en la literatura contemporánea.—Martínez de la Rosa.—Chateaubriand.

Antes de pasar más adelante en el examen de las *Guerras civiles*, entendemos pertinente afirmarnos más y más en la trascendencia que necesariamente tuvo esta obra, puesto que manifestada la tenemos ya en lo que llevamos examinado del libro. Prescindiendo de lo fácil que nos sería demostrar su importancia y las varias veces que fué editada desde su publicación, nos limitaremos por ser bastante á nuestro intento, el recordar que ella en el presente siglo fué suficiente para reformar las ideas clásicas puras é integristas de uno de nuestros más celebrados literatos. El Sr. Martínez de la Rosa supo inspirarse en las *Guerras civiles*; y así como Torcuato Tasso, antes de componer la *Gerusalemme liberata*, se dedicó á la lección de los *Luisiadas de Camoens* para caldear su fantasía, y revestirla del estro de aquel famoso portugués, él, también con la lectura de la obra de Pérez de Hita, encontró el argumento de *Moraima*, tragedia de su mayor estima, sirviéndole por ende como estímulo para escribir la novela histórica *Doña Isabel de Solís*; y aun se me antoja, por más que esta vez nos lo oculte, que también para su *Aben Humeya*.

«Compuse esta tragedia seis años después de *La Viuda de Padilla*, y como menos mozo y más avisado (dice el Sr. Martínez de la Rosa en la advertencia que precede á *Moraima*),

procuré escoger un argumento que ofreciese menos inconvenientes y que se brindase de mejor grado á una composición dramática. La casualidad también me favoreció en la elección; acababa de caer en mis manos, no sé como, un libro muy vulgar en España, pero que yo no había leído hasta entonces, la *Historia de las Guerras civiles de Granada*; y bien fuera por lo extraño y curioso de la obra, bien por el interés que debía excitar en mí, ausente á la sazón de mi patria y las pocas esperanzas de volverla á ver, lo cierto es que la lectura de tal libro me cautivó mucho, y que tuve por buena dicha poder sacar de él un argumento, alusivo cabalmente á mi país natal (1) y á propósito para presentarse en el teatro.»

«Este concepto que formé entonces no ha mudado hasta el día (2) á pesar del transcurso del tiempo y de mi mayor experiencia; y así debo confesar con ingenuidad, que el argumento de esta composición me parece, no solamente bello, sino que reune todas las condiciones requeridas para los mejores maestros del arte. Mis elogios en este punto son tanto más de creer, cuanto tal vez no haga con ellos sino dar armas contra mí mismo...»

«Hasta debo decir, por si este aviso pudiera ser de algún provecho á los jóvenes que se dediquen á la dramática, que esta clase de asuntos, populares en una nación, ofrecen no pocas ventajas al poeta, pues despiertan más fácilmente el interés del público, y allanan uno de los puntos más escabrosos en este arte, cual es la *exposición* del drama.»

. . . . . .

«Cuando el espectador ve representado al vivo lo que oyó contar desde su infancia, siente un placer sumamente grato; coteja con gusto sus vagos recuerdos, con los sucesos que ve ante los ojos; y lejos de mirar con indiferencia y frialdad á unas personas cuyo nombre oye por primera vez, las ve, las contempla, las sigue, por decirlo así, como personas conocidas...» (3)

---

(1) Granada.

(2) Año de 1829.

(3) Obra del Sr. Martínez de la Rosa.—*Moraima.—Paris.*—En la imprenta de Julio Didot. Calle del Puente de Lodi, núm. 6, año de 1829.

Ahora bien; después de tan esplícitas como lisonjeras manifestaciones de un tan insigne poeta, ¿podrá decirse más en favor del superior mérito de la obra de Pérez de Hita, y especialmente si se tiene en cuenta que de tal modo se habla de ella al cumplirse próximamente tres centurias desde el tiempo en que la escribió? En el libro *extraño* que *cautivó* al que podemos aclamar como insigne maestro de nuestra generación, destellando pristina pureza y con ostensible fuerza el género histórico-romántico, se encuentran inspiraciones cuyos purísimos acentos, llenos de lozanía, encanto y pasión, serán recibidos siempre con el entusiasmo más vehemente, facilitando argumentos en todas las situaciones y á todos los géneros de la bella literatura. Por tan florido camino siguieron nuestros celebrados autores del siglo XVII, haciendo resonar con ideal armonía sus doradas cítaras; y no es de extrañar que al querer los grandes maestros de principio del presente siglo, encaminar sus pasos por la senda que elevó tanto nuestras letras patrias, tomáran originales en los que, como Pérez de Hita, fueron secuaces de una escuela severa de pasión y tradiciones, tan en consonancia con la historia, índole y hasta preocupaciones morales del pueblo español; y en la que es dado recorrer ameno y vastísimo campo sin temor de dejar de cosechar laureles y aplausos, proporcionando al lector ó espectador la viva aprehensión y el deleite de la belleza misma.

Muy pocas obras del caracter de la de Pérez de Hita habrán sido más veces vertidas á extranjero idioma, y en lugar oportuno daremos el catálogo que hemos podido formar, y esto habla también muy alto del mérito de las *Guerras civiles*.

No ha sido raro, antes muy al contrario, es frecuente tomar los extranjeros muchas de nuestras más notables invenciones. El *Cid*, de Pedro Corneille (1), es obra española; *Empeños de la Fortuna*, *La Celosa de sí misma*, *Amor al uso*, esta última de D. Antonio Solís, uno de nuestros primeros historiadores; el *Romance de Gil Blas de Santillana*, el *Don Juan* y otras composiciones que figuran ennobleciendo á naciones extranjeras,

(1) La mejor de sus tragicomedias, según opinión de casi todos sus críticos.

y se han vuelto extranjeras, oriundas son de España y española es su patria nativa. Por lo que no es de extrañar que el celebrado Vizconde de Chateaubriand, autor de *El último Abencerraje*, no hurtase, como Corneille, de Bois Robert y el abate Lesage; empero sí que á la vez é imitación del Tasso cuando leyera á Camoens, y Martínez de la Rosa á Pérez de Hita, en las *Guerras civiles* de este insigne escritor, propusiérasele *como autor* para la novela bellísima escrita sin duda alguna y con conocimiento de la obra que venimos examinando, de la que se llevó «una de las primeras ediciones, primorosamente encuadernada al gusto arabesco.»

No desconocemos que por los mismos días en que escribiera Pérez de Hita, apareció la *Historia del Abencerraje* y *La Hermosa Jarifa*, de Antonio de Villegas (1), pero desde luego, y comparado este romance con los de nuestro escritor, pronto se inclina el ánimo como declarada vulgaridad, porque el Vizconde imitó á éste y no á Villegas. (2)

---

(1) Publicada en 1565 en Medina del Campo.

(2) La primera parte de este curioso libro contiene también algunos versos y canciones que resumen asuntos de la guerra. Su capítulo primero «en que se trata de la fundación de Granada y de los reyes que huuo en ella, con otras cosas tocantes á la historia,» empieza así:

La inclita y famosa ciudad de Granada, fue fundada por vna muy hermosa donzella, hija ó sobrina del Rey Hispan. Fue su fundacion en vna muy hermosa y espaciosa vega, junto de vna tierra llamada Eluira; porque tomo el nombre de la fundadora Infanta, la qual se llamaua Ilibiria, dos leguas de donde agora está, junto de vn lugar que se llama Albolote, que en Arauigo se dezia Albolur. Despues, andando los años, les parecio a los moradores della, que no estauan alli bien, por ciertas causas fundaron la ciudad en la parte donde agora está, junto á la Sierra neuada, en medio de dos hermosos rios, llamados el vno Genil, y el otro Darro.

....En fin, en esta primera parte hay también capitulos interesantisimos, y se leen varios origenes de nombres de poblaciones, romances y otros versos, cosas de la ciudad de Granada, nombres de sus *Caualleros Moros*, de sus *treynta y dos linages*, los lugares del Reino y Vega, los de Baça, los del rio Almançora y rio de Almeria, los lugares de Filabres, la Tabla de Andarax y Oxicar, etc., etc., etc.

V

Segunda parte de las "Guerras civiles„ (1), y su demérito en comparación de la primera, causas puramente literarias del citado demérito.—Aben Humeya.—Los Monfíes de las Alpujarras.

Llegamos á la segunda parte de las *Guerras civiles*, y el cuadro varía radicalmente: «se abre una escena muy distinta, pero no varía de instruccion y de interés.» «Estamos, añade uno de sus prologuistas, en otros tiempos, y encontramos á otros hombres y otras costumbres.» «La elación del ánimo, derivado de las riquezas y del manejo del poder, moviendo celos y enemistando á las familias principales del Estado granadino, produjo las primeras guerras civiles, que le condujeron á su ruina; la miseria y desesperación, hijas de la opresión y la violencia, abortaron las guerras segundas que extinguieron las últimas reliquias que tuvieron los moros en España.»

En efecto; los hechos y horrores de esta segunda y terrible guerra, son el asunto, más trágico que dramático, que sirve de argumento á esta parte de su libro «*Guerras civiles de Grana-*

---

(1) La segunda parte se publicó en 1619 en Barcelona, y la llama Aribau «Historia anovelada.»

Esta segunda parte se nos antoja su publicación póstuma, ó, por lo menos, á una edad muy avanzada del autor, pues naciendo en 1548 y publicándose en 1619, cuando había once ediciones publicadas ya de la primera, tendría 71 años. Sin embargo, nos inclinamos á que se publicó poco después de la primera parte en el año de 1595, cuando Pérez de Hita tenía, sobre poco más ó menos, 47 años de edad, y 24 más en que escribiera el poema épico inédito de la «Población y hazañas de la ciudad de Lorca, etc.» Como hay una traducción en francés de las *Guerras civiles*, hecha en 1608, y si en Madrid publicó la segunda parte, carece de dudas el no haberse publicado por primera vez en 1619 en Barcelona.

da,» y de los crueles bandos entre los convertidos moros y vecinos cristianos; con el levantamiento de todo el reino y última rebelión, sucedida en el año de 1568; con la total ruina y destierro de los moros por toda Castilla, con el fin de las granadinas guerras por el Rey D. Felipe II de este nombre.» Tal dice nuestro autor ser el propósito que empieza con la exposición de las causas por que se tornó á levantar Granada y su reino esta última y postrera vez; la orden que se tuvo entre los moriscos para hacer un minucioso alarde de toda la gente del reino, lugares rebelados en el mismo, caudillos del levantamiento y proclamación de D. Fernando Muley por rey; desarrollando sucesivamente por medio de los hechos, casi todos presenciados por el autor, los propósitos que anteriormente nos ha expresado (1).

Siendo diferente el teatro y muy otros los actores, cambian las escenas; el donoso y blando escritor se encuentra fuera de sus dominios naturales, y si la atmósfera de incendios, pillajes, rapiña y sangre, no llega á asfixiarle, desde luego se nos antoja que ha oscurecido su clarísimo ingenio. No son, efectivamente, ya las poéticas estancias de la Alhambra ornadas con cartelas, tableros de agramil, frisos y letras cúficas y africanas, formando sentenciosas suras ó inscripciones en forma de fajas bellísimas, en las que discurre y blandamente se solaza, ni con sus antiguos y gentiles moradores se asocia y departe. En el mágico patio de Lindaraja, ni en el mirador predilecto de las Sultanas, de rebajado agimez y cúficos adornos, coronados de trazería calada con brillantes cristales de colores y cuajado de celosías de maderas olorosas, no sorprenderá

---

(1) La edición «Guerras civiles de Granada», en que por primera vez se publicaron reunidas ambas partes, que, como es sabido, antes se dieron á la estampa por separado, tuvo, sin duda, por objeto dar idéntica circulación y venta á la segunda parte á la sombra y protección de la primera, que con tanto aplauso fué recibida por el público. Empero, á nuestro entender, puede muy bien asegurarse que son dos obras completamente distintas, aunque del mismo autor; muy bien puede prescindirse de la lectura de la primera para entender la segunda, y viceversa, pues argumentos diferentes y sin trabazón, y hasta vario el estilo, ni se compenetran, ni se suplen, ni suceden.

poéticos misterios. En la fuerte Alcazaba, ó vieja fortaleza, no está el Zagal rodeado de sus parciales. La torre de la Cautiva, ó prisión de Doña Isabel de Solís, de friso trabajoso alicatado é iluminadas sus paredes por el oro y los más brillantes colores del iris, no le prestará tradiciones caballerescas, ni Morayma, ni Esperanza de Hita reclinadas en los frescos alhamíes, esperan en su defensa á Chacones, Ponces de León, Aguilares ni Gonzalos de Córdova; pues aquellas historias, trágicas algunas, pero alegres y felices las más, pasaron no hace mucho tiempo, sosteniendo por lo mismo más vivamente la impresión del autor. No hay patios ni viviendas voluptuosas, ni frescos valles donde habita la salud; á las albercas cristalinas, á las celosías recaladas, á los lechos de azulejos multicolores, han sustituído los bravíos torrentes de las Sierras, y las cuevas inaccesibles, ocultas entre lujuriosas zarzas, punzantes hortigas y adelfas amargas. Desaparecieron las bellas bóvedas y ornacinas de colgantes, los festones de los arcos, las comarraxias y alicates trabajosos, hechos á manera de juegos kaleidoscópicos con azulejos brillantes.

El escritor, tal cual fué, surgirá sin embargo en algunos momentos, como, por ejemplo, en los que relate los amores de Albexaris y la historia desdichada de la bella Maleha, ó más bien, y finalmente, cuando se le depare algún que otro episodio de entretenido y ameno esparcimiento, de los que fueran su especialidad, y si bien son pálidos fulgores de lo que fué, no dejan de cautivar las fiestas que refiere ordenó Aben-Humeya celebrar en la plaza de la ciudad de Purchena. Y que el autor decae en la descripción de torneos, amores y ternezas, él mismo lo confiesa explicando la causa, puesto que «toda esta historia es de *coscorrones*, *armas* y *batallas*.»

Si examinamos con el mayor detenimiento esta parte de la obra, es indudable que encontramos mayor realidad, mucha más veracidad histórica que en la primera, pues no sólo su autor fué testigo presencial, sino que actor obligado de los hechos cruentos, y por ello, y aun reseñando someramente, como lo vamos haciendo, ni es grato, ni gustoso, ni placentero analizarla entre increíbles crueldades y crímenes inauditos, amargando, de otra suerte, el sabor dulcísimo que habíamos

experimentado anteriormente; y es que el escritor, antes brillante abeja, libaba flores, y ahora que no hay flores, sino sangre, tiene necesariamente que hacer acre el producto y trabajo de su ingenio. No nos detendremos, pues, en el triste fin y arrasamiento del pueblo de la Galera, hecatombe suprema del pueblo morisco, émulo de Sagunto y de las gentes de Numancia; ni tampoco en el también trágico de la muerte de D. Luis de Quijada, ayo de D. Juan de Austria, sucedida frente al castillo de Serón, donde en otros días cantara el poeta la caballerosa hazaña «de los cuarenta,» ni mucho menos en el de tanto y tanto personaje como allí acabaran sus tristes días con oscura gloria, á fin de evitar que por un lamentable extravío fundado en el foco de falsa ilusión, se graben en el alma, inclinada al bien, prematuros desengaños.

El histórico cuanto magnífico cuadro de la *Rendición de Granada*, obra del ya inmortal Pradilla, arrebatará siempre nuestro espíritu con blandas y seductoras inspiraciones; empero el *Spoliarum* agitará así bien, y si se quiere con mayor vehemencia, las mismas afecciones, pero en sentido totalmente contrario; éste, se nos asemeja á la petrificante cabeza de la Gorgona; aquél, al celestial casco de la sabia Minerva.

Tales son los sentimientos que producen las dos partes de las *Guerras civiles* cuando se comparan; y he aquí por qué la última, sin carecer de mérito, es inferior á la primera; aunque deba reconocerse que manejado el asunto con tacto y delicadeza, pueda aplaudirse más de una obra literaria, como sucede con el drama *Aben-Humeya*, del Sr. Martínez de la Rosa, ó con el romance *Los Monfíes de las Alpujarras*, del fecundo novelista D. Manuel Fernández y González, porque *Non satis est pulchra poemata*; *dultia asunto* etc.,» dijo Q. Horacio Flaco, en su Arte poética; y en efecto, no basta que el poema sea elegante y primoroso, pues es necesario también que el asunto sea dulce, cosa que no se consigue presentando pavorosos monstruos, por lo que con excelente acierto, en mi opinión, no concluyó Pérez de Hita esta última parte de su obra con el fin de los Monfíes muertos y destrozados, ni mucho menos en el eminentemente trágico, en que Abenabó, conducido á Granada montado en una mula, se lanza de ella despeñado y dan-

do con su cuerpo en honda sima de pendiente rambla; ni tampoco finaliza con el cuadro repugnante de exhibir los destrozados despojos clavados en la puerta del rastro de Granada, sobre el no piadoso letrero

«Aquesta cabeza es
del gran perro Abenabo,
que con su muerte dió cabo
á la guerra é interés»,

sino más bien y con grande acierto con el digno de los más afamados escritores antiguos y modernos.

«El Sr. D. Juan, dado asiento á las paces, y viendo que no quedaban ya moriscos que no estuviesen reducidos, se fué á Guadix, y de ella dió cuenta á S. M. de lo que pasaba. En seguida mandó S. M. que los moriscos fueran sacados de sus tierras y llevados á Castilla, á la Mancha, y á otras partes más distantes del reino de Granada. Publicado este mandamiento, luego se puso por obra su expulsión del reino. ¿Quién podría ahora explicar el profundo dolor que sintieron los granadinos al ver que se les mandaba salir de sus tierras? No fué menos que los cartagineses, cuando después de rendidas las armas, les fué mandado que dejaran á Cartago para que fuese asolado. ¡Cuantas lágrimas se derramaron en todo el Estado granadino al tiempo que los moriscos se despedían de sus tierras! ¡Con qué pesadumbre lloraban las mujeres mirando sus casas, abrazando las paredes y besándolas muchas veces al traer á la memoria sus glorias pasadas, su presente destierro y sus trabajos por venir! Decían las desventuradas sollozando: —«¡Ay Dios mío, ay tierras mías, que no esperamos veros más!» Muchas pronunciaban aquellas mismas palabras que dijo Eneas al salir de Troya: «¡Oh, tres ó cuatro veces fortunados aquellos que peleando murieron al pie de sus muros, pues al fin quedaron en sus tierras, aunque muertos!» «Así se lamentaban los moriscos piadosamente llorando.».....

.....

«Este fin tuvieron las guerras granadinas, al cabo de los mil años que los alarbes habían entrado en España, reinando el

Sr. D. Felipe II de este nombre, á quien Dios Nuestro Señor guarde largos años.»

Con este modo finaliza nuestro autor su obra, y si, como dice el poeta del Lacio, deben ser preferidos los poetas que mezclaron dulzura con utilidad, desde luego Pérez de Hita es uno de ellos. Pues en esta segunda parte resultan tan bellos como bien hechos los razonamientos y arengas graves que pone en boca de los caudillos, y muy especialmente, entre otras, la del Duque de Sessa, ó el del discreto Abaquí.

Así bien, deben ser notadas las querellas ó endechas de versos de cinco sílabas entrelazados, con las que D. Fernando de Valor desahoga las contrariedades y mudanzas de la suerte; que se asemejan en forma, sentimiento y dulzura, á los que en la primera parte de las *Guerras civiles*, puso en boca de Moráima, lamentándose de su mal y desdicha bajo la acusación de adulterio. Estas dos composiciones, en estancias, son dignas de un estudio muy detenido, porque si Pérez de Hita no fué quien introdujo esta forma de composición, desde luego serán muy pocas las que se nos presenten anteriores á este poeta; debiendo, para apreciar su verdadero valor, remontarnos á los comienzos de la segunda mitad del siglo XVI.

VI

Parte poética "Romances moriscos."—Los Moratines.—Lope Gisbert

Hemos venido ocupándonos hasta ahora de la obra, haciendo caso omiso de los bellísimos romances que contiene, para arribar á éste que conceptuamos oportuno momento. Algunos maestros en el arte poético, han definido el llamado romance *morisco*, que ha ocupado tan distinguido lugar en nuestra poesía popular, diciendo: «Que no se llaman asi porque sean traducciones de las canciones árabes, como algunos

han creido, ni porque en ellos se describan las batallas y los amores de los sarracenos, sino más bien porque se disfrazan bajo nombres, trages y costumbres de los moros, personages, desafios y amores castellanos»: y esto, en absoluto, no lo creemos cierto, puesto que supone bien el Sr. Martínez de la Rosa, cuando asegura que, nacidos en la época del galanteo, se distinguen de un modo preciso por el menor interés que los anteriores romances castellanos, de menor nervio aun cuando más ricos en gala y lozanía, y robustece esta creencia nuestra y el aserto del docto maestro cualquiera de los que Pérez de Hita nos dejó en su obra, porque tomando al azar uno de los muchos, y todos ellos del género, nos convenceremos fácilmente:

«Sale la estrella de Venus
al tiempo que el sol se pone,
y la enemiga del día
Su negro manto descoge.
Y con ella un fuerte moro
semejante á Rodamonte...
. . . . . .
Quejábase grandemente
de un agravio tan enorme,
y á sus palabras la Vega
con el eco le responde:
«Zaida, dice, más airada
que el mar que las nubes sorbe,
más dura é inexorable
que las entrañas de un monte:
¿cómo permites, cruel,
despues de tantos favores,
que de prendas que son mías
ajena mano se adorne?
¿Es posible que te abrazas
á las cortezas de un roble,
y dejas al árbol tuyo
desnudo de fruto y flores?
¿Dejas á un pobre muy rico,
y un rico muy pobre escoges,
y las riquezas del cuerpo
á las del alma antepones?

¿Dejas al noble Gazul,
dejas seis años de amores,
das las manos á Abenzaide
que aún apenas le conoces?
Alá permita, enemiga,
que te aborrezca y le adores,
que por celos de él suspires
y por ausencia le llores.
Y en la cama le fastidies,
y que en la mesa le enojes;
y que de noche no duermas,
y de día no reposes.
Ni en las zambras, ni en las fiestas
no se vista tus colores,
ni el almaizar que le labres,
ni la manga que le bordes;
y se ponga el de su amiga
con la cifra de su nombre,
y para verle en las cañas
no consienta que te asomes.
A la puerta, ni ventana,
para que más te alborotes;
y si le has de aborrecer,
que largos años le goces.
Y si mucho le quisieres
de verle muerto te asombres,
que es la mayor maldición
que te pueden dar los hombres.
Y plegue Alá que te enfade
cuando la mano le tomes.
. . . . . .
Arrojándole una lanza
de parte á parte pasóle;
Alborotose la plaza,
desnuda el moro su estoque,
y por el medio de todos
para Medina volvióse.»

Este delicioso romance, que puede ver el curioso en la página 427 del libro impreso por D. León Amarita en el año de 1833 en la villa de Madrid, y cuyo principio trae á la me-

moria uno de los más bellos de Lope de Vega, puede pasar por modelo aún en un tiempo en que nuestra poesía ha llegado á muy alta perfección, es evidente que en él no se disimula bajo nombre, traje y costumbre musulmana á castellano determinado, ni directa ni indirectamente, porque Zaida, Gazul y Abenzaide son personajes mahometanos, sin que intervenga en la fábula de carácter histórico el cristiano, ni disfrazado ni sin disfraz.

Lo que en esta clase de poesía resulta en el autor que nos ocupa, es que así como á los primitivos romances que pudieran decirse nativos, debemos el haber llegado á nosotros las cristianas tradiciones populares saturadas de un carácter eminentemente nacional; así también estos moriscos derivados de aquéllos, nos trasmitieron las de los nobles moros que, al derrumbarse su celebrado imperio, llegaban al campo cristiano cargados con los recuerdos y hazañas propias, que no por ser de origen muslim dejaban de ser parte integrante por la sucesión de los tiempos de nuestra historia peninsular. Y razón tiene el Sr. Castelar: «En que únicamente Granada inspiró ese romancero morisco, en cuya asonancia se une al genio de los occidentales, el genio del Oriente;» y asi como á la lengua latina bárbara ó latino gótica, puliera y suavizara grandemente por vivir con aquélla en larga y cercana vecindad, así también el romance grave y un tanto duro de la gente occidental se engalanó con el brío, dulzura y variedad de las gentes orientales.

El asunto ó acontecimiento histórico, es para Pérez de Hita un nuevo accidente: la fértil cantera donde labra el episodio, es su fecunda imaginación; siendo el personaje, tanto en la crónica arábiga como en la castellana, un tesoro de gran valía, pues hábil fisonomista logra con él fundir ambas razas en un sentimiento idéntico, despreciando, á la manera que el diablo de las antiguas leyendas, la letra de la historia que mata; arrojando por tal modo el cuerpo, para apoderarse del alma, es decir, del espíritu que vivifica, y dejándose guiar de las impresiones de éste, hacer de Abencerrajes, Zegríes, Gomeles, Muzas, Venegas, Maliques, Alabeses, Ponces de León, Aguilares, Portocarreros, Chacones y Alcaide de los Donceles, personajes idénticos que efectivamente han existido; tipos

magníficos y muy superiores á su propia existencia histórica, trazándoles sendas de venturas, muertes, vidas, tempestades y bonanza, guerra y paz, pero siempre variada, en la no interrumpida peripecia dramática, en su sentimiento purísimo, en el que dominando idénticos ideales necesariamente habían de coincidir y finalmente confundirse. Así y sólo así, nos explicamos el cómo, por idénticos fines, aunque por derroteros políticos, desempeñase un noble moro, convertido al cristianismo, el Alguacilato de Granada, ostentando sobre el poco antes sarraceno pecho, la noble é ínclita Cruz del Santo Apostol Patrón de España; y es que rara vez deja la consecuencia política de ser pareja de la literaria, que tan fielmente la ayuda y refleja.

Por todo ello, está muy oportuno ciertamente D. Agustín Durán y los que con él afirman: «que los romances moriscos forman respectivamente una historia de las tradiciones y fábulas populares, y si carecen del mérito literario suficiente para servir de modelo en su género, tienen á lo menos el de recordar nuestras glorias, pintar nuestras costumbres antiguas, y el de prestar materiales y asuntos para que los modernos ejerciten esta clase de literatura.»

Pudo añadir más el insigne crítico y recopilador de romances moriscos, porque ellos caracterizan perfectamente el largo período de nuestra historia, que termina fundiéndose en una sola las dos razas igualmente heróicas, aceptando la vencida sin mengua para ella, la forma con que expresó la vencedora sus hazañas, enriqueciendo la grave mensura que caracterizaba á ésta con la mayor gala y lozanía de la otra; y siempre veremos con orgullo composiciones que traspiren ecos de la historia patria, y que son como acordes que vibran fuertemente en el corazón al trasmitirnos las glorias de nuestros tiempos viejos, realizadas por nuestros graves abuelos.

Y el mérito de Pérez de Hita es tan relevante en este punto, que así como sirvió de modelo ó prestó argumento á *Moráima*, *Isabel de Solís*, *Gonzalo de Córdova*, *Abem-Humeya*, *el último de los Abencerrajes*, *los Monfíes de las Alpujarras*, y aun permitido nos ha de ser sospechar que á gran parte del *Suspiro del Moro*, del Sr. Castelar, como así bien á tantas obras no menos bellas y populares sirvió del propio modo de

argumento, ya que no de modelo en la forma, á fines del siglo pasado para algunas de las composiciones y romances de los dos Moratines, padre é hijo.

Pérez de Hita escribe, según mi cálculo, por los años de 1590, este romance de Gazul:

«Estando toda la corte
de Abdalí, Rey de Granada,
haciendo una rica fiesta,
habiendo hecho la zambra,
por respeto de unas bodas
de gran nombradía y fama,
por las cuales corren toros
en la plaza Vivarrambla
estando corriendo un toro,
que su braveza espantaba,
se presentó un caballero
sobre un caballo en la plaza,
con una marlota verde
de damasco bandeada,
y el capellar de lo mismo,
muestra color de esperanza.
Plumas verdes, y el bonete
parece de una esmeralda;
seis criados van con él
que le sirven y acompañan,
vestidos tambien de verde,
porque su señor lo manda,
como aquel que en sus amores
esperanza lleva larga.
Un rejon fuerte y agudo
cada criado llevaba;
de color negro eran todos,
y bandeados de plata.
Conocen al caballero
por su presencia bizarra,
que era el muy fuerte Gazul,
caballero de gran fama.
El cuál, con gentil donaire
se puso en medio la plaza
con un rejon en la mano

que al gran Marte semejaba,
y con ánimo invencible
al fuerte toro aguardaba.
El toro cuando le vió,
al cielo tierra arrojaba
con las manos y los pies,
cosa que gran temor daba;
y despues con gran furor
hacia el caballo arrancaba,
por herirle con sus cuernos,
que como alesnas llevaba;
mas el valiente Gazul
su caballo bien guardaba,
porque con el rejon duro
con presteza no pensada,
al bravo toro hiriera
por entre espalda y espalda:
el toro muy mal herido
con sangre la tierra baña
quedando en ella tendido,
su bravura aniquilada.
La Corte toda se admira
en ver aquella hazaña.
Y dicen que el caballero
es de fuerza aventajada;
el cual corridos los toros,
el casco desembaraza
haciendo mesura al Rey,
y á Lindaraja su dama;
lo mismo hizo á la Reina,
y á las damas que allí estaban.

Mucho después del año 1737, Moratín, padre, compuso la tan celebrada fiesta de toros que empieza:

«Madrid, castillo famoso,
que al Rey moro alivia el miedo...»

y que conceptuamos innecesario reproducir por ser tan conocida y celebrada, limitándonos á remitir á ella al curioso que, después de leerla y analizarla detenidamente, reconocerá que en el romance escrito por Hita sobre el alanceo de Gazul

al toro, se inspiró Thormodouciaco para hacer su popular FIESTA, en cuya composición los caballeros protagonistas pasan por muchas situaciones idénticas, y desde luego Aja, Zara, Jarifa, Fátima y Zaida, las damas moras que para Moratín son de Jetafe, Alcorcón, Almonacid, Adamuz y Meco, para nosotros, que se nos antojan mal colocadas en pueblos tan sumamente prosáicos, conceptuándolas merecedoras de más poética vecindad, son ni más ni menos las mismas damas ó sultanas granadinas del romance «*Las Guerras civiles*,» de donde seguramente Moratín, padre, las desterró á las áridas inmediaciones de Madrid, camino de Aragón, su patria, ya que no se le ocurrió avecindarlas entre los tan conocidos pueblos de Pinto y Valdemoro.

Y que el argumento de la composición de D. Nicolás Moratín es en un todo semejante al de Pérez de Hita, lo dice bien claro el romance de éste, probando, además, que no se debe ni este ni otro alguno de su obra á la musa popular recogida ó reproducida por nuestro escritor de Mula, sino más bien á su estro, puesto que lo expresa bien claro cuando dice en sus «*Guerras civiles*» «que el citado romance se sacó aquel día por lo tan bien que lo hizo el invencible Gazul,» hechos que describe anteriormente: «congregáronse de la ciudad y forasteros muchas gentes á las fiestas reales» (así empiezan también precisamente las famosas quintillas de la «Fiesta de Madrid».)

«Ya se habían corrido cuatro toros muy bravos y el quinto estaba en la plaza, cuando entró por ella un caballero con un lucido caballo; la marlota y capellar eran verdes, como quien vivía con esperanza, las plumas verdes con argentería de oro» (nadie dejará de recordar al leer la bravura de los toros, y especialmente la del quinto (1), con la de los corridos en «La fiesta de Madrid» y la fiereza del que alanceó Rodrigo de Vivar, cuya entrada en la plaza se asemeja á la del invencible Gazul; y para que haya mayor similitud, continúa Pérez de Hita) «grande contento dió el caballero á todos los que esta-

(1) Como se ve, ya ó desde entonces el quinto toro suele ser el de la corrida.

ban mirando la fiesta (y á este propósito dice del suyo Moratín):

«*Y algunos le llaman Cid*»

y más á la hermosa Lindaraja, porque luego conoció á Gazul» (precisamente lo mismo que sucede á la bella mora presidenta de la fiesta, cuando la cautiva cristiana la dice haber reconocido al Cid en el bravo alanceador y bizarro caballero.)

. . . . . .

«Pues como Gazul entró tan gallardo, y vió que todo el vulgo le miraba, añade Pérez de Hita, se puso en medio de la plaza y aguardó que el toro viniera por aquella parte, el cual no tardó mucho, que habiendo muerto cinco hombres y atropellando más de cincuenta, llegó, y así como vió al caballo, arremetió para herirle. Gazul le aguardó, y al tiempo que el toro quiso dar su golpe, le clavó un rejonazo tan cruel en medio de los hombros, que contra su gusto cayó en tierra.» (El mismo acometimiento hace el toro al de Vivar, y el mismo fin tiene el bruto por los esfuerzos del legendario castellano.)

. . . . . .

«Admirado quedó el Rey y toda la Corte al ver la venturosa suerte de Gazul y qué brevemente había quitado la fuerza y brío á un animal tan feroz.» (Este animal tan feroz inspiró sin duda á Moratín lo de que, como el suyo, nunca había pastado otro más fiero en las orillas de Jarama, junto al puente de Viveros; y lo de la admiración que produjo al Rey y á toda la Corte al ver la venturosa suerte de Gazul, es muy parecido á lo absorto que quedó el concurso entero ante el hecho del soberbio castellano, á quien, según el insigne poeta, «y algunos le llaman Cid.»). . . . . .

. . . . . .

«Y no quedando ya ningun toro, prosigue Pérez de Hita, hecho el acatamiento debido al Rey, á la Reina y en particular á Lindaraja» (este acatamiento *en particular á Lindaraja*, tiene mucho, si no lo es todo, del de el poeta aragonés:

«Sultana, aunque bien entiendo
ser favores excesivos
mi corto don admitiendo, etc.»

¿No resulta singularísima identidad, excepción hecha de la bellísima forma de las quintillas, clase de composición de invención muy posterior á la de Pérez de Hita, entre la «Fiesta de toros en Madrid», y la «relación que se sacó aquel día, y de ella un romance, por lo que también hizo el invencible Gazul?» Creemos que sobre tal punto, la duda, por lo menos, favorece entre dos al que escribió primero; y lo que sucede con ésta y alguna otra composición de D. Nicolás, acontece cosa semejante con el romance heróico sobre la toma de Granada, escrito en 1779 por su hijo el dulcísimo *Inarco Celenio.*

Tampoco puede considerarse ajeno á tan plácida influencia á mi respetable é ilustre amigo el literato y estadista, D. Lope Gisbert, puesto que en uno de sus bien escritos romances, intitulado «La Hazaña de los Cuarenta», no consiguió más que hacer una glosa primorosa del episodio de la «Novia de Seron», celebrado en prosa y en verso por Pérez de Hita (1).

No seguiremos, por lo tanto, investigando sobre más autores, puesto que con los citados basta para su gloria, limitándonos solamente á hacer resaltar la galanura con que describe, para confirmar lo que constantemente venimos diciendo sobre su estilo peculiar y único en aquellos tiempos:

«Reduan bien te acuerdas
que me diste la palabra
que me darías á Jaen
en una noche ganada...»
.....
Si lo dige, no me acuerdo,
mas cumpliré mi palabra.
Reduan pide mil hombres,
el Rey cinco mil le daba
por esa puerta de Elvira
sale, muy gran cabalgada;

(1) Escrito ésto, hemos sabido con el mayor sentimiento la sensible pérdida del Sr. Gisbert, ocurrida en 1.º Febrero de este año de 1888, en Manila, donde ejercía elevado cargo en la Administración de aquella isla. El autor de este modesto trabajo cree deber suyo hacer público testimonio de su reconocimiento al finado, á quien debía las mayores deferencias.

cuánto del hidalgo moro
cuánto de la yegua baya
cuánta de la lanza empuño,
cuánta de la dalga blanca,
cuánta de marlota verde,
cuánta aljuva de escarlata,
cuánta pluma y gentileza,
cuánto capellar de grana,
cuánto ballo borceguí,
cuánto raso que se esmalta,
cuánto de espuela de oro,
cuánta estribera de plata!
Toda es gente valerosa
y esperta para batalla,
en medio de todos ellos
va el Rey chico de Granada
mirando las damas moras
de las Torres del Alhambra.
La reina mora su madre
de esta manera le habla:
«Alá te guarde mi hijo,
Mahoma vaya en tu guarda,
y te vuelva de Jaen
libre, sano y con ventaja,
y te de paz con tu tio
señor de Guadix y Baza.»

Empero donde luce toda la inventiva de su fastuoso ingenio, es en la reseña ó invención de los famosos motes ó divisas en las adargas de los caballeros de sus leyendas:

«.....
.....
sale el valeroso Muza
á Biba rambla una tarde;
por mandado de su rey
á jugar cañas se sale,
del blanco, azul y pagizo,
con encarnados plumages;
y para que se conozcan
en cada darga un salvage
acostumbrada divisa

de moros abencerrages,
con un letrero que dice;
abencerrages levanten
hoy sus plumas hasta el cielo,
pues de ellas bisten las aves;
y en otra cuadrilla vienen
atravesando una calle
los valerosos Zegries
con libreas muy galanes.
Todos de morado y verde,
marlotas y capellares,
en mil jaqueles guardados
de plata los acicates
sobre yeguas bayas todos,
hermosas, ricas, pujantes;
por divisas las adargas
unos sangrientos alfanjes
con una letra que dice:
no quiere Alá se levanten,
sino que caigan en tierra
con el acero pujante.

Y en otro sitio y diferente romance:

«Entraron los sarracinos
en caballos alazanes
de naranjado y de verde
marlotas y capellares.
En las adargas traían
por empresas sus alfanges.
Hechos arcos de cujudo
y por letras fuego y sangre.
Iguales en las parejas
les siguen los Aliatares,
con encarnadas libreas
llenas de blancos follages.
Llevan por divisa un cielo
sobre los hombros Atlante,
y un mote que dice asi:
Tendrelo hasta que se canse.
Los Alarifes siguieron
muy costosos y galanes

de encarnado y amarillo,
y por mangas almazares.
Era su divisa un mundo
que le desace un salvage,
y un mote sobre un bastón
en que dice: *Fuerzas valen.*
Los ocho Azarques siguieron,
mas que todos arrogantes,
de azul, morado y pagizo,
y unas hojas por plumages.
Sacaron adargas verdes
y un cielo azul en que hace
dos manos, y el mote dice:
En lo verde todo cabe.
.....
.....

Aribau, á quien he citado ya alguna vez, asegura que los romances que adornan las *Guerras civiles*, entre zegríes y abencerrajes, son de lo mejor que en su género se conoce, añadiendo, «los de la segunda parte no pasan de la medianía,» y esto hizo creer á muchos que los de la primera no eran de Pérez de Hita, y sí correspondía su partenidad á la lira popular. Empero sería cosa de nunca acabar si hubiéramos de recoger todas y cada una de las bellezas que encierra, no sólo la segunda, sino también la primera parte, aunque en menor escala ésta; obra es, de todos modos, la de las *Guerras civiles*, que muchos han conceptuado de las mejores que tenemos de honesto recreo; deleitando tanto la lectura, de tal manera, que una vez que tomamos el libro en las manos no se suelta con facilidad. De aquí, privilegio que es exclusivo á todas las de los genios superiores, el que las *Guerras civiles* hayan sido muchas veces parodiadas, y no todas muy felizmente, hasta el extremo de que algún crítico llegase á decir que estaba aburrido de:

«Tanta Zaida Adalifa,
Tanta Graguta y Daraja,
Tanto Alquicer y Marlota,
Tanto Almaizar y Almalafa.»

Es indudable que si Pérez de Hita no es autor de los romances que intercala y avaloran el texto de su obra, es desde luego el primero y único colector, debiéndole de todos modos el que nos les haya conservado y trasmitido, dado caso que todos ó casi todos no sean debidos á su feliz inspiración poética, que no puede negarse, teniendo en cuenta su poema heróico á la ciudad de Lorca, es decir, el de *Historia, etc., de la dicha ciudad.* Es también muy de notar que á nuestro escritor debemos la introducción del elemento poético en la historia, novedad sólo característica del pueblo árabe, y desconocida de los demás pueblos, incluso Grecia y Roma.

VII

¿Son las "Guerras civiles" de Ginés Pérez de Hita, ó del moro autor de vista, Aben Hamin, según unos, ó Aben Hamidi, según D. Nicolás Antonio, en su *Biblioteca Hispano Nova*, de quien las tradujo Hita?

Muchos han preguntado: ¿las *Guerras civiles* son de Pérez de Hita, y sobre todo la primera parte?

En efecto, en la portada de varias de las ediciones de su obra, leemos: «Historia de los bandos, etc., traducida en castellano por Ginés Perez de Hita;» en otras: «Historia de los bandos de zegries y abencerrages, caballeros moros de Granada, de las civiles guerras que hubo en ella, y batallas particulares que hubo en la vega entre moros y cristianos, hasta que el Rey Don Fernando el Quinto la ganó, *ahora nuevamente sacada de un libro arábigo, cuyo autor de vista fué Aben Hamin, natural de Granada*, tratando desde su fundacion, *traducido al castellano por Ginés Perez de Hita* (1).

(1) No es historia traducida del arábigo como se anuncia en su portada, sino una novela caballeresca de las más notables entre las muchas que corrían durante el siglo XVI.—(Sr. Gayangos.)

D. Nicolás Antonio, en el tomo primero de su *Biblioteca Hispano-Nova*, expresa que, «*Genesius Perez de Hita, Murciæ urbis incola, credi voluit ex Arabicó Aben Hamidi Granatensis libro se Hispanis hominibus communicasse, quod ad milesiacas referimus sponte nugas, opus, salicet.*»

HISTORIA DE LOS BANDOS DE LOS ZEGRÍES Y ABENCERRAGES CABALLEROS MOROS DE GRANADA Y LAS GUERRAS QUE HUVO EN ELLA.

El mismo Pérez de Hita asegura que: «No muchos días después de la toma de Granada, fué hallada una cueva de armas, de la cual se hizo grande pesquisa, y descubierta la verdad, se hizo justicia de los culpados. Algunas cosas de aquestas no llegaron á noticia de Hernando del Pulgar, cronista de los Católicos Reyes; y así no las escribió, ni la batalla que los cuatro caballeros cristianos hicieron por la Reina, porque de ello se guardó el secreto; y si algo de estas cosas supo y entendió, no puso la pluma en ellas por estar ocupado en otras cosas tocantes á los Católicos Reyes y de más gravedad. Nuestro moro cronista (1) supo de la Sultana, debajo de secreto, todo lo que pasó, y ella le dió dos cartas; la que envió á D. Juan Chacón, y la respuesta que le envió; y así pudo escribir aquella famosa batalla, sin que nadie entendiese quiénes fueron hasta ahora. Visto por el cronista perdido el Reino de Granada, se fué á África y á Tremecén, llevando todos sus papeles consigo: allí murió, y dejó hijos y un nieto suyo no menos hábil que él, llamado Argutarfa (1), el cual recogió todos los papeles de su Abuelo, y en ellos halló este pequeño libro, que no estimó en poco, por tratar la materia de Granada, y por grande amistad se le presentó á un judío llamado Saba-Santo, que le *sacó en Ebreo* por su contento, y el original arábigo lo presentó á D. Rodrigo Ponce de León, Conde de Bailén (2). Y por saber lo que contenía, y por haberse *hallado* su abuelo y visabuelo en las dichas conquistas, le rogó al judío que le tradugese en castellano y después el Conde me hizo merced de dármelo.»

---

(1) ¿El moro de *vista* llamado Aben-Hamin?

(2) Título fundado en 1522.

Precisamente el pasaje anterior confirma ser la obra parto de su donoso ingenio; pues que en primer término aquello de «algunas cosas de aquestas no llegaron á noticia de Hernando del Pulgar, cronista de los Católicos Reyes, y así no las escribió;» tratándose de unos sucesos donde figuran tan ventajosamente D. Juan Chacón, primer señor nominal de Mula por su mujer Doña Luisa Fajardo, y Esperanza de Hita, deuda del autor, que la hace natural también de Mula, de quien dice:

Francisco de Melgarejo
de Mula salió alistado,
fuerte villa del Marqués
y *la mejor del reinado:*

y cuando más adelante añade: «que si algo de estas cosas supo ó entendió, no puso la pluma en ello por estar ocupado en otras cosas, tocante á los Católicos Reyes, de más gravedad,» advierten al discreto que el abuelo de Argutarfa era mucha coincidencia fuese á Mula á buscar á D. Juan Chacón, ni á hacer natural de aquella villa á la Esperanza, doncella de la desdichada Muraima.

Adviértese, asimismo, la diferencia que á todas luces establece Pérez de Hita entre lo real y fingido; es decir, entre la crónica seria y grave de Hernando del Pulgar y la creación del novelista, puesto que tanto el de Tremecén como su nieto Argutarfa, como el hebreo D. Saba-Santo y la entrega del original arábigo hallado en una cueva (sin nombre) y que regala, al autor, el Conde de Bailén (1), que debía de tenerle cuidadoso en cabeza de mayorazgo, por tratarse en él de las hazañas de su abuelo y bisabuelo, así como también la confianza hecha por la Sultana, debajo de secreto, de todo lo que pasó con la entrega de las dos cartas en un asunto en el que si algo hubo de cierto fué solamente el auxilio que la dieron Gonzalo de Córdova y Hernando del Pulgar; es evidente que todo esto no es más que otra nueva invención ingeniosa de

(1) Lo que es evidente que nuestro autor escribió su obra en los días de D. Rodrigo Ponce de León.

las mil y mil con que deleita y seduce en la primera parte de las *Guerras civiles.*

Nuestros poetas del siglo XVI y aun del siguiente, por derivación de lo que hiciera Virgilio, no sólo encubrían con nombres pastoriles historias verdaderas de su tiempo, sino que propendían además á velarse ó declararse meros traductores de libros escritos en lengua oriental, imitando á los autores dramáticos que daban asímismo á la escena sus obras, bajo pseudónimos ó anagramas sutiles, tropezando los primeros los manuscritos, unas veces en el Alcanâ de Toledo, en manos de muchachos y sederos, como encontró el inmortal Cervantes (que nació casi el mismo año que Pérez de Hita), el de su autor Cide Hamete Benengelí, especie de Argutarfa, y otros, imitando así, ó coincidiendo, que es lo más seguro, con el feliz hallazgo de Pérez de Hita, en manos de poderosos, como D. Rodrigo Ponce de León, que con las muy espléndidas de prócer, dió el manuscrito del moro de Tremecén; y aun se me antoja que en la forma que describe Cervantes, el hallazgo del de su Cide Hamete Benengelí, parece como que se censura ó trata de rediculizar estos hallazgos, que estaban siempre en manos de grandes y poderosos (1).

Al crítico suele pasarle lo que al filosófo, pues tiene momentos de duda hasta el extremo de extinguirse en su alma la fe, dejando, por lo tanto, de ser creyente, para convertirse en crédulo y cándido, pues ¿qué cosa puede pensarse del que aún afirme fué morisco convertido Pérez de Hita? Sobre tal extremo no cabe duda de ningún género (2) porque nuestro in

---

(1) No debió de ir muy bien á Cervantes durante sirvió de soldado en la compañía de que era capitán en Italia D. Manuel Ponce de León, pues es de observar que siempre que de los Ponces trata se inclina á ridiculizarlos. Sangrienta es la crítica que hace en su *Don Quijote*, y aventura de la jaula de los leones, del hecho atribuído al primer Conde de Baylen, D. Manuel Ponce de León, de penetrar este caballero en la jaula donde se encerraban unos leones, y sacar de ella un guante que dentro se le había caido á su pretendida, dama de la Reina Isabel, llevando á cabo su hazaña sin que los fieros animales hiciesen alto en la arrogante figura del magnate.

(2) Dice Aribau: «No es de suponer en un moro granadino tanta predilección como la obra respira á favor de los cristianos.

signe é ingenioso escritor procede de la noble y no interrumpida prosapia de la familia de los Pérez de Hita, de estirpe goda, que de Guadalajara vinieron á asistir á D. Alfonso el Sabio en las conquistas de Mula y Lorca, quedando de pobladores en ambas; y á lo que hemos probado de ser Ginés Pérez de Hita natural de Mula, pudiéramos pensar con más ó menos acierto, que á imitación de su casi contemporáneo y paisano Fray Ginés López Yáñez de Quesada, á quien D. Pedro Fajardo diera educación literaria en el famoso Seminario de San Fulgencio de la noble y franca ciudad de Murcia, así también por otro noble antecesor del D. Pedro, sospechó fué enviado Pérez de Hita á los entonces famosísimos centros de enseñanza que contaba la ciudad siete veces coronada (1), en las que, así como otros muchos eminentes en doctrina, letras y santidad, recibiera las menores y aun mayores enseñanzas y letras.

No se comprende bien que á un morisco renegado se le estén al presente disputando la honra de ser patria suya Lorca, Murcia y Mula, que si no son como las siete ciudades griegas que se disputaron la cuna del gran Homero, son hermosos vergeles, bien propios de nacer en ellos inquietos pensadores y brillantes ingenios (2).

---

(1) No pudo ser en San Fulgencio, por no estar aún fundado por aquellos años.

(2) Al escribir Pérez de Hita la historia de los bandos y *Guerras civiles* de los moros granadinos, tal vez tuvo en cuenta que el pueblo árabe se distinguía de su origen por la introducción del elemento poético en la historia, novedad desconocida en Europa. «Este carácter literario, dice un escritor, vino á templar en cierto modo el cansancio natural que produce la lectura de hechos indigestos y repetidos, embelleciendo la narracción con un colorido romántico.» Esto es, pues, precisamente, lo que distingue á nuestro escritor en la obra que venimos examinando, y lo hace con tan singular acierto, cuanto que logra pasar por el moro Aben-Hamin, á quien él supone autor de su libro.

El colector de novelas Aribau (1), á pesar de ser Pérez de Hita contemporáneo de Cervantes, coloca las novelas del primero como anteriores á las del segundo. Efectivamente, aunque Ginés Pérez naciera en 1546 ó 1544, años antes que el inmortal autor del *Quijote*, es lo cierto que floreció antes que este ingenio peregrino. Cervantes, como es sabido, empezó á darse á conocer con la *Galatea*, que había compuesto y concluído para fines de 1583, después que Pérez de Hita con sus *Guerras civiles*, que compuso en vida de D. Rodrigo Ponce de León, Conde de Bailén (2).

(3). Esto que hizo Aribau con nuestro escritor, hízolo así bien con Mateo Alemán, pues siendo éste contemporáneo de

---

(1) Debe leerse el discurso preliminar sobre la primitiva novela española que á la cabeza del tomo III de la biblioteca AA 55 de Rivadeneyra.

(2) En el libro cuyo título es «*Creación, antigüedad y privilegios de los títulos de Castilla*, por D. Joseph Berni y Catalá, etc., impreso en Valencia en 1769,» al folio 172 dice: Conde de Baylen. El primero fué D. Manuel Ponce de León (otros dicen que fué D. Rodrigo su hijo), por gracia de los Reyes Católicos. Nobilísimo caballero, experto militar y muy valeroso en servicio de los Reyes. Este caballero sacó el guante de la leonera, que se le cayó á su prometida. Recae esta excelsa casa en la del Excmo. Sr. Duque de Arcos, según nótase en el párrafo 39 de este capítulo.

1471—1618

D. Juan Ponce de León, segundo Conde de Arcos, falleció en 1471. Tuvo, entre otros, los hijos siguientes:

De su primera mujer á

D. Rodrigo Ponce de León, tercer Conde de Arcos, más adelante, por merced de los Reyes Católicos, Duque de Cádiz; falleció en 1492.

De su segunda mujer, ó amiga, á

D. Manuel Ponce de León, llamado el *Fuerte* por sus hazañas, habiéndole hecho los Reyes Católicos Conde de Baylen.

Biznieto de D. Manuel fué D. Rodrigo Ponce de León, cuarto Conde de Baylen. Este debe ser, sin duda, el que supone Pérez de Hita adquirió el original arábigo de la primera parte de las *Guerras civiles de Granada*, pues vivía en la segunda mitad del siglo XVI. Por haber muerto soltero, sin descendencia legítima, se interrumpió la sucesión en el condado de Baylen, que restableció D. Felipe III, haciendo quinto Conde de Baylen á D. Pedro Ponce de León; falleció 1618.

(3) Pero el poema inédito sobre la población y hazañas de Lorca lleva la fecha de 1572, cuando estaba Cervantes cautivo.

Cervantes, y aun sufrido alguna persecución idéntica como ejecutor, y asimismo y á la vez de Pérez de Hita, coloca también sus escritos como anteriores á los del primero y príncipe de los ingenios.

«Poco más sabemos, dice Aribau, á propósito de Pérez de Hita, de sus propios hechos en aquella guerra, ni de sus posteriores sucesos; sólo han inferido algunos que á más de las *Guerras civiles*, y anteriormente la segunda parte, habría escrito otra obra, pues al fin de la historia de Tuzani nos dice que conoció á éste viniendo á Madrid á cobrar un privilegio para un libro suyo» (1). Efectivamente, el libro á que se refería nuestro escritor era el poema M. S. del «Libro de la población y hazañas de la M. N. y M. L. ciudad de Lorca;» según se desprende de la petición al Ayuntamiento y acta levantada por el mismo, que oportunamente copiaremos y que circunstanciadamente consta en el manuscrito citado que á su tiempo examinaremos.

VIII

Familia de Hita

El libro de la *Nobleza Universal de España* trata difusamente del noble linaje y apellido de Hita, en donde aseguran sus comentadores traer su origen de la estirpe goda, usando primero del patronímico de Fernandez, y habiendo hecho asiento en el reino de Galicia y fundado en él su casa solariega; salió de ella capitaneando la gente de su tierra en servicio del Rey D. Alonso el sexto, á la conquista del reino de Toledo, el esforzado, noble y valeroso caballero Martin Fer-

---

(1) «Entonces el Tuzani se vino á Villanueva de Alcardete, donde estaban los moriscos de Vélez el Rubio, porque allí tenía sobrinos, hijos de hermanos, y yo propio procuré verle, yendo á Madrid, en solicitud de un privilegio para un libro mío.» *Guerras civiles*, segunda parte, tomo IV, capítulo XXIV. Edición Biblioteca granadina.—Granada, imprenta y librería de Manuel Sanz, 1848.

nandez, hallándose en la toma de dicha ciudad, y después de asegurada ésta en la conquista de otros lugares de dicho reino y del de Castilla; uno de ellos fué la villa de Hita, en la que dicho Martin Fernandez y su gente se señalaron valerosamente, que en poco tiempo la rindieron, y fué el primero que la entró, por cuya razón el dicho Rey le hizo merced de la Alcaydia de dicha villa y castillo, de donde tomó el apellido de Hita, y siendo el primero que hubo de él, y asimismo se le concedió hacienda y casas, donde fundó la solariega para todos sus subcesores.

Dicho Martin Fernandez de Hita tubo por su hijo a Fernan Garcia de Hita heredero de su casa y de dicha Alcaydia el cual asegura la Cronica del rey D. Alonso el septimo que fué General de los Asturianos en la toma de Algeciras y Ricohombre de Castilla confirmador de muchos privilegios, que constan en dicha Cronica.

El referido Fernan Garcia de Hita tubo por su hijo a Martin Fernandez de Hita que subcedió en su casa y Alcaydia: lo testifica dicha Cronica; como tambien que fué Rico-hombre de Castilla, y que en las guerras que se ofrecieron en los castillos de Mora, Piedra Cristiana, batalla de Moneda, y en la de los Pozos de Algodor, se portó valerosamente en la defensa de sus castillos, hallandose tambien en la conquista de Almeria en donde hizo hechos tan memorables que el autor de aquella conquista lo señala por uno de los mas valerosos capitanes en un prefacio latino que formó y trae dicha Cronica donde se podrá ver.

El referido Martin Fernandez de Hita procreó a Fernan Garcia de Hita su hijo y entre otros hijos que tubo este fue uno de ellos otro Fernan Garcia de Hita que siguiendo las Guerras estuvo en servicio del rey D. Fernando el Santo y de su hijo D. Alonso con quien vino a la conquista de este reyno y de esta villa por Capitan de la gente de Castilla y conquistado que fue este pueblo quedó en el por uno de los ochenta cavalleros hijosdalgo que dicho Señor Infante D. Alonso dejó por pobladores como consta de la escriptura de poblacion de esta villa.

Anton Fernandez de Hita, hijo del referido Fernan Garcia

de Hita poblador de esta villa, tubo por sus hijos a Alonso de Hita, Rodrigo Perez de Hita y Pedro Fernandez de Hita: de estos dos ultimos procedieron distintas lineas y al presente no hay varonia de ellas en esta villa.

El referido Fernan Alonso de Hita está escrito por hidalgo en el Padron que esta villa tiene en su archivo del año pasado de mil cuatrocientos y siete y tubo por su hijo á Anton Fernandez de Hita el cual está escrito por hijodalgo en el Padron de mil cuatrocientos y treinta y ocho y casó en esta villa con D.ª Ana Perez de Valladolid de quienes procedió Juan de Hita que salió por Capitan con la gente de esta villa y sirvió valerosamente en el cerco que los Reyes Catolicos tenian puesto á la ciudad de Baza en donde murió peleando con los moros; fué casado en esta villa con D.ª Beatriz Garcia Piñero los cuales tubieron por hijo legitimo a Juan de Hita que está puesto por hijodalgo en el Padron de los Jueces Castillo y Barrionuevo hecho en el año de mil quinientos noventa y cinco; casó en la ciudad de Lorca con D.ª Juana Jimenez Rael de la noble familia de Ximenez de dicha ciudad; tubieron por sus hijos a Juan de Hita heredero de la casa y a Gines de Hita que casó en Murcia, y tubo por su hijo al Liz.do D. Pedro de Hita que fue Abogado de presos del S.to Tribunal de la Inquisicion de este reyno, del cual no hay varonia.

(Hasta aquí literal el libro de las familias de la villa de Mula: después sólo habla de Juan de Hita, hermano de Ginés, y la descendencia que tuvo, entre la cual están los que llevan actualmente en Mula el apellido de Hita, sin que haya otro Ginés, ni ninguno que casara en Lorca ni en Murcia, ni que por lo mismo pueda confundirse ni aun remotamente con el autor de las *Guerras Civiles*.)

Ampliando el anterior documento, diremos que efectivamente se llamaba Martín Fernández de Hita uno de los pri-

meros pobladores de la villa de Mula, y á su hijo le nombra Sandoval, en la *Crónica de D. Alfonso el Emperador*, página 188. El mismo guerrero Martín Fernández de Hita asistió á la toma de Almería con D. Alfonso VII, en la era de 1184, ó sea el año de 1146. Se le nombra en un libro muy antiguo que refiere en versos latinos la conquista de dicha plaza, los que al escribir la *Historia de Mula* procuré verter en versos castellanos, en la forma siguiente:

«Hiere Martín Fernán, señor de Hita,
con gran pujanza en la caterva mora.
Alto, membrudo y fuerte, precipita
sobre el infiel su espada cortadora.
Jóven hermoso, si tal vez se irrita,
huye el moro á su voz aterradora
y al rudo empuje de su hueste fiera,
que en juvenil ardor es la primera.»

De todos modos el precedente documento, que ha tenido la bondad de proporcionarnos el Sr. D. Eulogio Saavedra, amplía grandemente las noticias dadas en mi libro *Historia de Mula* sobre la estirpe y familia de los Hitas, debiendo, sin embargo, verse en él el apéndice VIII, pág. 303, con la nota que en la misma página va impresa.

El P. Morote en su obra *Antigüedad y blasones de la ciudad de Lorca*, etc., y en la parte 2.ª del libro 1.º, cap. XIX, página 212, describiendo algunos de los escudos de armas y de los linajes de la ciudad de Lorca y su origen, escribe:

HITA

«Del ilustre y generoso apellido de Hita, memorable en estos reynos de España, trata el libro del *Becerro y nobleza universal* al folio 63, y continuan sus méritos y nobleza de sangre sus comentadores, asegurando que proceden los de este linaje de la estirpe goda, y que primero usaron el patronímico de Fernandez, añadiendo después el apellido de Hita, oy Señorio de la gran casa de los Duques del Infantado, Pastrana, Extremera y Lerma. Algunos siguen la opinión de que Martin Fernandez, rico-hombre de Castilla, es el primero que

hallan con el apellido de Hita, villa á cinco leguas de la ciudad de Guadalajara, y que sus descendientes le han usado unas veces acompañado con los Fernandez y otras solo *Hita*, en cuya conquista concurrieron y tuvieron en honor aquel Señorío. Sus armas son un escudo con campo sangriento y sobre él un castillo de oro con su torre de homenaje, y en torno orla de plata, con ocho cuñas azules; simbolizan éstas al dicho apellido, porque antiguamente las cuñas se llamaban Hitas. En el libro de la población de Lorca se halla heredada doña Ermenegilda de Hita. En la villa de Mula se conservan ilustres caballeros de este apellido.»

Como se ve, las armas de los Hitas de Lorca difieren de sus parientes los de Mula, por ser las de éstos, escudo con campo verde, en él un castillo de plata, y á cada lado del castillo dos cuñas ó hitas también de plata.

He visto en varias guías de forasteros y muy especialmente en algunas del tiempo de Carlos III, figurar, no sólo á don Faustino Pérez de Hita, caballero de Calatrava, sino también á otro Pérez de Hita, caballero de la misma Orden, como oidor el primero de la real Chancillería de Granada, y fiscal el segundo de la de Valladolid.

Es indudable que Doña Ermenegilda de Hita se encuentra heredada en Lorca, siendo de la sucesión de Ginés Pérez de Hita, el que, como hemos dicho ya en otro lugar, debió dejar sucesión en dicha ciudad, puesto que en el testamento de D. Juan Pérez de Meca (que existe en el Archivo del Conde de San Julián), en fecha 10 de Marzo de 1670, llama, entre otros, para patrono de una Capellanía, fundada por él, á Doña Ana González, viuda de Francisco Pérez de Hita: siendo seguro que se extinguió la varonía en el Licenciado D. Pedro de Hita, Abogado de presos del Santo Tribunal de la Inquisición; y que éste, así como sus antecesores y sucesores, tuvieron la casa solariega en la calle que con el nombre de Pérez de Hita existe aún en la ciudad tan ponderada por sus aficiones belicosas y guerreros entusiasmos por el insigne autor de las *Guerras civiles de Granada*; y como éste, no es menos cierto que se casara en Murcia y dejase en ella establecido un hijo, de aquí la confusión de los biógrafos, que, descono-

ciendo el libro de la población y familias de Mula, dieran por naturaleza á Ginés Pérez de Hita, unos á Lorca, de donde era su madre y vivió, y otros á Murcia, donde se casó y nació su hijo. Lo que á todas luces es inadmisible y sólo tiene disculpa por haberlo confundido con Luna (1), coetáneo suyo, es el que fuese morisco renegado.

IX

Ediciones de la obra "Guerras civiles de Granada„ primera y segunda parte

En el *Discurso preliminar sobre la primitiva novela española*, que va á la cabeza del tomo III de la *Biblioteca de Autores Españoles*, de Rivadeneyra, se inserta una nota en que aparecen las ediciones siguientes:

Año de 1595, Zaragoza, Miguel Jimeno Sánchez.—Id. 1598, Alcalá.—Id. 1603, Lisboa.—Id. 1603 París.—Id. 1604, Alcalá.—Id. 1604, Valencia, Patricio Mey.—Id. 1604, Barcelona. —Id. 1606, Málaga.—Id. 1610, Barcelona, Sebastián Mereuad.—Id. 1613, Sevilla, Martín Clavijo.—Id. 1616, Lisboa.—Id. 1619, Barcelona, Esteban Liverón.—Id. 1619, Alcalá, J. Gracián.—Id. 1619, Cuenca, Domingo de la Iglesia. —Id. 1631, Madrid.—Id. 1645, Madrid.—Id. 1647, Madrid. —Id. 1660, París, P. Lamy.—Id. 1662, Madrid.—Id. 1670, Sevilla.—Id. 1706, Pamplona.—Id. 1714, Amberes.—Id. 1731, Madrid.—Id. 1757, Barcelona.—1833, Madrid, León Amarita.

En el *Manuel du libraire et de l'amateur de Livres*, de Jacques Charles Brunet, París, 1862.—Libraire de Fermin Didot frères, et fils et compagnie, se inserta el artículo que sigue:

HITA (GINÉS PEREZ): Historia de los Bandos de los Cegries y Abencerrajes caballeros etc. Çaragoça impreso en casa de Miguel Ximeno Sanchez—1595 á costa de Angel Talecino

(1) Autor de *El Lazarillo de Tormes*.

pequeño octavo ó silavo menor de ocho folios preliminares y 307 de texto. Ediccion rara y muy poco conocida y la más antigua que poseemos de esta Historia romancesca; tiene un privilegio fechado en el mes de Septiembre de 1595 lo cual no hace suponer una ediccion anterior. Aunque el titulo de esta obra la presenta como una traduccion del árabe, se ve generalmente que Perez de Hita fué un verdadero autor y que es el que ha sacado de su imaginacion una parte de los hechos que refiere. Por lo demas, por romancesca que pueda suponerse esta novela, está bien escrita, es muy interesante: su éxito ha sido grandísimo. Añadiremos que se encuentran en ella numerosos romances moriscos, notables por su elegancia. El Frontispicio de la ediccion de Barcelona á costa de Rapfael Nogués 1604, en octavo menor, dice: «Corregida y aumentada en esta segunda impresion.» Pero esta ediccion, que no contiene tampoco mas que la primera parte en diez y siete capitulos, no es ciertamente la segunda, puesto que existe una de «Alcalá de Henares.» 1598 en octavo menor, anunciada por error con la fecha de 1588 en el Catálogo *Sobise*. Otra de Lisboa 1598, y otra impresa en la misma ciudad en 1603 en dozavo. Nicolás Antonio cita una de Alcalá 1604, en octavo: hemos visto la de Valencia, por Pedro Patricio (Mey) 1604, octavo menor. Se conserva en la Biblioteca Imperial (1) de París, un ejemplar de la bella ediccion de Barcelona, en la «emprenta de *Sebast Meruad*,» á costa de *Yeronimo Genoves* 1610, en octavo menor, al cual está unida la segunda parte titulada: «Segunda parte de las Guerras civiles de Granada y de los *crueles* bandos entre los convertidos moros y vecinos cristianos en el levantamiento de todo el reino y última rebelion, sucedida en el año de 1568. Y asi mismo se pone su total ruina y destierro de los moros por toda Castilla con el fin de las Granadinas guerras por el Rey Don Felipe II, por Gines Perez de Hita. *Barcelona por Esteuan Liberos á costa Miguel Manescal 1619.*» Esta segunda parte compuesta de veinte y cinco capitulos, con ocho páginas preliminares y 304 contando el índice. Se encuentra una epístola y dedicatoria de Cristiano Bernabé, al

(1) Hoy nacional.

Duque del Infantado. La aprobacion es de 10 de Abril de 1610, pero el permiso está fechado en 17 de Abril de 1619; tal vez exista una edicion de esta segunda parte con la primera de estas dos fechas. Las dos partes reunidas forman como se vé más de 1.200 páginas, en caracteres muy apretados. Hay una nueva edicción de Madrid 1833, dos volumenes en octavo. La segunda parte no ha sido reimpresa tan amenudo como la primera, á la cual se encuentra rara vez unida. De esta se conocen las edicciones siguientes, todas en octavo: Sevilla, Martin Clavijo 1613.—Lisboa 1616.—Barcelona 1619, en dos partes. —Alcalá, A. Gracian 1619, á la cual se une la segunda parte de Cuenca, Domingo de la Iglesia, la misma fecha y tamaño. —Madrid 1631.—Valencia 1659.—Madrid 1645, 47, 62 y 74. —Sevilla 1670.—Pamplona 1706.—Amberes 1714.—Barcelona 1757, dos edicciones bajo la misma fecha; se añade la segunda parte impresa en Madrid en 1631, que pueden igualmente reunirse á las edicciones precedentes. (1)

La primera parte ha sido igualmente impresa en París, sin fecha ni lugar, en un frontispicio grabado que dice: *Historia de las guerras Civiles de Granada*, y en su privilegio fechado en Rouen el 27 de Agosto de 1603. Hay varias ediciones en el mismo frontispicio, sin fecha: tienen IV y 456 hojas. La edicion, de París. P. *Lamy*, ó «de Luynes,» 1660, en octavo, no contiene tampoco mas que la primera parte, aún cuando conste de 686 páginas.

---

(1) Una de estas ediciones es de la que vió muchos ejemplares mi amigo el Sr. Martínez Villalta, en la casa de D. Ginés Fernández Quijano, representante en Mula de la casa de los Hitas, y dueño de una labor en Cajitán, denominada la *Casa de Hita*, que aún existe, y en la cual me aseguraron existió hasta principios de este siglo un retrato de señora que la tradición decía ser de Doña Esperanza de Hita, interesante mujer por medio de la cual acudieron á combatir con duelo singular por la Reina mora acusada de adulterio por los cuatro caballeros D. Juan Chacón, señor de Mula, Aguilar, Ponce de León y el Alcaide de los Donceles.

En el tomo de la edición citada y en su primera hoja en blanco se leía: «Es del archivo de la casa del Cajitan, año de 1765:» «obra impresa en Barcelona en la imprenta de Lucas de Bernabe, Calle del Carmen año de 1757, en cuya portada decía, «Historia de los bandos, etc.,» traducida en castellano por Ginés Perez de Hita, vecino de la Ciudad de Murcia.»

Según el mismo *Manuel* que venimos traduciendo, esta primera parte ha sido vertida al francés por autor anónimo, bajo el título de *Histoire des guerres civiles de Granade*, París, 1608, octavo menor: otra nueva versión se ha hecho bajo el atinadísimo título, en mi concepto, de *Histoire Chevaleresque des Maures de Grenade*, precedida de algunas reflexiones sobre los Musulmanes de España, por M. A. M. Sané, 1807 (1), dos volúmenes en octavo.

Núm. 1926 (2).—P. de Hita, Ginés. *Historia de las Guerras civiles de Granada.* París, Carlos de Serey, MDCLX, 8° marg. Es sólo la primera parte. Al margen van traducidas en francés las palabras más difíciles.

Núm. 1927.—Historia de los Vandos, etc. Traducida en castellano por G. P. de H., vecino de la C. de Murcia. 1.ª parte. Base Lucas de Bezares, 1757, 8.° Se reimprimió en época más reciente con la misma fecha y nombre de impresor; pero el tipo y el papel son inferiores á los de la edición original.

El Sr. Durán ha dado al fin de su *Romancero* una lista de varias ediciones de este libro que han llegado á su noticia: por ser la más completa la copiaré, intercalando algunas que se han escapado á su diligencia, y ampliando la descripción de otras, que sin duda no examinó; pero tendré cuidado de anotar si las he visto ó de quién he tomado la noticia.

La primera parte es la que generalmente se ha impreso suelta y casi siempre con el título siguiente copiado de la de *Valencia, Felipe Mey*, 1613 (al fin 1614): *Historia de los Vandos de los Zegries y Abencerrages, Cavalleros Moros de Granada, de las Civiles guerras que huvo en ella y batallas particulares que huvo en la Vega entre moros y cristhianos, hasta que el Rey D. Fernando V la ganó. Agora nuevamente sacada de un libro Arávigo, cuyo autor de vista fué un moro llamado Haben Hamin, natural de Granada. Tratando desde su fundacion.*

---

(1) ¿1809?

(2) Aquí empieza el Catálogo de la Biblioteca de Salvá, por D. Pedro Salvá y Mallen, en dos tomos. Valencia, 1872.

EDICIONES DE LA PRIMERA PARTE

Alcalá, 1588. 8.° Brunet pone en duda la existencia de esta ediccion y dice debe ser 1598.

Çaragoça, Miguel Ximeno Sanchez, 1595. 8.°

Alcalá de Henares, 1598, 8.°

Lisboa, 1598, 8.°

Lisboa, 1603, 12.°

Barcelona, Rafael Nogués, 1604, 8.° En el frontis de esta ediccion se supone falsamente que es segunda.

Alcalá de Henares, en casa de Juan Gracian, 1604, 8.°

Valencia, Patricio Mey, 1604, 8.°

Málaga, 1606, 8.°

París, 1606, 8.° La menciona Depping y nota que tiene al margen la explicación de varias palabras por Fortan.

Barcelona, Matevat, 1610.

Sevilla, Martin Clavijo, 1613, 8.°

Lisboa, 1616, 8.°

Valencia, Felipe Mey, 1613, 8.°

Barcelona, 1619, 8.°

Alcalá, 1619, 8.° La trae Meusel y Brunet.

Cuenca, Domingo de la Iglesia, 1619, 8.°

Valencia, 1623, 8.° según Meusel.

Madrid, Herederos de R. Madrigal, 1631, 8.°

Madrid, 1640, 8.° Catálogo de la venta de Conde.

Madrid, 1645 y 1647, 8.°

Barcelona, 1647, 8.° La cita Depping.

Madrid, 1652, 8.°

Madrid, Pablo de Val, 1655, 8.°

Valencia, 1659, 8.°

París, 1660. 8.° Arriba descrita.

Madrid, 1662, 8.°

Sevilla, 1670, 8.°

Madrid, 1674, 8.°

Madrid, 1680, 8.°

Pamplona, 1706, 8.°

Sevilla, á costa de Manuel Angel Xuarez, 1707, 8.° La tuve

en Londres Anveres, Henrico y Cornelio Verdussen, 1717, 8.°

Barcelona, 1714, 8.°

Barcelona, Lucas de Bexares, 1757, 8.° Reimpresa posteriormente con el mismo nombre y año.

TÍTULO DE LA SEGUNDA PARTE

«Segunda parte de las guerras civiles de Granada y de los crueles bandos entre los convertidos moros y vecinos cristianos con el levantamiento de todo el reino y última rebelión sucedida en el año de 1568. Y asi mismo se pone su total ruina y destierro de los moros por toda Castilla:-con el fin de las granadinas guerras por el Rey Nuestro Señor D. Felipe II de este nombre, por Ginés Perez de Hita.»

Ediciones

Barcelona, Estéban Liberos, 1619, 8.°

Cuenca, Domingo de la Iglesia, 1619 y 1626. 8.°

Barcelona, 1631, 8.°

Madrid, Juan Garcia Infanzon, 1695, 8.°

Madrid, 1723, 8.° Catálogo de la Venta de Conde.

Madrid, 1724, 8.° La he tenido.

Madrid, D. Pedro Joseph Alonso y Padilla, 1731. La he visto.

***

Núm. 1.928.—P. de Hita Gines.

Guerras Civiles de Granada, por ídem (primera y segunda parte). Madrid, León Amarita, 1833, 2 vol. 8.°

También se imprimieron ambas partes de la *Biblioteca Española* que se publicó en Gotha, por Stendel y Keil, 1805, II-11 vol. 12.°, y forman los tomos I, II y III.

Hasta aquí donde hicimos la llamada ó nota, hemos copiado el catálogo de la Biblioteca de Salvá, y no lo hacemos del de Musel por estar comprendidos todos en los anteriores.

El Sr. D. Agustín Durán, ya citado, «trabajando con in-

fatigable ardor en la empresa de poner al alcance de todos los tesoros de nuestra literatura—dice uno de sus biógrafos,—dió á luz, á fines del año de 1828, el *Romancero de romances moriscos*, compuestos de todos los de esta clase que contiene el *Romancero general*, impreso en 1614.»

En efecto, en la Biblioteca de AA. EE., tomo XVI, y colección del dicho Sr. Durán, y *Romancero general*, tomo II. Madrid, 1851, folio 162, puede leer el curioso lo que sigue:

«Epoca de Felipe II.—Romances de la Rebelion de los Moriscos de la Alpujarra (1).—N.º 1156—Del Levantamiento de las Alpujarras.—(Anónimo).

Despues que Fernando Quinto
ganó la insigne Granada
. . . . . .
. . . . . .

PEREZ DE HITA.—*Guerras civiles de Granada.*—Segunda parte.

En el índice alfabético por autores, de dicho tomo, al llegar á la P, dice Durán (fólio 676 de dicho tomo):

---

(1) Todos, ó casi todos los romances que siguen y tratan de la Rebelión de la Alpujarra, son de Ginés Perez de Hita, autor de *Historia novelesca*, que suponiéndola traducida del árabe, publicó la primera vez, según se cree, en 1595, con título de *Historia de los vandos de los Cegríes*, etc. Posteriormente, y ya bien entrado el siglo XVII, se imprimió el libro que contiene las guerras de la rebelión de la Alpujarra, intitulado: *Segunda parte de las Guerras Civiles de Granada*, el cual es una verdadera historia. Pero como quiso que se la considerase como continuación de su primer libro, para ponerla en armonía con él, luego que narra en prosa los hechos, los reduce á romances de su propia cosecha, donde refiere en verso lo que antes refirió en prosa. Después de haber insertado en nuestro libro los romances tradicionales y los de nueva invención contenidos en la primera parte de la obra de Pérez de Hita, de que aquéllos formaron y éstos realizaron el gusto y moda de los moriscos novelescos y de los semihistóricos, no podíamos menos de admitir é insertar en nuestro *Romancero* las verídicas y casi oficiales que puso en la segunda parte de su obra. Carecen, es verdad, de aquel brío y colorido poético, de aquel interés indefinible de las obras de imaginación; pero en desquite conservan, en medio de su prosaismo, toda la sencillez de inartificiosa verdad, donde el autor contemporáneo y participante de los hechos, que nunca aparece como testigo y comprobante de ellos. Actor en las guerras de la Alpujarra, y autor de su historia. P. de H. se presenta á veces como juez severo de las cau-

Perez de Hita (Jines). Poeta Romancerista, colector y novelista del siglo XVI. En su libro *Guerras Civiles*, etc., 2.ª parte, impreso 1610, y en mi *Romancero* los números 1156 á 1183.

En el *Catálogo de los documentos* fólio 688 de dicho *Romancero*, tomo II, dice Durán:

Perez de Hita (Jinés).—Historia de los bandos, etc.

Alcalá, 1588, en 8.°

Zaragoza, Miguel Jimeno Sanchez; 1595, en 8.°

Alcalá Henares, 1598, 8.°

Lisboa, 1598, 8.°

Idem, 1603, en 12.°

Idem, corregida y enmendada en esta 2.ª ed.

Barcelona, Rafael Nogués, 1604, en 8.° (Es falso que sea la 2.ª edición).

Alcalá, 1604, 8.°

Valencia, Patricio Mey, 1604, 8.°

Málaga, 1606, 8.°

Barcelona, *Metevard*, 1610.

Sevilla, Martin Clavijo, 1613, 8.°

Lisboa, 1616, 8.°

Barcelona, 1619, 8.°

Alcalá, *Graciano*, 1642, 8.° (Con la 2.ª parte de la obra).

Cuenca, *Domingo de la Iglesia*, 1619, 8.°

---

sas que las produjeron, y de las crueldades y desastres inauditos que irrogaron á la patria. Todo lo que el autor pierde como poeta, lo gana como sencillo historiador y como hombre de un corazón sensible que lleva, sobre la desdicha de los vencidos y sobre la totalidad de las excesivas represalias, y acaso provocaciones de los vencedores. Soldado Pérez de Hita en las huestes mandadas por el Marqués de los Vélez, hizo con él la guerra del Alpujarra los primeros años; se acostumbró al trato de los valientes que combatía, aprendió á juzgarlos y á respetar en ellos á los hombres que defendían sus hogares y que reclamaban la libertad y los derechos que, según los tratados debían conservárseles y eran hollados por la fuerza, ó si se quiere por la necesidad de mantener la paz del país y de librarle de los riesgos que le amenazaban por abrigar en su seno un pueblo sospechoso, de diversa religión, hábitos y costumbres, que unido y auxiliado por los vecinos moros de la costa africana, pudiera comprometer la suerte de la monarquía española.

Madrid, 1631, 1645, 1647, 1652, 8.° todas.
Idem, *Pablo de Val*, 1655, 8.°
Valencia, 1659, 8.°
París, 1660 8.°
Madrid, 1662, 8.°
Sevilla, 1670, 8.°
Madrid, 1674, 8.°
Idem, 1680, 8.°
Pamplona, 1706, 8.°
Anveres, 1714, 8.°
Barcelona, 1714, 8.°
Idem, *Lucas Vezares*, 1757.
Madrid, *Amarita*, 1833, en dos volúmenes en 8.° que contienen las dos obras ó partes que componen la de Pérez de Hita.

Ginés Perez de Hita, fingiendo traducir una obra árabe, formó una novela histórica interpretando los romances viejos tradicionales, y los nuevos que se habían hecho, ya históricos, ya novelescos, sobre la guerra de Granada. De su contenido formaba su novela en prosa, la cual comprobaba reproduciéndolos, tales como circulaban entre el pueblo los populares y entre las clases más altas los artísticos. Esto fué supuesto: déjase ya entender la clase á que pertenecen los 38 romances intercalados en esta obra, que sirvió de introduccion ó preliminares á la segunda parte de ella, que luego incluiremos, la cual toda es histórica y trata de la guerra que hizo Felipe II contra los rebeldes moriscos de la Alpujarra, en que Perez de Hita tomó gran parte como soldado, aprendiendo en ella á compadecer y á estimar á la par que vencer una raza caballeresca y noble de españoles descendientes de los moros y los árabes, que no por ser vencidos dejaron de haber habitado con nosotros é influído en nuestra sociedad. De estos 38 romances, los 22 son semi-históricos y tradicionales, y los 16 puramente novelescos, ficticios, y de aquellos en que, predominando la lírica, recuerdan las costumbres de los árabes que imitamos después de haberlos vencido. Casi contemporáneos, y contemporáneos algunos al *Romancero general* y á los romancerillos que le precedieron, varios en ellos se insertan, y consignan el tiempo en que fué moda aceptar los caballeros españoles los hábitos,

costumbres y fiestas moriscas para expresar y contar sus hazañas, sus desafíos y sus amores.

De esta obra existen en mi *Romancero*, en sus secciones correspondientes de moriscos novelescos ó históricos, estos números: 41, 43, 46, 53, 56, 59, 80, 89, 203, 1.038, 1.041, 1.042, 1.046, 1.050, 1.051, 1.058 á 1.060, 1.062, 1.064, 1.065, 1.080, 1.081, 1.085, 1.086, 1088, 1.105 á 1.107 y 1.121.

Perez de Hita (Ginés.) Segunda parte de las guerras, etcétera, Barcelona, Esteban Liberos, 1619, 8.°

El hallarse ya escrita esta obra y puesta en limpio, según al pie de ella lo asegura el mismo autor, en 22 de Noviembre de 1597, y el ser la aprobación de la citada edición fecha en 1610, hace probable que en este año y los siguientes se hiciesen otros. El aprobante expresa que se sometió esta obra á su censura, y que estaba dividida en tres partes, la 1.ª y la 3.ª manuscritas é impresa la 2.ª Alcalá, *Juan Gracian*, 1604. Esto supone que en dicho año existía la 2.ª parte impresa ya.

Fuera de la edición de 1619, y las precedentes que existieron, hay estas otras, todas con igual portada:

Cuenca, *Domingo de la Iglesia*, 1619 y 1626, en 8.°

Barcelona, 1631, 8.°

Madrid, *Juan Garcia* Infanzon, 1695, 8.°

Madrid, *Amarita*, 1833, 8.°

Esta obra es completamente histórica, así como los romances que reproducen á la letra lo contenido en la prosa. Son todos de actualidad, nada tienen de poético y poquísimo de subjetivo. En ellos se cuentan, como en partes oficiales, hechos contemporáneos en que el autor tuvo parte y vió ó le fueron recibidos por otros que los presenciaron. Tienen el carácter de los que hemos considerado pertenecen á la clase sexta.

Hay en mi Romancero todos los que en el libro de Perez de Hita, y tienen los núms. 1.156 á 1.183 inclusives.

En el gran Diccionario de Roque Barcia, se dice:

«PÉREZ DE HITA (Ginés). Literato Español, que vivía á mediados del siglo XVI. Era originario de Murcia y su vida es poco conocida. Las relaciones que oyó referir á algunos ancianos sobre la expulsión de los árabes del suelo español y

algunos otros datos que pudo recoger, le sirvieron para escribir una célebre Historia de los bandos de Zegríes y Abencerrajes, en la cual hace una pintura de las costumbres y sucesos del reino de Granada, así como la relación de la toma de Alhama, Málaga y otros puntos. Publicó su obra como traducida de un original árabe, escrito por el moro Aben Hamed, uso muy común entre los romanceros españoles de aquella época. Sirvió después en la guerra contra los moriscos sublevados en las Alpujarras, y los hechos que presenció le dieron asunto para una segunda parte de su obra, que tituló «Guerras Civiles de Granada y crueles bandos entre los convertidos moros y vecinos cristianos.» Esta segunda parte, inferior á la primera como obra literaria, es una fiel narración de los hechos ocurridos en aquella desastrosa lucha, y se publicó por primera vez en Alcalá 1604. La primera lo había sido en Zaragoza, en 1595, y tuvo un crecido número de ediciones.»

Este artículo se encuentra exactamente igual en el gran Diccionario Enciclopédico de Serrano, y es de notar que casi todos los libros de esta clase y respecto á nuestro escritor no hacen otra cosa que copiarse y tal vez copiar el prólogo de la edición de 1833, hecha en Madrid, casa de D. León Amarita.

La Biblioteca Granadina publicó en 1847 en la imprenta y librería de D. Miguel Sanz la primera y segunda parte en dos tomos en 12.° divididos en cuatro libros de 370 páginas incluso el índice en 12.° y letra muy apretada. También se encuentra reimpresa en la Colección de autores españoles, de Baudry, en el tomo 45 y año de 1847.

En la Biblioteca Nacional de Madrid existen las siguientes:

PARTE PRIMERA

Alcalá de Henares. En casa de Juan Gracian que sea en gloria. Año 1601. 8.°

París ¿1606?—8-m. El privilegio dado por el Rey en Roüen al Sr. Fortan es del 27 de Agosto de 1603. La dedicatoria de Fortan á la Marquesa de Venocil está fechada en París á 9 de Agosto de 1606.

Barcelona, en la Imprenta de Sebastian Matenad y Lorenço. Iden. Año de M.DCX, 8.°

Sevilla, por Matias Clavijo. 1613, 8.°

Sevilla, por Pedro Gomez de Pastrana. Año 1633, 8.°

Madrid, por Pablo de Val. Año de 1655, 8.°

París, en la Imprenta de Antonio Sommaville, en el Palacio, sobre las gradas de la Santa Capilla. M.DC.LX, 8.° m.

Madrid, por Melchor Sanchez, y á su costa. Año de 1680, en 8.°

Barcelona, en la Imprenta de Lucas de Bezárez, en la calle de Nuestra Señora del Carmen. Año 1757, 8.° Edición de 557 páginas y 5 hojas sin fol.

Barcelona, en la Imprenta de Lucas de Bezárez, en la calle de Nuestra Señora del Carmen. Año de 1757, 8.° Edición de 578 páginas y 6 hojas sin fol.

PARTE SEGUNDA

Madrid, por Juan Garcia Infanzon. Año 1696, 8.°

Madrid. Año de M.DCC.XXIV, 8.°

Madrid. ¿1731? 8.° Ejemplar falto de portada. La fe de erratas es de Madid, (sic) y Octubre primero de mil setecientos y treita (sic) y uno.

PARTES PRIMERA Y SEGUNDA

Madrid, en la Imprenta de D. Leon Amarita. 1833, 2 vol. en 8.°

Madrid, 1846. Forma parte del tomo 3.° de la *Biblioteca de Autores españoles*, de Rivadeneyra.

París, 1847, 8.° m. En el tomo XLV de la *Coleccion de Autores españoles*, de Baudry.

La de París, que hemos dicho publicada en 1847 en la Colección Baudry, que dice de este modo: *Guerras civiles* etc., dos partes y en un tomo 8.°, marquilla, se hizo en la imprenta de *Fain y Thunot.*

X

Ediciones de la obra «Guerras civiles de Granada»

(Continuación)

En la Biblioteca de la Universidad de Zaragoza, única de aquella ciudad, creimos poder haber manejado la primera edición hecha en la siempre heróica ciudad, en 1595; para ello hicimos expresamente un viaje, y se frustraron nuestros deseos por no haber encontrado allí otra edición que la que se inserta en el tomo III de los *Autores españoles* de la Colección de Rivadeneyra, y por cierto de la de 1850, segunda de dicha Colección. Asimismo, tampoco tropezamos en la de la Universidad de Valladolid ni mucho menos como creíamos en la de su Museo provincial fundada primeramente, y nada menos que por el gran Cardenal de España Hurtado de Mendoza, cuyas glorias tan estrechamente están ligadas al reino granadino; en uno y otro establecimiento no se encuentran tampoco más ediciones que las de Rivadeneyra de 1846 y 1850.

En la Biblioteca del Real Palacio existen la de Alcalá de Henares, en casa de Juan Gracian, hecha en 1619, un volumen en octavo, pasta, comprendiendo sólo la primera parte. Otra en Madrid, cuya reseña es la siguiente: «Historia de los Vandos de los Zegríes y Abencerrages, Caballeros moros de Granada. Y las Civiles guerras que huvo en ella, hasta que el Rey D. Fernando el Quinto la ganó.

Traducida en castellano por Ginés Pérez de Hita, vecino de la ciudad de Murcia.

Dirigida al Máximo Doctor de la Iglesia San Gerónimo.

Con licencia: En Madrid: Por Juan Garcia Infanzon, y á su costa. Año de 1690.

Empieza por una invocacion de Garcia Infanzon á San Jerónimo, de quien se dice muy devoto, y que es muy notable por lo extraña.

Licencia del Escribano de Camara del Rey, Manuel de Moxica, para que pueda imprimirse: Madrid 20 de Mayo de 1690.

Fe de erratas—Tassa—y el texto.

Páginas 509 en 8.º

17 Capítulos.—El 1.º titulado así: «En que se trata de la fundacion de Granada, y de los Reyes que huvo en ella, con otra cosa tocante á la Historia,» y el Cap.º 17 y últ.º—«En que se da cuenta del cerco de Granada por los Reyes Católicos, y de la fundacion de la Ciudad de Santa Fe—f.º 449;» siendo por consiguiente esta edicoion solo tambien de la primera parte.»

Otra id. en Alcalá, en casa de D. Juan Gracian, á costa de Antonio Sanchez, mercader de libros un tomo en pasta, de 304 páginas é impreso en el año 1619. Otra id. id., 1.ª y 2.ª parte unidas: la 1.ª, de Madrid, por D. Pedro Joseph Alonso de Padilla, año de 1727, y la 2.ª parte también en Madrid á costa de Santiago Martin Redondo, mercader de libros, año de 1724; es decir, dos años antes que la anterior, y ambas comprenden dos volúmenes en 8.º, pergamino; y finalmente, la comprendida en el tomo III de la tan citada de Rivadeneyra, la misma y única que también existe en la Real Academia de la Historia.

Al bondadoso Embajador de España en Inglaterra, señor Conde del Mazo, debo las siguientes noticias del Excelentísimo Sr. D. Pascual de Gayangos.

«La primera parte de *Las Guerras Civiles de Granada*, por Ginés Pérez de Hita, se imprimió en Lisboa. Año de 1598, en 8.º

De esta primera, hay ediciones posteriores de 1602, 1610, etcétera.

La segunda parte se imprimió por la primera vez en Cuenca, por Domingo de la Iglesia, 1619, 8.º

Después son varias las ediciones que se han hecho de las dos partes, tanto en España como fuera. La más completa es

la de Barcelona, 1757, en dos tomos. Otra hay de Madrid, 1731, también en dos tomos, 8.°

También la hay de Pamplona, 1706, 8.°

Aunque Brunet (Manuel du Libraire) y Nicolás Antonio, *Bibliotheca Hispana Vetus et Nova*, citan algunas (si no todas) las ediciones arriba citadas, no puede decirse que la lista sea completa.

Por lo demás, en este Museo Británico se hallan las más principales, aunque no todas las ediciones de las *Guerras de Granada.*»

Poco después volvió el Sr. Gayangos á tener la exquisita complacencia de ampliar sus noticias por conducto de nuestro dignísimo representante, Sr. del Mazo:

«Contestando á las preguntas que le hace el Sr. D. Nicolás Acero y Abad, debo decir, que en efecto, en el año de 1803, se imprimió aquí en Londres una traducción al inglés, de la primera parte de las *Guerras Civiles de Granada*, de Ginés Pérez de Hita, en 8.° mayor. El traductor se llamaba *Rodd*, y fué el mismo que años después publicó, traducidos en verso inglés, los *Romances de los doce Pares de Francia.*

También el inglés *Lockhart*, yerno del célebre Walter-Scott, el novelista, imprimió por los años de 1840 al 42 (si no estoy equivocado), sus *Spanish Ballads* ó *Romances Españoles*, entre los cuales son varios los que entresacó de la obra de Pérez de Hita, traduciéndolos al inglés con singular acierto y gallardía.

No recuerdo traducción alguna francesa, á pesar de que como dejo dicho en mi primera carta sobre este particular, la segunda edición de las *Guerras* se hizo en París, y que la de 1609, hecha también allí, tiene, si mal no recuerdo, un largo prólogo y notas marginales en francés, para declaración de los pasages y palabras de difícil traducción.

Pero lo cierto es que cuantos escritores se han ocupado aquí, en Francia ó Alemania, de nuestros antiguos romances, ó pretendido escribir historias populares ó semi-novelescas de los moros granadíes, otros tantos han acudido á Ginés Pérez de Hita y á sus romances, los cuales (sea dicho de paso) no son todos suyos, pues que ya en el *Romancero General*

de 1600, publicado antes en partes sueltas desde 1593, se hallan algunos que figuran en la primera edición de las *Guerras de Granada*, hecha, como yo apunté, en Lisboa, 1598, 8.°

Entre los escritores franceses que más tomaron de Pérez de Hita, puedo ahora citar á Florian, y más modernamente á Viardot. Entre los anglo-americanos á Wáshington Yrving y á Longfellow, el poeta.

Esto es cuanto se me ocurre por lo pronto sobre el particular, estando, como está hoy día, cerrada la Biblioteca del Museo Británico.»

Por lo que parece desprenderse, aunque no lo asegura tan rotundamente como de la segunda parte de las Guerras, el sabio bibliófilo y arabista, indica que al parecer, la primera parte de las *Guerras Civiles de Granada*, se imprimió por vez primera en Lisboa, año de 1598, en 8.°, cuando en la Biblioteca Real de Berlín y Nacional de París existen, como oportunamente veremos, ediciones del año de 1595 hechas en Zaragoza, y que son las primeras que de esta obra se encuentran.

Dice el Sr. Gayangos, que «la segunda parte se imprimió por vez primera en Cuenca, por Domingo de la Iglesia, 1619, en 8.°,» cuando es indudable que esta segunda parte, según el mismo autor, «sacóla en limpio y acabóla en 22 de Diciembre de 1597,» imprimiéndose en Alcalá en 1604, esto es, quince años antes que afirma el Sr. Gayangos. Este es el sentir general y aceptado de todos los bibliógrafos, y que yo muy de antiguo tenía conocido por lo asegurado en el libro intitulado *Murcia que se fué*, de mi querido amigo don Javier Fuentes y Ponte, robustecido por el sinnúmero de ediciones que resultan de la de Alcalá de Henares, anterior á la de Cuenca.

De la que en el *Manuel du libraire*, de Brunet, se llamó bello ejemplar, «Barcelona. En la Emprenta de Sebastian Mereud y Lorenço. Den. Año MDCX=8.°» y que efectivamente existe en la Biblioteca Nacional de París, nos parece muy conveniente trasladar aquí no solo la carta de Bernabe Cristiano al Duque del Infantado, sino que también la aprobacion del Capellan del Rey Doctor Molena donde se leen las

siguientes expresivas palabras «y la segunda impresa en Alcalá de Henares por Juan Gracian año de 1604.»

«Excelentísimo Señor: En Dias passados vino á mi poder una Historia de la última revelion, y levantamiento de todo el Reyno de Granada, entre los convertidos Moros, y vezinos Christianos que conquistó su Magestad el Rey Don Felipe Segundo deste nombre que sea en gloria, y acabó de allanar, el año passado de mil y quinientos sesenta y ocho la qual con justa razon, tengo obligacion de dedicarlo á V. Excelencia por ser Archero Corps de su Magestad, de quien todos recibimos cada día tan singulares mercedes, y fabores en nuestros trabajos, que no se pueden pagar, sino con agradecimiento, por que con el se paga lo que no se puede pagar con pocas fuerzas, y pequeños servicios como los mios. Demas desto se lo dedico á V. Excelencia por ser Mayordomo Mayor del Rey nuestro Señor, y quien quisiera agradar al Señor, ha de procurar agradar su Mayordomo. Y otra razon ay mayor que se le debe á V. Excelencia, por averle conquistado con su casa y familia nobilísima, que seria notable falta mia buscar otra á quien encomendarle, siendo suyo propio, y aviendo derramado su sangre en la conquista della, de la qual, ni de su linage, no me atrevo de hazer mencion, por que de la nobleza generosa tan calificada, de la casa y familia de V. Excelencia estan todas las Historias llenas, y meterme yo en ella, temeria que me dixese alguna persona lo que respondio aquel grande Filósofo Antadidas á un hablador que se alabó aver escrito las hazañas tan heroycas de Hercules, diziendo, quien la vitupera, como quien dize, á quien todo el mundo alaba quien pone falta en el, porque qualquier loor le viene corto á quien todo el mundo engrandece, y celebra, y assi conociendo yo el poco caudal de mi ingenio, no haré sino enturbiar esta fuente clarísima de su linage por todo el mundo celebrado.

»Por otra parte, se que V. Excelencia mas querra merecer la nobleza que oyrla, cosa natural de altos animos tener en mucho la honra, y en poco el pregon della, quanto mas que no se puede dezir nada en un pliego de papel á donde ay tanto que dezir, que seria menester para ella un libro muy grande, y un entendimiento mas subido que el mio; empero

quien quisiere lea las Historias de España, de Ambrossio de Morales, y de Estevan de Garibay, Zamalloa, Monarquia de Pineda, Anales de Aragon, y otras que hallarán en ellas los valerosos y grandiosos hechos de sus antepasados, con tanto esfuerzo y osadia que passan adelante casi de la imaginacion humana, las quales manifiestan un animo valerosíssimo, y constante que tenian, ni con temor de la muerte, ni alboroto de la vida, ni codicia de las riquezas del mundo, ni ambicion de sus honras, ni esperancas de sus contentamientos que les apartava un punto de la firmeza de la virtud y constancia en el servicio de Dios, y de su Rey, de que hay experiencia mucha en V. Excelencia, á quien nuestro Señor de su gracia, como el menor de sus criados, y mas humilde lo desea,—*Cristiano Bernabé.*»

Comision.—Por mandato de monseñor illustríssimo Don Luys Sanz Obispo de Barcelona, y del Consejo del Rey nuestro Señor: he leydo la Segunda parte de las Guerras Civiles de Granada, donde se tocan variedad de sucessos históricos de nuestros tiempos, con apacible estilo, y se acaba de dar cuenta de la total expulsion de los Moriscos: no solo de aquel Reyno, sino de toda Castilla, en prosecucion curiosa de lo escrito en la primera parte deste sugeto de las cosas de Granada: y Gines Perez de Hita, vecino de la Ciudad de Murcia, autor de esta segunda parte, ha trabajado bien en ella, se le puede permitir varias impresiones de su libro: pues no hallo cosa que repugne á nuestra Santa Fé, ni que pueda escandalizar á los piadosos: assi lo siento y firmo de mi mano en el Convento de Santa Catharina Martyr de Barcelona, Orden de Predicadores, en 15 de Agosto 1619.—El Maestro, *Fray Onofre de Requesens.*

IMPRIMATUR

L. Epis. Barcinonen

Ut de Calba D de Vallseca Regens

Este Libro intitulado Guerras y levantamiento del Reyno de Granada, está bien y fielmente impresso, y en el no ay cosa que notar, por lo cual no corresponda con su original.—Madrid, y Abril, 4 de 1619.—*El Licenciado Martin de la Llana.*

Aprobación que copio de la página siguiente:

APROBACION

Por Comision del Supremo Consejo del Rey nuestro Señor he visto el libro de las Guerras Civiles de Granada, y de las batallas particulares que huvo en la Vega entre Moros y Christianos, y de la rebelion de dicha Ciudad y Reyno: el cual libro tiene tres partes y en los originales que se me entregaron, la primera y tercera parte estan escritas de mano, la primera en quinientas y zinquenta y nueve hojas, y la tercera en quatrocientas sesenta y seys, y la segunda impressa en Alcalá de Henares por Juan Gracian, año de mil y seyscientos y quatro, y es assi, que aviendo yo corregido las dichas tres partes, en los lugares que huvo necesidad de correccion, con las dichas enmiendas, á mi parecer no queda en ellas cosa ninguna que sea contraria á nuestra Santa Fé Catolica, ni á las buenas costumbres, y assi por esta razon, como porque los libros de Historias, por muchos respetos son utiles á la República, que aunque este interprete algunas fabulosas, no son sin provecho, pues sirven al entretenimiento: me parece será bien dada la licencia para imprimir las dichas tres partes, y assi lo firmo de mi nombre. En Madrid á diez de Abril de 1610.—*El Doctor Molena, Capellan del Rey N. S.*

TASSA

Yo Diego Gonzalez de Villaroel Escribano de Cámara de su Magestad, de los que en su Consejo residen, doy fé que aviendose visto por los señores del, un libro intitulado Guerras Civiles de Granada y bando de los Cegres: compuesto por Ginés Perez de Hita, vezino de la Ciudad de Murcia, que con licencia de los dichos Señores, del Consejo fué impresso, tassaron cada pliego de los del dicho libro á quatro maravedis, y á este respeto mandaron se vendiesse, y no á mas, el qual parece tener quarenta pliegos, que á este precio montan cinco reales, y que esta tassa se ponga al principio de cada libro, de los que se imprimieren, y para que dello conste de manda-

miento de los dichos Señores del Consejo, y de pedimento de Christiano Bernabe Archero de su Magestad doy esta fe, en Madrid á diez y siete de Abril de 1619.—*Diego Gonzalez de Villarroel.*»

XI

Ediciones de la obra «Guerras Civiles de Granada»

(*Conclusión*)

En las Bibliotecas del Senado y Congreso de Diputados existe solamente en cada una un ejemplar del inserto en el tomo III de la *Biblioteca de Autores españoles* de Rivadeneyra. Madrid 1846 y 1850.

El P. encargado de la Biblioteca del Monasterio del Escorial, modelo de bondades y caridad suma, dice: «Tengo el sentimiento de decirle que mis investigaciones no tropezaron con ninguna obra de Pérez de Hita, ni aparece indicado este autor en los índices de la Biblioteca,» y á seguida firma no sabemos más que antes de Fernández, Bibliotecario.

Sin duda en aquella inmensa Biblioteca Escurialense no ha leido siquiera el tomo I de la *Biblioteca Hispana Nova*, de D. Nicolás Antonio, lo siguiente: «Genesius Perez de Hita, Murciæ urbis incola, credi voluit ex Arabico Aben Hamidi Granatensis libro Hispanis hominibus communicasse, quod ad Milesiacas referimus sponte nugas opus salicet:

Historia de los bandos de los Zegries y Abenzerrages Cavalleros Moros de Granada y las Guerras que huvo en ella: Dualen partibus. Compluti 1604. 8. Matritique anno 1631. in 8. & 1655. in 8. Quod tamen opus allubeiat plurimum otiosis &. aliud non agentibus.

Lo que traducido interlinealmente resulta así:

Genesicus Perez de Hita incola urbis Murciæ voluit credi se ex libro arabico Aben Hamidi Granatensis communicasse hominibus hispanis opus, quod nos referimos sponte ad nugas milesiacas

scilicet: Historia de los bandos de Zegríes, &.
duabus partibus.
Compluti 1604, 8.° Matritique 1631.

Quod, opustamen allubescit plurimun otiosis et non agentibus aliud.

Ginés Pérez de Hita, habitante de la ciudad de Murcia, quiso se creyera que él, del libro arábigo del granadino Aben Hamidi, había publicado para los españoles una obra, que nosotros contamos voluntariamente entre las tonterías eróticas (ponemos en el número de lás tonterías milesias),
á saber: Historia de los bandos de Zegríes, etc.
en dos partes.
En Alcalá de Henares, 1604, 8.°, y en Madrid, 1631.
Cuya obra, sin embargo, deleita muchísimo á los desocupados y á los que no hacen otra cosa.

Pudiendo también traducirse más elegantemente, «quiso se creyera que él había enterado á los Españoles del libro arábigo del granadino Amidi, cuya obra ponemos voluntariamente en el número de las bagatelas eróticas,» etc.

Nada especial y curioso es fácil averiguar acerca de Ginés Pérez de Hita y de sus «Guerras Civiles» en la Biblioteca de la Universidad de Granada, casi toda de formación moderna, pues le alcanzó muy poco de la muy rica y valiosísima que tenían los PP. Jesuitas, saqueada después de su expulsión, sólo se encuentra una edición de dicha obra, que es la hecha en Madrid año de 1833, Imprenta de D. León Amarita, y la contenida en la «Biblioteca de AA. EE.» de Rivadeneyra, Tomo III, novelistas anteriores á Cervantes. Me extrañó grandemente que en este centro no tuviesen la que en 1847 publicó «La Biblioteca Granadina», en la imprenta y librería de D. Miguel Sanz, que yo poseo y que he citado anteriormente.

El Sr. Jefe de la Biblioteca de la Universidad de Barcelona, nos manifestó muy galantemente, pero muy deprisa, que en aquel centro no existía otra edición que la insertada por Rivadeneyra en la «Biblioteca de AA. EE.», Tomo III, Madrid 1846; empero que en M. Brunet, y en su «Manuel du Libraire», así como en el catálogo de la Biblioteca del Sr. Sal-

vat (1), encontraríamos citadas todas las ediciones conocidas, que son varias. Gracias—le respondimos,—y como no se consuela el que no quiere, abandonamos la Biblioteca exclamando: *¡menos sería nada!*

Por los desencantos recibidos en Valladolid, Zaragoza, Granada, Barcelona y aun en la misma Biblioteca Nacional y Escurialense, vamos á buscar las más antiguas ediciones al extranjero.

En efecto: de las investigaciones llevadas á cabo por el Excmo. Sr. Conde de Benomar, dignísimo Embajador de España en Berlín, tan amante de nuestras glorias patrias como decidido protector de literatos, y más especialmente artistas, resulta que en la Biblioteca Real de Berlín existen las siguientes ediciones de las celebradas *Guerras Civiles de Granada*, en *castellano*.

Año de 1595, Zaragoza.
Año de 1597, Valencia.
Año de 1606, París.
Año de 1660, París.

Hay además en dicha Biblioteca una traducción al alemán de dicha obra por C. A. W. Spalding, impresa en Berlín en 1821.

De la copia exacta de las notas tomadas del Catálogo de la Biblioteque Nationale de París aparece:

Pág. 49, núm. 58.—Historia de los Vandos, de los Zegries y Abencerrages, cavalleros moros de Granada, de las Civiles guerras que huvo en ella, y batallas particulares que huvo en la Vega, entre Moros y Christianos, hasta que el rey Don Fernando V la ganó: agora nuevamente sacado de un libro arabigo,cuyo autor de vista fué un moro llamado Aben Hamin, traduzido en castellano por Gines Perez de Hita.

En Çaragoça. imprenta de M. X. Sanchez 1595. in 8.°

Varias ediciones

Çaragoça, 1603, edición A.
Barcelona, 1604, edición B.

---

(1) Como él dijo, y no Salvá como es.

Valencia, 1604, edición C.
Barcelona, 1610, edición D.
Sevilla, 1613, edición E.
Alcalá, 1619, edición F.
Sevilla 1731, 1.ª parte; 2.ª parte en Madrid.

Pág. 50.—Guerras Civiles de Granada por Ginés Perez de Hita vecino de Murcia. Dos partes en un tomo, Paris, Baudry, imprenta de Fain et Tunot, 1847, in 8.º, tomo 45 de la «Colección de los mejores autores españoles: División Polygraphie.

Pág. 50: Historia de las Guerras Civiles de Granada, por Aben Hamin.

Paris 1606, in 8. (Título del primer capítulo:) «Historia de los Vandos de los Zegries y Abencerrages.»

Una dedicatoria firmada, Fortan, que dice así:

A la Marquesa de Vernoil mi Señora

«Es cosa cierta (Excellentísima Señora) que en todo negocio, se han de guardar dos cosas, la vna el conocerle, y la otra el tenerle aficion conociendo que la obra que avia començado, y comunicado á V. Ex.ª del *Estado de Dios* y *del hombre*; negocio que es tan arduo y dificil, y que no está en mi manipulirlo á sazon: assi la grande aficion que le tengo ha suspendido mi ánimo, por ahora pues no puede yr junta con estas guerras civiles segun lo avia deliberado, viendo assi missmo que falta á mi desseo tiempo, lugar y fortuna: y considerar el tuerto que les hago despues de empressas de tantos años dilatar su parto, y que se desplazen mis señores y amigos de ver se privados de contento deste libro, y lo que mas es, que V. Ex.ª me manda, que lo saque aluz, y como la obediencia sea la prueva de la verdad del servicio, y del amor, no quise ni pude mas dilatarlo. Y assi los desuni, determinado de hacer un libro aparte. Suplico muy humildemente á V. Ex.ª sustenga por agora mi atrevimiento, permitiendo que esse ligero trabajo passe dessa guissa debaxo de su amparo, y assi illustrado viendo que va a tan gran Señora dirigido, y de su nombre y virtud favorescido, quien lo lea en mas lo estime, y su lengua se detenga.

»Y prometo que no sera V. Exc.ª frustada de la obra començada, que tambien tomara buelo debaxo de su sombra, y alas, y en esso no pienso hazer nada por su servicio, pues le tengo todas mis obras ofrecidas, como tan obligado á las infinitas mercedes, que de mano de V. Exc.ª he recibido, y aunque digan que he sentido algun daño, en él estaba la medicina, y en Dios el consuelo, á quien suplico que despues de muy larga y alegre vida en la tierra, sea servido dar á V. Exc.ª la eterna en el cielo.—Fortan De Paris á 9 de Agostode 1606.»

Esta dedicatoria está impresa en las páginas primeras del primer tomo en 8.º, que también existe como hemos indicado en nuestra Biblioteca Nacional. El de la de París tiene portada, con un grabado muy curioso y detallada explicación, traduciendo del latín al castellano las inscripciones que se leen en las tiendas de campaña, Cipreses, moros montados, y otra multitud de asuntos tan variados como peregrinos.

De esta obra hay tres ediciones más, tiradas por tres editores de distintos nombres, también en París en el año de 1660.

La de 1606 anteriormente citada, fué también traducida en francés por Toussainets du Bray en 1608 Pág. 50, núm. 61 del catálogo: «Histoire des guerres civiles de Grenade» (par Aben Hamin), traduite de l' espagnol en francais, sign.: Madame de La Roche Guilhen.) Paris, C. Barbin, 1683, 3 parties en 1 vol. in. 12. (Edicion A. 1683. París, V.ᵉ L. Billaine, 3 vol.ˢ in. 12).

Por lo que encontrando en Berlín y en París una edición de la 1.ª parte de las *Guerras civiles de Granada* hecha en Zaragoza en 1595, y seguramente en vida de su autor, y como no hay otra anterior que se conozca, es casi seguro que la impresa en Lisboa en 1598 en 8.º, es la segunda.

El Sr. D. Javier Fuentes y Ponte, en la pág. 390 de su libro «Murcia que se fué», hablando de nuestro escritor dice: «Ginés Perez de Hita, poeta murciano, dió el paso de presentar la novela en este reino con la célebre «Guerras Civiles de Granada, Zegríes y Abencerrages», publicada en Zaragoza en 1589 y 1595, &.; y como quiera que Brunet ponga en duda la existencia de la de 1588, sin citar siquiera ni este autor ni ningún otro bibliófilo, la de 1589 que de seguro el Sr. Fuentes

y Ponte confundió con la de 1598, y de no confundirla, cosa fácil por la similitud de las cifras, es seguro que no la vió ni esta, ni la que puso en duda Brunet, por no existir en ninguna biblioteca, y sí encontrarse como más antigua y ninguna anterior á ella, la de 1595, impresa en Zaragoza de que á su tiempo haremos oportuna reseña.

En Gante y en la Biblioteca de la Universidad del Estado poséen: «Histoire chevaleresque des Maures de Grenade, traduite de l'espagnol de Ginés Perez de Hita, précédée de quelques réflexiones sur les Musulmans d'Espagne, Avec des Notes historiques et litteraires; par A. M. Sané... Paris, Chez Ceriox jeune, Libraire... 1809. (Impr. d'Aut. Beraud). In 8.° 2 vol. de Loig 288 A 292 pp.»

«Guerras Civiles de Granada, Por Gines Perez de Hyta, vecino de Murcia. Madrid: En la Imprenta de D. Leon Amarita, 1833. 8.° 2 vols. de XVI-446 A 565 pp.»

Así mismo en la Biblioteca Real de la Villa de Bruselas se encuentran: 1.° Gines Perez de Hita.—Guerras Civiles de Granada.—1.ª y 2.ª parte en un tomo.—París, 1847.—Un volumen en 8.°—Ginés Perez de Hita.—Histoire chevaleresque de Maures de Grenade, traduite de l'espagnol por S. M. Sané, Paris, Ceriox, 1809, 2 vols. 8.°» Existen así mismo en aquella Biblioteca otras dos obras en esta forma:

(*a*) Historia de las Guerras Civiles de Granada: nueva impresión.—Amberes, 1714.—Un vol. 8.° sin el nombre de su autor.

(*b*) Historia de las Guerras Civiles de Granada, en 8.°

(*Id.*) La dedicatoria está fechada en París en 9 de Agosto de 1606.

En la Biblioteca Imperial de la Ciudad de Viena, según la valiosa autoridad de mi discreto amigo y nuestro embajador Sr. S. R. Merry del Val, de quien tan gratos recuerdos conservo de mi última estancia en Biarritz, durante la guerra carlista, residiendo también allí Cabrera, se conservan con el mayor esmero:

1.ª «Historia de los Vandos de los Zegries y Abencerrajes y cavalleros moros de Granada... etc.»—Barcelona.—Sebastian Mereud, año de 1610.

2.ª «Historia de los vandos de los Zegries... de las Civiles Guerras...»—Lisboa.—Antonio Álvarez, 1616.

3.ª «Historia de los vandos etc...» por *Aben-Hamid.*—Herederos de Pedro de Madrigal, 1631.—Seguida de la segunda parte.—Cuenca, 1625.

4.ª «Historia de los vandos etc...» en Madrid.—Melchor Sanchez, 1652.—Seguida de la segunda parte, cuya portada falta.

5.ª «Historia idem.....» Valencia.—Gerónimo Villagrota, 1659.—Con la segunda parte de la edición de Cuenca de 1619.

7.ª «Historia idem...» Madrid.—Pablo del Val, 1662.

6.ª «Historia idem...» Paris.—Nicolás Juan de la Costa, 1660.

8.ª «Historia etc...» por *Aben-Hamid.*—Sevilla.—Pedro deSegura, 1670.

9.ª «Historia etc...»—Francisco Mastre, 1681.—Falta la segunda parte.

10. «Guerras Civiles de Granada etc...» Madrid.—León Amarita, 1833.

11. Versión francesa: «Histoire chevaleresque des Maures de Grenade etc...» traducida al francés por Sané.—París.—Cerioux jeune, Libraire 1809. (Impr. d'Ant. Beraud). Dos volúmenes en 8.°

En la Biblioteca Braidense de Milán, tienen un ejemplar.—Madrid, 1833.—León Amarita.

En la Biblioteca de la Universidad de Turín, están insertas las «Guerras Civiles» en la colección de los mejores AA. EE. de Baudry, Librería europea, 3 Quai Malaquais, au premier étage, cerca del puente des Artes, 1847. En la Biblioteca pública *Anwerphensis*, hay la edición impresa en aquella ciudad de Amberes, 1714, un volumen en 8.° sin el nombre del autor.

De las «Guerras Civiles» posee la Biblioteca Municipal de Bolonia la edicion de Madrid, por Antonio González de Reyes, 1676 en 8.° con 276, sin que nada (1) absolutamente ten-

(1) Pues no faltaba más que en donde tenemos nosotros pensionados hubieran cosas nuestras.

ga de Ginés Pérez de Hita, la otra biblioteca de aquella Universidad Italiana.

En Nápoles existen: «LVII B. T.» Segunda parte de las Guerras Civiles de Granada y de los crueles bandos entre los convertidos moros, y vecinos cristianos con el levantamiento de todo el Reino, y última rebelion sucedida en el año de 1568, por Ginés Pérez vecino de Murcia; dirigido al Excmo. Sr. Duque del Infantado, Mayordomo Mayor del Rey Nuestro Señor Don Felipe III, dese nombre. Con privilegio en Cuenca por Domingo de la Iglesia.

Año de 1619, página 364. Ídem: «Historia de los bandos de Zegries y Abencerrages, caballeros moros de Granada y las civiles guerras que hubo en ella, etc., etc.» Traducida en castellano por Gines Perez de Hita vecino de la Ciudad de Murcia. Con licencia. Impresa en Sevilla por Francisco de Lira. Año de 1625, 276 páginas.

Nuestro plenipotenciario en Lisboa, Sr. Méndez Vigo, nos remitió la siguiente nota, que copiamos literalmente, facilitada por la Biblioteca general de dicho punto:

Ediçoes da obra «Guerras civiles de Granada» por Gines Perez de Hita, que existen na la Bibliotheca Nacional de Lisboa. «Segunda parte de las Guerras civiles de Granada, etc. Por Gines Perez de Hita.» En Cuenca, por Domingo de la Iglesia, año de 1619. In 8.° pequeño de VIII folhas sem numeraçao. 364 numeradas de frente, II sem num.

Historia de los Vandos, de los Zegris, y Abencerrages, cavalleros moriscos, etc... Traducida en castellano por Gines Perez de Hita.

Impresso en Sevilla, por Francisco de Lira, año 1625. In 8.° pequeño de II folhas sem num. 317 numeradas de frente. Índice incompleto, sem numeraçao.

O mesmo.

En Barcelona, en la imprenta administrada por Sebastian de Cormellas mercader, año de 1647. In 8.° peq. de IV folhas sem num 283 numer. de frente.

Historia de las Guerras civiles de Granada. (Sem o nome do autor, nem outra qualquer designaçao).

En Paris, en la tienda de Estevan Loysai (sem nome do

impressor). 1660. In 8.° peq. de IV páginas sem numer. incluindo o rosto, 686 numeradas.

Historia de los Vandos, de los Zegries y Abencerrages, etc. Primera parte. Barcelona, en la imprenta de Lucas de Bezares, 1756, in 8.° peq. de VIII paginas sem numer., 557 numeradas, e III sem numer.

Guerras civiles de Granada, etc., Paris, 1847, in 8.°

Como XLV da «Colleccion de los mejores autores españoles.»

VERSIÓN ALEMANA DE LAS GUERRAS CIVILES

La traducción alemana de Karl August Spalding, el tamaño de su libro es exactamente igual al facsímile de su portada, que dice de esta forma:

Geschichte der Bürgerlichen Kriege in Granada aus Dem spanischen von Karl August Spalding

Berlin, 1821.—Gedrukl nud Verlegt bei c. Reidier.

Consta de 472 páginas y está perfectísimamente hecha la versión.

George Ticknor cita la obra de Pérez de Hita, *Guerras Civiles de Granada*, en la página 266 de su Cathalogue of the Spanisch Library. Boston, 1879, y además en su *History of spanisch literarum*, Boston, 1882; Hugdon Mifliu and Company; páginas 156 del volumen primero, y 135 y siguientes del tercero.

Bucholz's, en su *Handbuck der Spanischen sprache.*

EDICIÓN DE LA PRIMERA PARTE DE LAS *Guerras Civiles de Granada* PUBLICADA POR PRIMERA VEZ EN ZARAGOZA EL AÑO DE 1595

Creemos, desde luego, que en manos de curiosos y aficionados á libros viejos, y aun en alguna que otra biblioteca ó librería particular, existirán seguramente ejemplares de la primera edición de la *Historia de los Zegries y Abencerrages*, mas es lo cierto que á pesar de nuestras pesquisas y rebuscos no hemos podido encontrarle en las bibliotecas de la España

oficial y académica. Solamente en la de la Universidad de Valencia y en su Índice antiguo aparecen las obras de Pérez de Hita en esta forma:

Historia de los Zegríes y Abencerrages, Zaragoza, 1595.

Historia de los Zegríes y Abencerrages, primera parte; Barcelona, 1757: segunda; Madrid, 1724 (1).

Pero estos datos están tomados del Índice antiguo, donde solamente existen las citas de los ejemplares puesto que las citadas obras se cree no existen ya en la Biblioteca. Repasando el Índice moderno que se está formando en la actualidad, no aparecen ya en él, sin duda, porque, como hemos dicho, se han extraviado, que es lo más seguro, ó bien porque no hayan sido aún clasificadas ó inscritas en el mismo, lo que no es probable.

De manera, que sin recurrir al extranjero y al bondadoso cuanto ilustrado Sr. Conde de Benomar, nuestro Embajador en Berlín, nos veríamos imposibilitados de hacer una lijerísima reseña del libro publicado por primera vez en Zaragoza en 1595, y del cual existe, como ya hemos indicado, un ejemplar en la Biblioteca Imperial de Berlín.

La portada, copiada á la letra, dice así: *Historia de los Vandos de los Zegríes y Abencerrages Caualleros Moros de Granada, de las civiles guerras que huvo en ella y batallas particulares que huvo en la Vega entre moros y christianos hasta que el Rey Don Fernando quinto la ganó, agora nuevamente sacado de un libro arabigo cuyo autor de vista fué un moro llamado Aben-Hamin, natural de Granada, tratando desde su fuudacion. Traducido en castellano por Ginés Perez de Hita, vecino de la Ciudad de Murcia.*—Aquí un escudo con las Armas Reales de España.—*Con Licencia* y *Privilegio.—En Çaragoça.—Impresso en casa de Miguel Ximeno Sanchez.—M.D.LXXXXV.*

Tiene 307 páginas impresas, terminando la última con estas palabras: «Este fin tuvo la guerra de Granada, a gloria de Dios Nuestro Señor.—FINIS.»

---

(1) Sólo se explica que la segunda parte sea anterior á la primera en la fecha de su publicación, suponiendo que dichas partes son de distintas ediciones ó una equivocación del Catálogo.

A la vuelta de la página 307 se lee lo que sigue: «Impressa en Çaragoça en casa Miguel Ximeno Sanchez, año 1595.»

El ejemplar existente en la Biblioteca Nacional de París es exactamente igual al de la de Berlín.

Finalmente y para concluir, las *Guerras Civiles de Granada* se encuentran en casi todas las principales bibliotecas de las repúblicas Hispano Americanas, y allí donde el pabellón nacional tremoló por algún concepto.

XII

Reseña del ejemplar impreso en Zaragoza en 1595, y que existe actualmente en la Biblioteca Nacional de París.

En nuestro deseo de compilar en este modesto trabajo todo lo que referente á Pérez de Hita llegue á nuestro conocimiento, dedicamos este capítulo y los tres siguientes á reseñar minuciosamente la notable edición á que hace referencia el epígrafe transcrito.

El contenido literal de la portada dice así:

«Historia de los vandos de los Zegries y Abencerrages Caualleros Moros de Granada, de las Ciuiles guerras que huuo en ella, y batallas particulares que huuo en la Vega entre Moros y Christianos, hasta que el Rey D. Fernando Quinto la ganó.—Agora nvevamente sacado de vn libro Arauigo, cuyo autor de vista fue vn Moro llamado Aben Hamin, natural de Granada. Tratando desde su fundacion.—Tradvzido en Castellano por Gines Perez de Hita, vezino de la ciudad de Murcia. —(Un escudo con las armas reales).—Con licencia y priuilegio.—En Çaragoça.—Impresso en casa de Miguel Ximeno Sanchez.—M. D. LXXXXV.—A costa de Angelo Tabano.»

A esta portada sigue el permiso ó licencia de la autoridad eclesiástica de Zaragoza, licencia fechada en dicha ciudad el tres de Junio de mil quinientos noventa y cinco, firmada por

el doctor canónigo vicario general de la santa metropolitana iglesia del Asseo Pedro Reues.

A ésta sigue otra autorización para imprimir y vender el libro, firmada por D. Beltran de la Cueua, Duque de Alburquerque, Marques de Cuellar, Conde de Ledesma y Huelma, Lugarteniente Capitan general por su Magestad en el Reyno de Aragon, fechada el seis de Setiembre de mil quinientosnoventa y cinco.

Viene luego la dedicatoria que por original y curiosa se copia al pie de la letra; dice así:

Al Illvstrismo Señor Don Iuan de Aragon.

Tres cosas segun Eliano enseñauan los Cretenses á sus hijos. La primera, saber las Leyes de Coro, y que con instrumentos las cantassen. La segunda, los hymnos y alabanças de los dioses. La vltima que leyessen las Historias y heroicos hechos de los famosos é Illustres Varones. En todas ellas se han estremado los antecessores de v. m. pues como Reyes Catholicos, no solo en este fidelisimo Reyno, mas en otros han fundado cathólicas Leyes, quitando de rayz las profanas; y donde tantos Prelados y en tan principales Iglesias de la Casa Real de Aragon ha auido notorio es, que se estremaron en seruir á Dios con aumento de la adoracionlatria á el solo deuida: Y no solo entendieron los celebres hechos de los famosos varones, mas nos han dexado muchos suyos dignos de imitacion y memoria eterna. Y por no entrar en el profundo piélago de notorias alabanças, que seria affirmar que el sol da lumbre, quiero antes callar, que dezir poco. A v. m. humildemente suplico, lea quando esté desocupado de las cosas militares que tanto professa esta Historia, que las del Reyno de Granada ganada por los Catholicos Reyes trata: que en ella vera sucessos varios, tratos Corttesanos y señaladas proezas dignas de ser entendidas. Y el aceptarla baxo su amparo y nombre, sera animarme para que con otras mayores a v. m. sirua Y Dios, como desseo, largos años a v. m. felicite. De Çaragoça á 6 de Setiembre. 1595.

ANGELO TABANO.

ANGELO TABANO

AL LECTOR

El desseo que de dar gusto a los curiosos tengo, me desuela a que fin mirar a interes ni a peligros assi de mar como de tierra, procuro regalar á los affiicionados, con diuersidad de libros, en differentes lenguas y sciencias. Y por no perder mi buena inclinacion y vso, siruo al presente con este, nunca hasta ahora impresso que de las cosas acaescidas en diuersos tiempos en la ciudad de Granada trata. Y pues la obra dira lo que es y merece, y por differentes opiniones ha de ser juzgada, a todos suplico acepten la voluntad que de seruirles tengo, que con desseo de perpetuarme en ella, he tomado assiento en esta ciudad, donde pueden sin ceremonia mandarme. Vale.

Siguen luego en las tres páginas siguientes otros tantos sonetos, el primero de los cuales, de Ivan Ripoll á Angelo Tabano, que es el más notable, se copia á continuación. Los otros dos son anónimos, y el segundo, cuyo sólo título ó epígrafe es «De vn amigo», está escrito en italiano; y el tercero «Al valor de España en Armas y Letras» nada ofrece de particular.

El primer soneto indicado dice así:

Si al padre de Iason Circe dio vida
En la vejez decrepita y cansada,
Y al antiguo vigor de la passada
Su fuerça le es por ella reduzida.

Entre sus obras esta es preferida
Y a todas las demas auentajada,
Tanto por ser de todos desseada
Quanto por ser la mas esclarecida.

Al Veneciano Angelo se debe
Eterno Lauro y Lybica Corona,
Pues con ser estranjero ensalça á Iberia.

Y su industria tal premio justo es lleue
Pues de España los hechos nos pregona,
Olvidando los grandes de su Esperia.

Las tres páginas siguientes las ocupa el índice ó, como dice su epígrafe, la: Tabla de los capitvlos que se contienen en este libro de la Historia de Granada.

En la página siguiente figura el escudo de España.

CAPITVLO PRIMERO.—*En que se trata la fundacion de Granada y de los Reyes que huuo en ella, con otras cosas tocantes á la historia.*

La ínclyta y famosa ciudad de Granada, fué fundada por vna muy hermosa donzella, hija o sobrina del Rey Hispan. Fué su fundacion en vna muy hermosa y espaciosa vega, junto de vna sierra llamada Eluira; porque tomo el nombre de la fundadora Infanta, la qual se llamaua Iliviria, dos leguas de donde agora esta, junto de vn lugar que se llamaua Albolotc, que en Arauigo se dezia Albolut. Despues, andando los años, les parecio a los moradores della, que no estauan alli bien, por ciertas causas, fundaron la ciudad en la parte donde agora esta, junto a la Sierra neuada, en medio de dos hermosos rios, llamados el vno Genil y el otro Darro.»

Después de varias consideraciones acerca de su fundación, dice el autor acerca del nombre de Granada, lo siguiente:

«A esta fundacion llamaron los fundadores Garnata, respecto que en una cueua que estaua junto al rio Darro fue hallada una hermosa donzella que se dezia Garnata, y ansi le pusieron nombre a la ciudad: y despues, corrompido el vocablo, se llamó Granada. Otros dizen que por la muchedumbre de las casas y la espessura que auia en ellas, que estauan pegadas vnas con otras a modo de los granos de la granada, le nombraron ansi.»

Añade luego el autor, después de varias consideraciones acerca la pujanza y riqueza que siempre tuvo Granada, al llegar á la invasión agarena:

«Ansimismo quedó la famosa Granada de Moros ocupada

y llena de aquellas africanas gentes. Mas hallase una cosa, que de todas las naciones Moras que vinieron en España, los mejores y más principales y los más señalados caualleros se quedaron en Granada de aquellos que siguieron al General Muça, y la causa que su grande hermosura y fertilidad y riqueza, pareciendoles demasiadamente bien su riqueza y assiento y fundacion: aunque el capitan Tarif estuuo muy bien con la ciudad de Cordoua, y su hijo Balagis con Seuilla, de do fue Rey, como dice la Chronica del Rey Don Rodrigo. Mas yo no he hallado que en la ocnpacion de Cordoua, ni Toledo, ni Seuilla, ni Valencia, ni Murcia, ni de otras ciudades populosas poblassen tan nobles ni tan principales caualleros ni tan buenos linages de Moros como en Granada. Para lo qual es menester nombrar algunos destos linages, y de donde fueron naturales algunos dellos en particular, aunque no se diga ni declare de todos, por no ser prolixo en esta nuestra narracion. Y muy bien pudiera yo traer aqui los nombres de todos los Reyes Moros que gouernaron y mandaron esta insigne ciudad, y los Califas, y aun de toda España: mas por no gastar tiempo no dire sino de los Reyes Moros que por su orden la gouernaron y fueron conocidos por Reyes della, dexando á parte los Califas passados y señores que tuuo, siguiendo á Esteuan Garibay Çamalloa.

El primer Rey Moro que Granada tuuo se llamo Mahomad Alhamar. Este reino en ella treinta y seis años y mas meses: acabó año de mil y docientos setenta y tres años.

El segundo Rey de Granada se llamó assi como su padre Mahomad Mir Almuzlemin. Este obró el Castillo del Alhambra muy rico y fuerte, como oy se parece. Reynó veynte y nueve años, y murió año de mil y trecientos y dos.

El tercero Rey de Granada se llamó Mahomad Abenalhamar: a este vn hermano suyo le quitó el Reyno y lo puso en prision, auiendo reynado siete años: acabó año de mil y trecientos y siete.

El quarto Rey de Granada fue llamado Mahomad Abenaçar: a este Rey le quitó vn sobrino suyo el Reyno, llamado Ismael, año de mil y trecientos y treze: reynó seis años.

El quinto Rey de Granada se llamó Ismael: a este mataron

sus vassallos y deudos suyos, mas fueron degollados los matadores: reynó este nueue años: acabó año de mil y trecientos y veynte y dos.

El sexto Rey de Granada se llamó Mahomad: y a este tambien le mataron los suyos a traycion: reynó onze años: murió año de mil y trecientos y treynta y tres.

El septimo Rey de Granada se llamó Iuçeph Aven Hamete: tambien fue muerto a traycion: reynó onze años: acabó año de mil y trecientos y cincuenta y quatro.

El octauo Rey de Granada fue llamado Mahomad Lagus. A este le despojaron del Reyno a cabo que reynó doze años: y acabó año de mil y trecientos y sesenta por aquella vez el reyno.

El noueno Rey de Granada se llamó Mahomad Abenal Amar septimo deste nombre. A este mató el Rey don Pedro en Seuilla sin culpa, auiendo este Rey ydo a pedirle amistad y favor; matole el mismo Rey don Pedro por su mano con vna lança; y mandó matar a otros que yuan con este rey, auiendo reynado dos años. Acabó año de mil y trecientos y sesenta y dos. Fue embiada la cabeça en presente a Granada.

Torno a reynar Mahomad Lagus en Granada, y reynó en las dos vezes veynte y nueue años: doze la primera vez, y diez y siete la segunda: acabó año de mil y trecientos y setenta y nueue años.

El dezeno Rey de Granada se llamó Mahomad Guadix: reynó tres años pacifico: acabó año de mil y trecientos y nouenta y dos.

El onzeno Rey de Granada se llamó Iuçeph segundo deste nombre: el qual murio con veneno que el Rey de Fez le embio en vna aljuba o marlota de brocado: reynó quatro años: acabó año de mil y trecientos y nouenta y seis.

El dozeno Rey de Granada fue llamado Mahomad Aben Balba: reynó doze años: acabó de mil y quatrocientos y ocho años. Su muerte fue de vna camisa que se puso emponçoñada con veneno.

El trezeno Rey de Granada fue llamado Iuçeph tercero deste nombre: reynó quinze años: murio año de mil y quatrocientos y veynte y tres.

El catorzeno Rey de Granada fue llamado Mahomad Abenaçar el izquierdo: auiendo reynado quatro años le desposseyeron del reyno año de mil y quatrocientos y veynte y siete.

El decimoquinto Rey de Granada fue llamado Mahomad el pequeño: a este le cortó la cabeça Abenaçar el izquierdo arriba dicho, por que le torno a quitar el reyno por orden de Mahomad Carrax cauallero Abencerraje. Reynó este Mahomad el pequeño dos años: acabó año de mil y quatrocientos y treynta.

Tornó á reynar Abenaçar izquierdo, el qual fué otra vez despojado del Reyno por Iuçeph Abenalmao su sobrino: reynó este Rey treze años la vltima vez: acabó año de mil y quatrocientos y quarenta y cinco años.

El decimoseptimo Rey de Granada se llamó Abenhozmin el coxo. En tiempo sucedio aquella sangrienta batalla de los Alporchones. Reynaua en Castilla el Rey don Iuan el segundo.

Aquí empieza el autor á referir cómo ocurrió y se dispuso la referida batalla de los Alporchones, que sigue relatando en el capítulo siguiente. En este final del primer capítulo cita las fuerzas principales que asistieron á la batalla, así como sus distinguidos capitanes, pertenecientes á la mejor nobleza mora, de la cual había en Granada treinta y dos linajes de caballeros muy ahidalgados, entre los quales (dice textualmente): «auia vn caballero llamado Abilbar del linage de los Gomeles, cauallero valeroso y Capitan de la gente de guerra. Y cõmo era hombre de grande esfuerço, y no sabiendo estar holgando, sino siempre en guerras contra Christianos, le dixo vn dia al Rey: Señor holgaria mucho que tu Alteza me diesse licencia para hazer vna entrada en tierra de Christianos; porque no es razon que la gente de guerra esté ociosa sin exercir las armas. Y si tu Alteza me da licencia, entraré en el campo de Lorca y Murcia y Cartagena, que son tierras de muy grandes haziendas y ganados. Y yo me ofrezco con ayuda de Mahoma venir cargado de muy ricos despojos y cautiuos de alla. El Rey le dixo. Mira Abidbar muy bien conozco tu valor, y grandes dias ha que se concede licencia para yr a entrar: yo la dare porque la gente de guerra se exercite en las armas: mas para essas

partes que dices temo de te la dar; porque la gente de Lorca y Murcia y toda essa tierra tiene brauas gentes y pelean brauamente, y no querria que te sucediesse mal por quanto vale mi Corona. No tema vuestra Alteza, respondio Abidbar, de peligro, que yo lleuare conmigo tal gente y tales Alcaydes, bue sin temor ninguno ose entrar, no digo yo en el campo de Lorca y Murcia, mas aun hasta Valencia me atreueria a entrar. Pues sus si esse es tu parecer sigue tu voluntad que mi licencia tienes.»

Hé aquí la gente que reunió el general Abidbar á su salida de Granada: Abenacid, Capitán de Baça; su hermano Abencazin, capitan de la Vega de Granada; el Malique Alabez de Vera; Alabez, Alcayde de Velez el Blanco; Alabez, Alcayde de Velez el Rubio; Alabez, Alcayde de Almería; Alabez, Alcayde de Cullar; otro Alcayde de Guescar; Alabez, Alcayde de Orce; Alabez, Alcayde de Purchena; Alabez, Alcayde de Giquena; Alabez, Alcayde de Tirieça; Alabez, Alcayde de Caniles.

Todos estos Alabezes Maliques eran parientes y en Vera se juntaron, llevando cada uno la gente que pudo. A ellos se unieron, además, otros tres Alcaydes, los de Mojacar, de Sorbas y de Lobrin. Reunidos todos, se contaron seiscientos caballos, aunque, según el autor, otros dicen ochocientos y mil quinientos infantes, que también otros hacen subir á dos mil y habla ya el autor:

Finalmente se junto grande poder de gente de guerra y determinadamente a doze o catorce de Março, año de mil y quatrocientos y cinquenta y tres entraron en los terminos de Lorca, por la marina llegaron al campo de Cartagena y lo corrieron todo hasta el rincon de San Gines y Pinatar, haziendo grandes daños. Tomaron mucha gente y grande copia de ganado, y siendo hecha esta presa los Moros se tornaron muy gallardos y vfanos.

En este tiempo los de Lorca ya tenian noticia desta gente que hauia entrado en sus tierras, y Don Alonso Fajardo Alcalde de Lorca auia escrito a Diego de Ribera corregidor de Murcia lo que passaua, que luego viniesse con la mas gente que pudiesse. El corregidor no fue perezoso, que con grande

UNIV. OF CALIFORNIA

breuedad salio de Murcia con setenta cauallos y quinientos peones, toda gente de valeroso animo y esfuerço, se juntó con la gente de Lorca donde auia docientos cauallos y mil y quinientos peones, toda gente valerosa. Tambien se halló con ellos Alonso de Lison cauallero del habito de Santiago que era a la sazon Castellano en el Castillo y fuerça de Aledo. Lleuó consigo nueue cauallos y catorze peones que del castillo no se pudieron sacar mas. En este tiempo los Moros caminauan a gran priessa con sobrado animo y gallardia y assi como llegaron en derecho de Lorca cautiuaron vn cauallero della, llamado Quiñonero, que auia salido a requerir el campo. Y como ya la gente de Lorca y Murcia a gran priessa viniesse, y los Moros viessen las vanderas que contra ellos venian, se marauillaron en ver tanta caualleria junta, y no podian ellos creer que de Lorca se pudiesse juntar tanta gente de cauallo y de a pie. Y assi el Malique Alabez Capitan y Alcayde de Vera, le preguntó a Quiñonero auiendole quitado el cauallo y las armas, esta pregunta que se sigue en verso.»

Aquí unas cuartillas en verso y forma dialogada preguntando al cautivo por el número de gentes que se acercaban y á quién pertenecían los diversos estandartes y banderas que se veían. Y así acaba el capítulo primero.

CAPITVLO SEGVNDO.—*En que se trata la muy sangrienta batalla de los Alporchones, y la gente que en ella se hallo de Moros y Christianos.*

«Apenas el Capitan Malique Alabez acabo estas palabras de dezir, quando el escuadron Christiano arremetio con tanta braueza y pujança que a los primeros encuentros a pesar de los Moros que lo defendian passaron la rambla. No por esso los Moros mostraron punto de couardia, antes con mas animo se mostraban en la batalla. El buen Quiñonero que vido la batalla rebuelta, depresto llamo vn Christiano que le cortasse la cuerda con que estaua atado y siendo libre, al punto tomo vna lança de vn Moro muerto, y vn cauallo de muchos que andauan ya sueltos por el campo, y vna adarga, y con valor

DE VINU
AMBICILIAC

muy crecido como era valiente cauallero, hazia marauillas.»

Después de referir el autor el sinnúmero de acometidas por una y otra parte y el gran valor con que ambos bandos pelearon, cita varios combates parciales entre los principales caballeros de un lado y otro en los que, como en el resultado general de la batalla, quedó la victoria por los cristianos. Muertos casi todos los capitanes Moros, lo cual visto por Abidbar, de todo punto perdido el ánimo, tomó consejo por huir mandando tocar á recoger.

«Los moros (habla el autor) oyendo la señal dexaron el pelear, y parando mientres por su general y sus vanderas, vieron como Abidbar yua huyendo por la sierra de Aguaderas: luego ellos hizieron lo mismo siguiendole huyendo, y atemorizados. Mas los Christianos les siguieron, matando y hiriendo muchos dellos, que no se escaparon de todos trecientos. Siguiose el alcance hasta la fuente de Pulpi junto de Vera. Quedaron los Christianos con singular victoria. Fué esta batalla dia de S. Patricio. Y las dos ciudades Lorca y Murcia celebran este dia en memoria desta batalla. Los Christianos victoriosos se boluieron á Lorca, yendo cargados de despojos de armas y cauallos y otras cosas. Alonso Fajardo se lleuo á su casa al Capitan Malique Alabez, y queriendolo meter por vn postigo de vn huerto del mismo Faxardo, dixo Alabez: Que el no era hombre de tan baxa suerte, que auia de entrar preso por postigo, sino por la real puerta de la ciudad. Y porfió en esto tanto en no querer entrar por el postigo, que enojado Alonso Faxardo lo hirio de muerte. Esta fue la fin de aquel valeroso y famoso Alcayde de Vera y Capitan. Murieron en la batalla doze Alcaydes Alabezes parientes de Alabez de Vera y dos hermanos suyos: y mas murieron ochocientos Moros. Christianos murieron quarenta. Huuo docientos heridos. Quedaron los de Lorca y Murcia con grande gloria con tal vencimiento á gloria de Dios nuestro Señor y de su bendita madre. Boluamos al Capitan Abidbar, que fué huyendo de la batalla. Como á Granada llegase y el Rey supiesse lo que passaua, le mando degollar: porque no auia muerto en la batalla como cauallero pues el les auia llevado a esta batalla. Passo siendo en Castilla Rey don Iuan el segundo y en Gra

nada Abenhozmin decimo septimo como esta dicho: el qual reynó ocho años, y fue despojado del Reyno año de mil y quatrocientos y cincuenta y tres. Por esta batalla de los Alporchones se hizo aquel romance antiguo que dize desta manera:»

Aqui sigue el espresado romance que empieza: «Allá en Granada la rica etc.,» y que ocupa cuatro páginas. Terminado el romance continúa la cronología de los Reyes de Granada.

«El Rey decimo octauo de Granada fue Ismael, y este le quitó el Reyno a Aben-Hozmin, como esta dicho. En tiempo deste Ismael murio Garcilasso de la Vega en vna batalla que los Moros tuuieron con los Christianos. Reyno este Ismael doze años: acabó año de mil y quatrocientos y sesenta y cinco.

«El decimonono Rey de Granada se llamó Muley Hazen: otros le llamaron Albo Hazen. Este fue hijo de Ismael passado. En tiempo deste passaron grandes cosas en la Vega de Granada. Tuuo este vn hijo llamado Boaudulin: y tuuo, segun cuenta el Arauigo, otro hijo bastardo llamado Muça: este dizen que lo tuuo en una Christiana cautiua. Tuuo este un hermano llamado Boaudulin, assi como el hijo del Rey. Este Infante Boaudulin era muy querido de los caualleros de Granada, y muchos dellos por estar mal con el Rey su padre le alçaron por Rey de Granada, a cuya causa le llamaron el Rey Chiquito. Otros caualleros siguieron la parte del Rey: de manera que en Granada auia dos Reyes, padre y hijo, y cada dia tenian y auia grandes pesadumbres entre los dos Reyes y sus vandos: y assi vnas vezes amigos y otras enemigos se gouernaua el Reyno, y no por eso se dexaua de continuar la guerra y entradas contra Christianos. Este Rey padre del Chico estaua siempre en el Alhambra y el Chico en el Albayzin: y en el ausencia del vno mandaua y gouernaua el otro: mas el viejo fue el que adornó y hizo muy magnificas cosas en Granada y muy grandes y soberuios, por ser muy poderoso y rico.»

Sigue el autor relatando todas las obras que en Granada hizo este Rey, entre las que cita la famosa torre de Comares, el patio de los Leones, los afamados Algibes, la torre de la

Campana. Y como dato curioso digno de citarse, dice que mandó también labrar los famosos Alixares con obras maravillosas de oro y azul de maçonería, todas á lo Moro. Esta obra era de tanta costa, dice, *que el Moro que la labraua y hazia ganaua cada dia cien doblas.*

De estas y de las demás maravillas cuyos restos se admiran hoy en Granada, dice el autor que se escribió el romance que cita basado en una pregunta que respecto á estas grandezas y maravillas hizo el Rey D. Juan I de Castilla al moro Abenamar, estando en el río Genil. El romance citado empieza así: «Abenamar Abenamar Moro de la Morería, etc.» El capítulo segundo termina ensalzando las bellezas de Granada y las riquezas de su Rey, que no había ningún Rey moro que en ellas le igualase como no fuera el Gran Turco.

CAPITVLO TERCERO.—*En que se declaran los nombres de los Caualleros Moros de Granada de los treynta y dos linages, y de otras cosas que passaron en Granada: anssimismo pondremos todos los lugares que en aquel tiempo estauan debaxo de la Corona de Granada.*

«Ya que auemos tratado de algunas cosas de la ciudad de Granada y de sus edificios: diremos de los preciados caualleros que en ella viuian, y de las Villas y Lugares y Castillos y Ciudades que estauan sujetos á la Real Corona de Granada. Para lo cual començaremos por los caualleros desta manera, nombrandolos por sus nombres:

Almoradis.....	de Marruecos.	Langetes.....	de Fez.
Alagezes.....	Alarbes.	Azarques.....	de Fez.
Benarages.....	Alarbes.	Alarifes.....	de Velez de la Gomera.
Alquifaes.....	de Fez.		
Gazules.....	Alarbes.	Abenhamines	de Marruecos.
Barragis.....	de Fez.	Zulemas	de Marruecos.
Venegas.....	de Fez.	Sarrazinos.....	de Marruecos.
Zegris.....	de Fez.	Mofarix.....	de Tremecen.
Maças.....	de Fez.	Abenchoares.....	de Tremecen.
Gomeles.....	de Velez de la Gomera.	Almançores.....	de Fez.
		Abidbares.....	de Fez.

Bencerrages.....	de Marruecos.	Alhamares.....	de Fez.
Albayaldos.....	de Marruecos.	Reduanes.....	de Marruecos.
Abenamares.....	de Marrueeos.	Adoladines.....	de Marruecos.
Alatares.....	de Marruecos.	Alducarines.....	de Marruecos.
Almademes.....	de Fez.	Aldoradines.....	de Marruecos.
Audallas.....	de Marruecos.	Alabezes Maliques..	de Marruecos, descendientes del Rey Almohaber Malique, Rey de Cuco.
Almohades.....	de Marruecos.		
Hazenos.....	de Fez.		

Los Lugares del Reyno y Vega de Granada son estos

Granada.	La Çubia.
Alhendin.	Alhama.
Gabia la Grande.	Loxa y Lora.
Gabia la Chica.	Guadahortuna.
Alfacar.	Alcala la Real.
Pinos.	Mochin.
Albolote.	Colomera.
Montefrio.	Iznalloz.
Malacena.	Cardela.
Cogollos.	Illora.
Los Padules.	Famala.
Alhabia.	Guelma.

Enumera y cita además el autor todos los lugares de Baza, del río Almanzora, de Filabres, del río de Almería y de las Talas de Andarax y Oxicar, como otros muchos de las Alpujarras, Sierra Bermeja y Ronda, como dependientes y sujetos á la Corona de Granada.

Los linajes más claros de cuantos se han citado y había en Granada, eran los Maliques Alabezes y los Abencerrages, los cuales eran muy estimados en Granada.

Celebrábanse por aquel entonces en Granada grandes fiestas de justas y torneos para solemnizar el coronamiento del Rey Chico, y como dato que caracteriza aquella época caballesca de luchas y amoríos, de guerras y galanteos, creo digno de citar, copiando íntegro el episodio que así relata el autor:

«Passando estas cosas, el muy valeroso Maestre de Calatraua Don Rodrigo Tellez Giron con mucha gente de cauallo y de pie entro a correr la Vega de Granada, y la corrio y hizo algunas presas. Y no contento con esto, quiso saber si auria en Granada algun cauallero, que con el quisiesse escaramuçar

lança por lança. Y sabiendo como en Granada se hazian fiestas por la nueua eleccion del Rey Chico, acordó de embiar un escudero con vna letra suya al Rey. El escudero fue con el recaudo del Maestre a Granada, y supo como el Rey estaua en Genalarife con muchos caualleros tomando plazer; y como el escudero llego auiendo tomado licencia para entrar, entró. Y siendo delante del Rey haziendo su acamiento como al Rey se deuia, le dio el recaudo del Maestre. El Rey lo tomó y leyó publicamente alto, que todos lo entendian, y dezia la carta lo siguiente:

«Poderoso Señor: Tu Alteza goze la nueua que por tu »valor se te ha dado, con prospero fin que dello suceda. De »mi parte he sentido grande contento, aunque diuersos en le»yes; mas confiando en la grande misericordia de Dios, que »al fin tu y los tuyos vendreys en claro conocimiento de la »Sancta Fé de Christo; y querras el amistad de los Christianos; »mas agora en tiempo de tus fiestas que son grandes, como es »razon que lo sean, por tu nueua Coronacion es justo que los »caualleros de tu corte se alegren y tomen plazer, probando »sus personas con el valor que dellos por el mundo se publi»ca y es notorio. Y anssi por este respecto, yo y mi gente »auemos entrado en la Vega, y la auemos corrido: y si a caso »alguno de los tuyos quisiere en passatiempo salir al campo a »tener escaramuça vno a vno, o dos a dos, o quatro a quatro; »dales tu Alteza licencia para ello, que aqui aguardo en el Fres»no gordo, harto cerca de tu ciudad. Y para esto doy seguro, »que de los mios no saldran mas de aquellos que salieren de »Granada para escaramuçar. Cesso besando tus reales manos; »El Maestre don Rodrigo Tellez Giron.»

Leyda la carta el Rey con alegre semblante miró a todos sus caualleros, y violos andar alborotados, y con gana de salir a la escaramuça; qualquiera dellos pretendiendo la empresa de aquel negocio. Y el Rey como los vido anssi les mando que que sossegassen, y pregunto, si era justo salir a la escaramuça que el Maestre pedia: y todos respondieron y dixeron que era cosa muy justa salir. Porque haziendo lo contrario, serian reputados por caualleros de poco valor y cobardes. Y para esto huuo muchos pareceres, sobre quien saldria a la escara-

muça ó quantos. Y fue acordado, que no fuesse aquel dia mas de vno a vno la escaramuça, que despues saldrian mas; y sobre quien hauia de ser huuo grandes differencias entre todos. De modo que fue nessario, que entrassen en suertes doze caualleros, y el que saliesse primero, de vna vasija de plata su nombre escripto, que aquel saliesse. Assi acordado, los que fueron escriptos para las suertes fueron los siguientes:

Mahomad Abencerraje.....	El valiente Muça.
El Malique Alabez.....	Mahomad Maça.
Mahomed Almoradi.....	Albayaldos
Veniegas Mahamet.....	Abenamar.
Mahoma Gomel.....	Almadan
Mahomad Zegrí.....	El valiente Gazul.

Todos estos caualleros fueron señalados y sus nombres escriptos y puestos dentro de una cantara de plata, y bien rebueltas las suertes, la Reyna con su mano las saco, que alli estaua con sus damas; y la suerte dezia el nombre de Muça. Quien os diria el grande plazer de Muça en aquella hora, y el pesar de todos los demas caualleros señalados. Porque cada vno dellos, holgara en estremo y de voluntad ser el contenido en las suertes, por prouar el valor y esfuerço del Maestre. Y aunque despues desto, entre todos los caualleros fue despues muy conferido y debatido que fuera mejor salir, quatro a quatro, o seis a seis, no se pudo acauar con Muça. Y anssi luego se escriuio al Maestre vna letra, y dandola al escudero del Maestre, en respuesta de la que auia traydo, le embiaron. El escudero boluio a donde el Maestre aguardava, y le dio en su mano el recaudo del Rey Chico, y auierta la carta dezia anssi:

«Valeroso Maestre: Muy bien se muestra en tu valeroso pe»cho la nobleza de tu sangre, y no menos que de tu noble»za, pudiera salir el parabien de mi eleccion y recebimiento »de mi Real Corona. Todo lo qual me ha puesto en obliga»cion de te acudir a todo aquello, que al amistad de vn verda»dero y leal amigo se deue tener, y anssi me obligo á todo »aquello que de mi y mi Reyno huuieres menester. Con muy »comedidas razones embias á mis caualleros escaramuça en la »Vega; diziendo que por alegrar mi fiesta, lo qual te agradez-

»co grandemente. Entre los mas principales se echaron suer-
»tes, para ver qual dellos saldria a verse contigo; porque qual-
»quiera dellos quisiera salir. Finalmente, la suerte le cayó a
»Muça, mi hermano. Mañana siendo Mahoma seruido, se vera
»contigo solo, debaxo de tu palabra que no sera de ninguno
»otro de los tuyos ofendido. Bien se que la escaramuça sera de
»ver; por ser hecha entre dos tan buenos caualleros, la qual
»sera mirada de las Damas de las torres del Alhambra. No
»mas. Quedo para lo que te cumpliere en Granada. Audala,
»Rey de Granada.»

Alegre fue el buen Maestre con la respuesta del Rey. Y aquella noche se retiró buen rato la Vega a dentro, mandando a su gente que tuuiese aquella noche con vigilancia y con grande recato, con rezelo que los moros no le hiziessen algun daño. La mañana venida se acercó, lleuando solos cincuenta caualleros de los suyos para su guarda, dexando el resto dellos muy grande trecho apartados con auiso que aprestados estuuiesen por si los Moros quissiesen hazer alguna cosa no deuida rompiendo la palabra en aquel caso puesta. Y anssi, estuuo aguardando á Muça, que de la ciudad saliesse para hazer con el la batalla.»

XIII

Reseña del ejemplar impreso en Zaragoza en 1595.

(Continuación.)

CAPITVLO QUARTO.—*Que trata la batalla que el valiente Muça tuuo con el Maestre y de otras cosas que mas passaron.*

«Assi como el mensajero del Maestre fué partido con la carta, siendo el desafio aceptado, los Moros caualleros y el Rey quedaron hablando en muchas cosas, principalmente en el desafio del valeroso Maestre. La Reyna y las damas que alli estauan no holgaron mucho dello, porque ya sabian bien que el valor del Maestre era grande y diestro en las armas. Y a quien mas en particular este desafio peso, fue a la muy her-

mosa y discreta Fatima que amaua a Muça de muy firme amor. Pues voluiendo a nuestro Muça, aquella noche siguiente, adereço todo lo necessario para la batalla que hauia de hazer con el buen Maestre; y la hermosa Fatima le embio con vn paje suyo vn pendoncillo de vna muy fina seda para la lança, el medio morado, y el otro medio verde, todo recamado con muy ricas labores de oro, y por el sembradas muchas F. F. en que declarauan el nombre de Fatima. El paje lo dio a Muça diziendo: Valeroso Muça Fatima mi señora os besa las manos y os suplica que pongays en vuestra lança este pendonçillo en su seruicio, porque sera muy contenta si lo llevais á la batalla. Pues el alua aun no era bien rompida, quando el buen Muça ya estaua de todo punto muy bien adereçado para salir al campo. Y dando dello auiso al Rey, se leuanto y mandó que se tocassen las trompetas y clarines, al son de los quales se juntaron gran cantidad de Caualleros, de los más principales de Granada, sabiendo ya la ocasion dello. El Rey se puso aquel dia muy galan, conforme a su persona Real conuenia. Lleuaua vna marlota de tela de oro tan rica, que no tenia precio; con tantas perlas y piedras de valor, que muy pocos Reyes las pudieran tener tales. Mandó el Rey que saliessen docientos caualleros adereçados de guerra para seguridad de su hermano Muça, los quales se adereçaron muy presto. Aun no eran los rayos del Sol bien tendidos por la hermosa y espaciosa Vega, quando el Rey Chico y su caualleria salio por la puerta que dizen de Bibalmaçan, lleuando á su hermano Muça al lado y todos los demas caualleros con el, con tanta gallardia que era cosa de mirar la diuersidad de los trages y vestidos de los Moros caualleros. Y los demas caualleros que yuan de guerra no menos parecer y gallardia lleuauan. Anssi pues salieron de Granada estas dos quadrillas y anduuieron hasta donde estaua el buen Maestre con sus cinquenta caualleros aguardando, no menos adereçados que la contraria parte. Assi como llegó el Rey, se tocaron sus clarines, á los quales respondieron las trompetas del Maestre. Cierto que era cosa de ver assi los de vna parte ,como los de la otra. Despues de auerse mirado los vnos á los otros, el valeroso Muça no veya la hora de verse con el Maes-

tre, y tomando licencia de su hermano el Rey, salio con su cauallo passo a passo con muy gentil ayre y gallardia. Mostrando en su aspecto ser varon de grande esfuerço. Lleuaua el brauo Moro su cuerpo bien guarnecido; sobre un jubon de armar vna muy fina y delgada cota, qual dizen jacarina y sobre ella vna muy fina coraça, toda aforrada en terciopelo verde, y encima della vna muy rica marlota del mismo terciopelo, muy labrada con oro, por ella sembradas muchas D. D. de oro, hechas en Arauigo. Y esta letra lleuaua el Moro por ser principio del nombre de Daraxa, aquien el amaua en demasia. (Se sigue describiendo su traje y armadura). El Maestre que venir lo vido, luego coligio que aquel cauallero era Muça, con quien hauia de hazer la batalla: y anssi luego mando a sus caualleros que ninguno se mouiese en su socorro, aunque le viessen puesto en necessidad, y lo huuiesse menester. Y dando de las espuelas al cauallo, se fue passo ante passo hacia la parte que venia el Moro Muça, con no menos ayre y gallardia que el enemigo. Iua el Maestre muy bien armado, y sobre las armas, vna ropa de terciopelo azul muy ricamente labrada y recamada de oro. Su escudo era verde y el campo blanco, y en él puesta una Cruz roja hermosa, la la qual señal tambien lleuaua al pecho. El cauallo del Maestre era muy bueno de color rucio rodado. Lleuaua el Maestre en la lança vn pendoncillo blanco y en él la Cruz roja como la del escudo: y baxo de la Cruz vna letra que dezia: Por esta y por mi Rey. Parecia el Maestre tan bien, que a todos daba de verle grandisimo contento. Y dixo el Rey á los que con él estauan: No sin causa este cauallero tiene gran fama, porque en su talle y buena dispusicion se muestra el valor de su persona. En este tiempo llegaron los dos valientes caualleros, cerca el uno del otro. Y despues de auerse mirado muy bien, el que primero habló, fue Muça, diziendo: Por cierto, valeroso cauallero, que vuestra persona muestra bien claro ser vos de quien tanta fama anda por el mundo: y vuestro Rey se puede tener por bien andante en tener vn tan preciado cauallero como vos a su mandado. Y por sola la fama que de vuestro valor vuela por el mundo, me tengo por muy bien andante Moro entrar con vos en batalla: porque si Alha quisiesse

y Mahoma lo otorgasse que yo de tan buen cauallero alcanzase victoria, todas las glorias del serian mias, que no poca honra y gloria seria para mi y todo mi linage. Y si al contrario fuesse, que yo quedase vencido, no me daria mucha pena serlo de la mano de tan buen cauallero.

Con esto dió Muça fin á sus razones. A las quales palabras respondio el valeroso y esforçado Maestre muy cortesmente, diziendo: Por vn recado que ayer recebí del Rey se que os llaman Muça de quien no menos fama se publica, que de mi vos aueys dicho y que soys su hermano, descendientes de aquel valeroso y antiguo Capitan Muça, que en los passados tiempos gano gran parte de nuestra España. Y ansi lo tengo yo en mucho hazer con tan alto cauallero batalla. Y pues que cada vno de su parte dessea la honra y gloria della, vengamos a ponerla en execucion dexando en las manos de la fortuna el fin del caso, y no aguardemos que mas tarde se nos haga. El valeroso Moro que assi oyo hablar el Maestre le sobreuino vna muy grande verguença, por auer dilatado tanto la escaramuça; y sin responder palabra alguna con mucha presteza rodeo su cauallo, el qual era de gran bondad, y apretandose el bonete bien en la cabeça, debaxo del qual lleuaua vn muy fino y azerado caxco, se apartó vn gran trecho: lo mismo auia hecho el Maestre. A este tiempo la Reyna y todas las Damas estauan puestas en las torres del Alhambra, por mirar desde alli la escaramuça. Fatima estaua junto á la Reyna, muy ricamente vestida de damasco verde y morado de la color del pendoncillo que le embiara á Muça. Tenia por toda la ropa sembradas muchas M. M. Griegas, por ser primera letra del nombre de su amante Muça. El Rey como vido los caualleros apartados y que aguardaban señal de batalla, mandó tocar los clarines y dulçaynas, á las quales respondieron las trompetas del Maestre. Siendo la señal hecha, los dos valientes caualleros arremetieron sus cauallos el vno para el otro, con grande furia y braueza, con la qual passaron el vno por el otro dándose muy grandes encuentros: mas ninguno perdio la silla, ni hizo desden ni mudança, que mal pareciesse. Las lanças quedar sanas, el adarga de Muça fué falsada, y el hierro de la lança toco en la fina coraça y rompió parte della, y paró en la

jacerina, sin hazerle otro mal. El encuentro que dio Muça tambien passo el escudo del Maestre y el hierro de la lança tocó en el fuerte peto que a no serlo tan bueno fuera por el duro hierro falsado, por ser mny fino y hecho en Damasco. Los caualleros sacaron las lanças muy ligeramente, y con gran destreza comenzaron á escaramuçar, rodeandose el vno al otro procurando de se herir: mas el cauallo del Maestre aunque era de gran bondad, no era tan ligero como el que llevaba Muça, a cuya causa el Maestre no podia hazer golpe á su gusto, por andar Muça tan ligero con el suyo. Y anssi Muça entraua y salia quando queria con grandissima ligereza, dandole algunos golpes al Maestre. El qual como viesse que el cauallo de Muça era tan rebuelto y ligero, no sabiendo que se hazer, acordó muy confiado en la fortaleza de su braço, de tirarle la lança. Y ansi aguardando que Muça le entrasse, como le viesse venir contra él, con tanta furia como un rayo, con gran presteza terceó la lança y leuantando sobre los estribos, con gran furia y fortaleza le arrojó la lança. Muça que venir lo vido quiso con gran ligereza hurtarle el cuerpo: y ansi en vn pensamiento boluio la rienda al cauallo, por apartarse del golpe. mas no lo pudo hazer tan presto, que primero la lança del Maestre no llegasse, la qual dió al cauallo por la hijada vn duro golpe, que lo passo de vna banda a otra. El cauallo de Muça viendose tan malamente herido, començo a dar tan grandes saltos, y a hazer tales cosas dando muy grandes corcobos que era cosa de espanto.

Lo qual siendo de Muça entendido, porque de su mismo cauallo algun daño no le viniesse, saltó de la silla en el suelo, y con ánimo de vn leon se fue para el Maestre por desjarretarle el suyo. El Maestre que venir le vido luego entendio su intencion; y porque no le desjarretasse el cauallo, saltó del tan ligero como vn áue. Y embraçando su escudo, hauiendo dexado la lança puso mano a su espada y se fué para Muça el qual ya uenia lleno de colera y saña contra el Maestre por auerle ansi tan malamente herido su cauallo, y con vna hermosa cimitarra, fue a herir al Maestre de muy grandes golpes; el qual de muy buena gana le recibió. De esta suerte en pie començaron a pelear los dos fuertes caualleros, dandose muy creci-

dos golpes, tanto que se deshazian los escudos y las armas; mas el valeroso Maestre que era mas diestro en ellas que Muça, puesto que Muça fuesse de brauo coraçon y animo inuencible, quiso mostrar do llegaua su valor, y ansi affirmando su espada sobre la cimitarra de Muça, hizo señal y muestra que le queria por baxo al muslo. Y ansi dexando passar la espada por baxo la cimitarra, apunto y señalo aquel golpe; Muça con presteza fue al reparo porque su muslo no fuesse herido. El Maestre con una presteza increyble boluio de mandoble a la cabeça, de modo que el valiente Muça no pudo yr al reparo tan presto como fuera necessario y ansi el golpe del Maestre hizo effecto de tal manera, que la mitad del verde bonete cortó, do el penacho vino al suelo, quedando el casco descubierto que si tan fino no fuera y de tan estremado temple, Muça lo passara muy mal: mas con todo esto no dexó de quedar Muça medio aturdido de aquel pesado golpe. Y reconociendo el mal estado en que estaua, acudio con su cimitarra con grande presteza y fuerça y descargo vn desaforado golpe; el Maestre lo recibio en su escudo el qual por la fuerça de aquel golpe vino cortado el medio al suelo: y siendo rota la manga de la loriga, el Maestre recibio una herida en el braço, aunque pequeña de a do le salia mucha sangre. Causa fue esta herida que el Maestre se encendiesse en viua saña, y determinando vengar la herida, acometio un golpe a la cabeça de Muça, el qual con presteza fue al reparo, por no ser de ella herido. El Maestre viendo el reparo hecho, se dexó caer con la espada de reues por baxo y le dio una herida en el muslo, que no le presto la loriga que encima lleuaua, para que la fina espada del Maestre no hallasse carne. Desta manera los dos caualleros andauan muy brauos y encarnizados, dándose grandes golpes. (Aquí hace el autor un paréntesis para referir un desmayo que la hermosa Fátima sufrió cuando vió el golpe que en la cabeza recibiera su muy amado Muça. La Reina que junto á ella estaba, mandóla conducir por otras damas á sus habitaciones.)

A Muça le salia mucha sangre de la herida del muslo, y tanta que ya no se podia dexar de sentir, que Muça no anduviesse algo desfallecido. Lo qual visto por el Maestre, considerando que aquel Moro era hermano del Rey de Granada, y

que era tan buen cauallero; desseando que fuesse christiano, y que siendolo se podria ganar algo en los negocios de la guerra en prouecho del Rey Don Fernando; determino de no lleuar la batalla adelante, y de hazer amistad con Muça. Y ansi luego se retiro a fuera diciendo: Valeroso Muça, pareceme que para negocios de fiestas, hazer tan sangrienta batalla como hazemos no es justo; demos le fin si te pareciere, que a ello me mueue ser tu tan buen cauallero, y ser hermano del Rey, de quien tengo offrecidas mercedes. Y no digo esto porque de mi parte sienta yo auer perdido nada del campo, ni de mi esfuerço, sino porque desseo amistad contigo por tu valor. Muça que vido retirar al Maestre, muy marauillado dello, tambien se retiro diziendo: Muy claramente se dexa entender, valeroso Maestre, que te retiras y no quieres fenecer la batalla por verme en mal estado y en término que della yo no podria sacar sino la muerte, y tu de compasion mouido de mi mala fortuna, me quieres conceder la vida, de la qual yo muy bien conozco que me hazes merced. Mas se te dezir, que si tu voluntad fuere que nuestra lid se fenezca, de mi parte no faltaré hasta morir; con el qual pagare lo que a ser buen cauallero deuo. Mas si como dices lo hazes por respecto de mi amistad; te lo agradezco grandemente, y lo tengo por merced, que vn tan singular caballero se me de por amigo. Y assi prometo y juro de serlo tuyo hasta la muerte, y de no yr contra tu persona, agora ni en ningun tiempo, sino en todo quanto fuere mi poder servirte. Y diziendo esto, dexó la cimitarra y se fue para el Maestre y lo abraçó. Y el Maestre hizo lo mismo: que el animo le daua, que de aquel Moro auia de salir algun notable bien a los Christianos. El Rey y los demas, que estauan mirando la batalla, espantados de aquel espectaculo se marauillaron mucho, y no sabian que se dezir. Y al cabo entendiendo que eran amistades, el Rey con seys solos caualleros, se llegó a hablar al Maestre, y despues de auerse tratado cosas de grandes cortesias, sabiendo el Rey las amistades del Maestre y de su hermano, aunque a la verdad no holgó mucho dello, dio orden de entrar en Granada; porque Muça fuesse curado, que lo auia menester. Y ansi se partieron los dos valerosos caualleros, lleuando en sus coraçones el amistad muy fixa y sellada. Buel-

to el Rey a Granada con los suyos no se hablaua en otra cosa, sino en la bondad del Maestre y de su ualor y esfuerço y cortesia y con mucha razon, porque todo cabia en el buen Maestre. Y por el se dixo aquel famoso romance que dizen:

«Ay Dios que buen Cauallero
el Maestre de Calatraua... etc.»

CAPITULO QUINTO *que trata de un sarao que se hizo en palacio entre las damas de la Reyna y los caualleros de la corte sobre el cual huuieron pesadas palabras entre Muça y Çulema Abencerrage, y lo mas que passo.*

Grande fue la reputacion que de valiente alcanzó Muza despues de este hecho, pues como al fin y al cabo no fué vencido por el Maestre, como lo fueran tantos otros valientes en otras ocasiones, se le hicieron muchos agasajos á su regreso á la ciudad. Un mes tardo Muza en sanar de sus heridas, y el dia que salio á la calle fué á Palacio á presentar al Rey sus homenajes; este y la Reyna holgaronse mucho de su restablecimiento.

En este dia habia en Palacio gran fiesta; despues de haber comido con el Rey los principales caballeros de la corte ocurrio una desagradable escena entre Muça y Abenhamete Abencerrage, motivada por los celos, pues como casi siempre sucede en la humana naturaleza, Muça, que era apasionadamente como se ha dicho, por la hermosa Fátima, estaba locamente enamorado de otra Dama, Daraxa, la cual amaba á su vez á Abenhamete. Ocurrió pues que despues de la comida, Muça mandó á Daraxa, por un paje suyo, un hermoso ramo de flores, que esta aceptó sólo por cortesia, pero no agradecida y asi fué que luego durante la fiesta y bailando con Abenhamete, dióle á este el ramillete de Muça y, dice el autor:

«El valeroso Muça que mirando estaua la dança como aquel que no quitaua los ojos de su señora Daraxa; visto que le auia dado el ramillete que el le auia embiado, ardiendo en viua colera, ciego del enojo y passion que recibio por ello.

Sin guardar respecto al Rey ni á todos los demas caualleros que en la Real Sala estauan, se fue para el Abencerrage, con vna vista tan horrible, que parecia que echaua fuego por los ojos y con vna voz soberuia le dixo: Di vil y baxo villano, descendiente de Christianos, mal nacido: sabiendo que esse ramillete fué por mi mano hecho y que yo lo embie a Daraxa, lo osaste tu tomar sin mas considerar que el ramillete era mio? en punto estoy de castigar tu sobrado atreuimiento: y sino fuera por lo que al Rey deuo, ya te huuiera castigado. Visto el brauo Abencerrage el mal termino de Muça, y el poco respecto que a su antigua amistad tenia, no menos encendido que el, anssi ni mas ni menos perdiendole todo respecto le respondio, diziendo. Qualquiera que dixere que soy villano y mal nacido, miente mil vezes: que yo soy muy buen cauallero y hijo de algo: y despues del Rey mi Señor, no es ninguno tal como yo. Y diziendo èsto, los dos brauos caualleros pusieron mano a las armas para se ofender con ellas: lo qual hizieran ellos muy bien, si el Rey a gran priessa no fuera a ellos y se pusiera en medio, y los demas caualleros. Y el Rey muy enojado contra Muça porque auia sido el promouedor de la causa, le dixo muy pesadas palabras: y que luego se saliesse desterrado de la Corte, pues tan poco miramiento auia tenido. Y Muça le dixo, que el se yria: y que seria possible que algun dia en alguna escaramuça que tuuiesse con los Christianos le hallaria menos y diria: A Muça donde estas? Y diziendo estas palabras boluio las espaldas para yrse fuera del Real Palacio: mas todos los Caualleros y las Damas asieron del y lo tuuieron: y suplicaron al Rey, que le quitasse el enojo y alçase el destierro á Muça.»

«Y tanto pudieron los Caualleros y las Damas, juntamente con la Reyna, que lo perdono; y hizieron amigos á Muça y a Abencerrage: despues le peso á Muça de lo hecho por ser como era amigo de los Abencerrages. Passada esta baraunda se mouio otra casi, y fue la causa que vn Cauallero Zegri que era la cabeça dellos le dixo á Abenhamete Abencerrage. Señor Cauallero, el Rey mi Señor echó la culpa á Muça su hermano, y no paro mientres a vna razon que vos dixistes, que despues del Rey no auia Caualleros tales como vos sabiendo

que aqui en Palacio los ay tales y tan buenos como vos: y no es de caualleros adelantarse tanto como vos os adelantastes y aueis adelantado: y si no fuera por alborotar el Real Palacio, yo os digo que huuierades comprado caro lo que aqui delante de tan honrados caualleros aueys dicho. El Malique Alabez que era muy cercano deudo de los Bencerrages como hombre valiente y muy emparentado en Granada, se leuantó en pie y respondió al Zegri diziendo: Mas me marauillo yo de ti, en sentirte tu solo a donde ay tantos y tan preciados Caualleros y no auia para que agora tornar a renouar nueuos escandalos y alborotos, porque lo que dixo Abenhamete dixo muy bien, porque todos los Caualleros que ay en Granada son muy bien conocidos quien son y de donde vinieron: y no penseis vosotros los Zegris, que porque soys de los Reyes de Cordoua venidos y soys de su sangre, que soys mejores ni tales como los Abencerrages, que son naturales de Marruecos y de Fez, descendientes de los Reyes de aquellas partes que digo, y del grande Miramamolin: pues los Almoradis, ya sabes que son desta casa Real de Granada, tambien de linages de Reyes de Africa. Pues nosotros los Maliques Alabezes, ya sabes que somos descendientes del Rey Almohabez señor de aquel famoso Reyno del Cuco y deudos de los famosos Malucos: pues donde estan todos estos que digo y auian callado, para que tu querias remontar nueuos pleytos y passiones, pues sabete que lo que digo es verdad, que despues del Rey nuestro Señor no ay ningunos Caualleros que sean tales como los Abencerrages y quien dixere al contrario miente y no lo tengo por hidalgo. Como los Zegris y Gomeles y Maças que eran todos vnos oyesen lo que Alabez dezia encendidos en saña se leuantaron para el para dalle la muerte. Los Alabezes y Abencerrages y Almoradis que eran otro vando, viendo su determinacion se leuantaron para resistillos y ofendellos. El Rey que tan alborotado vido su palacio y en peligro de se perder toda Granada, y aun el Reyno: se leuantó dado vozes diziendo: Pena de traydor, qualquier que aqui se mouiere, sacare armas. Y diziendo esto echó mano de Alabez y del Zegri, y a grandes vozes llamando la gente de su guarda les mandó lleuar presos. Los demas Caualleros se estuuieron quedos, por no caer

en la condenacion de traydores. Alabez fue preso en el Alhambra y el Zegri a las torres Bermejas, y puestas guardas los tuuieron a buen recado; los demas caualleros de Granada trabajaron mucho por hazer las amistades: y al fin se hizieron, y el mismo Rey fué en hazellas. Y siendo hechas, los caualleros presos fueron libres. Y para confirmacion dellas, fue acordado que se hiziesse vna fiesta publica de torneos, y toros y cañas. Y quien la concerto fue Muça y el mismo Rey; lo qual fuera mejor que no se concertara, como adelante se dira.»

CAPITULO SEXTO.—*Como se hizieron fiestas en Granada, y como por ellas se encendieron mas las enemistades de los Zegris y Albencerrages, Alabezes y Gomeles, y lo que mas passo entre Zayde y la Mora Zayda acerca de sus amores.*

Antes de passar á describir las fiestas de Granada refiere el autor detenidamente los amores de la hermosa Zayda y Zayde caballero Abencerrage; como se conocieron en Almeria siendo entonces Zayde marino y como abandono este servicio por complacer á su amada Zayda que le pidió fuera á Granada; como se oponian los padres de la hermosa Zayda á sus amores con Zayde pues querian casarla con un rico Moro de Ronda; como esto les dificultaba y contrariaba á los amantes, cual acontece y sucede en casi toda historia de amores. Y por último la celosa envidia que Tarfe amigo de Zayde despertaron estos amores hasta que consiguió indisponer á los amantes.

Como de costumbre cita el autor un romance que refiere estos amores y como la bella Zayda soliviantada por el falso amigo Tarfe dijo al amante Zayde que no volviera á verla. Este romance ocupa tres páginas y empieza así:

Mira Zayde que te auiso
que no passes por mi calle, etc.

Visto el desden que su amada le hacía quedo Zayde sumamente desesperado, que casi perdido el juicio, fuese en busca de Tarfe resuelto á vengar en él la pena que su desleal-

tad le habia ocasionado. He aqui como refiere este suceso el autor.

«...al qual hallo en la plaça de Biuarambla, dando orden en algunas cosas de las fiestas que se esperauan hazer. Y llamándole aparte le dixo: que porque le auia reuelto con su dama Zayda, tan sin razon? A lo qual Tarfe respondio que estaua inocente de aquello, que el no auia hablado tal cosa. De palabras en palabras se vinieron a reboluer de tal modo, que las armas huuieron de andar de por medio; y de la pendencia quedo malamente herido Tarfe, que no viuio sino seis dias. Y como era Tarfe amigo de los Zegris, quisieron matar a Zayde, el qual valerosamente se dellos: y en su favor acudieron muchos Abencerrages y sino fuera porque á la sazon el Rey Chico se andaua passeando por la plaça de Biuarambla, que a gran priessa acudio al ruydo, aqueste dia se perdiera Granada; porque Gomeles, y Maças, y Zegris y todos los que eran de su vando, se auian armado para romper con los Abencerrages, y Gazules, y Vanegas y Alabezes. Mas el Rey Chico acompañado de muy principales caualleros de otros linages hizieron tanto que los apaciguaron y Zayde fue preso al Alhambra. Hecha la aueriguacion del caso, se hallo que Tarfe tenia culpa dello: y porque la fama de la hermosa Zayda no quedasse quebrada, hizo el Rey que Zayde se cassase con ella; quedando perdonado de la muerte de Tarfe, por auer tenido el la culpa. Y por esto quedaron los Zegris muy enojados: mas no por esso las fiestas que se auian de hazer pararon que el Rey mandó que todavia se hiziessen. No ha faltado. Que en acerca desto y del passado Romance hiziesse otro en respuesta del que ansi dize

Di Zayda de que me auisas
quieres que mire y que calle, etc.»

Hondo y profundo rencor quedó entre los dos bandos de los Zegries y Abencerrages y aun cuando, como se ha visto hicieronse las paces por la influencia del Rey, es lo cierto que la eterna enemistad y malquerencia quedó desde entonces profundamente grabada en unos y otros, que solo la influencia del temor Real podia mantener en los limites de una apa-

rente tranquilidad y calma. Vease en prueba de ello lo que convinieron en una reunion los Zegris para las fiestas y torneos que por entonces se preparaban y que el autor refiere así:

«Estando vn dia todos los Zegris en el castillo de Biuatau-bin, morada de Mahomad Zegri, cabo y cabeça de los Zegries, tratando en las cosas passadas, trayendo a la memoria las palabras de Alabez, y en los casos que conuenia para las fiestas que se esperaua, ansi de los torneos como del juego de cañas, Mahomad Zegri habló á todos los demas que alli se hallaron de su linage desta manera: Muy bien sabeys Illustres Caualleros Zegris, como nuestro Real y antiguo linage es en toda España muy conocido, y no tan solamente en España, sino dentro de Africa, donde nuestro linage viue: y bien sabeys en la reputacion que siempre ha sido tenido en Cordoua y en las demas partes por mi agora referidas; y como siempre auemos sido tenidos por gente de Real y clara sangre, y agora como aueys visto hemos sido menospreciados y en poco tenidos de los Alabezes y Abencerrages; y aun contra nosotros se han buelto los Almoradis: de todo lo cual tengo tan grande pesar, que el coraçon se me quiere romper y deshazer en el pecho, y pienso que de enojo he de venir á morir si dello no me vengo. Y pues a todos nosotros toca la vengança de aquesta deshonra, que por tal la tengo, todos somos obligados á la vengança della: y pues fortuna nos offrece tan buena ocasion de nuestra vengança, no la dexemos perder, antes gozar della con toda diligencia, y el aparejo que se nos offrece es en este juego de Cañas ó en los Torneos hazer, de manera que todos quedemos muy bien vengados, procurando de matar al Malique Alabez, ó al soberuio Abencerrage; que si estos dos echamos del mundo, tendremos dos enemigos mortales menos, y despues el tiempo nos ira mostrando y dando ocasiones como vamos acabando todo este perdido linage de los Abencerrages, que tan estimado es en Granada y todo el Reyno, y tan querido de toda la gente comun. Y para esto estemos todos aduertidos, que el dia del juego de las Cañas, vamos todos muy bien adereçados de armas y jacos fuertes debaxo de nuestras libreas: y pues el Rey me ha hecho quadrillero de la vna parte saldremos treynta Zegris, y lleuaremos todos li-

breas roxas y encarnadas, con los penachos de plumas azules, antigua diuisa de los Bencerrages, para dalles toda la pesadumbre que se pudiere: y prouaremos si por este respecto se quieren reboluer con nosotros. Y si saliere bien lo que digo, haremos con presteza nuestro hecho con valeroso animo, pues somos todos no menos valientes que ellos, de modo que quando se venga a entender no se pueda el daño suyo remediar. Y no tengamos duda, sino que saldremos con lo que digo, aunque no sea sino matar vno o dos dellos: y pues tenemos de nuestra parte Maças y Gomeles, no ay de que temer cosa alguna. Y si caso fuere que por la diuisa azul nada se les diere en el juego de las Cañas, a las segundas bueltas, por cañas les tiraremos agudas lanças, que harto de mal sera si algun Abencerrage no cayere. Este es mi parecer. Querria agora saber el vuestro si esta conforme con el mio. Assi como acabó Mahomad sus razones, todos a vna dixeron que les parecia muy bien aquel acuerdo; y quedando assi concertado este mo do de traycion para su vengança, cada vno se fue a su posada.»

Los Abencerrages, sin sospechar de la traicion que se les preparaba, solo cuidaron de los detalles de trages y divisas para el mayor lucimiento de la fiesta. Llegado este día, que era uno de Setiembre, el Rey mando traer veinte y cuatro toros de la sierra de Ronda, muy bravos y de poder, disponiéndose para la fiesta la plaza de Biuarambla.

Una de las causas principales del odio que los Zegries tenian á los Abencerrages, era la preferencia que por estos tenian las damas principales y aun todas las de Granada. Asi dice el autor: «que no auia Dama en Granada que no se preciasse de tener por amante un Bencerrage, y por desdichada se tenia y por menos que otra la que no lo tenia, y en esto tenian grande razón, porque jamas huuo Abencerrage que tuuiesse mal talle, ni mal garbo: y no se halló Bencerrage que couarde fuesse ni de mala disposicion. Eran estos Caualleros todos a vna mano muy afables amigos de la gente comun. No se hallo jamas que cualquiera dellos llegasse alguno con necessidad que no lo socorriesse y cumpliesse su necessidad. Eran finalmente amigos de Christianos: ellos mismos en per-

sona se halla que yuan a las Mazmorras a visitar á los Christianos cautiuos, y les hazian bien, y les embiauan de comer con sus criados. Y a esta causa eran de todo el Reyno bien quistos y muy amados; y sobre todo valientes y buenos ginetes.»

Así, pues, cuenta el autor que estaban los Abencerrages tan gallardos y ricamente vestidos y mostrando tanto valor, que la gente y especialmente las damas, no les quitaban ojo, No les iban en zaga los Alabezes y los Zegris; mostraron tambien en este dia mucha destreza y valor, pues alancearon muy diestramente ocho toros, de tal modo, que no hubo necesidad de desjarretarlos. Doce toros iban ya corridos á la una de la tarde, cuando al toque de clarines y dulzainas se reunieron todos los caballeros en el mirador ó tribuna Real, donde fué servida una expléndida y regia comida. La Reyna hizo otro tanto con sus damas, que estaban todas radiantes de hermosura y de riqueza. El autor describe y cita aquí, ni más ni menos que pudiera hacerlo un revistero ó cronista moderno de un baile ó de una función teatral, los nombres de las más hermosas y principales damas, y sus ricos y valiosos trajes. Terminada la comida salió á la plaza un toro negro, bravo en demasía, y de tantos pies que no había hombre que no lo alcanzase ni caballo que por uña se le fuese. El Malique Alabez pidio al Rey licencia para lidiar aquel toro, y obtenida ésta fuese á la plaza, donde sus criados le tenían dispuesto un hermoso caballo rucio rodado; montóse en el Alabez y dio vuelta á la plaza mirando á los balcones de las damas en busca de su señora Cohayda, frente á cuyo balcon detúvose, haciendo doblar las rodillas al caballo é inclinando el ginete su cabeza hasta los arzones en señal de acatamiento. Hecho esto, metió espuelas al caballo y salió este veloz como un rayo, causando la admiracion del Rey y de todas las demas personas; solo á los Zegris, dice el autor, parecioles mal, tanta era la envidia con que le miraban. Levantóse en este momento gran gritería en toda la plaza á causa de que el toro habia dado toda la vuelta á ella y muerto seis hombres y derribado más de cien, yendo rápido y directo hacia donde estaba el Malique, lo cual visto por este, saltó de su caballo á tierra con gran

ligereza, y antes que á él llegase el toro salióle á su encuentro con el albornoz en la mano izquierda aguardandole sereno, y al tiempo que el animal bajaba la cabeza para herirle, tiróle á los ojos su albornoz y echando el cuerpo á un lado practicó la suerte que hoy llamariamos dar el quiebro; pero al mismo tiempo asió con su mano derecha el cuerno del mismo lado que hizo detener al bravo toro, y enseguida, cogiendo el otro cuerno con la siniestra mano, sujetó completamente al toro; pero este, que era bravo y de poder, empezó á bramar de coraje y á dar saltos y sacudidas que levantaban del suelo al buen Alabez haciendo muy crítica y arriesgada su situacion, mas no desmayó este, y haciendo por el contrario un esfuerzo que parecia increible, torció violentamente los cuernos al animal, de tal manera, que dió con él en tierra, quedando tan quebrantado que no pudo moverse ya. Fuése el Malique en busca de su caballo, montando en él con gran ligereza, sin tocar siquiera el estribo y dejando á todos los circunstantes admirados de tanta bravura y ligereza. El Rey le mandó llamar, y haciéndole grandes agasajos, nombróle Capitán de cien caballos y Alcayde de la fuerza de Cantoria. Dejemos al autor la descripción del resto de la fiesta.

«Serian las quatro de la tarde y el Rey mandó que se tocasse á caualgar. Oyda la señal, todos los caualleros de juego se fueron á adereçar, para salir quando tiempo fuesse. Los toros acabados, començaron muchos instrumentos de trompetas y atabales y añafiles, siendo la plaça desocupada; por la calle del Zacatin entró el valeroso Muça, quadrillero de una quadrilla. Entraron de quatro en quatro, con tan lindo ayre y con tanta presteza, que era cosa de ver. Despues de hauer passado todos, por la orden ya dicha, arrancaron todos juntos de tropel, tan ligeros qual el viento. Eran todos los desta quadrilla treynta, todos Caualleros Abencerrages, famosos; sino solo Alabez, que no era del linage; mas por su valor le tomaron por acompañado. Arriua ya tratamos de las libreas y diuisas, que eran azules y telas de plata, y por diuisas salvajes. Entraron todos tambien, y con tanta gracia, que no hauia dama que los viese, que no quedase amartelada. Por cierto que era cosa de ver la quadrilla de los Abencerra-

ges, todos sobre yeguas blancas como vna nieue: pues si bizarros y galanes entraron los Abencerrages, no menos bizarros y galanes entraron por otra calle los Zegris. Todos de encarnado y verde, con plumas y penachos azules, y todos en yeguas bayas, de muy hermoso parecer; y todos trayan una misma diuisa en las adargas, puesta en ricos listones azules. Las diuisas eran vnos Leones encadenados por mano de una donzella: la letra dezia: Mas fuerça tiene el amor. Desta manera en la plaça, de quatro en quatro, y despues todos juntos, hizieron vn gallardo caracol y escaramuça, con tanta bizarria y concierto, que no menos contento dieron que los Abencerrages. Y tomando las dos quadrillas sus puestos, y apercebidas de sus cañas, hauiendo dexado las lanças; al son de las trompetas y dulçaynas, se començo á trauar el juego con mucha bizarria y bien concertado, saliendo las quadrillas de ocho en ocho. Los Abencerrages, que hauian parado mientres como los Zegris lleuauan plumas azules, diuisa dellos muy conocida, procurauan, en cuanto podian, por derribarselas con las cañas: mas los Zegris se cubrian tan bien con sus adargas, que los Abencerrages no pudieron salir con su pretension. Y ansi andaua el juego muy trauado y rebuelto, aunque muy concertado, que verlo era contento. Y huuieran las fiestas muy buen fin, si la fortuna quisiera; mas como sea mudable, hizo de manera que aquellos caualleros, assi de la una como de la otra parte siguiessen eternas enemistades: hasta que fueron todos acabados, como adelante diremos. Començando muy de veras desde este desdichado dia de estas fiestas, fue la causa de todo el mal Mahomad Zegri, cabeza del linage de los Zegris: que como tenia pensado y tratado con los suyos, de dar la muerte al buen Alabez, ó á alguno de los Abencerrages, por las palabras passadas; como arriba diximos; y como estaua assi concertado; Mahomad Zegri dió orden que Alabez saliesse de la parte contraria y cayesse en su quadrilla; teniendo, como digo, el Zegri inteligencia; para que el con sus ocho revolujesen sobre Alabezes y los suyos. Y hauiendo ya corrido seys cañas, el Zegri dixo á los de su quadrilla: Agora es tiempo que el juego va encendido. Y tomando á su criado una lança con un hierro muy agudo y penetrante, he-

cho en Damasco de fino temple, aguardo que Alabez viniesse con los ocho caualleros de su quadrilla revoluiendo sobre los de la contraria parte, como es vso del juego, al tiempo que Alabez boluia cubierto muy bien con su adarga contra el y los suyos, salio el Zegri y lleuando puestos los ojos en Alabez, mirando por donde mejor le pudiesse herir, le arrojó la lança con tanta fuerça, que le passó el adarga de vna parte á otra, y el agudo hierro prendió en el braço de tal suerte, que la manga de vna fuerte cota que Alabez lleuaua no fue parte para resistir, que el agudo hierro no la rompiesse y el braço fue passado de parte á parte. Grande dolor sintio Alabez deste golpe, y en llegando á su puesto se miro el braço, y como se hallo herido y lleno de sangre, á vozes le dixo á Muça y a los demas: Caualleros, grande traycion ay contra nosotros, porque a mi me han herido malamente. Los Abencerrages marauillados de aquel caso, al punto todos tomaron sus lanças para estar apercebidos. A esta hora ya boluia el Zegri con su quadrilla para yrse á su puesto, quando Alabez con grande furia se atraueso de por medio, sauiendo que lo auia herido. Y como lleuase vna muy ligera yegua, muy presto le alcançó, y le tiro la lança diziendo: traydor aqui me pagaras la herida que me diste; le passó el adarga, y la lança no paró hasta que passó la fuerte cota que lleuaua el Zegri, y entro por el cuerpo mas de vn palmo de lança y hierro. Fue el golpe de tal suerte, que luego cayó el Zegri de su yegua medio muerto. En este tiempo como ya de la vna parte y de la otra estuuiessen apercebidos de sus lanças; entre las dos partes se començó vna braua escaramuça y sangrienta batalla. Mas los Zegris lleuauan lo mejor, por yr mas bien adereçados que los Abencerrages. Mas con todo esto los brauos Caualleros Bencerrages, y Muça, y el valiente Alabez hazian en ellos muy notable daño. La vozeria era muy grande, y el alboroto soberuio. El Rey que la escaramuça sangrienta vido, no sabiendo la causa dello, a muy grande priessa se quitó de los miradores, y fue a la plaça, subiendo sobre vna hermosa y bien adereçada yegua, dando vozes; a fuera a fuera, lleuando un baston en la mano, se metio entre los brauos Caualleros que andauan muy entendidos en la batalla que hazian. Acom-

pañaron al Rey todos los mas principales Caualleros de Granada, ayudando a poner paz. Aqui estuuo en muy poco no perderse Granada, porque de la parte de los Zegris acudieron los Gomeles y Maças, y de parte de los Abencerrages los Almoradis y Vanegas. Ya esta causa andaua la cosa tan rebuelta, que no tenia remedio de ponerse paz. Mas tanto hizo el Rey, y los demas Caualleros que no eran tocantes á estos vandos, que los pusieron en paz. El valeroso Muça y su quadrilla se fue por el Zacatin arriba, y no paró hasta el Alhambra, lleuando consigo todos los Almoradis y Vanegas. Los Zegris se fueron por la puerta de Biuarambla al Castillo de Biuataubin, lleuando a Mahomad Zegri ya muerto. Todas las Damas de la ciudad, y la Reyna se quitaron de las ventanas, dando mil gritos, viendo la barahunda y rebolucion que passaua. Vnas llorauan hermanos, otras maridos, otras padres, otras a sus amantes Caualleros. De suerte que era de muy grandissimo terror y espanto; y por otra parte de grande compassion ver las Damas las lastimas que hazian. Especialmente la hermosa Fatima, que era hija de Mahomad Zegri el que mató Alabez. Harto tenian que consolarla, mas mal consuelo tenia, que no auia consuelo que la consolase. Este triste fin tuuieron estas fiestas, quedando Granada muy rebuelta.»

Aquí figura también el consabido romance refiriendo estos sucesos, el cual ocupa dos páginas escasas.

XIV

Reseña del ejemplar impreso en Zaragoza en 1595

(*Continuación*)

CAPITULO SEPTIMO.—*Que trata del triste llanto que hizo la hermosa Fatima por la muerte de su padre; y como la linda Galiana se tornaua a Almeria, si su padre no viniera: la qual estaua vencida de amores del valeroso Sarrazino, y de la pesadumbre que Abenamar tuuo con el vna noche en las ventanas d Real Palacio.*

Poco interés ofrece este capítulo, ocupado, como su título dice, por los amores de dos doncellas y aventuras de dos ga-

lanes rivales encontrados al pie de la ventana de su amada. La eterna y general aventura de la Edad Media: el laud tañendo y la espada ó el alfanje defendiendo este derecho contra el rival que á ello se opone. Lo único digno de citarse es lo que al final del capítulo se refiere.

Vinieron á comunicar al Rey que un caballero cristiano montado en soberbio caballo se paseaba por la vega retando á batalla á los caballeros moros. Creyendo el Rey que fuera el Maestre preguntó por sus señas, mas se le dijo que no; por lo cual el Rey y los demas caballeros que con él estaban, asi como la Reyna y sus damas, se subieron á la torre de la Campana de la Alhambra para ver quién era el osado y valiente caballero, mas no podían reconocerle, aunque sí que ostentaba una cruz roja en el escudo y en el pecho. El dicho caballero, al observar la aparición de la Reyna y de las damas en el mirador de la torre, hizo una cortesía en señal de acatamiento, que fué contestada, é inmediatamente puso un pendoncillo rojo en la punta de su lanza, que era la señal de pedir batalla. «Por Mahoma que holgara de saber quién es este caballero cristiano que así pide batalla,» dijo él, á lo cual uno de los caballeros que junto á él estaba y había reconocido al cristiano, le dijo: «Señor, sepa vuestra alteza que el caballero que pide batalla es Don Manuel Ponce de Leon, que le conozco muy bien y es de bravo corazon y valentia y no tiene el Rey cristiano otro tal como este en todo y por todo.» Varios de los caballeros que allí estaban pidieron al Rey licencia para salir, mas en este punto un page manifestó que ya un caballero moro, el Malique Alabez, había obtenido la licencia de la Reyna y salia en aquel instante de Palacio para ir a verse con el cristiano caballero. Llenaronse de espectadores miradores y ventanas y el Rey dispuso que cien caballeros se armasen y estuvieran prestos a salir en el caso de alguna traicion, los cuales, dispuestos que fueron, se colocaron en la puerta de Eluira para escoltar al Malique Alabez é ir en su guarda en caso necesario, como el Rey lo había dispuesto.

CAPITULO OCTAVO.—*Que trata la cruda batalla que el Malique Alabez tuuo con D. Manuel Ponce de Leon en la Vega de Granada.*

Apenas se hubo enterado el Malique Alabez de la presencia del caballero cristiano en la Vega y de su señal de pedir batalla, cuando fuese á obtener la vénia de la Reina para salir, y obtenida esta, fuese á armarse mientras le preparaban su potro rucio. Dispuesto que estuvo salió por la puerta de Elvira donde encontró los cien caballeros que le siguieron para escoltarle, y así todos salieron de la ciudad. Dejemos este relato al autor, que dice

«Y hecho esto se ué donde el valeroso D. Manuel aguardaua. Y assi como llegaron cerca, los cien caualleros se quedaron atras y Alabez passo adelante: y siendo junto de Don Manuel le dijo: Cierto cauallero christiano, que si tú estas tan dotado de valentía, como tu parecer muestra, que en balde ha sido mi venida: porque respecto de tu buen talle y gracia, yo no puedo valer nada, pero ya que he salido holgaré de prouarme contigo en escaramuça. Y si Mahoma quiere que sea tan corto de suerte que muera á tus manos, lo tendré por muy bueno, morir a manos de vno tan buen Cauallero como tu; porque tal me pareces. Y si yo lleuasse lo mejor me seria reputada vna eterna gloria. Y querria sino te estuuiesse mal tu nombre me dixesses: porque querria saber con quien tengo de escaramuçar, que holgare sabello. Muy atento estaua el valeroso D. Manuel que él mismo era, de las palabras del Moro, y muy pagado de su cortesia y buen talle y juzgaualo por hombre valiente y rico; porque el traje tan bizarro que vsaua y aquel dia lleuaua, lo daua a entender. Y por satisfazerle, le dixo: Moro, qualquiera que tu seas, hasme parecido tan bien, que por fuerça mouido de tus palabras, te aure de dezir quien soy. Sabras que a mi me llaman Don Manuel Ponce de Leon, y por prouar si ay en Granada algun cauallero que quiera comigo escaramuçar, he venido aqui. Y a fe de hidalgo que me has parecido tan bien, que entiendo que ay en ti tanta bondad, como tu buen talle promete. Y pues ya sabes mi

nombre, sera muy bueno y justo que yo sepa el tuyo, y luego podremos hazer nuestra batalla del modo y manera que a ti te diere gusto. Mal lo haria, dixo Alabez, si mi nombre a tan buen cauallero yo negasse, mi nombre es el Malique Alabez, si por ventura lo auras oydo dezir: mi linage es tal que no te despreciaras de hazer conmigo batalla. Y pues por los nombres tenemos ya noticia de quien y quien somos; sera raçon que nos conozcamos agora por las obras, pues para ello auemos venido. Y diziendo esto, voluio su cauallo en el ayre. Lo mismo hizo el buen Don Manuel. Y tomando del campo aquello que les parecio ser necessario y reboluiendo el vno sobre el otro assi como dos furiosos rayos. Y siendo los cauallos muy buenos, con la velozidad de su correr, muy presto fueron juntos; los dos brauos Caualleros se dieron grandes golpes de lanças; y tales, que no huuo ninguna defensa en los escudos para que no fuessen falsados: mas con singular ligereza tornando a boltear sus cauallos, teniendo las lanças firmes en los puños, las sacaron de los escudos donde con grande violencia auian sido metidas. Y dando muy gallardas bueltas por el campo, començaron a escaramuçar el vno contra el otro. Y para execucion de se herir, se acercauan y se heria cada vno por donde podia, mostrando su esfuerço y maña en aquel menester. Assi escaramuçaua los dos valerosos guerreros el vno contra el otro tan gallardamente, que era cosa de marauilla. Mucho se holgauan los que mirauan la escaramuça de ver quan diestramente se mantenian el vno contra el otro. Dos horas grandes eran passadas que los dos valientes Caualleros andauan en su batalla sin que se pudiessen herir el vno al otro: porque aunque se alcançauan a dar algunos golpes de lança, estauan ellos tan bien armados, que no se podian herir. A esta hora el cauallo de Don Manuel andaua un poco mas cansado que el del Moro, y Don Manuel bien lo sentia y le pesaua mucho dello, porque no podia dalle alcance al Moro a su gusto. El Moro, conociendo que el cauallo del Christiano andaua con menos furia que antes alegrose mucho, porque por alli pensaua alcançar victoria de su enemigo. Y assi se daua muy grande priessa a rodear a Don Manuel para que su cauallo se acauasse de cansar Y acercandose vna vez mas que

solia, muy confiado en su buen cauallo, hirió a Don Manuel de vna lançada en descubierto del escudo; y fué tal que rota la loriga, le hirio en el lado yzquierdo de vna mala herida. De la qual començo a correr mucha sangre. Mas no se fue el Moro sin su pago, porque al tiempo de reboluer el Moro su cauallo, pensando hazer aquel golpe franco, no lo pudo hazer con tanta presteza, que el buen Don Manuel no se lo hallasse muy cerca. Y como yua reboluiendo, le dió en descubierto por vn lado vn golpe tan brauo, que no prestando la fina jacerina cosa alguna, fue rota, y la cuchilla del agudo hierro entró hasta llegar a la carne, donde abrio vna peligrosa herida. No huuo serpiente ni Aspide tan ponçoñoso hauiendole alguno, como lo fue aquel valeroso Moro, que sintiendose herido y tan mal, con vna insana furia casi frenetico de colera reboluio su cauallo y fue sobre Don Manuel, y a toda furia lo enuistio, dandole una gran lançada que le passó el escudo, y Don Manuel fue segunda vez herido. El qual como sintiesse la mala burla, lleno de enojo, porque vn Moro lo hauia herido dos vezes, arremetio su cauallo con tanta presteza, que el Moro no tuuo lugar de se poder apartar, y ansi fue herido de otra mala herida: de la qual y de la primera, le salia mucha sangre. No por esso en el Moro se hallaua punto de menoscabo, antes mas colerico y encendido hazia su batalla, entrando y saliendo todas las vezes que hallaua oportunidad para herir al Christiano. Ya andauan los dos Caualleros heridos en tres o quatro partes, y no se conocia ventaja alguna, y por esto muy enojado Don Manuel: por tanta dilacion, que auia quatro horas grandes que andauan en la plaça, y no se hazia nada: pensando que en su cauallo estuuiesse la falta, se apeó del con grande ligereza. Y cubierto de su escudo, auiendo dexado la lança, puso mano á su espada, que era de grande estima, se fue para el Moro. El qual como le viesse a pie muy marauillado dello, le tuuo por hombre de brauo coraçon. Y porque no se le reputasse a villania estando el contrario a pie estar el a cauallo; se apeo. Arrojando la lança, se fue al Christiano muy confiado en su fuerça, que era grande, con vn alfange muy rico y bueno, labrado en Marruecos. Y cubierto bien de su adarga que era buena, los dos Caualleros se començaron a dar muy gran-

des golpes, cada qual por donde mas podia. La fortaleza del Moro era grande, y la destreza del Christiano mayor, la qual tenia acompañada de vn singular suffrimiento, con lo qual hazia muy notoria ventaja en la batalla al Moro; porque cada vez que se juntauan el Moro salia herido; porque la espada del valeroso Don Manuel, era la mejor del mundo, y no le alcançaua vez con ella, que no lo hiriesse. Lo qual era muy al contrario del Moro; porque aunque con demasiado esfuerço entrasse y hiriesse a su contrario, lo hallaba de tal manera reparado, que no le podia herir: de suerte que ya el Moro andaua fatigado y pressuroso, lleno de sangre y sudor, del cansacio que sentia: mas no mostraua en su valor punto de desfallecimiento. A esta hora el brauo cauallo de Alabez como sintiesse tener la silla vacia y estar libre, dando saltos se fue al cauallo de Don Manuel, y entre los dos començaron vna braua pelea, y tal que ponia espanto; porque los bocados que se dauan eran tantos y las cozes tantas, que no se puede escreuir. El cauallo del Moro lleuaba lo mejor; y mordia mas cruelmente porque su amo le tenia enseñado a aquello. De forma que las dos batallas de los Caualleros y cauallos eran crueles; quien a esta hora mirara bien la batalla, que los dos caualleros hazian, bien claro conociera la grande ventaja que el buen Don Manuel tenia al Moro. Y muy presto fuera la batalla fenecida, con harto daño del valeroso Malique Alabez: mas fuele en esta hora favorable la fortuna: y fue que estando combatiendo, como os auemos dicho, cauallos y Caualleros, allegaron ochenta Caualleros que Don Manuel hauia dexado atras: los quales venian para ver en que estado estaua la batalla de su valeroso Capitan con el Moro. Los cien Moros que estauan en guarda de Alabez, como vieron venir aquel escuadron de cauallos, y que llegauan tan cerca donde los dos Caualleros hazian su batalla, lo tuuieron por mala señal, y pensando que venian en fauor del Christiano, todos juntos dando vn grande alarido, arremetieron al escuadron Christiano a toda furia de los cauallos.

Los Christianos, entendiendo que era traycion, por guardar a su señor, les salieron al encuentro: y entre las dos partes se trauo una brana escaramuça, y muy sangrienta; andaua

la rebuelta de tal suerte, que muchos de vna parte y de otra cayan muertos. Los dos Caualleros que hazian su batalla en aquel punto mas cruda y sangrienta, visto la grade rebuelta, mouida sin saber porque, tuuieron por bien de se apartar, y cada vno acudir á su parte, para hazerlos retirar si posible fuesse porque su batalla fuesse al cabo. Don Manuel se fue a su cauallo por ver si lo podria tomar: lo mismo hizo Alabez, por ver si podria tomar el suyo: mas todavia andauan los cauallos tan puestos en su pelea, que no auia quien a ellos osasse llegar. Los Moros Caualleros que andauan rebueltos con los Christianos, acudieron donde Alabez estaua, por darle su caballo: los Christianos assi ni más ni menos, acudieron por socorrer a Don Manuel. Aqui fue la priessa de los vnos y de los otros: vnos por fauorecer al Moro, otros por fauorecer al Christiano, andauan apeados mas de cincuenta caualleros, haziendo grande batalla los vnos con los otros. El brauo Don Manuel hizo tanto que llego a los cauallos, que ya se auian apartado espantados del trope de los otros. Y el primero que hallo a la mano, fue el cauallo de Alabez: y echandole mano de las riendas, forçado de la necessidad en que se via, no guardo el decoro que era obligado, a tomar el suyo y dexar el ageno; aunque no era objeto notable porque en la guerra todo se suffre. Y saltando como vn aue sobre la silla, le fue dada su misma lança. Y como la tuuo, luego se metio en medio de los enemigos, con tal furia que vn rayo parecia entre ellos. A esta sazon, ya el brauo Alabez estaua a cauallo; porque le auian dado el de Don Manuel, que muy poca falta le hazia el suyo; saluo que el suyo era mas ligero; mas el cauallo de Don Manuel era cauallo de grande fuerça y suffrimiento. Pesole a Alabez del trueco, mas viendo que no podia ser menos, tomó lo que fortuna en aquella sazon pudo dalle. Y auiendole tambien dado su lança, se metio por entre los Christianos, tan furioso, que un leon dañado parecia, derribando y matando muchos dellos. El Rey Chico de Granada que la cosa vio tan rebuelta, quitandose de los miradores, dando muy grandes vozes, mandó que saliesen mil caualleros al socorro de los suyos: para lo qual fue necessario que se tocasse arma. La qual se tocó tan rezia y tan apriessa, que los que estauan en la Vega haziendo su ba-

talla muy claro la oyan. Y el valiente Alabez con diligencia discurriendo por la batalla, buscó a Don Manuel, y no parando hasta le hallar: assi como lo vido se fue para el, y haziendo señas que saliesse de tropel de la gente, se salió de la batalla, y Don Manuel empos del, con harto contento, por ver si podria acabar la batalla començada. Mas quando estuuo apartado de la gente, que con grande furia toda via peleaua: Alabez se llego a Don Manuel y le dixo: Valeroso Cauallero, tu bondad me obliga a que yo haga algo por tí: aduierte, que en Granada anda grande alboroto, y se toca arma apriessa, para que seamos socorridos. Y por lo menos saldran mas de mil cauallos, haz que tu gente se recoja con presteza, y en buena orden desamparen la vega: porque son pocos respecto del socorro que verna, y lo passaran muy mal. Y toma este mi consejo, que aunque soy Moro, soy hidalgo, y soy obligado en ley de Cauallero, aunque enemigo, a darte auiso. Agora haz tu a tu parecer, que si quieres, otro dia daremos fin a nuestra batalla: que yo te doy mi palabra, que para fenecerla yo te busque, do quiera que estuvieres. Don Manuel respondio; yo te agradezco Cauallero el auiso; y tomare tu consejo, porque me parece bueno, y para obligarte a que me busques, lleuare tu caballo, y tu lleua el mio, que es tan bueno como el; que quando otra vez nos veamos destrocaremos. Y diziendo esto, tocó un cuerno de plata que al cuello lleuaua a recojer, al punto dexaron la batalla, y fueron recogidos en vn punto. Los Moros hicieron lo mismo y cada esquadron se fue por su parte, dexando de cada banda hartos muertos, y lleuando hartos heridos. Alabez y los suyos llegaron á Granada, y al tiempo que por las puertas de Eluira salia el socorro, Alabez hizo que se tornassen. El Rey en persona salio a recebir a Alabez, y otros muy principales Caualleros, y no pararon hasta la casa de Alabez: el qual siendo desarmado, fue echado en vn rico lecho, y curado con gran diligencia de sus heridas, que eran peligrosas. Boluamos á Don Manuel, que yua con su gente por la Vega adelante, tan enojado y colerico, por no auer acabado aquella batalla, que no hablaua ni respondia a cosa alguna que le fuese preguntado. Daua mucha culpa á los suyos, por auer llegado a aquella sazon donde el estaua peleando

con el Moro; que si ellos no llegaran, el diera fin glorioso a la batalla; y era anssi la verdad, que si los suyos no fueran, los Moros no se mouieran de vn lugar. Assi huuo fin esta batalla, lleuando el buen Don Manuel ganado aquel famoso cauallo del Alcayde de los Veles, por el qual y por esta batalla, se leuantó aquel Romance que dizen

Ensylleisme el potro rucio etc.»

CAPITULO NOVENO: *En que se pone vnas solennes fiestas y juego de sortijas, que se hizo en Granada, y como los bandos de los Zegries y Abencerrages se yuan mas encendiendo.*

Este capítulo lo emplea todo por entero el autor en describir las fiestas y juegos de sortija que se celebraron por entonces en Granada y las rivalidades nacidas entre el moro Abenamar y Sarracino, que eran los que se habían encontrado y tenido querella al pie de las ventanas de Palacio, en ocasión que ambos galanteaban ú ofrecían amores á la hermosa Galiana. Curado de estos amores Abenamar por haber comprendido la predilección que á esta dama merecía su rival, determinó servir y galantear á Fátima, que á su vez habíase curado de la pasión que por Muça sintiera antes.

En estas rivalidades de las damas y galanes que en el juego de sortija lucharon, saliendo vencedor Abenamar, ocupa, como queda dicho, este capítulo el autor. En el mismo capítulo hay, como de costumbre, intercalados dos romances.

CAPITULO DECIMO: *En que se cuenta el fin que tuuo el juego de la Sortija y el desafio que passo entre el Moro Albayaldos y el Maestre de Calatraua.*

Empieza el autor este capítulo refiriendo la pena y el despecho que Sarracino tuvo por haber sido no solamente vencido, sino que en el juego de sortija con Abenamar perdió el retrato de su dama Galiana y una rica manga bordada por ella que era el premio apostado entre ambos. Refiérese luego

la gallardía, elegancia y lujo con que se presentaron las diversas cuadrillas de caballeros de todos linages, de las cuales algún caballero luchó con Abenamar, que fué con todos vencedor, ó cuando menos no fué vencido. A todo esto, como de costumbre, las rivalidades de lujo ostentado y de mayor ó menor destreza demostrada por las cuadrillas de Zegríes y Abencerrages, continuaban encendiendo los odios de unos y otros dando lugar á palabras agresivas entre caballeros de ambos bandos. Por uno de estos fútiles motivos promovióse una cuestión entre dos que junto al Rey se hallaban recordando la última fiesta en que el Malique Alabez fue herido y muerto por este Mahomad Zegrí. La cuestion agrióse de tal modo que ya las manos buscaban las empuñaduras de los damasquinos alfanges y grave conflicto estallara á no imponerse el Rey con enérgica entereza, que impuso á todos silencio bajo pena de la vida. Callaron todos por respeto á la majestad Real, pero concentrando en su pecho el rencor de que se hallaban unos contra otros poseidos y con el firme propósito de ulterior venganza.

Habianse roto y corrido muchas cañas y evolucionado muy diestramente las infinitas cuadrillas que en la plaza entraron, cuando entrando á toda prisa un Alcayde de las puertas de Eluira, llegó hasta donde estaba el Rey y le dijo: «Señor: Sepa vuestra Magestad, que a las puertas de Elvira ha allegado un Cauallero Christiano, y pide licencia para entrar y correr tres lanças con el mantenedor: vea V. M. si ha de entrar. Entre dixo el Rey, que en tal dia como el de oy, a nadie se le ha de negar la entrada, ni se le puede negar la lizencia, especialmente hauiendo fiestas Reales. Con esto el mensagero boluio a gran priessa, y no tardó mucho, quando vieron entrar vn Cauallero muy gallardo y muy dispuesto, sobre vn poderoso cauallo rucio rodado de la librea del Cauallero: era tôda de brocado blanco anssi como nieue, y toda bordada con muchos laços de oro estremadamente rica; los penachos eran anssi mismo blancos, de plumas finissimas con mucha argenteria de oro. Mostrauase tan gallardo que era cosa de ver: no quedo dama ni Cauallero en toda la plaça que no pusiesse los ojos en el; quedando todos contentos de su buen talle y donayre.

A la parte yzquierda del capellar traya una Cruz colorada, con la qual adornaua en supremo grado el valor de su persona. El estraño Cauallero poniendo los ojos a todas partes, dió vuelta a toda la plaça, siendo de todos muy mirado. Y en llegando a los miradores del Rey y de la Reyna, les hizo grande acatamiento, y inclinando la cabeça entre los arçones. Lo mismo hizo el Rey, conoziendo que aquel Cauallero era de gran suerte. Las damas todas se leuantaron en pie, y la Reyna con ellas, le hizieron grande mesura. Luego el Christiano Cauallero fue de muchos conocido, ser el Maestre de Calatraua, de cuya fama el mundo estaua lleno; de que no poco se alegro el Rey que vn tal Cauallero viniesse á su Corte en semejante ocasion. Hauiendo pues el Maestre passado toda la plaça, mostrando vna honrosa presencia y vn vulto y simulachro del Dios Marte, llegó donde estaua el mantenedor, y le dixo: Buen Cauallero, sereis contento de correr conmigo un par de lanças á ley de buenos Caualleros, sin que aya apuestas de retratos de Damas? Abenamar mirando atento al Cauallero que le hablaua se voluió á Muça su padrino y le dixo: Si no me engaño este el Maestre de Calatraua, porque su presencia lo muestra, y la Cruz de su pecho, y miradlo bien que mismo es sin falta de quien vos quedastes amigo en la batalla si os acordays. Muça puso los ojos en el Maestre y luego le conoció: y sin mas aguardar assi a cauallo como estaua le fue a abraçar, diziendo: Buen Maestre flor de Christianos seays muy bien venido, que yo entiendo que aunque Christiano aueys dado grande contento en la Corte del Rey: porque todos los que en ella viuen os conocen por vuestra bondad. El Maestre le abraçó agradeciendole lo que en su loor auia dicho. Y el buen Abenamar llegandosse cerca con semblante alegre le dixo: que el holgaua de correr tres lanças con el y aunque quedasse perdidoso, lo ternia a muy buena dicha y ganancia; por hauer corrido la sortija con tan buen Cauallero. Y diziendo esto, tomó vna lança y la corrió estremadamente de bien; mas por bien que la corrió, la corrió mejor el Maestre. Finalmente se corrieron todas tres lanças y todas tres las ganó el buen Maestre. Todo el vulgo dezia a vozes: Nunca en el mundo se vio tal Cauallero: desta vez perdido ha el mantenedor

su gloria. Auiendo corrido y auiendo el Maestre ganado; los juezes dieron por premio la rica cadena que pessaba dos mil doblas, pues no auya traydo retrato en competencia; que si lo truxera el del mantenedor se lleuara. El buen Maestre recibio su cadena, y al son de muy grande musica acompañado de muy principales Caualleros, yendo el brauo Muça a su lado dio vuelta a la plaça. Y en llegando a los miradores de la Reyna, puestos los ojos en ella, como el balcon no estuuiesse muy demasiado de alto, tomó la cadena y puesto sobre los estribos, alargó la mano diziendo: No ay a quien con mayor justo se deua dar esta cadena de oro, que a vuestra magestad: por tanto vuestra magestad la reciba de buena voluntad, que aunque diuersos en las leyes muy bien se puede dar vna joya en tal ocasion como esta; y de qualquiera señora ser recebido. La Reyna se paró muy colorada y hermosa, y atajada de vergüença, no sabiendo lo que se haria, boluió a mirar al Rey el qual le hizo señas que la recibiesse. Y anssi la Reyna levantandose en pie, y con ella todas las demas señoras que con ella estauan, le hizo vna grande mesura, y tomo la cadena de la mano del Maestre, poniendosela en la boca y despues al cuello haziendo vna grande reuerencia se tornó a sentar. El Maestre hizo vna mesura muy grande al Rey y á la Reyna. Y boluiendo riendas al cauallo, se fue passeando con Muça y con otros principales Caualleros Moros, que le querian bien, por su valor.

En esta sazon, el valeroso Albayaldos, que gran desseo tenia en su coraçon de verse con el Maestre y de auer con el batalla, respecto que el Maestre auia muerto a vn deudo suyo muy cercano, se quito del lado del Rey muy disimuladamente, descendio a la plaça sobre vna hermosa tordilla. Y passeando acompañado de algunos amigos, Caualleros y criados, llego donde estaua el buen Maestre, hablando con Muça y con otros Caualleros, auiendo hecho su mesura de buena criança, puso los ojos en el Maestre, contemplandolo muy bien de arriba a baxo, considerando su valor. Y despues de auerle bien mirado hablo desta manera. Por Mahoma juro Christiano Cauallero, que tengo grande contento y plazer, en verte puesto galan y de fiesta; porque armado y de guerra ya te he

visto otras vezes en la Vega, y esto era lo que yo al presente mas deseaba: porque la fama de tu valor hinche toda la tierra, y atemoriza todos los Moros de este Reyno. Y si he holgado con tu vista mas me holgara verme contigo en la Vega haziendo batalla; porque a ello me llama y incita, lo vno tu valor, lo otro auerle dado cruda muerte a Mahamed Bey primo hermano mio. Y aunque murió á tus manos en justa batalla, parece que su sangre vertida por tu mano me llama á la vengança: por tanto buen Cauallero tente desde agora por desafiado, para conmigo hazer batalla mañana en la Vega con tus armas y cauallo, que assi saldre yo a verme contigo y solo llevare vn padrino conmigo. Y para que lo sea señalo al valeroso Malique Alabez sin lleuar otra persona alguna. Muy atento estuuo el buen Maestre a las razones de Albayaldos, mas nada atemorizado, con alegre semblante sonriendosse, respondio de aquesta suerte: Por cierto valeroso Albayaldos, que no menos plazer y contento tengo de verte, que dizes tener de auerme uisto: porque el nombre de tu fama suena entre los Christianos, como el del famoso Hector entre los Griegos. Dizes que te incita y llama a tener batalla conmigo mi valor. Otros Caualleros ay Christianos, de mayor valor que el mio con quien pudieras emplear el tuyo, que mejor te estuviera. Si dizes que la vertida sangre de Mahamed Bey primo hermano se te dezir que el murio como valeroso Cauallero peleando, donde mostro el gran valor de su persona, por donde no ay para que tomar vengança de su muerte. Mas si todauia quieres verte conmigo, a solas como dizes con solo vn padrino, que sea el que has señalado á mi me plaze de te dar esse contento. Y anssi mañana te aguardo vna legua de aqui o dos que sera en la Fuente del Pino, solo con otro padrino que yo lleuare, que sera Don Manuel Ponze de Leon Cauallero que se puede fiar del todo lo del mundo. Y para que seas cierto, que lo que digo sera anssi, toma este mi gage en señal de batalla. Y diziendo esto le dio vn guante de la mano derecha, el qual tomó el Moro, y sacando vna sortija del dedo de oro muy rica, que era con la que sellaua se la dió al Maestre. Y anssi quedo aceptado el desafio entre los dos. El valeroso Muça y los demás Caualleros, mucho quisieran escusar aquella batalla, mas no

pudieron con ninguna de las partes recabarlo. Y anssi quedó hecho el desafio para el dia siguiente.»

XV

Reseña del ejemplar impreso en Zaragoza en 1595

(Conclusión)

CAPITULO ONZE—.*De la batalla que el Moro Albayaldos tuuo con el Maestre de Calatraua, y como el Maestre le mató.*

«El desafio de los dos valerosos Caualleros aceptado, fue muy tarde, que ya se queria poner el sol. El Maestre se salio de la plaça, y por la calle de Eluira se fue hasta salir fuera de la ciudad. Al qual dexaremos yr su camino, y bolueremos al fin de nuestro juego de sortija, que siendo puesto el sol, ya no venia ningun Cauallero venturero, los Juezes mandaron a Abenamar que dexasse la tela, que muy bien la podia dexar pues no venian Caualleros auentureros a correr lanças, que el lo auia hecho muy gallarda y valerosamente, y auia ganado assaz harta honra en aquel dia.»

Refiérese como se retiraron todos de la plaza y como Abenamar llevóse todas las joyas y retratos de las damas que en las justas había ganado; cuyos retratos ofreció á la suya la hermosa Fátima, la cual dando prueba de bondad, los restituyó á las interesadas que andaban muy mohinas y pesarosas, especialmente la del vencido Sarrazinos y desdeñosa Galiana. Refiérese como aquella noche hubo comida y gran fiesta en Palacio á la que asistieron todos los caballeros con los mismos trajes con que habían estado en las fiestas y juegos de la tarde. Tarde terminó la fiesta y todos fuéronse á reposar.

«Solamente no reposó el brauo Albayaldos, dice el autor, el qual saliendo de la casa Real del Alhambra, aguardó al buen Malique Alabez que saliese y en llegando le dixo: Tarde auemos salido de la fiesta. Assi me parece, dixo el Malique, que salimos tarde, pero mañana reposaremos todo el dia del trabajo passado de oy y desta noche. Antes sera al reues, respondio Albayaldos; porque si esta fiesta aueys andado galan y de

librea; mañana aueys de andar forçosamente armado. Pues porque causa, respondio Alabez? Porque causa yo os lo dire, dixo Albayaldos. Aueys de sauer que tengo batalla a plaçada mañana con el Maestre de Calatraua y a vos os tengo señalado por mi padrino. Valame Mahoma, dixo Alabez, que con tal Cauallero teneys aplaçada batalla? Plegale al sancto Alha, que os suceda bien: porque aueys de saber, que el Maestre es muy buen Cauallero y muy experimentado en las armas, y muy valeroso en ellas. Y pues que assi es, y por padrino me aueys señalado, vamos muy en buena hora y Mahoma nos guie. Y por la Real Corona de mis antepassados, que me holgaria que boluiessemos con vistoria del desafio. Y el Rey sabe algo desto? Yo entiendo que no lo sabe, respondio Albayaldos, si caso es que Muça no se lo ha manifestado que se hálló presente en nuestro desafio. Ahora sea como fuere, sepalo o no lo sepa, tomemos la mañana, dixo Alabez, y sin que el Rey ni nadie lo entienda, salgamos a la Vega, a vernos con el Maestre. Y sepamos; el Maestre señalo padrino. Si dixo Albayaldos: a Don Manuel Ponze de Leon. Si assi es, viue Alha, que las tenemos, porque yo y Don Manuel no podemos dexar de venir a las manos: porque ya sabeys la batalla que tuuimos, dixo Alabez, y el tiene alla mi cauallo, y yo tengo aca el suyo: y quedó, que quando nos viessemos otra vez, dariamos fin a nuestra batalla. No os de pena esso que si algo quisiere, dixo Albayaldos, hombres somos, que plaziendo a nuestro Mahoma, nos daremos buen recando. Dixo el Malique: Vamos, que se nos haze tarde, y esta noche no ay dormir, sino adereçar bien nuestras armas, de modo que no nos falte heuilla. Con esto se fueron los dos valientes Caualleros, a sus posadas, y cada vno adereçó sus armas muy bien y todo lo demas que auian de lleuar sin que les faltasse cosa alguna. Y una hora antes del dia se juntaron, y sobre sus cauallos se fueron á la puerta de Eluira. Las guardas de la puerta ya la tenian a aquella hora abierta, para que saliesse la gente al campo a sus labranças. Y anssi salieron los dos Caualleros sin ser conocidos y tomaron el camino de Albolote, vn lugar que era dos leguas de Granada; para de alli yr a la fuente del Pino, do estaua señalado que se auian de ver Albayaldos y el

Maestre. El sol rayaua, mostrando sus hermosos resplandores variados, haziendo dos mil visos, bastantes a priuar la vista a qualquiera que lo quisiera mirar: quando los dos valerosos Moros, Albayaldos y el Malique Alabez, llegaron a la villa de Albolote. Y passando sin pararse fueron a la fuente del Piuo, tan nombrada y celebrada de todos los Moros de Granada y su tierra: y seria una hora salido el sol, quando llegaron a la hermosa y fresca fuente. Llegados alli no hallaron a nadie ni vieron Caualleros alguno. Y apehandose de sus cauallos se acercaron a la fuente se lauaron y refrescaron sus caras y sacando de sus mochilas alguna cosa de comer comieron.»

Comentando estaban la tardanza del Maestre y aun Albayaldos aventuraba la idea de si se serian por aquel burlados, mas el Malique la refutó afirmando que era muy buen caballero y no faltaria á la cita; cuando vieron venir dos apuestos caballeros con adargas y lanza reconociendolos en seguida por las cruces rojas que en sus adargas se veian y eran las de Calatrava en la del Maestre y la de Santiago en la de Ponce de Leon. Llegados que hubieron y cruzados los naturales y corteses saludos fueron invitados por los moros á apearse y descansar refrescándose; asi lo hizieron y dejando sus armas, platicaron detenidamente como buenos amigos acerca las cosas de la guerra y los varios linajes de caballeros que en Granada habia. En esta conversacion el Maestre les habló de su religion católica y cuanto le alegraria verla abrazar á dos buenos caballeros; pero Albayaldos contestó que por aquel entonces se hallaban bien con su religion añadiendo que nada podía decir respecto al porvenir, pues á veces, dijo, Dios suele tocar los corazones de los hombres y nada se hace sin su voluntad. En esto el caballo del Maestre soltó un relincho y volviendo todos el rostro, vieron venir por el camino de Granada un caballero al galope de su caballo en quien pronto reconocieron al valeroso Muça. Este no viendo por la mañana á Albayaldos y recordando el reto de la víspera quiso impedirlo y cojiendo su caballo salió al galope en direccion al punto de la cita, alegrándose mucho de llegar antes que la lucha comenzara. No puede menos de admirarse la serenidad y tranquila calma con que aquellos caballeros que iban luego á matarse departian y ha-

blaban con la mas exquisita cortesia y cual si les uniera la amistad mas franca y cordial.

Sentado que estuvo Muça junto al Maestre no dejó de plantear la idea que alli le habia llevado pidiendo encarecidamente á todos le hicieren la merced de no llevar adelante el desafio y dirijiéndose luego mas principalmente al Maestre le dijo cuanto le estimaría que su ida alli no hubiera sido en balde. A lo cual el Maestre le dijo que mucho se alegraria de complacerle por haberselo ofrecido desde el dia en que quedaron amigos añadiendo que como Albayaldos quisiera, el por su parte estaba dispuesto á complacerle y dar por terminado el asunto. Manifestó Muça cuanto agradecia al Maestre esta prueba de bondad y complacencia y volviendose á Albayaldos hizole idéntico ruego, mas este mal aconsejado, mostrose resuelto y tenaz empeñándose en seguir adelante; con lo cual intervino Don Manuel Ponce de Leon á quien sentó mal aquella tenacidad de Albayaldos y dijo que bastaba ya de pláticas y componendas y que pues asi lo quería Albayaldos y á esto habian ido allí, que diera principio la escaramuza y pues era tan á proposito por encontrarse allí el Malique con quien tenia lucha pendiente, que podrian continuarla y asi lucharian padrinos y ahijados. Conformose el Malique pidiendo solo que antes de empezar se restituyesen los caballos que él y Don Manuel tenian trocados desde la última vez que pelearon. Asi lo hicieron y tomando cada uno sus armas montaron en sus respectivos caballos disponiéndose á la pelea. En torno de la adarga del Maestre había una divisa escrita que decía: «Por esta morir pretendo.» Y Don Manuel llevaba escrito en la suya: «Por esta y por la Fé.» La de Albayaldos ostentaba un dragon de oro en campo verde y escrito en árabe: «Nadie me toque.» Finalmente la del Malique era una banda morada en campo rojo y sobre ella una media luna con los cuernos para arriba y encima de ellos una corona y un lema que decia: «De mi sangre.»

Todos cuatro lanzaron al campo sus caballos y empezó el combate que del primer encuentro entre el Maestre y Albayaldos salió el primero ileso por haber hurtado muy habilmente el cuerpo al mismo tiempo que de un golpe de lanza

en descubierto heria al moro quien al sentirse herido, ciego de corage revolvióse contra el Maestre tan rapidamente que este no pudo evitar el golpe rudo y pasada su adarga fué tambien herido. Aqui rompió el moro su lanza y arrojando en tierra el trozo de ella, volvió con gran presteza su caballo para echar mano á su alfange; mas en esto le arrojó el Maestre su lanza, antes de tiempo porque pasando por delante los pechos del caballo con estremada furia fué á clavarse en el suelo donde penetró todo el hierro y gran parte del asta; todo esto á tiempo que el caballo del moro llegaba el cual tropezando con la lanza vino con todo su cuerpo al suelo. Albayaldos que en tal aprieto vió su caballo y su vida, metióle las espuelas para que de todo punto no cayese y salir por piés, mas no lo logró antes que Don Rodrigo llegase el cual con la espada tiróle una soberbia estocada que rompiendo la cota al moro le hizo una grave herida. El Malique que andaba en lucha con Don Manuel, percibió en este momento el peligro en que Albayaldos se hallaba, dió vuelta á su caballo y corrió á ayudar á su amigo y ahijado, llegando á tiempo que el Maestre tenia el brazo levantado para herirle nuevamente, y cogiéndole de través hirió al Maestre de un golpe de lanza que en poco estuvo no viniera al suelo. Aqui rompió el Malique su lanza y habia echado mano á su cimitarra para repetir el golpe, cuando Don Manuel al ver el grave peligro del Maestre, acudió presuroso y viendo á todos sin lanza arrojó la suya y empuñando la espada tiró tal tremendo tajo á la cabeza del Malique que este vino al suelo pero aturdido solo del golpe pues, aunque fué herido, lo fué ligeramente por haberle cojido casi de plano el golpe; así que repuesto pronto y con el instinto del peligro fuese á levantar pero Don Manuel no le dió tiempo pues habiéndose ligeramente apeado fué hacia él y tiróle con gran furia otro golpe por encima de un hombro que causándole una grave herida dió con él otra vez en tierra, y yéndose sobre él con ánimo de cortarle la cabeza, más viéndole el Malique venir echó mano á un agudo puñal con el cual causó á Don Manuel dos heridas, quien al verse asi herido sacó una daga y fué darle en la garganta al Malique quien acabara alli sino llegara en el mismo momento el bravo Muça que de-

teniendo el brazo de Don Manuel, le dijo: «Señor Don Manuel, suplicoos me hagais merced de la vida de este caballero vencido.» Volvió este la cabeza y al ver á Muça, dijole que gustoso le hacia aquel servicio. Y levantándose de encima del Malique, con algun trabajo, pues las heridas que tenia eran penetrantes, dejóle libre. Ayudado por Muça pudo el Malique que estaba medio muerto levantarse y llevado á la fuente empezó á curarle Muça sus heridas. Viendo el Maestre que Don Manuel habia quedado vencedor de un tan buen caballero como Alabez, avergonzado un tanto quiso terminar con su contrario y arremetiéndole con furia le tiró tan fuerte golpe á la cabeza que el moro ya muy gravemente herido no pudo esquivar y cayó al suelo sin sentido. Muça que vió á Albayaldos en esta situación, se fué hacia el Maestre y le pidió no pasara adelante pues ya Albayaldos era más muerto que vivo; á lo cual accedió gustoso el Maestre. Quisieron levantar á aquel mas no pudieron y habiéndole Muça llamado por su nombre, abrió los ojos y con voz muy débil dijo que quería ser christiano, lo cual causó mucha alegria á estos y tomandolo en peso, lo llevaron hasta la fuente, en donde el Maestre echandole el agua sobre la cabeza en el nombre del Padre del Hijo y del Espiritu Santo, llamóle Don Juan.

Ya pesarosos de verlo que espiraba, dijeronle a Muça que cuidara de él, pues ellos estaban tambien heridos é iban á curarse. «Alhá Santo os guie, respondió Muça, y el querrá que algun dia os pague las mercedes que de vosotros tengo recibidas.» El Malique vuelto tambien en sí y ayudado por Muça curose con trapos y ungüentos que en su maletin llevaba y tomó el camino de Granada, mientras Muça quedaba con Albayaldos, llegando á Albolote en donde en casa de un amigo fué curado por un hábil cirujano, y mientras por el camino iba, reflexionaba acerca del valor y destreza de Don Manuel y Don Rodrigo, viniéndole á las mientes la idea de hacerse tambien cristiano. Muça trató de curar al pobre y mal parado Albayaldos, mas viendo que era inútil y que moría por no atormentarlo, no lo hizo diciendo: «No diras buen Albayaldos que no te aconsejé que dejases la batalla.» En este tiempo el nuevo cristiano abrió los ojos y fijandolos en el cielo con el

ansia del que se muere, decia; «Oh buen Jesus ave merced de mi, y no mires que siendo Moro te ofendí, persiguiendo á tus cristianos.» Mas quería decir, pero ya no pudo y empezó su agonía removiéndose entre un gran charco de sangre que en abundancia salía por sus heridas, hasta que colocadas las manos juntas y los pulgares puestos en cruz las llevó á su boca, expiró. Gran pena causóle á Muça esta muerte, y no pudo contener las lágrimas de sentimiento que á sus ojos asomaron abundantes. Vió en esto venir á cuatro rústicos que iban por leña al monte y llamándolos les pidió por caridad le ayudaran á dar sepultura al muerto, á lo cual accedieron cavando al pié mismo del pino la fosa, quitaronle armas y espuelas y luego se le dió tierra.

Cuando Muça iba camino de Granada encontróse en el camino á los caballeros moros Reduan y Gazul que iban también á batirse á la misma fuente del Pino á causa de los devoradores celos que el primero sentía y el odio que á causa de ellos profesaba contra el segundo porque le amaba la bella Luidaraxa. Trató el buen Muça con sesudas razones de oponerse al desafío, mas Reduan insistió en llevarlo adelante á pesar de que ya Muça les había referido la muerte de Albayaldos con todos sus detalles. Fueron pues á batirse y lucharon bravamente y allí acabaran los dos ya muy mal heridos, si el buen Muça no se pusiera de por medio y consiguiera llevarlos á Granada en donde entraron á las cinco de la tarde y fueron ambos á curarse de sus heridas.

CAPITULO DOCE.—*En que se cuenta vna pesadumbre que los Zegris tuvieron con los Abencerrages, y como estuuo Granada en punto de se perder.*

CAPITULO TREZE.—*Que cuenta lo que al Rey Chico y su gente sucedió yendo a entrar a Jaen, y la traycion que los Zegris y Gomeles leuantaron a la Reyna mora y a los Caualleros Abencerrages; y muerte dellos.*

CAPITVLO CATORZE.—*Que trata el acusacion que los Caualleros traydores pusieron contra la Reyna y Caualleros Abencerrages; y como la Reyna fue presa por ello, y dio quatro Caualleros que la defendiessen: y lo que mas passó.*

CAPITVLO QUINZE.—*En que se pone la muy porfiada batalla que passó entre los ocho Caualleros, sobre la libertad de la Reyna: y como la Reyna fue libre y los Caualleros Moros muertos, y otras cosas que passaron.*

CAPITVLO DIEZ Y SEIS.—*De lo que passó en la Ciudad de Granada, y como se tornaron á refrescar los vandos della, y la prission del Rey Mulahazen en Murcia, y de la prission del Rey Chico su hijo en el Andaluzia y otras cosas que passaron.*

CAPITVLO DIEZ Y SIETE.—*En que se pone el cerco de Granada por el Rey Don Fernando y la Reyna Isabel: y como se fundo Sancta Fé.*

Dificil, por no decir imposible, hubiera sido la tarea de compendiar en una sucinta reseña el libro de Ginés Pérez de Hita, relativo á las divisiones y luchas de los Zegríes y Abencerrages, máxime cuando esta historia en sí misma no constituye un hecho tan grande ni trascendental que, estudiado á fondo, permita al comentarista extractarlo y reducirlo á los cortos límites que este trabajo permitía.

Entendemos que lo más importante, lo más notable, lo digno de estudio y de ser conocido en la primera parte de *Las Guerras civiles*, es el conocimiento detallado de ese infinito número de fiestas y combates, de luchas y amoríos, porque descritos con el sencillo y correcto estilo de la época que emplea el autor, pintan y definen perfectamente el espíritu caballeresco de la misma; las costumbres de aquel pueblo moro que no en balde habitó por espacio de ochocientos años nuestra España, puesto que tantas reminiscencias de él han quedado en nuestras costumbres y condiciones de carácter individual.

Cautiva y maravilla la lectura amena, aunque un tanto prolija, de aquellas luchas parciales de caballeros, que unas veces el autor las llama ampulosamente batallas, otras más modestamente escaramuzas, y en algunas ocasiones sencillamente

festejos y diversiones. El espíritu más positivista, la imaginación menos romántica y caballeresca, no puede menos de extasiarse ante las figuras de aquel Maestre de Calatrava, de aquel Ponce de León y otros caballeros, admirando el valor, la fe, la abnegación y constancia con que un día y otro luchaban y arriesgaban sus vidas sin cesar, así como la noble y caballeresca lealtad con que peleaban y morían. La lectura de esta serie continuada de sucesos, no puede menos de transportar el ánimo del lector á los gloriosos días de nuestra reconquista, y demostrar cuánto la idea de la fe religiosa unida á la de la patria, pueden é influyen en el espíritu de un pueblo que durante ocho siglos lucha con épica y no interrumpida constancia, para salvar la una y reconstituir la otra.

Por esto, como así se nos antoja, y es lo que más profundamente nos ha impresionado y lo que del libro de Hita deducimos, hemos estimado muy oportuno dar á conocer algunos de sus detalles fiel y literalmente copiados, con su misma ortografía desigual y rara en materia de puntuación y de acentuación. Así pues, los párrafos que son del autor, aunque siempre se indican, se conocen fácilmente por su anticuado estilo y ortografía, en los cuales llamará la atención la desigualdad citada; pero volvemos á observar que van literalmente copiados. Se vé, por ejemplo, que las palabras agudas están unas veces acentuadas y otras no, siendo además en este caso en el solo que el autor emplea el acento. La preposición *á*, no lo está nunca, tampoco los esdrújulos.

Unas veces emplea la *ese* antigua, ſ, y en otras la moderna *s*, aun en palabras iguales. (Así se observará en lo que va transcrito.)

Para abreviar, nos ha parecido oportuno terminar la reseña, citando solamente el extracto de cada capítulo tal como se leen en el libro.

El volumen alcanza en su numeración á la hoja 307, numeración de hojas no de páginas, de suerte que el libro consta de 614 páginas y de letra muy apretada.

***

Parecida reseña pondríamos aquí de la segunda parte de las *Guerras Civiles* impresa, como dijimos, por vez primera en el año de 1604; empero como de ella existen gran número de ejemplares en nuestro país, siendo por ende fácil el poderlo manejar y satisfacer la curiosidad bibliográfica, ponemos sólo á continuación fiel y literalmente copiados con su ortografía peculiar y de la época algún trozo, aunque cortísimo por brevedad y para que se pueda formar una idea del ejemplar que poseo.

ROMANCE

EN QUE SE PONE COMO SU ALTEZA, Y EL DUQUE DE SESA SALIERON DE GRANADA PARA LAS ALPUJARRAS, LLAMADAS OTROS TIEMPOS LAS SIERRAS DE SOY Y AYRE

El hijo de Carlos Quinto
se salia de Granada,
con el el Duque de Sesa
para yr al Alpujarra.
Veynte mil soldados lleua
todos gente auentajada,
tambien lleua mil caballos
con la nobleça de España.
Ricas vanderas tendidas
que el ayre las tremolaua,
a Guejar hazen camino
junto a la tierra neuada.
Porque se tiene noticia
que ay de moros grande esquadra
el de Austria haze dos campos
por marchar facil la estrada.
Toda la noche caminan
hasta que ya vino el alua,
el Duque llegô primero
a Guejar, moros no halla.
Porque se salieron della
essa misma madrugada
porque tuuieron auiso

de los moros de Granada,
Que va vn gran campo sobre ellos
y a correr el Alpujarra,
algunos viejos hallaron,
que passaron por la espada.
Y tras los moros camina
el buen Capitan Quixada,
y marchando muy apriesa,
alcançô la retaguardia.
Trauaron escaramuça
Christianos no ganan nada,
vnos, y otros se retiran
y cada vno se ha parta.
Los Moros á los Christianos
hizieron una emboscada,
vestidos como mugeres
en vn llano los aguardan.
Quixada con su esquadron
pensò coger la manada,
Mas cuando llegan a ella
les dan una rociada
de buena arcabuzeria,
mostrando furia muy braua.
Los Christianos se retiran
dexando muerto á Quixada,
y con el ocho Christianos
por codicia desdichada.
A Valor se van los moros
a donde Auenabô estaua,
el qual muy mal los recibe
con fraterna que les daua.
Porque dexaron a Guejar
sin mostrar valor, y armas.
mas vn Turco muy famoso
le salia a la parada.
Diziendo que es justa cosa
de Guejar no darse nada,
Audalla con mal disinio
Almuñecar caminaua.
Por tomar la Salobreña,
por ser cosa que importaua,

para que falte la gente
Africana que esperaua.
Almuñecar se defiende
Salobreña no va en çaga,
porque tienen de presidio
gente valerosa y braua.
Auenabô se retira
sin la pressa que pensaua.
a Valor se torna el moro
con acuerdo que tomara.
El de Austria se parte luego
a Galera que está alçada,
dexando gran campo al Duque
que queda en el Alpujarra.
Su Alteza llegô á Huescar
a do el de Veliz estaua,
al qual se holgô de ver
por fama que del bolaua.»

Este romance se lee al final del capítulo XIX de la 2.ª parte, *En que se pone cómo el Señor don Iuan, y el Duque de Sesa, con dos campos entraron en las Alpujarras, y fueron sobre Guejar, y lo que mas passo.*

ASSI Como el buen Duque de Sesa llego a Granada, el Señor don Juan, tiniendo noticia como el de Veliz estaua en Galera, y los asaltos que se hauian dado, donde tanto daño fue recibido, y como el de Veliz le auia embiado a dezir, que sin artilleria Galera no podia ser tomada, luego escriuio á su Magestad la presente carta, assi diziendo:

CARTA DEL SEÑOR DON JUAN Á SU MAGESTAD

MVY poderoso Señor: Vuessa Magestad sabra que la guerra de Granada va de mal en peor, porque los moros se han armado muy de propotno, y hazen notable daño en las escoltas, y en los presidios, y si les acometen no aguardan batalla, y se meten por las sierras, y asi hay guerra para toda la vida» y continúa dándole cuenta de los informes que ha recibido del

Marqués de los Veliz, terminando su carta pidiendo licencia á su Majestad, para que, acompañado del Duque de Sesa, les permita entrar en las Alpujarras.

El autor se extiende en consideraciones, y refiere aquellos sucesos con detalles curiosos. Este capítulo XIX contiene también una *Brava Reprehensión de Auenabô á los moros que huyeron de Guejar* y un *Razonamiento del Turco Noaite á Auenabô.*

No es menos interesante el capítulo XIII, pág. 114, «en que se pone como el Marques de Mondejar fue á la Corte, y como vino a Granada libre de las cosas que sus emulos le auian imputado, y como el Reyecillo enojado porque el Marques de Veliz desuarato su gente, puso cerco sobre Vera y saqueó los Cueuas y las demas villas del Marques.»

Empieza así: «Ya os avemos contado como el Marques de Mondejar salio de Orgiua, dexando alli su Real, porque su Magestad se lo habia assi embiado á mandar, y assi mismo en los lugares mas fuertes dexò valerosos soldados de presidio.

»Llegado el Marques á la Corte... etc...» y termina este párrafo: «Pues partido el baxel del Farallon de la wera de Roldan, trauesando el mar de España, llegado á las riberas de Berberia, tomò la derrota del Poniente hasta llegar al rio famoso de Tetuan, y desembarcando alli solos dos de los que yvan, tomaron la buelta de Fez y Marruecos, adonde siendo llegados ante el Rey de Fez, presentaron los despachos de Abenhumeya, los cuales del Rey de Fez recebidos, abriò vna carta que assi dezia en Arabygo Granadino:

CARTA DEL REYECILLO ABENHUMEYA AL REY DE FEZ

Después de los comentarios que añade el autor, se lee otra

CARTA DE MAHOMÀD, REY DE FEZ, PARA EL REYECILLO ABENHUMEYA

Y sigue una extensa, curiosa y detallada relacion sobre los sucesos en Lorca, Múrcia, Vera, etc., con una lista de los valerosos caualleros que se distinguieron en aquellas luchas; no solo los de Murcia y Lorca en primer término, sino los de Ca-

rauaca, Zehegin, Totana, Alhama, Mula y otros pueblecillos. Concluye este capítulo XIII con un interesante romance que copio á continuación porque resume el capítulo.

ROMANCE *que trata como Abenhumeya puso cerco sobre la ciudad de Vera con quinze mil moros, y del bravo socorro que hizo Lorca, y Murcia, y otros lugares del Reyno de Murcia.*

Lleno de colera ardiente
Abenhumeya se halla,
porque el Marques de los Veliz
vencio a su gente en batalla.
Do le matò tres mil hombres
de la gente mas granada,
y de lo que mas le pesa
es dexar alla las armas.
Y assi por aqueste agrauio
se la tenia jurada,
de destruyrle sus tierras
y dexarlas asoladas.
Y para salir con esto
a todo su campo manda,
que se parta para Vera,
porque queria cercalla.
Porque si viene socorro
de Argel que halle alli entrada,
y desembarquen las gentes
en su ancha, y grande playa.
El campo se parte luego
dexando las Alpujarras,
por el rio de Almanzora
todo el campo junto passa.
Al Box destruye, y Alboreas
del Marques muy estimadas,
Açurgena, y Partaloua
sin dexarle piedra en nada.
Solo se dexa a Cantoria
por ser fuerça muy nombrada,
que para si se la quiere
por estar fortificada.
De Oria no haze cuenta
porque está muy bien guardada,
ni de los Veliz tan poco
porque tienen buena guarda.
De sus mismos moradores
con lealtad estremada,

ya se passa el Reycillo
haziendo a Vera jornada.
Por la Ballabona se entra
por donde está vna atalaya,
y a Vera le pone cerco
que piensa luego ganalla.
Mas Vera se le defiende
porque tiene gente armada,
tres días la bate el moro
mas no puede ganar nada.
Viendose Vera en peligro
su gente puesta en muralla,
pelean muy brauamente
contra la mora canalla.
Las mugeres valerosas
hazen valas en la plaça
para seruir los soldados
que andan en la batalla.
Al fin corriera peligro
Vera si mas le durara,
aquel sitio que es muy grande
que la tenia sitiada.
Acuerda pedir socorro
a Lorca aunque esta apartada,
tres ginetes se auenturan
romper por toda la esquadra·
De aquella morisca gente,
y salir con su embaxada,
rompen por los enemigos
cor braueza no pensada.
Sin que daño les hiziesen
aunque rompieron la esquadra,
corrieron todo el camino
sin que se parasen nada.
Y el que buen cauallo tiene:
aquel mucho se auentaja.
Y en cinco horas por su cuenta
dentro de Lorca se halla,
quando dio el relox las onze
su embaxada ya está dada.
A las doze llegò el otro
y el otro a la vna dada,
Lorca luego se a perciue
y a las dos su gente marcha.
Ochocientos hombres lleua

porque con estos les basta,
para romper al contrario
aunque mucha gente trayga:
Tambien ochenta cauallos
van en aquesta jornada,
anochecen en Pulpi,
y en Vera les tomó el alua.
Abenhumeja que vido
venir gente tan armada,
levanta el cerco de Vera
y para las Cueuas marcha.
Y porque eran del Marques
las destruye, y las abrasa,
con esto pasa á Purchena
donde el Maleh ya le aguarda.
Lorca le sigue el alcanze
y le da en la retaguarda,
y le sigue hasta el rio
y desde alli se tornaua.
Porque la gente de Lorca
venía muy alargada,
y para Vera se bueluen
la qual muy regozijada.
Recibe la gente toda
dandole infinitas gracias
por aquel socorro hecho
que fue de tanta importancia.
La noble Murcia salio
a hazer esta jornada,
lleuando cinco mil hombres
toda gente bien armada.
Carauaca, y Zehegin,
tambien Mula la hidalga,
Totana, Alhama con ellos,
porque Murcia assi lo manda.
Por ser cabeça de Reyno,
y en todo fue respetada.
Mas quando llegò esta gente
Vera estaua descercada,
mas no por eso perdio
esta gente assi ayuntada.
Honor y gloria famosa
pues ya salio en tal demanda,
do mostrara su grandeza
y virtud auentajada.

XVI

Algunas reflexiones sobre los musulmanes de España (los antiguos españoles), y sobre la "Histoire Chevaleresque des Maures de Grenade, etc.„

Al enumerar las veces que las «Guerras civiles de Granada» habían sido vertidas ó arregladas á extranjeros idiomas, dijimos que M. A. M. Sané lo había hecho al francés en el año de 1809 con el título de *Histoire Chevaleresque des Maures de Grenade*, ilustrada con muchas notas históricas y literarias, y sobre todo, precedida de una especie de discurso ó «reflexiones sobre los moros ó musulmanes de España, los antiguos españoles», y sobre la obra de Pérez de Hita.

Antojándosenos ser muy curiosas las reflexiones de A. M. Sané que, además de ser interesantes, expresan en nuestro concepto y con la mayor fidelidad, cómo entienden los franceses en particular, y en general los extranjeros, *nuestras cosas*, y el libro de Pérez de Hita, ponemos á continuación la traducción completa de «Quelques reflexiones sur etc.» con la que empieza la *Historia Caballeresca de los moros de Granada*, seguros de que ha de agradar á quien la lea.

Quizás, al publicar esta traducción, debiéramos haberla dado algunos toques de corrección, porque al hacerla hemos tenido la pretensión de traducir la sintáxis y el estilo de su autor, sobre todo en aquellos párrafos que nos ha sido posible, con el objeto de conservar su colorido, creyendo cumplir de este modo con la mayor fidelidad nuestra misión de traductor.

No pocas observaciones se nos ocurren á la simple lectura del discurso del Sr. Sané; pero como seguramente no han de pasar desapercibidas á la ilustración de nuestros lectores, y por otra parte no sea nuestro propósito analizar el escrito ó disertación del escritor francés, nos limitamos, por ahora, á insertar literal y á continuación la traducción indicada.

Dice así:

«La traduccción de esta obra ha sido emprendida para distraer los cortos ocios de una vida muy ocupada. Nos atrevemos á esperar que será del agrado de aquellos para quienes tiene todavía encantos las antiguas costumbres, no dejarán de encontrarle atractivos los espíritus curiosos y estudiosos que quieran nutrirse de una erudición elegante sacada de los manantiales de la venerable antigüedad, también para aquellos que prefieren á copias é imitaciones cosas originales, francas, con un carácter, y con sus bellezas y defectos *sui generis*. Este libro en efecto es original y no le creemos escrito para ser un modelo, pero sobre sus formas que pudiéramos llamar romancescas, pinta ingenua y fielmente costumbres interesantes, y el color local es de una verdad extrema. Para un espíritu observador, no dejará de tener importancia el espectáculo singular de una nación que desaparece hasta el último confín, devorada dentro por las discordias civiles, oprimida fuera por potentes enemigos, siempre armada, y siempre en traje de fiesta, juega, por decirlo así, con la fortuna y la muerte; con una movilidad maravillosa pasa de los sangrientos debates de las facciones á la pompa de las solemnidades públicas, como si hubiese querido sustraerse á si misma el sentimiento de sus desgracias, y decorar al menos su ruína de todo el esplendor de una vana magnificencia: pueblo nacido grave y frío que se vuelve ligero y apasionado; pueblo que hace poco se apartaba de sus altares y de su hermosa patria, se coronaba de flores como las víctimas, se embriagaba de delicias en las orillas de la tumba, asemejándose á esos criminales condenados á muerte que se arman de fuertes licores contra los preparativos y horrores del suplicio. Bajo otro punto de vista más grave, el espectáculo merece también el interés del filósofo; la caída de un imperio célebre, el irrevocable fin de una nación generosa y valiente, es el último suspiro de la caballería europea, en este mismo siglo de pródigos donde otros musulmanes derribaban el trono de los Constantinos, donde Colón descubría el Nuevo Mundo, Gama las Indias y Guttenberg la Imprenta.

¿Nos atreveremos á añadir que quisiéramos colocar esta obra bajo la protección de las Damas? Ellas se interesarán tal vez por este pueblo galante, voluptuoso y guerrero,

que elevó el bello sexo al trono, le sometió sus costumbres, sus leyes, sus destinos, queriéndole con un amor entusiasta y sin límites; este amor fué un culto y el *Paraíso de Granada* era verdaderamente el paraíso de las mujeres. Este hermoso país, en el cual se deslizaba la vida entre el encanto de las fiestas, atrajo durante dos siglos las miradas de Europa. Se ve con sorpresa al musulmán orgulloso, al árabe altanero, vencidos por ellas y por un dulce clima someterse al imperio de las gracias, violar sus propias leyes para hacer más felices á las mujeres, romper los lazos de una religión reprimente y severa que los condena á una reclusión eterna; quererlas, en fin, lo bastante, para cambiarles la soledad del harem por la vida de sociedad. Desde entonces, comprendieron ellas perfectamente todos los privilegios de su nuevo destino y usaron de ellos; nació la galantería con sus amables mentiras, la coquetería armada de todos sus prestigios, y desapareció el despotismo de los hombres ó no se atrevió á manifestarse por temor de provocar la indignación y el ridículo. Reinas y dueñas, todo se hizo por ellas y para ellas; esclavas coronadas que reinaban sobre sus pretendidos dueños, divinidades supremas que á la vez que defendían el Imperio haciendo héroes á sus amantes lo perdían también por la blandura que introducían en las costumbres y por el abandono de sus antiguas máximas.

No es este el fenómeno menos notable en la suerte de los musulmanes españoles, que esta revolución profunda en el estado de las mujeres haya sido consumada por un pueblo, al cual su educación, sus preocupaciones, su orgullo, y antes que todo sus dogmas religiosos hacían un principio sagrado de su extraña cautividad. ¡Cosa extraña! Se ve en los mismos tiempos y casi en los mismos lugares á una nación vecina viviendo bajo el imperio de una religión que declara la mujer compañera y la igual del hombre, que no concede á este último otro derecho sobre ella que el de una tierna protección condenarla al retiro, al recato más severo y á una rigurosa vigilancia, queriéndola, sin duda, con el mismo entusiasmo, pero demostrándole menos cariño, puesto que ella se manifestaba más desconfiada y celosa que las orientales.

¡Cuánto debieron envidiar las hermosas castellanas la liber-

tad, los honores, los placeres, la afortunada existencia de las hijas y de las esposas de los moros! La brillante estrella de las Axa, de las Cohaida, de las Fátima y de las Galiana, célebres bellezas de gran fama en las ciudades de España, debió excitar á menudo los celos de las cristianas, y arrancarles un suspiro desde el fondo de sus verdaderos harems donde estaban desterradas.

Todos estos detalles son exactamente históricos. Una galantería apasionada forma más que el mismo amor á la gloria el rasgo principal de la fisonomía morisca. Cuando llegaron los tiempos de decadencia, cuando sonó la hora fatal, cuando fué preciso caer bajo la espada de las facciones y de los españoles, este pueblo agonizante por decirlo así, multiplicó sus homenajes hácia el sexo que tanto adoraba. Es un hecho incontestable que las solemnidades públicas nunca fueron en Granada más frecuentes ni pomposas; los torneos, los festines las serenatas nocturnas, los bailes y los juegos más animados y alegres, jamás tuvieron mayor nobleza y elegancia de costumbres, más atenciones para las mujeres, deseo más vivo de agradar, que en estos días desgraciados cuando el Gran Capitán y Jiménez estaban á las puertas de la ciudad, cuando el imperio caía, cuando la patria iba á perecer, cuando la palabra *Moro* iba á ser borrada para siempre del continente europeo. Dijérase que conmovidos de piedad hácia este sexo dulce y débil que en esta gran catástrofe iba á perder tanta dicha, los generosos granadinos querían prolongar todavía algunos instantes para estos seres queridos, el entusiasmo de sus placeres y de sus ilusiones que iban á apagarse, ocultándole debajo del aparato de las fiestas la caída inminente de un imperio tan benévolo y el término de una vida tan brillante y afortunada. Tales fueron los amables y valientes moros.

Introducidos en España por un crímen semejante al que perdió á los Tarquinos y libertó á Roma de la tiranía de los Decuriones, (1) al aparecer, los dos pueblos se aprestaron á las armas para no soltarlas más. El combate duró ocho siglos,

---

(1) La aventura de la hija del conde Julian violada por el rey Roderico.

lucha generosa que agregaba á una causa tan noble la enemistad de dos naciones, donde el uno ó el otro partido se batía por los sentimientos *más caros á los hombres*, sus altares, su patria, sus hogares. Pelayó empezó esta gran contienda; héroe perfecto cuyo destino fué tan grande como pura su gloria. Acababa de asistir en las llanuras de Jeréz á la caída del Imperio de los godos que no habían podido salvar ni su brazo ni sus virtudes, desgraciado Imperio que sucumbía más que bajo el influjo de un pueblo entusiasta y virgen, bajo los vicios de su último Rey. Pelayo reunió á los vencidos y pocos días después del desastre proclamó sobre los mismos restos de la nación española la fundación del nuevo Imperio español, sentó su trono en la cima de los Montes Asturianos, barrera terrible que los conquistadores jamás franquearon, y, desdeñando las pompas reales no quiso llevar más corona que un aro erizado de hierros de lanzas tomadas á los moros guereros que habían caido bajo sus golpes.

Esta corona tan sencilla pero tan gloriosa, dice un elegante escritor (1), era considerada en tiempo de los antiguos reyes de León como el *Paladion del Estado*. Se conservaba con veneración en la catedral de Oviedo y en las solemnidades públicas se entrelazaba de palmas y flores. Después del inmortal Pelayo brillaron grandes reyes, herederos de su talento y autoridad, aumentando su poder por las alianzas y por la guerra, no faltando jamás entre ellos algunos héroes. Esto era una buena obra de los moros; sus grandes hombres crearon y formaron grandes hombres entre los Castellanos. Al entusiasmo militar de los conquistadores Árabes se debe el espíritu militar de sus rivales y puede decirse, sin temor de ser desmentido por la Historia, que España debió á sus vencedores esta muchedumbre de guerreros ilustres que templados en la dura y varonil educación de los reveses, aprendieron á vencer á su vez; esta escuela belicosa cuyos discípulos hicieron en tiempo de Carlos V la conquista de Europa. Los Abderames, los Hakkham, los Almundir, los Youzef-Almoravide, los cua-

(1) El Conde de Trenan.

tro Mohammed-Elmahady, Alhamar, El-Nazir, y Abuhadjad, los Ismael-Farady, los Benhud, los Muley-Hazen, brillaron en los tronos Moriscos; los de los Castellanos mostraron con orgullo los tres Alfonsos, el Noble, el Batallador y el Vengador, Sancho el Fuerte, y Sancho el Bravo, San Fernando de Castilla, valiente y piadoso como nuestro Luis IX, del cual era primo hermano, Jaime I y Pedro II de Aragón, dos reyes caballeros, el profundo Fernando y la viril Isabel.

Del lado de los moros los impetuosos Abencerrajes y los fieros Zegríes, del lado de los castellanos los caballeros de Calatrava y de Alcántara, entre las filas de los primeros, el Gran Almanzor con el cual pereció también la fortuna de los Árabes, en la batalla de Medina-Celi; los Malik, los Mahomet-Ali, los Gazul, los Almoradi, los Muza, los Abenazis, los Reduan, y los Albayaldos; en las filas opuestas Bernando del Carpio, los *buenos* Guzmanes, los *afables* Mendozas, los *terribles* Manriques, los *graves y austeros* Toledos (la posteridad les ha conservado estos gloriosos sobrenombres), un Alfonso de Guzmán, nuevo romano, que prefiere ver rodar á los piés de las murallas de Tarifa la cabeza de su hijo prisionero de los Musulmanes que entregarles la ciudad confiada á su custodia; un Gómez García, el defensor de Jerez, que habiendo quedado el último de su guarnición exterminada por los sitiadores, peleaba todavía y recibió los homenajes del ejército enemigo; el viejo Girón Tellez, gran maestro de Calatrava, los Gonsalve y los Fernando de Córdoba, los Ponce de León, los Alonzo de Aguilar, los Juan de Chacón, los Lara, los Núñez, y el gran maestre de Alcántara, Martinho Barbuda, que hizo frente con sus trescientos caballeros á un ejército de cincuenta mil moros, les mató miles de soldados y pereció con todos los suyos.Entre esta muchedumbre de héroes se ve con interés á algunos franceses que su celo por la fé, el espíritu caballeresco y la fama de los moros, les condujo á las filas españolas.

Dos príncipes de la sangre de Francia, Raimundo y Enrique de Borgoña, cuyo hijo Alfonso Enrique fué el vencedor de los Campos de Ourique, y el fundador del reino de Portugal; el célebre Raimundo de San-Gilles, conde de Tolosa, y otros varios caballeros.

Pero entre estos guerreros, y por encima de todos, apareció en el siglo XI la gran figura del Cid, héroe que no tuvo igual en esos tiempos de heroismo, y el mejor carácter de las edades caballerescas; el terrible *Campeador*, cuyo nombre despierta todas las ideas de ternura y de valentía, irreprensible *en guerra*, *en amor*, *en amistad*, y que nuestro gran Cornelio no le ha hecho más grande de lo que el es en la Historia; soldado sin mando y sin títulos cuya lanza levantaba ejércitos, conquistador sin otra misión que su valor y su ira contra los enemigos del nombre castellano.

Hubiera podido en el profundo desorden de la anarquía feudal, hacerse rey del hermoso territorio de Valencia, que había sometido, y donde no quería reconocerse más autoridad que la suya; pero permaneció fiel y servidor sin más pasión que una: su Dios, la gloria, sus reyes y su Jimena, porque todas sus afecciones se confundían en una sola. Víctima y juguete de la ingratitud de dos reyes, no perdió su virtud, siempre fué el defensor obstinado, el salvador y el apoyo más firme de su trono. Descendía de la raza de los Vivar, que los antiguos castellanos, muy aficionados á los apodos, habían llamado *Testarudos*, cabezudos, enteros.

En efecto, el Cid tenía una franqueza inexorable, y la verdad tenía para él tal precio, que era preciso sacrificarlo todo. Guerrero sublime y cortesano poco hábil, pasó algunos días de su larga y gloriosa vida en la córte; el resto en los campamentos. Perseguido por los envidiosos, y desterrado del reino de Castilla, vengaba en los moros sus contratiempos. Esta alma grande se mostró superior á la fortuna, á la desgracia, al favor mismo, porque el Cid hizo uso de ella sólo para dar severas lecciones, que siempre le perdían, y se vengó de la desgracia con nuevas victorias en provecho de sus dueños; mandando al pie de su trono estandartes cogidos á los musulmanes, ó las llaves de veinticinco ciudades, y enjambres de cautivos, les pedía el arrepentimiento y la paz.

«El mejor de los hombres, dicen los historiadores nacionales, el más resuelto de todos los guerreros, el más fiel amigo de su patria, el enemigo más inflexible de los traidores, el más pobre y el más noble consejero de sus reyes.» Los castellanos

le llamaban la Flor de las Batallas, y los moros el Cid Cruel. Y le hubieran calumniado, si con estas palabras hubiesen entendido otra cosa que su terrible luchar en las batallas; después de la victoria, el Cid era el más clemente, el más moderado y el más generoso de los hombres. Los moros fueron dignos de combatir con el gran Cid: como guerreros, es su mejor elogio. Nuestros lectores encontrarán en el *Précis historique* que precede al *Gonsalve* de Florián, largos é interesantes detalles sobre el reinado borrascoso de los musulmanes occidentales, sus fases de grandeza y de decadencia hasta su regreso á África. Ni la literatura árabe ni la española poseen un cuadro tan bien hecho: es lo más completo que tenemos en nuestro idioma. No se conocía todavía todo el talento de Florian. En el *Précis* desarrolla más elevación, más fuerza, más calor y un juicio inesperado. Se nota una cabeza capaz de abrazar un vasto argumento, dispone bien las masas, estrecha los detalles y les da buen colorido, digno, en fin, de escribir la historia, y en todo el *Précis* se encuentra elegancia y siempre gracia. Este discreto escritor ha señalado muy bien las causas generales de la ruína de los moros, pero entendemos que ha descuidado algunas de ellas y no ha profundizado bastante otras. Después de un dominio de ocho siglos ó poco menos, la grande y terrible ley de la decadencia, que es la verdadera fatalidad de los imperios, se había manifestado en los musulmanes de España por caracteres lentos y sucesivos, pero profundos y seguros. Desde algún tiempo la influencia de este hermoso cielo, las delicias de este dulce clima, habían empezado la venganza de los indígenas suavizando las bravas costumbres de estos extranjeros. En los primeros, el entusiasmo religioso estaba siempre en su más alto grado de exaltación, entre los segundos se había entibiado. Ya no eran aquellos tiempos de fervor y celo en que el emir Akhbé, después de haber conquistado al Islamismo todas las regiones del África Occidental hasta las orillas del Océano, precipitaba su corcel á las olas y blandiendo su cimitarra exclamaba con un entusiasmo digno de los primeros compañeros del Profeta: «¡Tú lo ves, gran Allah! Sin este mar que me detiene iría á hacer adorar tu nombre á las nuevas naciones...» Los moros no habían violado impunemen-

te la sagrada ley de la clausura de las mujeres: cuando estas huríes terrestres aparecieron en la sociedad, el dogma religioso fué destruído en sus bases y el Koran dejó de ser el libro divino, la regla irrecusable. Una innovación tan atrevida, pero tan dulce, les hizo salir violentamente de sus costumbres, y de estas costumbres primitivas, fueran ellas relativamente buenas ó malas, dependen siempre el carácter y la fuerza de una nación dedicada á las armas.

Este relajamiento condujo y excusó otras corrupciones de costumbres, las antiguas máximas se perdieron, y la venerable autoridad de las tradiciones cayó en el menosprecio. El filósofo digno de este nombre, sabe perfectamente que hay preocupaciones, cuyo misterioso poder es el alma y la existencia toda de los pueblos. Los moros de España perecieron porque dejaron de ser verdaderos moros convirtiéndose en mestizos, medio africanos, medio europeos. Luego se verá en la conducta de los Abencerrajes, tan opuesta á la de los Zegríes, un ejemplo funesto de este relajamiento del resorte religioso, que nosotros vemos como la causa principal de su ruína. Las grandes jornadas de Medina-Celi, de Tolosa, de Salado, tan gloriosas para los sucesores de Pelayo, habían enseñado á los descendientes de los Abderraman que no eran invencibles. Cada uno de estos desastres fué señalado por la caída de uno de los tronos moriscos. Los reinos de Córdoba, de Toledo, de Valencia, de Zaragoza y de Sevilla, habían pasado sucesivamente bajo su yugo. Así perdieron los musulmanes, de batalla en batalla, todas las coronas que les había dado la de Jerez. La toma de Córdoba, en 1236, llevó el primer golpe á su fortuna y fué el más funesto; Córdoba era después de cinco siglos la llamada Ciudad Santa, la Medina de los Arabes occidentales, consagrada entonces á la veneración de los pueblos por la fama y las cenizas de cuatro Abderraman. Oleadas de peregrinos llenaban el santuario de su magnífica mezquita, venían también de Marruecos, de Fez, y de todas las comarcas de Africa situadas en el Atlas del lado de acá, siendo esta peregrinación tan meritoria como la de la Meca. Este monumento célebre que había levantado la piedad y la política de los Califas de Occidente se miraba como un

Palladium al cual la multitud adhería los destinos del Imperio; fué conquistado y profanado por los infieles, el estandarte de la cruz ondeó encima de sus altos minaretes, Córdoba se hizo cristiana y este acontecimiento consternó á los moros; les pareció un golpe de la fortuna, una sentencia de la fatalidad, y este dogma terrible que en los felices días de la juventud de las naciones las precipita hacia las grandes cosas, las excita ó las reduce á una tranquila resignación en la adversidad, fué entre todos sus puntos de creencia en el que tuvieron la desgracia de creer con más perseverancia.

El hermoso reino de Granada se había formado con las ruínas de cinco monarquías florecientes, había recogido gran parte de su herencia, y sobre todo se había enriquecido con los restos, todavía numerosos, de esas valientes tribus que habían sucumbido bajo el influjo español. Granada adquirió mucha fuerza por estas preciosas ventajas y se ve que se hizo respetable desde que nació, pero al mismo tiempo tuvo un principio de debilidad, por haber recogido también todos los gérmenes de las facciones. Diseminadas en otros tiempos sobre un vasto territorio, debilitadas por el aislamiento de las ciudades, por la independencia de estos diversos reinos, cuyos intereses separados no podían hacerles enemigos más que por guerras puramente políticas, las facciones entraron en masa y de una vez, en los muros de una sola ciudad, con sus rivalidades de origen, de familia, de posición, sus pretensiones y sus odios, dispuestos á devorar esta última patria de los moros con una violencia mucho mayor, puesto que apretados en un estrecho recinto, se veían, se tocaban y se amenazaban de más cerca.

Al fin de algunos reinados gloriosos, entre los cuales uno solo fué pacífico (1) (duró trece años), estalló el furor de los partidos bajo débiles Monarcas. Treinta y dos familias, treinta y dos facciones disputaban el poder á estos pretendidos déspotas que eran sólo cobardes tiranos que hacían constar su existencia por algunos actos de una crueldad feroz sobre individuos desconocidos. Los fieros Zegríes, descendientes de las

(1) El de Mohamet VIII Abubadjad.

casas reales de Marruecos y de Fez, los ilustres Abencerrajes, oriundos de los antiguos Reyes de Yemen, dirigían los desórdenes. La desgraciada Granada ofreció, en fin, el espectáculo tan doloroso como bizarro de reinar tres Reyes á la vez, ó haciendo como que reinaban, en una misma ciudad. Estos fueron el viejo Muley Hazen, cuyos primeros años habían sido felices y gloriosos; el ambicioso y farsante Abdilli, su hermano, que acabó por venderse á los españoles, y el cobarde y cruel hijo del primero. Un enemigo sufrido, bravo y poderoso, estaba á sus puertas; los Reyes Católicos les quitaban todos los días ciudades y provincias, y esta energía, este valor que era para ellos una necesidad urgente, lo consumían los moros en su guerra intestina, ó lo debilitaban en sus locos deleites tan célebres en España bajo el nombre de Delicias de Granada. El sol no se levantó ya sobre esta ciudad rendida más que para iluminar nuevas fiestas y nuevos desastres. Los Reyes, los caballeros, las damas, el pueblo todo, llevados por un inconcebible frenesí, no se satisfacían con los torneos, bailes, juegos de palos y carreras de sortijas.

Muy á menudo desafíos feroces ensangrentaban sus zambras, sus serenatas y sus amores nocturnos. La sangre corría, pero era sangre granadina. El espíriru caballeresco reinaba todavía, el reino poseía bravos guerreros, pero ni un solo grande hombre, mientras que los castellanos tenían en Isabel un gran Rey, dos políticos osados y astutos en Jiménez y Fernando, y completos militares en varios de sus principales caballeros.

Dividido este imperio debía perecer: es una de las leyes invisibles que presiden el gobierno de las cosas humanas, y cuando apareció el feliz Fernando, sostenido por la grandeza de alma de su esposa, la magnánima Isabel, única que se atrevió á no dudar de Cristóbal Colón, por la espada de Gonzalvo y por el genio de Jiménez (1), que se vanaglorlaba de guiar

(1) Cuanto en esta parte se refiere al Cardenal Ximénez de Cisneros es un anacronismo, puesto que empieza á figurar mucho después de la toma de Granada, y muerto el gran Cardenal de España Mendoza, á quien debe referirse lo que se dice aquí, respecto del inexorable Franciscano.

las Españas con su cordón, encontró á Granada medio vencida por sus propios furores, y por este increíble vértigo que acabamos de bosquejar.

Jamás otro pueblo desterrado lamentó y lloró tan amargamente la pérdida de los hogares que había defendido tan mal. La Historia ha pintado con rasgos enternecedores la tristeza profunda de los moros, no los ha marchitado: se ha visto que no perecieron por cobardía; aun suponiéndolos tan prudentes y previsores como fueron valientes, sólo hubieran podido retardar algunos años el fin de su dominación. África les había indignamente abandonado, el ascendiente de los españoles se había hecho decisivo, irresistible, en fin, en la progresión de los imperios hay una fuerza de las cosas, que se mofa de todos los cálculos y oprime toda prudencia humana. La Historia ha conservado también este gran rasgo del carácter de la sultana Axa, madre de Boadillin. Desterrado para siempre de su capital lloraba á lágrima viva contemplando la magnífica ciudad desde la cima del Monte Padul: «Llorad! llorad! le decia la severa matrona, haceis bien en llorarla como una muger, ya que no habeis sabido defenderla como un hombre». Reproches muy merecidos, palabras dignas de una lacedemonia, pero muy duras en tales momentos y en boca de una madre.

La belicosa tribu de los Zegríes está cruelmente sacrificada en nuestra obra y en todas áquellas que tratan de Granada y de sus facciones soberanas. Se les representa como soldados ambiciosos, feroces en la guerra, salvajes y turbulentos en la ciudad, hombres indomables, en los cuales la fisonomía africana había conservado toda su dureza nativa, y la prueba está en que fueron extremadamente bravos y capaces por lo tanto de buscar su venganza en astucias atroces y de herir á sus enemigos por la espalda. El asesinato de los treinta y cinco Abencerrajes, urdido y ejecutado por ellos, reunió en efecto todos estos odiosos caracteres, pero ningún escritor les ha hecho la justicia de decir que nunca fueron traidores ni á su fé ni á su patria. Tampoco se les puede negar el honor de haber sido mejores ciudadanos que sus rivales en esos días de desastres.

Los zegríes se sometieron por la fuerza, y su inmensa ma-

yoría, despreciando una capitulación, que después fué indignamente violada, volvieron á pasar el Estrecho llevándose á su patria primitiva todos sus amargos recuerdos, todo su odio irreconciliable, todos sus deseos de venganza y su genio altivo. «¡Acordáos de Granada y de la fe violada!» Este fué el grito de guerra en los encarnizados combates que tuvieron con los españoles de Tetuán, Ceuta, Orán y Tánger Hubo, pues, traidores en Granada (la imparcialidad de la Historia exije que se les nombre), los Abencerrajes. Aflije ver á estos simpáticos guerreros sobrepujados en virtud por sus feroces émulos. Tránsfugas de su patria, se indignaron con ella y le volvieron las espaldas cuando estaba más oprimida, abjuraron de su fe, cambiaron sus nombres por nombres castellanos, pero el colmo de la impiedad fué el verles combatir con todo el fervor de los neófitos en las filas de sus mortales enemigos. Era imitar en todo sin justificarlo á el Conde Julián, que entregó el imperio á sus antepasados por una defección parecida á la del Conde D. Julián, cruelmente ultrajado sin duda, pero del cual la posteridad ha deslucido su memoria por haberse vengado de su país. Se ve también con pena y desagrado á la hermosa é interesante Reina Alfaïma (1) abandonar la causa de su pueblo y la religión de sus padres. Nuestro antiguo autor habla de ello con alegría y esto estaba perfectamente en el espíritu de su siglo; pero diga él lo que quiera, no podemos alabar en los Abencerrajes y en su sultana semejante debilidad y perfidia tan culpable. La honra no se conquista por tales medios; en quienes había que vengar la traición de los Zegríes, la tiranía de *Boadillin* y el execrable atentado del Patio de los Leones era en los Españoles.

Debemos justicia á estos como se la hemos hecho á sus enemigos sin duda, que tuvieron el derecho de recobrar su tierra natal cuando dispusieron de la fuerza, y ninguna guerra fué más legítima. Esta se acabó por la victoria, pero también por un tratado: tratado que garantizaba á los moros el goce apacible de sus mezquitas, su religión, sus bienes, sus jueces, sus

---

(1) ¿Moraima?

costumbres... Podían disponer de sus propiedades, continuar en España ó cruzar el mar. Hay que confesarlo, una capitulación tan gloriosa se encaminaba contra el objeto mismo de la conquista, y el interés de los Castellanos, no era más que un lazo, y este lazo una bajeza, un crímen.

Lo que España hizo realmente fué poner en práctica esta ley feroz de «Desgracia á los vencidos!»

Los más arrogantes y previsores regresaron á Africa. Los que se quedaron, pronto tuvieron de que quejarse como los desgraciados habitantes del Nuevo Mundo, que Colon iba á descubrir bajo la doble tiranía de soldados y clérigos. En su desesperación corrieron á las armas. Fernando los rindió y dió el bautismo de sangre á cincuenta mil granadinos. Entonces España se desembarazó de su careta, las vejaciones y la opresión ya no tuvieron límite. Los edictos perseguidores de Carlos V y de Felipe II, acabaron de matar este pueblo infortunado. La Inquisición se apoderó de los niños y convirtió á los padres sobre las hogueras. En fin, Felipe III los echó á todos de la Península. Sabido es la hospitalidad generosa de nuestro Enrique IV hacia estos 150.000 desterrados, cuando atravesaron nuestras provincias meridionales para entrar de nuevo en Africa. ¡Extraño destino de las naciones! Pronto la misma Francia debía imitar tan fatal ejemplo y fué cruelmente castigada; pero España pagó más caro todavía esta política falsa é inhumana. Su decadencia data de la expulsión de los moros y la razón es muy sencilla, dice muy bien Florián:

«Los moros vencedores de los españoles, no persiguieron á los vencidos; los españoles vencedores de los moros, los han perseguido y expulsado.»

No ha fenecido la memoria de los valientes moros; los excesos de los castellanos los han inmortalizado menos todavía que las profundas heridas que se hicieron á sí mismos al privarse de sujetos tan preciosos; los trofeos de Carlos V, de Felipe II, no han podido cicatrizarlas.

La despoblación fué enorme y la emigración hacia el Nuevo Mundo acabó de hacer incurable esta llaga cruel; las artes cayeron en la apatía, la agricultura y la industria experimentaron un golpe mortal. Es una cosa maravillosa y digna de no-

tarse esta facilidad con que los rudos africanos se prestaron á la civilización y rapidez de sus progresos en este camino tan nuevo para ellos. Sin concederle al clima esta acción potente y exclusiva que por exajeración únicamente es uno de los brillantes errores en donde se extravió el genio de uno de nuestros más grandes hombres, no puede menos de reconocerse cuando se ve á los musulmanes salir bárbaros de la ardiente Africa, volverse en España el más galante, el más civilizado de los pueblos, volver á caer á su regreso en una profunda barbarie, sin que la forma de gobierno hubiese cambiado jamás.

En los primeros tiempos de la Conquista, cuando las costumbres eran ásperas y los resentimientos más exaltados, la guerra había sido cruel. Esta guerra fué santa: sólo se sabía odiar, combatir y morir. Poco á poco los moros salvajes se civilizaron en la paz, ó mejor dicho, en las treguas. Moros y españoles se temían, se vieron sin ir armados, y cuanto más se trataron más aprendieron á estimarse y admirarse. Las Cortes moriscas y castellanas se invitaban mútuamente á sus fiestas; las dos naciones se mezclaban en los torneos, donde cada partido competía en elegancia y destreza, en lujo y galantería, y en hospitalidad sobre todo; el moro nacía, por decirlo así, con esta noble virtud; era uno de los grandes rasgos de estas costumbres patriarcales que habían heredado de sus antepasados los árabes; el castellano encontraba también en la sencillez de sus costumbres y en la elevación de su alma motivos bastantes para apreciarla y practicarla.

Se vió con frecuencia, á continuación de estas relaciones pacíficas, unidos el cristiano y el musulmán por la fraternidad de las armas, y en estos siglos de honor y de franqueza nunca se hicieron traición estas varoniles amistades; la guerra las suspendía sin romperlas. Hubo épocas en que la enemistad nativa de los dos pueblos pareció entibiada, hasta tal punto que Reyes castellanos hacían alianzas políticas con los Reyes moros; estos Monarcas se casaban recíprocamente con Princesas musulmanas ó castellanas, pero estas alianzas desnaturalizadas de alguna suerte, no tenían un principio tan noble como la fraternidad de las armas; la mala fortuna, la vengan-

za ó un interés pasajero las formaban y las rompían con la misma violencia.

En esos tiempos en que las batallas, los placeres y una galantería novelesca componían toda la vida de los moros, fué cuando ellos inventaron, por decirlo así, ó adivinaron todas las artes. No fueron más allá de la astrología, la alquimia, la cábala y otras ciencias bárbaras; pero la Europa cristiana estaba más adelantada y poseía en aquella época un médico más grande que Abenzoar, un genio más vasto que el universal Averroes, que tradujo á Aristóteles del griego al árabe. Los moros tuvieron historiadores nacionales que nos hacen conocer mejor á los españoles y su siglo, que otros escritores de estos últimos, y difíciles de sustituir. Sobresalieron en la poesía; para ellos España fué *el dulce país del romance*, como le llamaba Addison. Cierto que de ningún modo pudieron encontrar en la España de este tiempo modelos de poesía ni una literatura que imitar; al contrario, ellos tuvieron el honor de crear la literatura castellana.

Tarik y Muza eran, á no dudarlo, soldados tan groseros como la muchedumbre que les seguía; sus descendientes extrajeron el gusto de las letras y de las artes, de la tranquilidad de la victoria y del poder, de las influencias de este clima afortunado. La Academia de Fez, la Atenas del Africa, heredera de las escuelas de Bagdad y de Samarcanda, esparcía entonces una viva luz, se eclipsó demasiado pronto, pero pudo iluminar toda la España morisca. Los poetas de Córdoba hicieron las delicias de Oriente, y los reinados de los grandes Abderramanes, cuyo nombre no debió de ningún modo perecer, fueron para ellos los siglos de los Augusto y de los Médicis. Todavía se repiten, debajo las tiendas del desierto y en los harems de Asia, las tiernas canciones de la hermosa *Alphaizouli*, la Safo de los Moros, la querida infortunada del feroz *Mohammed-Abénazar*, décimo quinto Rey de Granada, como se repiten las elegías que el desgraciado *Bénadab*, lanzado del trono de Sevilla, compuso desde la cárcel para consolar á las muchachas reducidas á vivir del trabajo de sus manos, y hacer sus penas más llevaderas.

Los amigos de las ciencias, de las letras y de las artes,

siempre maldecirán el fanatismo político de aquel Jiménez que entregó á las llamas, después de la conquista de Granada, un número considerable de libros en prosa y en verso, escritos durante 700 años por poetas y sabios africanos.

Se ve en los españoles del siglo XV renovar el ejemplo de aquella prodigiosa barbarie tan reprobada á un mulsumán del primer siglo de la Egira, el bravío Omar. Sin embargo, pudieron salvarse algunos de estos preciosos restos del genio oriental, se les conserva ó más bien se les olvida en las bibliotecas del Escorial, de la Academia de Madrid, de las Universidades, y sobre todo en las de los monasterios. Ya los papeles públicos han llamado la atención de las gentes de letras sobre estos venerables restos; esperamos que, bajo el ilustrado gobierno del príncipe que ha transformado en un templo la humilde vivienda donde nació El Tasso, manos hábiles y cuidadosas desenterrarán estos tesores de una literatura virgen, original, que tanto ruído ha hecho otras veces en una parte del mundo, y lo esperamos con tanta curiosidad como estimación.

Bajo un punto de vista general y político, la invasión de los moros fué ciertamente una profunda calamidad para los españoles; ellos perdieron sus hogares, y el extranjero se repartió su tierra natal; pero ¡cosa extraña! su expulsión no fué menor desastre para España. La Historia les deberá siempre la justicia de que á su paso por España dejaron huellas gloriosas y útiles sobre su suelo. Los grandes y memorables trabajos que ejecutaron son todavía para ella un beneficio público. Llenáronla de maravillas de su arquitectura. Los monumentos de Córdoba, de Toledo, de Sevilla, de Granada; esas mezquitas soberbias, esos palacios que parecen fabricados por las hadas, esos altos y ligeros pórticos cuya duración parece eterna; los restos de esos cuadros que representan las batallas (1) con los cristianos; esos mosáicos de colores indestructibles, esos baños de mármol, esos jardines naturales embellecidos con todos los prodigios del arte, esos puentes aéreos,

(1) Esta parte es inexacta; nuestros árabes no pintaron figuras humanas, ni por consiguiente batallas.

esos acueductos, esas fuentes de alabastro, esas famosas cisternas y esas ciudades que fundaron, atestiguarán á todos los siglos que los moros no fueron bárbaros. Esos majestuosos testigos de la grandeza morisca son todavía el orgullo de España, aun cuando los deba á sus reveses, y para los españoles, España es un país clásico visitado por los aficionados á las artes con el mismo entusiasmo que se visita Grecia y la incomparable Italia. Los moros eran pastores y labradores, marinos y soldados, ellos crearon los célebres rediles de España, cruzando las magníficas razas de Berbería con los rebaños indígenas, el mismo servicio prestaron á las yeguadas con la importación de una gran cantidad de caballos árabes, explotaron las minas, sostuvieron un comercio activo y floreciente con Africa, y todo el Oriente pagó ricos tributos á su industria. Como labradores España les debe un eterno reconocimiento. Aclimataron gran número de vegetales africanos, plantaron bosques y enseñaron á los castellanos el arte de regar las tierras. Los autores contemporáneos hablan con admiración del maravilloso culiivo de los llanos de Granada, de Murcia y de Andalucía. Los musulmanes llevaron la reja del arado y el azadón hasta las áridas cimas de los montes alpujarreños y de Sierra Morena. *El paraíso de Granada*, como ellos la llamaban en sus eternos pesares, era una colmena en la cual no descansaban jamás las diligentes abejas. Mientras que el español, indolente y soberbio, creyéndose demasiado noble para dedicarse al trabajo, no regaba con sus sudores más que la pesada armadura, el industrioso moro los prodigaba sobre aquella tierra fecunda, recogiendo de ella en pago el ciento por uno. Esto es lo que hicieron los árabes por su nueva patria, y el recuerdo será imperecedero. Conquistadores, únicamente vertieron sangre española en los campos de batalla; vencedores, fueron tolerantes y misericordiosos, los vencidos conservaron sus altares, sus leyes y sus viviendas. Su gobierno se manifestó siempre suave y generoso, no separaron á los hijos de los padres, y si algunas veces las cristianas cautivas se unían á esposos musulmanes, estas uniones las formaba el amor, no la violencia, puesto que elegían el marido. En este largo período durante el cual ocuparon todos los tronos de España, historia-

dores enemigos de ellos no les imputan un solo acto de crueldad á sangre fría hacia los castellanos sometidos y desarmados. Fueron á menudo crueles, pero de moro á moro.

El apreciable Florián hace observar que una de las principales causas de su ruína fué el que no tuvieran una ley de Estado para la sucesión al trono. Las luchas por el poder soberano conducían á escenas sangrientas; las animosidades de las tribus rivales, un punto de honor que no era menos feroz que el nuestro, multiplicaban los duelos y agotaban la mejor sangre del Estado. En una palabra, exceptuando el valor y la cortesía, cualidades brillantes por las cuales las dos naciones fueron igualmente dignas la una de la otra, presentan en todas las demás un perfecto contraste. De un lado, un pueblo paciente y sóbrio, de carácter sério, soberbio y varonil, que, comprendiendo perfectamente sus intereses, se hace político y marcha con paso firme á su objetivo; de otro lado una nación voluble y arrebatada, galante hasta el entusiasmo, ardiente á los deleites, mezcla singular de virtudes varoniles y generosas, de blandura y negligencia, realizando su vida del presente sin cálculos ni miras para el porvenir. En los orientales, nacidos tan graves, se ven las pasiones ardientes, la actividad, la galantería, la tolerancia, la industria, la extrema civilización con sus flexibles costumbres, sus conocimientos, sus artes, sus distracciones y sus vicios.

En los españoles: gran lujo de gravedad, altivez desdeñosa, celos sombríos, rudeza, una literatura apenas bosquejada, las tinieblas de los siglos góticos, un fanatismo inexorable y los autos de fé.

Un notable y profundo literato del siglo XVIII, Williams Hayley, encontró en la historia de los musulmanes de España, asunto para dos grandiosas epopeyas, y expresaba el deseo de que aparecieran entre las naciones de Europa dos poetas dignos de escribirlas; encontró en ellas contradicciones de costumbres de un efecto admirable y de una fecundidad extrema y esa acción *una y grande* que exigen los maestros del arte.

Gran gloria conquistaron el Tasso, el divino Ariosto y el menos conocido Comoëns al ocuparse de estos hermosos asuntos, en los que las costumbres orientales contrastan de

una manera tan noble con la hechicería de nuestros siglos góticos y la caballería europea. Vanagloriémonos de poseer la *Henriada*, pero supongamos á un Voltaire dedicándose diez años después á cantar la invasión de los moros ó el fin de su imperio. ¡Qué magnífico poema!

Europa, con sus luchas en Africa; el voluptuoso Roderico y sus fatales amores que perdieron la monarquía de los godos; la desgraciada Florinda, otra Elena que fué la tea de la discordia en Iberia; el culpable é interesante conde Julian, el valiente Tarick, el entusiasta Muza, sus intrépidos compañeros, y el gran Pelayo que fundó un nuevo imperio sobre un imperio derruido. En otro orden de cosas, aquella famosa vega de Granada; cuya belleza ningún idioma podrá describir, donde corrió tanta sangre, donde combatieron tantos héroes; aquella hermosa ciudad tan poética como la poética ceniza de Ilión. ¡Qué magníficas contradicciones de culto, de ceremonias, de fiestas, de leyes, de usos, de intereses, de pasiones y virtudes en estos dos asuntos!

¡Qué grandes costumbres, siempre en contraste! Aqui, la sencillez del siglo de los patriarcas, la antigua fe, la hospitalidad primitiva, y todas las artes de un pueblo extremadamente adelantado en la civilización; allá, todo lo que el espíritu caballeresco tiene de más exaltado, el espíritu religioso de más ferviente, los largos amores y las nobles amistades. ¡Qué pomposa variedad de imagenes! ¡Qué tesoro para el génio! ¿A qué podría mejor adaptarse lo maravilloso del cristianismo? ¿Qué pueblo fué más creyente, más religioso, más firme, y más constante en su fe que los antiguos castellanos? Y lo maravilloso del Islamismo es más rico y nuevo de lo que se cree. Los grandes hombres que acabamos de citar no lo han apurado, apenas lo han usado. El Corán y las tradiciones religiosas que lo completan son, como la Biblia, el politeismo, la Eda, y otros libros sagrados de los Indios, fuente inagotable de poesía. Los dogmas de los musulmanes sobre la Fatalidad, el Paraíso, el Infierno, los Angeles protectores y vengadores, los buenos y malos Genios, las gracias de la Justicia divina, y la resurrección de los Muertos, darían un carácter tan nuevo como grandioso á las ficciones de la epopeya y es quizá hoy

el único camino que pudiera seguirse con algún viso de novedad.

En una palabra, para un espíritu épico hay en las teogonías orientales verdaderos tesoros de invención y de imaginación. —Esta poética fecundidad de la historia de los Moros no se ha experimentado en ningún pueblo de Europa; no ha producido, ni aun en España, donde el genio de las letras ha derramado desde hace tres siglos tan viva luz, más que libros y novelas que no se leen ya; una infinidad de romances históricos, cantos de guerra y de amor que eran el encanto de los antiguos castellanos y cuya ingenuidad, sencillez, y con frecuencia su poesía son admirables; y en fin el *Cid*, de Guillen de Castro, tragedia bárbara pero inmortal, por haber inspirado el *Cid* francés.

España posee doce poemas épicos, dignos por cierto del profundo olvido en que han caído, á excepción de *La Araucana*, cuya acción no es en verdad ni *grande ni una*, pero que se ha salvado por sus bellas imitaciones homéricas, por sus conmovedores episodios y por el estilo de un verdadero poeta. Parecerá extraño que ninguno de estos poemas esté consagrado á celebrar las dos famosas épocas que nuestro crítico inglés ha señalado á los amantes de las musas.

El pueblo moro llenó con sus glorias y sus desdichas las páginas del viejo libro que publicamos. No es una novela, no es una historia, si preciso es atenerse á la exacta definición de estas dos palabras. Es, sin embargo, muy cierto que la última puede aplicársele mejor que la otra. El sábio Pin-Kerton afirma en su *Ensayo sobre la poesía oral y tradicional*, que todos los grandes rasgos de esta obra, así como un gran número de sus detalles, conservan la evidencia histórica. Los autores de la *Antigua biblioteca de novelas*, aseguran que en la mayor parte de los casos *todo es verdaderamente histórico é interesante*. Florián, que en literatura española debe ser para nosotros una verdadera autoridad, declara que por este libro ha conocido mejor á las dos naciones que por todo cuanto ha podido leer en los más doctos y autorizados historiadores castellanos. Diremos, pues, que la «Historia de los Vandos, de los Zegríes y Abencerrajes, cavalleros moros de Granada», etc., es una continuidad de cuadros donde se pintan con ingénua exacti-

tud las vicisitudes, guerras, costumbres, pasiones, vicios y virtudes de uno de los pueblos más singulares que han pasado por la tierra. Como abunda en relatos de amores, de fiestas y torneos, romances y animadas descripciones, está completamente saturado de un sabor romántico; pero estos romances, estos amores y estas fiestas son hechos completamente históricos, y todos los personajes que en él figuran han existido. Esta obra ha servido en Francia como tipo de algunas imitaciones imperfectas que no conservan nada del encanto del viejo original; una nube de novelas más ó menos ligeras, todas igualmente olvidadas, en que los moros han sido siempre el asunto de sus argumentos. Tales son la «Historia de las Guerras Civiles de Granada», por M.lle de la Roche-Guilhem; «Las galanterías granadinas», por M.me de Villedieu; «La Almahida», del fecundo Scudéry; y la «Historia de la Conquista de Granada», por M.me de Gómez.

La famosa «Zayda», de M.me de la Fayette, corregida por Ségrais, y el «Gonzalvo», de Florián, son los únicos de los cuales puede decirse que han sido injustamente olvidados. Estos dos autores han poseido el secreto de la gracia, el arte verdaderamente feliz de la ficción y el de excitar con mesura el interés.

La novela pertenece á la literatura, donde tiene su puesto cuando describe con talento, de cualquier género que sea, nobles y verdaderas costumbres y caracteres naturales.

Florián, sobre todo, ha adornado su obra con elegantes poesías que le hacen salir de un orden vulgar.

Desde el siglo XVI, el licenciado Juan Bautista de Villegas había sacado de nuestro antiguo libro el argumento para una magnífica tragi-comedia, con el título de «El buen cavallero maestre de Calatrava D. Rodrigo Girón de Tellez.» En el tercer acto, el neófito Muza bautiza con todas las palabras y ceremonias del ritual al moro Albayaldos, que se encuentra espirante sobre el campo de batalla.

Los biógrafos españoles están unánimes en atribuir esta obra á un moro de Granada que se retiró á África después de la conquista. *Argutaafah*, su nieto, heredó el manuscrito que regaló á *Rabbi-Santo*, sabio judío de aquella época, que

lo tradujo al hebreo, dando el original árabe á D. Rodrigo Ponce de León, Conde de Bailén.

Este señor, que tuvo uno de sus más ilustres abuelos entre los héroes del sitio de Granada, tomó un vivo interés en esta producción y la mandó traducir, primero en castellano, por el Rabino, y luego por Ginés Pérez de Hita, cuya versión es la única que hoy se lee en España, donde desde 1610 se han hecho numerosas ediciones. Aun en París se publicó una en 1660, en la cual se encuentra muy correctamente escrito el texto de Ginés Pérez. El triunfo del *Cid* exaltaba todavía esa especie de fanatismo que, bajo los reinados de los últimos Valois (y de sus tres primeros sucesores) había hecho clásica la lengua castellana y de su literatura objeto de veneración para los ilustres de la época. Esta preocupación la eclipsó el génio natural y verdadero de los Racine y las Boileau; y si ella fué excesiva, el desdén que esta literatura inspiró después, y el olvido profundo en que cayó no lo fueron menos.

Cada episodio, cada incidente, una batalla, un duelo, una serenata, un torneo, una querella de amantes, le dan á Ginés Pérez el argumento de un romance, que presenta como el testimonio de la evidencia del hecho que en él relata. Estas tradiciones poéticas son casi todas la repetición de un relato anterior, y por este motivo las hemos retirado de la obra, dando únicamente de ellas algunas notas. Si las llamamos tradiciones poéticas es porque no todas son de la invención de Ginés Pérez; varios de estos cantos han sido realmente compuestos en diferentes épocas para celebrar las guerras y los amores de los dos pueblos. Echaremos una mirada sobre estos viejos y venerables monumentos de la poesía castellana, que son quizá todavía las obras maestras, á pesar de todas las producciones modernas.

El romance, es decir, este género de poema á la vez lírico, elegiaco, pastoril y descriptivo, que se encierra en el limitado círculo de un relato de guerra ó de amor, nació en los primeros siglos del mundo bajo las tiendas del desierto, y hace todavía las delicias de los árabes en su antigua patria. Las investigaciones del sabio Huet, los trabajos tan interesantes y demasiado ignorados en Francia de Sir Williams Jones, los

testimonios de todos los viajeros, sobre todo el de nuestro ilustre Volney, le dan á esta circunstancia una certeza histórica. El romance pasó de los desiertos de Arabia á las ciudades, y tuvo buena acogida en la corte de los Califas de Bagdad, donde el idioma israelita pulido por una elegante finura de costumbres le prestaba un lenguaje mucho más dulce y acentos más melodiosos. La hermosa lengua de los persas, pronto universal y clásica en todo el Oriente, acabó de embellecerle.

Los musulmanes de España, educados en la lectura de los poetas de Schiraz y de Ispahan, cultivaron con pasión esta buena literatura, y como los españoles parecían destinados á debérselo todo á sus enemigos, hasta sus placeres y sus medios de agradar, sucedió que de los moros aprendieron el arte de las novelas y del romance; como ellos lo consagraron á la religión, á la gloria, á la inmortalidad de los grandes hombres, á los amores, á las fiestas y á los heróicos pasatiempos de la caballería. Tal fué la primera misión de la poesía en todos los pueblos. El romance tomó, según los asuntos, el tono augusto de la oda, los tristes acentos de la elegía, la sencillez de la égloga, y debe elevársele hasta la altura de los monumentos históricos, porque dicen los notables escritores que hemos ya citado: «estos romances son otros tantos despojos de la historia contemporánea, y casi todos conservan un hecho ó una anécdota auténtica.» Algunos son magníficos cantos de guerra. Estos cantos serían verdaderas odas, y odas de una elevación, de una fuerza y de una originalidad de pensamientos, de una riqueza de admirables imágenes, si cierta ingenuidad y cierta sencillez, que llamaremos primitiva para entendernos mejor, no les imprimiera un carácter muy diferente. En este último género son muy numerosos los romances inspirados por el gran nombre del Cid; hay algunos, cuya acción es tan extraordinaria, su metro tan impetuoso, el acento tan guerrero, que cree uno oir el sonido del clarín; al mismo tiempo, los pensamientos son tan grandes, tan nuevos, tienen un color tan antiguo, que no nos maravillaría encontrarlos en un cántico de Moisés, de Debora, de Assaph ó de Isaías, en un canto del divino Homero ó del audaz Tirteo.

La conquista de Granada fué para las Españas un gran motivo de alegría, y los poetas castellanos no desperdiciaron la ocasión de triunfar también á su manera de los moros tan valientes y temidos durante mucho tiempo.

Esta época fué la edad de oro del romance, y difícil fuera enumerar todos aquellos que en ella se publicaron. Nada hay que iguale por la sencillez, la total ausencia de prolijas imágenes y los sentimientos naturales, á los romances que describen las querellas y pasión de los amantes; estos, cuyo único objeto es el describir una fiesta, un augusto himeneo, un torneo ó una lucha taurina, contienen detalles de costumbres que son aún hoy motivo de estudio para los historiadores más sesudos. El romance español brilla también en las escenas tiernas y patéticas; arranca verdaderas lágrimas cuando describe las penalidades y miserias de la cautividad, las quejas de los cristianos gimiendo en Marruecos, Argel y Túnez en las prisiones de los moros; sus ardientes suspiros hacia la patria, sus amantes, sus madres y esposas; con frecuencia, sus peligrosos amores con las hermosas y compasivas sultanas, entre las que hallan siempre consuelo, y alguna vez la generosidad de romper los hierros de su cautiverio.

Nada más nuevo, anticuado, y más elegante, que las dos últimas estrofas de aquel romance en que el Rey Don Juan I de Castilla, después de hacerse describir por el moro Abenamar las maravillas de Granada, exclama: ¡Granada! ¡Granada!

«Si tú quisiesses, Granada!
contigo me casaría,
Daréte en arras, y dote
á Cordova, y a Sevilla.»
«Casada soy, Rei Don Juan!
Casada soy que no viuda;
el Moro que á mi me tiene
muy grande bien me quería.»

¿Dónde se encontrará igualmente color más castizo, expresión de dolor más profunda y verdadera, que en el hermoso canto en que el Rey Boadillin llora la pérdida de la ciudad de

Alhama conquistada por los cristianos que entonces se aprestaban al sitio? Recorre las plazas y calles de Granada, exclamando:

«Ay de mi Alhama!»

. . . . . .

Los clarines dan la señal de alarma, las tropas acuden y se juntan en derredor suyo, y su sola arenga, su único grito de guerra y de venganza, es

«Ah! Ay de mi Alhama!»

Un austero anciano se atreve á echarle en cara los crímenes de su reino, el asesinato de los Abencerrajes, y le presagia la próxima ruína de su imperio. A estas crueles recriminaciones el desdichado monarca no contesta más que con estas quejumbrosas palabras:

«Ay de mi Alhama!»

Augusto, llorando el desastre de Varus y las legiones romanas, no lanzó más conmovedora exclamación.

En otro romance se pinta una escena que es completamente del género de Homero y del Génesis del Peutateuco. Un valiente caballero castellano, D. Alonso de Aguilar, murió en un combate librado en las Alpujarras. Las hijas y esposas de los moros rodeaban su cadáver admirando su belleza y gozando cruelmente en su desgracia. Una cautiva cristiana le reconoce; era la que le había alimentado con el jugo de sus pechos y educado amorosamense en su regazo. Precipítase sobre aquellos tristes restos cubriéndolos de besos y de lágrimas, y exclama:

«Don Alonso! Don Alonso!
Dios perdone la tu alma!
Que te mataron los Moros,
los moros de la Alpujarra!»

Ante estas palabras tan sencillas y conmovedoras, el orgullo é insolente gozo de las mujeres moras se trocaron en lágrimas y lloros.

Estos ejemplos de los cuales pudiéramos citar infinito número, darán una justa y completa idea del romance castellano en el género patético y elegante. En él se conserva siempre gran encanto de naturalismo y de verdad aun en los asuntos más elevados; exento de ficción, rehuye el lenguaje pomposo, y en él los más altivos sentimientos y los rasgos de heroismo tienen una especie de natural grandeza cuyo ejemplo no puede encontrarse más que en los escritos de los más remotos tiempos. Es verdaderamente la *poesía primitiva.*

Hombres que parecían consagrar solamente su talento á frívolos asuntos, y que aun entonces se mostraban profundos literatos de estilo y de saber, dotados eminentemente de esta sagacidad de espíritu que esclarece y fortifica la historia civil y política de las naciones por la de sus costumbres y antiguos usos, los autores de la antigua «Biblioteca de Novelas,» definieron perfectamente el romance español por una imagen tan ingénua y natural como el mismo romance: «Tiene, dicen, una gracia particular, por lo mismo que es sin pretensión, y que parece decir: *esto es lo que hay, creedme si queréis!*» No podía caracterizarse por un rasgo más vivo su expresión franca y libre, su ingenuidad, su abandono, su (1) sencillez, por decirlo así, pero la (1) *sencillez* de Lafontaine vertiendo á tesoros todas las riquezas del genio.

XVII

Ilustración á la nota de la pág. 19 de esta obra.

Como son muy notables las semejanzas que existen entre el prólogo que Aribau escribió para el tomo III de la *Biblioteca de AA. EE.* de Rivadeneyra, y el que aparece en la edición de Madrid (en la imprenta de D. León Amarita, 1833), nos parece muy verosímil que ambos trabajos sean del mismo autor.

---

(1) *Bonhomie* dice el texto.

No es posible suponer que el Sr. Aribau, literato eminente y que no necesitaba copiar á nadie para cosa tan baladí, trasladase, casi entero y como suyo, el primitivo prólogo.

D. Buenaventura Carlos Aribau, residía en Madrid desde 1831, dos años antes de que viera la luz pública la edición de 1833, y ya diez años antes era conocido en su patria, Barcelona, por notables poesías y artículos en prosa, que se publicaron en la revista intitulada *El Europeo*. Esta opinión es también la del sabio Profesor y Académico Sr. D. Marcelino Menéndez Pelayo. Como en dichos prólogos se encuentra todo lo que hasta el presente se había dicho de nuestro insigne Pérez de Hita, creemos oportuno trasladarlos literalmente á este trabajo, con tanta mayor razón cuanto que coinciden en un todo con nuestras apreciaciones y juicios sobre la primera y segunda parte de *Las Guerras Civiles*, hasta el extremo de que á veces parece que hemos copiado al ilustre colector de los novelistas anteriores á Cervantes.

Guerras civiles de Granada, por Gines Perez de Hita, vecino de Murcia.—Tomo I.—Madrid.—En la imprenta de D. Leon Amarita.—1833.—(2 tomos en 8.º)

PRÓLOGO.—Se ha reimpreso esta obra, porque siendo una de las mejores que tenemos de honesto recreo, se habia hecho rara: su lectura deleita tanto, que quien una vez toma el libro en sus manos, no puede luego soltarle hasta la conclusion. Fue el embeleso de nuestros mayores, que aprendian de memoria los bellísimos romances que contiene; se tradujo al frances y al italiano, interesando tambien á los extranjeros; ha dado materia y argumento á varias composiciones dramáticas antiguas y modernas, y servido de modelo para escribir otras obras análogas, principalmente á la del caballero Florian, intitulada *Gonzalo de Córdoba*, que es en el dia la mas conocida y en mucho estimada.

Gines Perez de Hita, proponiéndose escribir de las *Guerras Civiles de Granada*, que, nacidas primeramente entre los moros durante la agonía de su dominacion en España, y escitadas despues por los mismos contra los cristianos que los ha-

bian subyugado, reunió un gran número de noticias curiosas sobre aquellas gentes, que no se encuentran en ningun otro escritor antiguo español. Dió su obra en dos partes, tocantes á dos épocas distintas y notables de nuestra historia.

En la primera parte inserta la cronologia de los Reyes de Granada bajo el dominio de los moros, el nombre de los pueblos de su jurisdiccion y el de las familias mas distinguidas del Estado; describe los palacios, jardines, mezquitas y obras mas suntuosas de la capital, y despues, introduciéndonos en ella reinando Boabdilin, su último soberano, nos rebela los amores, celos, intrigas y competencias de las damas y caballeros mas principales de la Corte; nos acompaña á sus saraos, juegos y regocijos, nos declara sus bandos y parcialidades, y nos lleva á ver sus escaramuzas y desafios. Pinta á Boadilin ingrato á su virtuoso padre Mulahacen, crédulo, alucinado é inicuo contra su esposa, á la cual, en fuerza de un grosero chisme urdido por los vengativos Zegríes, sus cortesanos, acusa del crimen de adulterio, poniéndola en la necesidad de encontrar quien venza en singular batalla á sus cuatro furibundos acusadores, ó perder su honor y la vida en las llamas; cruel con los generosos Abencerrages, que consienten sean degollados uno á uno por sus émulos en la cámara de los Leones, atroz con su hermana Moraima y dos inocentes hijos de ella, á quienes asesina por su propia mano, y en fin, aborrecible por su tiranía á todos los granadinos. En este cuadro, alrededor del trono, sobresale el valeroso Muza, hermano natural del rey, como el mas cumplido caballero de la corte mora; campea el gallardo Malique Alabez, de prosapia real, entre una familia numerosa de héroes; brilla el expléndido Abenamar, mantenedor en el juego de cañas y de sortija, como el mas diestro entre todos los competidores; el esforzado Reduan sorprende y admira, el adusto Albayaldos estremece, el intrépido Gazul interesa, y el sensible Zaide enamora. Pero de cuando en cuando aparece en esta magnífica escena la flor de los caballeros cristianos, que eclipsa toda la gloria de tan insignes varones. Los muy ilustres maestres de Calatrava y de Santiago, D. Rodrigo Tellez Giron y D. Manuel Ponce de Leon, duque de Arcos, vencedor el primero de Muza, Albayaldos y Aliatar, y el segundo del ga-

llardo Malique Alabez y de Alí Amete Zegrí, acusador de la reina; el alcaide de los Donceles, D. Diego Fernandez de Córdoba, cortesano tan galan como adalid valiente; el robusto don Juan Chacon, señor de Cartagena, que de una cuchillada cortabá á cercen el pescuezo á un toro; el esclarecido Portocarrero, señor de Palma, y el desgraciado D. Alonso de Aguilar, se llevaban la palma en todos los juegos y en todas las lides y escaramuzas. El profundo sentimiento de esta superioridad comprobada por el mal éxito de sus últimas empresas militares, hacia mirar á los moros su gobierno con menosprecio y hasta la religion propia con desconfianza ó indiferencia. Dividida en bandos y agitada por la ambicion y los celos la nobleza, á cada paso sus parciales tomaban las armas unos contra otros, se alteraba la tranquilidad pública, y con el mas leve motivo se vertia la sangre de los primeros campeones en duelos y batallas singulares cuando eran mas necesarias la union y concurrencia de todas las fuerzas del Estado para atajar los rápidos progresos de las armas cristianas. La expulsion de los Abencerrages que se habian salvado del degüello de la Alhambra, agregó el cuerpo mas gallardo de la caballeria mora al poder ya tan formidable del enemigo; y sirviendo desde entonces la desercion de ejemplo á las demas familias nobles exasperadas, quedó sin apoyo la independencia de la Nacion, y la capital casi desierta de defensores. En fin, llegaron á su mayor auge el desorden y la confusion cuando Granada presentó al mundo el inaudito y escandaloso espectáculo de tres reyes aspirantes del poder supremo dentro de sus murallas, Boabdilin sostenido siempre por los Zegríes, Mazas, Gomeles y Langetes; Mulahacen, restaurado por los Abencerrages: Gazules, Alabeces y Venegas, y el gobernador Abdalí proclamado por los Almoradis, Almoades y Marines. Cada uno de estos tres obcecados príncipes tenia alli su palacio y corte aparte; tropas, vasallos y aun templos para hacer oración diferentes; cada uno de ellos, por afianzar la posesion de aquel simulacro de soberania, negociaba secretamente con el enemigo común, ofreciéndole en pago de su asistencia y proteccion los tesoros propios y las plazas, villas y lugares que se habian declarado por ellos. De este modo, unos señores tan podero-

sos y políticos como los Reyes Católicos, asistidos de los mejores capitanes que hubo jamas en Castilla y viniéndoseles, digámoslo así, la presa á las manos acabaron sin grande esfuerzo la conquista del estado granadino, y extinguieron la larga dominación de los Arabes en la Península. Aquí concluye la primera parte.

En la segunda se abre una escena muy distinta, pero no vacia de instruccion ni de interés. Llegamos á otros tiempos, y encontramos otros hombres y otras costumbres. La elacion del ánimo, derivada de las riquezas y del manejo del poder, moviendo celos y enemistando á las familias principales del estado granadino, produjo las primeras guerras civiles, que le condujeron á su ruina: la miseria y la desesperacion, hijas de la opresion y de la violencia, abortaron las guerras segundas, que extinguieron las últimas reliquias de los moros en España. Después de la conquista de Granada habían pasado setenta y siete años, llevando los moros al cuello con harta mortificación el grave yugo que les echaron sus vencedores. Sufrian la poca observancia de las promesas que les fueron hechas al tiempo de su rendicion; el sucesivo despojo de sus tierras, el abandono forzoso de su culto, la exaccion de crecidos tributos, fardas y prestaciones, y sobre todo esto el menosprecio general; pero estando ya llenas las medidas, y tratándose todavia de impedirles el uso del idioma y traje nacionales, se alzaron todos, decididos á morir ó mejorar de suerte Con disimulo y bastante habilidad averiguaron el número de hombres aptos para las armas que quedaban en su raza, nombraron Rey á un descendiente de sus Soberanos antiguos, pidieron auxilios de armas y tropas á sus progenitores de Asia y Africa, y levantaron el estandarte de la rebelion refugiándose en las asperezas de las Alpujarras. Temeraria y de mal éxito, sin duda, era entonces la empresa de los moros, luchando con el poder colosal de Felipe II; pero tambien causa pesadumbre el ver qué esfuerzos y cuánta sangre les costó ahogarla á los cristianos. Precedido de hábiles negociaciones el famoso Conde de Tendilla, Marques de Mondejar, fué el primer general que envió el rey con un ejército de 20.000 hombres contra los rebeldes; mas dice otro historiador, testigo ocular, que una

mitad por lo menos de esta brava gente se componia de asesinos y ladrones, los cuales, sabiendo que algun pueblo de moriscos se habia sometido y fiaba su seguridad del salvoconducto que le daba el Marques, se escapaban del real por la noche y le asaltaban, y mataban y saqueaban á sus moradores, llevándose á las mujeres para gozarlas y despues venderlas como esclavas. No es extraño, pues, que una conducta tan atroz y desenfrenada exasperase los ánimos de los sediciosos en lugar de calmarlos, y que al poco tiempo perdiera el General en esta guerra su ejército y la reputacion. Preséntase luego en la lid el esclarecido D. Luis Fajardo, Marques de los Velez y adelantado de Murcia, con sus valerosos tercios; pero estos se ensangrientan demasiado en la villa de Felix, y sus crueldades posteriores en Huéscar hacen imposible la reconciliación. Los dos héroes cristianos batallan con los moros por dos puntos diferentes, obran prodigios de valor, se cubren de gloria saliendo victoriosos en casi todas las acciones marciales, y con todo eso no adelantan: sus tropas, en varios encuentros y sorpresas de convoyes se disminuyen mucho; al paso que cunde el número de los enemigos, vienen sucesivamente con refuerzos considerables el Marques de Favara y el Comendador mayor de Leon D. Luis de Zúñiga y Requesens, y todavia la guerra se prolonga, zozobrando ya el crédito de la orgullosa corte; el hercúleo D. Luis Fajardo, cuya ponderosa lanza apenas podia sustentar al hombro un soldado robusto, cuando él la manejaba como un mimbre, despues que entre otras proezas, con poca gente y la mayor parte enferma, hizo alarde de su esfuerzo y talento militar rechazando á los moros, que con todo su poder reunido le atacaron en Verja, se estanca en el sitio de Galera, y no puede pasar adelante; en fin, dura el conflicto cerca de tres años, y es preciso que el ínclito D. Juan de Austria, hijo del Emperador D. Carlos, salga de Granada con 10.000 infantes y 10.000 caballeros, asistido del valeroso duque de Sesa con otra tanta fuerza, y que á estos dos ejércitos nuevos se reunan las reliquias de todos los anteriores para salir de tamaño empeño y forzar á los rebeldes á deponer las armas é implorar la real clemencia.

Conteniendo este libro la descripcion de muchas batallas,

asedios y entradas de los pueblos á viva fuerza, en que se derramaba por una y otra parte tanta sangre humana, su lectura no puede ser apacible, como la anterior: con todo eso abunda de episodios interesantes como el razonamiento del Purcheni al Marques de Mondejar, estando este con su campo en Orgiva: la muerte del Capitan Alvaro de Flores, la prision del moro Albexarí, y sus amores con Almanzora; las fiestas celebradas en Purchena de orden de Muley Abenumeya; el canto profético de la mora, natural del Deire; los celos, conspiracion y venganza de Benalguacil contra el rey moro por haberse apoderado de su prima Zahara; la historia de Tuzani y de cuanto hizo para encontrar y matar al asesino de la hermosa Malhea que pereció en Galera; la muerte y las exequias de D. Luis de Quijada, ayo del Sr. D. Juan de Austria, y el fin trágico del virtuoso Habaquí. Ultimamente enamoran la humanidad, el candor y la firmeza de caracter de Ginés Perez de Hyta cuando al acabar su obra pinta patéticamente los sentidos lamentos de los moriscos al ser arrancados de sus tierras y llevados por fuerza á Castilla y á la Mancha: censura esta impolítica y cruel resolucion de Felipe II, faltando á lo que se habia prometido por su augusto hermano á los moriscos, los cuales antes murieran de mil muertes que rendir las armas, ni haber hecho las paces, si hubiesen sabido que no serian cumplidas las capitulaciones; y añade que mas valiera no haberlos sacado del reino de Granada, por lo mucho que en esto habian perdido S. M. y todos sus demas Estados.

¿Y quien fué Ginés Perez de Hita? De su persona y vida no tenemos mas noticias que las que el propio dejó consignadas en esta obra. Dijo ser vecino de la ciudad de Murcia, lo cual no prueba que naciese en ella; pero parece que á lo menos fué de la provincia, no solo por su domicilio, sino porque no pierde ocasion de levantar á las nubes el valor de los tercios murcianos. Militó en esta última guerra contra los moriscos bajo de las banderas del Marqués de los Velez, y no sabemos que saliera de la clase de simple soldado. Censurando la rapacidad invencible de sus camaradas, manifiesta mucho candor cuando confiesa que algunas veces, llevado él propio de tan mal ejemplo, salía á robar en los pueblos de los moris-

cos sometidos; y demuestra que tenia mejores entrañas que los feroces guerreros de aquella época, contándonos como habia recogido en la atroz matanza de Felisa á un niño que encontró mamando al pecho sanguinoso de su madre asesinada, y le entregó á otra morisca para que le criase; gloriándose tanto de esta accion misericordiosa, como de haber amparado y salvado de la muerte á mas de veinte mujeres. Finalmente, se infiere que escribió, ó á lo menos dió á luz, alguna otra obra distinta de la presente por la expresion que hallamos al fin de la historia del Tuzani, donde dice que vió y habló á este en Villanueva de Alcardete, viniendo á Madrid á cobrar un privilegio para un libro suyo, cuyo título no declara.

¿Y es Gines Perez de Hita el verdadero autor de las *Guerras Civiles de Granada*? En cuanto á la primera parte, si hemos de creerle á él propio: «La escribió en arábigo un moro, »natural de la ciudad de Granada, llamado Abenhamin, que »pasó luego al Africa y murió en Tremecen, dejando allí hijos »y un nieto muy habil, llamado Argutarfa, el cual recogió to»dos los papeles de su abuelo y entre ellos encontró este li»bro, que estimó mucho por tratar la materia de Granada, y »se le prestó á un judio llamado Saba Santo, quien le sacó en »hebreo por su contento, y el original arábigo le presentó á »D. Rodrigo Ponce de Leon, conde de Bailen. Que este señor, »por saber lo que contenia y por haberse hallado su abuelo »y bisabuelo en aquellas conquistas, rogó al judio que le tra»dugese en castellano, y despues el conde le hizo á Hyta la »merced de dársele.» Esto dice en las páginas 412 y siguiente de la primera parte, sin embargo de que en la portada del mismo libro se expresa que él la tradujo al castellano y no el judio Saba Santo. Lo que por el contesto de la obra parece mas cierto es que, ni el uno ni el otro hicieron una traduccion literal de la obra arábiga; pues no es creible que un moro hablase con tanta parcialidad á favor de los cristianos, ni que la hubiese adornado de los hermosos romances castellanos que la acompañan, cuando muchos de ellos fueron escritos despues de la conqnista de Granada, ya entrado el siglo XVI. Aquí es donde brilla la gala de este metro peculiarmente español, que no tienen y envidian las demas lenguas europeas, hijas de la

latina; porque los romances se leen junto á los hechos heróicos para que fueron compuestos de propósito, ilustracion que falta al que lee estas producciones descriptivas, desnudas y hacinadas en los *Romanceros*, sin tener la noticia necesaria de nuestra historia antigua y de las tradiciones patrias. Así parece que Gines Perez de Hita, tomando lo sustancial de los hechos que refiere del arábigo, los redactó á su modo y dió á la obra castellana la forma que ahora tiene. En cuanto á la segunda parte, no ofrece duda que la escribiese Gines Perez de Hita, adornándola tambien de los razonamientos y romances que contiene, muy inferiores ciertamente á los de la parte primera, exceptuándose la descripcion del sitio de Galera, que él propio dice haber copiado de la que escribió el alferez Tomas Perez de Hevia, vecino de Murcia, que seguía las banderas del Sr. D. Juan de Austria.

Queda dicho que no es tan interesante la lectura de la segunda parte de esta obra, como la de la primera; pero faltaba añadir, que jamás ha podldo ser del mismo modo conocida, aunque tambien entretenga mucho, porque el desaliño ó mas bien la groseria de la impresion con que se dió al público, la hacian intolerable. Son tantas las erratas que la afean, que solamente un talento muy perspicaz podrá encontrar sentido en su contesto, supliendo la ausencia total de las reglas de ortografia; ademas de que causa tedio manejar un libro de ruin papel de estraza, que se deshace al tiempo de pasar de una hoja á otra. Aquel que se tome el trabajo de cotejar la presente edicion con la antigua, será quien pueda calificar el servicio que en esto ha hecho el editor á la literatura nacional.

XVIII

Ilustración á la nota de la pág. 19 de esta obra.

(Conclusión)

Según indicamos al principiar el capítulo precedente, trasladamos ahora á continuación todo lo que referente á Pérez de Hita y á su obra *Guerras Civiles de Granada*, aparece en el *Discurso preliminar* del tomo III de la *Biblioteca de Autores Españoles*, de Rivadeneyra, *Discurso* escrito, como ya dijimos, por D. Buenaventura C. Aribau, colector de dicho volumen, comprensivo de los novelistas anteriores á Cervantes. Dice así:

NOVELA HISTORICA. EL ABENCERRAJE.—GUERRAS CIVILES DE GRANADA.—Si con mediana atencion estudiamos el genio de nuestros antiguos novelistas, facilmente observaremos que al emprender asuntos de alguna gravedad, mas bien solian entregarse al vuelo de su lozana fantasía, que sujetarse á los rigores de la imitacion.

Esceptuando la *Celestina*, sus continuaciones y las obras del género picaresco, donde como en un cuadro de Teniers se ven retratadas al vivo las costumbres de aquella sociedad, lo demás, no solo se conciliaba con la historia, sino que chocaba abiertamente con ella, con la geografía, con los usos de los pueblos y de las épocas, y hasta cierto punto con las ideas comunmente recibidas por la generalidad de los hombres: tal habia sido la influencia de los libros caballerescos sobre el gusto de la muchedumbre. ¿Será que no se habia inventado el arte de mezclar artificiosamente la ficcion con la verdad, creando personajes imaginarios, que puestos en contacto ó en contraposicion con otros verdaderos animasen la historia con un color de que carecia, y dando una solucion natural y satisfac-

toria á hechos extraordinarios, cuyas desconocidas causas solo por medio de hipotesis se podian esplicar?

El arte era conocido, pero no habia tomado la forma de novela en prosa. Los romances, cuya antigüedad es notoria, aunque de los primitivos pocos fragmentos se han conservado, suplian esta falta con gran ventaja para un pueblo que, no sabiendo leer, encomendaba á la memoria las desfiguradas proezas de sus adalides, los galanteos de sus señores y los chismes del palacio y del campamento. Entre estos, merecen ser notados, por su caracter singular, los romances moriscos, especialmente los llamados fronterizos con que los castellanos celebraban sus correrias por los confines de las tierras sujetas á los árabes. Calmados despues por la accion del tiempo los odios de raza y de religion, hubieron los españoles de conocer la gran mina de poéticas bellezas que podian esplotar en las costumbres de aquel pueblo espléndido y entusiasta, cuyos monumentos tenian á la vista, y de cuya civilizacion recuerdos tan frescos se conservaban. La materia era fecunda é interesante; no faltaba ingenio ni imaginacion, y estos elementos reunidos debian dar algun resultado.

Un tal ANTONIO DE VILLEGAS, de cuya condicion y sucesos no tenemos mas noticia, dió á luz en Medina del Campo, año de 1565, un libro titulado *Iuventario de obras en metro castellano*, y entre ellas se leen algunas páginas en prosa de un valor muy subido, que contienen la *Historia del Abencerraje* y la *Hermosa Tarifa*. Remitimos á nuestros lectores á esta lindísima composicion, de que pudiera gloriarse la pluma mas aventajada.

La accion es sencilla, llena de interés y está maravillosamente desenvuelta. El asunto no es, al parecer, una mera ficcion, sino un hecho histórico, por lo menos, como tal nos lo presenta el erudito D. Antonio Conde, quien á manera de apéndice, con el título de *Anécdota curiosa*, la refiere en mas breves palabras al fin de su *Historia de la dominacion de los árabes en España*, y concluye diciendo que esta aventura fué muy celebrada de los buenos caballeros de Granada, y cantada en los versos de los mejores ingenios de entonces. Sobre una escena de la misma, y usando de casi idénticas expresiones,

se hizo un bello romance, que indudablemente es posterior á la novela, y tiene el número 6.° de los Abindarraez en la coleccion de D. Agustin Durán.

Un plan mas vasto se propuso GINÉS PEREZ DE HYTA, en la obra tantas veces reimpresa con el título de *Guerras Civiles de Granada*; pero el que lleva la edicion de la primera parte, hecha en Zaragoza en 1595 es: *Historia de los bandos de los Zegries y Abencerrajes; caballeros moros de Granada; las civiles guerras que hubo en la Vega entre moros y cristianos, hasta que el Rey don Fernando V la gano; agora nuevamente sacada de un libro arábigo, cuyo autor de vista fué un moro llamado Aben-Amin, natural de Granada, tratando desde su fundacion.* Ni esta procedencia arábiga es verdadera, ni el libro es una historia; es una pura novela fundada sobre un hecho real, pero estremadamente alterado en todas sus circunstancias.

GINÉS PEREZ DE HITA no alcanzó ni con mucho la época de la dominacion de los moros de Granada; pero vió muy recientes los restos de su poder, y sirvió en clase, al parecer, de simple soldado durante la guerra contra los moriscos del mismo reino, bajo las banderas del marqués de los Velez; y asi pudo estudiar las costumbres é ideas, aunque modificadas, por la opresion de los mas inmediatos descendientes de aquellos desventurados guerreros, recoger sus tradiciones y cobrarles aquel interés que en los pechos nobles escita la desgracia del propio enemigo.

A esta última guerra, precedida por el levantamiento de los moriscos, se refiere la segunda parte, que no se publicó hasta el año de 1619, en Barcelona; en ella, por consiguiente, hablaba el autor como testigo de vista.

Era GINÉS PÉREZ DE HITA vecino de Murcia, y no sabemos si natural de aquella ciudad, aunque mas probable es que lo fuese de la villa de la Mula, perteneciente al mismo reino, donde hizo nacer á Esperanza de Hita, esclava de la reina de Granada y á otros caballeros llamados *Perez de Hita*, que pelearon con los moros de Baza en el cerco de Cuéllar, segun refiere en la primera parte (1), y tanto en esta como en la se-

(1) Cap. 15 y cap. 17.

gunda, encarece siempre que á mano le tiene el extremado valor de aquellos naturales (1): jactancia no sólo disimulable, sino también honrosa, siempre que como en este caso se ajusta con la verdad.

Con la gente levantada en aquel territorio por el marqués de los Vélez debió de militar GINÉS PEREZ DE HITA, muy al principio del levantamiento formal de los moriscos, siendo testigo de las atrocidades que cometió contra aquellos infelices pueblos la desenfrenada soldadesca, especialmente el escuadrón de Lorca, al cual llama endiablado, condenando enérgicamente unos hechos que presenció sin tomar en ellos parte; antes bien se complace en pintar como con peligro de su vida salvó del degüello á veinte mujeres y recogió del seno de su asesinada madre un niño de pecho, en la horrible carnicería del pueblo de Félix (2). Poco más sabemos de sus propios hechos en aquella guerra, ni de sus posteriores sucesos; solo han inferido algunos que á más de las *Guerras Civiles*, y anteriormente á la segunda parte, había escrito otra obra, pues al fin de la historia de Tuzani nos dice que conoció á éste, *viniendo á Madrid á cobrar un privilegio para un libro suyo.*

Las dos partes de las *Guerras Civiles de Granada* deben considerarse como dos obras del todo distintas é independientes; pues tratan de personajes y sucesos separados entre sí por un espacio de más de setenta años. La primera parte puede llamarse una verdadera novela histórica; la segunda es más bien una historia anovelada. En aquélla campea libremente la imaginación, en ésta los sucesos se refieren á manera de crónica ataviada con las galas del lenguaje. Si queremos ver pintados con vivísimos colores los combates singulares, acudamos á la primera parte; pero si preferimos ver descritos con propiedad y movimiento encuentros, escaramuzas, asedios de

---

(1) Francisco de Melgarejo
De Mula salió alistado,
Fuerte villa del Marqués
Y la mejor del reinado.

(Parte 2.ª, cap. 4.º)

(2) Parte 2.ª, cap. VIII.

plazas y batallas entre dos ejércitos, en la segunda encontraremos pasajes admirables. Los romances que adornan la relación de las guerras civiles entre Zegríes y Abencerrajes son de lo mejor que en su género se conoce; pero los que se refieren á la lucha entre las tropas de Felipe II y los moriscos sublevados, no pasan de la medianía.

GINÉS PÉREZ DE HITA afecta en sus narraciones la puntualidad del historiador, autorizándolas con testimonios, muchas veces supuestos. De su primera parte dice que fué escrita en arábigo por un moro natural de Granada, llamado Aben-Hamin, quien después de la conquista pasó á Africa y residió en Tremecén; que un nieto suyo muy hábil, por nombre Argutarfa, recogió entre otros este libro y se lo prestó á un judío llamado Saba Santo; que éste por su contento lo tradujo en hebreo y presentó el original arábigo á D. Rodrigo Ponce de León, Conde de Bailén, á cuyo ruego lo vertió igualmente al castellano; y que por merced del mismo Conde lo hubo nuestro Ginés. Si esto fuese cierto, la historia sufriría en sus manos importantes alteraciones, pues no es de suponer en un moro granadino tanta predilección como la obra respira á favor de los cristianos.

La segunda parte, aunque escrita por un testigo de vista, y en general ajustada á los hechos, no debe mirarse como documento histórico sino en aquellas particularidades que callan los que de intento nos trasmitieron la relación de aquella sangrienta lucha. GINÉS PÉREZ DE HITA escribía como escribiría un soldado ingenioso las noticias que corren en el campamento, sin tener á la vista los datos oficiales, de que resulta el conjunto de las operaciones militares. Sin embargo, todavía sería consultado como autoridad, si D. Diego Hurtado de Mendoza y Luis de Mármol Carvajal no nos hubiesen dejado sendas historias de los mismos acontecimientos.

Una de las singularidades que más admiramos en GINÉS PÉREZ DE HITA, es que si se toma cualquier pasaje de su obra nos parecerá escrito modernamente por una diestra pluma, después que el lenguaje ha participado del progreso de los conocimientos en materias ideológicas. Parece que adivinó el modo con que habían de hablar los españoles más de dos

siglos después que él. Rara palabra de las que usa se ha anticuado, ningún resabio se advierte en él de la afectacion que era de moda en su tiempo; el giro de la frase es el mismo que han adoptado los más aventajados hablistas, desde que la prosa castellana se despojó de los falsos adornos que más la sobrecargaban, que la embellecían. Puro, terso, elegante, fluído, sonoro, nunca cansa al lector, quien al volver atrás para repetir un período, no busca desentrañar un sentido que no comprendió, sino que intenta renovar el placer que ha experimentado al ver tan fielmente trazadas tan magníficas descripciones. Bajo este respecto las *Guerras Civiles de Granada* son un modelo de los más perfectos para el estudio de la lengua y la formación del estilo.

FIN DE LA PRIMERA PARTE

GINÉS PÉREZ DE HITA

SEGUNDA PARTE

Advertencia preliminar

Al dar á la estampa el poema manuscrito, y hasta ahora inédito, de Ginés Pérez de Hita, intitulado «Libro de la Población y Hazañas de la M. N. y M. L. ciudad de Lorca,» cumplimos con un precepto impuesto por persona de autoridad indiscutible: «Tanto ese manuscrito que posee como el intitulado *Guerra de Troya*, que del mismo autor existe efectivamente en la Biblioteca Nacional de Madrid, dice el excelentísimo Sr. D. Marcelino Menéndez Pelayo, sabio Profesor de la Central, deben á mi entender publicarse con todo lo que se pudiera averiguar de la vida del insigne autor de las «Guerras Civiles,» padre de nuestra novela histórica.» El poema de la «Población y Hazañas,» etc., como lo intituló su autor, no merece ciertamente, en nuestro concepto, colocarse entre los buenos, ni aun figurar á la par de los de más mérito de nuestro excelente Parnaso. Escrito al parecer con pretensiones épicas, quédase á poco muy por debajo.

Cuanto el Sr. Martínez de la Rosa hizo observar en su apéndice sobre la poesía épica española al examinar el poema *La*

Araucana, y por lo que se refiere á los defectos, puede aplicarse á este de la «Población y Hazañas etc.,» sin que le favorezcan las excelençias que resaltan en el del famoso Ercilla. Desde la segunda parte de su poema, puede también Pérez de Hita decir con éste:

«Pisada en esta tierra no han pisado
Que no haya por mis piés sido medida,» etc.,

y por las mismas razones, modo de ser y existencia, idénticas á la del eximio escritor, adolece de iguales defectos de apasionamiento, abundancia de disertaciones, uniformidad y monotonía en el argumento, mal traida la batalla de Lepanto (1) que tampoco guarda conexión con el asunto de las grandezas y valor de los lorquinos.

Cuanto, pues, la crítica diga de *La Araucana*, respecto á su parte debil, podrá decirse, y mucho más, á propósito del manuscrito poema, y en cuanto á su forma, desaliño en la versificación y demás, nada hemos de decir al lector que no resalte á primera vista. Tal vez todo ello, volvemos á repetir, se haya derivado bien por las condiciones del entonces novel poeta, ó mejor quizá por la calidad del asunto elegido; pero sin embargo, tiene para nosotros el indisputable mérito de fijar por sí una de las etapas no conocidas en la oscura vida del escritor, ratificarnos en que asistió á las guerras contra los moriscos, como escudero (2) del Marqués de los Velez, D. Luis Fajardo, y finalmente, que el libro intitulado las *Guerras Civiles de Granada*, no fué el único trabajo y la obra única en que Ginés Pérez de Hita entretuvo su ingenio, según presumía discretamente y con el mayor instinto el Sr. Aribau.

Bajo este punto de vista, no deja de ser apreciable y tal

---

(1) Pérez de Hita, como Ercilla, en el canto XXX de su poema «La Población etc.» trata, como se verá, de la batalla naval de Lepanto, aunque con alguna mayor oportunidad por ocuparse de D. Juan de Austria, y del estado de España por entonces.

(2) Según la opinión autorizada del Sr. Cánovas y Cobeño, Pérez de Hita no sólo sirvió como soldado á las órdenes de D. Luis, sino que fué su escudero.

vez pertinente su publicación, que detuviera hacer el autor, convencido quizás de que este trabajo no le elevaría en alas de la fama, surgiendo entonces en su ánimo darle nueva forma; y encariñado con lo grato é interesante del asunto, produjo primero la primera parte de las *Guerras Civiles* y más tarde la segunda y última. Consideramos, por lo tanto, las dos obras de Ginés Pérez de Hita íntimamente relacionadas, y los eruditos encontrarán tal vez en la que ahora por primera vez se publica nuevos motivos con que decorar la memoria del insigne y peregrino ingenio hijo de Mula, coetáneo en nacimiento y vida del inmortal Cervantes.

Los poco versados en las excelencias de las letras podrán ver algo útil en esta publicación, porque ilustrada con reseñas geográficas é históricas de los sitios y pueblos en donde Pérez de Hita coloca los sucesos, sitios que personalmente hemos recorrido uno por uno, observándolos y estudiándolos; y lúcidos, por ende, los personajes bastante oscurecidos por el trascurso de los tiempos, se pondrán al corriente de muchos hechos históricos, conocerán los lugares donde se sucedieron, así como á personajes que fueron muy celebrados en otros días, que, si no desconocidos hoy por algunos, abrigamos la creencia de que están ignorados por la generalidad.

De todos modos, además del mandato del Sr. Menéndez Pelayo, discúlpanos, no sólo el buen deseo que nos anima, si que también el no pequeño trabajo que nos imponemos, en justa correspondencia del particular afecto que profesamos á Murcia, á cuyo antiguo reino pertenecieron los hombres y hazañas historiadas y cantadas por Pérez de Hita, teniendo por teatro los lugares enclavados en los dilatados estados de los Marqueses de los Vélez y llevadas á cabo por los soldados; amigos y gentes de casa y boca de los famosos Fajardos, siendo además en mí un deber el dar la mayor publicidad á las glorias de los más insignes hijos de la villa de Mula, por ser su hijo adoptivo y cronista.

Abrigamos la sospecha de que el manuscrito que vamos á dar á luz no es copia fiel y exactísima del primitivo, y antes creemos firmemente que, aunque plagado de errores por culpa del cajista, una hábil y entendida mano ha corregido, lus-

trado y aun remozado en aquél la vejez del que manejara el P. Morote, siendo muy sensible su desaparición, por lo que hay que contentarse con el que tenemos.

En cuanto al otro manuscrito de la *Guerra Troyana* que seguirá en publicación á éste de la *Población y Hazañas*, etc., que al empezar nuestros trabajos literarios y de pesquisición sobre el insigne literato hijo de Mula no conocíamos y que nos hizo sospechar su existencia nuestro ilustrado amigo, hijo también de aquella villa, D. Eulogio Saavedra, y la cita que en el *Solitario y su tiempo* hace el Exmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo á la *Guerra Troyana de Hita*, con el que por nuestra solicitud y ruego tropezó el Sr. Menéndez Pelayo, en la Biblioteca Nacional con la signatura Ee, 157, procuraremos con todas nuestras fuerzas que el escritor eximio, y sin disputa el primero en el conocimiento de la materia que le sirve de argumento, le desempolve, ilustre, etc., en pro de las letras y de los que amorosamente las cultivan.

Terminada la guerra de la rebelión de los moriscos de las Alpujarras en el año de 1572, Ginés Perez de Hita, que como soldado habia tomado parte en ella, escribió un libro que desde luego da que pensar si se propusiera imitar al que muy pocos años antes habia compuesto el inmortal D. Alonso de Ercilla y Zúñiga con el título *La Araucana* (1).

Parece confirmar esta opinion el haber nacido Ercilla el 7 de Agosto del año 1533, y haber tomado parte en sus años juveniles en la expedicion contra los bélicos araucanos, escribiendo de noche los sucesos que presenciaba durante el dia, como él mismo refiere en su poema; de consiguiente se nota

---

(1) Imprimió Ercilla la primera parte de su poema solamente, y es seguro antes que Pérez de Hita concibiera la idea de escribir su poema. Ercilla añadió después la segunda, dando ambas á luz en 1578, y habiendo, finalmente, escrito la tercera, publicó las tres en 1590. Por los nacimientos dichosos de Ercilla y de Cervantes es muy fácil seguir por etapas la edad de Pérez de Hita.

cierto punto de semejanza con lo que ocurria á Gines Perez de Hita en la guerra de la rebelion de los moriscos, y en el libro que con este motivo compuso, el cual, por mas que lo dividió en cantos, tuvo el buen sentido de no llamar poema á una rapsodia tan vulgar que no tiene condicion alguna de la epopeya, ni en su plan ni en su ejecucion, llamándole tan sólo *Libro de la población y hazañas de la M. N. y M. L. ciudad de Lorca*, «compuesto por Gines Perez de Hita, vecino de esta ciudad y natural de la de Murcia, año de 1572», fecha que prueba que fué posterior á la *Araucana* de Ercilla, y contemporáneo de la *Austriada* de Juan Rufo.

Pero sea de ello lo que quiera, es lo cierto que de este libro inédito, y únicamente citado en varias ocasiones por el P. Fray Pedro Morote en su *Antigüedad y blasones de la ciudad de Lorca é historia de Santa María Real de las Huertas*, felizmente poseo una copia del autógrafo manuscrito, original que existia en el archivo de la casa Ayuntamiento de la ciudad de Lorca, cuyo paradero ignoro y del cual la pasó mas ó menos delicada y fiel el Sor D. José Moreno Rocafull (1), con el objeto de regalársela al ilustrado jurisconsulto ex-diputado á Cortes y cultivador de las buenas letras, Sr. D. Ginés de Mena y Marquez, á cuya distinguida amistad debo el haber podido estudiarla (2).

Se compone el manuscrito del insigne Perez de Hita de doscientas cuarenta y una fojas y una ilustracion muy erudi-

---

(1) Hace años murió en Lorca.

(2) Nuestro querido amigo D. Andrés Baquero Almansa, excelente crítico y catedrático de Retórica y Poética en el Instituto de Murcia, tiene otra copia de este M.S., tomado con la mayor fidelidad y de su propia letra con no escaso trabajo de otro MS., de la propiedad del no menos docto comprofesor suyo, D. Francisco de Cánovas y Cobeño, el que á su vez le copió de uno del Sr. Blaso. El MS. del Sr. Baquero se diferencia del nuestro, en que las octavas están separadas unas de otras muy notablemente, y al principio de cada una llevan una como nota marginal, expresando en extracto el asunto ó contenido de ella. El MS. del Sr. D. José Moreno Rocafull, debe hoy poseerlo por herencia el Sr. Marqués de Arés del Bosch. Tal vez existan más copias, pero, á pesar de mis investigaciones, no he encontrado noticias de otras.

ta, que es á todas luces posterior al poema, siendo ella de por sí sola un muy notable documento para la historia de la ciudad de Lorca.

El autor divide el poema en dos partes: la primera abraza desde la fundacion de esta ciudad, hasta la toma de Granada por los reyes católicos, D. Fernando y doña Isabel; la componen diez y seis cantos, en trescientas ochenta y dos octavas ó sean tres mil cincuenta y seis versos de once sílabas, mas veintiocho en octosílabos, romance intercalado en el canto onceno. La segunda, que empieza en el décimo séptimo, abraza desde el levantamiento de los moriscos con la batalla que tuvo el Marqués de los Velez en Cartagena con los moros de Africa, hasta fenecida la guerra y levantamiento de aquellos; compónese de diez y seis cantos, cuatrocientas sesenta y tres octavas, en tres mil setecientos cuatro versos de once sílabas. Todo el poema consta de treinta y dos cantos, ochocientas cuarenta y cinco octavas y seis mil setecientos sesenta versos, aunque es necesario advertir que verdaderamente concluye en el canto veinte y nueve por ser los tres restantes reseñas de: «Las grandes alegrías que hizo Lorca por el feliz natalicio del Príncipe D. Fernando de Austria», agenas al asunto principal.

*
* *

El canto primero se compone de veinte y tres octavas reales en ciento ochenta y cuatro versos, ocupándose de la estraña fundación de la insigne ciudad de Lorca. Supone el poeta que después de la ruína de la famosa Troya, se hizo al mar el Príncipe Eneas con mas de veinte mil hombres que le siguieron; dan vista á Testa, hoy Cartagena, donde no le consienten la entrada; y siguiendo sus derroteros desembarcaron en Cope, donde consagran sacrificios á Venus para aplacar la cólera de Juno; empero como vieran venir diez aguilas reales volando, uno de los que acompañaban á Eneas, que era un Príncipe de linage de los Lucros, en cuya enseña llevaban desde antiguo un águila como blasón, resolvió este primate de origen real, quedarse con los suyos en aquel sitio por considerar las aves

LORCA. — Vista general de la población

de buen agüero, abandonando á Eneas y dejándole proseguir su marcha.

Este relato pretende estar en armonía con aquellos historiadores que aseguran que una vez destruida Troya el año 1181 antes de nuestra redención, se dió á la vela Eneas con una poderosa escuadra salvando los restos de la nobleza Troyana, poniendo las proas de sus naves á la parte occidental de Europa, y costeando el litoral de nuestra España, dejando pobladores para perpetuar su prosapia nobilísima.

Ginés Pérez de Hita atribuye la fundación de Lorca al Príncipe Lucro ó Leucro, por lo que á esta ciudad llamaron Lucra, y aunque varios autores den diversas etimologías á la antigua ciudad del Sol, como quiera que sus explicaciones ó conjeturas sean más ó menos ingeniosas y no estén fundadas en ninguna base sólida ni auténtica, sino más bien en el propósito de dar añejo abolengo á la ilustre ciudad, nos concretaremos, para nuestro fin, á ceñirnos exclusivamente á lo que dice nuestro poeta haciendo caso omiso de los P. Morote, Ortega y Guadix, y algunos otros, respecto á la etimología del apelativo Lorca; con tanta mayor razón cuanto que Ginés Pérez de Hita no fué copiado, en este punto, en el manuscrito que examinamos.

Aunque como hemos dicho tuvo el excelente sentido de no llamarle poema, se advierte que empieza como todas las composiciones de esta clase; la divide en cantos, emplea la octava real, que es la recomendada por los maestros para la forma épica, y en la primera octava dice:

«Canta, pues, Musa mia las hazañas
de Lorca la ciudad mas valerosa.»
. . . . . .

y tal principio denota que el poeta, aunque no lo dijo, intentaba escribir una epopeya, porque así empiezan todos los más notables del género.

«Arma, virumque Cano»

dijo Virgilio en su célebre epopeya, y Torcuato Tasso empezó su *Jerusaleme Liberata* en términos parecidos.

«L' arma pietose canto è il capitano
Q'ue il gran sepolcro liberó de Cristo, etc.»

y D. Alonso de Ercilla su *Araucana*,

«No las damas, no amor, no gentilezas
De caballeros canto enamorados»

De consiguiente, Ginés Pérez de Hita trató de escribir un poema, por mas que encubriera su pensamiento, dándole modestamente el título de *Libro de la poblacion y hazañas de la M. N. y M. L. Ciudad de Lorca.*

Son tantos y de tal importancia los defectos de versificación que en el manuscrito encontramos, que creemos firmemente que son debidos al copista, pues no podemos suponer que el autor incurriera en ellos. Anotaremos únicamente los que se refieren á la medida y estructura del verso, puesto que no puede desconocerlos el poeta más vulgar.

La primera octava del canto 1.º, dice:

«Canta, pues, musa mia, las hazañas
De Lorca, la Ciudad mas valerosa
Que hoy se halla en todas las Españas
Del arte militar muy mas famosa,
Canta las grandezas tan estrañas.....
.....»

Aquí hay una equivocación del copista porque á este verso le falta una sílaba. Creemos que el original diría:

«Canta tu las grandezas tan estrañas»

cuyo ripio no es de admirar, porque toda la octava está llena de ellos. Su tercer verso es incompleto si la h la consideramos como consonante, pronunciándola con su valor correspondiente, según era costumbre de la época en que escribió Pérez de Hita. Así vemos que Fr. Luis de León, en su célebre oda *La profecía del Tajo*, dice:

«Folgaba el rey Rodrigo
Con la hermosa Cava en la ribera» etc.

Según nuestra actual pronunciación, para que este verso sea completo es preciso decir:

«Con la fermosa Cava en la ribera».

De la misma manera, para que al de Pérez de Hita no le fal-

ten dos sílabas, es indispensable forzar la *h*, aunque sea suavemente, y decir:

«Que *j*oy se *j*alla en todas las Españas»

El último verso de la tercera octava dice:

«Era, sí, de los de Lucros tan nombrado»

Aquí puede asegurarse que hay una falta del copista, pues con suprimir la sílaba *si*, que después de todo no es más que un ripio, y de mal género, resulta un verso endecasílabo completo.

Empieza la séptima octava diciendo:

«Y visto por los Lucros el Troyano
Muro ardiendo por cualquiera parte....
.....

El poeta sin duda escribió *h*ardiendo, defecto de ortografía que no extraño donde tantos abundan; sólo así se completa el verso, pronunciando la *h* como ya se ha dicho.

El quinto de la misma octava, dice:

«Azul rojo és, muy soberano»

Con añadir una *y* entre «azul rojo» se completa el verso.

Al cuarto de la novena octava

«Los hiba siempre señalando»

le faltan dos sílabas, y no es posible que Pérez de Hita lo escribiera así. Yo creo que debió decir lo siguiente, ó cosa parecida:

«Las iba siempre adverso señalando»

El séptimo verso de la octava catorce dice:

«Y visto el pronóstico dichoso»

En realidad á este verso le falta una sílaba; pero considero que no es error del copista, porque advierto en todo el poema que Pérez de Hita no une siempre la vocal final de una palabra con la vocal inicial de la siguiente, licencia permitida en aquella época: este verso estaría menos mal, ó á lo menos estaría ajustado á la medida si dijera:

«Y visto aquel pronóstico dichoso»

En el séptimo verso de la octava diez y seis

«Ensanchandose en contorno veinte millas»

creo que se equivocó el copista y que el poeta dijo:

«Ensanchandose en torno veinte millas.»

Después de estas observaciones, que el lector estimará según su gusto y criterio, ponemos á continuación, *sin modificación alguna ni alteración, antes bien fielmente copiado y tal cual está nuestro MS.* este primer canto, para que hábiles y delicados críticos se tomen la tarea de perfeccionarle y restaurarle, completando así nuestro trabajo (1).

CANTO PRIMERO

EXTRAÑA FUNDACIÓN DE LA CIUDAD DE LORCA Y QUIÉN LA FUNDÓ

Canta, pues, musa mia, las hazañas
de Lorca, la Ciudad mas valerosa,
que hoy se haya en todas las Españas,
del arte militar muy mas famosa,
canta las grandezas tan estrañas
de su furiosa gente velicosa
y del estirpe antiguo dó ha venido
que estaba supultada en el olvido
Canta, si, de aquel sacro fundamento,
qué fué por ministerio milagroso,
del estupendo, canta, y buen asiento
de aquel Pueblo de Marte velicoso,
Canta pues del profundo y buen cimiento,
que hizo aquel Jano poderoso,
que fué entre los mortales Dios llamado,
y por tal en el mundo celebrado
(1) En Troya había un linage esclarecido
En armas y virtudes muy famoso

(1) Lo mismo haremos con los cantos siguientes, con lo cual quedará publicado todo el poema.

él hera en todas partes tan temido,
que el mundo ya les hera alli embidioso:
en todas cosas hera tan subido
que lo tienen por caso milagroso:
el nombre del linage, que he contado
era, si, de los de Lucros tan nombrado.
El hera el principal, y la cabeza
de los Lucros uno hera señalado
en armas y valor y gran proeza,
y en otras cosas mucho aventajado,
aunque en este el linage no se empieza
por su grande valor fué tan amado
y de los Lucros mismos tan querido,
que Jano se le dió por apellido.
Y asi en los reencuentros peligrosos
que hubieron entre Griegos y Romanos
los Lucros se mostraron valerosos
llevando la honra y Prés, siempre en sus manos;
y ansi salieron siempre victoriosos
gozando mil despojos soberanos
que Hector, ni Troylo no alcazaron
las glorias que los lucros se llevaron.
(2) Despues del duro hado y mal destino
de la opulenta Troya consagrada
la trajo á tal estado y tal confino
que fué por los cimientos asolada:
un caso fué este al mundo peregrino,
y en ver tan gran Ciudad asi abrasada
y el sacro Ylion enriquecido
en brasas y zenizas convertido.
Y visto por los Lucros el troyano
muro ardiendo por cualquiera parte
notando bien el caso tan insano
de la batalla sacan su estandarte
azul rojo és muy soberano
y un Águila real en cada parte,
tomando de la mar luego el camino
por que para salvarse asi convino.
Llegados á la mar á Eneas hallaron
con mas de veinte mil que le han seguido,
que del furioso incendio se escaparon,

y quieren hir debajo su partido:
los Lucros juntamente alli acordaron
que Eneas por mayor fuese elegido,
con este acuerdo todos se embarcaron
en una muy gran flota que alli hallaron.
(3) Cinco años navegaron de contino
por inmensos trabajos travesando
y á dó su duro hado y su destino
los hiba siempre señalando.
A Italia enderezaron su camino
el sitio de la cual van deseando
mas duro siempre el ado riguroso.
tan presto no les dió tan buen reposo.
(4) Mil tierras y mil mares navegaron
buscando aquella tierra tan dichosa,
el mar mediterraneo atravesaron
llegando á una ciudad muy populosa,
Testa que se decia les contaron
aquella gran Ciudad tan valerosa:
ganola Escipion con mucha pena
despues, y la llamaron Cartagena.
Aqui se llegó Eneas con su armada
mas no los consintieron los de Testa,
pasó Enéas á bajo de colada,
y al pié del sacro Cope se recuesta:
Cope es una sierra bien nombrada
la mar en torno siempre le reguesta:
en este inmenso monte celebrado
Eneas con su armada se ha ospedado.
(5) Salto el bando troyano en tierra luego
por verla en todo fertil y abundosa,
haciendo sacrificio en vivo fuego
á Venus consagrandolo piadosa,
hacian libaciones con gran ruego,
por aplacar á Juno rigurosa,
que ella los llevava de tal suerte
trayendolos á punto de la muerte.
(6) Estando en estos santos sacrificios,
diez Águilas venir vieron volando:
pasaron al momento los oficios,
el soberano agüero contemplando;

del pronostico miran los indicios,
conocen ser dichosos de su bando:
Las Aguilas muy cerca se ausentaron
los Lucros mas que todos las miraron.
(7) Los Lucros conocieron prestamente
que el Águila real es de su parte,
que á ellos les venia antiguamente
por seña principal en su estandarte,
por que ellos abajaban realmente,
de sangre muy real de toda parte,
y visto el pronostico dichoso
tomaron aquel sitio por reposo.
De Eneas fueron luego á despedirse,
diciendole que alli quieren quedarse;
Eneas determina de partirse
por el profundo mar á aventurarse,
las lágrimas no pueden discernirse
al tiempo del divorcio y apartarse:
al fin se despidieron los troyanos
de aquellos nobles Lucros soberanos.
(8) Los Lucros se quedaron muy contentos,
descansan de los males ya pasados;
luego edificaron fundamentos,
que duran hoy dia y son nombrados,
nunca pues le faltaron bastimentos,
que siempre los tubieron muy sobrados,
ensanchandose en contorno veinte millas
haciendo en edificios maravillas.
(9) Hallaron una vega muy hermosa,
que en verla solamente da contento,
y en verla fertil toda y abundosa,
acuerdan de poblarla en un momento:
al cabo de una sierra muy fragosa
hallaron un muy fuerte y buen asiento
y ansi una Ciudad fué alli fundada,
y Lucra por los Lucros fué llamada.
(10) Hacia el fertil Oriente la sitiaron
á ojo de la vega y la Marina,
de cuatro muros fuertes la cercaron
viendola ser frontera muy vecina
luego con los de Testa confirmaron

una amistad muy dulce y peregrina;
espantanse de ver la ciudad nueva,
viendose la grandeza que en si lleva.
En poco tiempo fué muy opulenta
mostrandose contino valerosa
en batallas, peligros ó en afrenta
Lucra se le llamaba victoriosa:
encima de ella un castro se aposenta
haciendola ver fuerte en toda cosa.
Los hombres que alli nacen son nombrados
tenidos por valientes y esforzados.
El clima y el estrella es la de Marte,
y esto les hace ser muy velicosos:
se aventajaron siempre en su estandarte
con animos valientes y furiosos,
fuerzas en pelear con maña y arte;
y asi por todas partes son famosos,
de antiguo les quedó esta disciplina,
del arte militar, ¿cosa divina?
Muchos tiempos pasaron los Troyanos,
despues de haber fundado aquella tierra:
con corazones altos soberanos,
teniendo á veces paz, á vezes Guerra:
despues sobrevinieron los paganos
con Secta Mahometica muy perra,
á tiempo que la España fué perdida
por crueles paganos destruida.
(11) Lucra en este trance fué ganada,
y siendo por los moros poseida,
mucho tiempo fué si, señoreada,
de gente tan perversa y abatida.
De Lucra en Lorca fue luego mudada,
de su nombre primero corrompida,
y Lorca fué desde aqui su apellido
habiendole el bocablo corrompido.
Este nombre de Lorca ya se estiende
por todo el mundo suena ya su fama
cualquiera ya este nombre comprehende,
cualquiera sabe ya como se llama,
cualquiera su balor muy bien lo entiende
pues ya por todo el mundo se derrama.

Despues de su valor diremos tanto
como leér podreis en otro canto.

Ilustraciones de las notas de este primer canto

(1) Estrabon y Solino Antores.
(2) Destrucción de Troya.
(3) Viaje de los Lucros.
(4) Tito Livio, autor.
(5) Sacrificio de los Lucros.
(6) Agüero notado por los Lucros.
(7) Asiento de los Lucros en las Aguilas, que fué el lugar donde las águilas que venían volando se pararon, y allí fundaron.
(8) Ampliación hecha por los Lucros.
(9) Fundación de Lorca hecha por Jano.
(10) Testa que ahora se nombra Cartagena.
(11) Ganaron los paganos á Lucra, que ahora se llama Lorca.

CANTO II

En este segundo canto, que consta de trece octavas reales, ó sea de ciento cuatro versos de once sílabas, refiere el poeta cómo ganó San Fernando á Lorca, y es de extrañar error histórico tan craso en quien, como Pérez de Hita, revela en distintas ocasiones su erudición en la materia, puesto que el Rey Fernando III, apellidado el *Santo*, ni estuvo, ni sitió, ni ganó á esta ciudad, que fué conquistada por su hijo Don Alonso, siendo aún Príncipe, en 23 de Noviembre de 1242, en esta forma:

Después que el rey moro de Murcia, Aben-Hudiel, hizo entrega de su reino al Príncipe heredero del trono de S. Fernando, á quien la historia justamente llama el *Sabio*, éste, á nombre de su augusto rey y padre, exigió obediencia y vasallaje á los gobernadores y alcaides del reino, que le fueron prestados, exceptuando los de Lorca, Cartagena y Mula, que se negaron rotundamente, por tener fraguada una conspiración con el rey moro de Granada para proclamar rey de Murcia al Wali de Lorca, por ser este punto muy á propósito, como fronterizo

y primer baluarte, para la tranquilidad y aun engrandecimiento del brillante reino fundado por los Alhamares.

En vista de tal negativa y estando Don Alfonso disponiendo sus tercios para la conquista de Lorca, recibió con mensageros de su padre el aviso de que esperase refuerzos que de la imperial Toledo le enviaba, para hacer frente al rey moro de Granada, que había dispuesto una excursion por el reino de Murcia aprovechando los descontentos que la entrega de Aben-Hudiel, y la conducta de este rey en odio al granadino, produjera en los sectarios del Profeta.

Con los refuerzos llegados apresta el Príncipe grueso y aguerrido ejército, con el que alcanzando al de los granadinos, una vez en el Chirivel, y la otra en las Vertientes, los derrota, destrozándolos completamente.

Precedido de estas victorias cae Don Alonso sobre Lorca é intima la rendicion á su Wali Azir-ben-Abdelmelic. No fué otra la contestación de este Alcaide que la prestacion á la defensa; por lo que el Príncipe, acampando sus tropas en el sitio que aún se llama de los *Reales*, dispuso el asalto.

Para ello la noche de la víspera del día de S. Clemente, 22 de Noviembre de 1242, celebrando el Príncipe consejo con sus capitanes Sancho Mazuelo, Fernan Ruiz de Manzanedo, Domingo Murviedro, Pedro Yañez, gran maestro de la orden de Alcántara, Martin Martinez, de la de caballeros templarios, Don Diego Lopez de Haro, Señor de Vizcaya y alferez del rey, Don Pelayo Perez Correa, gran maestre de Santiago, Don Alonso Tellez Giron, gobernador de Córdoba, Don Pedro Nuñez de Guzman, Don Alvar Gil y Don Lope Lopez, acuerdan que al amanecer del día siguiente 23, y aprovechando el silencio de la noche, apoderándose de ventajosas posiciones, asalten el castillo y ciudadela: y en efecto no bien rayó el lucero vespertino y dominando aún los crepúsculos que despiden la noche para dar comienzo al día, cuando aquellos guerreros cristianos, confesados y comulgados por Don Gonzalo Ibañez Palomeque, Obispo de Cuenca, en el pabellón levantado al efecto en honor y veneración de la Santísima Virgen María, bajo la advocacion de nuestra Señora de las *Huertas*, que el insigne Infante llevaba consigo en su altar de cam-

UNIV. OF
CALIFORNIA

Histórica Imagen de N. SRA. LA REAL DE LAS HUERTAS

Se venera en su Convento extramuros de la Ciudad de Lorca

UNIV. OF
CALIFORNIA

paña, é implorando su auxilio y el del glorioso Papa y Mártir S. Clemente, se pusieron en movimiento, y una piadosa tradición nos dice que desde este mismo instante densa niebla cubrió el ejército cristiano, el que velado por ella y silencioso pudo llegar hasta el primer recinto, muy oportunamente los tercios del capitán Murviedro, que atacando el fuerte por la parte de poniente, entretuvieron por ella la atención de los moros, simulando un ataque con gran estruendo de sonería de clarines y trompetas, en el ínterin que Sancho Mazuelo, á quien por la expugnación de Mula, Lorca y Cartagena se le decoró con el señorío de la Villa de Alcaudete, cerca de Villena, atacó con los suyos con fuerza irresistible la puerta de la *Azacaya*, que estaba junto á la torre de la Belica y haciéndola pedazos entraron á degüello dentro de la ciudadela, corriendo la sangre por la calle llamada de los Pozos, según las crónicas, como el agua por el río; y el Príncipe con el resto de la tropa atacó por la puerta llamada del *Pescado*, que fué donde los agarenos opusieron más resistencia haciendo en ellos horrible carnicería hasta el punto de que la calle de *Gomeles* quedara cubierta de cadáveres.

Murviedro ó Mouviedro (que de las dos maneras le llaman los historiadores), que con su gente había escalado el muro, entrando en el combate «cual rugiente león,» decidió la victoria por el Príncipe Alfonso, dejando desde aquel día su nombre á la posteridad en el monte que aún hoy se llama Mumviedro ó Monsbiedro. El Alférez del rey, D. Diego López de Haro, enarboló el pendón real en la almena más alta del castillo, obligando á Abdelmedic á hacer la entrega de las llaves de la ciudad y fortaleza, lo que verificó arrodillado á los piés del Príncipe.

Empero volvamos á nuestro propósito, es decir, al poema de Pérez de Hita.

En el canto segundo se encuentran los mismos descuidos observados anteriormente, debidos los unos al poeta y, tal vez, los más al copista.

La tercera octava empieza:

«El Rey D. Enrique el que primero
fué de aqueste nombre intitulado»

y para que el primer verso sea completo, es preciso dividir el diptongo en la palabra Rey, lo cual era muy frecuente en los poetas de la época en que escribió nuestro autor.

Lo mismo sucede con otros versos de la misma octava, y se nos antoja que en ellos no hay error en el copista, sino que la falta de medida que se observa, se debe indudablemente á la división de la vocal con que termina una palabra y la inicial de otra. El verso último de la quinta octava:

«A Lorca fué luego que le es agena»

tiene once sílabas, y sin embargo no hace verso endecasílabo, porque los acentos no están oportunamente colocados. Esto no pudo desconocerlo el poeta siendo error de la copia, porque con sólo decir:

«A Lorca luego fué que le es agena»

resultaría un verso ajustado á las reglas métricas.

Al quinto de la sexta:

«Vender quieren los moros la vida»

le falta una sílaba, siendo necesario suponer, que el defecto fué del copista, pudiendo suplir tal falta de esta manera ó parecida:

«Quiere el moro vender cara su vida»

En la octava octava y cuarto verso de la misma, se lee:

«que tiembla toda aquella coraza y peto»

en el que resulta una sílaba demás, por lo que nos parece poder sustituirle diciendo:

«Y tiembla la coraza y recio peto»

Entre los muchos descuidos que notamos en la versificación, se encuentran también versos muy galanos, como el último de la novena octava:

«De polvo y sangre y de sudor teñidos»

que verdaderamente es armonioso.

«Despacharon mensageros brevemente»

es como empieza la octava once, y á nuestro juicio el poeta debió escribirla:

«Despachan mensageros brevemente»

ó

«Despacharon mensages brevemente»

que de una ó de otra manera resulta perfeccionado.

Y dejando, pues, al lector que discurra cual mejor cumpla á sus aficiones, publiquemos ya el original manuscrito, tal cual está, y repetimos que sin modificación alguna, como en el canto anterior.

CANTO SEGUNDO

EL REY D. FERNANDO EL SANTO GANÓ Á LORCA

Canta ya musa mia, dulcemente,
de aquel Rey D. Fernando valeroso
que santo lo llamó toda la gente
por ser muy recto Rey y muy piadoso:
Canta de su valor tan escelente,
que siendo Rey mostró maravilloso,
y como ganó á Lorca ¡cosa estraña!
á Córdova, Sevilla y media España
(1) Por mucho tiempo estubo Lorca asida
y del morisco bando sugetada
de gente sarracena poseida
de todo su valor muy olvidada.
España estubo ansi larga partida,
despues que por los moros fué ganada;
Perdiola el Rey Rodrigo desdichado,
postrero de los Godos tan nombrado.
El Rey D. Enrique, el que primero
fué de aqueste nombre intitulado
tubo un hijo el cual fué heredero
de prez y de valor muy encumbrado,

y fué un esforzado caballero
en casos de las armas denodado
y por su gran valor mereció tanto,
que el burgo le llamó despues el Santo.
(2) Este pues D. Fernando asi llamado
de aqueste nombre fué el Rey tercero,
el cual ya poseyendo su Reynado
fué entre los Reyes todos un lucero:
á España por su mano ha livertado
poniendola en camino verdadero
á el gremio de la Fé la fué arrimando
aqueste valeroso D. Fernando.
(3) Despues de haber ganado mucha tierra,
llego al reyno de Murcia valeroso,
y á le ganó con mucha guerra
mostrandosele siempre muy furioso.
El Santo D. Fernando aquí no cierra
antes si la preto como animoso
presto ganó á Murcia y Cartagena
á Lorca fué luego que le és agena.
Luego que Lorca supo la venida
del Santo D. Fernando gran guerrero,
estubo toda siempre apercibida
con el valor que muestra de primero,
Vender quieren los moros la vida
y á Lorca defender con rostro fiero
Sitiola D. Fernando prestamente
con poderoso compo muy valiente.
(4) Empiezan los reencuentros muy reñidos
y Lorca se mostrava valerosa
de una y otra parte habia heridos:
la guerra se mostraba sanguinosa.
Hubo casos en ella muy subidos
de gente de valor muy animosa,
muchos dias pasaron de esta suerte
dó algunos recibieron cruda muerte.
Pusole el Santo Rey estrecho tanto
á Lorca valerosa y tal aprieto
que á todos los de dentro causó espanto
que tiembla toda aquella coraza y peto:
Siente pues cualquier moro gran quebranto,

notando el valor alto y muy perfecto
del gran Rey D. Fernando poderoso;
y ansi cualquiera moro está medroso.
(5) En esto los combates no cesaban
que siempre resonaba crudo asalto;
por la noche y dia peleaban
mostrando cada cual su gran esmalto:
petos y yelmos mallas destrozaban,
tirando por lo bajo y por lo alto
y ansi son las batallas muy reñidas
de polvo y sangre y de sudor teñidas.
(6) El agua les quitó el Rey por la sierra,
quitoles las moliendas por sus manos;
algo se aplacó el fuego de la Guerra,
quedando muy confusos los paganos
En ver que falta el agua ya en la tierra
y sintiendo negocios tan insanos
acuerdan darse al Rey viendo su suerte
y no quieren morir tan mala muerte.
(7) Despacharon mensajeros vrevemente
al Santo D. Fernando poderoso,
que las llaves reciba blandamente,
de aquel Pueblo de Marte velicoso.
El Rey las recibió alegremente
viendose ya de Lorca victorioso.
Las llaves con la villa ha recibido
tomando allí los moros á partido.
(8) Hace el moro en sus manos homenage,
que estarán todos siempre á su mandado
y le rendiran siempre vasayage
pagando su tributo con cuidado.
Recibe el Santo Rey aqueeste esaje
con animo clemente y apiadado.
Así lo recibió bajo su mando
cristiano, haciendo ser al moro bando.
Despues del homenaje recibido,
que al Santo Rey hicieron los paganos
alcayde puso luego con partido
en la fuerza de Lorca con Cristianos;
con esto el Santo Rey se ha despedido
dejando los negocios ya muy llanos,

dejemos esto ahora aqui: entretanto
diremos lo que resta en otro canto

Ilustraciones de este segundo canto

(1) Rodrigo último Godo perdió á España.
(2) D. Fernando el Santo valeroso Rey.
(3) Gana el Rey San Fernando á Murcia y Cartagena.
(4) Cerco de Lorca.
(5) Combate.
(6) Diligencia hecha por el Rey contra Lorca.
(7) El Rey D. Fernando el Santo gana á Lorca.
(8) Homenaje hecho al Rey.

CANTO III

Se compone de treinta y ocho octavas reales, proponiéndose el autor describir el levantamiento de Murcia y su reino, lo cual es opuesto á la verdad histórica, porque jamás viviendo el santo conquistador de Sevilla se rebelaron los moros; ocurriéndosenos que tal vez Pérez de Hita confundió el levantamiento y rebelión, no sólo de los moros de Murcia, sino que también el de los moros de Valencia, Sevilla, etc., ayudados por el rey de Granada, Mahomed Abenalhamar, en 1262, y siendo ya rey de Castilla D. Alonso, que estuvo á punto de perder cuanto su padre había adelantado en la reconquista, y tal vez así hubiera sucedido si su suegro D. Jaime el Conquistador, una vez subyugados los moros por él y sus terribles almogávares, no hubiera correspondido bien con su yerno reponiéndole en el señorío de los ya apaciguados dominios.

D. Jaime sí que estuvo en Lorca, la que, repoblada años antes por D. Alonso, se conservó leal al castellano en medio de aquellas revueltas, á semejanza de Mula y Cartagena. Por lo demás, hay gran exactitud y verdad en la única toma de Lorca, descrita por Pérez de Hita.

La primera octava y quinto verso de este canto, está escrita por el poeta

«Córdova recibe, pues, grande espanto,»

y nosotros creemos que debió decir:

«Córdova, pues, recibe grande espanto;»

con lo cual, con las mismas palabras y solamente variando la colocación de los acentos, resulta verso perfecto, por lo que consideramos que es un error del copista. En el octavo de la misma octava

«Toda alrededor sin faltar nada,»

notamos la falta de una sílaba, pudiendo completarla de este modo:

«Y toda alrededor sin faltar nada.»

El sexto verso de la tercera octava dice:

«Blasona cada cual de ser esforzado;»

siendo mejor dijese, suprimiendo la sílaba que sobra,

«Blasona cada cual ser esforzado.»

En la cuarta octava, el sexto verso está escrito:

«Que es lo que hará y se ha acordado;»

siendo más natural escribir:

«Que es lo que se ha de hacer y se ha acordado,»

ó cosa parecida, con el objeto de aumentar las sílabas que le faltan.

No deja de ser donosa la hipérbole que usa en el pareado de la sexta octava:

«Trae en su compaña segun fundo
La flor de caballeros y del mundo.»

Seguramente debe de ser error de copia el apelativo *patentes* que en el segundo verso de la octava octava aplica á los cristianos, debiendo tal vez haber escrito el poeta, *potentes*.

La décima octava empieza:

«La maza, porra y el buen dardo;»

no pudiendo comprender cómo Pérez de Hita hiciese un verso tan falto de medida y llamando por ende *bueno al dardo*, por lo que creemos mucho más acertado decir:

«La maza, porra y el ligero dardo.»

En la doce tropezamos con el tercer verso, en donde parece que el poeta no encontró el consonante adecuado, dejándole en blanco, pues así resulta en nuestro manuscrito, y como se trata de una palabra entera no nos atrevemos á llenar el claro, dejando al lector en discreción de hacerlo.

No sucede lo mismo en el pareado

«Cercola por Mombiedro un agromonte
por dalle la batalla *frente* á *frente*»

puesto que indudablemente dijo nuestro poeta

«por dalle la batalla *fronte* á *fronte*.»

El séptimo verso de la trece dice,

«Que es á dó la banda del rio»

y pudiera resultar hubiera escrito como es probable,

«Que es á dó la banda dá el rio.»

El último de la octava quince no resultaría corto, si en vez de como está escrito estuviera en el original del manuscrito de donde se ha sacado, que tenemos á la vista, en esta ó en otra forma:

«Mas se engañaron ellas sobre modo.»

También el último verso de la siguiente octava, dice:

«ya toda la *Villa* habia tomado»

y como en ella se trata del ataque sobre la *Velilla* ó *Belilla* y como al verso le falta una sola sílaba tal cual está en el manuscrito, creemos que en lugar de Villa se escribió Velilla, con lo cual resulta el verso diciendo:

«Ya toda la Velilla habia tomado.»

Ya empieza el poeta en la octava diez y siete con sus héroes predilectos, los Fajardos, haciendo alabanzas de Pedro y vencedor del postigo de la Velilla, que debiera ser importante posición militar, puesto que en versos anteriores el rey Don Alonso se considera como dueño de todo el fuerte, una vez tomado este postigo.

Sigue ponderando el esfuerzo, valor y bizarría de Fajardo, haciéndole descender de los Artures y Lanzarotes, hasta el extremo de colocarle sobre todos los demás caballeros, con hipérboles semejantes:

«Aunque trujo allí grandes señores,
mejor que este Fajardo no ha venido
porque este solo fué de los mejores.»

El quinto verso

«Hizo en efecto *el gran rey* un caso estraño,»

con sólo suprimir de él la palabra *gran*, resultaría perfecto.

En el tercero de la veinte y una se expresa así:

«Todos allí eran comendadores»

y con sólo variar la colocación de las palabras diciendo,

«Todos eran allí comendadores,»

resultaría cadencioso.

En el último de la veinte y dos, encontramos:

«Que de sangre morisca hacen lago»

y aquí el copista seguramente suprimió la sílaba *un* antepuesta á lago.

El pareado de la veinte y tres repite la palabra *presteza*, y en nuestro concepto es un error del manuscrito, porque diciendo:

«Y ansí el bravo Mombiedro con fiereza
subió por la muralla con presteza,»

queda así evitada la repetición.

El verso séptimo de la octava veinte y siete dice,

«Mas todos determinaron defenderse»

y como le sobra una sílaba pudiera enmendarse de esta suerte,

«Todos determinaron defenderse,»

ó de esta otra,

«Mas todos determinan defenderse.»

En el segundo verso de la octava treinta creemos que deba suprimirse la palabra rey, ó el Don para que no resulte largo.

En la octava treinta y tres describe las armas que por blasón dió Don Alfonso á Lorca y que son las mismas que aún conserva; aunque las que le diera siendo Príncipe fueran su escudo en blanco, en que le puso un campo dilatado en que poder coronarse de muchos laureles, y concluyendo cuando Rey de cubrir el blanco del escudo con un castillo, asomándose por sus almenas un rey coronado, con manto, collar del Toisón de Oro, y en la mano derecha una espada y en la izquierda una llave y una espada con la punta hacia arriba, á la derecha de la torre y á la izquierda de ésta una llave con las guardas también hacia arriba, orlado el escudo con:

«*Lorca solum gratum,*
Castrum super astra locatum,
Ensis mina pravis,
Regni tutissima clavis.»

cuya interpretación heráldica y esclarecimiento del enigma ha servido de ocioso entretenimiento á los cronistas, y más especialmente al P. Morote, habiéndolas interpretado perfectísimamente, en mi concepto, el vulgo, con lo de:

«Lorca de suelo agradable,
de Castillos encumbrados,
espada contra malvados,
del reino segura llave.»

En las octavas siguientes hace notar la importancia extratégica de esta ciudad, por lo que el Príncipe la llamó Alfonsina; fundando entre otras muchas la Iglesia de S. Clemente, en conmemoración del día en que fué ganada para la corona de Castilla.

Á la octava treinta y seis le falta un verso entero, que es el octavo, dejando cojo el pareado, pudiendo el lector suplirlo de este modo:

«donde fuere más recia la batalla»

Finaliza el canto con el verso

«Diré en ese otro canto cosa mas bella»

resultando demás el *mas* antepuesto á bella.

En este canto repetiremos lo que venimos señalando, que si es cierto se advierte en el manuscrito notable incorrección, ya de copia ó bien del poeta, es indudable que, en medio de tales descuidos, destaca la valentía y fuego, como cuando, por elemplo, describe la toma de la Velilla, bravura de los capitanes del real de Don Alfonso, singularmente de Mombiedro (1) y de Fajardo, dando á conocer que nuestro Pérez de Hita no carecía de cualidades para poder cultivar la épica, por más que por sus circunstancias ó por motivos que no he podido averiguar, no las empleara como fuera de desear.

Muchos son los que hacen ó tienen á Camoens como inferior *á Ercilla* y en mi concepto, siguiendo la opinión de maestros y críticos muy juiciosos, el autor de la *Araucana* debió ser nuestro Homero, si se hubiera propuesto ceñirse al poema épico y no al histórico, como lo hizo, y en el cual trató seguramente de imitarle, con menos aliento y fortuna, Pérez de Hita, en el poema de que venimos ocupándonos. Es singularísimo lo que sucede á nuestros escritores: los más, si no todos, son repentistas; é imposible parece, y especialmente á los extranjeros, que el primer libro que tenemos (el Quijote), se haya escrito como una carta vulgar, hasta el extremo de no volver página de la obra sin encontrar alguna contradicción en la que la sigue.

De lo que venimos expresando se convencerá fácilmente el lector, puesto que á continuación de nuestras observaciones seguiremos publicando íntegros los cantos, sin permitirnos hacer en ellos corrección alguna, y dándolos á la estampa tal cual están en el manuscrito.

---

(1) También le encuentro escrito Murviedro.

CANTO TERCERO

SE LEVANTA MURCIA Y TODO EL REYNO CONTRA EL REY DON FERNANDO

(1) Despues de ser partido el buen Rey Santo
camino fué de Cordova derecho
y piensa el Santo Rey batirla tanto
que luego ha de ganarla muy de hecho
Cordova recibe pues grande espanto
y tiembla el corazon en cualquier pecho
sin demora fué al punto bien sitiada
toda al rededor sin faltar nada

(2) Los moriscos de Lorca como vieron
que el Rey D. Fernando ya se és hido
que estaba sobre Cordova sintieron
en darle cruda guerra muy metido
Luego pues levantarse pretendieron
quebrando el omenaje prometido
mataron al Alcaide con sus manos,
muriendo en cruel martirio los cristianos
Rechacen el castillo y la muralla:
refuerzan lo mas flaco y mal parado:
se proveen de agua y vitualla
para tenerlo todo aderezado:
reparanse de peto y fina malla:
blasona cada cual de ser esforzado,
Así se repararon bien los moros
gastando en el reparto sus tesoros.

(3) El Reyno se levanta juntamente,
viendo que Lorca ya se ha levantado
el Santo Rey lo supo vrebemente:
pesole de ello mucho en sumo grado:
consulta con los grandes y en su mente
que és lo que hará y se acordadó
que el Principe su hijo baya luego,
y meta á todo el reyno á sangre y fuego.

(4) Luego que D. Alonso fué jurado
por Príncipe y Señor de las Españas

y toma sobre sí todo el cuidado,
mostrando su valor, esfuerzo y maña
con el Reyno de Murcia se ha enojado
pensando en el hazer dos mil hazañas
trae en su compañia segun fundo
la flor de caballeros, y del mundo.
(5) Ganose todo el reyno vrebemente
y sobre Lorca ba muy enojado
su padre le encargó espresamente,
que en Lorca no quedase hombre animado
sinó és que todos mueran crudamente;
que no sea á merced nadie tomado.
El se lo prometió con juramento,
y asi lo lleva siempre en el intento.
(6) Y ansí cuando llegó mandó cercalla,
poniendo mucha gente en cada parte
y luego quiere darles la batalla,
Lorca pues se adereza al crudo Marte;
ya empiezan á crujir muy bien la malla
cada cual defendiendo su estandarte.
Movieronse muy grandes alaridos,
gemidos de los muertos y de heridos.
Mayor daño reciben los Cristianos,
andando en la batalla muy patentes;
no recibieron tanto los paganos
que estan tras de los muros muy valientes;
por saetías tiran los alanos
saetas nerboladas muy ardientes,
haciendo en los cristianos tal estrago
como en obejas hace el crudo drago.
Rompese la coraza y fino peto
la malla se rompió y la jacarina
de nada aprovechaba el fino almeto
que todo va estragado con ruina:
la lanza y el escudo allí es acepto
de hierro la visera y capellina,
y de aquestos pertrechos cada parte,
tiene cualquiera hombre más que un Marte.
La maza porra y el buen dardo
andaba y la batalla peligrosa
cualquiera se mostraba muy Gallardo

mostrando su persona valerosa;
ninguno se mostraha allí ser tardo;
antes bien muy ligero en cualquier cosa
andaba la batalla tan reñida,
que en sangre cualquier arma va teñida.

(7) Pasaron muchos dias de esta suerte,
habiendo mil reencuentros peligrosos,
dó muchos recibieron cruda muerte
dejando acá memoria de famosos.
No peleo tanto el de Laerte
como estos varones animosos;
El gran Rey D. Alonso está espantado
en ver pueblo tan fuerte y denodado.

(8) Addubo el Rey á Lorca de contorno
mirando en todas partes la muralla
por que si da batalla en cualquier
sepa por donde ha de ejecutalla,
cercola nuevamente de retorno
un punto no le falta ni una malla
Cercola por Mombiedro un agro Monte
por dalle la batalla frente á frente.

(9) Aquesto es lo mas flaco de la tierra
mas el morisco bando confiado
está, que por aquí no darán guerra
no teniendo de allí muy gran cuidado
la fuerza y el valor allá se encierra
á dó dicen la puerta del pescado,
que es á dó la banda del rio,
y que tienen los moros fuerza y brio.

(10) Fue el Rey D. Alonso allí avisado
que si acaso ganaba la Velilla
la puerta juntamente del pescado,
tambien era ganada y aun la Villa.
De todo queda el Rey bien informado
que mucho lo desea á maravilla
y luego un gran ardid hubo pensado,
que de mucho le hubo aprovechado.

(11) Los instrumentos todos de la guerra
los hecha por Mombiedro flaca parte,
trompetas y tambores, mas no yerra
¡quien creyera que estaba allí Dios Martel

Tiembla al fin por allí toda la tierra
y acuden los moriscos muy sin arte
pensando que abanzaba el campo todo
mas se engañaron sobre modo.
(12) Tomó el Rey D. Alfonso allí su gente
llevaba por el río muy secreto
á la Velilla vate fuertemente,
poniendo á quien la guarda en grande aprieto.
Hízole el sabio Rey tan diligente
y con valer tan grande y tan perfecto
que de un postigo estrecho apoderado
ya toda la Villa había tomado.
Pedro Fajardo vá en la delantera
con una espada sola y con su escudo
y cosas tantas hizo su alma fiera
que el hombre hacellas tales nunca pudo;
su valor manifiesta en tal manera
que demuestra en su afecto ser muy crudo,
pues solo aquel postigo lo ha ganado
la fuerza de su brazo tan prediado.
El Moro que en las manos do caía
quedaba en un momento destrozado;
bien demostraba el moro que benía
de aquel vraboso Artul tan celebrado.
Por otra parte muestra la osadía
de aquel gran Lanzarote muy preciado
de donde el moro vrabo era venido
por estupendo caso producido.
En todos los que Alfonso hubo traido
aunque trujo allí grandes señores
mejor que este Fajardo no ha venido
porque este solo fué de los mejores.
Mostrose en la batalla tan valido
que solo por su esfuerzo y sus valores
fué la fiereza cruda allí tomada
y en la ciudad tambien hizo la entrada.
(13) Los Moros que sintieron el engaño
á la Velilla todos acudieron:
con su venida hicieron tanto daño
que allí muchos cristianos perecieron.
Hizo en efecto el gran Rey un caso estraño

segun dicen muy bien los que lo bieron
que solo con su escudo y con su espada
la puerta del pescado dió ganada.
Al Rey siguen aquí grandes señores
que son la flor del mundo y las españas
todos allí heran Comendadores
que hacen con el Rey dos mil hazañas
Los Moros no se muestran los peores
que tambien hacen cosas muy estrañas
estan en la defensa tanto fieros
que mataron á muchos Caballeros.
Esta batalla fué una noche oscura;
no saben los Cristianos las entradas
los Moros andan siempre á la segura
por conocer muy bien ya las pisadas.
El Cristiano valiente se abentura
menean con gran fuerza las espadas
entrabanlos haciendo tanto estrago
que de sangre morisca hacen lago.
Mombiedro, Capitan maravilloso
que sentía el rumor de la otra parte
á la muralla ba Leon rabioso
comienza con furor el crudo Marte
no halla resistencia el valeroso,
que andaban ya los Moros de mal arte;
y ansi el vrabo Mombiedro con presteza,
subió por la muralla con presteza.
(14) Salto en lo plano luego del castillo
dos puertas hizo habrir muy prestamente
los Moros con dolor ya no sencillo
sienten la confusion alla en su mente
cualquiera se pasó de esto amarillo,
viendose ya cercar de tanta gente
con esto Alfonso, Rey tan esforzado
la fortaleza toda habia ganado.
El tercio de Mombiedro que sintió
que ya aquellas dos puertas son abiertas
con animo crecido arremetió
hallando las murallas ya desiertas,
y con tan gran furor acometió
que pronto se quitaron las reyertas

Mombiedro quedó allí muy señalado
por Capitan muy bueno y esforzado.
Al monte de Mombiedro fué alojado
Mombiedro se llamó de allí adelante
no mas de por haber en el estado
un Capitan tan bueno y elegante
este monte es ahora celebrado
con nombre de valor, que fué triunfante:
llamase pues Mombiedro hoy en dia
y siempre será asi su nombradia
(15) Digamos de los Moros que sintieron
del duro cruel asalto la ruina
todos pues de morir gran miedo huvieron
viendose ya muerte tan vecina
ya sus vidas en nada las tuvieron
sintiendo ser su suerte muy mezquina
Mas todos determinaron defenderse
y por su justo precio de venderse
Prosigue con rigor la cruda guerra
por todas partes suena crudo Marte,
en los Cristianos gran valor se encierra
pues lo mejor se lleva su estandarte.
Parece que se hunde alli la tierra
resuena gran clamor por toda parte
oyense mil gemidos y clamores
que de oirlos tan solo dan dolores
El alba se descubre luminosa
el sol por muchas partes bá rayando,
dura aun la batalla peligrosa
y estan con gran fervor aun peleando
descubrese el Alcazar muy hermosa,
de muy ricos pendones relumbrando
todos pues con las armas de Castilla
que el verlos es placer y maravilla
Es el pendon real y el estandarte
del sabio Rey D. Alonso de brocado
y tiene una corona en cada parte;
con tres estrellas de oro martillado:
en el Castillo puesto estaba en parte
que puede ser de todos bien mirado:
Los moros que lo vieron y miraron

al punto todos juntos desmayaron
Las manos van plegadas y encogidas
no quieren mas batalla ni pendencia,
al Rey piden merced ya de las vidas
mas no quieren tener de ellos clemencia
mueren todos al fin de sus heridas
dadas con gran furor y con violencia
á mugeres y niños degollaron,
ni á las canas alli se respetaron.

(16) Los gritos de los niños muy crecidos
de sus madres aumentan los clamores:
por todas partes se oyen alaridos
resuenan las trompetas y tambores;
no se oye otra cosa que gemidos
de aquellos que alli mueren con dolores
en Lorca no quedó ni en su castillo
Moro ni Mora que no pasó á cuchillo.

(17) Luego que el Rey bió á Lorca ya ganada
de un bando la poblo muy velicoso
de armas la dejó muy bien dotada
con un blason crecido y baleroso
dejoles una llave y una espada
con un castillo fuerte y poderoso
encima del castillo un Rey armado,
con imperial diadema coronado

(18) De hijos dalgos dejola bien poblada
por que por cinco partes es frontera
por los Velez, por Vera y por Granada
por Huescar y por mar que es la primera
quedó de privilegios avastada
de franca y en el mundo delantera
hizole fortaleza tan preciada
que es hoy por todo el mundo muy nombrada

(19) Alfonsina por nombre le han nombrado
al mirarla tan fuerte y valerosa
el nombre fué del suyo derivado
merecelo muy bien por ser famosa,
junto á la fortaleza ha edificado
una Yglesia muy fuerte y muy hermosa
pusieronle por nombre S.n Clemente,
por ser cosa muy justa y eminente.

(20) El dia de este Santo fué ganada
Lorca la valerosa y tan pujante
la fiesta de este santo es celebrada
en Lorca, por ser el de ella triunfante.
De Yglèsias la dejo su Rey poblada
pues hera muy cristiano el buen infante
y entre ellas construye á S.ta Olalla
(21) Allí fueron los grandes enterrados
los que con el vinieron de Castilla
comendadores todos muy preciados:
sintiolos mucho el Rey á maravilla,
despues de ser los casos acabados
El Rey volvió á sus tierras sin manzilla
aunque por otro caso muy glorioso,
por que quedó de Lorca victorioso.
(22) Quedose Lorca pues bien guarnecida,
de muy buenos hidalgos bien poblada,
prepotente la ven muy valida,
siempre de gente noble gobernada
Del Reyno de Granada muy temida
y el fronterizo tiembla de su espada
D.n Sancho Manuel fué Alcayde de ella,
en otro canto va cosa mas vella.

Ilustraciones de este tercer canto

(1) Leriano Autos.

(2) Rebelión de Lorca.

Lorca, ni la ganó San Fernando, ni se rebeló contra él. Rebelóse Murcia contra su Rey. Abenhudiel y todo el Reino, menos Lorca, que estuvo poblada de caballeros desde la conquista de D. Alonso el Sabio, año de 1242, en 23 de Noviembre. Vid. Mariana, *De rebus. Hispaniæ.*

(3) Rebelión del Reino de Murcia.

(4) El Rey D. Alonso el Sabio, décimo de este nombre.

(5) Recuperación hecha por el Rey D. Alonso.

(6) Cerco sobre Lorca por el Rey D. Alonso. Combate por el Rey contra Lorca.

(7) Padre Ulises.

(8) Llámase aquél Cerro Mombiedro, porque por allí acometió un capitán del Rey que se llamaba así.

(9) Puerta del Pescado á la vía del Río.

(10) La Velilla era una fortaleza inexpugnable, aviso dado al sabio Rey.

(11) Ardid del Rey D. Alonso.

(12) Combate y toma de Velilla.

(13) Hecho notable del Rey D. Alonso.

(14) Entrada del capitán Mombiedro al castillo de Lorca.

(15) Confusión de los moros.

(16) Destrucción de Lorca hecha por el Rey.

(17) Recuperación de Lorca y población hecha por el Rey D. Alonso, el décimo de este nombre.

(18) Poblóla de hijos-dalgos, por ser frontera arriscada, y en el privilegio que les dió dice que los hace tan hidalgos como él, el cual está en el Archivo de esta ciudad insigne y M. L. de Lorca.

(19) San Clemente. El día de este santo, que es el 23 de Noviembre, era 1274, año del Nacimiento de Jesucristo, y en 1230 se ganó Lorca.

(20) Ganóse Lorca el día de San Clemente.

(21) Ahora es convento de PP. Mercenarios, sepulcro de los Grandes de Castilla en Santa Olalla.

(22) Valor de Lorca.

CANTO IV

En este cuarto canto, que consta de diez y siete octavas, relata el poeta la victoria insigne que ganó Lorca y su Alcaide el Infante Sancho Manuel, hijo de D. Manuel y sobrino de Alonso décimo, al famoso capitán granadino Andalla, que con los insignes de Baza, Guadix y otros lugares, fueron muertos ó mal heridos, abandonando el campo, y con los despojos militares la enseña, guión ó estandarte granadino.

El historiador D. Juan Tamayo, á quien, además de Morote siguen otros autores, supone que el ejército de Andalla se componía de diez mil infantes y tres mil caballos, reunidos de diversas poblaciones y Alcaidías moras, con los que, después de descansar Vera, última ciudad mora por esta parte de la frontera oriental del reino granadino, se desbordó como un torrente con sus huestes sobre los campos de Lorca, Cartagena y Murcia, apoderándose de muy rica presa y haciendo terrible tala y horrible estrago.

Á la vuelta de esta famosa expedición militar ó algarada, y en el sitio sobre el camino por el cual retrocedía Andalla,

apostándose hacia la sierra, que llaman de Velillas, fué donde el infante D. Sancho con tropa de Lorca, y todos sus caballeros con los que formó un escuadron de setenta caballos, previo el consejo de guerra, acometió y destrozó en un desordenado asalto al ejército moro, valiéndose de las astucias militares y demás medios que refiere Pérez de Hita.

Cascales, en sus *Dicursos Históricos de Murcia y su reino*, refiere también este hecho de armas diciendo: «No holgaban en este tiempo los de Murcia, estando como se les había mandado por el Rey siempre con las armas en las manos velando é inquiriendo nuevas del enemigo, que como Mahomad, Rey de Granada, había mandado á su gente de esta comarca, que mientras el andaba en el cerco de Tarifa, hiciesen ellos por acá todo el daño posible, salieron á correr nuestras tierras, y un cautivo cristiano, que se había escapado de ellos, vino derecho á Murcia, y dió aviso como Moros de entre Guadix y Baza estaban resueltos de bajar á este reyno, y que era cosa cierta, pero que no sabía á que lugar principalmente llevarian la derrota. Quando esto supo D. Sancho Manuel, adelantado por D. Fernando y alcaide juntamente de Lorca, dexando aquí la Ciudad muy apercibida, y guardada, se puso en Lorca en un día, y halló la Villa muy descuidada deste peligro: mando recoger los ganados y aprestar la gente con mucha brevedad para lo que pudiera suceder; y apenas mandó hacer esta diligencia, cuando sin haberse dado lugar á recoger el ganado, vinieron pastores corriendo á Lorca; diciendo habian corrido el campo mas de tresmil ginetes moros, y de diezmil de apié, y que venian con mucha presa de ganado vacuno, y muchos cautivos Cristianos, y que se bolvian para su tierra con esta cavalgada aunque habian echo alto en un lugar allí cerca que solian llamar los cabezos de *Vilillas*, y aora los llaman de don Juan. D. Sancho Manuel apresto su gente de á cavallo y de apié, dexando guarnicion bastante en Lorca, y salió con ella á prima noche, marchando muy poco á poco, porque habia embiado algunos ginetes á reconocer el enemigo. Certificado por los reconocedores de lo que los pastores habian dicho (como cuenta Diego Rodriguez de Almela, en sus batallas Campales) hizo aligerar el paso, y cerrada ya la noche,

cerró con ellos, y los desbarató de manera, que les robó el ganado, y quito los Cristianos cautivos, habiendo muerto y herido muchos moros, y ahuyentado á los otros á toda prisa»

«Con esta nueva vino el mismo D. Sancho á Murcia victorioso, donde todos se alegraron del buen suceso y mucho mas de otra mejor nueva, que al punto llegó de la victoria del Salado.....»

Esta batalla del Salado tuvo lugar en el año de 1340, reinando Alfonso XI, por lo que la victoria de las *Velillas* ó *Vilillas* coincidió con la memorable batalla librada por los ejércitos de los moros *benimerines* y granadinos, y los cristianos castellanos y portugueses. Consta efectivamente que era adelantado de Murcia y alcaide de Lorca en aquel tiempo el infante D. Sancho Manuel, hijo de D. Juan Manuel (1), segunda vez adelantado Mayor por el mismo Rey D. Alonso, é hijo del infante D. Manuel, hermano de D. Alfonso el Sabio. Nos detenemos muy especialmente en fijar la fecha de este suceso porque en el «Canto» de Pérez de Hita de que vamos ocupándonos observamos que los versos de la cuarta octava que dicen:

«tambien sacó de allí tres mil peones
el que lo escribió vien podia contallo
que tambien se halló envuelto en las cuestiones»

han hecho suponer al ilustrado anónimo de nuestro manuscrito, en una nota, que Pérez de Hita se encontró en esta victoria, lo que no es posible porque aún no había nacido (2).

Lo que de ello se desprende es que este escritor oyó la narración de los hechos, ó la copió de relación escrita por persona presencial y asistente ó «envuelta en las cuestiones.» Así es muy fácil explicar el sentido del poeta, haciéndose como que está presente en la batalla por la fe que tenía en la veracidad del que estando en ella la transmitió y puso en los archivos de la gran ciudad de Marte, como repetidas veces la llama Hita, de donde él la sacó.

---

(1) Cascales dice que Sancho Manuel era hermano de D. Juan y no hijo.
(2) Nació unos doscientos años después.

Se observa en la quinta octava el verso séptimo que dice:

«con ánimo muy valiente y muy subido»

y entiendo debió decir:

«con ánimo valiente y muy subido»

El quinto de la octava octava

«Nada en efecto los moros percibieron»

sería probablemente:

«Nada de esto los moros percibieron»

En el manuscrito, el séptimo verso de la novena se lee:

«estaba todo punto reposado»

y desde luego se echa de ver que debe finalizar con *reposando*. El primero de la octava once,

«los moros aunque están dormijosos»

es indudable que suena mejor:

«los moros aunque estaban dormijosos»

En la trece y quinto verso se lee

«rompiose la malla y fino peto,»

y para que resulte completo es preciso, ó dividir el diptongo, diciendo:

«*rompió-sé* la malla y fino peto»

ó

«rompióse allí la malla y fino peto»

En el cuarto verso de la quince, para que resulten los acentos en su lugar, es preciso decir

«habiendo allí dejado su estandarte»

y no

«habiendo dejado allí su estandarte»

El quinto de la misma octava resulta corto por faltarle tal vez una *Y* al principio.

El canto en general tiene algunos rasgos dignos de un buen poema; en la descripción de la batalla se observa rapidez y algún que otro resplandor del fuego con que el poeta nos hace recordar alguna vez á la *Araucana*.

El poema, en general, no nos cansaremos de repetir que no es de muy subida importancia literaria, explicándonos esto porque tal vez no se haya publicado antes de ahora, ni su autor lo pretendiera, ó que, de pretenderlo, se lo negasen; pero es indudable que en él se reflejan las dotes de Hita, demostradas en la impetuosidad de sus años juveniles (1), siendo, así y todo, por mucho tiempo guía de Morote, Suárez y otros muy graves historiadores que han plagado sus libros no sólo con citas, sino que con largas copias de nuestro manuscrito, que indudablemente conocieron, y muy especialmente el P. Morote, que fué su especial propagandista, copiándole casi servilmente desde la pág. 327 á la 419 de su parte 2.ª, lib. 3.º, capítulo 2.º de su lib. «Antigüedad y blasones de la ciudad de Lorca,» etc.

CANTO CUARTO

QUE TRATA DE LA BATALLA DE VELILLAS QUE LOS DE LORCA TUVIERON CON LOS MOROS DE GRANADA

(1) Grandes hazañas grandes ardimientos
de Lorca contare grandes prohezas,
batallas grandes, muy grandes reencuentros
que hubieron con los Moros y grandezas,
Tubieron los de Lorca mil contentos
biendose pues gozar de mil franquezas:
con esta presuncion tan valerosa
hacian y emprendian cualquier cosa.
(2) El Reyno de Granada que ha savido

(1) Casi podíamos decir aquí de nuestro poeta lo que el Sr. Martínez de la Rosa del autor de la *Araucana*: «.....pero no podía esperarse una obra maestra de un poeta de pocos años, que sólo escribía retazos de su poema en los ratos que robaba al preciso descanso.»

que és el Pueblo de Marte velicoso,
y ha de ser en el mundo tan temido,
queda de su valor muy embidioso:
El gran valor de Lorca es tan subido,
y en arte militar tan poderoso:
y asi el Rey de Granada determina
de darle cruda guerra á la continua.

(3) El Rey mandó llamar al Moro Andalla,
pues hera el mas valiente y esforzado:
dícele se prepare á una batalla,
y aliste un campo grande y concertado;
y que marche á crujir muy bien la malla
de aquel Pueblo de Marte tan nombrado
hablandole por Lorca valerosa,
que en caso de las armas es famosa.

(4) Tomó tresmil Andalla de acaballo
tambien sacó de allí tresmil peones
el que lo escribió bien podia contallo
que tambien se hallo envuelto en las cuestiones
quiso si por estenso bien mirallo,
por que no haya despues mil divisiones;
con esta gente Andalla muy furioso,
corria el campo de Lorca tan famoso.

(5) En el ganado hace muy gran presa,
quedo cualquier pastor amedrantado
con Lorca salió luego muy depriesa
el buen D. Juan Manuel adelantado
quitar quiere á los Moros tal empresa,
como varon muy grande y esforzado
con animo muy valiente y muy subido
de su Gefe siguió Lorca el partido.

(6) Hubo sus pareceres y opiniones
al tiempo de salir de la batalla;
Alferez no quisieron ni pendones
salir quieren iguales en su malla:
Acuerdan ir de noche los varones
mejor tiempo ni hora no se halla
de blancos camisones van bestidos
por ser en la batalla conocidos,

(7) D.n Juan Manuel quedo bien informado
dó estaba el bando moro en tal manera

que el se mostrará allí regocijado,
viendose acercar ya lo que se espera;
como estaba, le dicen, el ganado
que llevavan los Moros hacia Vera
con este informe todos concertaron
el como habia de hacerse, y caminaron.
Seiscientos de ácaballo se salieron
de parte de la noche y con la bruna
cuando ya con los moros estubieron
comenzaba á salir la clara luna.
Nada en efecto los moros percibieron
ni sintieron de aquesto cosa alguna
encienden los cristianos lumbre y luego
y en el punto se emprende un grande fuego
(8) Quemaron muchas barbas de cabrones
por que las bacas partan luego huyendo
en oliendo el ganado los tizones
y el humo de las barbas estúpendo:
las bacas huyen á los escuadrones
del ejercito Moro que durmiendo
estaba todo junto reposando
del trabajo pasado descansando.
(9) Por medio del ganado se han metido
los Moros recordaron espantados
asómbranse de oir aquel ruido
y andan sin saber donde, atolondrados
esto que los cristianos han sentido
arremetieron todos esforzados
hacen pues en los Moros grande estrago
diciendo á grandes voces; Santiago!
(10) Los Moros aunque estan dormijosos
desde luego conocen el asalto:
presumen que Cristianos valerosos
les causan aquel fiero y grande esmalto;
á la batalla vuelven animosos
y nadie de valor se mostró falto
El Capitan Andalla que es valiente
á los suyos anima diligente.
(11) Los Moros ya que estaban recogidos
á la batalla vuelven esforzados
las lanzas, los arneses van rompidos

tambien ya los escudos van quebrados
Resuena todo el campo de alaridos
y estaban los almetos ya abollados:
caballos y sus dueños de tal suerte
andaban, que ya gustan de la muerte.
(12) Alli se muestra ya cruel efecto,
andaba la batalla con ruina;
pero el valor de Lorca es mas perfecto
con que el morisco bando desatina:
rompiose la malla y fino peto,
desmaya la canalla granadina:
Audalla Capitan alli fué muerto,
y andaban ya los Moros sin concierto.
(13) Andaba la batalla tan bravosa
que en Lorca se hoye bien el grande estruendo,
la gente de á peon muy velicosa;
acuden al asalto muy corriendo,
de refresco llegó, mas tan furiosa,
que ya ben á los Moros hir huyendo
ibanles los Cristianos al alcance,
destrozando é hiriendo á todo trance
Algunos escaparon temerosos
de ver tan gran destrozo y crudo Marte;
caminan para Vera mal gozosos,
habiendo dejado alli su estandarte
vuelven los de Lorca victoriosos
ricos con el despojo en cada parte
que seis dias duró el llevar las cosas
riquísimas, muy altas y preciosas.
(14) Velillas quedó allí toda poblada
de Moros destrozados crudamente,
con fama quedó Lorca aventajada;
por caso principal y tan valiente.
en adelante fué mas estimada
por el levante todo y el poniente
En Africa temblavan los paganos
del gran valor de Lorca y sus Cristianos.
Nuestro Sancho Manuel por la victoria
que de tan gran batalla habian habido,
construyo alli una Torre por memoria
de un hecho memorable y tan subido

por cierto digno fué de que en historia
tan grande hecho fuese así esculpido;
De esta batalla el canto es acabado
pongamosle otro luego al otro lado.

Ilustraciones de este canto cuarto

(1) Narrativa de las hazañas de Lorca.
(2) Envidia de los moros de Granada contra Lorca.
(3) Mandato del Rey Moro.
(4) Entra el Capitán Moro Andalla á correr la tierra de Lorca. El autor se halló en esta batalla.
(5) Presa por Andalla. Salió de Lorca.
(6) Consejo de Guerra. Encamisada.
(7) Aviso dado al Capitán de Lorca D. Juan Manuel.
(8) Astucia.
(9) Confusión de los moros, y Santiago dado por los lorquinos.
(10) Andalla anima á los suyos.
(11) Batalla.
(12) Muerte de Andalla.
(13) Victoria. Alcance.
(14) Á dos leguas de Lorca se dió esta batalla, en la parte que dicen de Velillas.

CANTO V

En este canto, que se compone de trece octavas, trata el autor de una hazaña que hizo Pedro Gallego Fajardo, por la cual supone que le donó el Rey á Librilla; canto á todas luces fabuloso, enderezado solamente á ensalzar á los Fajardos y Marqueses de los Vélez, en la persona de uno de sus ascendientes. Y decimos que lo suponemos fabuloso, por cuanto Pedro Gallego Fajardo, que casó con Doña Blanca de Aldana, jamás estuvo en Murcia ni en su Reino; siendo el primero, que de su ilustre progenie aparece en él, su hijo Juan Fajardo, el que siguiendo el partido de Don Enrique, una vez vencido y muerto Don Pedro el Cruel en el célebre castillo de Montiel,

se vino con Don Juan Sánchez Manuel, Conde de Carrión, para tomar posesión de este Reino por el Rey Don Enrique, llamado el de las Mercedes.

La villa de Librilla, á cuatro leguas de Murcia y dos de Alhama, que tiene al Poniente, es pueblo antiguo, tuvo un buen castillo, palacio de los Fajardos, y entró á formar parte de sus estados en tiempo del primer mayorazgo de esta casa, Alonso Yáñez Fajardo, que la adquirió por venta que le hizo Don Alonso de Aragón, en Gandía y en el último miércoles del mes de Julio de 1381.

Nuestro poeta, que para él es tan preferente y rinde en todo gran admiración y entusiasmo á los Fajardos, no es de extrañar que el suceso caballeresco de la muerte de los tres moros y cautiverio de los otros dos, lo atribuya, sin razón, á uno de los antecesores, al Marqués Don Luis Fajardo el *Bravo* y conocido por los moros por *Ileiliz*, *Arraez el Adid*, ó lo que es lo mismo, el *Diablo cabeza de hierro*, á cuyas órdenes ya hemos dicho que militó Pérez de Hita.

Y vamos al canto del poeta.

El segundo verso de la primera octava dice:

«Por cierto dignos de ser eternizados»

y entiendo fuera mejor dijese, haciendo solamente ligerà permutación:

«Dignos de ser por cierto eternizados.»

También el verso segundo de la misma octava:

«Saltan los de Lorca muchas veces»

para que haga sentido y resulte endecasílabo, supongo diría:

«Salían los de Lorca muchas veces.»

También el séptimo verso de la tercera:

«por arma lleva una vallesta»

como le faltan nada menos que dos sílabas, considero que el poeta le escribió:

«por arma lleva sólo una ballesta»

por resultar así en armonía con el relato, por cuanto tuvo que valerse de piedras para batir á los moros.

«Con su propia fama eternizase»

es el cuarto verso de la octava cuarta, que sin atreverme á poner tilde, porque no me suena mal, sin embargo, creo que diciendo *eternizara* ó *eternizaba* haría mejor sentido; y el sexto de la misma en que dice Pérez de Hita:

«Y en medio del Oriente se hospedase»

para que ritme con el segundo y cuarto, haciendo además mejor sentido, debió decir *hospedaba*.

En la quinta octava el cuarto verso:

«Á aquel mozo tan gentil y tan gallardo»

le sobra una sílaba, por lo que debe suprimirse el *tan*.

El tercer verso de la octava ocho:

«ponerse no ha querido en fea fuga»

no ritma con el primero y quinto, cuando hubiera sido tan fácil lograrlo diciendo:

«ponerse no ha querido en fea huída»

con lo cual no varía en modo alguno el pensamiento del autor.

No se me ocurre nada más sobre este canto, empero como voy leyendo simultáneamente á Pérez de Hita y al autor de la *Araucana*, confieso que en éste noto bellezas que, al estudiar al anterior, hace resaltar de un modo peregrino, con las observaciones surgidas de la lectura de uno y otro poeta.

CANTO QUINTO

DE UNA GRANDE HAZAÑA QUE HIZO PEDRO GALLEGO FAJARDO POR LA CUAL LE DIÓ EL REY Á LEBRILLA

Casos estraños, grandes y altos hechos
por cierto dignos de ser eternizados
y grandezas estrañas y altos pechos;
que para siempre quedan memoriados

negocios que al gran Marte van derechos
y á sus quintos palacios estrellados
han hecho los de Lorca la valiente
que el levante suenan y el Poniente.
Saltan los de Lorca muchas veces
á buscar aventuras peligrosas
á donde hacian cosas de altos preces
ganando glorias grandes y dichosas
Cada uno salia por sus veces
presumiendo de hacer maravillosas
hazañas, por dó quede eternizado
y para todos siempre memoriado.
Al gran Pedro Fajardo, que primero
en el reino de Murcia fuera hallado
su vez le vino al fuerte caballero
para salir al Campo aderezado.
De Lorca se salió sin compañero
á guisa de valiente y esforzado,
Por armas lleva una Vallesta
la que sabe regir con mano diestra.
Saliose el valeroso á la marina
por ver si alguna cosa allí encontraba
que fuese al mundo todo peregrina
con que su propia fama eternizase
Un día cuando el sol mucho se empina,
y en medio del Oriente se hospedase,
el gran Fajardo todo baleroso
llegó á una fuente clara deseoso.
El fuego y el calor tan fatigoso
le daban pesadumbre al buen Fajardo:
suele sin menester tomar reposo
á aquel mozo tan gentil y tan gallardo
para vever del agua codicioso
un poco se detiene sin ser tardo,
pone pues su vallesta allí en el suelo
y á la fuente se baja por consuelo.
Bien piensa el valeroso galiciano
no haber nadie en el bosque que lo mira,
y sin rezelo en su diestra mano
recibe el agua que la sed retira;
Estando asi beviendo el buen cristiano

cinco Moros le asaltan con gran hira
tomando la Vallesta de aquel suelo;
al mozo arremetieron muy de vuelo
Sé preso, le dijeron, tu cristiano
que tomas en la fuente gran reposo:
pliega pues grandemente cada mano
que al punto atarte hemos, sin reposo;
mas el mozo Fajardo soberano,
viendose en este trance pelegroso,
de un salto de la fuente se ha salido,
de veinte pies el salto se ha medido.
Mas viendo la vallesta ser perdida
y no tener remedio de alma arguna,
ponerse no há querido en fea fuga
en que no ha de ganar honra ninguna
Mas bien quiere perder allí la vida
mostrando alegre cara á la fortuna
y ansi con gran valor de que es dotado
por una piedra gruesa se ha bajado;
Alzo luego aquel brazo potentado
y á un Moro de los cinco habia herido
de suerte que con él dió en aquel prado
á dó fué de la vida prohivido:
Los cuatro luego en el han descargado
haciendo allí algazara y gran ruido
tirandoles sus dardos y saetas
mas haze allí el mozo cosas perfectas.
Por otra piedra bajó prestamente
y a un Moro que le daba muy gran pena
la piedra dirigiendo da en la frente,
por dó muestra la sangre muy gran vena
Mostrose el buen Fajardo tan valiente
que vida de los tres alli cercena,
prendió á los dos que quedan mal heridos,
y en Lorca los metió por él rendidos.
Luego que se dibulga á questa hazaña
tambien lo supo el Rey allá en Castilla
pagarle quiso al mozo, cosa estraña,
y dadole ha por ella á su Lebrilla.
La fama de Fajardo por España
fué siempre peregrina y no cencilla:

siendo aqueste Fajardo tan nombrado,
pues por su gran valor alcanzo estado.
De los Yañez logró el Ayuntamiento
de grandes patrimonios fué dotado
hijos tubo de todos, de alto intento
y en caso de las armas afamados:
tres nietos tubo aqueste, segun cuento,
en armas y en valor aventajados
de ellos fuera el mediano mas fàmoso,
Mostrose al Rey sirviendo poderoso.
Alonso Yañez este fué llamado,
que fué por su balor engrandecido
un caso hizo brabo y señalado
por dó lo hizo el Rey ser mas valido:
A Murcia de un tirano ha libertado
y á la Real Corona ha reducido.
De esto hablaros prometo en otro canto
lo cual ós causará mas grande espanto.

CANTO VI

Veintinueve octavas tiene este Canto, y en él se trata, no sólo, como dice su autor, *de cómo Alonso Yáñez Fajardo mató á un tirano que tenía usurpada Murcia*, sino que también de reseñar la sucesión y noble prosapia de los Fajardos. En lo que se refiere á la hazaña de Alonso Yáñez Fajardo, no anda el poeta por el camino de la verdad histórica, puesto que el primero que aparece en el reino de Murcia, según dijimos en el canto anterior, es Juan Fajardo, que habiendo seguido las banderas de D. Enrique *de Trastamara*, acompañó á D. Juan Sánchez Manuel, Conde de Carrión, para tomar posesión de este reino, en nombre de D. Enrique, una vez muerto en Montiel su hermano D. Pedro, el *Cruel*, según unos, y el *Justiciero*, según otros. Este Fajardo hubo de su matrimonio con Doña Isabel Mesía á Alonso Yáñez Fajardo, quien, por los grandes servicios al Rey D. Juan I, en Castilla de este nombre, y muy

especialmente en las guerras contra los Portugueses, se le confirió el bastón de Adelantado mayor del reino de Murcia, cuyo adelantamiento lo tuvo, en representación suya y como teniente, su sobrino Pero Gómez Dávalos; después de éste fué el Adelantado mayor, por el Rey D. Enrique III, *el Enfermizo*, D. Rui López Dávalos, y, después de algunos tenientes de él, les siguió, en concepto de tal, su hijo Pero López Dávalos. En este tiempo es cuando surgieron escandalosas sediciones y alborotos en la ciudad de Murcia, originadas por las enemistades habidas en tiempos anteriores entre Manueles y Fajardos. Entonces hubo Alonso Yáñez de Fajardo de abandonar la ciudad y aun el reino, y el Rey de mandar al Condestable de Castilla D. Rui López Dávalos para aquietar los ánimos y concluir las diferencias de los bandos, que capitaneaban el obispo don Hernando de Pedrosa y Alonso Yáñez Fajardo por un lado, y los Manueles, con Andrés García de Laza, Procurador general del Consejo de la ciudad, hombre muy poderoso y emparentado con éstos.

Don Rui, según graves historiadores, llegó á Murcia con el mayor secreto, y alojándose en las casas del obispo, hizo llamar á su presencia al Laza, á la cual éste acudió, si bien rodeado de un gran séquito de partidarios. Una vez delante de Lope Dávalos, cerraron sobre él seis hombres que al efecto tenía el Condestable apostados, y cercenándole uno de ellos la cabeza la arrojó á la plaza, enmedio de la gente que aguardaba el resultado de la entrevista, que fué bien trágica. Argote de Molina, en su libro de la *Nobleza de Andalucía* (dando lugar á Cascales y á Morote para escribir largamente defendiendo la no interrumpida fidelidad de la siempre fidelísima ciudad de Murcia), refiere: «que estando rebelada contra su Rey por manejos é intrigas de un ciudadano rico, quien la tenía tiranizada, D. Rui Lope Dávalos, Condestable de Castilla, del que asegurase Alfonso Alvarez Villasandun ser leal servidor,

«bien digno y merecedor
del collar y de la banda,»

concertó con el Rey que le enviase á la ciudad con gente de guerra, y viendo que no había modo de ganarla por las armas,

procuró traer al servicio del Rey á aquel rebelde, y no pudiéndolo por medio alguno, consiguió mañoso que le dejase entrar con doce hombres armados de espadas, con el objeto de hacer conciertos ó *convenios*, como ahora se dice; aceptó el tirano, esperándolo en la iglesia mayor, al frente de seis mil hombres de pelea. D. Rui López penetró en la Iglesia y en presencia de todo el pueblo le dió una tan tremenda puñalada que le tendió de muerte, por lo que, suspenso el pueblo con tan extraño atrevimiento, dióse á merced del Rey, entregándose al Condestable, que puso así fin á las alteraciones y disturbios de Manueles y Fajardos.

Es de notar, pues, que ningún historiador, sino el poeta Pérez de Hita, atribuye á los Fajardos el hecho de Rui Dávalos, siendo, asimismo, muy digno de observar que nuestro poeta, en su entusiasmo, pretenda decorar con él á Alonso Yáñez de Fajardo, acaecido, por ende, en tiempo de Alfonso XI, el vencedor del *Salado*, cuando los hechos tuvieron lugar en los días de Alfonso Yáñez de Fajardo, el segundo de este nombre y apellidos, á quien por sus eminentes servicios diera el Rey D. Juan, con la fortaleza de Mula, el señorío (que siempre fué *nominatim*) de la citada villa, y poco después de la caída del Condestable D. Rui Lope de Dávalos, le otorgase el bastón de Adelantado del reino murciano.

Tiene el poeta algun más acierto cuando en la última parte de su canto forma el árbol genealógico ó discurre sobre la prosapia de los nobilísimos Fajardos, de los que á todas luces uno de ellos, el gran D. Luis (tercer Marqués de los Vélez), fué su protector; porque á Alonso Yáñez Fajardo, el segundo, le sucedió, por muerte de D. Juan ante los muros de la ciudad de Vera, el primogénito D. Pedro Fajardo, á quien Enrique IV hizo Señor y Conde de Cartagena.

Una de las cuatro hijas de este D. Pedro, habida en matrimonio con D.ª Leonor de Manrique, D.ª Luisa, como primogénita, le sucedió á su vez, casándose con D. Juan Chacón, y como costumbre admitida en aquellos tiempos, al revocar los Reyes Católicos D. Fernando y D.ª Isabel la merced hecha al D. Pedro de la ciudad de Cartagena, reparándole con las Villas de los Vélez Blanco y Rubio y lugar de las Cuevas

y su anexo Portilla, mas el título de Marqués y grandeza en 1507, se impuso que al apellido de Chacón sustituyera el de Fajardo, el que mucho después, y casi en nuestros tiempos, se ha extinguido por falta de varón, recayendo en las casas de los Duques de Fernandina, Bivona y Medina Sidonia. Á D.ª Luisa y al famoso D. Juan, que tan preeminentes servicios prestara á los Reyes en la toma de Granada y de su reino, siguió el primer Marqués de los Vélez, D. Pedro Fajardo, y á éste D. Luis, del que se dice jamás montó en su fortísimo caballo sin que estremecido bajo la gran fortaleza de su peso no *orinase*, y cuya lanza, «que manejaba en los combates como una mimbre», podían apenas llevar dos soldados en robustos hombros, siendo el terror de los moros que, según sabemos, le llamaban: *Ibilir*, *Arraez*, *el Adid*, con el cual concluye Pérez de Hita por ser su General y aunque mejor pudiéramos decir el Ulises ó épico protagonista, si su poema fuera realmente épico.

Pero á este tercer Marqués pudiéramos decir que le sucedió como cuarto en el de los Vélez otro del mismo nombre, Luis Fajardo Requesens y Zúñiga (según Cascales, y Zúñiga y Requesens según el P. Ortega), siendo el quinto D. Pedro Fajardo y Pimentel y el sexto D. Fernando Fajardo y Zúñiga de Requesens, el que, tengo averiguado, vivió en la ciudad de Baza, en el mismo palacio que habitara en otros tiempos el célebre San Francisco de Borja. En este sexto Marqués de los Vélez empieza á sonar el apellido de *Toledo* por su madre-tutora y curadora durante su menor edad, D.ª Mariana Engracia de Toledo y Portugal, apellido que no solamente lleva hoy el Duque de Medina Sidonia, representante de la casa de los Vélez, sino que además de otros títulos nobilísimos de nuestra aristocracia, el Sr. Duque de Bivona, en quien el pueblo español reconoce los rasgos más salientes que caracterizaban á los bravos Fajardos y su valiosa raza.

La casa de los Vélez, según el P. Morote, logró el incremento y grandeza á que le sublimaron sus méritos por los ilustres hechos y servicios conseguidos en Lorca, sus campos y reino de Granada, escudada de las armas de Lorca, como le dió á entender al Marqués D. Luis Fajardo después de

la batalla de Félix, el Maese Diego Mateos de Guevara.

En efecto, el citado Maese del campo impetrando el indulto del lorquino Palomares, Lorca entre otras varias razones, dice al de los Vélez: «Y si Adelantados huvo en Murcia y su reyno del linage de Vuestra Excelencia, Lorca fué siempre parte de que los hubiese; y si los varones ilustres de la casa de Vuestra Excelencia vencieron veinte y dos batallas de Moros, y ganaron setenta y dos villas y castillos fuertes, y las pusieron bajo las reales coronas de Castilla y de Leon; los de Lorca fueron parte para que lo pudiesen hacer; y si ilustracion y resplandor, la casa de Vuestra Excelencia ha tenido y tiene, Lorca ha sido la causa.....»

Alonso Fajardo, *el Brabo*, al pasarse al servicio del Rey de Aragón, es el que escribió al Rey Enrique IV aquella famosísima carta, que inserta Cascales en la pág. 270 de sus «Discursos Históricos,» que empezando: «Á par de muerte me es escribir á vuestra gran Señoria tan larga, y tan enojosa escritura: mas como los fechos mios cada dia empeoran, y la ira vuestra contra mi crece sin razon, y justicia, es me forzado decir claro á V. señoria el fin, y determinacion mia; y por que de ella no puedo huir, mi corazon llora sangre, y por la pena y trabajo que mi alma recibe, me deseo la muerte».....

Concluyendo «O Rey muy virtuoso, soy en toda desesperacion, por ser asi desechado de V. Alteza; soez cosa es un clavo, y por él se pierde una herradura, y por una herradura un caballo, y por un caballo un Cavallero, y por un Cavallero una hueste, y por una hueste una Ciudad y un Reyno.»

Escrita esta carta, que fué bien vista, considerada y consultada con el Rey, según el citado Cascales, Alonso Fajardo, con su hacienda, y juntamente con su yerno García Manrique, casado con D.ª Aldonza Fajardo, á quien había dado en dote la Villa de Mula, usurpándola de la casa y estado del Adelantado, salió para Aragón, quedando quieto y de Adelantado D. Pedro Fajardo en 1545. Y sucesivamente, y sin interpelación ninguna, siguieron desempeñando este cargo de Adelantados Mayores y Capitanes Generales, los mayorazgos de las casas de los Vélez, desde Alonso Yáñez, segundo de este nombre, hasta la extinción de tales dignidades.

Mas volviendo al Canto, es uno de los menos agradables de nuestro poeta, y en todo él se ocupa únicamente de lisonjear la vanidad de los poderosos Fajardos; cosa muy frecuente en los poetas de su época, que sin duda andaban muy mal parados, cuando adulaban tanto á los próceres y magnates de quien esperaban protección. Esta misma conducta observamos en Cervantes, Ercilla y otros.

Al pareado de la octava quinta:

«uno dijo no cierto quien se atreva
á usar con el tirano cruda».....

No es posible entenderle en el manuscrito el sustantivo del último verso, que rime con el anterior; por lo que yo entiendo que este último verso de la octava debe decir:

«á usar con el tirano cruda prueba.»

El octavo verso de la trece octava dice:

«el mismo cierra luego por dentro»

y para que esté completo, entiendo que debió decir:

«el mismo cierra luego por adentro.»

El tercero de la catorce:

«Sentolo á la par de si muy amoroso.»

suena mucho mejor:

«Sentólo al par de si muy amoroso.»

El primero de la diez y seis se encuentra en el manuscrito de este modo:

«Quan aquel traidor muy alevoso»

y entendemos que debe leerse: *Cuando*, y aun así, para que sea verso endecasílabo, es preciso dividir el diptongo que hay en la palabra *traidor*, licencia frecuentemente usada en los poetas de aquel tiempo.

El verso quinto de la diez y siete:

«Castilla Castilla, alli decia»

puede completarse principiando con un *Por* ó con una *Y*, la cual no destruye el sentido, porque el período está completa-

mente terminado en el cuarto verso, y al séptimo de la misma puede sustituírsele diciendo:

«acuden luego todos al ruido»

Á el cuarto de la veinte le falta una sílaba para completar el verso, por lo que yo creo que el poeta diría:

«y es el segundo por su bien nacido»

ó

«y es el segundo él por bien nacido»

El cuarto de la octava veinte y cuatro:

«que por no sé, le halla, ni segundo»

Apenas se entiende lo que significa, por más que se presuma dijera:

«que primero no se le halla, ni segundo»

El séptimo de la veinte y cinco es indudable que diría:

«Este D. Pedro fué tan renombrado»

Sin que otra cosa más ó menos notable se observe en cuanto á la forma de lo que resta del Canto.

CANTO SEXTO

QUE TRATA COMO ALONSO YAÑEZ FAJARDO MATÓ Á UN TIRANO QUE TENIA HUSURPADA Á MURCIA

Ya suenan los Fajardos por el mundo
y sus grandes hazañas hinche el suelo
ha hechos tan famosos no hay segundos,
allegan sus hortigas hasta el Cielo,
ya lo saben allá en el profundo
á dó no gozan pues del claro velo
de estos la fama és de tanta gloria
que eternamente queda su memoria.
El Rey onceno Alfonso gran guerrero,
estando el Algeciras ocupado

mostrando su valor muy por entero
de suerte que los hubo conquistado:
mientras pasa esto allí un caballero
traidor y deslear aunque esforzado
á Murcia gran ciudad tiranizada
tenia aquel aleve revelada.
Ocho años la ciudad ha poseido
á pesar del buen Rey el Castellano
nadie hirle á la mano se ha atrevido
á aquel traidor famoso gran tirano,
por ser de gran valor y henrriquecido
tiene muy grande guarda el mal cristiano
cualquiera de enojarlo temor tiene,
y en avára perfidia lo sostiene.
A Murcia manda, y dice de derecho
venirle la ciudad hermosa y bella
cada cual recojia el duro pecho
sintiendo dentro el alma la querella.
No hay baron, aunque sea de alto hecho
que tome la demanda á defendella
Alfonso Yañez solo poderoso
pretende de matar al alevoso.
Aquel Alfonso Yañez tan nombrado
Fajardo apellidado el valeroso:
cierto dia en consulta se ha juntado
con muchos caballeros con reposo,
la plática se mueve grado en grado
tratando del tirano tan famoso
uno dijo; no hay cierto quien se atreva
á usar con el tirano cruda.....
Por que se halla estar tan potentado
que el mundo no le estime en solo un pelo,
y á el le és muy estrecho y abrebiado
que aun piensa conquistar el alto cielo.
Responde Alonso Yañez denodado:
no tiene el Rey del caso mucho zelo;
por que si el Rey quisiera darle muerte
sabe que no faltara cruda suerte;
La plática con esto fué acabada
y al Rey con gran secreto han enviado
si quiere ber á Murcia libertada

que de ello á Alonso Yañez de el cuidado;
que él se ofrecerá á dalla exonerada
del duro llugo del Adelantado
El Rey que aquello oyó tubo alegria
y á Alonso Yañez el recado embia.
Que al tirano matará si pudiese
que ponga en libertad la ciudad bella
y que la prenda suya recibiese
si con su fuerza y brazo libra á aquella
Ciudad tan hermosísima, y supiese
que grande bien le hará solo por ella
por verla libertada le daria
todo aquello que su poder podria.
Alonso Yañez fuerte Caballero
despues de aquel recado recibido
quedó espantado de ello el buen guerrero
que en nada de lo hecho han prevenido
los que con el hablaron de primero
que el negocio ellos solos han urdido:
pues sabian de cierto que Fajardo
no seria en la empresa nada tardo.
Luego que concertose el caballero
con otros hijos dalgos poderosos
que de Murcia tomasen el sendero
donde han de mostrar ser animosos
siguieron luego su animo severo
y en ir en su compaña ban gustosos
á todos les dejára en cierta parte,
y solo se partió aquel fuerte Marte.
Llegase á la gran casa muy guardada
de gente de armas toda dentro y fuera;
preguntale á la guarda tan preciada
si estaba allí su alteza ó donde hera
la guarda toda luego fué juntada
cualquier varon muy bien lo conociera,
Por ser hombre de cuenta y tan nombrado
de aquella guarda fué bien respetado.
Aquí esta sí su Alteza, han respondido:
¿que es pues lo que mandais, buen Caballero?
Responde el buen Fajardo muy cumplido
decille como hoy hablarle quiero,

si quiere dar licencia y es servido,
decille quien yo soy, y aqui os espero.
Un hombre se partió con la embajada
y á su Señor fué toda recontada.
Aquel presuntuoso.y gran tirano
sabiendo quien es el que hablarle quiere
que entre dice al instante muy ufano
que á escucharle gustoso se prefiere,
Entra luego Fajardo muy urbano
con el valor que el caso requiere;
y llegado que hubo al aposento
el mismo cierra luego por dentro.
Luego que aquel tirano poderoso
á Alonso Yañez toma por la mano
sentoló á la par de si muy amoroso
pensando que va hacerle el besamano
Hablale Alonso Yañez muy furioso
tratando sobre el buen Rey Castellano
diciendo que en el mundo no hay persona,
que haber merecer pueda una Corona
Sinó fuese aquel Rey que de Castilla
por derecho le viene el gran Reynado
y no merece nadie aquella silla
sinó el Rey Alonso tan nombrado
Aqueste manda á Cordoba y Sevilla
y el gran Reyno de Murcia señalado:
y puesto que husurpada á Murcia tiene
el volverla á su Rey luego conviene.
Quan aquel traidor muy alevoso
sintió lo que Fajardo le decia
mostrose en el aspecto muy furioso
y en viva saña todo se encendia
Levantose en un punto muy bravoso
prendello á grandes voces les decia:
Fajardo que sintió aquel duro juego
contra el tirano enviste como un fuego.
De puñaladas todo lo henchia
y luego la cabeza le ha cortado,
por una gran ventana lo metia
y del balcon á bajo lo ha arrojado:
Castilla Castilla, alli decia

Castilla por Alonso Coronado
acuden todos luego á el ruido
y aquellos que él dejará en escondido
Contra la guardia emviste bravamente
nombrando siempre al Rey el Castellano
horrible estrago hacen en la gente
de aquel traidor perverso mal tirano.
Pendones por el Rey muy prestamente
lebanta el buen Fajardo soberano
Murcia quedó asi luego apaciguada
y á la Real Corona sugetada.
Al Rey la nueva fué de lo pasado
y como Murcia estaba libertada
de esto sintió el Rey gozo sobrado
y á Fajardo le emvia una emvajada
haciendolo de Murcia Adelantado
metiendo todo el Reyno en contornada.
General lo hizo luego prontamente
por ser tan esforzado y tan valiente.
El nombre de Fajardos soberano
ya por el mundo todo va tendido
este Yañez tenia dos hermanos
y és el segundo por bien nacido
pues el fué tronco claro entre cristianos
de donde salió el fruto tán subido
que ponen el cielo claras ramas
hinchendo el emisferio de sus famas.
Y con D.ª María de Quesada
aqueste se ayuntó, gentil doncella
un hijo de valor, (cosa estremada)
nació de la qué fué única éstrella
D. Pedro se llamó sin faltar nada,
en el Fajardo no se hizo mella
D.ª Pedro de Fajardo fué llamado.
tambien fué Capitan y Adelantado.
Por sus virtudes altas y proezas
en todo el mundo fué muy afamado,
el burgo conto del dos mil grandezas
y ansi muy altamente fue casado
con una gran Señora que en nobleza
ninguna á la sazon le ha igualado

fué Leonor de Manrrique intitulada
de estirpe de los Reyes derivada.
El Sacro Ayuntamiento celebrado,
salió de aquestos dos una doncella
de tan alto valor tan encumbrado
que tocaba su fama en la alta estrella,
En esta el himeneo tan preciado
de grande estado fué, por que hera ella
en todo el emisferio sin segundo
D.ª Luisa Fajardo Flor del Mundo.
Aquel D. Juan Chacon tan memorado
en todo lo terreno de este Mundo
varon de grandes hechos ilustrado
que por no sé, le halla, ni segundo
Dejando aparte aquel Real estado
por que este fué en el Mundo sin segundo
mas despues de este nadie le há igualado
á aquel á quien tengo ya nombrado.
Con este fué ayuntada aquella estrella
D. Luisa Fajardo tan nombrada
á la sazon no fué cosa mas bella
y de estraña hermosura fué dotada
nació de aquesta planta otra mas bella
que siempre quedó en todo eternizada:
este fué D. Pedro tan nombrado
que el mundo bien tenia celebrado.
De este pues suenan hoy dos mil hazañas
aqueste fué llamado aquel gran Marte.
cosas hizo este muchas muy estrañas
mostrando su valor en fuerza y arte
desizo del morisco mil campañas
y de ellas ganó todo su estandarte,
mostrose en todo el mundo tan valido
que fué mas que el gran Marte muy temido.
Fué de tal valor este tan dotado
que vino á ser Marqués maravilloso:
en sus empresas todas fué ilustrado
pues mostravase en ellas valeroso
fué el Marques de los Velez tan nombrado
y de ellos el primero tan dichoso
el estado fué en el bien elegido

por haberlo de lejos merecido.
De aqueste el nuevo marte fué enjendrado
de aquel haremos caso en nuestra historia
este ser debe en todo aventajado
con hechos de inmortal y eterna gloria
Será D. Luis Fajardo celebrado
la obra de el hara muy gran memoria
Este el segundo fué de claro estado
Marques con Escelencia intitulado.
Mis cantos haran de el muy gran memoria
mi musa tiene de esto la esperanza
tratar de este varon de tanta gloria
mostrando su valor y su pujanza
grandezas contara aquesta historia
del valeroso esfuerzo de tal lanza.
Esto pues trataremos en sus cantos
á dó vereis allí cosas de espantos.

CANTO VII

Á propósito de extender por el mundo

«el valor Lorcitano y su estandarte,»

y confirmar ser cierto y verdadero haber habido las victorias que en él y todo el poema se declaran, consagra Pérez de Hita este Canto, compuesto de once octavas, diciendo: *Que trata de las batallas que tuvo Lorca con los moros de Almería y Vélez.*

Disiente el P. Morote en el nombre de Diego que á Fernández de Orozco, capitán de la jornada, adjudica Pérez de Hita, pues el famoso escritor franciscano dice que «el Adelantado D. Juan Fernández Orozco fué famoso por sus hechos en la defensa de la ciudad (Lorca), en la que como tan vecina y expuesta á los combates de las armas granadinas, ordinariamente asistia.» Es lo cierto, sin embargo, que según Cascales, Juan Fernández de Orozco fué teniente de Adelantado y Alcaide de Lorca, por D. Sancho Manuel, en los años de 1347; y que este capitán ganó la famosa batalla llamada de las *Es-*

cuchas, sitio á tres leguas de distancia, visible desde Lorca y camino de Vera, en el que acometió á los moros de Almería y de ambos Vélez, en número de quinientos peones y trescientos treinta jinetes, con sólo doscientos peones y treinta caballos, hasta que después de prinçipiado el combate salieran nuevas y numerosas compañías de la ciudad. Esta batalla la refiere minuciosamente el citado P. Morote en el capítulo V del blasón 3.º, pág. 332 de su «Historia de Lorca,» y no sólo afirma seguir á Hita en el relato, sino también *á la tradición*, en un todo igual á lo que refiere el poeta en este canto, en el que al verso séptimo de la octava siete

«mas antes viendo dan la vuelta»

le faltan dos sílabas, y que el poeta dijo:

«mas antes viendo que les dan la vuelta.»

El verso quinto de la octava ocho, que dice:

«pero la Caballeria poderosa,»

entiendo que debía decir:

«mas la caballería poderosa.»

El sexto de la misma octava,

«á ratos les lleva delantera,»

considero se completaría haciendo mejor sentido:

«á ratos les llevaba delantera.»

Finalmente, como el primer verso de la octava diez diga:

«Al Rey escriben luego lo que ha pasado,»

se me antoja que el poeta debió escribirle:

«Luego escriben al Rey lo que ha pasado.»

CANTO SÉPTIMO

QUE TRATA DE LA BATALLA QUE TUBO LORCA CON LOS MOROS DE ALMERIA Y VELEZ EN LAS ESCUCHAS

Grandes prohezas, grandes aventuras,
grandes batallas llenas de Loores,
casos grandes, y dignos de escrituras

grandes hazañas, muy grandes rancores,
quiero yo contar hoy por las venturas
de la Ciudad de Lorca y los rumores
que tuvo con los Moros de Granada
que és cosa para ser muy estimada.

(1) Viendo ya las grandezas favorables
de Lorca los Moriscos de Granada
y biendo los negocios favorables,
la tienen en la mente travesada
se admiran de los hechos memorables
de la Ciudad de Marte tan nombrada
y asi con grande emvidia se ha juntado
un Campo poderoso concertado.

(2) De Velez y Almeria se juntaron
trescientos treinta Moros poderosos
y de estos de á caballo se contaron
quinientos peones llevan valerosos
conque el campo de Lorca saquearon
como hombres muy valientes y animosos
en el muchos cautivos han tomado
y mucha cantidad de buen ganado

(3) Luego que los de Lorca han sabido
el daño que los Moros habian hecho
con treinta de á caballo le han salido
y doscientos peones de gran hecho
al bando de los Moros han seguido
á dos leguas le alcanzan (grande trecho)
comienzan con valor cruda batalla.
rompiendo el fuerte arnes y fina malla
La presa los Moriscos defendian
trabajan los cristianos por quitalla
de una parte y otra ya morian
y muy revuelta anda la batalla
los Moros la victoria pretendian
andaban los cristianos por ganalla
mas el valor de Lorca y sus cristianos
en mucha parte escede á los paganos.

(4) Las lanzas los escudos van rompidos
el fuego ya mostraba cruel efecto
el campo ya poblaban los heridos
que nó aprobecha el duro y fino almeto

tambien los de apeon andan asidos
bien muestran su valor ser muy perfecto
pelean como muy brabos Leónes
bien muestran ser allí grandes varones
(5) El animoso Alcayde muy furioso
es D.n Diego de Orozco tan nombrado:
exorta á su escuadron muy animoso
y asi se muestra en todo señalado;
pero el morisco bando temeroso
no tiene en pelear ningun cuidado
mas antes viendo dan la vuelta
ban ya los de acaballo á rienda suelta
(6) Lorca les ba al alcance muy furiosa
la presa les quitaron toda entera
la gente de ápeon maravillosa
ganaron de los Moros la bandera
pero la Caballeria poderosa
á ratos les lleva delantera
haciendo gran matanza en los paganos
aquellos valentísimos cristianos
(7) A Lorca se volvieron vitoriosos
la presa toda junta rescatada
aquellos caballeros valerosos
y gente de á peon tan estimada
ganaron cien caballos muy hermosos
doscientos Moros trae la cabalgada
toda pues juntamente se reparte
con darle á cada cual lo que és su parte.
(8) Al Rey escriben luego lo que ha pasado
dandole á conocer estas hazañas
de oirlo queda el Rey muy asombrado
sabiendo aquestas cosas tan estrañas
si aquesta gente yo tubiera al lado
conquistaria á todas las Españas
al Lebante tambien con el Poniente
y á todas las Ciudades del Oriente.
(9) Entiendense en el Mundo las grandezas
del valor Lorcitano y su estandarte
los Moros tiemblan ya de sus prohezas
y tienen muy gran miedo de su Marte
estan ya tan provadas sus noblezas

que alcanza ya á sabellas cualquier parte
y no ós ponga, señor, aquesto espanto
que mas teneis de oir de esotro canto.

Ilustraciones de este canto séptimo

(1) Narración de los hechos heroicos de la ciudad de Lorca.
(2) Los moros de Vélez y Almería corrieron el campo de Lorca.
(3) Corrió Lorca en su alcance. Batalla.
(4) Valor de Lorca.
(5) Orozco, Alcaide de Lorca.
(6) Vencimiento. Alcance.
(7) Presa. Repartimiento.
(8) Dióse aviso al Rey de lo sucedido.
(9) Resplandece Lorca, resonando sus hazañas por el universo.

CANTO VIII

En este Canto «*De la batalla que tuvo Lorca con Vera y lo que sucedió en ella, año 1407,*» después de describir muy elegantemente el poeta las faenas militantes y simulacros en que la guarnición de Lorca se ejercitaba, aún durante la paz, pasa á referir el cerco que los de Lorca pusieron á Vera, última ciudad en la parte oriental del reino granadino, reinando en Castilla Enrique III *el Doliente* y Jucef Mahomad en Granada.

Rotas las treguas por este último, el de Castilla ordenó se publicase la guerra, y así lo hizo el Mariscal de Castilla y Capitán mayor de la frontera del reino murciano, Fernán García de Herrera. Disienten Cascales y el Padre Morote en la fecha en que tuvo lugar el suceso que sirve de asunto á este Canto, y como en lo demás están de acuerdo, nos parece oportuno trasladar lo que dice Morote, para comprender mejor á Pérez de Hita: «En el año de 1406, se hallava en esta Ciudad de Lorca Hernan Garcia de Herrera, Mariscal de Castilla, y Capitan mayor de Frontera, y teniendo noticia por Jaime Blasco, Espìa de Lorca, que por veinte dias habia observado en tierra

de Moros sus movimientos, de que Reduan, Alguacil mayor del Reyno de Granada, con más de mil, y quinientos cavallos, y doze mil Peones, avia llegado á la Ciudad de Vera; y que otro Caudillo con otro cuerpo de gente, quedaba en Orce, cerca de los Velez; el Mariscal, que de ordinario asistia en esta fortaleza, no solo por ser el Antemural del Reyno de Murcia, si para observar las determinaciones de los Moros en sus jornadas, y deseaba alguna notable expedicion, dió luego aviso á la Ciudad de Murcia, para que con la mayor presteza embiasen el socorro, que pudiesen, asi de ginetes, como de peones, para que unidos con las tropas de Lorca, saliesen en busca del enemigo.»

«La Ciudad de Murcia, siempre fidelísima en el real servicio, alistó sus compañias, y con doscientos y cincuenta caballos, otros tantos ballesteros, y quinientos lanceros, salieron dia 4 de Diciembre, segun Cascales, llevando su pendon Juan Cornejo, Alguacil mayor de dicha Ciudad. En esta de Lorca, plaza fronteriza del Reyno, se hallaban, con el Mariscal de Castilla, Pedro Lopez Fajardo, Comendador de Caravaca; Alonso Yañez Fajardo, su hermano, que despues fué nuestro Adelantado, segundo de este nombre; Martín Fernandez Piñero, á quien llamaron, el del brazo arremangado; Don Ramon de Rocasul; Garcia Lopez de Cardenas, Comendador de Socovos; Juan Fajardo; Fernan Calbillo, y otros muchos Cavalleros, descendientes de los nobilísimos Conquistadores de Lorca. Formose un lucidísimo campo, compuesto de tresmil peones, de quinientos caballos, y ochenta hombres de armas, siendo más de los dosmil de la plaza de Lorca.»

«Formado en ella este lucido campo se destinaron para cada pendón de las dos Ciudades, especiales caballeros de los fronteros de Lorca; marchando las compañias de estas Ciudades bajo de su pendon respectivamente. El de Lorca con las suyas, como lo tenia de costumbre, pasó al devoto Templo de N. Señora de las Huertas, en el que implorando sus soldados el divino ausilio, ofrecieron sus banderas, poniendolas por alfombras, con sus corazones, á los pies de su Soberana Protectora. Dia 6 de Diciembre del dicho año salió de Lorca este Ejercito para la Ciudad de Vera, segun Cascales, fol. 181, Fer-

nan Perez de Guzman, y el P. Fr. Jaime Bleda, ponen esta Campaña en el año siguiente, de 1407 en el principio del Rey Don Juan el Segundo: Cascales en los últimos dias de Enrique Tercero, que falleció dia 25 de Diciembre de 1406. Pareceme mas fundado el sentir del P. Bleda, pues dice, que la Reyna, Madre del Rey Don Juan, y el Infante Don Fernando, tio del Rey, celebraron, y estimaron mucho esta salida, y Campaña, por sus victoriosas circunstancias. De esta opinion es Argote de Molina, Tom. I. lib. 2 fol. 271.»

«Luego que Reduan, Caudillo Moro, supo de sus espias la salida de Lorca de este tan lucido batallon, y que tomaron el camino de Pulpí, temiendo llegar á las manos con los cristianos, dividió sus tropas en las Ciudades, y Villas de su frontera, dejando para la defensa de Vera, trescientos ginetes, y mil peones. El Mariscal á vista de la plaza escuadronó sus tropas, desafiando á los enemigos para la batalla, ó á lo menos, para que su caballeria saliese á escaramucear con los Cristianos. Los Moros no admitieron el desafio, y cerrando las puertas de la Ciudad, se fortificaron temiendo el asalto de nuestras tropas. Mandó el Mariscal talar unas Huertas, y grandes parrales, que tenian los de Vera muy cercanas á la plaza. Entraron luego en consejo los Cristianos, en el que determinaron combatir la Ciudad por tres puertas que tenia, aplicando á cada una un pendón.»

«Al de Lorca acompañaron Fernan Calbillo; el Comendador de Aledo (1) Mosen Enrique; el comendador de Archena, y otros caballeros con sus compañias de Lorca. Al de Murcia, asistieron Juan Fajardo; Alonso Yañez Fajardo, y otros caballeros. Al del Mariscal, asistieron con él, Garci-Lopez de Cardenas; el Comendador de Moratalla; otros caballeros, y escuderos. Duró el combate desde las nueve de la mañana, hasta puesto el sol; y huvieran tomado la plaza los Cristianos, si huvieran tenido la prevencion de escalas. Murieron algunos cristianos, y huvo algunos heridos. De los Moros murieron mu-

(1) Castillo situado en una escarpada eminencia, 33 kilómetros de Murcia, al SO. y cerca de Lorca, capaz de doce ó trece mil hombres de guarnición; figuró mucho en los días de Alfonso VI, el conquistador de Toledo.

chos mas, y fueron más los heridos. Retirosé el Mariscal aquella noche á un sitio muy capaz, y á la mañana mandó saquear un grande arrabal, fuera de la Ciudad, y luego le pegaron fuego, no osando los enemigos á dejarse ver fuera de la plaza.»

«En esta ocasion tuvo noticia el Mariscal de Castilla de haber llegado á *Luxena*, Lugar tres leguas de Vera á el P., quinientos caballeros Moros montados, y dosmil peones, que de Baza venian de socorro á Vera. El Mariscal que deseaba una accion, en que se manifestase el valor de sus soldados, no obstante lo internado en este lugar, y estar á cortísima distancia los de Huercal Overa, Arboleas, Aibox, Cantoria, y otros, mandó marchar su campo volante con toda presteza, tomando el camino de la Vallabona.»

Lo ocurrido con motivo de este encuentro, nos lo refiere el poeta en su Canto siguiente, y en éste advertimos que el verso tercero de la octava tercera dice:

«han los hidalgos acordado:»

yo creo que diría Pérez de Hita:

«han aquellos hidalgos acordado.»

El quinto de la misma dice:

«Salió de Lorca un campo muy concertado,»

y sin duda el copista añadió la partícula superlativa que destruye el verso, pues omitiéndola queda completo:

«Salió de Lorca un campo concertado»

En el octavo verso de la misma octava, notamos lo propio en una de iguales partículas. Dice así:

«con animo muy crecido y muy valiente,»

debiendo ser:

«con ánimo crecido y muy valiente.»

El sexto verso de la octava séptima:

«para resistir mas las crudas mañas,»

y entiendo que sería mejor:

«para más resistir las crudas mañas.»

El verso cuarto de la octava décima dice:

«defendiendose tambien muy bravamente,»

y yo creo que el poeta dijo:

«defiéndense tambien muy bravamente,»

ó también

«defendiéndose bien y bravamente.»

El verso segundo de la octava duodécima dice:

«el campo fué en una punta aderezado,»

y positivamente esto es error del copista, porque el poeta indudablemente diría:

«el campo fué en un punto aderezado.»

CANTO OCTAVO

DE LA BATALLA QUE TUVO LORCA CON VERA Y LO QUE SUCEDIÓ EN EL AÑO 1407

¿O tiempo felicísimo y dichoso
cuando la buena y prés de los cristianos
estaban en su ser y en su reposo
mostrando su valor contra paganos?
¿Quan, bien aventurado y cuan gozoso
aquel que adquiera honrra por sus manos?
tiempo era aquel que florecia
la honrra y la virtud con gallardia.
(1) Los Hidalgos de Lorca valerosos
el estudio ejercicio que tenian
era mostrarse fuertes é industriosos
en casos de las armas que aprendian
En esto se mostraban ingeniosos;
jamas en otras cosas entendian
Estando en Lorca, todos, su frontera
supieron que un gran campo estaba en Vera
(2) Supieron que alli en Vera se han juntado
mas de doce mil Moros muy famosos
han los hidalgos acordado

de dalles la batalla muy furiosos,
salió de Lorca un campo muy concertado
de quinientos Caballos animosos
dosmil peones salen juntamente
con animo muy crecido y muy valiente.

(3) Los moriscos de Vera que sintieron
que vienen los de Lorca á dalles guerra
á medio del camino les salieron
cobrandoles el paso de la tierra
Los de Lorca sagazes lo entendieron
cogieronles la vuelta de la sierra
al pie de ella comienzan la batalla
los Moros ya no pueden escusalla.
Un muy gran Llano habia alli espacioso
aqui los de acaballo se han asido
resuenan las trompetas sin reposo
ya todo va revuelto y muy rompido
tambien el peonage muy furioso
lo alto de la sierra habia cogido
por todos se comienza la batalla
y cruge el fino arnes y fuerte malla.
Ya se estremece toda la campaña
anda ya la batalla con ruina
retumba todo el monte y la montaña
suena ya el gorpear en la marina
el eco corresponde (cosa estraña)
que alli en las hondas ramblas se avecina
el eco que resuena golpeando
lo causa estar la gente peleando.

(4) Hace ya el bravo asalto crudo efecto
dos mil pruevas se hacen mil hazañas
el retañer del sol el fino almeto
resuena por los montes y montañas
no aprovecha ya alli el fuerte peto
para resistir mas las crudas mañanas
y asi no se oyen ya sinó gemidos
que dan los casi muertos mal heridos.

(5) Pelean los Lorquinos con tal arte
que los Moros atras vuelven huyendo
nó osan esperar tan crudo Marte
mas los de Lorca banlos persiguiendo

gran ventaja llevava su estandarte
pues por los Moros siempre ba rompiendo
pero el bando Morisco no le espera
huyendo á rienda suelta vuelve á Vera.

(6) En el alcance Lorca los va hiriendo
Moro no se le pasa por delante
picando sus caballos corre huyendo
se vuelven como el viento que és levante
Lorca sus mismos pasos va siguiendo
con un valor crecido y muy pujante
En Vera el moro bando se ha encerrado
y Lorca luego allí los ha cercado

(7) De Lorca el peonage muy furioso
á Vera comvatia reciamente
andaban los de adentro sin reposo
defendiendose tambien muy bravamente
Dentro se entrara el pueblo velicoso
mas vinoles la noche de repente
apartarse al cristiano fué forzado
y en una orilla alli se ha retirado.

(8) Tubieron gran cuidado y centinelas
como hombres de guerra y de recado:
velaron por sus tercios bien las velas
velose el campo alli con gran cuidado
quitarse no quisieron las espuelas
cualquier caballo estuvo alli ensillado
tambien la noche toda el freno puesto
por si hera menester saltar de presto.

(9) El dia fué venido luminoso
el campo fué en una punta aderezado
á Vera le quemo el peon furioso
un muy grande arrabal que tiene al lado
un mensagero llega muy gozoso
diciendo que traia un gran recado
habló á los principales al oido
y luego lo que dijo se ha sabido.

(10) Que habia muchos Moros en Zurgena
seiscientos ginetes muy furiosos
de Baza de Almazor y de Purchena
dos mil peones todos animosos
y acuerdan de venir con orden buena

á socorrer á Vera muy rabiosos
Dijo asi el Adalid: no puso espanto:
como lo habeis de ver en este canto

Ilustraciones de este canto octavo

(1) Ejercicio de los hijosdalgos de Lorca. Aviso.
(2) Junta de moros. Juan Fajardo Capitán de Lorca y otros lugares.
(3) Ánimo de los moros. Destreza de Lorca. Batalla.
(4) Sigue la batalla.
(5) Fuga de los moros. Alcance.
(6) Cercóse Vera por Lorca.
(7) Combate. Retirada.
(8) Lorca bien disciplinada en la guerra.
(9) Destrucción del arrabal de Vera por Lorca.
(10) Aviso. Socorro de los moros á Vera.

CANTO IX

Interrumpió el poeta el Canto anterior dejando en camino de Zurgena, y para encontrarse con los moros de Baza y otros pueblos que venían en socorro de Vera, al Mariscal de Castilla (1) Hernan García de Herrera, asistido de tan principales caballeros como Pero López Fajardo, Comendador de Caravaca, y Alonso Yáñez Fajardo, su hermano; D. Ramón de Rocafull, y García López de Cárdenas, comendador de Socobos, que daban guarda y compañía al pendón de Murcia, y Juan Fajardo, Alcaide de Lorca, Fernán Pérez Calvillo (teniente del Adelantado mayor de Murcia D. Martín López de Córdova, Maestre de Alcántara), y D. Enrique Crivel, á quien

(1) *Mariscal de Castilla;* esta dignidad fué instituída por el Rey D. Juan I, y en ocasión de la guerra de Portugal. El primero que lo obtuvo fué D. Fernando Alvarez de Toledo, Sr. de Valdecorneja. El oficio de Mariscal de Castilla era asistir al Rey en los consejos de guerra, campañas y desafíos, aposentar los ejércitos en los alojamientos, para lo que tenían jurisdicción sobre los maestres de campo. Llegó á haber en Castilla hasta seis Mariscales.

llama Pérez de Hita en este Canto «gran Requibel á maravilla,» Señor de Pinilla, cerca de Alcaraz, de quien dice el erudito Cascales en los Discursos Históricos de Murcia y su Reino: «que era un gran caballero Francés, que casó acá con D.ª Elvira de Villodre, hija de García Fernandez de Villodre y de Doña Inés de Villena, hija de D. Juan Sanchez Manuel, Conde de.....» con otros muchos que guardaban el pendón y ordenaban los lorquinos.

En trece octavas trata Pérez de Hita «de las batallas de Zurgena y de lo que allí pasó,» y para mayor claridad é ilustración de este Canto, trasladamos á continuación lo que sobre el asunto que le forma dice Cascales en el folio 229 de sus Discursos Históricos anteriormente citados: «Llegada la noche se retiraron al Real los Cristianos, y otro dia de mañana mandó el Mariscal armar la gente, para quemar, y robar un grande arrabal, como lo hizo; y salido de él marcho con su gente á Xuxena, cuatro leguas de alli, pues que fué certificado, que habia quinientos Moros de á caballo, y dosmil peones recien venidos de Baza, para juntarse con los de Vera. Llegaron á Xuxena otro dia al alva, y los Moros que vieron venir los Cristianos salieron á ricibirlos; vieronse las caras los unos á los otros, y ordenaron sus escuadrones en esta manera. Los Moros se dividieron en dos partes, en una la caballeria, y en otro los de infanteria, y los Cristianos en tres, en la una una tropa de gente de á caballo, y en las otras dos escuadrones de Infantes. Puesta la gente en orden, movieron de una parte, y de otra, y escaramuzaron con gran anïmo, hasta que los Moros fueron desbaratados, y escaparon huyendo, dejando para pagar las costas muertos en el campo setenta y ocho de á caballo, y presos diez y nueve; y fueron presos, y muertos muchos mas, sino que tuvieron la acogida muy cerca; y de los peones murieron mas de ciento: siguieron el alcance los cristianos, hasta meter los Moros por las puertas de Xuxena: entrados que fueron, cerraron las puertas, y los cristianos combatieron la Villa hasta ganarla por fuerza de armas: los Moros que en ella estaban valieronse huyendo por la puerta que no se combatia, y es totros se retruxeron al Castillo; y otro dia de mañana acometieron los Cristianos, y la ganaron. Hallaron en la Villa cua-

renta Moros muertos, y sacaron un rico despojo de caballos, corazas y adargas. Fueron heridos en esta batalla ciento cincuenta cristianos del Mariscal, y los caballeros que con él entraron en la tierra de los Moros pelearon cinco dias con sus noches, y viendo que no podian combatir el Castillo, desmantelaron la Villa, y se salieron, certificados que se juntaban muchos Moros para recargar sobre ellos. Con esto, y con haber muerto á un valiente Moro llamado Alí Aben Muza, Caudillo de Baza, se volvieron los cristianos á sus casas muy alegres con esta victoria.»

«Quien mas se señaló en esta ocasion fué Alonso Yañez Fajardo, así en consejos, como en muchas pruebas que hizo de su persona. Envióse la nueva de esta victoria al Rey, cuando ya estaba propinquo á la muerte, y no huvo lugar de tratarle de esta, ni de otras cosas, porque le hallaron ordenando su testamento, que se hizo en 24 de Diciembre viernes de este año 1406, en la Ciudad de Toledo.»

Y volviendo ahora ya al poema, observamos que el verso sexto de la octava primera dice:

«y ejército muy furioso y gallardo.»

y debe ser:

«y ejército furioso y muy gallardo.»

El verso tercero de la tercera octava dice:

«cada cual se enhiestaba con los arzones,»

y esto es error evidente del copista, porque el poeta sin duda dijo:

«cada cual se enhiestaba en los arzones.»

El verso sexto de la quinta octava:

«el golpe peligraba fuerte y duro,»

y yo entiendo que debe ser:

«el golpe peligraba fuerte y rudo.»

Para que rime con *crudo* del segundo y *escudo* del cuarto.

En el verso tercero de la octava ocho se lee:

«Por otra parte suenan tambores,»

y creo que esto es error de la copia, porque el original diría:

«Por otra parte suenan atambores.»

CANTO NOVENO

DE LA BATALLA DE ZURGENA Y DE LO QUE EN ELLA PASÓ

(1) Y luego el Mariscal que es de Castilla
el buen Fernan Calbillo y Juan Fajardo
y aquel gran Requibel á maravilla
bravoso en el aspecto y en resguardo
conciertan que se mueva su cuadrilla
y ejercito muy furioso y gallardo
que busquen á los Moros de Zurgena
que estaban con los otros de Purchena.

(2) Marchaba todo el campo brevemente
con el ansia de hallarse en la batalla
el que camina pues mas diligente
es el Infante, que sin haber falla
quisiera batallar allí al presente
con aquella perversa y ruin canalla
Con deseos tan vivos ban llegando
á dó el morisco bando está esperando
Descubrense banderas y pendones
de aquel bando morisco alli ayuntado
cada cual se enhiestaba con los arzones
que quiere pelear como esforzado
aguija la batalla de peones
cojiendoles enmedio y por el lado
comienzan los cristianos crudo asalto
los Moros recibieron sobresalto.

(3) Los Moros heran muchos y esforzados
y quieren pelear como varones
del Olivar se salen denodados
y quieren en los llanos las cuestiones.
Los Cristianos lo son muy avisados
y entiendenles muy bien sus intenciones
en esto arremetieron muy furiosos
mostrandose en los gorpes animosos.

(4) Qualquier Moro arremete muy furioso
mostrandose severo, fuerte y crudo
almete muy lucido y relumbroso

con dos hierros de lanza, fuerte escudo
comienzase el asalto peligroso
el golpe peligraba fuerte y duro
la batalla se esta del todo asida
de todas partes va encrudelecida.
Andaba la vallesta, el crudo dardo
el escudo, la lanza y zimitarra
cualquier Moro y Cristiano vá gallardo
el golpe que se tira no se marra
como un Leon enviste Juan Fajardo
y el fuerte Mariscal, segun se narra,
sus claros hechos viendo tan lustrosos
se muestran los de Lorca valerosos.

(5) Ya rompen la batalla fuertemente
matando de los Moros avundancia
heridos andan ya tan crudamente
qu los cristianos llevan gran ganancia.
El crudo Marte ya muy bien se siente
aunque allí se les daba en poca instancia
de muertos queda el campo ya sembrado
la muerte se mostraba en cualquier lado.
Caballos andan muchos sin señores
resuenan las trompetas roncamente
por otra parte suenan tambores
clarines y duzainas juntamente
en todo el rio sienten los rumores
del escuadron cristiano y mora gente
resuenan por mil partes alaridos
parece que en el cielo son oidos.

(6) Los Moros viendo el pleito mal parado
luego al pnnto se ponen en huida
y dentro de Zurgena se han entrado
por solo restaurar allí la vida,
Lorca sigue con ellos lado á lado
y en este alcance pierden mil la vida,
Al fin los Moros todos encerrados
quedaron de la fuerza custodiados.

(7) Los de Lorca se entraron en Zurgena
á pura fuerza de armas fué ganada
al saco luego al punto se condena
pasando á cuantos hallan por la espada;

Vense gritar los niños ¿triste pena?
cualquier muger se llama desdichada
De niños y mujeres el gran duelo
suvia con clamor al alto cielo.

(8) Causaba el crudo asalto tanto estruendo
que aquellos hondos rios se atronaban
los ecos de los tristes que muriendo
socorro á muy gran prisa demandaban
con esto los de Lorca van saliendo
con una rica presa que sacaban
Salieron de allí, por que han savido
que un gran socorro al rio era venido;
Sacaron una presa muy hermosa
de moros y de niños y doncellas
que cada una hera tan graciosa
que no habia en el mundo otras mas que ellas
oro, seda y la ropa mas preciosa
con otras cosas ricas y muy bellas
con esta presa á Lorca se han tornado
cada cual hijo dalgo prosperado.

(9) Batalla fué esta digna de memoria
por ser caso muy arduo y muy notable
y asi siempre estará puesto en historia
para que de continuo sea loable
Lorca queda gloriosa en la victoria
con un inmenso triunfo memorable
este canto aquí queda acabado
mas otro canto queda á ese otro lado.

Ilustraciones de este canto noveno

(1) Esta batalla se dió nueve leguas de Lorca. Juan Fajardo Capitán de Lorca. El Mariscal de Castilla, Calbillo y Requibel eran fronteros.

(2) Marcha el campo.

(3) Batalla.

(4) Esfuerzo de los moros.

(5) Valor de la gente de Lorca.

(6) Fuga del moro. Zurgena, pueblo morisco. Alcance por Lorca. Victoria.

(7) Saco de Zurgena por las tropas de Lorca.

(8) Retírase Lorca con la presa.

(9) Vuelve Lorca con la victoria, que consta por los papeles del Archivo de esta ciudad.

CANTO X

Resultancias de las cabalgadas sobre las tierras del enemigo, ó de las algaradas con las que solían correr y saquear el país fronterizo y contrario, observamos que vienen siendo los reencuentros, combates y batallas que describe nuestro poeta en sus cantos.

Fiestas militares ó hechos de armas que vienen sucediéndose desde los tiempos de Alfonso el Sabio, el que conquistó á Lorca cuando tenía veinte y dos años, según atestiguan unos versos antiquísimos, que aun en el día clara y distintamente se leen en el pintorreado camarín de Nuestra Señora de las Huertas, de aquella insigne y bella ciudad, que dicen:

«A Lorca conquistan, de veinte y dos años
El sabio Príncipe y su escuadron valiente
Auxiliados de María y San Clemente.»

Tales correrías ó incomodidades sucedían casi siempre cuando se rompían ó alteraban las treguas pactadas, ya por convenir así al monarca castellano, ó ya por la misma razón al islamita.

En este canto décimo se trata: «De la batalla que se dió en el puerto del Conejo á los Moros de Baza, por las tropas de Lorca.»

Cascales nada habla del suceso, pero Morote, discordando de D. Martín de Cuenca Fernández Piñero, Capellán Mayor del Santuario é historiador de la Santísima Cruz de Caravaca, le hace suceder en el Reinado de Don Juan II por los años de 1435, mientras que este último le coloca cinco años después por suceder en el de 1440.

Es de extrañar este error de Cuenca Fernández Piñero, próximo descendiente del caudillo de la empresa en el puerto del Conejo, empresa que tan feliz remate tuvo para los caballeros fronteros del Adelantamiento del Reino de

Murcia. Y sin embargo, Morote ratifica su fecha con la existencia de un real despacho expedido por Don Juan II en la Villa de Portillo el año de 1436, en el que se declara cómo Martín Fernández Piñero, Alcaide de Lorca, con la gente de ella, venció á los Moros de Granada que habían saqueado la villa de Calasparra, en el puerto del Conejo, etc., cédula que Morote vió en el archivo de la Ciudad de Lorca.

De ésta era efectivamente Alcaide Martín Fernández Piñero, porque «Alcaides de estos Alcázares fueron muchas personas reales, siendo el primero Don Pedro Ponce de León, quinto nieto del Conde de la Minerva y de Doña Estefanía.» «A este insigne caballero (dice Morote) se siguieron Don Juan y Don Sancho, hijos del Infante Don Manuel, los Condes de Carrión, los Condestables de Castilla y otros grandes Señores, hasta Martín Fernández Piñero, famoso por sus grandes hechos y por su devoción á la Madre de Dios, que invocaba en esta milagrosa Imagen Real de Nuestra Señora de las Huertas. Este gran caballero dió en dote á una hija suya, con facultad real, la Alcaidía de estos Alcáceres, y casando esta Señora con Don Alonso Yáñez Fajardo, el segundo, y también segundo Adelantado de este reyno de Murcia, se perpetuó dicha Alcaydía en la Excma. Casa de los Fajardos, Marqueses de los Vélez hasta el Sr. D. Fernando Joaquín Fajardo.»

En otro lado dice también el P. Morote que Piñero era zurdo, y que con un brazo arremangado entraba en las batallas, por lo que sospecho que el Rey de los Garamantas, el famoso Pentapolín del arremangado brazo, del inmortal Cervantes, está calcado en una no muy velada alusión á Fernández Piñero, y alguna que otra semejanza se me antoja también en el motivo de las pendencias que existían entre este Príncipe y el grande Emperador Alifanfarrón, con las eternas discordias que por aquellos días sostenían Fajardos y Manueles, y muy especialmente las revueltas que presenció Lorca por la boda de la *Piñerica* con Don Alonso Yáñez Fajardo, todo lo cual por lo ruidoso conoció mucho más tarde y con toda seguridad el Manco de Lepanto.

Empero volviendo á la acción del puerto del Conejo, nos parece pertinente para mayor aclaración del canto de Pérez

de Hita lo impreso por el P. Morote, no haciéndolo de lo que dice Don Martín de Cuenca, porque la diferencia es casi imperceptible, excepción hecha, como dijimos antes, de la fecha del suceso, y aun siendo mucho más parco y breve que el P. Morote en materia de alabanzas é historias de su antecesor Fernández Piñero, cuya casa ó descendientes residen hoy en Cehegín en la de Don Santos de Cuenca, donde hasta hace muy poco existían armaduras, etc., de Fernández de Piñero, siendo hoy poseedor de once de las doce vinculaciones que fundó el citado capellán Don Martín de Cuenca Fernández Piñero, en muchas de las que manda á los que sucedan en ellas que siempre se han de firmar *Cuenca Fernández Piñero,* sin duda para que no desapareciesen los ilustres apellidos del fundador, puesto que añadía que nunca se habían de firmar el *Cuenca* sin el *Fernández Piñero,* ni éste sin aquél.

Con los sucesos ventajosos que lograron las armas católicas en la frontera del reino de Murcia contra la casa de Granada, siendo regularmente los campos de Lorca sangriento teatro para los mahometanos, menguando las lunas á vista de las cristianas banderas, viendo los moros de Guadix y Baza las desgraciadas salidas que experimentaban sus jornadas de los campos de Lorca, determinaron, dice el P. Morote, una poderosa entrada en el Reino de Murcia por diversa parte. Para este fin tocaron el arma, y con un lucido cuerpo de tropas arregladas, salieron de las dos ciudades los más famosos caballeros, dirigiendo sus marchas por la Oya de Baza á los campos de la Villa de Caravaca, los que, como dice Don Martín de Cuenca en la Historia de la Santísima Cruz, corrieron con crecidos daños de las haciendas y personas de los Cristianos. No contentos con tan ricos despojos, y ansiosos de las famas de sus banderas, se encaminaron con soberbio orgullo á la Villa de Calasparra, distante de Caravaca cuatro leguas.

Pusieron sitio los Moros á esta Villa, la que ciñeron y combatieron, aunque sin efecto, por el valeroso esfuerzo con que los de Calasparra guarnecieron y defendieron la Villa. Los granadinos ocuparon un arrabal, el que saquearon, y viendo la valerosa confianza con que los alentados hijos de Calasparra resistieron los asaltos del bando moro, desistieron de su

empeño y continuaron las hostilidades en los campos. Noticiado Garci López de Cárdenas, Comendador que era de Caravaca, de estos estragos, dió aviso á Lorca, para que acudiese prontamente con el socorro de tropas, para el remedio de tantos daños. Era á la sazón Alcaide de Lorca Martín Fernández Piñero, famoso Capitán, y afortunado en las batallas, quien con la mayor presteza hizo tocar luego el rebato en la grande y fuerte Torre Alfonsina. Juntáronse hasta trescientos hombres, caballeros valerosos y muy prácticos en el manejo de las armas y versados en las batallas con las granadinas tropas, la mayor parte de caballeros montados en diestros y ligeros caballos.

El Alcaide Piñero, como tan experimentado en estas jornadas, despachó con toda vigilancia algunas espías para que avanzadas á los campos, que corría el escuadrón morisco, observándole á éste sus movimientos, pudiesen noticiar á Piñero el rumbo de su retirada. Era el Alcaide Piñero especial devoto de la Madre de Dios, y habiendo visitado su Santo Templo, invocando su patrocinio en la presencia de su milagrosa Imagen de las Huertas, salió de Lorca con su arreglado y lucido batallón, por el camino de Campo Coy, con el designio de cortarles la retirada á los moros, saliéndoles al encuentro en los confines de los campos de Vélez Blanco, Caravaca y Moratalla. Para cuyo fin, dejándose á Caravaca á la derecha, caminaron entre Poniente y Norte, hacia la parte que llaman el puerto del Conejo, término de la famosa Villa de Moratalla. Fué avisado el Alcaide Piñero de sus espías de venir marchando los moros con grande cabalgada de ganados, mayor y menor, y muchos cautivos cristianos, encaminándose al dicho puerto del Conejo.

Don Martín de Cuenca en la dicha historia, dice, que los de Caravaca, juntos con los de Lorca, caminaron en busca de sus contrarios los moros, y que vinieron á las manos con ellos, trabando sangrienta batalla, en el dicho sitio, el que dista de Lorca catorce leguas. El valeroso Alcaide arregló su campo, disponiendo sus escuadras en tal forma, que no pudieron ser vistas del enemigo, en una emboscada, pudieron asaltarle con feliz efecto.

Armados todos con ánimo valiente, llegó el batallón enemigo al Puerto, en el que ya se juzgaba seguro, por hallarse muy vecino á los campos de Huéscar y Orce, poblaciones del Reino de Granada. Los enemigos llevaban toda la presa en la vanguardia, y luego que los cristianos los vieron salir del Puerto, la cortaron con la mayor presteza, y dando el Santiago cuando menos pensaba el enemigo, resonando cajas y clarines, acometieron con tanta ligereza, valor y acierto, que, al paso que lograron los Cristianos un suceso afortunado, le sintieron los moros azaroso. El cristiano bando, como prevenido, continuó con el mayor ardor sobre sus contrarios el sangriento choque. Los moros, aunque valientes, no pudiendo unirse ni formarse para la batalla, procurando defenderse, aunque sin orden, y conociendo la insignia de Lorca en sus pendones, y á Martín Fernández Piñero por su Jefe, buscaron la fuga precipitada del salvamento.

Los valerosos lorquinos quedaron dueños del campo, destrozando el enemigo y restaurada su cabalgada. Fué ésta una victoria tan completa, que apenas quedó de los enemigos quien pudiese llevar á Baza y Guadix la infausta nueva. Hasta aquí Morote.

Analizando el canto, vemos que el verso séptimo de la octava ocho dice:

«dó dura siempre la memoria,»

y creo que el poeta dijo:

«dó dura siempre eterna la memoria.»

La octava nueve dice así:

«Ya sabeis que los Moros esperamos
para á ellos quitar la cabalgada.»

Sin embargo, el P. Morote, que sin duda lo copió del original, dice:

«Ya sabeis que á los Moros esperamos
para les quitar la cabalgada.»

Estas ligeras variantes denotan que los copistas no fueron muy exactos ni han sido tampoco escrupulosos.

En la octava diez también se ven algunas variaciones entre el manuscrito y Morote: prefiero el manuscrito.

La octava diez y seis del manuscrito empieza:

«Siguieron los de Lorca alanceando,»

cuyo verso es preferible al que copia Morote así:

«Van los de Lorca alanceando»

El once es incompleto.

Y no se diga que el manuscrito está corregido, porque en el segundo verso de esta misma octava se lee:

«á aquella bruta, é infeliz canalla,»

y es más correcto el que en el mismo lugar copia Morote:

«A toda aquella bruta y vil canalla»

Otras variaciones se advierten en esta octava, pero que no influyen ni en la medida del verso ni en su sentido.

CANTO DÉCIMO

DE LA BATALLA QUE SE DIÓ EN EL PUERTO DEL CONEJO Á LOS MOROS DE BAZA POR LAS TROPAS DE LORCA

(1) Los animos valientes generosos
no sufren solo un punto estar parados
antes bien se afanan orgullosos
vuscando los negocios afamados,
los hombres pues rovustos y furiosos
no temen los peligros ocultados
los puntos de la honra escudriñando
cualquier inmortal hecho eternizando.

(2) Los Moros de Guadix tambien de Baza
con muy crecido esfuerzo concertaron
de ir secretamente á buscar casa
y al gran Reyno de Murcia enderezaron.
En Calasparra hecharon bien su traza
pues todo el arrabal le saquearon
Corriendo desde allí todo el partido
con un plazer muy grande y muy crecido.

(3) Luego que Caravaca supo el daño
y la presa que lleva el bando Moro
á Lorca va un peon á paso estraño
para que salga presto de socorro
Piñero suve luego en un castaño
Caballo, es el que vale un Tesoro
y baja del Castillo hacia la Villa
con un furor muy grande á maravilla.

(4) Tocan pues la campana del rebato
trescientos se han juntado prestamente
ya quisieran hallarse en el contrato
envueltos en aquella mora gente
sacaron luego todo el aparato
Trompetas y tambores brevemente
trescientos solo fueron los varones
compuestos de caballos y peones.

(5) Llevaron Adalides muy espertos
que saben por los pasos bien la tierra
obligabanse hacer grandes efectos
ora sease en paz, ó fuese en guerra
catorce leguas andan muy contentos
á donde piensan dar muy cruda guerra
que fué en el propio puerto del conejo
y allí de guerra tocan á consejo.

(6) Que miren el camino si han ollado
aquellos cruelísimos paganos
miraronlo muy bien; mas no han pasado
de que se holgaron mucho los cristianos
Un Adalid muy diestro y avisado
se suve sobre un monte á ver los llanos
por que si el moro bando pareciese
en un momento, el noticia diese

(7) Despues de estar ya puesta la emboscada
el buen Martin Fernandez gran guerrero
con dulce voz, sonora y agraciada
proclama de este modo el buen Piñero:
bien sabeis, compañia muy preciada
que para ganar fama un caballero
ha de usar del esfuerzo y valentia
mostrando su valor con su osadia.
Mostrando gran valor, gran ardimiento

en los peligros grandes, que son tales
acometiendo luego en un momento
en los negocios arduos inmortales
si sacan de estos tales vencimientos
quedarase esculpido en los anales
dó dura siempre la memoria
por ser ganada aqui con gran victoria.

(8) Ya sabeis que los Moros esperamos
para á ellos quitar la cabalgada
y aunque somos tan pocos los que estamos
mostremos el valor en tal jornada:
en biendo al moro bando á él salgamos
demosles á entender con nuestra espada
que somos todos fuertes y guerreros
y en nuestras obras tales caballeros.

(9) Mas todos á una voz an respondido
asi los de acaballo y los peones,
á eso solamente hemos venido,
á pelear asaz, como varones:
En esto el Adalid ha descendido
por haber descubierto tres pendones:
conoce ser de Moros ciertamente,
y Lorca se adereza prestamente,

(10) La cabalgada toda va delante
quedando el bando moro á reta guarda:
pasó todo el vagage en un instante
muy pocos moros van á la vanguarda
De Lorca el buen Caudillo tan pujante
mandó tocar ál punto la vastarda
los Moros en oirla se han turbado
y de ello cada cual está espantado.

(11) Salioles adelante el buen guerrero
llevando el brazo izquierdo remangado
¡O buen Martin Fernandez, buen Piñero
que siempre te mostrastes aventajado!
Sus compañeros salen tan de vero
que muy poca ventaja se ha llevado
pues su marcial valor tanto se exalta
que allí ninguno de ellos hizo falta.

(12) Los Moros reconocen á Piñero
por señas y por obras tan nombrado

conturvase allí el animo mas fiero
del Moro, aunque fuese muy osado
mas muestran un denuedo tan entero
aunque su corazon ya es desmayado
Comenzaron asi cruda batalla
por ver que ya no pueden escusalla.

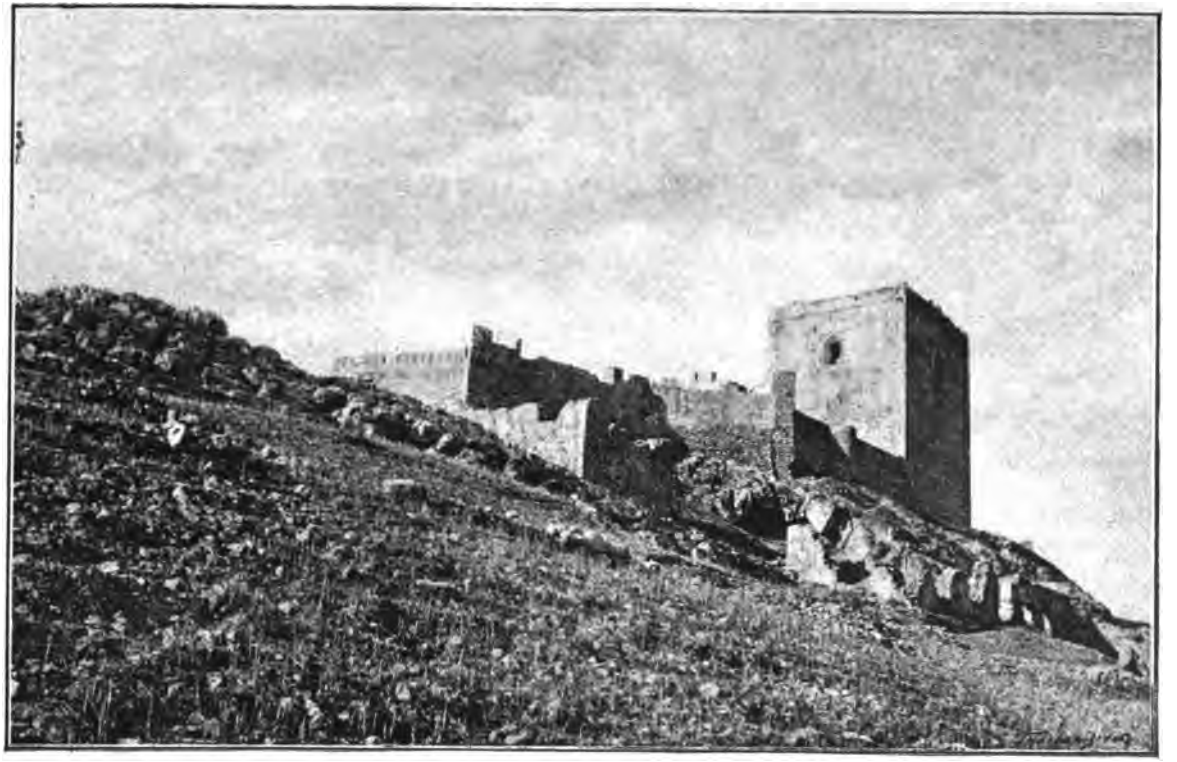
(13) Resuenan las trompetas y tambores
los añafiles suenan de otra parte
alarma, alarma tocan con rumores:
empieza el asalto y crudo Marte
mostrando los de Lorca sus valores
con gran ventaja llevan su estandarte,
rompieronse las lanzas los escudos
las carnes rompen con sus golpes crudos
Queda alli el fino almeto destrozado
Que el ser fino no vale, ni perfecto
Destrozan el escudo aunque azerado
rompian el furioso y fuerte peto
andaba la batalla en tal estado
que ya los Moros sienten grande aprieto
no pueden ya sufrir á los cristianos
y se desvarataron los Paganos.

(14) Siguieron los de Lorca alanceando
á aquella bruta, é infiel canalla
los Moros hivan todos desmayando
no queriendo asistir á la batalla
mas y mas se hiva Lorca encarnizando
haciendo recrugir muy bien la malla
no dejan Moro á vida los cristianos
muy pocos se escaparon de sus manos.

(15) Quedaron los cautivos livertados
la cabalgada toda se reparte
entre los hijos dalgos esforzados
cada uno se lleva su igual parte
caballos y jaeces muy preciados
hechos de seda y oro y mucho esmalte
que hera de un valor engrandecido
y alli todo les fuera repartido.

(16) De Caravaca vino luego gente
que á gran prisa venian de socorro
hallaron ya la presa libremente

UNIV. OF
CALIFORNIA



LORCA. — La Torre Alfonsina

y muerto y destruido el bando moro
llevaron los cautivos solamente
estimando esto mas que un gran tesoro
alli se han unos de otros despedido
y este canto es aquí ya fenecido.

Ilustraciones á este canto décimo.

(1) Esta batalla se dió catorce leguas de la ciudad de Lorca. Ánimos fuertes.
(2) Orgullo de los moros. Corrieron á Caravaca y su partido.
(3) Martín Fernández Piñero, Alcaide y Capitán de Lorca.
(4) Tocan á rebato.
(5) Marcha doble de Lorca, Consejo de Guerra.
(6) Reconocimiento de los de Lorca.
(7) Emboscada. Parlamento del Capitán.
(8) Perpetuar la fama.
(9) Valor de Lorca. Aviso de la centinela.
(10) Tocan alarma.
(11) Capitán Piñero.
(12) Confusión del enemigo.
(13) Batalla.
(14) Destrozo de los moros por Lorca.
(15) Repartimiento de los despojos de los moros de esta victoria. Y largos escritos del Archivo de esta M. N. y M. L. ciudad de Lorca.
(16) Hubo pleito con unos vecinos de Murcia, por decir se les debía restituir la presa por los de Lorca, alegando era suya; pero no se les volvió.

CANTO XI

Nada habla (1) el grave historiador Cascales de la victoria que ganó la gente de Lorca en el Aljibe de los Cabalgadores, ni otros autores del peso de Cascales se ocupan de suceso tan insigne en aquellos tiempos; empero no sucede así respecto al P. Morote, que al ocuparse de él en el cap. XI de sus *Blasones de Lorca*, parte segunda, lib. III, pág. 342, don-

(1) Aun cuando Conde y otros autores no hacen mención de este hecho, por ser cosa puramente local, se halla apoyado por historiadores de Lorca y por la tradición autorizada del país.

de el lector puede verlo extensamente, confirma su relato asegurando que de él se ocupan Fray Antonio de Santa María en su *España Triunfante*, folio 299, columna primera; Tamayo de Salazar en sus *Triunfos Católicos*, y finalmente, Vargas en su *Historia de Nuestra Señora de las Huertas*. Para nosotros es indiscutible que fué un hecho muy importante en aquellos tiempos, puesto que aun en el día se ve en la Capilla derecha del altar mayor de la Iglesia del Monasterio de Nuestra Señora de las Huertas, muy toscamente pintado, la Batalla del Aljibe de los Cabalgadores, destacándose en primer término, con el famoso Piñero, el Príncipe Moro Abenrahó atravesado por la terrible lanza del Alcaide de Lorca, y cosido con ella al cuello del caballo.

Añade Morote que en la Lonja de la Ciudad se hizo pintar el suceso victorioso para perpetuarle; pero en la Sala de sesiones del Ayuntamiento he visto tan solamente los cuatro cuadros que pintados al óleo existen aún y representan «La rendición y entrega de las llaves de la Ciudad al Rey Sabio,» «La Batalla de los Alporchones,» «La hazaña de los cuarenta con el robo de la novia de Serón», y finalmente el alegórico de «La batalla habida con los Moros de Vera en las Peñuelas.»

Es de un interés muy subido este canto, pues el romance que en él introduce nuestro poeta, romance que el Príncipe Abenrahó, venido de la Ciudad de Buxia para batirse expresamente en singular combate con el famoso Piñero, canta con laúd hermoso, y teniendo en cuenta que el poeta lo escribió en 1572, y por consiguiente bastante antes que sus *Guerras civiles*, nos inclina á creer que Ginés Pérez de Hita no necesitaba recoger ó recopilar los vulgares trasmitidos de un modo oral para adornar sus obras con los que no fueran propios de su estro.

Este canto puede ser tenido también como el *Blasón* ó el libro de Hijosdalgos de la antigua Ciudad del Sol, *ó de la pelea*, como quiere que signifique el P. Guadix en su *Gramática arábiga* la palabra ó voz de *Lorca*; y el preguntar con admiración un Príncipe tan insigne y descendiente del grande Aníbal por Fajardo, Rendones de Luna, Albuquerques, Sánchez Martínez, Moratas, etc., etc., es en nuestro concepto el

medio más adecuado de celebrar con la mayor ponderación la hidalguía y renombrado valor de las gentes lorquinas.

Y como quiera que el P. Morote copia servilmente á Pérez de Hita, al canto de éste remitimos al lector sin otras aclaraciones, siendo únicamente muy de advertir las notables palabras con que Piñeró aceptó con el reto del gallardo y noble moro la batalla propuesta, diciendo: «Este desafío va en nombre de Nuestra Señora de las Huertas; mi Alférez y Trompeta para ciento; yo para doscientos y los demás para el resto, y el socorro de Santa María de las Huertas para todos: Santiago y á ellos.» Y cuenta la tradición que no faltó el buen Alcaide á su palabra, por haber dado buen fin de ellos, escapándose muy pocos, á pesar de ser más que duplicado su número.

En cuanto á la forma poética, el verso cuarto de la tercera octava dice:

«de este Moro mucho levantados:»

Es posible que el poeta lo escribiera así, pues se ve con frecuencia en los de su época abusos de la licencia de separar los diptongos y la vocal con que termina una palabra de la inicial de otra; sin embargo, el verso sería completo diciendo:

«de aqueste moro mucho levantados.»

El quinto de la cuarta octava dice:

«fué bien por Abenrraho agraciado.»

Yo creo que aquí hay equivocación, pues en lugar de *agraciado* debe ser *agradecido*, para que rime con el verso primero y tercero de la misma octava, sin que por ello se resienta el sentido.

El segundo de la quinta,

«tambien por un Mateo Rendon de Luna,»

y el P. Morote, en vez de esto, dice:

«tambien por un gran Rendon de Luna,»

y es muy de notar que á este verso le falta una sílaba, por lo que es preferible el del manuscrito, como también el cuarto de la misma:

«que á los Moros no temen cosa alguna,»

que Morote le sustituye con:

«que no temen á los moros cosa alguna,»

De la misma manera se advierte que el quinto de esta octava es en el manuscrito:

«pues con estos desea el Libio fiero,»

mucho más perfecto que el trasladado por Morote:

«con aquestos quiere el moro fiero;»

y lo propio ocurre con el sexto del manuscrito:

«provar de lanza á lanza su fortuna,»

mucho más bello en nuestro juicio:

«probar luego su próspera fortuna,»

que pone Morote.

En el pareado de la misma octava, tanto en el manuscrito como en Morote, se nota el mal efecto que produce el consonante igual á los versos impares, y sin embargo, en el manuscrito no se altera el sentido, cómo sucede en los copiados por Morote.

Siguiendo la comparación entre el manuscrito y los versos trasladados por dicho autor, comparación en que también puede acompañarnos el lector, consultando al P. Morote en su libro *Historia de Lorca,* se observa que, en algunas ocasiones, el manuscrito es más exacto que lo copiado ó trasladado por el Franciscano; pero en otras sucede lo contrario. Así acontece en el segundo verso de la sexta octava, adonde parece se revela esta observación.

Leemos en el manuscrito:

«por unos Chuecos brabos y famosos,»

y creemos es más exacto el de Morote:

«por unos Perez Chuecos muy famosos,»

pues, en efecto, la familia era de Pérez Chuecos, formando, como Ponce de León y otros muchos, un solo apellido.

No sucede lo propio en el tercero, adonde es preferible el verso del manuscrito:

«por aquellos Guevaras afamados.»

al del de los *Blasones de Lorca*:

«por unos Guevaras afamados.»

Y lo mismo pudiéramos decir del cuarto:

«y por unos Moratas velicosos»

toda vez que suprimida la *y* con que empieza, como lo hace Morote, incompleta el verso.

En el pareado de esta misma octava también resulta más feliz el manuscrito:

«todos son hijos dalgos Montañeses
del Reyno de Aragon y Burgaleses,»

puesto que los publicados por Morote:

«todos son hidalgos montañeses
dentro de Leon y Urgaleses»

son incompletos y en parte incomprensibles.

Aunque nos hemos detenido en el examen de esta octava, compararándola con las que publica Morote en la ya citada obra, lo hemos hecho más para remitir al curioso al examen y comparación del manuscrito que publicamos, y la muy pequeña parte publicada por Morote; y además, para justificar las incorrecciones que se observan en una y otra parte, debidas problamente á los copistas, y no al poeta, que tal vez no incurriese en tales errores ó extravíos.

En la primera octava, después del romance del Moro y en su tercer verso, hay una incorrección que indudablemente se debe al poeta, porque en su época se abusaba mucho de la licencia de colocar los acentos adonde más les placía; nosotros no le tocamos, dejándole como está por respeto al autor.

En la siguiente octava, sexto verso:

«mirando desde allí los alrrededores,»

creemos que sería mejor:

«mirando desde allí los alrredores.»

Enamora, entre tanto y tan notable descuido del poeta, versos como los de la octava sexta, después del romance, sobre

los que llamamos la atención de los lectores; y por cierto que en el séptimo verso el copista suprimió indudablemente una palabra:

«las y el blason de donde vienen,»

siendo á todas luces:

«las *armas* y el blason de donde vienen;»

del mismo modo en el primer verso de la que sigue:

«Por la puerta de Nogalte salen fuera,»

introdujo el copista una sílaba más, pues pudo decir el poeta:

«La puerta de Nogalte salen fuera,»

ó

«Por la puerta Nogalte salen fuera,»

y estaba corriente.

El quinto verso de la octava doce después del romance:

«Diego Lope de Guevara buen guerrero,»

resulta mejor suprimiendo el *de*, y el sexto de la siguiente quince resultaría también mejor diciendo:

«Entran en la batalla valerosos.»

El segundo verso de la diez y seis,

«que causaba temor solo el escuchallo,»

debe ser:

«que causaba temor solo escuchallo,»

ó

«que causaba temor el escuchallo.»

En el séptimo de la siguiente, el copista ha introducido una *Y* al principio de él, la que una vez suprimida, resulta el verso perfectamente.

El último verso de la antepenúltima octava,

«solo quince, y aun no, alli volvieron,»

se nos antoja peor que el copiado por Morote,

«apenas solo quince allí volvieron.»

CANTO ONCENO

DE LA BATALLA DE LOS CABARGADORES Y LO QUE EN ELLA SUCEDIÓ

El ánimo que es fuerte y generoso
va á la gloria inmortal siempre anhelado
qualquier peligro y trance riguroso
en nada lo reputa, y va vuscando
á su inmortal deseo algun reposo
en esto noche y dia contemplando
se handa vacilando con rodeo
hasta llegar al fin de su deseo.
(1) En Africa vivia un fuerte Moro
en fortaleza mucho aventajado
parecióle afrentoso á su decoro
el gran valor de Lorca divulgado
dejase sus haberes y tesoro
y el mar mediterraneo á atravesado
para mostrar en Lorca ser guerrero
al buen Martin Fernandez de Piñero.
La fama de este y otros escuderos
de Lorca valerosos y esforzados
hacen pues los deseos tan fieros
de este Moro mucho levantados:
á muchos eligió los mas guerreros
y todos en las armas muy preciados
Con ellos vino á dar derecho á Vera
que por levante á Lorca le es frontera.
De los de Vera fué bien recibido
con un placer inmenso y alegria
y como saben ya á lo que es venido
ofrecenle Tesoro y compañia
fué bien por Abenrraho agraciado
por ser un Moro de alta cortesia
que le informen les ruega enteramente
del gran valor de Lorca de su gente:
(2) Pregunta por aquel fuerte Piñero
tambien por un Mateo Rendon de Luna
por Alonso Fajardo gran guerrero

que á los Moros no temen cosa alguna
pues con estos desea el Libio fiero
provar de lanza á lanza su fortuna
por Alburquerque pide Caballero
por un Sancho Martínez escudero.
Por unos Leonéses muy nombrados
por unos Chuecos bravos y famosos
por aquellos Guevaras afamados
y por unos Moratas velicosos
pregunta por lós Leybas muy preciados
pregunta por los peones hazañosos
todos son hijos dalgos Montañeses
del Reyño de Aragon y Burgaleses.
Despues que fué de todos informado
tomó luego de Lorca su camino
con un esfuerzo grande y encumbrado
y en esto lo guió su mal destino
trescientos de á Caballo habia sacado
y quinientos peones del confino
con estos llega junto de Nogalte
mostrando la grandeza de su esmalte.
Con animo orgulloso aficionado
de Lorca y su grandeza aqueste Moro,
como estubiese de ella enamorado
tomó un Laud que trae de fino oro
tócalo, y con acento concertado
un romance acompaña, que de coro
lo trae de Berveria ya aprendido
y asi lo cantó el Moro muy sentido.

Romance del Moro

Ya te veo, Lorca mia,
la por mi tan deseada,
yo pasé de Berveria,
por ver tu gente afamada,
ahora que estó en tu Campo,
provaré mi ser y espada,
en tus fuertes Caballeros,
por quien eres tan nombrada,
de quien hoy la fama suena

por ser la mas encumbrada,
á la qual, si Alá quisiere,
hare que no suene nada,
que si yo los mato á todos,
Lorca, serás ensalzada,
que la Ciudad sin aquestos,
muy presto será ganada:
lo cual haré yo muy presto,
empleando bien mi espada,
la cual fué de un deudo mio,
persona muy estimada:
este fué el fuerte Annibal
por quien Lorca fué ganada
Ó Lorca, cuanto le cuestas
á este Reyno de Granada
que los Moros tus vecinos
viven vida muy penada
los cuales yo vengare
ya que vengo en tal demanda

FIN

(3) Despues de haber cantado el Moro altivo
aquel romance á Lorca muy contento,
estubo un poco y quedo pensativo,
que es lo que debe hacer en el reencuentro:
muestra en el su semplante ser esquivo
su gran fiereza muestra el pensamiento
quinientos Moros manda ir por la sierra,
para que desde alli miren la guerra.
Y siendo los Cristianos ya de huida
é vayan los moriscos vencedores
que den en el Castillo arremetida,
con animo valiente escaladores,
y en esto este la gente apercivida,
mirando desde allí los alrrededores
mostrando ser allí muy esforzados
queriendo ser en todo denodados.
(4) A un ligero peon ha despachado
al buen Martin Fernandez de Piñero
que salga luego al campo todo armado
y venga muy aguisa de guerrero:

Con el quiere en el campo ser provado
á guisa de valiente caballero:
que traiga compañia le pedia
pues el tambien traia compañia.
Martin Fernandez supo luego el caso
que el mensajero dijo diligente
mas no se mostró allí por eso laso,
antes mostró allí su animo valiente.
bajose del castillo á muy buen paso
y comienza á animar toda la gente
un ciento de á caballo habia sacado
con doscientos peones de otro lado.
Hecholos los peones por la sierra
y que en viendo los Moros se parasen
y miren por lo llano bien la guerra
y que ellos aquel paso lo guardasen
el buen Alcayde en esto no lo ierra
por que ellos la fuerza asegurasen
con esto oyeron Misa los nombrados
y en Dios salen al campo confiados.
Todos son hijos dalgos esforzados
de Burgos y Leon y Montañeses
de relumbrantes petos van armados
de almetes y corazas y de arneses
con animos valientes denodados
sacaban dibujado en sus paveses
las y el blason de donde vienen
y esto en muy sumo grado lo mantienen
Por la puerta de Nogalte salen fuera
en verlos solamente dá contento
el buen Piñero va en la delantera
muy alto llevan todos el intento
Entienden de llevar la honrra entera
salir con la victoria y vencimiento
En esto se mostravan muy furiosos
con animos crecidos valerosos.
(5) Llegados casi junto el moro bando
llegaron Adalides muy corriendo,
allí quedan trescientos aguardando,
moriscos valerosos con estruendo:
bien saveis Señor que peleando

los pocos hemos de hir siempre perdiendo
mirad que se ha de hacer en este caso
primero que adelante dais un paso.
(6) Martin Fernandez dijo prestamente
aquí somos doscientos allegados
aquestos acometan bravamente
á los doscientos Moros renegados
yo y mi caballo tan solamente
daremos otros ciento degollados
por que nuestras trompetas valerosas
no sabrán que han de hacer notables cosas.
(7) Y mire cada uno el gran linage
y aquella clara sangre dó ha venido:
atienda al sacramento y homenage
que tiene hecho al Rey y Prometido
no se reciba hoy algun ultrage
por donde lo ganado sea perdido
miremos de á dó somos derrivados
y vamos á vencer como esforzados.
(8) Sonaron las trompetas muy furiosas
y luego se arremete el crudo asalto,
revuelvense las huestes velicosas,
poniendo en cada uno sobresalto:
las lanzas enrristradas poderosas
resuenan un rumor crecido y alto,
á guisas los Caudillos muy delante,
mostrando gran valor en su semblante
Y delante iba aquel fuerte Piñero
al lado va su hierno que es Fajardo
el Tomas de Morata que es postrero
pues este se adelanta tan gallardo
Diego Lope de Guevarra buen guerrero
picaba bravamente su vayardo
aquel bravo Mateos poderoso
á los Moros se va aquel tan rabioso
Fenares se mostró muy esforzado
y Zambrana en las armas velicoso
Riquelme y Alburquerque denodados;
pero Rivabellosa valeroso:
Abalos se mostraba aventajado
Navarro se mostró muy poderoso

Alisenes é Idalgos señalados
mostraron aquel día ser nombrados.
Benrraho de otra parte valeroso
y Zulema, que es moro señalado,
Hamete el Alfaquí muy poderoso
mas otro solíman salió nombrado
de Vera vino un Bucar velicoso
y de Almeria un Moro aventajado
con otros muchos Moros que no nombro
comenzaron la batalla con asombro.
Los instrumentos suenan de la guerra
trompetas y añafiles muy sabrosos
con este gran rumor tiembla la tierra
y andan los guerreros muy furiosos
Los peones que fueron por la sierra
entraron en la batalla valerosos
en todas partes suena el crudo Marte
y temblaba la tierra en toda parte.
El duro asalto suena tan perfecto
que causaba temor solo el escuchallo
rompiase el escudo y fuerte almeto
el refusar se oye del caballo.
la fina espada corta el duro peto
sin que ninguno pueda alli escusallo
se muestra la batalla muy sangrienta
y asi de qualquier parte hay cruda afrenta.
De todas partes anda temerosa
la sangre se parece ya esmaltada
andaba la batalla rigurosa
activa en toda parte y porfiada
mostrabase estupenda y espantosa
resuena el golpear de cruda espada
y de todas partes anda tan reñida
que no se vió batalla tan herida.
El buen Morata á todos animaba
metiendose en los Moros á porfia
el gran Piñero fuertes voces daba
animando la fiel Caballeria
Fajardo en estos medios no se holgaba
y todos los hidalgos á porfia
por que todos andaban ya tan fieros

que bien muestran su ser los caballeros.
Halló Martin Fernandez aquel Moro
que la mar travesó solo á buscallo
mas aprecia hallarlo que un tesoro
y contra él ahixa su caballo,
El Moro que lo vido como un toro
bufaba por habello y alcanzallo
el uno al otro luego arremetieron
con animo valiente y se hirieron.
(9) El Moro alcanzo un poco en la rodilla
que nunca mas alli pudo alcanzallo
atravesó el Moro una costilla
muy luego cayó muerto del caballo
Los Moros viendo aquesta maravilla
y viendo á su caudillo asi tratado
desmayan todos luego en un punto
qualquier Moro quedó casi difunto.
(10) Desmaya su batalla toda entera,
no saben ya de si parte ni arte;
aprietan los de Lorca en tal manera
que se aventaja mucho su estandarte
vanles todos hiriendo, cosa fiera,
que no quieren los Moros ya mas Marte
vuelvenles las espaldas vanse huyendo
á rienda suelta todos van corriendo.
Quedó poblada toda la campaña
de Moros muertos, todos destrozados
por el valor de Lorca ¿cosa estraña?
Fueron alli los Moros derrivados
los que pasaron de Africa y España
acá quedaron todos degollados
por que de mas de mil que acá vinieron
solo quince, y aun no, allá volvieron.
(11) Tambien de los peones que salieron
y la batalla hubieron en la sierra
allí en la sierra todos fenecieron
que no volvieron mas hacia su tierra
por que alli los de Lorca en ellos dieron
haciendoles estrago y cruda guerra
fueron tantos alli los que mataron
que muy poquitos de ellos se escaparon.

(12) Fue digna esta batalla de memoria
y así estará estampada eternamente
pues que tan poca gente hubo victoria
de tanta multitud de brava gente
Declaralo muy bien esto la historia
que muy escrita está elegantemente
remito el caso de ello alla entretanto
que vamos á escribir este otro canto.

Ilustraciones de este canto onceno.

(1) Abenrrahó, Príncipe de Trigia.
(2) Este hierno de Piñero: sucedióle en la Alcaydía y fué Adelantado de este Reino.
(3) Astucia de Abenrrahó.
(4) Mensaje á Martín Fernández Piñero.
(5) Aviso de las espías.
(6) Aviso y valor del Capitán. Arrogancia portuguesa.
(7) Exhortacion del Capitán.
(8) Batalla.
(9) Muerte de Abenrrahó, confusión de los moros.
(10) Fuga del enemigo.
(11) Batalla de los peones.
(12) Por una de las más principales batallas la tiene pintada esta nobilísima Ciudad en el tablero que tiene de su Consistorio.

CANTO XII

Estaba el Adelantado Alonso Yáñez Fajardo mal enojado y desabrido, y con razón tenía ese sentimiento, dice Cascales, porque los moros le habían muerto en la refriega de Vera á su hijo Juan Fajardo (1), y así procuraba ocasión en que satisfa-

(1) Era D. Juan Fajardo hijo de D. Alonso Yáñez Fajardo, el segundo de este nombre, y de D.ª María de Quesada, hija de Pero Díaz de Quesada, Señor de Garciez. «La muerte del caballero Rivera (adelantado de Andalucía), bravo como el Cid, fué amargamente llorada en Castilla; circularon ro-

cerse de su mano. Este, según el citado historiador, fué el motivo de la doble cabalgada que llevó á cabo el Adelantado, empezándola en el mes de Agosto de 1435, y continuándose durante todo el año, apoderándose de muchos lugares y villas, como fueron Xiquena, Tirieza, los dos Vélez, Oria, Cantoria, Albox, Arboleas, Overa y otras, llevando el espanto y alarma hasta las puertas mismas de la gran ciudad de Baza.

El Adelantado murió en 1445, y dice Cascales que hasta su muerte conservó el dominio de los lugares conquistados por él.

El P. Morote por su parte refiere el hecho en esta forma: «En vista de los grandes servicios de Alonso Yañez Fajardo, segundo de este famoso nombre, la Magestad del Rey D. Juan el segundo le dió el Bastón de Adelantado del Reyno (1) de Murcia, año de 1423. Visitó luego, como tan gran soldado las Plazas y fortalezas del Reyno, previniendo con la mayor vigilancia las cosas mas necesarias para una guerra tan continuada, como la que mantenia el Reino de Murcia, especialísimamente en la frontera de Lorca, como tan vecina, y contigua al Reyno de Granada. Entre los muchos sucesos favorables, que bajo el mando de este famoso Adelantado lograron las armas, del fidelísimo Reyno de Murcia, se llevó la palma de sus trofeos, la entrada, que ordenó este valeroso Caudillo en el Reyno de Granada. Dió aviso como General á la Ciudad de Murcia para que alistasen luego las tropas que pudiesen, y que marchasen luego á Lorca, teatro de la guerra de este Reyno, desde cuya plaza, intentaba una famosa expedicion, en obsequio del Real servicio. Tocó el arma la Ciudad de Murcia, y habiendo juntado un lucido escuadron de arreglada gente, este

---

mances en su elogio, y la musa de Juan de Mena, el bardo de aquella época, fué intérprete fiel del sentimiento general. Ocurrió al propio tiempo (año 1434, mes de Mayo) la desgracia del joven D. Juan Fajardo, hijo del Adelantado de Murcia Alonso Yañez, á quien un escuadron de abencerrajes sorprendió en los campos de Lorca, con muerte suya y de sus compañeros.»—(Véase *Historia de Granada*, por D. Miguel Lafuente Alcántara.—Tomo III, páginas 247 y 248.—Granada, 1845.)

(1) Con el señorío de la Villa de Mula, y por la caída del Condestable D. Ruiz López Dávalos, le hizo Adelantado de Murcia.

marchó luego á Lorca, de quien fué muy bien recibido, y en donde se prepararon y alistaron para la jornada, que el animoso Adelantado pretendía. Fué este General devotísimo de la Madre de Dios, robandole las ternuras de su corazon este simulacro devotísimo y milagroso de N. Señora de las Huertas; devocion que siempre conservaron los grandes Señores de la antigua casa de los Velez, de que hasta hoy son testigos los pulidos y dorados Escudos de esta Excma. casa, bordados con mil primores, de manos de las Señoras Marquesas, en los Ornamentos Sagrados de Ternos y Casullas de ricas telas, con las que consagraron sus afectos cordiales á esta gran Reyna, como protectora de su casa. Visitó el fervoroso Adelantado el Templo, y Imagen de la Madre de Dios, pidiéndole postrado su poderoso auxilio para el feliz éxito de tan ardua empresa. Comunicola el Adelantado con los Capitanes de Lorca y Murcia, y en particular con Martin Fernando Piñero, famoso Alcayde de los Reales Alcazares de Lorca, á quien despues sucedió el Adelantado en la Alcaydia perpetuandola en su casa, por casamiento que hizo con hija de este famoso Alcayde.

Formado un poderoso y lucido campo con las compañías de ambas Ciudades, salieron de Lorca y dirigiendo sus marchas por el Rio de los Velez con el ánimo de tomar las fortalezas de Xiquena y Tirieza, castillos que están á cinco leguas de esta Ciudad y dos de las Villas de ambos Velez, los que fueron de improviso, acometidos y conquistados; pasaron á las dichas Villas de los Velez Blanco y Rubio, y aunque los valerosos moros pelearon esforzadamente, huvieron de ceder al teson y poder de los cristianos, que asaltando sus muros obligaron á los sitiados á que rindiesen luego las armas, quedando así estas Villas como los castillos de Xiquena y Tirieza por Mudexares del Rey de Castilla. Con sucesos tan favorables encaminaron sus marchas á las Villas de Benamaurel y Cuellar, que apenas dista cuatro leguas de la Ciudad de Baza. Tomaronlas con la misma valentia, no hallando el valor Cristiano resistencia, no obstante que los moros de Cuellar mostraron su valor con una batalla muy reñida, y porfiada, confiados en que por la cercania de Baza, serian prontamente

socorridos. La dieron al saco por su porfiada resistencia, y desde aqui por tierra de Moros continuaron su jornada para la Villa de Oria, la que noticiada de esto, no solo se previno para su defensa, si que, con repetidas almenaras daba avisos, para que las vecinas Villas embiasen socorros, pero todo sin efecto, porque cada pueblo temia de los Cristianos el sitio, por lo que luego se vió rendida y abasallada y cargados de ricos despojos los Cristianos, se bajaron hacia Cantoria.

.....

»De Cantoria pasaron á la Villa de Albox, á la que defendia un fuerte Castillo, que escalaron los Cristianos, rindiendolo con la Villa, y hecho por los Moros juramento de fidelidad y vasallaje al Rey de Castilla, quedaron sin Mudejares. Lo mismo ejecutaron los Moros de Arboleas y Zurgena. Pasaron luego los Cristianos á la fortaleza de la Villa de Overa, sobre la rivera del rio, la que se puso en defensa, fiando los Moros en su fuerte Castillo y aspereza de su sitio. Enojosé mucho el Adelantado por el porfiado teson, con que se defendian los Moros, y juró á ley de caballero no desistir de su intento hasta, dejar rendida su fortaleza.

»El valeroso Tomás de Morata, Capitan de Lorca, viendo enojado á su Adelantado, dejando su caballo orilla del mismo rio, habiendo prevenido una escala, formada de fuertes cuerdas y acerados garfios acompañado de un esforzado soldado de su compañia, por lo áspero de la montaña, se arrimó por la parte mas flaca del Castillo, y favorecido de los silencios de la noche y lo que fué mas, del poderoso Patrocinio de la Madre de Dios, echó la escala y embrazando su escudo y con la espada pendiente de su mano, asaltó con singular esfuerzo á la fortaleza, en cuya garita, descuidada de ser presa, estaba la centinela, la que saliendo al encuentro al Capitan Cristiano fué atravesada de una estocada, que en el mismo encuentro le dió Morata..... .....

.....

»El valeroso Capitan Morata viendo á sus pies la Mora centinela la arrojó desde las Almenas al despeñadero abajo, y con valeroso esfuerzo asaltó á la Torre principal, en la que apellidando á Lorca hizo llamada al Cristiano bando, lo que ad-

vertido por los Caballeros, se arrimaron con la mayor presteza á la fortaleza, admirados del suceso referido. Los Moros no menos admirados en ver asaltada su fortaleza por el valor Cristiano, acudieron luego á recuperarla, y hallandola ocupada por los mejores Caballeros del Cristiano bando, se trabó entre todos una batalla muy reñida, en la que cediendo el Moro á el valor Cristiano, bajandose de la fortaleza, reunió las fuerzas en la Villa. El Alcayde de Lorca, que con el valiente Adelantado se halló el primero despues del Capitan Morata, en la fortaleza, enarboló el Estandarte de Lorca, en sus mas elevadas Almenas. Viendose los Moros por todas partes sitiados, y en poder de los Cristianos su Castillo, cedieron á su valor, y rindiendo las armas, quedaron por vasallos del Rey de Castilla.»

. . . . . .

. . . . . .

«El famoso Adelantado y el esforzado Alcayde de Lorca, con los demas valientes Capitanes, viendo los ventajosos triunfos conseguidos con tanto acierto del valor Cristiano, y reconocidos del particular veneficio que del Señor de los Ejercitos habian recibido las Catolicas armas en jornada tan famosa, determinaron como agradecidos, pasar al devoto templo de la Madre de Dios á visitar la milagrosa y Real Imagen de Santa Maria de las Huertas, lo que ejecutaron fervorosos, dando gracias á Dios y á su Santísima Madre por favores tan estupendos y tan dignos de su gratitud y memoria. Ofrecieronle á la Santa Imagen muchos y ricos despojos, como afectos de su reconocida gratitud.»

De la forma poética:

El cuarto verso de la primera octava:

«entre ellos determinan ir á las entradas»

debe leerse:

«entre ellos determinan las entradas;»

y en el quinto, en lugar de *belicosos*, consideramos deba ser *valerosos* ó conseguir otro adjetivo semejante, porque con esta misma palabra concluye el primer verso.

En la tercera octava el séptimo verso:

«Al fin fueron los de Velez saqueados.»

diría bien:

«Al fin fueron los Velez saqueados»

En la octava quinta el tercero y quinto verso rima igualmente en la palabra *fuego*, y se nos antoja ser ya una de tantas incorrecciones, como observamos en el poema, y que se repite más de alguna vez, por lo que no hacemos más que llamar la atención del curioso sobre ello.

El verso octavo de la séptima:

«que la hacen ser en todo muy fuerte»

resulta bien leyendo:

«que la hacen en todo ser muy fuerte.»

leyendo la *h* de hacen

El último verso de la quince octava:

«en donde fueron muy bien recibidos»

según el manuscrito, y:

«donde fueron victoriosos recibidos»

según Morote, en los pocos versos que traslada, consideramos debe ser:

«dó fueron victoriosos recibidos.»

porque así resulta completo el verso.

CANTO DOCENO

DE LAS BATALLAS QUE LOS DE LORCA TUBIERON CON LOS MOROS DE VELEZ Y OTROS LUGARES

(1) Estando los hidalgos velicosos
triunfando de las glorias ya pasadas
y de ganar mas honra codiciosos
entrellos determinan ir á las entradas
conciertan entresi los velicosos
partirse para hacer dos cabalgadas
y fué para este efecto concertado
llevase el buen Fajardo el principado

(2) Ya de comun acuerdo el buen Fajardo
por Capitan eligen valeroso
y luego lo aceptó el varon gallardo
por ser en todas armas velicoso
y ansi en lo concertado no fué tardo
antes bien con un animo orgulloso
camino de los Velez Rio arriva
mostrava su grandeza tan altiva.

(3) Llegaron á Jiquena y á Tirieza
los dos Castillos fuertes poderosos
á los cuales ganaron con presteza
aquellos Caballeros valerosos.
Fueronse á los Velez sin pereza
defiendense los Moros animosos
Al fin fueron los de Velez saqueados
muchos moriscos muertos y tomados.

(4) Pasaron luego á Cullar los cristianos
allí hallaron muy grande resistencia
por ser muy velicosos los paganos
fué muy bien reñida la pendencia
al fin murieron muchos á sus manos
mostrando allí Fajardo su potencia
que el pueblo fué por el al fin tomado
y todo lo de adentro saqueado.

(5) A Oria y á Cantoria fueron luego
de Cullar adelante no han pasado
por que ha sentido Baza el crudo fuego
y bienen con socorro aventajado
Oria que los vió hace un gran fuego
por el que todo el Rio fué avisado
Mas antes que el socorro fué venido
quedó el pueblo de Oria destruido.
Bajaron á Cantoria prestamente
Fajardo la cercó por todas partes
Cantoria se defiende bravamente
su esfuerzo no aprovecha ni sus artes
Convatela Fajardo reciamente
y al fin dentro metió sus estandartes
saquearon á Cantoria los Cristianos
y mueren á sus manos mil paganos.

(6) A Albox fueron despues y lo tomaron

á Arboleas tambien como á Zurgena
y á la fuerza de Overa se llegaron
mas ella se defiende que hera buena,
Al punto los de Lorca la cercaron
y pensaron tomalla muy sin pena
pero ella tiene muros de tal suerte
que la hacen ser en todo muy fuerte.
Y viendo el buen Fajardo la defensa
de aquella fortaleza ya ensañado
con una brava furia muy inmensa
ha hecho un juramento consagrado
de no partir de allí sin recompensa
del enojo, que allí le habian causado
y de tomar la fuerza valerosa
por fuerza ó pleytesia ú otra cosa.
(7) Mas Tomás de Morata valeroso
viendo á su Capitan tan enojado
una escala hizo allí muy presuroso
de las cuerdas y sogas que habia hallado
allegose al Castillo y animoso
la escala sin sentir habia echado
Esto era de noche y con la Luna
y quiso darle Dios buena fortuna.
Morata subió solo denodado
llevando solo espada y fuerte escudo
dejóse su caballo allí arrimado
y subió por la escala como pudo
un Moro en las almenas se ha encontrado
á quien dió un recio golpe, bravo y rudo
En el quiso hacer Dios tal maravilla
que el golpe le asestó por la tetilla.
(8) No pudo resollar el falso Moro
al punto cae al suelo desmayado
Morata le aferró como á un gran toro
y de la torre abajo lo ha lanzado
Morata estimó esto mas que el oro
que fuese en todo el mundo señalado
Con esto al omenaje se ha subido
y Lorca, Lorca da por apellido.
Luego pues los de adentro se espantaron
aguijan á la torre muy furiosos

Fajardo y los de afuera se admiraron
oyendo aquellos gritos temerosos
luego á la fuerza todos se arrimaron
y hallaron los ingenios milagrosos
subió luego Fajardo, el buen Piñero
luego sube cualquiera caballero.
Andaba la revuelta de tal arte
que era cosa bien rara y espantosa
resuena por la fuerza del crudo Marte
hace la noche clara y muy lumbrosa
Piñero puso luego el estandarte
diciendo: Lorca, Lorca valerosa:
los Moros que esto vieron espantados
se abajan al lugar amedrantados.
Y en una Torre grande se han metido
á dó jamás podian ser tomados
en esto el claro dia fué venido
y allí fueron los Moros muy cercados
Ya todos los de Lorca han acudido
que por las propias puertas son entrados
y vista la defensa fuerte y brava
tomaron los de abajo su palabra.
(9) Dandose los Moros luego allí á partido
debajo del gran pleyto y omenaje
que servirian al Rey sin dar ruido
sus parias le pagar y su fardage
los de Lorca al instante se han partido
aplacada su furia y su corage
A Lorca con gran honra son venidos
en donde fueron muy bien recibidos.
Quedaron los del pueblo saqueados
salieron los de Lorca con victoria
de muy grandes despojos apropiados
eternizada queda su memoria
peleando valientes y esforzados
como siempre he contado en esta historias
Quedó de esta Fajardo muy nombrado
y allí por Capitan fué señalado.
Cosas hizo este pues tan señaladas
que son dignas ponerse en escrituras
las fronteras tenía amedrantadas

y siempre les causaba desventuras.
Con este hizo Lorca mil entradas
y le alcanzaba siempre mil venturas
Vera tenia á Lorca bravamente
por ser su gente tal y tan valiente.
(10) El Rey bien sabia allá en su mente
de aqueste buen Fajardo gran guerrero
y como le servia lealmente
mostrandose contino caballero
y ansi este casó muy noblemente
con hija del valiente y buen Piñero
y luego el Moro bando de Granada
temblaba de Fajardo y de su espada.
Los Moros de Granada estan medrosos
de la invencible Lorca valerosa
y de su gran valor muy envidiosos
y viendo su grandeza poderosa
muchos de ellos se muestran animosos
tentar quieren á Lorca tan furiosa
y causalle en su ida grande espanto
mas esto lo vereis en otro canto.

Ilustraciones de este canto doceno.

(1) Fué esta batalla á catorce leguas de Lorca.

(2) Vélez pueblo de Moros.

(3) Xiquena y Tirieza pueblos de Moros. En todo se halló Martín Fernández Piñero, y en la Torre del homenaje de este castillo armó Caballero á Alonso Yáñez Fajardo su hierno, y le puso el hábito de Santiago, de cuya orden era él también.

(4) Cúllar pueblo de Moros.

(5) Oria y Cantoria pueblos de Moros. Almanzor.

(6) Albox, Arboleas, Zurgena, Overa pueblos de Moros.

(7) Valor de Tomás de Morata.

(8) Muerte de la guarda de la torre.

(9) Homenaje de los Moros de Overa hecho á los de Lorca.

(10) Como parece del árbol que tiene el Marqués de los Vélez, como descendiente de Alonso Yáñez Fajardo y de D.ª María Fernández Piñero, hija del Alcaide Martín Fernández Piñero, el que dió á su hierno por dote de su hija esta Alcaidía, y el Rey se lo confirmó para él y toda su casa.

CANTO XIII

Dice el P. Morote, por la ocasión que motivó este canto treceno, «que envidiosos los Moros de los triunfos repetidos por las armas de los Cristianos en los campos de Lorca, determinaron los valerosos Capitanes de Granada hacer en esta tierra una famosa entrada..... .....

.....

»Era el Rey de Granada Jucef, hijo de Mahomad, que murió en el principio del año de 1302, grande amigo de los Cristianos. Era Jucef del genio pacífico de su Padre, y tan amante de los Cristianos, que puso en libertad á muchos que tenian cautivos, enviandolos sin rescate alguno á sus patrias, solo con el fin de ganar las voluntades de los Cristianos. Estos favores hechos á los Cristianos llamaron la atencion de uno de sus hijos llamado Mahomad, joven de ardiente espiritu, quien no esperando poder suceder en la Corona de su Padre, por tener otro hermano mayor, atrajo á su partido á muchos que inclinados á la novedad, fundaban en ella las mejoras de su fortuna. Publicaba Mahomad, para dar algun colorido á su resolucion, que su Padre sólo en el nombre era Moro, mas en la realidad y en lo oculto era de profesion Cristiano. Esta determinacion que prometia en aquella gran Ciudad una guerra tan perniciosa como la civil, procuró desvanecer con admirables consejos, para la utilidad del comun, un Embajador, hombre de gran prudencia, que tenia el Rey de Marruecos en Granada; alentandolos á los principales Jefes Granadinos, á que unidas sus fuerzas, hiciesen una poderosa entrada en las fronteras de los Cristianos; logrando la mejor coyuntura, en que en aquellas circunstancias se hallaban los Reynos de Castilla, por la menor edad de su Rey Enrique III, y la defuncion y discordia de los Magnates del Reyno.

»Obtenida la licencia del Rey, tocaron sus añafiles, dulzaynas y atabales, publicando la vigorosa entrada que determina-

ban hacer en los campos de Lorca. Juntaronse con la mayor presteza, setecientos ginetes, todos de esclarecidos linages, con ligeros caballos, con ricos Jaeces, y tresmil peones, toda gente noble, y principal de aquella principal Ciudad insigne, los que bien armados y equipados, formaron un escuadron, el mas lucido que vió Granada, hasta aquel dia. Todo esto sucedia por los años 1392.

»Con este Batallon, tambien armado, salió su valeroso Gefe tremolando sus moriscas banderas de Granada, dirigiendo sus marchas á los confines de los dos Reynos de Granada y Murcia, y como estaba tan establecida la paz entre los dos Reyes de Castilla y Granada y esta jornada de los Moros fué determinada y por la paz de la Ciudad de Granada, y valerse de la coyuntura de la menor y enfermiza edad del Rey Don Enrique y desunion de los Señores Grandes, no fué prevenida ni temida de los Cristianos, por estar en el año antecedente confirmadas las pazes. La Ciudad de Lorca, como tan vecina, y á vista del enemigo, aunque en esta ocasion le miraba como á treguado, siempre velaba con Espada en mano, como el ser de fronterizos lo pedia.

»El encono de los Moros era siempre contra Lorca, y por esto fué contra los Lorquinos esta jornada, descargando sus iras solo en sus campos mas inmediatos á la misma Lorca, los que entraron talando y saqueando por Pueju y sus Marinas, que fué entenderlo Lorca, por estar á Vera tan vecina, despojaron de muchos ganados y Cristianos. Era Adelantado mayor de nuestro Reyno, Alonso Yañez Fajardo, primero, y noticiado de que los Moros, con un campo tan lucido y tan ricamente interesados, satisfechos de el valor de los Caballeros, que componian su Ejército y del crecido número de sus soldados, corrian la Vega de Lorca, pasando á vista de la Ciudad, cerca de las Escuchas, á tomar el camino de Granada, por el puerto de Nogalte, mandó tocar á rebato la principal campana de la Alfonsina, y en tiempo brevísimo. se hallaron juntos con su Adelantado, ciento setenta caballeros montados en ligeros caballos y cuatrocientos peones, toda gente noble y experimentada en las campañas.

»Era el Adelantado tan esforzado y valeroso, como devo-

to de la antigua Imagen de N. Señora de las Huertas, en cuya fervorosa devocion vincularon siempre los mayores héroes de la insigne y alta casa de los Fajardos, sus famosos aciertos. Encomendóse con todo su batallon, á esta Reyna Soberana, esperando de su poderoso auxilio la victoria, en vista de la desigualdad de fuerzas, siendo las del Cristiano bando de cuatrocientos Infantes y ciento setenta caballos y las del Moro de trescientos peones y setecientos ginetes, todos esforzados caballeros Andaluces. Dirigió el práctico General Cristiano su lucida tropa por el Rayguero de la Sierra, que por el Poniente forma la espaciosa Valla de la Vega, caminando oculto á tomar al Exercito Moro la retirada, dentro de la Rambla de Nogalte, que es la que forma el Puerto de este nombre, y el camino real para los Velez, y Granada.

»Lograron los Christianos ocupar tan importante sitio, y armados y azorados para la batalla, luego que cruzaron los Moros lo ancho de la Vega, por su término, no temiendo en el Puerto la emboscada, se hallaron acometidos de los Christianos, con tanta destreza y gallardía, que saliendoles al encuentro Faxardo con su tropa, logró este desvaratar y descomponer en un todo á el vando Moro, derrotandole con su Batallon Christiano, con tan singular fortuna, que enristraron con sus lanzas, y pasaron por los filos de su Espada á todo aquel Batallon Morisco, quedando aquel campo regado de la noble sangre Granadina, y cubierto de cadaberes de los mas famosos Cavalleros Moros de Granada. Todo lo dijo con su acostumbrada elegancia el grande historiador Mariana.»

Efectivamente, el grave, serio historiador y sabio jesuita dice en su *Historia de España*: «*Septigenti Equites erant* (*los agarenos*) *peditum tria milla. His obviam factus Alfonsus Faxiardus cum centum et septuaginta equitibus, quadrigenti peditibus, magna eos strage cœcidit, fuditque, ablata prœda.*»

Este canto, de Perez de Hita, no es, pues, otro que la reseña «de la batalla de las Cabezuelas con los Moros de Granada,» como le intitula el poeta, reseña hecha mucho antes que historiador alguno y tenida después muy en cuenta por la mayor parte de los que le han precedido.

En la forma poética el quinto verso de la octava cuarta, que

termina con *valerosos*, de la misma manera que concluye el tercero, por lo que se nos antoja que Morote copió mejor al hacerlo de *poderosos*:

«Aora iremos Moros poderosos»

como también en el sexto de la misma:

«de hechos, y de sangre esclarecida»

que en nuestro MS. se lee:

«de hechos y sangre esclarecida»

en el que falta una sílaba, que no se echa de ver en el anterior.

En la octava once, el verso séptimo:

«de suerte pelean los Christianos»

tal vez diría:

«de suerte peleaban los Christianos»

ó

«de tal suerte pelean los Christianos»

El verso primero de la quince:

«Los moros que escapan van huyendo»

probablemente estaría escrito en el original:

«Los Moros que escapaban van huyendo.»

Y:

«El Rey Moro de Granada paz teniendo»

que es el segundo verso de la octava veinte, me inclino á creer que estaría escrito:

«El Reyno de Granada paz teniendo»

En el quinto de la misma se tropieza con

«Cruda guerra de una y otra parte»

y positivamente debió decir:

«Cruda guerra de uno y otro *bando*»

á fin de que rimara con *lamentando* del primero y *holgando* del tercero.

CANTO TRECENO

DE LAS BATALLAS DE LAS CABEZUELAS CON LOS MOROS DE GRANADA.

(1) Los Moros de Granada están corridos
de verse de tal suerte deshonrrados
cautivos, maltratados, muy heridos
sobre quedar asi desvaratados
Lorca los tiene á todos avatidos
Lorca á todos los tiene destrozados
de todos tomar quieren gran venganza
Si la ventura dar quiere pujanza.

(2) Hablaron con el Rey que es de Granada
y diciendole: si manda vuestra Alteza
hacer queremos todos una entrada
por el campo de Lorca y su grandeza
licencia demandamos y sea dada
que alli se mostrará nuestra nobleza
El Rey les respondió: yo soy contento
y en eso que pedis yo doy asiento.

(3) Mirad que vayais bien aderezados
que la gente de Lorca es velicosa
no sea que volvais desvaratados
de aquella gente brava y poderosa
porque hay alli varones esforzados
que siempre buscan guerra peligrosa.
En toda la morisma son temidos
y esto han oido siempre mis oidos.

(4) Responden muchos Moros orgullosos
si Lorca hasta hoy es tan temida
es por no haber moriscos valerosos
que ella ya estuviera destruida
ahora iremos pues moros valerosos
de hechos y sangre esclarecida
y mostraremos todos con las manos
nuestro valor crecido á los Cristianos.
Del Rey se despiden al presente
y tocan añafiles y atabales
convocan para ir muy mucha gente

los Moros de valor y principales
seiscientos de acaballo juntamente
tambien dos mil peones muy iguales
y cuando todos yá estuvieron hechos
caminan hacia Lorca muy derechos.
En Vera se junto toda la gente
salieron una noche con la Luna
con ánimo crecido y muy valiente
no temen todo el resto de fortuna
en lo de Lorca entraron bravamente
no se halla persona que repugna
el dia en este medio habia rompido
el campo desde Lorca bien se vido.

(5) Tocan luego arrevato prontamente
salio Alonso Fajardo gran guerrero
con el salió tambien toda la gente
Tambien Martin Fernandez de Piñero
ciento cincuenta salen solamente
que estos son de acaballo decir quiero
con trescientos peones que han salido
siendo cada cual de ellos escogido.

(6) Llevavan ya los Moros muy gran presa
de vacas y pastores y ganado
cabrio y ovejuno y á gran priesa
se habian por el campo adelantado
Aguijase el Cristiano á la represa
y á tres leguas los han luego alcanzado.
Los Moros que los vieron vuelven presto
á defender la presa con el resto.
Resuenan las trompetas prestamente
y tiembla el corazon en cualquier pecho
embiste alli Fajardo crudamente
con un valor muy alto y de gran hecho
de Lorca belicosa la gran gente
aguijan á los Moros con despecho
y aunque los Moros son siete doblados
los tiene Lorca pues en tres cornados (1)

---

(1) El cornado valía 5 maravedises y corrió en tiempos de Sancho IV de Castilla.

(7) Para cada Cristiano habia treinta
de aquel falso malvado paganismo
más siguen los Lorquinos la tormenta
hechando muchos Moros al habismo
mataba tantós Moros que no hay cuenta
esforzado y valiente el cristianismo
que uno vale más allí que ciento
segun muestra el valor y el ardimiento.

(8) Andaba la batalla de tal suerte
que bien clara se muestra la victoria
reciben muchos Moros ya la muerte
su gran sovervia es buelta ya en historia
pelean los Cristianos recio y fuerte
por dejar de esta hazaña gran memoria
de suerte pelean los Cristianos
que muchos Moros quedan por los llanos.
De Lorca los peones animosos
atajan muy de presto los ganados
los moriscos peones ya medrosos
dejaronlos volver amedrentados
y de salvar sus vidas cuidadosos
que en esto solo ponen sus cuidados
En ellos hizo Lorca grande estrago
diciendo á grandes voces: Santiago.

(9) Andaba la batalla muy rompida
y ya la cabalgada esta quitada
solo piensan los Moros en la huida
la más de la morisma es destrozada,
muchos Moros perdieron la infiel vida
pasandolos va Lorca por la espada.
Alli murió un caudillo valeroso
á manos de Fajardo poderoso.

(10) Esta fué una batalla muy estraña
travada, rigurosa y muy reñida
muertos quedaron muchos en campaña
nunca paso batalla tan herida
Lorca hizo en berdad muy grande hazaña
y ansi por todo el mundo fué entendida
de suerte que andará siempre en memoria
aquesta singular y gran Victoria.
Los Moros que escapan ván huyendo

y de Granada al Rey le dán la nueva
el Rey cuando lo supo esta muriendo
y del largo desmayo se releva
volviendo presto en si como durmiendo
suspira y dice ¿Alá que cosa nueva?
haber vencido Lorca Capitanes
mas bravos y mas fieros que los canes.

(11) ¿O Lorca valerosa y brava gente
tu eres la sepultura de Paganos
eres la señalada en ser valiente
entre Moros y Turcos y Cristianos?
¿O estandarte el más bravo y refulgente
no alcanzan otro tal los Castellanos?
¿Si no fuera por ti Lorca preciada
los Reynos de Castilla no son nada?
¿O Fajardo?.... ¿O esquivo bravo y fiero?....
bien muestras ser de aquel gran Lanzarote
que en la Bretaña fué claro lucero
de á do te viene á ti tan clara dote
de alli derecho vienes, caballero,
de alli las tres ortigas sacan mote (1)
el nombre es inmortal que en ti se encierra
pues bienes de aquel Rey de Inglaterra.
Por tu valor extraño y tan subido
á mil Moros dás muerte con tu mano
tu con aquese pueblo tan temido
que hoy se llama Lorca soberano.
Y dando el triste Rey un gran gemido
el rostro se le hirió con cruda mano
y queda en ûna silla pensativo
de amargo dolor lleno y muy esquivo.
Acuerda de pedir treguas reales
al buen Rey don Enrrique, que es, tercero
de aqueste claro nombre en los mortales
y luego le despacha un mensajero
el Rey las otorgó por que los males

---

(1) Alude Pérez de Hita á el origen de los Fajardos de los Reyes de León y de Inglaterra, y á las tres matas de ortigas verdes, de siete hojas cada una, sobre tres rocas, en campo de oro, y las ondas de azul y plata de sus armas.

algo se apaciguasen muy de vero
y asi fueron las treguas por el dadas
y entre ambos dos Reyes concertadas.
(12) Estubo algunos dias lamentando
el Rey Moro de Granada paz teniendo
pasose mucho tiempo en el que holgando
los Moros estubieron; más nó habiendo
cruda Guerra de una ni otra parte
siempre en muy larga paz se manteniendo
Al cabo de gran tiempo son quebradas
las treguas y las guerras declaradas.
Como durase el odio antiguamente
entre aquestos moriscos y cristianos
acuerdan ir á Lorca mucha gente
morisca á convatir á los Murcianos:
armaron muy de presto su adarente
con perversos deseos muy insanos
como lo habeis de ver por este Canto
que os pondra en oirlo grande espanto.

Ilustraciones de este canto treceno.

(1) Esta batalla se dió tres leguas cerca de Lorca, reinando el Muy Noble Rey D. Enrique III.
(2) Piden los Moros licencia á su Rey Jucef Mahomad.
(3) Dales el Rey licencia y consejo.
(4) Esfuerzo de los Moros.
(5) Arma dada por Lorca.
(6) Presa hecha por los Moros.
(7) Batalla.
(8) Victoria de los Cristianos.
(9) Fuga y vencimiento del enemigo.
(10) Consta por papeles del Archivo.
(11) Esto decía el Rey de Granada, porque Lorca era guarda-llave y defensa de los reinos de Castilla como ahora lo es también.

CANTO XIV

«De la batalla de los Alporchones que tuvo Lorca con los Moros del Reyno de Granada,» intitula nuestro poeta este catorceno canto, en el cual, y en cuarenta y ocho octavas, describe con notable fidelidad histórica una de las batallas ó reencuentros más importantes de aquellos días de los librados en aquellos campos fronteros, y cuyo fatal resultado para las armas agarenas, fué de no escasa influencia en los destinos futuros de la casa de Granada y total ruina del reino alhamarita y término feliz de la reconquista.

Aún puede en el día el curioso que visite la galana ciudad de Lorca y su templo de Nuestra Señora de las Huertas, colocado enmedio de éstas, como nido entre claveles, contemplar en el camarín de la Regia Imagen en un mal dibujado fresco aquel celebrado hecho de armas y leer al pie como explicación este pareado:

=Vence Lorca en la Guerra de Alporchones
Dos millares de lanzas y peones=

La palabra *Alporchón* debe, sin duda, su origen á la vascongada *Alporcha*, que quiere decir tanto como en castellano *Alberca*, ó pequeño estanque donde se recoge el agua para regar (1).

---

(1) Alporchón es el lugar donde en Lorca se subastan determinadas aguas para riegos. En principios del siglo pasado ya los libros que se usaban para este objeto en sus frontis y cantos tenían el nombre de Alporchón como cosa corriente. El terreno comprendido entre la iglesia de Santo Domingo y el puente se llamó y llama aún *Alberca*, y el agua que se reunía en esta alberca se distribuía entre los regantes, primero gratis y después de la reconquista por un tanto; estas aguas de la alberca eran las que se subastaban en el Alporchón.

No existen ya albercas, pero el curso corriente de aquéllas sigue utilizán-

Á consecuencia de tan señalada victoria, Murcia, en cabildo celebrado en 1.° de Abril del año de 1452, según acuerdo que existe, ó debía existir en el Archivo de dicha Ciudad, nombró á su Regidor perpetuo, Diego Riquelme, para que fuese en comisión á la Corte á dar cuenta á S. M. el Rey D. Juan II de tan memorable jornada; disponiendo que el 17 del mes de Marzo, día del insigne San Patricio, apóstol de Ibernia, se declarase festivo en toda la provincia; aclamando al Santo por su Patrón, y decretando que de los fondos de propios se le construyese un retablo y una efigie (1), y se celebrase en honor suyo una misa con sermón y procesión general por la carrera del Corpus Christi, asistiendo ambos Cabildos en corporación á esta festividad (2).

Lorca, por su parte, acordó también conmemorar todos los años tan celebrado día, tributando para ello al Santo los más solemnes cultos y poniendo bajo su advocación la magnífica

---

dose y subastándose por la comunidad de regantes llamada Alporchón, y del Alporchón se llaman estas aguas.

Alguien discurre que acaso este nombre venga de *Porche* (atrio, pórtico, etc.), porque en un principio se pregonaban bajo un pórtico.

La batalla de los Alporchones dada en la Vega, tomó este nombre indudablemente por las lagunas que había en el sitio donde se libró.

Hoy todavía en algún pago de riegos y especialmente en Sutullena, que era el que tomaba directamente el agua de la alberca, subastan y piden en la subasta una ó dos *balsadas*: una *balsada* equivale á disfrutar el agua medio día natural, y dos balsadas el día entero, y estas balsadas se refieren y han referido á las aguas correspondientes á la Alberca.

Es indudable que en el sitio donde se libró la batalla de los Alporchones existían muchas *albercas* ó *alporchones*, cuyos muros se notan todavía, y en los que se partía el agua para el riego que lo proporcionaba, y aun lleva alguna en el día la rambla llamada de Viznaga.

(1) El Ayuntamiento tiene alguna efigie de San Patricio que estaba antes en el oratorio capitular, y tal vez sea la efigie de que aquí hablamos. En la catedral no tiene capilla y sólo se encuentra al Santo Patrón en el altar mayor nuevo, formando pareja con el beato Andrés Inbernón. La efigie que del Santo conserva el Capítulo municipal sale todos los años en la procesión general que se celebra el día del *Corpus*.

(2) En la actualidad no se hace más función á San Patricio que misa solemne y sermón en la catedral, fiesta á la que asiste y costea el Ayuntamiento.

LIBRARY OF CONGRESS

LORCA. — Imafronte de la Colegiata de San Patricio

y suntuosa iglesia de San Patricio, la que en el año 1533 fué erigida en insigne colegiata, por bula de la Santidad de Clemente VII (1).

El muy erudito y grave escritor Sr. D. Miguel Lafuente Alcántara, en su interesante *Historia de Granada*, comprendiendo las de sus cuatro hermosas provincias, describe el famoso hecho de armas, de esta guisa:

«La victoria del Conde de Arcos (2) excitó la emulacion de los caballeros de Granada y pico vivamente el orgullo de Aben Osmin (3). «Verdad es dijo éste cavilando en los salo»nes de la Alhambra, que mis soldados han vuelto gurupas al »poniente; mas ha sido para asestar sus tiros hacia levante.» Significaba con esta frase sus deseos de provocar nueva pelea en los campos de Lorca, Murcia ó Cartagena.

»Los caballeros moros, despechados con el anterior descalabro y devorados de impaciencia por marchar á la frontera y vengarse, acudieron á la Alhambra, y pidieron á Aben Osmin licencia para cabalgar. El rey, preocupado con igual pensamiento, no solo la otorgó sino que eligió las divisiones, nombró capitanes, aprontó dinero para las pagas y dió el mando de la hueste al joven Abdilvar. Era este un mancebo sin miedo ni tacha, hijo del guerrero y vicir del mismo nombre

---

(1) En el día se conmemora en la iglesia de su nombre, con una función religiosa, que costea y á la que asiste la Corporación Municipal, predicando el capellán de dicha Corporación sobre el hecho de armas de los Alporchones, y el panegírico del Santo titular Señor San Patricio.

La iglesia de San Patricio dejó de ser colegiata el sábado 19 de Junio de 1852, en que se celebró la última sesión; si bien el miércoles 13 de Julio del mismo año quedaba todavía un canónigo, quien asistió todo el día á los oficios divinos, y desde otro día 14 de Julio de 1852 empiezan á figurar los capellanes.

Del Episcopologio manuscrito de la Diócesis que tenemos á la vista, resulta: que en los días de San Juan Martín Siliceo, número 47 de sus Obispos, Colegial que fué del Mayor de San Bartolomé de Salamanca, maestro y confesor de Felipe II y Arzobispo de Toledo, se erigió la insigne Colegiata de Lorca —Año de 1533

(2) Segundo Conde de los Arcos y Señor de Marchena que derrotó en 8 de Febrero de 1452 á los moros, cerca de Mataparda.—N. del A.

(3) Mahomed Aben Osmin el Anaf (el *Cojo*, 17.° Rey de Granada.

que habia acaudillado á los Abencerrajes. El novel campeon rehusó con tenacidad tomar parte en la contienda de los disidentes de Montefrio, y ni las amonestaciones de su familia, ni las instancias de sus amigos sirvieron para alistarle en las banderas de Aben Ismael: un motivo secreto le tenia aprisionado en Granada y hasta le hacia inclinarse al partido de Aben Osmin (1). En un dia de torneo clavó su vista en un ajimez y observó que una mora de aquellas «que, segun las leyendas »árabes, con solo mirar introducen en el corazon raudales de deleite,» atendia con singular aficion á los giros de su caballo, á los botes y acierto de su lanza.»

»Esta novedad encendió repentino entusiasmo en el pecho del Caballero, y le sirvió, cual maravilloso talisman, para hacer mil gentilezas en el palenque y ganar los laureles de la justa. Al siguiente dia se informó de la calidad y linaje de la dama, hizo trovas al pié de su ventana, y aunque logró fina correspondencia, supo que era hija de un viçir hostil á los Abencerrajes, inflexible en sus enemistades y capaz á la mas leve sospecha de matar á la enamorada doncella. Deseando Abdilvar superar los obstáculos que oponian á su felicidad los rencores hereditarios de ambas familias, se adhirió al partido de Aben Osmin, y concibió la esperanza de obtener en premio de altos servicios la mano de su señora. El rey estaba tan cerciorado de las relevantes cualidades del Abencerraje, como que todos los granadinos le reconocian en cumplir su promesa fiel, en aconsejar discreto, en ejecutar veloz, en acometer animoso, en usar de la victoria clemente: era el tipo de la gracia, del valor y del genio que habian desplegado los árabes andaluces en sus tiempos de gloria. A la fama de una campaña emprendida bajo la direccion de Abdilvar se pobló Granada de Caballeros de Ronda y Málaga, seguidos de muchos vasallos armados. Aben Cacin, capitan de los explora-

---

(1) Este mancebo, entretenido en unos amores, no había querido seguir el bando de su padre el viçir Abdilvar, y con esperanza de conseguir en premio de sus buenos servicios su deseado casamiento, permaneció en Granada y el rey Aben Osmin le estimaba por su valor, y le encargaba las más difíciles y honrosas empresas.—Conde, pág. 4, cap. 32.

dores reales de la Vega, se alistó tambien para la jornada. El dia de la salida (A de 1452 de J. C. mes de Marzo) se conmovió la Ciudad con el eco de las trompetas, añafiles y dulzainas, y entre vivas aclamaciones desfilaron gallardamente los Alaveses y Gomeles, los Muzas y Zegríes, los Marines y Gazules y otros muchos guerreros de linaje esclarecido (1). Marchó Abdilvar con su ejército por Guadix y Baza, en cuyo transito se agregaron los guerreros de estas ciudades á las ordenes de sus alcaides Almoradi y Aben Abis: encaminose á Vera, última plaza de la frontera, á la cual acudió el gobernador de Almería Malique Alavés, apellidado el *Intrépido* por sus audaces correrias en los campos de Lorca y por el rigor de su afilada lanza. Capitaneaba Malique los moros más feroces del reino, á los montañeses criados en la sierra de Gador y en las frias vertientes de la Nevada, gente membruda, frugal, sufrida, acostumbrada á vivir sin freno ni ley en sus tierras inaccesibles y solo obediente al eco de la bocina que anunciaba la hora de tomar parte en la devastacion y el pillaje del campo cristiano. Tambien los alcaides de Cullar, Orce, Huescar, los Velez, Xiquena, Tirieza, Caniles y Purchena, entraron en Vera con estandartes desplegados.

»Abdilvar arengó al ejército y dió enseguida la órden de marchar: los campos de Pulpi, las marinas de Lorca, áridas y solitarias, yermas, no ofrecian objeto en que el soldado pudiera cebar su rapacidad: tuvieron que correrse las brigadas musulmanas hácia los campos de Murcia y Cartagena, en cuya tierra hallaron ya ganados, cautivos y viveres en abundancia: riquisimo fué el botin reunido en aquella comarca; millares de familias quedaron empobrecidas y las que no pudie-

---

(1) A este suceso es alusivo aquel gracioso romance que principia:

Allá en Granada la rica
Instrumentos oí tocar
En la calle de Gomeles
A la puerta de Abdilvar.
El cual es moro valiente
Y muy fuerte capitan, etc.

Nota del Sr. Lafuente Alcántara, pág. 279.

ron acogerse al recinto de las villas cercanas arrastraron la cadena del cautiverio.

»No agradaba á Abdilvar la inaccion de los cristianos, ni la particularidad de no vislumbrar una banderola en todo el horizonte. «El enemigo no duerme, dijo á sus cabos, reune fuer»zas, y no volveremos á la frontera sin ser acometidos.» Consiguiente á esta presuncion, dió orden para arreglar la retirada y concluir cómodamente el botin. Las tropas desembocaron con un estorboso convoy en los campos de Corvera y Escobar, cruzaron las vegas de Lorca y pasaron á apoyarse en el Puntarron, paraje asi llamado por ser remate de la tierra que media entre los campos de aquella ciudad y sus marinas. Proponiase Abdilvar proseguir al abrigo de la sierra que media entre los campos de aquella ciudad y no extenderse por la llanura, donde seria preciso abrirse el paso á punta de lanza, y sacrificar gente y parte del botin. Malique fué de contrario parecer, y sedujo con vivacidad y arrogancia á los demás caudillos. «Nuestros soldados, no solo deben invadir la llanura y »no dejar huella de vivientes, sino pasar al pie de las murallas »de Lorca y tremolar ante sus defensores nuestras banderas, y »turbarles el sueño con el son de los atabales y trompetas.» Comprometido Abdilvar con estas palabras dió la orden de continuar por la rambla de Viznaga y pasar á vista de Lorca.

»Su pronóstico no era infundado: mandaba á la sazon en Lorca Alonso Fajardo, llamado el *Malo* (1) por la dureza é

(1) Ya hemos dicho en otra parte de este trabajo que Alonso Yáñez Fajardo, el vencedor de los Alporchones, se había constituído régulo de Murcia y Cartagena, con el apoyo de su yerno García Manrique, hermano de D. Rodrigo Manrique, Maestre de Santiago, casado con D.ª Aldonza Fajardo, á quien el padre Alonso Yáñez había dado en dote la villa de Mula, que había usurpado de la casa y estado del Adelantado. Indiferente á las órdenes del rey y á los mandatos del Adelantado D. Alonso Yáñez, primo suyo, dictaba leyes en la comarca y las ejecutaba á punta de lanza. D. Enrique autorizó á los émulos de D. Alonso para hacerle la guerra á *sangre* y *fuego*, y en virtud de esta facultad, el capitán Gonzalo Carrillo (año de 1457) invadió los estados de aquel señor maltratando á sus vasallos y haciendo daños incalculables, con talas é incendios. Enfurecido D. Alonso reunió la gente de su yerno, la de su primo Juan de Ayala, señor de Albudeyte, y pidió también socorro al rey de Granada con quien mantenía íntimas relaciones; al propio

inflexibilidad de su carácter: unia este caballero al valor de su padre D. Gonzalo, y de su abuelo don Juan, el temperamento bilioso y tetrico de un ingles bisabuelo suyo (1); y si bien estas circunstancias le habian granjeado el apodo del *Malo*, sus hazañas y ardides de guerra le valieron el honorífico de *Bravo* (2). Á la primera noticia de que los moros habian pasado la frontera, dispuso D. Alonso tocar á rebato con todas las campanas de la ciudad, alistó y armó á cuantos hombres podian manejar las armas, y escribió al Corregidor de Murcia Diego Rivera y á Alonso Lison comendador de Aledo, para que acudiesen á Lorca con cuanta gente les fuese posible: mientras llegaban estos refuerzos juntó los suyos y los colocó en fila. Creyeron los soldados que era llegada la hora del combate; mas pronto se desengañaron, viéndose conducidos en procesion al santuario de la Virgen de las Huertas.

»Arrodillóse el caudillo ante las aras, comenzó una plegaria con edificante fervor, y cuando estaba más embebido en las

---

tiempo escribió la carta notabilísima que ya conocen nuestros lectores, al monarca de Castilla refiriendo sus proezas y sus servicios en la guerra, y encareciendo éstos muy particularmente y como el mayor de todos cuando al tratar de la batalla de los Alporchones, dice: «En acrecentamiento de vuestra corona real, yo señor pelee con la gente de la Casa de Granada, que eran mil, y doscientos Cavalleros, y seiscientos Peones; y llevava yo doscientos, y ochenta de á cavallo, y mil peones, y con el ayuda de Dios, y nuestra ventura, los venci: murieron ochocientos Cavalleros, y entre ellos nueve Caudillos, y fueron presos cuatrocientos moros, DE QUE LA CASA DE GRANADA se destruyó; por cuya causa estan los Moros en el trabaxo, que vuestra Señoria sabe etc.»

Como sabía que sus reconvenéiones eran desatendidas si no las apoyaba con lanza vencedora, corrió con hueste en busca del capitán, y le atacó en la huerta de Murcia. La fortuna le fué adversa: su gente desapareció muerta y dispersada; casi todos sus castillos se rindieron, y él mismo con escasos restos se encerró en el de Lorca: aquí resistió valiente y no se rindió hasta conseguir partidos ventajosos y la devolución de los estados que le disputaban sus émulos. Entonces cortó comunicaciones con la Corte, y sin reconocer rey ni superior en aquella tierra, mandaba como señor y juzgaba como árbitro.—Véase Lafuente Alcántara, pag. 326 y 327 de la *Historia*.

(1) Este bisabuelo supuso Hita, en uno de los cantos anteriores, descendía del grande Lanzarote, «que en la Bretaña fué claro lucero.»

(2) Morote, *Blasones de Lorca*, pág. 2, libro 3, cap. 15.

letanias, se le apareció en la nave de la iglesia un fraile de la órden seráfica, con rostro angelical y grave continente. Era un religioso que vivia en olor de santidad de cuyas virtudes y don profético se contaban milagros en aquella tierra, que casualmente acudia al templo para implorar de Dios la buena ventura del pueblo escogido (1). D. Alonso se inflamó de entusiasmo religioso al ver al fraile, salió y recorrió en su compañia las filas de sus voluntarios y les probó que todos eran ya invulnerables con la egida del varon santo. Aún se oian las últimas palabras de la peroracion, cuando llegaron el corregidor Rivera y el comendador Lison con los refuerzos solicitados.

»Se comenzaron á divisar en esto anchos remolinos de polvo, y á oirse los ecos lejanos de las cajas de guerra. El alcaide, su yerno Garcia Manrique y el comendador ordenaron su gente y salieron con ella extramuros. Cuando las madres y las esposas afligidas veian partir á sus hijos y maridos, tuvieron ejemplo de resignacion heroica en el viejo hidalgo Pedro Gabarron, que marchaba contra el enemigo con sus doce hijos, menores todos de edad. «¿Do vais con esos tiernos niños? »le preguntaron algunas personas flacas de espíritu; advertid, »que son muchos los moros y los mas valientes de Grana»da.»—«Llevo, respondió el hidalgo, doce cachorros para que »se ceben como leones en sangre mora, y cobren aliento para »las batallas,» y sin más palabra, prosiguió su marcha.

»Los moros, no bien divisaron al ejército enemigo, tomaron posiciones en la rambla y adelantaron algunas parejas para sostener las escaramuzas, frecuente preludio de sus batallas. Un hidalgo de Lorca, de nombre Quiñonero (2), que se ade-

---

(1) Morote (*Blasones de Lorca*, pág. 2, libro 3, cap. 15) es más prolijo que Cascales en la narración de esta campaña.

(2) Pérez de Hita, en su romance de las *Guerras civiles de Granada*, refiere esta prisión, que confirman los anales fidedignos de Lorca y Murcia. Nota del Sr. D. Miguel de Lafuente Alcántara, á la pág. 282, tomo III de su *Historia de Granada*. El romance á que alude esta nota, escrito en redondillas y quintillas, empieza:

lanto con su caballo á desafiar á un adalid (1), fué cautivado y conducido á presencia de Malique. La seguridad con que el cristiano se prometia ventura para los suyos, hizo asomar la risa á los labios del moro, el que ciertamente hubiera replicado si el grito de los combatientes no le hubiese obligado á volar á las lineas. Los cristianos que avanzaban exclamando ¡Santiago ¡Santiago! recibieron serenos una carga impetuosa de los moros, en la cual mordieron el polvo muchos jinetes de ambas filas. Ni mallas, ni espaldares, ni petos, resistian á la agudeza y empuje de las lanzas. Malique sostenia su ala con singular ardimiento y disminuia cruelmente los escuadrones enemigos, mientras que Abdilvar, seguido de algunos caballeros pundonorosos, peleaba desesperado y sostenia su flanco con notable desventaja. Los infames alarbes de la Alpujarra habian recogido banderas y negádose á combatir por no exponerse á perder el fruto de su rapiña, y se retiraban presurosos por la sierra, degollando con bárbaro refinamiento á todos los cautivos cristianos que les estaban encomendados. Abdilvar, que confió ciegamente en el refuerzo de esta gente feroz y baldía, reconoció su imprudencia en ocasion irremediable: mientras sus caballeros tuvieron vida estorbaron el paso con parapetos de cadáveres cristianos; mas abrumados por el número, cayeron alanceados unos en pos de otros. Enflaquecido el extremo de la linea, corrieron los cristianos á envolverla y lo consiguieron sin obstáculo. Malique, cercado por la gente de Lorca, defendíase bravamente, y era tal el respeto de su lanza, y tan ligero el movimiento de su caballo,

---

ALABEZ

Anda cristiano cautivo,
Tu fortuna no te asombre,

y puede verse en la pág. 18 del tomo I de la primera parte de las *Guerras civiles de Granada*, edición de la *Biblioteca Granadina*. Granada, 1847.

(1) *Adalid*.—Caudillo de gente de guerra, del árabe *dalid*, guardador, y con el artículo *al*, *el guardador*. Así llamaban el que guía, que dirigia las huestes. También *ad-dalid*, participio del verbo árabe *sordo dalla*, mostrar el camino. Y hemos visto que en más de una ocasión Pérez de Hita llama á los exploradores adalides.

que la soldadesca giraba en torno amagando pero sin decision para acercarse. Á la fama de que estaba cercado un guerrero invencible, espoleó su caballo y acudió con lanza y adarga D. Alonso Fajardo, y mandó despejar el campo. Malique recibiole en regla, mas no con fortuna; la lanza del cristiano le traspasó un costado y le derribó anegado en sangre. Los soldados acudieron á cebar su encono cortando la cabeza del vencido; mas D. Alonso reprimió el conato vil, mandando curarle y ponerle á buen recaudo. Ejecutada esta hazaña voló á otros puntos donde aun se sostenian vigorosamente los enemigos, y no tardó en dar fin á la resistencia y á la vida de sus mejores capitanes. Aben Cacin, jefe de los exploradores de la Vega de Granada, los alcaides de Orce, Baza, Huéscar, Cullar y los Velez cubrieron con sus cadáveres aquel campo que habian corrido tantas veces victoriosos. La juventud mas bizarra y pundonorosa de Granada quedó alli sacrificada; y por uno de los inexplicables azares de la guerra, Abdilvar, el valiente Abdilvar, no recibió la muerte que provocó en sus accesos de vergüenza y de coraje, y vagando como demente á merced de su caballo se internó en la frontera y se agregó á los escasos restos de su gallarda hueste.

»Los vencedores, aunque diezmados, se encaminaron á Lorca con todo el regocijo que merecia su feliz empresa. La parte de botin rescatada, los equipajes, caballos y armas de los moros entraron delante; las compañias ordenadas marchaban despues al son de las trompetas y repique de campanas y entre los vivas de los espectadores. Muchos peones llevaban ensartadas en sus picas cabezas lívidas de moros, y este mismo trofeo bárbaro colgaba destilando sangre de los arzones de algunos caballos. Los cautivos, y Malique Alavez entre ellos, considerados indignos de pisar los umbrales de la puerta principal de Lorca, por donde entraban los vencedores, fueron conducidos á un portillo que abria á un jardin del palacio de los Fajardos. Enterado el caballero moro de la humillación á que sus vencedores querian someterle, hizo hincapié, y más sensible al tormento de una afrenta que al dolor acerbo de la lanzada, dijo que él era un caballero por cuyas venas corria la sangre de los Califas, y que como tal caballero no debia en-

muerto no entraria por la falsa. Las tropas que le escoltaban se enfurecieron y le intimaron la alternativa de entrar ó morir; mas como viesen que el moro no solo no se amedrentaba, sino que perseveraba tenaz y arrogante, pusieron mano á las espadas y le despedazaron. La sangre de los demas cautivos corrió en arroyos por las calles de Lorca al cabo de algunos dias. El populacho, irritado con el aviso de que fraguaban una vasta conjuracion para apoderarse de los castillos y baluartes de acuerdo con otros moros domiciliados en la Ciudad, dió fin de unos y otros con asesinatos bárbaros (2).

»El luto y la desesperacion cundieron en el reino con la noticia de esta catástrofe. Todo aquel júbilo con que el pueblo habia saludado á la hueste expedicionaria convirtiose en amargura y llanto: entró en Granada un grupo de 100 soldados, sin banderas, sin armas, sin formacion, con vestiduras rasgadas, con el desaliento pintado en sus semblantes.....

.....

»Aben Osmin, devorado de ardiente fiebre, vagaba por los salones de su palacio, sin que el aire purisimo de la Alhambra, ni los deleites del harem, ni las amonestaciones de sus vicires templaran su dolor. Apenas Abdilvar se hubo presentado ante su vista, fué reconvenido con amargura y oyó su sentencia de muerte con estas breves palabras: «Ya que no has perecido »como valiente en la pelea, morirás como cobarde en la pri»sion». En efecto, apoderados los verdugos del joven caballero, le condujeron á una mazmorra y cortándole la cabeza pusieron término al doble suplicio de su espiritu y de su cuerpo» (3).

---

(1) Pérez de Hita, de acuerdo con este autor, dice en sus *Guerras Civiles de Granada*, al tratar de este pasaje: «Volviendose los cristianos alegres á Lorca, y cargados de despojos, Alonso Fajardo se llevó á su casa al capitan Malique Alabéz, y queriendo entrarle preso por un postigo de un huerto, le dijo Alabéz: «No soy hombre de baja suerte, que he de entrar por ahí, sino por la puerta real de la ciudad;» y porfió tanto, que enojado Fajardo le hirió de muerte.» «Este fué el fin de aquel capitan y alcaide de Vera.»

(2) Morote, *Blasones de Lorca*, p. 2, lib. 3, caps. 16 y 17.

(3) Lafuente Alcántara cita á Conde, p. 4, cap. 32, y añade que en el ro-

Desde este momento, y conformes en un todo con el señor Lafuente Alcántara, el caracter é indole de Aben Osmin cambió por completo con el bárbaro asesinato del caballero Abdilvar, á quien tan tiernamente habia amado. Rodó precipitadamente la negra pendiente que conduce á la tirania, y de atropello en atropello, y de torpeza en torpeza, llegó fatalmente al más pérfido y cruento asesinato: el de los amigos y señores de las tribus Abencerrajes, que, emparentados con el malogrado Abdilvar, hicieron causa comun con los corifeos más audaces y los agentes más astutos de Aben Ismael, rival de Aben Osmin. Este, con pretexto de abdicar el trono en favor de aquel, invito á subir á la Alhambra y ser testigos de las ceremonias usadas en casos tales á los Abencerrajes y sus amigos. «Aben Osmin y sus pérfidos cortesanos, dice el Sr. Lafuente Alcántara, les esperaron con faz risueña en el pórtico del Alcázar, les condujeron con falaz benevolencia al patio de los Leones, y señalando la puerta de una estancia contigua, les digeron «Alli osaguardan.» No bien pisaron los caballeros el umbral de la sala, fueron rodeados por un tropel de negros y de esclavos prevenidos con armas, quedaron amarrados de piés y manos, tendidos sobre el pavimento para que no gritaran. Despues les arrastraron uno á uno hasta la taza de mármol colocada en medio de la sala para que en el rigor de la canicula mantuviese con sus ondas trasparentes una frescura deleitosa. Alli, entre injurias y dicterios, les hicieron sufrir refinado tormento hasta cercenar sus gargantas. Aben Osmin y sus despiadados satélites sonreian con las convulsiones de sus victimas, y no suspendieron la horrible carneceria, hasta que vieron rodar la cabeza del ultimo Abencerraje, y bosar la sangre por el borde de la pila.»

Este cruento sacrificio, y otras hecatombes de los Caballeros Abencerrajes y sus nobles amigos, encendió más y más la guerra civil en Granada y su reino, é hizo para siempre impo-

---

mance histórico ya citado también se cuenta su muerte, y en efecto, el que inserta Pérez de Hita y á que se refiere Lafuente, dice:

«Abidbar llegó á Granada
y el rey lo mandó matar.»

sa sangre del Abencerraje Abdilvar, y la no menos inocente de sus parientes y deudos y derramada por el feroz Osmín en la que desde entonces se llama *Sala de los Abencerrajes*, y en la que el vulgo cree ver en el fondo de la hermosa taza azul de mármol que hay enmedio de dicha sala la sangre de los infelices caballeros.

¡Tales fueron las consecuencias políticas de la batalla ó campaña de los Alporchones! La división de los moros granadinos, aumentada por la muerte de Abdilvar y encendida por el degüello de los Abencerrajes, fué el auxiliar providencial que puso en mano de los Reyes Católicos las llaves del hermoso reino granadino. No es, pues, de extrañar que, recordando más tarde D. Fernando y D.ª Isabel, de perínclita memoria, el servicio grande que con esta batalla prestó Lorca á la patria, y muy especialmente á la reconquista, en una escritura de privilegio remunerativo la dieran los lugares de Huércal y Overa, que hasta aquel entonces fueran de los moros.

Al llegar aquí, y antes de ocuparnos de la forma poética y versificación del canto de Pérez de Hita, cual venimos haciéndolo en los anteriores, nos complace expresar el por qué hemos copiado, á pesar de su extensión, la bellísima reseña de la batalla de los Alporchones, hecha por el Sr. D. Miguel de Lafuente Alcántara, uno de los escritores más concienzudos, eruditos y galanos, y de los más notables académicos de la Real de la Historia de principios de este siglo.

Prescindiendo que en la peregrina descripción se encuentra condensado cuanto escribieran sobre el asunto Cascales, Morote y todos los analistas más fidedignos de las historias de Lorca, Murcia, Granada, Baza y Guadix, tiene para nosotros una muy interesante novedad el relato.

Con raras excepciones, en los cuatro tomos que forman su elegante historia de Granada, comprendiendo la de sus cuatro provincias, Almería, Jaén, Granada y Málaga, cita el Sr. Lafuente Alcántara á Ginés Pérez de Hita, y cuando lo hace es como de soslayo, por tratarse, al parecer, de un historiador *anovelado*. Razón tenía en pensar así el ilustre académico que aún hoy lloramos su prematura muerte; Pérez de Hita, como

tantas veces hemos dicho, es el padre, digámoslo así, de los peregrinos ingenios cultivadores de la *novela* propiamente llamada granadina, entre los que ya hemos visto figuran ilustres hombres nacionales y extranjeros, y no es menos cierto que lo es asimismo el padre y príncipe de los historiadores *anovelados* y *románticos*, entre cuya sobresaliente pléyade se encuentra el nombre ilustre de Washington Irving y aun el del mismo Sr. D. Miguel Lafuente Alcántara.

El hermoso relato de la batalla de los Alporchones nos lo demuestra. La belleza, prudencia y valor del joven hijo de Abdilvar, su ardiente amor por la hija del vazir, enemigo mortal de sus parientes y amigos los Abencerrajes, su salida triunfal y aplaudida de Granada, las sospechas del joven caudillo, el combate de Malique Alavez el *Intrépido*, alcaide de Vera, con Yáñez Fajardo el *Bravo*, alcaide de Lorca, la dignidad de aquél prefiriendo la muerte antes que entrar en la ciudad por el portillo furtivo de las traseras del palacio de los Fajardos, la huída desesperada y sin ventura del joven caudillo Abdilvar, su muerte miserable..... ¿qué es todo ello más que una preciosísima historia anovelada, única en su clase é indígena y peculiar de la hermosa Granada? Y es que cuando el escritor de historia trata de describir desde luego la voluptuosa corte de los árabes, de contar las caballerescas aventuras de Alhama, las proezas de Osmín, las hazañas de los ínclitos reyes de Castilla y de los muchos caballeros que, siguiendo el pendón de la Cruz, se granjearon en la conquista del país granadino fama y riqueza, necesariamente, al relatar hechos tan peregrinos como maravillosos, parecerá *anovelado* y *romántico* é imitará, mal que le pese, á Pérez de Hita.

En este canto catorceno de su poema, al quinto verso de la tercera octava le sobra *que*, puesto que sin él, dice bien:

«así como las treguas se han pasado,»

y al octavo de la misma le falta *por*, en cuyo caso diría:

«por villas, por montañas y por tierras.»

El primero de la cuarta dice:

«mas nunca *Abenhalen* rey de Granada»

siendo *Abenhozmen*.

Al cuarto de la quinta:

«Defiende el paso crudamente»

le faltan dos sílabas para ser verso, y consideramos que podría decir:

«Defenderá su paso crudamente.»

Al sexto de la sexta:

«encima de su alfonsi muy sosegado»

le sobra, como se ve, una sílaba, y se completará suprimiendo el *muy*.

El séptimo de la séptima:

«que Aledo pasen, Alhama y a Librilla»

le sobra, como resalta, una sílaba, pudiendo decir en lugar de *pasen*, *van*.

Al segundo de la décima:

«espántanse de aquel caballero»

le falta una sílaba y se completa leyendo: *gran* ó *buen*, entre «aquel» y «caballero »

El séptimo de la once:

«no señor responde prestamente»

se hubiese completado diciendo:

«no señor le responde prestamente.»

Al tercero de la quinta le faltan dos sílabas y puede completarse diciendo:

«el campo aquel marchaba muy gozoso.»

En la diez y seis el tercero:

«el campo marchaba ya con alegría»

debe leerse:

«marcha el campo ya con alegría,»

y el séptimo de la misma se encontrará mejor diciendo:

«Se vuelven por Alhama y por Molina.»

El séptimo de la veintiuna:

«Lorca que supó el crudo asalto»

creemos debía ser en el original:

«Así que Lorca supo el crudo asalto.»

El séptimo verso de la treinta y tres:

«revuelven la gente de manera»

deberá ser:

«revuelven á la gente de manera.»

El segundo de la treinta y cuatro:

«No se ven caballos ni peones»

estaría mejor:

«No se ven caballeros ni peones,»

ó:

«Ya no se ven caballos ni peones.»

El sexto verso de la octava cuarenta y tres:

«Mandó que fuese abierto y fuese salado»

parece que debía de decir en el original:

«Mandó que fuese abierto y sea salado.»

CANTO CATORCENO

DE LA BATALLA DE LOS ALPORCHONES QUE TUVO LORCA CON LOS MOROS DEL REYNO DE GRANADA (1)

(1) ¿O dulce edad dorada de aquel tiempo
y cuan savrosa hera tu dulzura:
y como te pasastes tan sin tiempo
y antes de gustar esta grandura?
Hemos llegado pues á tan mal tiempo

---

(1) Veintitrés años despues, en 1595, publicaba en Zaragoza el poeta la primera parte de las *Guerras civiles de Granada*, y en su capitulo II trata de esta sangrienta batalla, por lo cual nos ratificamos una vez más en que este MS. sirvió de calco ó base á nuestro Pérez de Hita para la publicación de *Las Guerras Civiles*, una vez convencido del escaso mérito de la poesía.

de llanto de pesar y desventura
á do hierro estoda convertida
esta edad, que es ahora tan temida.
(2) Pasó la edad de oro y la de plata
la de hierro y cobre reyna ahora
á do cualquier virtud lo desvarata
y mientras muy mas, vá, mas se empeora:
el un hermano al otro ahora mata
los males van creciendo de hora en hora
lo que la edad de oro no tenia
que todo en mucha paz se mantenia.
Mediantes aquestas treguas, que he contado
los dos Reyes se ponen poderosos
el tiempo estuvo todo sosegado
y estuvieron los hombres algo ociosos
asi como las treguas que se han pasado,
se revolvieron ambos muy furiosos
tomando con vigor la cruda guerra
por villas, montañas y por tierras.
Mas nunca Abenhalen Rey de Granada
tiene grandes deseos de dar guerra,
que es el pueblo invencible de Dios Marte
Fajardo valeroso y su estandarte.
(3) Que Lorca está en el paso, y no hay pasada
sin ella lo saber primeramente
y con su gente brava aventajada
defiende el paso crudamente
acuerda el Moro Rey una envajada
hacerle al buen Fajardo tan valiente
á Murcia y su tierra la nombrada
porque este gran dolor siempre le aterra
y para bien hacer aquesta entrada
se le pone delante una gran sierra
que dé paso por Lorca sin rencilla
para ir Alhama, Aledo y á Lebrilla.
Con este acuerdo el Rey muy prestamente
dos Moros principales ha enviado
los que en cuatro jornadas solamente
al gran pueblo de Marte se han llegadó
estaba el buen Fajardo alli al presente
encima de su Alfonsi muy sosegado

y llegando los Moros blandamente
de Cartas de su Rey le dan presente.

(4) La carta dice asi en cuatro renglones
A ti el poderoso y buen Fajardo
Alcayde en Alfonsi y sus varones
estimado varon y muy gallardo
suplico des licencia sin quistiones
á Moros de Granada con resguardo
que á Aledo pasen, Alhama y á Lebrilla
y que tomen despues á Alcantarilla.

(5) La carta el buen Fajardo ha desplegado
y lo que en ella viene lo ha entendido
pesole de ello mucho en sumo grado
y muy furiosamente ha respondido
decille á buestro Rey que no ha acertado
en eso que por el ámi es pedido
porque soy yo muy fiel y buen Cristiano
y sirvo al gran Monarca castellano.
Yo soy muy buen hidalgo y Caballero
y miro por la honrra de mi ley
por la que de buen grado morir quiero
antes que hacer traicion á tan buen Rey
y á esto que ós respondo me refiero
pues á ello obligado soy por mi gréy,
llevad esta respuesta al de Granada
y no me vengais mas con envajada.
Los Moros se despiden muy turvados
espantanse de aquel Caballero
no ven las horas ya de ser quitados
de aquel bravoso rostro tan severo:
del termino de Lorca son pasados
y aun llevan gran temor por el sendero
piensa pues que tras ellos va Fajardo
varon tan esforzado y tan gallardo.

(6) Llegaron á Granada sin pararse
por pueblos y caminos sin contento
fueron ante su Rey á presentarse
mostrando en su semblante el descontento
El Rey cuando los vido sin pasarse
les dice ¿se ha cumplido nuestro intento?
No señor responden prestamente

que no quiere Fajardo aquel valiente.
Mostrose de esto el Rey muy enojado
mandó llamar catorce Capitanes
con ellos consultó de lo pasado
trayendo á la memoria los desmanes
que el gran pueblo de Lorca habia causado
al Reino de Granada y sus Guzmanes.
Acuerdan de ir á entrar con grande astucia
al valeroso Reino que és de Murcia.
Porque pese á Fajardo por los ojos
de Lorca han de correr toda la Vega
sacando muy cuantiosos los despojos
pues á darles entrada no doblega,
causando han sobre esto mil enojos
provando su valor con cruda brega
y así con este acuerdo se han salido
seiscientos de acaballo con ruido.

(7) Un Moro muy furioso denodado
que se llama Alavez de propio nombre
de gente de acaballo és señalado
de todos General de gran renombre,
otro el Albilbar muy esforzado
que es tambien valeroso y muy gran hombre,
el otro Bincó-mijar Moro fuerte
que és mucho mas temido que la muerte.
De todo el gran Ejercito furioso
heran aquestos tres los Generales
marchaba el campo muy gozoso
tocando ministriles y atabales
al campo ban de Lorca tan hermoso
para vuscarles muchos graves males
allegan hacia Vera con cuidado
y allí tres mil peones han hallado.
Doblabase el placer y la alegria
hundíase allí Vera de instrumentos
el campo marchaba ya con alegría
á dar á los Cristianos descontentos
por la costa se van nadie los veia
y en campo Mula dan malos reencuentros
vnelven por Alhama y por Molina
y el valle de Ricote se arruina.

(8) Saquean muchos pueblos en el Valle
cautivos son caudillos y ganados
de que no tienen más ya que quitalle,
Volvieron hacia Lorca denodados
piensa el bando morisco á Lorca dalle
por esta mala vuelta mil cuidados
mas unos Moros viejos la conocen
y dicen que con Lorca no retocen;

(9) Porque si Lorca save de este fecho,
salir tiene á quitar la cabalgada
ya saveis que esta es gente de gran pecho
y para pelear muy esforzada
y de esto todo el mundo satisfecho
y sabe de esta gente denodada
Mejor esto nosotros lo sabemos
por do propio venimos nos volvemos.

(10) Los Capitanes dicen muy ardidos,
por Lorca hemos de ir aunque les pese
bien escapemos muertos, bien heridos
que bien sabeis que en esto hay interese:
nosotros vamos de armas bien guarnidos
de lanza, fuerte alfange y buen pavese
todos somos moriscos esforzados
y en casos de la guerra bien cursados.

(11) Y pues esto es ansí como he contado
de Lorca no temamos cosa alguna
delante vaya todo este ganado
y agora no temamos la fortuna:
todo esto asi fuera concertado
y nadie en este acuerdo la repugna
y ansi el morisco bando denodado
por el campo de Lorca se ha lanzado:
Tomó el morisco bando aquel rayguero
que dicen de la sierra de Aguaderas:
hacen pues por allí muy gran sendero
llevando bien tendidas sus banderas
ganado allí no dejan ni vaquero
que todo lo robaban muy de veras,
Lorca que supo el crudo asalto
ya causa á la Campaña sobresalto.

(12) Tocan luego arrebato la Campana

acude el buen Fajardo gran guerrero
con una fuerza grande soberana;
bien muestra ser del todo Caballero:
armase pues la gente muy de gana
con un valor crecido y muy entero
los soldados se alistan muy furiosos
mostrando en su valor ser animosos.

(13) Acuerdan el dejar alguna gente
que guarde la Ciudad muy valerosa
quedar no quiere nadie allí al presente
mas ir á la batalla peligrosa:
sobre ello hubo acuerdo diferente
armase la question sobre tal cosa
Al fin se apaciguo y fue concertado
que viejos y zagales han quedado.
Para que si algo adverso sucediese
despues de haberse roto la batalla
que hubiese en la ciudad quien defendiese
Torreones, almenas y Murallas,
Luego que concertado esto se hubiese
armados los Cristianos con su malla
encima de Caballos poderosos
al campo se salieron muy furiosos.

(14) Murcia en aqueste punto habia llegado
y Aledo con el mismo continente
con la gente de Lorca se ha juntado
y un escuadron se hace muy potente
la delantera Lorca la ha tomado
que para ello es Lorca pertinente:
Atras no quiere ir ni ha consentido
que delante ella vaya hombre nacido.

(15) Qualquier pendon tremola muy tendido
relumbran con el Sol los estandartes
mostravase el de Lorca mas lucido
que el ayre lo menea por mil partes,
este entre los moriscos es temido
por su valor, victoria y marcial arte;
y ansi con ordenanza ban marchando
y en vusca de los Moros caminando.
Quatrocientos hidalgos de á Caballo
salieron de tropel, dos mil peones

gozo y sumo placer daba el mirallo
el escuadron tan bravo de varones
al Moro bando quieren atajallo
esfuerzo lleva mas que de Leones:
delante todos iba el buen Fajardo
mostrando en el aspecto ser gallardo.
Los Moros que descubren la divisa
de Murcia fiel y Lorca el estandarte
en el mundo que és sola una fenisa:
se temen el asalto y crudo Marte
pero el Moro Alavez alli pesquisa
á un Quiñonero preso de su parte
Dirasme la berdad buen Quiñonero
pues ya se que eres tu buen caballero.

(16) Aquella tres banderas y pendones
que salen por alli por la espesura
¿de donde son me dí, y los escuadrones
que tanto en caminar ya se apresura?
Dime tu, Quiñonero, estas razones
que aunque preso te hallas por ventura
libre te he de dejar, cierto sin falla,
si quedo vivo y benzo esta batalla.

(17) De Lorca son, responde Quiñonero,
que alli no viene gente de otra parte
y aquel que sale agora alli postrero
de Murcia me parece el estandarte
y aquel que en orden biene á ser tercero
de Aledo es ciertamente, y es un Marte,
Todos pues los Caballos traen furiosos
y á la pelea vienen muy gozosos.

(18) Responde alli Alabez muy alterado
muestras en el aspecto ser un Marte
pero habrales muy poco aprovechado
la rambla no veran de estotra parte
y si en aquesto soy tan desdichado
que pase á esotro cabo su estandarte
yo digo que los Moros son vencidos
muertos por los de Lorca y bien heridos.
El Sol les da en la cara, y esto siento
que á los Cristianos da muy gran ventaja
nosotros lo tomemos por tormento

al tiempo que se trave la varaja
mas muestre cada cual buen ardimiento
que todo no lo estimo en una paja.
Los añafiles suenan de una parte
de otra las trompetas de Dios Marte.

(19) Despues que los de Lorca habian llegado
El apellido dan á Santiago:
la rambla de un encuentro la han pasado
y hacen en los moriscos grande estrago
del Granadino bando renegado
todos con saña envisten cómo un drago
revuelven la gente de manera
que no se vé pendon ya ni bandera.

(20) La polvareda sube al alto cielo
no se ven caballos ni peones
comienza á resonar ya muy gran duelo
por medio de los fuertes escuadrones
de muertos ya se puebla todo el suelo
caballos salen muchos sin arzones
ya rueda por el suelo mucha malla
del todo ya es trabada la batalla.
Ya empieza el crudo asalto á hacer efecto
anda ya la batalla con ruina
de sangre está bañado cualquier peto
la cota ya se rompe Xazarina
ya rueda allí cortado el fino almeto
la espada allí la corta siendo fina
ya anda muy revuelto el crudo asalto,
ya muestra el bravo Marte cruel esmalto.

(21) Ya es muerto Abencó-mijar, Moro fiero
preso queda Alavez, Capitan Moro,
Fajardo lo prendió, gran Caballero
y esto lo apreció mas que un gran tesoro:
el otro Capitan que és el tercero
por la batalla va como un gran toro
este es Albilbar muy señalado
bien muestra en su valor ser esforzado.

(22) Rompiendo vá por toda la batalla
á los mas arriesgados socorriendo
bien siente el Moro ya que su canalla
va á manos de Cristianos pereciendo

bien vé que no aprovecha arnes ni malla
que Lorca lo va todo destruyendo
Viendo pues sus negocios tan esquivos
al punto degolló allí los cautivos.

(23) Visto Albilbar á Alavez preso
que Lorca les va dando bravo Marte
con un temor muy grande y muy expreso
sacó cien Caballeros del devate
bien veis ya, Moros mios, el suceso
les dijo del terrible y gran convate
bien veis ya nuestras huestes destruidas
salvemos nos nosotros con las vidas.

(24) Así como esto dijo, va corriendo
sus Moros detras dél por no dejallo
y asi estos pocos Moros van corriendo,
y se escapan á uña de caballo
Fajardo que lo supo va siguiendo
tras Albilbar, é intenta el alcanzallo
siguieron los Cristianos el alcance
hiriendo van, matando á todo trance;
Los Moros sin Caballos van perdidos
por mil partes se van descarriados
quedaron muchos muertos, mas heridos
por el campo de Lorca destrozados
muy pocos escaparon escondidos
metidos por la sierra amedrantados
estos llevan á Vera la embajada
de nueva tan cruel y desdichada.

(25) Salen de Lorca luego las mugeres
despues que reconocen la victoria
llevaron refrigirio con placeres
gozando ellas tambien de esta gloria:
hallaron mil riquezas, mil haberes
que duran hoy dia por memoria
Quedó la gente rica de despojos
muy llenos de plazer y sin enojos.

(26) A Lorca se tornó toda la gente
huvo poco de muertos y heridos
ellos descansan todos juntamente
de los trabajos grandes ya sufridos
reparten los ganados igualmente

segun en los estados referidos
Quedaron muy contentos y pagados
y con victoria tal mas ensalzados.
Pero Alavez, el Moro bravo y fiero
Capitan muy famoso y señalado
no quiso entrar en Lorca prisionero
y fué forzoso allí ser acabado.
Fajardo Capitan muy gran guerrero
mandó que fuese avierto y fuese salado
los moriscos de Lorca lo pidieron
y en Lorca luego al punto se lo dieron.

(27) Venciose esta batalla el mismo dia
del bienaventurado San Patricio
celebrase la fiesta todavia
por la merced tan grande y veneficio
porque el vendito Santo en la porfía
asistió á los Cristianos muy propicio
y cada año esta fiesta se celebra
al mismo punto dia que no quiebra.
Despues de ser del todo descargados
de Lorca los cristianos valerosos
notando los negocios ya pasados
ven pues su sugecion los animosos
y que ageno estandarte estan ligados
conocen varones velicosos
por hallarse ya en Lorca mil fronteros
y pasan los de Lorca por sus fueros.

(28) Los de Lorca se hallaban obligados
á militar debajo el estandarte
de los fronteros mismos alojados
y con ellos salir á qualquier parte:
estos sentian muchos los preciados
acuerdan los de Lorca entrar en parte
á donde los fronteros no han entrado
por lo que el Rey les dé un pendon preciado.
Acordaron de hacer en una entrada
un hecho poderoso y señalado
por do merced del Rey les fuese dado
de darles estandarte muy preciado
que Lorca no esté á nadie sugetado
ni á General ninguno alli enviado

que vayan de porsí á qualquier parte
llevando los de Lorca su estandarte.
Aquesto pues contaron de secreto
los valientes hidalgos generosos
cuarenta se juntaron al efecto
que no quisieron más los velicosos
corazas aderezan, fino almeto
como hombres de guerra, y animosos
Quien son yo los diré en esotro canto
á do veras un hecho muy despanto.

Ilustraciones de este canto catorceno.

(1) Esta batalla se dió á dos leguas de Lorca, en tiempo del Rey D. Juan.
(2) Edad de Plata, Edad de Hierro.
(3) Embajada del Rey moro á Fajardo, Capitán de Lorca.
(4) Carta.
(5) Respuesta de la carta.
(6) Estos mensajeros tornaron de volver, y Fajardo los mató.
(7) Alavez, Albibar, Benco-mijar, Capitanes moros.
(8) Presa hecha por los moros.
(9) Aviso.
(10) Orgullo de los Capitanes moros.
(11) Acuerdo de los moros.
(12) Ármase Lorca.
(13) Acuerdo de Lorca.
(14) Vanguardia de Lorca.
(15) Estandarte de Lorca, tenido de los moros. Llévalo en esta batalla Diego López de Guevara.
(16) Pregunta de Alavez.
(17) Respuesta de Quiñonero.
(18) Rambla de Viznaga.
(19) Santiago.
(20) Batalla notable.
(21) Muerte de Abencomijar, Alavez preso.
(22) Muerte de los cautivos Cristianos.
(23) Huída de Albibar.
(24) Alcance.
(25) Victoria de San Patricio; hay razón de ella en el archivo de esta ciudad, y está pintada en uno de los cuadros de su consistorio.
(26) Despejo de los moros.
(27) Á 17 de Marzo año 1452.
(28) Acuerdo de los hidalgos de Lorca.

CANTO XV (1)

Tratan de la famosa victoria llamada de la *Novia de Serón*, que ganaron cuarenta caballeros lorquinos, no sólo el P. Vargas en su historia de la imagen de Nuestra Señora de las Huertas, si que también el P. Morote en sus *Blasones de Lorca*, siguiendo este hijo de la orden seráfica, en todo, y copiando casi servilmente, el manuscrito de Pérez de Hita.

El tan eminente estadista como literato eximio, excelentísimo Sr. D. Lope Gisbert (cuya muerte reciente lloran sus amigos y tiene á las letras aún sumidas en duelo), dijimos en la primera parte de estas páginas que, inspirándose blandamente en la relación hecha por el escritor y poeta hijo de Mula, compuso un bellísimo romance sobre este episodio, quizá el más brillante, y desde luego, y sin disputa alguna, más caballeresco, de la historia insigne y siempre muy entretenida por los sentimientos elevados, los heroicos hechos y sublimes rasgos de la ciudad de Lorca.

En la dulcísima composición, sujétase el galano y fácil señor Gisbert á la verdad histórica trasmitida por Pérez de Hita y copiada por cuantos analistas y escritores tratan de la

---

(1) El suceso de la «novia de Seron» tuvo lugar, según Morote, en el año de 1440, es decir, seis años antes de la entrada de Aben Osmin, el Cojo, en la Hoya de Baza, con el degüello y toma de Benamaurel, en donde supone Gisbert muere D. Diego de Guevara, y catorce años antes de la célebre batalla de los Alporchones que, como hemos visto, fué en 1452.

Hacemos estas observaciones, porque parece que tanto Pérez de Hita como Gisbert no concuerdan en orden cronológico con el franciscano historiador. El primero de los escritores coloca en su poema á «el canto de Seron» después y á seguida de la batalla de los Alporchones. El segundo parece asentir á esta opinión, porque si bien fija la fecha de la audaz correría de los Cuarenta, desde luego al suponerles combatiendo al grito de ¡Santiago y San Patricio!, es evidente, entiende, que sucedió después de la campaña de los Alporchones, desde la que, y sólo desde ella, pudieron los de Lorca invocar á *San Patricio* como protector de sus armas.

«hazaña, llamada de los cuarenta,» si bien de ella debe descartarse, como es natural, la ficción poética final de suponer herido de amores por la hermosa mora á D. Diego Guevara, el que:

«Huyendo todo regalo
sus arreos son las armas
su descanso el pelear, etc.....»

y darle por muerto:

«en aquella noche infausta
en que entró á Benamaurel
Aben-Ozmin de Granada,

y de encontrar al bravo caballero ya cadáver bajo la cota de malla:

«todo bañado en su sangre
el almaizar de Walala;»

porque todos estos hechos son hijos de una exquisita inspiración, tan de notar en todo el romance, que es muy difícil en él hacer pretender resaltar la menor ó mayor belleza de este ú otro período, por resultar todos elegantes y hermosos.

¡Qué elogio tan caballeresco hace de los fronteros lorquinos cuando dice:

«todos de nobles blasonan;
y fieros en el combate,
benignos en la victoria,
admiran á los valientes,
respetan á las hermosas!»

¡Qué bien pintada está la galantería de los caballeros del siglo XV, cuando D. Diego de Guevara

«..... se inclina
al acabar y del velo
de la doncella la fimbria
coge y la besa!»

Y cuando más adelante y galán:

«El palafrén de Walala

Don Diego lleva de
que no quiso tal cu
confiar á un escude

Inefable ternura respira el poet
der de Walala, es decir, de la hei
mano, exclama:

«¡Bendita la mujer
¡Bendito su dulce in
¡Sin ella el hombre
¡Sin ella el mundo e

y el que esto escribe de la mujer,
llero debe contestar á un reto sin
fina urbanidad:

«Decid á Ibn-Aamir
que nosotros comba
por gloria y no por l
y que enfrente del p
á vivir por gracia su
todos morir preferim

No tanto para rendir modestísi
querida del que tantas atenciones
seguida el romance de la «Hazaña
le tituló), premiado con la Englar
florales celebrados en Murcia el día
también porque con dificultad, sig
que se ocupan de esta faena milit
caballería en los días de su apog
darse, ni más placer al lector, ni
acertada introducción al canto q
murciano Pérez de Hita, que el cel
escrito por otro hijo del mismo se
quietos pensadores, el Sr. Gisbert, á
mente moviera el délfico fuego, enl
dad, en un asunto digno por todos
caballerescas, románticas ó histórica
la de Quintín Duvart ú otra de las
Sir Walter Scott.

LA HAZAÑA DE LOS CUARENTA

(Episodio de la historia de Lorca.)

ROMANCE

I

Abul-Asbag-Ben-Mogira,
bizarro alcaide de Baza,
que guarda plaza y castillo
por su Rey el de Granada,
del muro que á Oriente mira
sobre la torre más alta
está, rebosando gozo,
al despertar la mañana.
Bien sabe el amante moro
que en vano tan pronto aguarda,
que el punto del mediodía
es la hora prefijada,
y la morisca etiqueta,
cuando un término señala,
ni le anticipa un instante
ni un instante le retarda.
¡Si él fuera quien ir pudiera!
¡Si su deber no le atara!
Faltando á toda etiqueta,
rompiendo reglas y usanzas,
apareciera en Serón
antes que el alba apuntara.
Pero el Rey, que siempre teme
las cristianas asechanzas,
le veda salir ni un día
de la plaza codiciada.
Y es forzoso resignarse.
¡Dios lo quiere: el Rey lo manda!

Ya nace el sol: por los campos
su viva luz se derrama:
ya alegre rumor de vida
en la ciudad se levanta:
añafiles y timbales
con toques de guerra llaman,
y jinetes y peones
pasean calles y plazas.
Cubre la esparcida arena
dorada flor de retama,
se adornan los ajimeces
de colgaduras galanas:
arco de ramas y flores
se elevan frente al alcázar,
con sentencias del Korán
y breves versos que ensalzan
el valor de Abul-Asbag
y de su esposa las gracias;
y al pie del arco Ibn-Handis,
poeta de ilustre fama,
cercado de mil curiosos,
al compás de su guitarra,
ya populares *kasidas* (1),
ya tiernas *gazelas* (2) canta.

Con verlo todo el alcaide
las lentas horas engaña;
pero llega el mediodía
y ¡oh, Dios! no llega Walala.
Lleno el pecho de zozobra
resuelve el ir á buscarla;
y en esto, en rauda carrera
ve bajar por la montaña
un jinete, á cuya vista
se estremecen sus entrañas.
—«¡Mi caballo!—grita al punto.—

(1) **Relaciones ó romances.**
(2) **Poesías amorosas.**

¡Que me sigan treinta lanzas!»
Y muy luego al mensajero
en medio del llano alcanza.
—«¡Mi esposa!»—clama el Alcaide;
y el nuncio, apenas el habla
pudiendo dar, le responde:
—«¡Cautiva!»—«¡Cautiva!»—exclama
Abul-Asbag.—«¡Ah, volemos,
volemos á rescatarla!»

II

Cautiva se halla, en efecto,
la noble y gallarda mora,
que aquel día á Abul-Asbag
iba á dar mano de esposa.
De los espesos pinares
que á Fuencaliente coronan,
en un verde pradecillo,
al pie de peña fragosa,
está sentada. Á sus plantas,
dos negras esclavas lloran,
y más allá, en triste grupo,
con faz abatida y torva,
están, ó heridos ó atados,
los valientes de su escolta.
Ella, cubierta de un velo,
en ancho alquicel se emboza,
y oculta con noble orgullo
su temor y su congoja,
resuelta á morir, si amaga
algún peligro á su honra.
Mas no corre riesgo alguno,
pues los guerreros de Lorca
que acaban de cautivarla,
todos de nobles blasonan;
y fieros en el combate,

benignos en la victoria,
admiran á los valientes,
respetan á las hermosas.

Cuarenta ilustres mancebos
son, que ambiciosos de gloria,
secretamente acordaron
entrar por las tierras moras,
y hacer en ruda algarada
la prueba de sus personas.
Á don Diego de Guevara,
á quien la fama pregona
por valiente y por experto
de guerra en las duras obras,
eligen por su adalid.
Cada cual sale á deshora,
se reunen en Nogalte,
y amparados por las sombras
de la noche, junto á Aspilla,
cruzan la frontera próxima,
y llegan á Fuencaliente
y en sus pinares se emboscan.

Alto el sol, ven asomar
la breve y lucida tropa
que desde Serón conduce
á Baza la ilustre novia.
Los rodean, los embisten,
y tras pugna recia y corta,
los fueron rindiendo á todos
y uno solo escapar logra.

Recogen pingüe bótín
de armas, caballos y joyas,
y el riquísimo acidaque (1)
con que el padre á su hija dota:

---

(1) Esta palabra no se encuentra en *El Glosario* del Sr. Eguilaz Yanguas.

y antecogiendo los presos,
á la emboscada se tornan.

El uno, de centinela
se pone sobre una roca;
otros, los más fatigados,
se recuestan en la alfombra
que entre lentiscos y pinos
tiende la yerba frondosa,
y los demás, repartidos
en varios grupos, razonan.
De volver á la ciudad
algunos dicen que es hora.
Otro opina que la empresa
realizada es fácil cosa;
que él salió á probar su brazo
en trances de mayor monta,
y hasta hallarlos y vencerlos
jura no volver á Lorca.
Es don Martín de Morata
quien así piensa; le apoyan
otros muchos, y el caudillo
acepta la valerosa
opinión, diciendo:—«Amigos,
avisado ya á estas horas,
vendrá sin duda el de Baza
á recobrar á su esposa,
y á nuestro nombre sería
el no esperarle deshonra.
Esperemos, pues.»
Alegres
el gallardo acuerdo toman,
y por el prado se esparcen
y para la lid se aprontan.

En esto grita el vigía:
—«¡Moros de Serón!»—Gozosa
aclamación le responde
que atruena la selva toda.

—«¡Los nuestros!»—piensan los presos.
—«¡Mi padre!»—exclama la mora.
Y el vigía otra vez grita
desde la empinada roca:
—«Son muchos y apriesa vienen!»
Y el capitán—«¡Bien! ¡Qué importa!
Con cualquiera de nosotros
para veinte moros sobra.»

III

En cuatro iguales hileras
formando escuadrón lucido
á encontrar á los muslimes
van los cuarenta lorquinos,
y al frente de ellos don Diego
en su caballo rosillo (1).
Al sol los limpios arneses
despiden reflejos vivos
y tremolan en las auras
penachos y pendoncillos.

Cuando van llegando cerca
ven pararse al enemigo,
y salir un hombre solo,
de paz agitando en signo
un blanco lienzo.
Por orden
de Guevara, á recibirlo
avanza Pedro Navarro,
mozo sesudo y fornido.
—«El noble Ibn-Aamir, alcaide
de Serón, de quien soy hijo,
os manda salud y os dice:

(1) El color del caballo es histórico.

devolvernos los cautivos,
llevaos como rescate
el botín que habéis cogido,
é id en paz. Nos fuera fácil
rodearos y rendiros;
pero enemigos corteses,
con hombres de vuestro brío
á lograr fácil victoria,
tratar de paz preferimos.»
Así habló el moro, y Navarro,
ya por su jefe advertido,
—«Decid á Ibn-Aamir, responde,
que nosotros combatimos
por gloria y no por botín;
y que enfrente del peligro,
á vivir por gracia suya,
todos morir preferimos.»

Cada cual vuelve á su campo.
Los moros ronco alarido
dan al saber la respuesta
de los cristianos altivos,
y en contra de ellos se arrojan
como raudo torbellino.
Los nuestros bajan las lanzas,
se afirman en los estribos,
se cubren con los escudos,
y en las sillas recogidos
salen á escape á su encuentro.
En el espacio extendido
entre el monte y el pinar
el choque fué, y los vecinos
ecos el hórrido estruendo
repiten ensordecidos.
En nube espesa de polvo
queda el lance confundido;
se oye el fragor de las armas,
se ve del acero el brillo,
rugen como el huracán

los lelilíes (1) moriscos:
mas no se sabe quién lleva
la ventaja en el conflicto.
Una ráfaga de viento
al fin la nube deshizo,
y descubre á los cristianos
formando en estrecho círculo
la más vistosa batalla
que vió aquel guerrero siglo.
Ninguno de los cuarenta
los arzones ha perdido;
cada uno es un San Jorge;
todos juntos un castillo
con recio adarve de acero,
donde se estrella el continuo
asalto, que los muslimes
les dan en rápidos giros.
Don Diego, que siempre alerta
no dió un instante al olvido,
al lidiar como soldado,
su deber como caudillo,
observa que va cediendo
de los muslimes el brío;
que algunos huyen del campo,
y que Ibn-Aamir, recogidos
los más enteros, prepara
un empuje decisivo.
Conoce el experto jefe
que los moros son vencidos,
y da animoso á los suyos
del supremo esfuerzo el grito.
—«¡Santiago! ¡Cierra, cierra!
¡Lorca, Lorca! ¡San Patricio!»
Y en rápido movimiento
los cristianos al oirlo,
despléganse en larga hilera
cual de un resorte impelidos,
y se arrojan á los moros,

---

(1) *Lelilí*, grito ó vocerío que dan los moros cuando entran en combate; de *le illah illa Allah:* «No hay más Dios que Alah».

sin que nadie resistirlos
ose ni pueda.
Ibn-Aamir
aún combate mal herido
con el grupo de sus deudos,
con su alférez y sus hijos.
Navarro cierra con él,
Guevara acude en su auxilio,
detiene el brazo á Navarro,
y dice á Ibn-Aamir:—«Rendíos:
ireis salvo, noble anciano;
de honor y vida sois digno.»

IV

Poco después, en el prado
donde la triste cautiva
por los fieles escuderos
que á los cuarenta servían,
mientras éstos peleaban,
quedó guardada y servida,
los cristianos en redor
de su capitán se apiñan,
y calurosos discuten
algo grave en voz sumisa.

Del grupo sale Don Diego,
y con noble gallardía
ante Walala doblando
en el suelo una rodilla,
le dice:—«Noble doncella,
para honrar en forma digna
de caballeros cristianos
este venturoso día,
libre sois, y libres todos
los vuestros, y vuestra rica

dote os volvemos, y á todos
todo lo suyo.»—Se inclina
al acabar, y del velo
de la doncella la fimbria
coge y la besa.
Embargada
por la emoción, no podía
ella responder, y el padre
por ella habló:—«¡Te bendiga
Alah!—dice,—pues á un padre
de muerte y deshonra libras.
Sabe que acepté en el campo
á tu propuesta la vida,
sólo por verla y saber
cuál era su suerte: y fija
la dura resolución,
acá en mi pecho traía,
de matarla y de morir
antes que verla ofendida.
Guardad las riquezas todas
que en buena guerra adquiridas
son vuestras; á mí me basta
con recobrar á mi hija.»

Walala levanta en esto
el velo que la cubría,
y ruborosa descubre
belleza tan peregrina,
que los cristianos prorrumpen,
de asombro llenos, en vivas.
Ella, bajando los ojos,
que astros de luz parecían,
y en cuyas largas pestañas
gruesas lágrimas oscilan,
de las llamas del pudor
siente la faz encendida,
y entre turbada y gozosa,
dice así, con voz suavísima:
—«Señor, si admiré tu esfuerzo,
admiro más tu hidalguía;

y en vano me dejas libre,
si de nuevo me cautivas;
pues deudas de gratitud
en personas bien nacidas,
más que el hierro ata los brazos,
alma y corazón obligan.»
Estas discretas razones
absorto don Diego admira,
y en torno sus caballeros
se estrechaban por oirla.
Tras breve pausa la hermosa
algo más á decir iba,
cuando en lo alto de la roca
suena la voz del vigía
que anuncia moros de Baza.
—«¡Bendito sea el cielo!»—grita
Guevara.—Sin duda alguna
nos es la Virgen propicia,
pues hoy por tercera vez
con el combate nos brinda.
¡Ea, amigos, á caballo!»
Al oirle, estremecida
por el riesgo de su amante
aquella mujer divina,
delante del Capitan
poniéndose de rodillas,
clama:—«¡Por Dios! ¡No más sangre!
que es ya mucha la vertida!»
—«Vuestra voluntad es ley,
dice Don Diego, y cumplida
será siempre como tal
en donde impere la mía.
¡No más sangre! Vamos todos
á encontrar á Ben-Mogira.»

V

Á prevenir al de Baza
mandaron un mensajero,

y poco despues salían
todos juntos á su encuentro.
El palafren de Walala
Don Diego lleva del diestro,
que no quiso tal cuidado
confiar á un escudero:
y era de ver cuán alegre
á la mora iba sirviendo
aquel terrible soldado,
aquel hidalgo soberbio,
que no dobla la cerviz
sino á Dios y al Rey.
Misterios
son estos del corazon
que acatamos y entendemos.

Al llegar Abul Asbag
trae receloso el aspecto,
apenas mira á su esposa
y responde breve y seco
á las corteses razones
que le dirige Don Diego.
Guevara de mal talente
replica un tanto altanero.
Cruzan los dos la mirada,
á un tiempo fruncen el ceño,
hay un instante solemne
de pavoroso silencio.
. . . . . .
. . . . . .
Pero todo lo conjura
Walala; su blando ruego
es como en cielo nublado
benigno soplo de viento.
¡Bendita la mujer sea!
¡Bendito su dulce imperio!
¡Sin ella, el hombre no es hombre!
¡Sin ella, el mundo es un yermo!

Confuso el moro, á Guevara
dice:—«Capitán, comprendo
que falté á la cortesía,
y ¡por Alah! que lo siento.
Mas si con esta mi excusa
no te das por satisfecho,
á abonar mis imprudencias
siempre está pronto mi acero.»
—«¡No más!—exclama Guevara:
¡id con Dios, y pues sois dueño
de tan discreta hermosura,
que os colme de dicha el cielo!»

Al despedirse Ibn-Aamir,
quitando el dorado freno
del palafrén de su hija,
lo da á Guevara en recuerdo.
Walala, de su tocado
rico almaizar desprendiendo,
se le da también, y al noble
Morata, que fué el primero (1)
que habló en su favor, la joya
que lleva prendida al pecho.
A los demás Ibn-Aamir
y Abul-Asbag, compitiendo
en gusto y esplendidez,
armas y joyeles dieron.

En la iglesia de las Huertas
se ha visto por largo tiempo
el freno de azul y oro
que el insigne caballero
á la Virgen, su patrona,
ofreció como trofeo.
Y porque nunca se pierda
la memoria de estos hechos,
los mandó Lorca pintar

(1) Este Morata se llamaba D. Tomás, y era hermano de D. Martín.

que se conservan hoy día
en su Lonja (1) y en su templo.

VI

Despues del suceso insigne,
¡cuán trocado está Guevara!
¡Á todo trato se roba;
es áspero con las damas,
van sus ojos apagándose,
va encaneciendo su barba!
Huyendo todo regalo,
sus arreos son las armas,
su descanso el pelear,
el duro suelo su cama.

Al gran Marqués de los Vélez
sigue en todas sus campañas.
Y siempre su escudo blanco,
partido de negra banda,
en los más recio y trabado
se encuentra de las batallas.
Cuando no hay guerras en Lorca,
se va á otra parte á buscarlas:
pero se observa que evita
las empresas contra Baza.
Y cuando murió lidiando
en aquella noche infausta
en que entró á Benamaurel
Aben-Ozmin de Granada (2)

---

(1) Hoy está convertida en Palacio de Justicia, y no hay nada de eso.

(2) «Así (Aben Osmin) rompió las líneas de la Frontera, pasó á cuchillo á la guarnicion de Benamaurel y á sus moradores y cautivó al Alcaide Alonso de Herrera.»—Véase Lafuente Alcántara, tomo III, pág. 269.—Suárez. *His-*

le encontraron sobre el pecho,
bajo la cota de malla,
todo bañado en su sangre,
el almaizar de Walala.

En ningún autor de los que tenemos á la vista se dice que el alcaide de Baza se llamase *Abul Asbag-Ben Mogira*, ni su bella prometida *Walala*, ni el poeta tañedor de guitarra y compositor de *kasidas* y *gacelas*, fuese *Ibn-Handis*, ni el alcaide de Serón *Ibn-Aamir*, y sin embargo no nos es permitido dudar que fuesen esos los personajes, dada la sinceridad del difunto D. Lope, quien nos aseguró en vida, la última vez que le hablamos en Murcia, no ser de su invención, usando del «*pictoribus atque poetis.....*» del preceptista del Lacio, sino entresacados y fielmente copiados de documentos arábigos y aljamiados, reunidos para ilustrar la historia particular de Lorca, y muy especialmente este episodio de la novia de Serón, que tan agradablemente cautiva por lo hazañero, gentil y galano.

Su recuerdo será eterno en Lorca, donde aun existe el cuadro que le representa en la sala de sesiones del Capítulo municipal; así como también pregona hoy su fama una pintura, nada bien hecha, sobre el crucero de la Capilla Mayor del templo de Nuestra Señora de los Huertas, explicada por estos versos un tiempo no muy remoto aún legibles:

«Quarenta cavalleros en tal pressa
Mostraron su valor y noblessa.»

Hablando el Padre Morote de los delicados recuerdos regalados por la cautiva y librada mora á Guevara y á Martín Morata, dice: «Conservase (1) hasta hoy la dicha joya, y precioso freno, con cuatro borlas de finisima seda azul, con sus cordones notablemente curiosos, y tan finos hasta hoy sus colores, que dudo puedan salir semejantes, en estos tiempos,

---

toria del Obispado de Guadix y Baza, libro III, pág. 371.—Garibay, libro IV, capítulo 23, y Mariana, libro XXII, cap. 4.º—Esta nota no es del Sr. Gisbert, sino nuestra.

(1) El P. Morote escribía por el año de 1741.

de el tinte. Guardanles los caballeros Mathas Rendones.»

En el año de 1860, en una reunión de amigos tenida en Lorca, hablaba un ex-diputado á Cortes y abogado distinguido de Huércal-Overa (1) sobre el suceso de Serón y hazaña de los cuarenta, á la sazón que uno de los allí reunidos, don Ambrosio Fajardo, manifestó que conservaba en una incorruptible arca alcanforada la histórica cabezada del palafrén de la mora; y que la guardaba con muy especial cuidado y gran esmero por ser poseedor de un vínculo en cuya fundación había una cláusula en la que *se obligaba á guardar siempre aquella cabezada; y presentarla en toda ocasión en que el inmediato sucesor lo pidiere, y si no lo hacía se trasmitiría la vinculación á éste.*

Con tal motivo, los reunidos pudieron contemplarla, y uno de ellos, que aún vive, me facilitó hace tiempo esta reseña: «Era el correaje, no muy bien tratado, de cuero cordobés, con hebillas doradas y esmaltes azules, colocadas vertical y no horizontalmente; colgaba del ahogador una gran borla de seda, de un finísimo color azul turquí, perfectamente conservado.»

Supimos después que por muerte de D. Ambrosio Fajardo pasó esta vinculación á su hija D.ª Luisa Fajardo y Cañabate, que casó con D. Eduardo Parra Osorio, y por muerte de éstos tal vez la posea actualmente alguno de sus hijos.

En cuanto á la *gran joya* que la mora llevaba prendida al seno, y que diera al caballero Morata, han sido nulas y baldías nuestras pesquisiciones con el fin de averiguar su paradero.

No quedó premiada solamente la galantería del capitán D. Diego y sus hidalgos lorquinos con la desde entonces histórica cabezada del palafrén de la hija del alcaide de Serón y la preciada joya desprendida del sensible seno, sino que también al ingenio, al valor y á la resolución desplegados por los *cuarenta* en tan arriesgada empresa fué debido que el rey D. Juan el segundo concediera á Lorca, entre otros reales pri-

---

(1) D. Ginés Mena y Marqués.

esta famosísima ciudad:

«Dieron cuenta al Rey don Juan Segundo de este famoso hecho de valor, y honra, para los de Lorca, suplicandole, que en vista de las muchas, y ilustres hazañas hechas en servicio de su Magestad, y de sus gloriosos antecesores, por las Armas de Lorca, se sirviese concederles privilegio para salir á jornadas en tiempo de Guerra, dandoles un Pendon Real, para que baxo las Reales Armas de Castilla, saliessen á las campañas, con independencia de los Capitanes de Frontera, y de llevar á todas las armas del Reyno de Murcia la Vanguardia, siempre que en tierra de enemigos hiciesen entrada, y de bolver en la Retaguardia en la salida; Privilegio, que hasta oy (1) gozan las compañias de Lorca, saliendo con las demás del Reyno de Murcia á las campañas. Dióle asimismo este famoso Rey á Lorca el titulo de Ciudad, que por algunos años no tuvo, por estar reducido desde su conquista á ser de Presidio, Fortaleza ó Castro, como queda dicho; y es titulo mas honroso, que le dió el Rey don Alonso el Sabio su conquistador: *Castrum super Astra locatum*. Dicho Privilegio dió este Rey en Valladolid en cinco de Marzo de 1442.

Estudiando la forma poética del canto de Pérez de Hita, el cuarto verso de la octava ocho:

«Salieron de Seron muy de contado»

debió ser sin duda:

«Salieron de Seron muy de repente,»

para que rime con *prestamente* del segundo y con *valiente* del sexto.

El quinto verso de la diez y ocho dice:

«Sonaba aquel rumor por cualquier parte,»

y debe ser indudablemente:

«Sonaba aquel rumor por cualquier sierra,»

porque es como rima con *guerra* del primero y *tierra* del tercero.

---

(1) 1741.

El verso séptimo de la veinte:

«Muy cerca de allí, pues, los cristianos»

podría pasar aunque le falte una sílaba, y tal vez lo escribiera así el poeta completándolo con separar las sílabas *de allí*, haciendo tres de estas dos, lo cual era muy frecuente en aquella época, como ya hemos significado repetidas veces; mas por si ha sido error del copista, no queremos dejar de indicar que es muy posible también que el poeta escribiera *cercana* en vez de *cerca*, con lo que resultaba el verso completo.

El primero de la veintidós:

«Pues mi ventura no quiso contrayarme»

lo encontramos mucho mejor en el MS. que copió Morote: (1)

«Pues mi ventura quiso contrahallarme.»

A la octava veintiséis le falta el primer verso, pues empieza:

«En dar una ciudad á un mendingante,»

y tal omisión es positivamente error del copista, puesto que encontramos en el P. de Morote:

«No hizó Alejandro tal franqueza
en dar una ciudad á un mendigante.»

El octavo verso de la veintinueve:

«Y olgaronse todos bien de la empresa,»

sin duda el copista cambió las palabras, porque así no resulta verso endecasílabo, y sí con las mismas colocándolas en su verdadero lugar:

«Y olgaronse bien todos de la empresa.»

---

(1) *Blasones de Lorca*, P. II, lib. III, cap. XIII, pág. 352.

CANTO QUINCENO

DE LA BATALLA DE SERON QUE TUBIERON CUARENTA HIDALGOS DE LORCA CON LOS MOROS DE BAZA.

Agora pues, Caliope, os ruego y pido
que me deis un focal divino aliento
y un concurso muy grande esclarecido
como lo exige y pide el alto intento
de un hecho valeroso y muy subido
de gran valor estima y ardimento
que Lorca hizo, pueblo valeroso,
por dó gano un pendon maravilloso.
Viendose Lorca estar siempre sugeta
á todo Capitan que hera frontero
andaba con pesar y muy inquieta
en no poder mostrar su esfuerzo fiero
como en sus hobras hera muy perfecta
de un valor singular y muy sincero
juntamente cuarenta de secreto
para de por si formar un decreto.
(1) Amigos y parientes eran todos
en casos de la guerra señalados
conciertan de ir á entrar por ciertos modos
con ánimos valientes denodados
muestran en el valor ser mas que godos
y ansi salieron bien juramentados
de entrar muy mas adentro que han entrado
los fronteros que en Lorca habian estado.
(2) Y, ansi salieron todos noche oscura
sin dar al Capitan ninguna parte
en Dios van confiados y ventura
sin pendon se salieron ni estandarte
tan solo su valor allí asegura
entrar en la batalla y crudo Marte
antes pues que saliese el sol rayando
trece leguas habian caminado.

(3) De Baza á cinco leguas son llegados
aquestos caballeros valerosos
y al rio de Almanzora son entrados
por pasos muy secretos peligrosos
allí junto á Seron son emvoscados
donde hay unos pinos muy viciosos
miran por el camino si viniesen
Moros para que al punto les saliesen.
Seis dias estuvieron aguardando
tan solo por hacer muy buena presa
salia uno de ellos cuando en cuando
á ver si de ganados hay represa
estando en estas cosas maginando
unos Moros venir ver á gran priesa
estos solo son doce según cuenta
que á una novia llevavan su parienta.

(4) De Seron estos doce habian salido
camino van de Baza muy derechos
mas hales el reves acaecido
de aquello que pensaban en su pecho
por que los emboscados han salido
y les acometieron muy de hecho
prendieron á los once prestamente
cautivando á la Mora juntamente.

(5) Un Moro de los once se fué huyendo
camino de Seron muy prestamente
doscientos de á Caballo muy corriendo
salieron de Seron muy de contado.
Los de Lorca se estaban atendiendo
mostrando cada cual ser muy valiente
Mas Diego Lope luego ha preguntado
de dó es aquella gente que ha asomado.

(6) Un Moro respondió de los cautivos
un Capitan de Baza allí parece
que quema á los Cristianos casi vivos
y de ellos hace cuanto le parece:
gustareis de sus golpes tan esquivos
que cada cual de vos bien lo merece
pues habeis á la novia cautivado
y á todo su linage deshonrado.

(7) Luego pues los de Lorca en un momento

aquellos once Moros degollaron
y á los otros les salen al encuentro
que muy cerquita de ellos allegaron
dos Moros se adelantan de ardimiento
¿de donde sois, Cristianos, preguntaron?
Respondeles Morata prestamente
de Lorca somos todos juntamente.

(8) Mas (si de ello gustaren) luego entremos
en la cruda batalla y peligrosa,
en donde nuestras fuerzas probaremos
con gente que es en guerra valerosa
y nuestro gran valor os mostraremos
que sabemoslo hacer en cualquier cosa
y aunque los que venis sois tres doblados
no os tienen los de Lorca en tres cernados

(9) Enojado el morisco muy furioso
revuelve su caballo prestamente
y puesto en los estrivos valeroso
la lanza le tiró muy crudamente
Morata que lo vió fué muy mañoso
del golpe se guardó ligeramente
su lanza por un lado á terceado
y al Moro atravesó por un costado.

(10) Cayó del golpe el Moro muerto en tierra
dando muy doloroso y gran gemido
travose en un momento allí la guerra
y todos los de Lorca han acudido.
Andres Navarro al punto luego cierra
Diego Lopez ya habia arremetido
los cuarenta guerreros Lorcitanos
se meten en los Moros como alanos.

(11) Mataron mas de veinte en el encuentro
rodaba por el suelo la ruina
espantanse de ver tal ardimiento
aquella mala gente sarracina
mostraban los Cristianos grande aliento
qualquier de los cuarenta determina
en el asalto ser aventajado
y mostrarse en el lance señalado.
No hubo tempestad tan repentina
ni truenos tan terribles y espantosos

ni lluvia que cayese tan aina
de piedra en los sotos muy frondosos
no causó su furor tanta ruina
como aquestos cuarenta tan famosos
en aquella tan bruta y vil canalla
al tiempo que rompieron la batalla.
Por medio travesaron la otra parte
del escuadron morisco tan malvado
por tierra derribado su estandarte
que de labores era muy preciado
aprietan con los Moros con tal arte
que ya el morisco bando está espantado
mas viendo que son pocos dan en ellos
pensando de matallos ó prendellos.
Encuentros huvo allí maravillosos
dados en el poder de fuertes brazos
y los cuarenta bravos y furiosos
tanto que ya no hayan envarazos.
Los Moros aunque muchos temerosos
estan de verse asi hechos pedazos
mas con pura verguenza obran la malla
y andan muy revueltos en batalla.

(12) Mas los de Lorca diestros en la guerra
juntos iban entrando y van saliendo
muchos Moros estaban por la tierra
de golpes muy crueles pereciendo
sonaba aquel rumor por cualquier parte
socorro de Seron viene corriendo
forzoso á los de Lorca es retirarse
y á un punto todos juntos apartarse.
Yendose retirando hacia una banda
Morata se encontró con el Caudillo
herido lo arrojó en tal demanda
de encima del Caballo que es tordillo
Diego López Guevara se desmanda
confia en su caballo que és rosillo
y al Moro que traia el estandarte
muerto lo derrivó á la otra parte.

(13) Todos juntos escapan á un otero
que no faltó ninguno en él á afrenta
quedose el Moro bando en el sendero

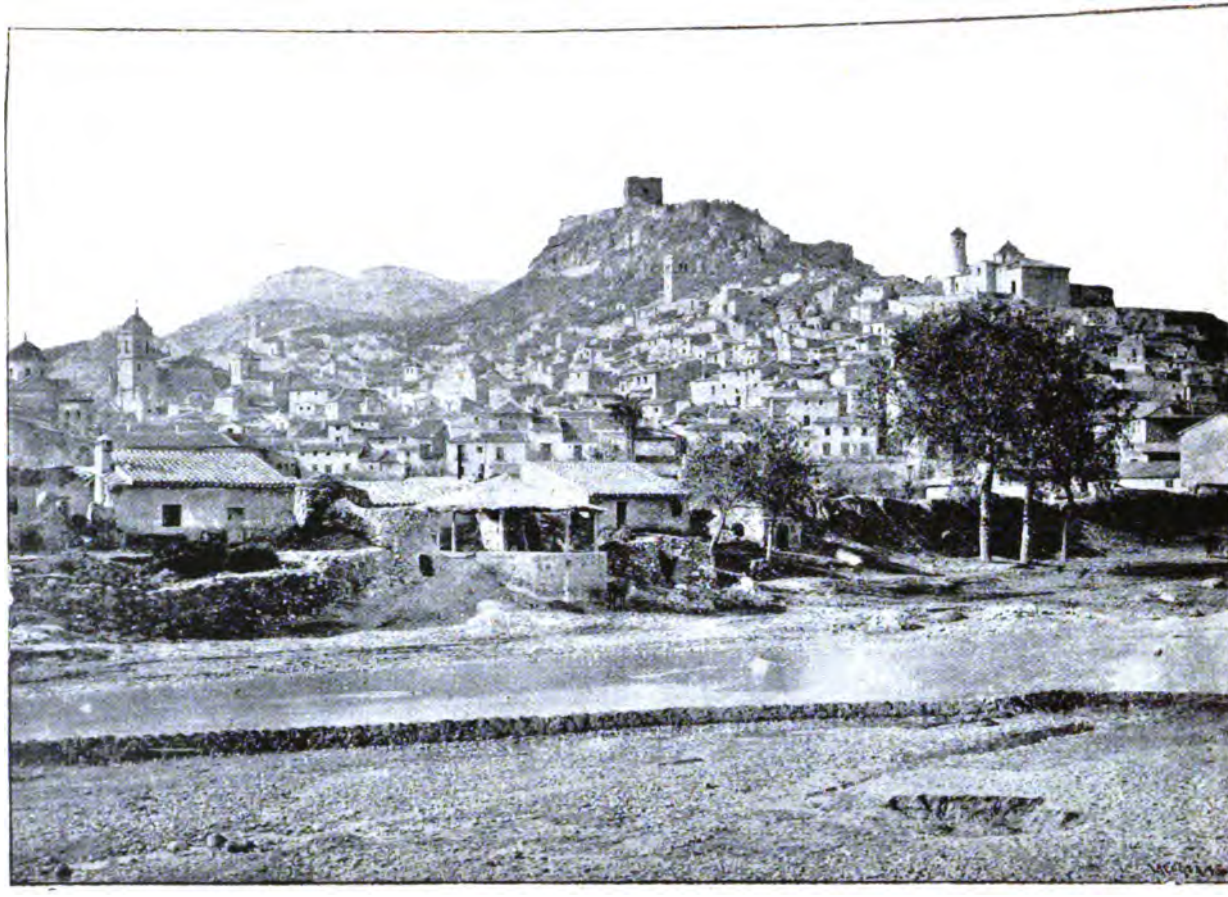
hicieron un pendon rico y preciado
con las armas del Rey por cada lado.
Ya en Lorca no hay fronteros, ya es librada
por si solos ya obran maravillas
en todo el Reyno entero de Granada
No la tienen á Lorca entres evillas
desde allí fué Lorca mas preciada
no sufre ya de nadie las cosquillas
Al Reyno de Granada dió quebranto
como lo vais á ver en este canto.

Ilustraciones de este canto quinceno.

(1) Pleyto homenage de los hidalgos de Lorca.
(2) Diego Lopez de Guevara llevo el gobierno de todos.
(3) Emboscada.
(4) Seron pueblo de moros preso.
(5) Socorro de los moros de Seron.
(6) Respuesta.
(7) Muerte de los once moros cautivos.
(8) Valor de Lorca.
(9) Morata.
(10) Batalla.
(11) Comparacion.
(12) Socorro.
(13) Retíranse los cristianos. Pavor de los moros.
(14) Ruego de la mora.
(15) Razonamiento y parecer de Morata.
(16) Grandeza y humanidad de la gente de Lorca.
(17) Está pintada esta batalla en el tablero que esta noble ciudad tiene en su consistorio.
(18) Virtud de Lorca.
(19) Merced otorgada por el Rey.

CANTO XVI

Pone fin Pérez de Hita con este canto diez y seis al primer libro de los dos en que dividió su poema; y de la toma de Lorca por el Rey Sabio hasta el presente momento histórico van pasados doscientos cincuenta años de continuas fa-



LORCA. — Vista tomada desde la « Casa del Fiel »

tigas militares y fiestas de guerra para los caballeros lorquinos, los que huyendo toda molicie y regalo:

«sus arreos son las armas,
su descanso pelear, etc.»

Desde luego se ve que el poeta no se propuso narrar la historia de la guerra de Granada, y sí trata en ella de lo que solamente se refería ó tenía relación directa de la particular de Lorca, sobre la que escribía. Lástima es que por esto no se ocupe con la extensión debida del memorable sitio y toma de Baza, con la rendición de Hazen el viejo, el Príncipe Cid Hiaya y toda la corte del bravo Rey *Z*agal tan maltratado por Sané, como hemos visto (1).

El Sr. D. Francisco Pi Margall escribe:

«Baza, la antigua *Basti*, la que ya en el siglo XI vió enarboladas en sus minaretes las banderas de aquel temido Emperador Alfonso, que llevó sus armas hasta el corazón de Andalucía (2); la que á fines del siglo XV rechazó de sus muros los

---

(1) Véase «Algunas reflexiones,» etc., pág. 41. (Todas las notas son del A. de este trabajo y no de los citados ó copiados.)

(2) Efectivamente, D. Alonso el séptimo, llamado el Emperador, conquistó (según Mármol, el P. Bleda y Suárez) la ciudad de Baza en el año de 1152, en que también ganó á Guadix, habiéndose apoderado antes de Almería en 1147 y de Baeza en 1149. De resultas del sitio que Juceph, Emperador de Marruecos, puso á Almería, hubo D. Alonso de abandonarla, y «llegando á Baza (dice Suárez en su Historia del Obispado de Guadix y Baza) adoleció tan mal que dejando con la gente á su hijo primogenito D. Sancho, determinó bolverse á Toledo, acompañado de su hijo D. Fernando, en tiempo que los calores eran muy intensos. Disimulando cuanto pudo la dolencia de su mal, por no dar pesar á sus vasallos, llegó á Sierramorena, donde á pocas horas rompió el accidente en indicios tan mortales, que á despecho de su paciencia, se hizo público á todos cerca de Fresneda, poniendole á descansar á la sombra de una encina, donde con muestras de gran contricion dió el último aliento de su vida por el mes de Agosto de 1157, asistiendole en este aprieto D. Juan, Arzobispo de Toledo, de cuya mano recibió los Sacramentos.

»Son no pocos los historiadores que oscurecen la conquista de Baza, añade el erudito doctor y Capellan de S. M. en la capilla de los Señores Reyes nuevos de Toledo, conseguida por el Emperador D. Alonso, confundiendola con la de Baeza, por la semejanza de los nombres; mas el Obispo Sandoval tiene por mas verisímil la de Baza, por hallarse esta ciudad mas inmediata á la de

ejércitos de los Reyes Católicos, acostumbrados á la victoria; la que no cayó vencida sino después de heroica resistencia, es todavía ciudad importante, ya que no por su grandeza ni por la majestuosa pompa de sus monumentos, por su pintoresca situación en la falda oriental de una colina, á cuyo pie se extiende una espaciosa vega, salpicada de cortijos que levantan sus blancas paredes entre las copas de frondosos árboles. Anímala el murmullo de fuentes que deslizan sus cristalinas aguas entre riberas de flores; báñanla ríos y arroyos que bajan de las ásperas vertientes de la sierra del mismo nombre; embellécela por todas partes una vegetación lozana, que recuerda á cada paso la inteligencia de los árabes.»

«Ostenta aún en lo alto los restos de su Alcazaba, de esa fortaleza en cuyas bóvedas suspiraron sus últimos héroes, más abatidos por el rigor de su destino que por sus heridas; levanta aún entre sus humildes casas los ennegrecidos muros de su Colegiata (1), templo gótico de tres naves, que restauraron sus conquistadores (2) y fundó, según tradición, Reca-

---

Almería, donde el Emperador puso toda la fuerza de sus armas, por ser en aquel tiempo un puerto importantisimo: siendo compatible sucediese la conquista de Baeza en 1149 y la de Baza en 1152, como refiere Marmol.»

Como la mayor parte de los historiadores modernos, si no todos, siguiendo al mal informado Ximena, historiador de Baeza, aplica á ésta muchos sucesos de Baza, y muy especialmente éste, desde luego creemos que sea esta nota digna de la mayor atención, para evitar errores históricos y aclarar alguno que parece oscuro.

(1) Hoy es parroquia de Santa María y la llaman la Mayor.

(2) Esta restauración fué dirigida por Gil de Silve en tiempos de Carlos V, y es del gusto *plateresco*. Desde principios del siglo XVI se había advertido en España que muchos arquitectos tomados en la escuela germánica, ganosos de acomodarse á los gustos reinantes, siguieron las máximas del Renacimiento, pero uniendo á la arquitectura greco-romana la columna ojival y otros detalles, y aun los graciosos ornatos del arte arábigo y mudéjar; á este orden pertenece la antigua Colegiata de Baza; en él las columnas clásicas son más altas y gruesas que debieran; las cresterías, penachos y doseletes ojivales están sustituidos por labores de grecas, lazos y festones. Las pilastras, en lugar de las haces góticas, tienen entrepaños llenos de relieves; los ornatos del gusto greco-latino alternan por do quiera con los cubos moriscos y las ajaracas y los almocárabes: en una palabra, en ella se encuentra combinado lo antiguo y lo moderno y ciertamente con una no pequeña riqueza de ingenio, que hace de este tem-

redo; facilita aún algún que otro dato para la historia del arte en su iglesia de Santiago el Mayor, en cuya nave, construída en 1505, presenta los últimos reflejos del estilo monumental de la Edad Media, ya casi apagados por los mismos rayos del Renacimiento (1). Á pesar de la escasez de obras creadas por otros siglos, conserva, como Baeza, cierto aire aristocrático y severo; tiene casas, ya ensombrecidas por el tiempo, adornadas por escudos de armas; palacios entre torreones, propiedad de los que sobre ellos extendieron sus espadas, y evoca todavía á nuestros ojos sombras de héroes y esforzados capitanes que rodearon de esplendor las armas de Castilla (2).»

«Ganaronla de los sarracenos, dice Rodrigo Méndez de Silva en su descripción de España, los católicos Reyes Don Fernando Quinto y D.ª Isabel (3), á 4 de Diciembre, año de 1489, despues de siete meses de cerco, rindiendose á partido Hazen el *Viejo*, Alcaide suyo. Encargando lo eclesiastico á D. Pedro Gonzalez de Mendoza, Gran Cardenal de España y Arzobispo de Toledo, donde mandaron enarbolar tres estandartes con la ceremonia acostumbrada en todos los lugares que conquistaban á moros, imitando al rey D. Alonso Octavo, Emperador, progenitor suyo (4).»

---

plo un hermoso monumento, todo de piedra, de tres naves, con la extensión de 48 metros por 24 de anchura, dividiendo á las naves, que están paralelas, diez columnas, no exentas de cierta severidad y grandeza, dando frente la mitad á las otras cinco. Sirvió de Mezquita mayor durante la dominación arábiga hasta la Reconquista, que fué erigida Colegiata por D. Pedro González de Mendoza, gran Cardenal de España, bajo la advocación de la Anunciación de Nuestra Señora.

(1) Esta parroquia se reedificó en 1848, al estilo moderno; es toda su obra de cantería y ladrillo, y de lo antiguo no conserva más que la espaciosa nave de madera, de exquisito trabajo.

(2) Por ella han pasado y en ella detenido San Francisco de Borja, Colón durante el sitio, Cervantes ejerciendo el cargo de comisionado de apremio, y casi todos los capitanes ilustres de aquel siglo y el siguiente, entre ellos D. Alvaro de Bazán y el gran D. Juan de Austria.

(3) Aún se conserva el retrato de estos Reyes en la parroquia de Santa María, antigua Colegiata.

(4) La ceremonia, según el mismo Méndez Silva: «Iban los tres pendones,

Si con la batalla de los Alporchones prestó Lorca insigne servicio á la causa de la reconquista, no fueron menores los llevados á cabo ante los muros de Baza, sobre los que derramaron más de una vez su sangre hidalga y generosa los hijos de la Ciudad del Sol. Juan de Hita, progenitor de nuestro Pérez de Hita, murió gloriosamente en el insigne cerco de la ciudad á quien el muslín español llamaba pequeña Granada, y cuya rendición puede decirse concluyó con el imperio de los hijos de Agar en la Península. Así lo comprendió Europa entera, y tal sentir sonó y repercutió en Roma, donde se celebró el hecho solemnemente, pronunciando ante el Colegio Cardenalicio una célebre *Oracional* el Sr. D. Bernardino Carvajal, que según el Episcopologio manuscrito, de la diócesis de Cartagena y Murcia que poseemos (1), hace el núm. 47 de sus Prelados. Fué creado Cardenal de la Santa Iglesia Romana por su antecesor en la Silla episcopal de Cartagena, D. Rodrigo de Borja, que fué elegido Pontífice en el año de 1492, con el nombre de Alejandro VI. D. Bernardino Carvajal había sido antes Obispo de Badajoz y desde Cartagena fué trasladado á Plasencia, año de 1502.

Pero volvamos al canto y objeto del mismo, y remitiendo

ó militares insignias, benditos y sagrados de la iglesia, llebando el primero la Santisima Cruz, divisa de la humana redencion, el cual colocaba el Alferez mayor en la más alta y encumbrada torre, tremolandolo delante de todo el Exercito, que á su vista se postraba y humillaba, mientras los sacerdotes y Prelados cantaban el Hynno *Tedeum laudamus* y la Oracion *Deus qui per crucem tuam*, etc. El segundo era del Soberano Patron de España, á cuya presencia aclamaba la milicia con alborozado valor, Marcial esfuerzo y catolico empeño: *Santiago, Santiago, Santiago.* El tercero de sus Altezas, que traía las reales armas de la dilatada monarquia, Augusto Imperio, felice Reyno, que conserbaba Dios y acrecentaba, apellidando con intrepidos corazones, *Castilla, Castilla, Castilla* por el Rey D. Fernando y la Reyna D.ª Isabel. Despues se seguia la Consagracion de las Mezquitas moras en iglesias de fieles.»

(1) El original Ms. de la Oracional del Sr. D. Bernardino Carvajal existe en la Biblioteca del Vaticano. De allí, por conducto del Excmo. Sr. D. Segismundo Moret, nuestro respetable y querido amigo, hemos adquirido una copia, que en latín, tal como está y que no traducimos por miedo de hacerla perder su elegancia, publicamos después de este canto, viendo la luz pública por vez primera en España.

al lector curioso á las interesantes narraciones hechas por los historiadores Pedraza, Bleda, Mármol, Pedro Martyr, Salazar y Mendoza, Pulgar, Diego Díaz de la Carrera, Prescott, Irving, Lafuente (D. Miguel y D. Modesto), el Museo Militar (Tratado de Indumentaria) y tantos otros, incluso Pérez de Hita en sus *Guerras Civiles* y el Conde de Clonard en su *Historia de las Armas*, donde al tratar de la guerra de Granada reasume á todos, á todos sigue y servilmente copia á todos, nos atendremos al P. Morote, que, como siempre, aclara en algo, ya que no luzca, á Hita, á quien frecuentemente cita y copia.

«El Rey Católico D. Fernando entra en la Ciudad de Lorca en la que dispuso la entrada con su ejercito en el reyno de Granada para su conquista (1).

El gloriosisimo Reyno de Granada está enclavado casi en la parte más Meridonial de nuestra peninsula. Sus terminos son, al Oriente la antigua provincia de Cartagena; al Ocaso la Betica; al Mediodia el Mar Interno, y al Septentrion, parte la Andalucia y parte, Castilla; siendo este famoso reino, como dice Mariana, parte de la Betica, y parte de nuestra Tarraconense: *Beticam inter et Carthaginensem Provinciam Granàte Regnum jacet, utriusque Provincie pars*, folio 1.129.»

«Este regaladisimo reyno tiene por armas en escudo de plata una granada verde, descubiertos sus rubicundos granos, y al timbre una Corona. No le pareció al P. Guadix en su libro de nombres Arábigos, ser el dicho simbolo proporcionado, para la explicacion enigmatica de la grandeza de Granada y de su Reyno.»

«Con este motivo refiere un escudo, Armás o Tarjama Morisco de la ciudad y Reyno de Granada, que sus reyes

---

(1) «.....luego se puso en camino para Valencia, y allí hizo Cortes el rey Católico; y con grande deseo que tenia de cobrar del todo el reino, se vino á la ciudad de Murcia, y alli fue discurrido como la habia de entrar por la parte de Vera y Almeria; y resuelto en lo que habia de hacer, se fué á la villa de Lorca para desde alli entrar en el reino de Granada.»—Véase la primera parte de las *Guerras Civiles de Granada* de Pérez de Hita, cap. XVI.

Moros inventaron, y el que hasta oy se vé en el Alhambra de aquella ciudad.»

. . . . . .

. . . . . .

«El tiempo deseado de los cristianos, en el que ansiaban ver restituido al Gremio de la Católica Iglesia este celebrado Reyno, le tenia Dios reservado para gloriosa corona de las empresas famosas de los Reyes Católicos. Dieron estos feliz principio á esta conquista, con la ciudad de Alhama, antigua población de Turdulos, á quien llamaron Artigis, segun Tolomeo y Ortelio, y los Moros Alhama que suena: Baños, segun el P. Guadix. Siguieronse luego las de Marvella, Loxa, Ronda, Málaga y otros pueblos de la parte Occidental de este reino. Despues de varios sucesos de las Católicas Armas y civiles enemistades de las familias Granadinas, los caballeros moros de Granada escribieron al rey D. Fernando alentandole mucho (1) á la continuacion de la guerra ofreciendosele muy gustoso para tan importante empresa;

---

(1) Pérez de Hita en el citado cap. XVI de sus *Guerras Civiles de Granada,* primera parte, dice:

«.....recibieron los reyes Católicos una carta de Granada, enviada por los caballeros Alabeces, Gazules, Aldoradines, la cual decia asi:

«Muy poderosos señores: los dias pasados hicimos saber á Vuestras Magestades los caballeros Alabeces, Gazules, Aldoradines y otros muchos de esta Ciudad de Granada, que somos de un bando, del cual es tambien Muza, como queriamos ser cristianos, y entregar este reino á vuestras reales personas; y pues se ha dado fin glorioso á las cosas de Andalucia, se puede empezar la conquista de este reino por la parte de Murcia, que es cierto que los alcaides de las fronteras y del rio de Almanzòra se entregaran luego sin defenderse, porque así está tratado entre nosotros; y siendo ganada Almeria y su rio, que es lo más dificultoso, y Baza, se puede cercar á Granada; que tenemos fé, como caballeros, de hacer tanto en tú servicio, que Granada se entregue á pesar de todos los que en ella viven. *Muza* en nombre de los vasallos contenidos besa vuestras reales manos etc. de Granada.»

Es muy digno de notar que Pérez de Hita llame en el pasaje anterior villa á Lorca, siendo así que no desconocía nuestro insigne é ingenioso escritor que desde los días de D. Juan II fué elevada á la categoría de Ciudad en recompensa de sus muchos y buenos servicios, no interrumpidos en una muy larga serie de años. También la carta puede tenerse por apócrifa en parte.

aconsejandole que para el logro más feliz la empezase de nuevo por la parte del Reyno de Murcia.

Con noticia tan gustosa partieron los Católicos Reyes á la Ciudad de Valencia, y habiendo celebrado en ella Cortes, salieron con algunas tropas para la de Murcia, en la que celebraron el solemnisimo dia del Corpus, y juntas las tropas con las compañías que concurrieron á esta famosa Ciudad, y de la gente que de ella salió (1) para acompañar al Catolico Rey, salió de Murcia el Monarca con su ejercito para Lorca.

El P. Bleda dice, que antes que los Reyes llegasen á la Ciudad de Murcia tuvieron Cortes en la de Orihuela, y que le acompañaban el Duque de Alburquerque, el Marqués de Cádiz, los Condes de Ledesma, Santi-Estevan, Castro, Cabra, Monteagudo y Buendia; D. Enrique Enriquez, Mayordomo Mayor del Rey, D. Pedro Lopez de Padilla, adelantado de Castilla, D. Juan Chacon, adelantado del Reyno de Murcia (2) y otros muchos señores.

---

(1) Dice Pérez de Hita en el capítulo anteriormente citado de la primera parte de sus «Guerras.»

.....«Fueron de la Ciudad de Murcia con el Rey D. Fernando muchos caballeros é hidalgos muy principales, los cuales será bien declarar, porque su valor y proeza lo merecian aunque no se nombrarán todos.

Fueron Fajardos, caballeros de claro linaje, Albornoces, Ayalas, Giles, Galeros, Carrillos, Clavillos, Guzmanes, Riquelmes, Avellanedas, Villaseñores, Comences, Rafones, Pereas, Fontes, Avalos, Valcárceles, Pachecos, Moncadas, Monzones, Guevaras, Melgarejos, Torrecillas, Llamas, Salares, Fusteros, Andocillas, Loaysas, Infrentes, Saavedras, Hermosillas, Pelazones, Balboas, Ulloas, Alarcones, Laras, Fauras, Zambranas, Cascales, Sotos, Sotomayores, Puxmarines, Varribreas, Paralexas, Saurines, Lázaros, Vorias, Peñaveleros, Escaméz, Dotos y Rosales, Jereces, Gomez, Mulas, Marines, Alburquerques, Loritas, Ponces de Leon, otros Guevaras, Cisones, Manchirones, Leones, otros Ponces de Leon, Cildranes, Rosiquies, Tomoses, Tizonas, Paganes, Cenales, Alemanes, Rodas, Pineros y Hurtados.»

Cascales por su parte dice: «Que partió D. Fernando dejando á su esposa D.ª Isabel en Murcia, el dia 5 de Junio de 1488; que el Rey, durante su estancia, mandó hacer un frontal para la Iglesia Mayor de brocada de tres altos, bordado y con mucha imaginería, y especialmente visitaba con gran devocion á Nuestra Señora de la Claustra, en cuyo retablo se hicieron ambos retratar, el Rey D. Fernando á mano derecha de la Virgen, y la reyna D.ª Isabel á la izquierda.»

(2) «Muerto D. Pedro Fajardo el año de 1483, sucedió en el Adelanta-

Llegó este insigne Monarca á la Ciudad de Lorca, en donde fué recibido con singulares demostraciones de afecto debido á tan grande y famoso Monarca, quien holgó mucho de ver tanta y tan arreglada gente, que en tantos años habia sido firmisimo é inexpugnable muro de este Reyno, y su valerosa espada castigo de la Mahometana soberbia, coronandose de tantos laureles, cuantas fueron las batallas que ganó á infieles tropas.

Aumentose el real ejercito con las nuevas compañias de la Villa de Mula (1) y otras del reyno de Murcia llegaron á esta Ciudad, y el crecido número de gente (2) noble, que se ofreció de esta plaza, con todo el resto de sus compañias y adalides practicos para esta tan gloriosa empresa. En esta ocasion fué, cuando visitando el Rey la Parroquia de Santa Maria, dió la Custodia de que hicimos relacion hablando de dicha iglesia con otras alhajas dignas de su grandeza.»

«Con tan lucido, y númeroso Ejercito salio de Lorca el Católico Rey, siguiendole toda la gente de guerra que en ella avia, quedando la ciudad casi desierta.....

.....

.....

El Marqués de Cadiz y el Adelantado del Reyno de Mur-

---

miento D. Juan Chacon, su yerno, Contador mayor y del Consejo de los Reyes Catolicos, y asi como entró en el oficio hizo muchas correrias en tierra de Moros, señalando su persona como valeroso caballero.» (Véase Cascales.) «Puesto el ejército en retirada, D. Juan Chacon se encargó de sostenerla con una columna de Caballeria. El Zagal embistió varias veces y caminó en pos hasta las orillas del rio Guadalquiton, donde mejoraron y tomaron respiro los Cristianos. Despues se encaminaron á Huescar.» (Véase Lafuente Alcántara, Correría hacia Baza. Batalla ganada por el Zagal, mes de Junio de 1488. Pérez de Hita continúa llamando en este Canto Fajardo á Chacón.)

(1) «De la villa de Mula, según Pérez de Hita, en sus «Guerras» fueron, Pérez de Ávila y Gitar, Leivas, Corellas, Mazas, los caballeros con deudos y soldados,» y esta singularidad de nuestro escritor de no hacer constar los caballeros de las demás villas y lugares que concurrieron á la grande empresa del quinto Fernando, es uno de los mil indicios de afectuoso orgullo por su villa nativa.

(2) Dice Pérez de Hita que de Lorca salieron: Moratas, Portales, Cazorlas, Pérez de Tudela, Hurtados, Quiñoneros, Piñeros, Falconetes, Mateos, Readones, Muneras, Burgos, Alcázares y Romanes.

cia, llevaron la vanguardia este dia (que fué decimo de Junio, el año de 1488) y encaminandose para la Ciudad de Vera, luego que llegaron á la Fuente de Pulpí, salió á encontrarse con el real Ejercito el Alcayde de Vera (1) entregando con todo sentimiento las llaves de la Ciudad al Catolico Rey.....

.....

..... pobló (el Rey) de muy buenos Caballeros á Vera, por ser Presidio, y Fortaleza tan vecina al Africa.....»

En el capítulo siguiente continúa Morote: «Luego que las

---

(1) Efectivamente, la Vera de Levante, en la antigüedad conocida por *Varea*, y llamada *Baira* por los árabes, fué conquistada por los Reyes Católicos en 10 de Junio de 1488, habiendo entregado las llaves de esta ciudad en la fuente de Pulpí el Alcayde Mahometano Malique Alabés, pariente próximo del que tan dignamente muriera en Lorca después y á consecuencia de la batalla de los Alporchones. Vera era una especie de Metrópoli de toda su comarca, y SS. MM. Católicas dieron el nombramiento de Alcayde al señor Garcilaso de la Vega su Maestre de Sala, hermano de Francisco que tomó el Castillo de Xiquena, cortando la cabeza á su Alcayde Avuley Hacen, y en tronco de los Lazos de Velez Rubio.

Establecido el cuartel en un sitio que desde entonces hasta el día se titula El Real, y es de lo más feraz de aquellos sitios, y de la Vega, concurrieron y se dieron á la obediencia en primer término Cuevas (hoy ciudad) y La Portilla, y diez dias despues Velez Blanco, Velez Rubio, Nixar, Oria, Cantoria, Huercal, Bedar, Lubrin ó Lubiel (segun Suarez) Almarchez, Leuxar, Sorbas, Overa, Lozayna y otros muchos lugares y castillos, sobre el rio Almanzora y la sierra de Filabres (el historiador Mármol los expresa todos), gobernados casi todos ellos por Alcaides, alfaquis y procuradores de la familia noble y poderosa de los Alabeces. En Cuevas puso el Rey por Alcaide á Juan de Benavides, y en todos los demás pueblos, villas y castillos á nobles y esforzados caballeros.

La antigua Ciudad de Vera fué destruida por un temblor de tierra en 9 de Noviembre de 1518, y reedificada en un espacioso llano en el que hoy se levanta, por orden del Emperador Carlos V en 1521, á cuya reedificación contribuyó la santidad del Papa Leon X por haberse considerado como milagro el que por consecuencia del temblor de tierra se destruyeran todos los edificios y fortalezas, quedando sólo en pie la capilla en que se reservaba el *Corpus domine*. Más adelante volveremos á ocuparnos de esta histórica y antigua ciudad, cuando vuelva á desempeñar un notable papel, al ser duramente sitiada por Aben-Humeya, ó D. Fernando de Valor, el reyezuelo de los Moriscos sublevados, estando á punto de tomarla en Setiembre de 1569.

villas y lugares de la comarca de Vera vieron entregada la ciudad frontera, y el Ejercito Católico dentro del Reyno de Granada, siguieron el mismo rumbo, y embiando sus alfaquíes, y Procuradores al Rey Catolico, se hicieron Mudexares, o vasallos del Rey de Castilla, pagandole los tributos que solian á los Reyes Moros.....»

«Marcho él católico Rey azia la Ciudad de Almeria, y encontrandose antes de ella con la fortaleza de Tabernas, determinó dejar su conquista (1) y dirigio las marchas de su ejercito á la Ciudad de Baza, donde estava el Rey Muley, quien con valeroso ánimo (2) salió con gente de á Cavallo, y de a Pié a la campaña, en donde hubó varias escaramuzas entre Moros y Cristianos.»

«El Licenciado Cascales tratando de estos reencuentros, dice, que en el dia 10 de Julio, en que sucedieron, fué muerto de un balazo D. Felipe de Guevara (3) Maestre de Montesa, y con él otros mucho caballeros; más en cuanto al dia, y mes padece este Autor engaño, y es la razon, que en el dia diez y siete de Junio estaba el Rey Católico de vuelta en esta empresa en la ciudad de Lorca. El mismo yerro comete en el siguiente parrafo, que es el último del Fol. 230. en el que dice, que en el siguiente dia que fue once de Junio de

---

(1) Según el Sr. Lafuente Alcántara los motivos fueron otros: Á esta rica ciudad (Almería) se había trasladado desde Guadix con 1.000 caballos y 20.000 peones el siempre bizarro y denodado Zagal. Había éste descubierto una trama pérfida para entregar la ciudad á los cristianos, acudió con celeridad y castigando ejemplarmente á los autores de la traición, reanimando el espiritu de su gente. Á la vista de la vanguardia castellana salió el príncipe con toda la guarnición de Almería que era tan numerosa como aguerrida, atacó furiosamente, impuso respeto é hizo replegarse al enemigo

(2) Á Baza acudió también el Zagal con sus intrépidos partidarios, y con su valor, astucia y el ímpetu de sus gentes ganó casi á las puertas de ella la batalla, haciendo retirar al ejército cristiano y levantar el sitio en 20 de Junio de 1488, en que concluye el Rey Fernando su primera campaña contra Granada y su reino, remitiéndola para el año siguiente de 1488, en que veremos la va llevando á feliz termino.

(3) ... D. Felipe de Aragón su sobrino, del Rey Fernando, hijo bastardo de D. Carlos hermano del Rey y gran Maestre de Montesa que murió de un balazo de espingarda, dice Lafuente Alcántara.

este año (era de 1488) dexando el Rey á Almeria, y Baza fué sobre la ciudad de Huescar; lo que no fué asi; pues aunque padezca equivocacion en quanto al més, poniendo en el dia 10 de Julio la escaramuza (1) á vista de Baza, y en el siguiente 11 de Junio la marcha del Ejercito para Huescar; en cuanto al día es evidente no fue asi; pues la toma de Vera fué el dia 10 de Junio como queda dicho.»

«De Huescar, dice Cascales, que paso el Rey á Caravaca, á ver la Santa Cruz, aviendo despedido sus gentes, y que desde Caravaca se volvio á Murcia.»

Dice Morote, que en esto no dice bien el erudito autor de los «*Discursos historicos*» porque el Rey Catolico, desde Caravaca y después de adorar la Santisima Cruz (2), no bolvio á Murcia, porque á donde volvio fué á Lorca y añade «*desde la cual es posible se volviese á Murcia.*» Se comprueba este aserto el P. Morote y vuelta á Lorca, despues de esta primera campaña del Rey Católico, por un testimonio de notable autoridad, en el que consta «que el sabado 17 dias de el mes de Junio de 1488, el Rey D. Fernando entró en Lorca á las dos de la tarde, por la puerta del Monasterio de Santa Olalla, donde estaba puesto, y adornado un altar, sobre el que juró, apeticion de la Ciudad, guardar y hacer guardar y observar sus privilegios, Cartas, Mercedes, Exempciones, Libertades, Usos y buenas costumbres, que sus antepasados los Reyes de gloriosa memoria la concedieran (3). Este documento que Morote inserta íntegro en sus «*Blasones de Lorca*» tiene efectivamente grande autoridad, pero es de notar que Pérez de Hita, si bien en su poema nada diga de esto, porque en el canto diez y seis, que estamos tratando, involucra las dos campañas del Rey Católico, sobre Baza, hacien-

---

(1) Batalla ganada por el Zagal, no escaramuza.

(2) Véase la *Istoria de la Santísima Cruz de Caravaca*, por Fernández Piñero.

(3) El testimonio que inserta Morote ha servido al ilustrado lorquino don Francisco Cánovas para publicar, bajo el epígrafe *Episodios municipales*, una interesante reseña de esta entrada de Fernando V en Lorca, que insertamos en los *Apéndices*, al final de este tomo.

dola una sola, lo cierto es que en sus «*Guerras civiles*» dice que «Aquí (1) mandó el Rey despedir la gente de guerra, y el se fué a Caravaca á adorar la santa Cruz que allá está, y *de alli se partió á Murcia*, donde estaba la reina D.ª Isabel, y descanso aquel año» (2).

Al siguiente volvió el Rey á emprender la guerra de Granada, á la que puede decirse dió fin á las tres de la tarde del viernes 2 de Enero de 1492, en que entraron en la ciudad de las mil torres con toda solemnidad y triunfo los ínclitos Reyes D. Fernando y D.ª Isabel.

Aclarados algunos puntos históricos, hemos de volver al cuento que nos ocupa, en el cual, atento sólo Pérez de Hita á ensalzar el valor de los Lorquinos, resalta como hecho culminante «la famosa cabalgada ó escaramuza en la tierra del Cenete,» donde quedándose solos cuarenta caballeros de Lorca, ganaron con gran pro notable victoria á los moros de Guadix.

Este notable hecho de armas tiene interés relativo, pues, ó es el mismo ó motivó la hazaña llevada á cabo por Hernán Pérez del Pulgar en 16 de Agosto de 1489 durante el mismo sitio de Baza.

«Las operaciones lentas del sitio de Baza, dice el señor Lafuente Alcántara, engendraron viva impaciencia en muchos jóvenes bizarros..... Conversaban un día Hernán Pérez del Pulgar, D. Antonio de la Cueva, hijo del duque de Alburquerque, y D. Francisco Bazán (3), sobre una *escursión ejecutada felizmente por* 70 *caballeros de Lorca y Sevilla* días antes en tierra de Almería, con tal hazaña, llamaron unos adalides y se informaron de los parajes donde podrían realizar nueva correría. Reunidos 200 caballos y 300 peones, toda gente fogosa y joven, pidieron licencia al Rey y amanecieron en la campiña de Guadix, apresando ganados, cautivando campesinos é incendiando cortijos y caseríos. Venían ya en

---

(1) Huescar.

(2) 1488.

(3) Precisamente Morote llama al Capitán, que según Pérez de Hita, «Mira el Capitán bien la batalla» *el Capitán Bazán*.

retirada con su presa, cuando columbraron hacia el paraje llamado Val de Retama una fuerte columna de caballería mora, destacada por el *Z*agal y acaudillada por los once Alcaides de los once castillos del Cenete.»

«Algunos jinetes cristianos propusieron abandonar la presa y salvarse huyendo, y alegaban que los moros eran en mayor número y salian de refresco, mientras los caballos propios se resentian con la marcha fatigosa de cuarenta y ocho horas. Los capitanes rechazaron proposicion tan ignominiosa, y dieron órden de apercibirse para resistir y poner en salvo á los peones.»

«En esto se acercaba el enemigo, y las exhortaciones de los Capitanes no servían para esforzar á aquella gente allegadiza, aventurera, sin cabeza ni bandera cierta. Unos, cumplidos caballeros, querian hacer hincapié y pelear; otros se arremolinaban con proposito de escapar huyendo, y todos hablaban sin entenderse. Para vencer la irresolucion de los menos animosos, gritaban los Capitanes al Alferez que se adelantase con la bandera; pero el Alferez vacilaba con los mandatos de unos, la negativa de otros y las voces y confusion de todos. Hernán Pérez del Pulgar, viendo á los moros cercanos, y que era general la perdicion sin un rasgo de audacia extraordinaria, salió al frente con su caballo, y ensartando una toca de lienzo en la punta de su lanza por via de enseña, dijo á sus camaradas: «Señores, para qué tomamos armas en nuestras manos, si pensamos desarmados escapar por piés. Rara vez se encuentra vencido el buen ánimo: hoy veremos quién es el esforzado y quién es el cobarde, el que quisiere pelear, no carecerá de bandera si siguiere á esta toca.» Diciendo esta palabra hincó espuelas, y venció con su noble ejemplo la indecision y flaqueza de los aventureros. Los cristianos cargaron ferozmente contra los moros, los arrollaron y los corrieron por la campiña, mataron 400 peones y cautivaron algunos á vista de Guadix. Los vencedores volvieron al real cargados de despojos, y contaron la hazaña del que les había conducido á la victoria con bandera improvisada. El rey en premio armó caballero á Pulgar, dandole el espaldarazo con la espada del capitan de su guar-

dia Diego de Aguero; el Duque de Escalona le calzó una espuela dorada de su propio uso, y el gran maestro de Santiago, el Conde de Çabra y Gonzalo de Córdova, autorizaron como testigos la ceremonia. Para más honrarle y perpetuar la memoria de tal hazaña en su linaje, le concedieron Fernando é Isabel un escudo de armas, en el que aparece un leon de oro en campo azul, levantando con sus garras una lanza, en cuyo extremo ondea una toca; en la orla del escudo se ven los once alcaides que venció en la batalla, y por lema se lee la máxima de un filósofo griego elegida por el mismo Pulgar, que se dedicaba en sus ratos de ocio al estudio de las letras: «*tal debe el hombre ser, como quiere parecer*» (1). Palencia, *de bello granat.* lib. 9. M. S.

Como se ve, pues, del anterior relato, si pudiera dudarse fuese esta memorable correría la que describe Hita, y en la que tomaron parte los cuarenta lorquinos, no cabe la menor incertidumbre en que los *caballeros de Lorca* con los de Sevilla *la inspiraron*, dando lugar con esto, y como es muy verosímil, á que tal vez con ellos se contara en trances tales. Como Adalides expertos conocedores del terreno.

Nuestro poeta introduce asimismo, y con el propio objeto de ensalzar y ponderar á Lorca, un relato de Abenamar, primate moro, á D. Fernando, dentro ya de Granada, y especialmente cuando le muestra la Mezquita en la cual se ven colgados pendones cogidos por los islamitas á los fronteros andaluces y cristianos; pero por lo que hace á Lorca:

«*Jamás pendón alguno fué ganado*»

responde ó dice Abenamar.

Concluye, finalmente, el canto y el libro en los albores del reinado de Felipe II, hijo del *rayo de la guerra del invicto Carlos V*, nieto de la desgraciada dama D.ª Juana, tenida por *loca*, y biznieto de los ínclitos Fernando é Isabel de pía, gloriosa y eterna recordación.

---

(1) Pulgar, *Crón.*, parte., cap. III. *Casa* de *Salar* M. S. anónimo, existente en el Archivo de Salazar. El Sr. Martínez de la Rosa. *Bosquejo Histórico.* (Nota del Sr. Lafuente.)

verso de la octava ocho,

«Estuvo el rey siempre pujante sobre Vera,»

creemos que suprimiéndole la palabra *siempre*, que indudablemente añadió el copista, queda perfectamente.

El cuarto de la misma octava,

«Con muchos señalados y notables»

parece lo natural que en el original, en lugar de *muchos* se leyese *hechos*.

El sexto verso de la octava trece,

«Batalla con aquellos *sarricanos*»

está mal copiado de fijo, pues no es *sarricano*, palabra que jamás emplea Pérez de Hita, sino *sarrizanos*, y en el P. Morote le encontramos de otro modo:

«Batalla con aquellos Mahometanos.»

A la octava veinticinco le faltan dos versos que no queremos sustituir con otros por temor de no interpretar bien el pensamiento del poeta; hágalo, si le parece bien, el discreto lector.

En la veinte y seis, el verso tercero:

«¿Cuyo es aquel pendon preciado?»

se completaría escribiéndole:

«dice ¿cuyo es aquel pendon preciado?»

En el verso octavo de la treinta y siete:

«*Viendo* mucha paz en su reinado»

de seguro Pérez de Hita escribió *viviendo* y no *viendo*.

Finalmente, al verso cuarto de la cuarenta y una:

«Secta que aun guardaban»

le falta un participio de cuatro sílabas, que rime con *bautizados*, el que probablemente haría desaparecer el copista.

Antes de poner término con nuestras observaciones y aclaraciones á este canto, y con éste al libro primero del poema, nos parece llegado el oportuno momento de hacer la observación que constantemente viene sugeriendo en nuestro ánimo desde los comienzos del M. S., que estudiamos y venimos analizando, con mayor ó menor acierto, pero con el mejor buen propósito y deseo. Desde luego, el uso de los acentos, puntuación, empleo de algunas letras, prosodia, ortografía, etc., y que en él se ven, no son, ni debieran haber sido, propias del primero y original M. S. de Pérez de Hita, pues aunque no hubiera reglas fijas sobre esto, desde luego en el año de 1572, en que él lo escribiera, muy otras eran seguramente las empleadas por los autores tan insignes como nuestro escritor de Mula.

Para convencernos basta esperar un poco á que publiquemos el M. S. de la *Guerra de Troya*, compuesto también por Pérez de Hita en el año de 1596, que es un tomo en 4.° de varias manos de fines del siglo XVI y principios del XVII, que existe en la Biblioteca Nacional, y del cual hemos sacado copia literal y fidelísima. No deja de haber quien asegure que parte del citado M. S. es del puño y letra del mismo escritor; pero aunque no sea así, desde luego como está justifica sobradamente nuestra creencia.

El M. S. de «La población y Hazañas, etc.» que poseemos, y de donde hemos dicho procede (ha sufrido seguramente notables alteraciones al ser copiado el original primitivo), para llegar á nuestros días en la forma que lo hace, ora debido á ignaros copistas, cuando sale desmerecido ya á inteligentes manos de dueños eruditos cuando pulido y aliñado notablemente se le favorece; tal vez por esto, y no fijándose lo bastante, algunos amigos que le han visto y hojeado lo tuviesen por apócrifo, cosa muy poco puesta en razón, porque tenemos comprobado, de un modo oficial, el que, si bien alterado en la forma, adaptándole á la escritura y gusto posterior á los días en que su autor lo compusiera, su esencia, fondo y demás interesante es copia fiel y exacta del compuesto por nuestro poeta en el año de 1572.

En tiempos ya en que escribía el P. Morote (año de 1741),

primera mitad del siglo XVIII, el M. S. del que él copió ó trasladó á sus «Blasones de Lorca» algunos versos, copiado á su vez de alguno que lo fuera del original, estaba ya en un estado muy semejante al que poseemos, como se comprueba trasladando alguna octava de las por él dadas á luz, y que demuestran de muy cierta manera no ser tomadas tampoco del original de Pérez de Hita.

Por ejemplo, esto se ve perfectamente en el pasaje ó hazaña de la novia del Serón:

«Luego los de Lorca en un momento
aquellos once moros degollaron.
Ya los otros salen al encuentro,
que muy cerquita de ellos allegaron,
dos moros se adelantan de ardimiento;
«¿de donde sois christianos?» Preguntaron;
Respóndeles Morata prestamente:
«De Lorca somos todos juntamente.»

y así de las demás, que en nada ó en muy poco se desemejan ó diferencian de los de nuestro M. S. El que posee el Sr. Baquero Almansa, copia de el del Sr. Cánovas y Cobeño, es más moderno que el nuestro, cosa fácil de demostrar, cotejándole, si fuese necesario. Á ambos señores, así como á todos cuantos posean copias, rogamos muy encarecidamente que, cotejando con ella lo que llevamos publicado y publiquemos desde aquí en adelante, nos hagan, faciliten y remitan cuantas observaciones se les ocurran como pertinentes y dignas de aclaración.

CANTO DIEZ Y SEIS

DE LA TOMA DE VERA POR EL REY D. FERNANDO Y LA DE BAZA, GUADIZ, RONDA Y GRANADA

(1) Queriendo nuestro Dios que las Españas
perdidas por Rodrigo postrer Godo
fuesen ya recobradas por hazañas
por vias esquisitas y algun modo

Cristianos Reyes dió por muy extrañas
cosas grandes sicieron, dó del todo
y todas las Españas conquistaron
y aquestos dos Fernandos la ganaron.
Tercer Fernando que ganó á Sevilla
Fernando quinto que ganó á Granada
lo que este hizo fué gran maravilla
y lo que ganó solo con su espada
quiere contar su historia aqui y decilla
segun que en su escritura esta asentada
para contar de Lorca cosas tales
que hacen á sus muros inmortales
Después de muchos Reyes que ganaron
gran parte de la España poderosa
el Reino de Granada se dejaron
por ser gente invencible y poderosa
Ganarla muchas veces intentaron
mas no les provechó ninguna cosa
por ser gente en las armas puro Marte
y ansi nunca ganaron su estandarte.
(2) El quinto Rey Fernando poderoso
de un grande deseo constreñido
ganar quiso este Reino velicoso
tenerlo bajo el yugo sometido
y asi hizo gran gente el muy famoso
dandoles muy gran sueldo y gran partido
y en tiempo de una dulce primavera
por Lorca pasó el Rey y se fué á Vera.
Lorca que vido al Rey y su estandarte
seguir quiso de todo su bandera
de no dejar al Rey en cualquier parte
hasta que el Rey propio se volviera
conoce el Rey aquel pueblo de Marte
por fama muy antigua que tubiera
se huelga de llevarlo en su compaña
y que á su lado asista en la Campaña.
Aquel Fajardo Alonso valeroso
fué allí por Capitan luego elegido
sabe muy bien el Rey que era famoso
y en Reyno de Granada muy temido
y ansi lo tiene el Rey por velicoso

y siempre mostró de el ser muy querido
De Lorca se partió el buen Rey preciado
y cerco sobre Vera habia sentado.
Llevo Alonso Fajardo buena gente
escogida, aguerrida y velicosa
en casos de la guerra preeminente
que estaba como siempre valerosa
llevó á Tomás Morata muy valiente
que cualquiera peligro siempre osa
Guevara, Juan Mateos esforzados
y otros muchos llevaba señalados.

(3) Estuvo el Rey siempre pujante sobre Vera
donde hubo reencuentros memorables
dó Lorca se mostró ser delantera
con muchos señalados y notables
Vera se entrego al Rey por tal manera
que vistos los negocios tan loables
mas quiso darse al Rey en aquel hecho
que no guardar por fuerza su derecho.

(4) Y despues de ser Vera ya ganada
el Rio se entregó de propio grado
el campo se pasó muy de colada
y sobre Baza el sitio fué asentado
estuvo nueve meses muy cercada
á dó muchos reencuentros han pasado
y llevan los de Lorca la ventaja
cualquier tiempo que tocan la baraja.

(5) Pues como mucho Baza defendiese
la entrada con las armas peleando
la gente alguna vez ociosa fuese
licencia se pidió al Rey Fernando
para que hácia Guadiz vuelta se diese
y no estuviese allí la gente holgando
y luego la dió el Rey incontinente
y á Lorca la otorgó primeramente

(6) Trescientos de á caballo se juntaron
y mil peones salen velicosos
la via de Guadiz todos marcharon
y entraron en su Rio muy furiosos
por todo aquel cenete saquearon
mostrando ser varones animosos

emplean allí todos las espadas
y sacan muy crecida cabalgada.
Recogese en Guadiz gran moreria
que á los Cristianos vienen dando caza
con gente de peon, caballeria,
con que todo el camino se embaraza
y visto el Capitan que moriria
si con los moros quiere tener plaza
con todo el peonage se ha acogido
por una sierra arriba retraido

(7) La Cabalgada dejan ya perdida
no hacen ya caso de ella los Cristianos
que mas quieren salvar allí la vida
que no morir á manos de paganos
Mas los de Lorca andaban en herida
batalla con aquellos sarricanos
cuarenta de á caballo se juntaban
y solos con mil Moros peleaban
Los Moros que espantados de tal caso
y que cuarenta solos se defienden
en torno les rodea cualquier paso
y de matarlos todos solo se entienden
De Lorca no se muestra nadie laso;
antes bien á los Moros solo atienden
y á romperlos con furia denodada
pasando á muchos de ellos por la espada
Entraron y salieron muy furiosos
matando muchos Moros á lanzadas
con animos crecidos animosos
se aprovechan tambien de las espadas
los Moros los cercaban muy rabiosos
herianlos con lanzas arrojadas
Mas los de Lorca en nada los tuvieron
y aunque pocos muy bien se defendieron.

(9) El Capitan envia dos peones
que luego se recojan prestámente
que asoman de mil Moros escuadrones
sino quieren morir muy crudamente
responden luego alli aquellos varones
que mas quieren morir allí al presente
á dó será su muerte bien vengada

que no dejar á Lorca disfamada
(10) Con esto andaba allí la escaramuza
muy travada, herida y sanguinosa
murió allí un Capitan llamado Muza
Morata lo mató sin faltar cosa
Fajardo mató allí á otro Avenguza
de una grande lanzada peligrosa
hacia tanto estrago este en los Moros
que á muchos lanceaba como á toros.
Miraba el capitan bien la batalla
y en ver tan gran bondad quedó espantado
viendo esta á los de Lorca obrar la malla
con animo estupendo y esforzado
pesale de que allí ya no se halla
en caso peregrino tan nombrado
con esto bajo luego de la sierra
para ayudar á dar mas cruda guerra.
(11) Los Moros que sintieron la venida
de aquella poca gente que asomaba
al instante se ponen en huida
viendo como la gente se doblava.
Los de Lorca les van en su seguida
y cada cual su lanza la empleaba
hiriendo van ellos y matando
y con ardor no igual alanceando.
(12) Tornaron á cobrar su cabalgada
por el calor de Lorca tan famosa
Fajardo quedó herido de lanzada
mas quiso Dios no fuese peligrosa.
La cosa supo el Rey que era pasada
de la cruel batalla sanguinosa
y tal placer sintió, tal alegria
que á recibir él mismo les salia.
(13) Prometeles de dar muchas riquezas
por una hazaña tal y por tal hecho
pues conoce muy bien ya sus proezas
y el corazon tan fuerte de su pecho.
No quieren los de Lorca estas franquezas
que el Rey les prometió de su derecho.
Caballo y armas quieren los famosos
y andar siempre en la guerra velicosos

(14) El Rey á los de Lorca quiso tanto
por su valor, esfuerzo y valentía
que vello solamente causa espanto
el bien que allí á los tales ofrecía
El Rey miraba allí por ellos cuanto
el amor que les tiene lo exigía
de modo que su guarda Lorca era
y tener otra gente no quisiera

(15) Mas hera Lorca tal en su servicio
y en casos de la guerra tan preciada
que solo pelear era su vicio
y mostrarse en batalla señalada
crujir la malla era su ejercicio
ni pudo estar ociosa ni parada
antes bien en los lances peligrosos
mostraron los de Lorca ser famosos.

(16) Al Rey con sus haciendas ayudaban
y mas con sus personas le servian
por su Rey pues morian y peleaban
y en mil trabajos siempre se ponian
sus haciendas gustosos las gastaban
y por servir al Rey las despendian
y desde aquí quedaron ser pecheros
los que heran muy francos caballeros

(17) Con su favor ganó á Guadiz, Granada
y en Ronda puso cerco muy de hecho
porque la primer seña que fué alzada
Fajardo la envió muy satisfecho
con la gente de Lorca valerosa
que fué en la arremetida muy furiosa.
El Rey que aquel pendon vió levantado
y que ha sido el primero que ha subido
¿cuyo es aquel pendon preciado
que muestra hoy ser solo tan valido?
y le fué respondido muy de grado
de Lorca es el pendon, que es tan temido
Fajardo con su gente allí lo ha puesto
y aqueste solo vasta á todo el resto.

(18) El Rey hizo mercedes á Fajardo
y á todos los de Lorca juntamente
por un hecho tan bueno y tan gallardo

que hizo en aquel dia y tan valiente
tomaron muchos pueblos sin resguardo
señalandose Lorca solamente
la fama suena de esta por el mundo
de su valor tan grande y tan jocundo.

(19) El Rey volvió á Granada con su gente
á dó del pueblo fué bien recibido
y Abenamar, el moro mas valiente
por darle al Rey contento muy cumplido
mostrole la ciudad cumplidamente
aquello que hera en algo mas temido
y al cabo la mezquita le ha mostrado
que hera un edificio señalado

(20) Las riquezas mostró de la mezquita
mostrole los inmensos ornamentos
el oro le mostró, plata infinita
de oro amartillado paramentos
todo es cosa muy grave y exquisita
apreciado que esta en mucho talento
banderas vido el Rey alli colgadas
que fueron por los moros bien ganadas

(21) ¿De á dó son los pendones? preguntaba
el alto D. Fernando al Moro fuerte
el cual de aquesta suerte replicaba
placeme el ós contar tan buena suerte:
Granada las gano cuando triunfaba
causando á los cristianos cruda muerte
y aquestos de esta mano aquí colgados
de Jerez y de Arcos son ganados

(22) Mas estos de esta banda de Baeza
tambien hay de Cazorla y de Quesada
fueron ganados estos con forteza
en horrenda batalla bien travada
Estotros que se muestran de una pieza
de Cordoba y Sevilla la nombrada
de Martos, de Jaen, tambien de Osuna
de Ezija, de Andújar y Porcuna
De toda Andalucia hay pendones
que fueron por los moros alcanzados
ganaronse en batallas y quistiones
mostrandose los moros esforzados

por dó estuvieron mucho enemistados
aquesta es la verdad de lo pasado
lo que digo yo aquí fué efectuado.

(23) Muestrame, Abenamar, pues sois urbano
dijo el Rey ¿por acaso ó por ventura
algun pendon de Lorca por tu mano
has puesto en esta gran arquitectura?
Responde luego al punto el sarrizano
antes, señor, es Lorca sepultura
del alto y grande Reino de Granada
metiendo á muchos moros por su espada
Jamas pendon ninguno fué ganado
de aquel pueblo de Marte que nombraste
en el mundo jamas fué contrastado
que nunca valor hubo que á él lo iguale
si seis homhres de Lorca se han juntado
victoria han de sacar de su contraste
vencidos nunca fueron en la guerra
pendon nunca perdio la brava tierra
Holgaba mucho el Rey de oir aquesto
que de Lorca contaba el Moro agudo
y ansi en su voluntad se habia propuesto
de darle favor grande como pudo
á tiempo del efecto puso el resto
mas pusose por medio el hado crudo
que Lorca no gozó de las franquezas
que los Reyes le dieron y larguezas.

(24) Está el Rey en Granada descansando
del inmenso trabajo que ha tenido,
los pueblos que ha ganado averiguando
poniendolos en paz y buen partido
Despues que ya fué todo de su bando
á Castilla volviose engrandecido
dejandolo ya todo apaciguado
debajo su homenaje y su mandado.
Las gentes se volvieron á sus tierras
España ya toda apaciguada
memoria no se halla ya de guerras
la gente ya está quieta y sosegada
caminan muy seguras ya las sierrras

por cualquier cabo muestra haber pasado
Fernando está ya quieto y sosegado
viendo en mucha paz en su reynado.

(25) Y luego el gran Monarca fué nacido
lleno de una ventura peregrina
en todo lo que vive ha florecido
su gracia Dios le dió santa y divina
á Carlos Quinto el mundo es reducido
y la tierra conquista ultramarina
ganando un nuevo mundo, España nueva
fué grande su valor grande su prueba.

(26) Felipe vino al mundo, gran lucero
columna de cristianos valerosos
muy recto, muy cristiano, justiciero
amigo de la iglesia milagrosa
el ser tan buen cristiano verdadero
le puso una fe viva y muy piadosa
por dó á todo su estado da gobierno
que vive en su virtud para ineterno.
De los santos concilios muy amigo
siempre lo que ellos mandan obedece
sus obras de esto bastan por testigo
como muy claramente se aparece,
de la Iglesia el pilar y grande abrigo
pues moro ni judío no la empece
ni secta arrianas ni paganos
ni sectas que levantan Luteranos.

(27) Y á los del Reyno todo de Granada
aquellos moros digo bautizados
muy mucho les quitó de su malvada
secta que aun guardaban
la Zambra les mandó fuese vedada
y sus bailes y danzas acabados
que las ropas moriscas se quitasen
y la morisca lengua nunca hablasen.
El celo de la fe tan grande ha sido
y la que el Rey Felipe en esto tiene
del Reyno de Granada tan perdido
que el irle muy á mano bien conviene
sacandole del vicio en que metido
su secta mahometana lo retiene

APÉNDICES

mandum excidia xptanos. invitatid: sed ad vere foelicem sanctissime victoriæ diem celebrandum comemorandumq. conventus hic agitur. Scio perdifficilem opera. parem tanto beneficio posse referri gratiam: is tamen omnipotens qui victoria. ipsam mirifice implevit dignavitur sua claementia: cuius perfecta sunt omnia: assistere oratori suo ne ulta ex parte aliquis gloriæ laudisve cumulus tanto muneri divino deficiat. Matre. igit. gratiae misericordiae fontem piisima. dei genitricem quae dicendi munus et gratiam Oratorib. sacris ab unigenito impetrare zolita est supplici voce de more precemur orantes. Ave.

Argueret me forte quispia. Patres de suscepta provincia quum natione Hispanus sim et Hispani regis (imeritus licet) orator: Regis ipsius praeconia recesenda susceperim: quum ea potius alicui extero de mandanda forent. Ver id ego obiurgatione dignu. non sensui. Nempe quum sit novis historia texenda non fabula nec comemti. aliquid an fucationis oratio nostra habitura sit: nemo melius explicavit provinciam: q. is qui Hispanorum Principum gesta eruditionemq. omnem militarem propriis hauserit oculis: ac e fonte ipso praeterita et praesentia bello emergentia collegerit: idq. mihi prae caeteris (salva aliorum pace) contigisse non inficior: quum belli pacisq. tempore invictissimi Ferdinandi Hispanarum Regis: ac serenissimae Helisabeth Reginae cuius charissimae consortis: instituta moresq. didicerim. Ipsam quoq. Bacesem. victoriam litteris primariun e partibus abunde plene non secus ac si interfuissem intellexerim. Ad explicanda quoq. catholici Regis mei vera laudis et virtutum munera et si alii Oratores possent magis convenire: mihi tamen prae omnibus convenit eo exerceri dicendi genere. Profecto si Aristotele teste in de Republica: Rex ipse pater es patriae: Patria vero provincialium parens et genitrix: non dubium quin Hispanus Rex Hispanorum omniu. iure merito Pater censeri debeat teneri aute. filios honori parentum dominico praecepto didicimus: Atq. ea me inter alias cogit et arctat oratio: ut et si non aptior: obnoxior tamen inveniar huic subeundae ac explicandae provinciae. Agam igitur in ea (utcuq. tamen) Namet si mea ieiuna verbarem extenuent: ipsa tamen Regia gesta et praeclara

facinora aethera usque se extollunt. Quo fit ut illis laudatore atq. Praecone opus non sit. Primo tamen omnium scolastice edisseram quid ad rem nostram Titulus ac thema istius orationis conducat.

Haec est victoria quae vincit mundu. fides nostra.

Pro cuius intelligentia et introductione problema nobis disputabile exponitur: Utrum videlicen apud infideles sint vera jure dominii Principatus et regni au non. In quo sunt qui affirmative sentiat.: sunt qui negative. Innocentius quartus in apparatur suo capitulo Qd. super his. de vo. et vo. redemptione sentit affirmative: apud infideles vera esse jura dominii principatus et regni. Quod de illius mente limitari oportet ad ea Regna vel dominia quae ipsi primatus aut sui progenitores occuparunt. Quu. enim a principio orbis omnia essent coia. et in nullius bonis prior occupatio fecit jus divisionis et distinctionis: secus tn. intelligit in terris vel dominiis primo axpianis. possessis: et inde a paganis usurpatis: in qb solo jure intrusiois. rapinae et violetiae. defendi pnt. Veru. in caeteris infideles opinione Innocentiana pleno iure tutabuntur; A quibus no. liceret fidelibus nec etiam pape eos pellere nisi cum maxima causa: utpotet si essent infesti christianis: bellum gerendo: vel ad secta. suam publice trahendo: aut alias: in quibus casibus infideles et etiam si in aliquo agerent contra iura naturae vel constitutiones suas in moralibus: possent iure corrigi a Summo Pontifice: cum ipse tanqua. Vicarius dei omnipotentis: cuius oves sunt omnes rationales crea. turae: utriusq. ovilis: scilicet fidelis et infidelis curam habuerit: quavis. fidelis cura ei carius comissa. sit. Nec enim de iure dubitat Innocentius quin infideles et omnes ronales. creaturae pleno iure subiiciantur pape. tanq. dei summo vicario. esto q. facto infideles illi no. obediat. Stat itaq in questione resolutio dni. Innocentii: Infideles esto facto no. recognoscentes iugum eclesiae posse pleno iure possi dare aliqua Regna iurisdictiones et dominia. Cui sententie plure sapientes et divini ac pontificii iuris ad haeserunt. Verum dns. Ostiensis sentit negative in problemate: cu. quo ego hodie magis convenio: sunt et tractatores divini qui id sentiant post Christi videlicet adventum insta causa omne dominicum

et principatum subtractum esse infideb. et ad Christum et fideles xpi. tanqua. ipsius haeredes pleno iure translatum. Ubi Ostinsis q. praecise tria probat: et meritum traslationis: et translationem in actu: et successionem principatus translati. Quot aut. infideles ta. gentiles q. indci meruerint ab eis auferri dma. pbat. bat p. illud Eclesiastici.x. Regnu. a gete. in gente. trasfert ppter iniustitias iniurias cotumelias. ac diversos dolos. His aut. oibus. infidelitas plena fuit: maxie. ante xpi. adventu.: translatione ondit. hebreos. vii translato sacerdotio necesse est ut legis translatio fiat: ubi ad tram. de traslatione regni et sacerdotii ad xpm. apts loquebat: Fuit.n.xps. ea rone. rex qua sacerdos: et eco. tra: Un. sicut oe. sacerdotium pcedes. xpm.: scilicet naturae et legis: fuit translatu. ad uni, cum et verum regnu. xpi. De quo Luci. Dabit ei dns. sedem Dabit patris eius et regnabit in domo Iacob in eternum et regni eius no. erit finis. De successione regni ad infideles Math. xxi Aufferet a vobis regnu. et dabit genti facienti fructus eius. Istius aute. regni et sacerdotii ad xpm. translati regimen et principatum ppertuum usq. ad consummatione seculorum: comisit. xps dns. Petro et in Petro successorib. eis: cui dixit: Pasce oves meas et tibi dabo claves regni celos: et tu vocaberis cephas et tu confirma fratres tuos.

Residet ergo i. gone. snia. D. Ostien. q. post xpi. adventu. apud infideles nulla sunt vera jura principatus et dnu: et si que vera esse possunt in his solu. continget q. recognoscunt jugum et servitutem ecctiæ. et illius pmissione. et tolerantia aliqua dnia. possederunt. In caeteris tn. no. recognoscentibus no. mo. quo ad regna vel dnia. align. per xpianos. possessa: qa. de his nulla est controversia: ver etiam quo ad ea quae ipsi et sui pgenitores. continuatissimis successionibus possederunt: vera ratio dnii. et principatus non est: quis hanc continuata sucessione posse probare sit admodum difficile: quum in oem. terram exiverit sonus apostolos: et evangelium xpi. in toto fere orbe praedicatum et receptum sit. Pagani igit hac snia. magis tyranni possessores in regnis vel dniis. g. iure dni. censendi sunt. Possunt ergo oia. ab eis tang. ab intrusis et iniustis possessoribus armis petis et auferri p. fideles: maxime stante mandato auctoritate et licentia vicarii

dei oipotentis.: cuius est ois. terra et plenitudo eius. Et hanc sniam. dni. Ostiensis signanter de universalitate regni xpi. et ei successione ad fideles ego ulterius magis confirmo. Regnum et dnium. orbis xps. dns. deus homo creatoe. et reparatione orbis pro meruit. Nempe qui rem aliqua de sua materia facit: aut de nihilo creat: quiq. rem ipsam iam labentem & deperditam pristinae saluti novitati ac libertati restituit: utroq. istor opera q. & cor quolibet isolidum hu iuscemodi rei dnium. pleno iure sibi vendicat. Idq. xpo. dno. creatione & redemptione orbis cotigisse & evenisse sacrae ltie. protestant: Qd. si de multis pauca refera occurrit illud iprimis Esaiae. xvi ubi de xpo & Messia. Emitte agnu. dne. dnatoram terrae. Et Esa. xxxiii Ecce dns. legiser noster rex noster ipe. veniet et saluabit nos. Et Hieremiae xxiii Suscitabo David germen iustum; regnabit rex; sapiens erit; faci & indicium & institia in terra: Hic est lapis abscisus de monte sine manibus: cui deus coeli dedit regnu qd. internu no. dissipabit. Dani. ii. & de latitudine regni Messia Dani. vii. Dabit ei dns. ptatem. honorem & regnum omnes gentes populi tribus & linguae servi eut ei: ptas. eius aeterna quae no. auseretur et regnum eius qd. no. corrumpet et in psalmo ii. de regno xpi. Quonia. ego constitutus sum rex ab eo. Et. ixxi de universalitate regni xpi.Et duabitur. á mari usq. ad mare & á flumina usq. ad terminus orbis terra. Et ibide adorabunt eum oes. reges terre oes. gentes servient ei. Et psalmo xciiii de xpo.: Et rex magnus super oes deos. Atq. huic rotae veteris testamenti existens in medio: rota novi testamenti conformiter de regno xpi. pdicat. Un. Lucae. i. Angelus Mariae pdixerat de xpo. nascitur. Dabit ei dns. fede David patris eius et regnabit in domo David in eternum in cuius regni recognitione xiii. a nativitate sua die a tribus beatissimis regib. adoratur: qui verbis et mune ribus eum orbis terras regem psessi. sunt: Math. ii. et xpo qui veritas est de scipso dicit Io. xiii. Vos vocatis me magister et dne. Et Math. xxi quum pciperet. aplis de solutione asinæ & pulli subingalis dicit de seipso. Si quis vobis aliquid dixerit dicite illi quia dns. his op habet se authonomatice appellans dum. Et Io. xxviii. interrogante

Pilato au Rex esset no. negat se rege essetimo et fatetur: Ver. dicit no. regnum meu. no. est hinc. Quod ornatissime et quadrasissime exponit Io papa xii. in quadam extravaganti quae incipit: Quoniam vir reprobus. No. discit inquit Christus regnum meum non est hic. i. non est super hoc mundo & rebus temporalibus: prout aliqui male interpretati sunt: sed discit Regnum meum no. est hinc id est nonest derivatum ab hoc mundo: sed a deo iuxta verbum Angeli: Dabit illi dominus deus zc. Et Augustinus super Io. inquit: Non absque divino instintctu Pilatus titulo crucis Christum Regem esse annotavit: & illud triplici lingua scripsit propter figura universalis Regni & dominii Christi in universitati linguarum. Judeis quoq. acclamantibus ne eum Regem inscriberet: Sed quia discit se Regem costantissime. & in hoc divino & prophetico spiritu cotradixic. dicens. Quod scripsi scripsi. Et Christus de seipso dicit Mathei. xxviii. datam sibi potestatem in coelo et in terra. De ıegno quoq. & dominio christi princeps apostolorum Petrus Actum secundo apertissimum proferet testimonium: Certissime ergo sciat omnis domus Israel: quoniam et dominum et Christum id est Regem: fecit deus hunc Jesum que vos crucifixistis. Et Io. Apocalipsis xix dicit habere Christum in vestimento suo & femore scriptum: Rex regum`et dus. duantium. Hinc et Apostoli in suo simbolo et patres in Niceno Christum unicum dominum nostro appellant. Ex quibus omnibus et multis aliis quae brevioris processus gratia no. inducuntur fatis constant Christum adventu suo omne dominium orbis terras ad se transtulisse. Haeredes ante patris non sunt pleno iure nisi filii Quibus stantib. alii no. sucedunt iuxta illud Apostoli Si filii & haeredes Romanorum viii. Filii autem Christi, no. efficimur nisi per fidem quae et nos xpianos. denominat secundum illud. Io. primo: Dedit eis potestatem filios dei fieri his qui credunt in nomine eius. Christiani igitur post xpi. adventum & ipsi soli sunt vere haeredes dominii & principatus orbis terrarum: ita ut caeteri magis tyranni possesores q. iure domini censent sunt. Iuxta quod Archieps. Casarien in quibusda. conclusionibus quas repetiit in Basilien. synodo inter alias unam posuit sub his verbis. Christus nascendo omne dnium. trastulit

ad fideles. Unde Turchus Anticristus pessim. no est magis dns: etiam Turchiae nec uni pag. minimi q. ego mundi. Ex his evidenter constat de solutione positi problematis: Utrum apud infideles sint vera iura dominii principatus aut regni. Fide igitur no. mo. eternum regnum nobis parat: sine qua impossibile est placere deo: vero & et temporale aquirit. Ius enim hareditatis Christi & sucecssionis in dominio orbis terrarum in alio q. fide promeremur.

Ex superinductis peregrinam et insolitam notabilem tamen expositionem tituli ac thematis orationis nostrae liceat intueri. Hec est victoria quae vincit mundum fides nostra. Ac si beatissimus apostolus et evangelista Io. deo plenus sibi vellet dicere inter alias dignitates & excellentias fidei Patres mei hec una est vel maxima q. non alio q. fide ius in dominio & principatus orbis terraru. & haberi potest & retineri. Potissima nanq. ratio Victoriae in petitioe. dominii est ius ad dominum. Quumq. fideles sola fide filiationem Christi consequantur: qua filiatione successionem haereditatis paternae & domini Christi in orbe terrax mereri possunt: iustissime ac ornatissime de side scribit. q. sic victoria que vincit mundum: id est mudi. dominia & principatus vincere & possedere promeretur. Hinc et de fide aptus Paulus Hebreos. xi. inquit Sancti per fidem vincerut regna operati sunt iustitia adepti sunt repromissiones obturaverunt ora leonum extinxerut. impetum ignis fugaverut. aciem gladii: fortes facti sunt inbello: castra verterunt exterorum & reliquia.

Qd. si exemplis agamus & ad prisca & nova exempla vertamur inveniem aperte xpiana. Remp. post transitum salvatoris fidei merito facile aucta illiusq. sceptru in universum pene orbe. dilatatu. nec semel a xpianis. habita nel possessa dominia ab eis unq. defecisse: nisi & in eis fide deficient aut refrigescete. qua si cessante vera causa domini & principat. Quid refera Philippum primum xpianum. Imperatorem. Quid Constantinu. magnu. Valentinianu. Theodosiu. Iustinu. Iustinianu. Heracliu. Quid Carolum magnu. Quid othonem et reliquos catholicos Cesares. Profecto fidei merito vincerunt orbem: ac tamdiu illis comes victoria fuit: q.

diu fides relligio. Quod si parumper liberat Iberos principu. annales revolvere de universa illa moltitudine regu. Gothos & Hispanos ante cladem Hispanie per Arabes cu. xxxvi. fere. Gothos reges in Hispania precessissent: quis gloriosior et potetior. Richaredo q. Arriana. heresim sub Leandro & Fulgetio. ex Hispania pepulit. Quis foelicior & fortunalior Sisebuto q. relligiosissimus princeps Judeos perfida. gente. sub Isodoro ab hispania esculare coegit: vel fide trinitatis admittere. Nec his impar Recinsuindus q. sub Eugenio & Ilefonso beatissimis Toletanis primatib. variis cociliis. varias pestiferas herejes ab hispania extirparit. Ibi tres ceteris. gothor regib. ante clade. ideo prosperitate & dominio superiores fuere: quo ceteros fide & religione superatunt. None. et post clade Hispania Pelagius primus legionix Rex fidei merito supavit Ismaele. miraculis etia ab illus religione ostensis. Alfonsusq. prod me cognometo catholicus legionis. Ite rex fidei merito regna hispanie ac. magna Arabu. iactura dilatavit. Profecto dies unica orationi no. sucusseret si Alfonsos cos.: si Ramiros: si Ferdinandos Gundislavi Castelle comite.: si Cidu.: Rodericu. Didaci de bivar Valentie primu. expugnatore. enumerare debere? Quos eos. fides & religio victores optimos et triunphatores cele bres prae caeteris effecerunt Ecobra. vero quicqd. dominii & principatus barbaros insultivos Christi anac religioni deperiit: hoc omne deficiente fide. supvenientibusq. hereticiserroribus & scismatibus christianos Resp. amist. Asiam quae primo fuerat ditionis christianae: demeritum Arrianae: & Nestorianae hereseos ac aliarum heresum: subegit Ismaeli: Pelagi ana heresis subdidit. Item & Aphrica.: quae pro dolor tot christianor ecclesiis & sanctorum virorum caetibus abundabat ac intra Europam non absq. heresis & scismatis nota: Bizantium cum celebri olim Grecorum Imperio in manibus spurcissimor hostium fidei redactum est: Quum & Graeci in pro processione spiritus sancti et in recognitione inius universalis Vicarii Jesu xpi. & aliis complurib. a fide Romanae ecclesiae pro qua xps. ne deficeret rogavit se scinderet. & separarent. Necno. & Hispania intra alterum Europae angolum quum olim iusto dei iudicio predae Arabum patuit: ali-

ea tempestatem mores nagitiosissimi Viticae penultimi Gothos Regis: adhuc universam fere Hispaniam inficerent. Hic enino Vitiza Rex: omni turpiludini effrenatae deditus ac instar Sardanapali vitam agens: ut moltitudine quoq. sue vitae sociam haberet: edicto proposuit & lege: licere comprovincialibus suis publicae plures uxores matrimonio ducere: idq. clero etiam post [ ] votum occidentalis continentiae & permisitimo suasit. atq. praecepit: mandas nequis praeceptis apostolicis cotrarium. iubetibus. obediret. Idem quoq Judeorum gentem quam Sisebutus ab Hispania pepulit in cosulte. patriae restituit: Huic successit in regno Rodericus ultimus Gothos Rex: sub quo Hispania oppressa est: circa libidines & shepra Vitiza no. inferior propter quae crimina & alia fidei teporem & terporem notantia: sevies. ira dei facile universam Hispania. Aphricanis subegit Omnia igitur haec summarie nobis ondunt et fide retineri: iisdem enim artibus quib. partum est imperium retinendum est inquit Sallustius. Haec igitur est victoria quae vincit mundum fides nostram Cuius sententiæ no. immemores Christianissimi principes Ferdinandus Quintus Rex & Helisabeth Regina Hispaniarum illustrissimi inter alias virtutes quas sibi peculiariter elegerunt fidei & Religionis munus prae caeteris amplexi sunt. Non producade. eorum laudibus orationem tum q. vulgat sunt orbi Christiano: tum q. anno ab hinc secundo in celebritate victoriae Malacen hoc ipso in loco Orator alius multo me dignos eus cumulatissime psequutus sit. Ver. silere non potero q. hispania mille olim bacchantem criminibus sua religione excelsa purgarunt. Blasphemia & perivirium vulgaria quonda. Hispanos crimina: sole iustitiae & religionis Ferdinandi & Helisabeth adventante ab universa puincia de fecerunt: furta rapinae. violentiae. scorta. lenocinia, fortium & taxillorum publica spectacula: ab Hispania quibus abundabat plurimu.: fugata sunt. Heresis iterum crocifigentium Christum circuncisione & sabato castigata et punita est: ac reliquia crimina indifferreter. meritas exactissime poenas luunt: adeo ut exemplo et imitationi religiônis principum educatus Hispanus exercitus: non exercitum videre

inspicere: gloria dei magna sit. Armavits fide et religione exercitum suum catholicus Ferdinadus. quo hostilia omnia facile superavit. Nempe ut dicam armatis cotra. inermes est usus: fides profecto in sacris literis armatura sactu. fidei. Et prima Petri. V. Cui resistite fortes in fide His igit. foelicissimis fidei armis insignitus Hispanus exercitus tanq. fortis armatus custodiens atrium suum & in pace sunt oia quae possidet: & iniuste possessa p. paganos his armis carentes facile victoria de coelo prestita superavit.

Anno igit salutis dnicae. Ixxxii supra millesimum quadrigentesimu. tyrannis ac criminibus ab hispania pulsus adversus Mauros Granaten Beticae insignem ptem. a septingentis & ultra annis eu. magna ignominia crucifixi occupantes: xpianissimi principes Ferdinandus & èlisabeth: su. religiois. augede tu auite possessionis recuperande gia expeditione foelicissima movere coeperunt: regnuq. ipm. Granaten. pugnacissimor hoim & equor ferax belli sludiis asperrimu: natura & arte munitum: utpote qd. ad Africa. mari: ad hispania. vero altissimis montib. et inaccessibilibus pene alpibus cingit & claudit Civitatum quoq. oppidor castror & artium moltitudine & in audita ac inexpugnabili fortitudine insignit: variis tu. vastationib q. cotinuis costictibus absidionibus adeo umiliavit & afflixit catholicus Ferdinandus: ut de illi q. longi regni tramite in quq. ptes. diviso: ia ferme quatuor ptes. divicerit in qbus. his. vii. superioribus annis ultra qugenta. oppida murata civitates & arces fortissimas: lucro sanctissime fidei adiecit. Exercitu. vero Granaten tyrannia que a belli principio ppe. centum milia peditum electos vero eqtu. dece milium fuisse costat.: adeo attrivit & ad interitu. fere reduxit ut nec umbra. pteriti roboris retinere videat. Et post superiores gloriosos triumphos cotinuata. expeditioe. pcessit anno Ixxxix. de mese junii ex gienio ad castra gloriosissimus Ferdinandus validissimo comitatus exercitu qad. xvi. milia fere electissimor eqtum: peditum vero. Ix. milia ascendebat: his deptis. qui ad ministeria tormentos & machinas ac ducendos comeatus. deputabant. primuq. in ilinere ipso: exemplo (uno ut ita dicam spiritu) quinq. non ignobilibus oppidis prope Baca.

tandem admovit. Cocurrerat illuc universum pene robur militiae Granaten. Nam. & praeter Bacae indigenas prope sex milia electissimorum armatos omnes viri pugnacissimi armis strenui ac in Regia Granaten. ab antiquo educati & nutriti itra civitatis ambitum cu. accolisse incluserant: tutaturi pro virili urbem tanq. ultimum vitae proesidium & totius regni dexeterum. Nec carebat civitas naturali milite nam et prope septem milibus armatore. de indigenis abundabat: Civitasq. ipa. triplici muro cincta validissimis turribus & ppugnacolis superba iniquo loco ad obsidionem & offensionem sita: armis victualibus: tormentis & machina refertissima ac vicina duab. maximis civitatibus Maurororum: Granaten. oidelicet & Guadixen. quae sibi quotidiana pollicebantur auxilia: nostris haec omnia difficilem victoriam porten debant: hostibus uera superbiendi anima. dederant Verum Ferdinandus Catholicus fide armatus quae mundum vincit et regna ac omnipotentis dei confisus viribus cuius causa agebatur: civitate ipsam fossa profundissima & aggere circundedit: ita ut hostibus intro eundi & exeundi facultate praecluderet: nisi per determinatos potes. & passus quos validissime munitiones a pte. castros claudebat. Ambitus vero fossae muri & aggeris quibus civitas cincta est nove. fere miliaribus in universo giro tendebatur. Cotigere interim vari conflictus bellici et cum Vacensib. & cu. vicinis Guadixen.: ubi Rex illos residebat nec dies unica fuit totius obsidionis semestris quae variis actibus bellici no. fit decorata. Ver ea oia mebratim. & examussim explicare: orone. unica no. fatis sufficerem Quaedam tu. pauca no. omitta. que ex parte dei oipotentis. & ipsos Regis et Reginae egregia. fidem religionem & pietate. illos apertissime nobis isinuant laborabat eo anno tota fere Betica unde praecipue exercitus et comeatus. ad obsidione ducen di erant morbo pestilenti & superioris Hispanie magnam parte. infecerat ipidimia (mira res & supra omnem humana cogitatione. & consuetudinem) Hispalenses milites: Cordubenses: Carthaginenses ac reliqui Hispani martiales quas etiam divisos & segregatos p. villas montes & agros pestis mire insequebat. ad castra foelicia regia insimul venientes: nihil pestilentis

religionis et fidei oem. illorum labem quasi propulsare videretur. Quunq. ex diversis Hispaniae partibus variae gentes illuc confluerent quae numerum fere ducentarum mille animas ascenderent: sexq. mensibus cotinuis. obsidio firmaret.: nihil morbidi inventum fuerit castris pter. id qd. ex hostium inctibus et iaculis est perpessum: Profecto manus dei erat cu. illis cui subest salus et vita cunctos.

Ceter quum ca regio Bacen. ex xpinquitate frigidissimor montium a septembrio mense et ultra assiduis ninbis frigorib. & nuib. atplurimu. & paludosa in hyeme: digitus dei nubes & cataractes coeli continuit glacem & nive. inde dimovit: quatenus xpian. exercitus in Septebris. Octobris et Novebris. mensibus ac Dicembris parte qu. intollerabilia illic cosveverant frigora: no. secus ac in Aprilis & Maii temperieversaret: aedificaverat tu. regia maiestas ppter. hiemale tps. complures domus in castris: adeo ut castra ipa. portius civitate regia: q. castra redolerent. Denui quueo. anno tota fere Betica fuesset ingetem. sterilitatem passa ita ut utpplures. no. tatum grani collegerint qtu. seminaverint quod futura in castris maxima. annone caritate necessario iducebat. Movit oipotes. xpianissimae reginae Helisabeth pietactem immensam ex Gienio ubi remaserat. viro & exercitus necessaria subministrans: iusserat officiaris fuis ut duplo minori pretio annona. in castris venderet q. Corduba Ispali Gienio vel Charthagine unde subministrabatur comeatus. regio aerario emerent. Et ultra hoc in gentes impensas deportationis & vechiculos pfusis. thesauris gratis impendebat. Quis dubitet haec oia manifestissima fore altissimi volentis nomen crucifixi ibi exaltari ubi diu ante per infideles fuerat depressum. His ergo & alis subsidiis recreatus hispanus exercitus accrebro supplemeto. muos militum faciles omnes labores longioris obsidionis toleravit.

Quumq. saepius nostri irruptione. in hostes fieri acclamarent: principis prudentia & inaudita clementia remorati sunt Intellexerat nepe. Rex invictissimus per transfugas triginta mille fere rationales animas intra civitatem contineri: nec illis victum ad plures menses sufficere: hoc comperto:

compectaq. loci iniquitate ac mirabili fortitudine hostiumq. desperatione qui ia. emori interficiendo tu elegerant: repetitoq. Scipionis verbo quo saepius dicere assolebat: Potius velle se unius civis salute. custodire q. mille hostes perdere. Arbitratus est propterea Rex clementissimus exemplo caesaree victorie apud Ilerda. fame & inedia absq. suor discrimine hostes ad libera. deditio nem cogere proutetia. nup. de Malacesibus est actu. Venere tande. Bacenses longa obsidione ad summa. rerum oium. penuria.: perferebant tu. oia. libenter sub praete tu observande secte & religionis suae: & ne sidem debita & exibitam regi suo facile violarent: in quo artis & virtutis militaris praeclara indicia demostrarunt.: fuitq. apud eos quasi alter Annibal dux & capitaneus ipsos que & nti in re militari miris laudibus celebrant: hic nostrates qnq. vafre decepit: fu eos quoq. ut labore. et fame. libentius tolerarent: multis novis nuntiis & artib. seduxit: pollicitus qnq. suis indubitatum subsidium regis Guadixen. qnq. scismata et ribellio num Baronum Hispaniae: & tande propter imbres & frigora levanda brevi obsidionem certaspe pollicebatur. His et aliis confictis mendaciis compescebat a deditione Bacen. quum iam extremant paterent Quibus oibus ne isti retardaret victoriam de Ferdinandi Regis xpianissimi conciliu et assensu occorrere decrevit serenissima dna. regina Helisabet discendens ex Gienio cum novo milite: applicuitq. ad castra octava Novebris. quae adventu suo et nostris patientiae hyemalis facile aium dedit: hostibus vero oem. spem levandae absidionis sub quatuebant ademit. Quo fit ut statim adventu suo consternati & stupidi hostium animi non de armis: sed de induitiis & pactis cogitarent: inceperuntq. dedictionis tractatum die Novebris. xi. tertia videlicet post ipsius Regine adventu. cocluserunt. xx. datis et. obsidibus ac quarta Decembris die foelicissima natalis xpiani Mcccc Lxxxix. civitate. Bacae olim pugnace. et ferocem liberam & expeditam Regiae ditioni reliquerunt. Concessit tamen regia clemetia. civibus Bacen. libertatem incolendi & habitandi: sub regia tamen servitute: villas & agros in propinqis planis consistentes. Cupientibus vero Aphricam vel alia loca petere: cum his solum bonis quae humeris as-

portare potuissent armisque dimissis: liberem facultate permissit. Civitas quoque Purchenae duorum milium civium. Civitas Tabernarum mille: Ac celebre oppidum Seron antiquu. Granatensin. gynnasiu. omnia montana de Vacares & de Filabres: ac universa ripa fluminis Almanzorae cum multis oppidis castris & arcibus adiacentibus omnia haec quae numero & estimatione multa & magna imo et maxima sunt a prima Decembris usq. ad octavam in regiam ditione. pervenerut. Suscepitur igitur Baza olim pugnacessima iugum & vexilla crucifixi quarta Decembris: ac die altera dimissit xpo. sexcetos. xpianos. captivos quos sub duro servitutis iugo in compendibus diu illie Maometh. oppresserat: ipis. in escitu cu. lachrymas prae iubilo in processione solenni cu. magna sacerdotum pompa cantantibus: Benedictus dominus deus Israel: quia visitavit & fecit redemptionem plaebis suae. O optima. ac foelicissima christianae victoriae ac redemptionis diem. Nemo est qui faciat satis tam iustae ius titiae & tam celeberrimo ac uccundissimo dei beneficio digne gratulet. Quare habendae sunt deo optimo maximo q. grates immensae quod ad finem usq ioverit christianissimos principes ac intemeratae divinae parenti Mariae semper virgininecno. Hispanos ptectori Sacobo quod apud Deum pro tam glorioso triumpho intercesserint: uvandiq. sunt tam catholici principes comuni. Christianorum suffragio cum & comunem. causam agat. christiane Reip. verum prae ceteris S. D. N. dominus Innocentius divina providentia papa octavus: que tamq. Christi vicarius & Christianos caput gloriae magne & honori sibi ascribere debet provt. certe facit quicquid Christo & christianis accrescit: & hac. diem Christiana laetitia: summis iubilis celebrare debuit provt superiore dominica fecit: & ad plures similes dies addendos Christiane victorie: invitare catholicos principes debet. Equidem suae Beatitudini omnem gloriam & isti sancti trophei honore. christianissimi Hispaniarum principes plenissime deputant tanq. capiti Christiano sub quo omnis Christianorum militia agitur: & a quo suae maiestates cruciatam decimam & alias gratias ad eam expeditionem gratissime susceperunt. Vos quoq. Patres Reverendissimi tamq. precipua

membra Christiane Reipub. provt soliti estis & apud Sanctissimum dum. nostrum vestro interventu estote auxilio his christianissimis principib. qua tenus ex universa Hispania Maomethe fugato facile illum etiam in Africam fugiente consequamur. Quod assistente nobis fide integra que est victoria vincens mundum: brevi futurum speremus praestante Christo domino cui est perennis gloria. Amen:

II

LA ENTREGA DE BAZA [1]

Á mediados del año de 1489 Fernando el Católico llegaba con numerosas y aguerridas huestes á la vista de la ciudad de Baza con objeto de sitiarla.

Baza, plaza militar y llave de los dominios que poseían á la sazón los moros, se halla en un valle de ocho leguas de largo por tres de ancho, rodeada por la sierra de Habal-cohol, constituyendo entonces una parte de su defensa las cuestas de dicha sierra, un respetable castillo y una muralla flanqueada por grandes y robustas torres. Los arrabales, aunque escasamente fortificados con casa-muro y cercas de tapia y además una frondosa campiña de una legua de circuito, en que abundaban las casas de campo y torres entre huertas y jardines, regados por las abundantes aguas que bajaban de la sierra, eran, con sus casas, acequias y árboles, obstáculos formidables para quien tratase de invadir la ciudad.

El Rey moro Abú-Abd-Allah, el *Z*agal, había prevenido á Baza de todo lo necesario para sostener un sitio de quince meses, mandando, además de la guarnición con que conta-

---

(1) Para la mejor inteligencia de la anterior oración del Sr. Carvajal, nos parece oportuno publicar aquí, y á continuación de ella, el relato de la entrega y cerco de Baza.

ba la ciudad, tropas escogidas de Guadix, en donde él se hallaba, y toda la gente de armas tomar que pudo reunir de Purchena, de las sierras de las Alpujarras y de Tabernas, que presurosas habían acudido al llamamiento por el peligro de la patria. Además salieron muchos caballeros de Granada sin que su Rey Boabdil el Chico lo supiere, con el objeto patriótico de defender á Baza amenazada, y por último, el Príncipe Cidi Yahya con diez mil guerreros, constando, pues, la guarnición de veinte mil hombres mandados por tres jefes principales, Mohamed Ben Hacem, llamado el *Veterano*; Abú-Alí, Alcaide de la ciudad, y Hubec Adalgar, teniendo autoridad sobre todos el Príncipe Cidi Yahya por ser de linaje real y merecer toda la confianza de su Rey el Zagal.

El Rey Católico sentó sus reales á cierta distancia de las huertas é intimó la rendición de la plaza, prometiendo condiciones ventajosas si se sometía, ó de lo contrario no levantar el sitio hasta tomarla; pero habiéndosele contestado por los caudillos moros que *ellos no tenían la ciudad para entregarla, sino para defenderla*, dió las órdenes oportunas para sitiarla. Fernando V quiso adelantar el campo hasta las huertas próximas á los arrabales, protegido por la artillería y caballería. Para llevar á cabo esta difícil operación envió delante un grueso destacamento á ocupar las huertas, al encuentro del cual salió de la ciudad numerosa infantería acaudillada por el Príncipe Cidi Yahya. Trabóse la pelea; llevaban la mejor parte los moros, por conocer el laberinto de las huertas; lo cual visto por los jinetes cristianos, echando pie á tierra, se incorporaron con los peones. Empeñóse de recio el combate, y divididos y subdivididos los combatientes de una y otra parte en pelotones según lo permitía el terreno, por las muchas acequias, árboles y maleza, luchaban con desesperado arrojo los cristianos para posesionarse de las huertas, y los moros para desalojarlos de ellas. Las casas se incendiaron; y propagado el incendio á los árboles, arbustos y demás plantas, presentaban un cuadro horroroso de desolación y muerte. Los caudillos cristianos quisieron salir de las huertas con sus compañías; pero les fué imposible por no conocer el terreno. Mohamed Ben Hacem y sus

de la pelea, mientras el Rey Católico, situado con sus huestes al principio de las huertas, enviaba á los suyos órdenes y socorros; pero ni de la ciudad ni del campo se podía ver á los combatientes, por causa de la espesura de los árboles y del humo del incendio. Llevaron por fin los cristianos hacia la población á los moros, y después de obligarlos á retirarse detrás de unas empalizadas junto á los arrabales, hicieron alto y establecieron y fortificaron también con empalizadas sus estancias junto á las de los Muslimes. Así quedó asentado el campamento en aquellos antes deliciosos jardines y huertas, ganadas en doce horas de pelear sin descanso.

Al anochecer hizo Mohamed una salida para socorrer al Príncipe y arrojar de su posición á los cristianos; pero ya era tarde: la oscuridad no favorecía á sus esfuerzos, y tuvieron que retirarse, aunque sin otro éxito que el no dejarlos reposar en toda la noche, por los continuos rebatos que hacían.

Conociendo el Rey Fernando lo difícil que era el conservar las posiciones tomadas, y las molestias que los cristianos sufrían por las continuas salidas de los moros, aunque en pequeña escala, y sólo con objeto de incomodar y tener en una continua alarma á sus enemigos, determinó, habido consejo de sus capitanes, el trasladar á paraje más seguro los reales. Para ejecutar este arriesgado movimiento, por estar á la vista de los moros, reforzó el Rey á la mañana siguiente las avanzadas con fuerza respetable junto á los arrabales, por si intentaban alguna salida. Tomadas todas las precauciones que en tales casos convenían, empezó el grueso del ejército á retirarse con mucho orden al sitio en que primero se había situado el campamento, y á la caída de la tarde se abannaron los puestos avanzados, marchando las huestes, no sin tener que hacer frente de cuando en cuando á los moros, que, apercibidos, aunque tarde, de este movimiento estratégico, hicieron una salida mandados por el Príncipe Yahya, acometiendo varias veces á los cristianos, pero sin conseguir desordenarlos en su retirada.

Sentados los reales en sitio más á propósito que antes, el Rey Católico reunió sus capitanes, y habiéndoles manifestado

lo arduo de tamaña empresa y lo difícil que sería el tomar una plaza tan bien fortificada y abastecida de todo lo necesario para sufrir un sitio de largo tiempo, sin contar con las nuevas tropas que pudieran venir á su socorro de todas las sierras y pueblos inmediatos, acordó, previo un consejo de guerra, no continuar el sitio. Las tropas, al saber semejante decisión del Rey, le pidieron, llenas de ardor bélico, que no se apartase de Baza hasta rendirla. El Rey envió inmediatamente á Jaén un mensaje á la Reina Isabel consultándola sobre el particular. La Reina contestó dejando la resolución á la prudencia de Fernando, ofreciendo empero que, en caso de continuar el sitio, ella procuraría de todo lo necesario al ejército sitiador hasta que se verificase la toma. En vista de lo cual el Rey se decidió á acceder á los deseos de su gente, que le aplaudió su determinación.

Dadas las órdenes, dividiéronse las huestes cristianas en dos partes: una de ellas, con cuatro mil caballeros y ocho mil peones, toda la artillería y engeños de batir, tomó posición á las faldas de la sierra entre ésta y la ciudad; y en el punto opuesto se asentó la otra, mandada por el Rey en persona, con seis mil caballos y numerosa infantería. Quedaba entre ambos campamentos un espacio de media legua, que contenía las huertas, el cual se fortificó con empalizadas, trincheras y otras defensas; se talaron los árboles; se echaron por tierra varias casas que habían quedado de la refriega pasada, hasta dejar en mes y medio arrasadas las huertas, á pesar de las escaramuzas con que trataban de impedirlo los moros; y por último, se cercó y aisló completamente la ciudad, abriéndose en lo llano desde uno á otro campamento, por cada lado, una profunda zanja, que se llenó con las aguas bajadas de la sierra y se coronó con una grande empalizada y quince torres erigidas de trecho en trecho. Formóse así una extensa línea que privaba á los sitiados de recibir socorros y de extender más que á ella sus salidas.

Tomadas todas las precauciones necesarias y habiéndose puesto atalayas en las alturas y gente de guerra en los caminos para que los guardasen, por si de fuera venía gente en socorro de la ciudad, el Rey Católico se propuso esperar á

proposiciones ó rendirse. Pasaban días y meses, en que las únicas acciones marciales que ocurrían eran las frecuentes salidas de los moros, trabándose sangrientos combates y escaramuzas, y á veces entraban en los reales de los cristianos, robando y talando lo que encontraban, por los parajes débiles de su extensa línea. Aventajaban mucho los moros á los cristianos en estos encuentros, ya á causa de su destreza, ya por su conocimiento práctico del terreno; por lo cual mandó el Rey Fernando que se procurase evitar todo género de pelea.

La Reina Isabel atendía entretanto al mantenimiento del ejército sitiador, venciendo obstáculos insuperables y echando mano de todos los recursos posibles, hasta llegar el caso de enviar á empeñar su propia vajilla de plata y oro y todas sus joyas á las ciudades de Valencia y Barcelona para con su producto atender á las necesidades del ejército. Gracias al cuidado de tan augusta señora, el ejército estuvo surtido de todo lo necesario, mientras en la ciudad se empezaba á padecer hambre.

Para precaver los accidentes del invierno con sus lluvias, construyéronse casas de madera y de tapia cubiertas con teja. Reemplazáronse, pues, las tiendas de campaña con una población, pero no no hicieron las construcciones con la solidez exigida por el clima del país, y así el primer temporal recio que le sobrevino derribó gran parte de ellas, causando no pocos estragos.

El mismo temporal interceptó los convoyes de provisiones enviados por la Reina, y puso al ejército en una consternación general, dejándole sin manutención por todo un día.

Estos reveses de fortuna impulsaron á Fernando V á enviar un mensaje á Mohamed Ben Hacem ofreciendo para él innumerables mercedes, y para los habitantes respeto á sus personas y propiedades, si se entregaba pronto la plaza. El veterano, creyendo ser este paso síntoma de desaliento, porque tenía noticias exageradas de los desastres y falta de víveres causados por las avenidas, contestó, aunque con cortesanía, negándose á todo partido

mucear con los cristianos, perdiendo de ambas partes muy buenos caballeros, aunque sin ventajas para unos y otros.

Los apuros de los sitiados crecían diariamente, llegando hasta el punto de no poder pagar á la tropa. El alcaide de Baza, Mohamed, manifestó al pueblo las necesidades de la guarnición, y donándole generosamente los hombres sus vajillas, y las mujeres sus brazaletes, manillas y zarcillos, pudo pagar á la guarnición, y por consecuencia seguir defendiendo la ciudad. Sabido por el Rey Católico este desprendimiento y tesón de los sitiados en defender la ciudad, persuadidos de que pronto se levantaría el sitio según les había manifestado su alcaide Mohamed, resolvió alejar tal esperanza. Escribió inmediatamente á la Reina para que trasladase su residencia al campamento durante el invierno.

Á los pocos días viéronse bajar por las montañas numerosas huestes. Era Isabel la Católica, que con numerosa comitiva se dirigía á los reales cristianos, vestida con primor, montando una mula cubierta con paramentos recamados de oro y tan grandes que tocaban al suelo, trayendo á la derecha á la Infanta D.ª Isabel su hija ,y á la izquierda al gran Cardenal de España, con un lucido acompañamiento de damas, caballeros, pajes, escuderos, una respetable guardia de hidalgos armados con esplendidez y seguida de un ejército lucido y aguerrido. Difundióse la noticia de la llegada de la Reina al real de los cristianos por toda la ciudad de Baza, y en un momento viéronse coronadas de espectadores todas las azoteas, torres y demás puntos elevados. Algunos de los caudillos moros quisieron, en un primer arrebato de entusiasmo bélico, salir á atacar á la escolta de Isabel la Católica; pero el Príncipe Cidi Yahya prohibió disparar contra ella la artillería ni dirigir á su persona ataque ni insulto de ningún género. El Rey Fernando, acompañado de los grandes y de todos los caballeros de su corte y del campamento, engalanados con magnificencia y seguidos de innumerables gentes, salió á recibir á la Reina. Reuniéronse ambos Monarcas, abrazáronse, y con la mayor pompa y entusiasmo marcial entraron luego juntos en los reales.

habían formado los cristianos de no levantar el sitio hasta rendir la ciudad, pues contaban éstos con un numeroso ejército, y que los apuros de Baza crecían diariamente, creyó deber evitar más derramamiento de sangre y no exasperar al enemigo con una inútil resistencia. Manifestó, pues, querer parlamentar, y los Reyes Católicos le enviaron á D. Gutierre de Cárdenas, Duque de Maqueda y Comendador de Santiago, persona muy querida de los Reyes por su valor y acierto en las cosas de la guerra, que con el alcaide Mohamed y el acompañamiento de entrambos se juntaron en un paraje convenido. Después de conferenciar volvióse el veterano á la ciudad para consultar con los caudillos moros, los cuales con él acordaron que el Príncipe Cidi Yahya pidiese á Fernando V licencia para enviar á Guadix un mensajero con una carta dirigida al Rey Abú-Abd-Allah, hablándole de la entrega de la ciudad, puesto que les parecía ser un desdoro de su buena reputación el entregar tan importante plaza sin haber sufrido ni un asalto.

Dado por los Reyes Católicos la licencia pedida y el necesario salvo-conducto, marchó el mensajero y presentó á Abú-Abd-Allah, que á la sazón meditaba sobre el mal estado de sus asuntos, el pliego destinado á consultarle acerca de la conducta que en su apurada situación debía seguir Baza, no pudiendo resistirse por más tiempo si pronto no se la daban auxilios, y teniendo, por otra parte, seguridad de obtener ventajosas condiciones si accedía á una pronta sumisión. Reunió el Zagal á sus Jeques para que le aconsejasen en tan apuradas circunstancias; pero la discordancia de pareceres no hizo más que aumentar su perplejidad. Convencióse, sin embargo, de ser inevitable la pérdida de aquella ciudad, por la imposibilidad de socorrerla. Mandó, pues, decir á Cidi Yahya que «obrase como mejor le pareciese.» Á consecuencia de tal contestación, el Príncipe, de acuerdo con los demás caudillos muslimes, capituló inmediatamente, consiguiendo que los guerreros venidos de fuera á defender á Baza pudiesen salir libres con sus armas, caballos y demás efectos; que á los habitantes de la ciudad se les facul-

en los arrabales, con la seguridad de poder observar sus ritos y costumbres, aunque jurando en este caso fidelidad á los Reyes Católicos y pagarlos el mismo tributo que hasta entonces habían dado á sus Monarcas. Se convino en entregar á Fernando é Isabel la plaza con todas sus fortalezas en el término de seis días, concediéndose este tiempo para que los moradores pusiesen á buen recaudo su hacienda; pero dándose en el ínterin en rehenes quince moros de las principales familias, que llevaron á los reales el Príncipe Yahya y el alcaide Mohamed, ambos en persona. Recibiéronlos con el mayor agrado los Reyes Católicos, y tanto á ellos como á otros caballeros moros los hicieron grandes obsequios y mercedes en dinero, ropas, alhajas, caballos, armas y otros objetos de gran valor. El príncipe Cidi y el alcaide, prendados del porte afectuoso, digno, elevado y generoso de tan grandes Monarcas, no sólo juraron no volver á sacar la espada contra ellos, sino que entraron en su servicio con otros muchos moros, impulsados por tal ejemplo. Fernando é Isabel los colmaron de alabanzas y de premios.

Tal fué el resultado de este famoso sitio, á los seis meses y veinte días después que se presentaron las tropas cristianas á la vista de Baza, en que perecieron veinte mil cristianos, la mayor parte de enfermedades. Se rindió la ciudad de Baza en 4 de Diciembre de 1489. Al siguiente día hicieron los Reyes Católicos su entrada solemne en la plaza por la puerta que hoy se llama de la Magdalena y sacaron de las mazmorras más de 500 cautivos.

III

ESTANCIA DE COLÓN DURANTE EL SITIO DE BAZA

Rendida Málaga bella,
los soldados de la Cruz
á Baza, la fuerte, sitian,
que osada resiste aún.
Al campo llega la Reina,
ángel de gloria y virtud,
y ánimo infunde á los bravos
para morir por Jesús.
La plaza tienen los moros
de Boabdil el andaluz,
tan recia y bien proveída
que no han pavor ningún.
Largos meses van de cerco,
y á unos y otros el albur
muy sangriento y empeñado
va siendo de mancomún.
Una noche, en que su astro
brilla en el etéreo azul,
de la plaza salen moros
en armada multitud.
Mudos van y recatados
bajo el mando de Yacub,

hacia las tiendas cristianas,
de la sombra entre el capuz.
Mas dejan tras de sí ocultos,
en un bosque de abedul,
cuatro bandas de jinetes,
hijos fieros de simoun.
Los reales, al fin, divisan
del sitiador, á la luz
de algunas mustias hogueras,
que agita el viento del Sur.
Ni un eco de sus pisadas,
ni de armas rumor algún
la audaz empresa revela
de la mora juventud.
Está el campo de Castilla,
de la neblina entre el tul
de espera; mas tan callado
cual vastísimo ataúd.
Súbito un grito de muerte
y las trompas de Estambul,
y los infieles leilíes,
perturban la honda quietud.
El campo asaltan los moros,
con la antorcha y la segur,
por dar á su ley y patria
la libertad, la salud.
¡Pero los cristianos velan
con marcial solicitud!
Trábase pelea horrible,
tiñe la sangre el azud,
y los hijos caen de Muza
y los nietos del Astur.
No hay alfanje ni mandoble
ocioso en el vericú;
cada golpe abre una herida,
cada herida un ataúd.
Inflámanse en los mosquetes
las mechas de ígneo betún,
y á sus relámpagos brillan
mil aceros al trasluz.
Como el león del desierto

así moros y cristianos
en riesgo lidian común.
Pero antes de que la aurora
tienda el manto de tisú,
y el grito de la corneja
ahogue el canto del bulbul,
á ciar empieza el moro,
aunque es en lides tahur.
—«¡España, cierra!..... ¡Santiago
(exclama el cristiano.) ¡Sus!.....»
Y la luna oriental huye
ante la española Cruz.

—

Hacia Baza van los moros,
y los cristianos tras ellos,
cuchilladas y mandobles
disparando y recibiendo.
Y aunque resistir intentan
á los jinetes de acero
que al ruido de la algarada
evacuan el campamento,
los alfanjes damasquinos
saltan en trozos deshechos
al golpe de las tizonas
de Vizcaya y de Toledo.
Y la chusma infiel al cabo
desbándase por los cerros,
y los castellanos fuertes
á su alcance corren ciegos.
El campo queda sembrado
de los mal parados perros,
que pagaron con la vida
la alarma de tantos buenos.
Ya el himno de la victoria
entonan los caballeros,
y de Isabel y Fernando
la salva llena los vientos.

Mas súbito, por su espalda
suenan leilíes guerreros,
y atabales y añafiles
crujen con bárbaro estruendo.
Y desde el fondo del bosque
á la campaña saliendo,
gran golpe de gente mora
lánzase en galope á ellos.
Y el escuadrón fugitivo
tras de un collado rehecho,
sobre los cristianos vuelve
cual un rayo, al propio tiempo.
Cayeron en la celada
de sus enemigos pérfidos,
que ya en torno los acosan,
como los canes al ciervo.
Perdidos son los cristianos,
que tarde palpan su yerro:
ó difuntos, ó cautivos:
es la ley del sarraceno.
El bravo Marqués de Cádiz,
que rige el cristiano tercio,
la bandera de Castilla
alzando en su brazo recio:
—«¡Á mí los valientes! (dice),
y el honor patrio salvemos:
hora es de morir..... muramos
cual deben morir los buenos!»
Y á su bridón aplicando
los acicates sangrientos,
vase al moro á toda brida,
el lanzón en ristre puesto.
Los suyos en pos le siguen,
cual un torbellino negro
que del huracán en alas
tala cuanto hay á su encuentro.
Sumergidos en un círculo
de sangre, estridor y fuego,
como descarriadas naos
entre las barcas del piélago,
los soldados de Isabela

dan el rostro á todo riesgo,
y uno contra cuatro lidian;
antes que rendidos, muertos.
Sus filas están diezmadas,
muchos valientes cayeron;
mas pagaron los infieles
sus vidas á mucho precio.
Pues de cada castellano
en torno al cadáver yerto
en montón fúnebre yacen
cabezas, troncos y miembros.
Mas ¡ay! que rotas las presas
de las acequias de riego,
y empapándose aquel campo
en el húmedo elemento,
en el fango los corceles
se sumen hasta los pechos,
y en pie se tienen apenas
sobre aquel lúbrico cieno.
Y el agua por los arroyos
que circundan los oteros
cierra el paso por do quiera
é inútil hace el esfuerzo.
Y en tanto, como una nube,
al escuadrón indefenso
los fieros árabes llegan,
palmas de triunfo batiendo.
Pero el Marqués y su gente
pie á tierra echando en un cerro,
en grupo heroico unidos
y en las manos los aceros:
—«¡Reyes de las dos Castillas
(claman con viril acento),
los que por España mueren
os saludan desde el féretro!»

—

Lanzando Boabdil soberbio
el grito de la victoria,

al frente de sus vasallos
á las víctimas se arroja.
Fulminan sobre sus cuellos
ya las cimitarras corvas;
no habrá perdón para nadie,
que así lo escribe Mahoma.
Y aunque el Marqués y sus bravos
con las toledanas hojas
un cerco de fuego vibran
en torno de sus personas,
van á morir, no hay remedio,
va á sonar su última hora;
la morisma los envuelve,
la catástrofe se colma.
¡No, pardiez!.... Que por los cerros
cristiano escuadrón asoma,
y cae sobre los infieles
como irresistible tromba.
Colón viene al frente de ellos
sobre un alazán de Córdoba,
con empavonadas armas,
que el corcel de espuma borda.
—«¡Gloria al Patrón!.... ¡cierra, España!....»
grita con voz estentórea,
y cierra con los de Baza,
lanza en ristre, á toda costa.
Y horror esparciendo y muerte,
él y los suyos se engolfan
en las sorprendidas filas
de caftanes y marlotas.
Y dan mandobles y tajos,
y hieren, matan, destrozan,
con sus hercúleos lanzones,
con sus cortantes tizonas.
Allí vuela un cráneo al viento,
ó un potro al jinete arroja,
y cual tronchadas espigas
cae allá la gente mora.
En vano de la sorpresa
cuando Boabdil se recobra,
á sus mejores soldados

y en vano al tercio cristiano
resistir valientes osan,
y al peso de las espadas
con las cimitarras corvas,
Colón y sus caballeros
ante sí todo lo arrollan,
como asolador torrente
desgajado de las rocas.
En flagrantes torbellinos
los combatientes se chocan,
en montón denso se agitan,
de polvo entre nube cóncava.
Pero, al fin, los sarracenos,
en desordenadas tropas,
por los cerros se derrumban
y por los campos galopan.
Y luego que el aura fresca
despeja la tibia atmósfera,
y de pardos torbellinos
limpia el campo de victoria,
Colón y el Marqués de Cádiz,
sobre una sangrienta loma,
abrazados aparecen
entre un cántico de gloria.

IV

ENTRADA DE FERNANDO V EN LORCA

EL 17 DE JUNIO DE 1488

Y JURA DE LA OBSERVANCIA DE SUS FUEROS

La mañana del 17 de Junio del año de gracia de 1488 los fieles que salían de la vecina iglesia de San Jorge y los que habían madrugado para ir á sus faenas se iban agrupando alrededor de uno de los postes de la Lonja, el más inmediato á la fuente: el núcleo aumentaba sin cesar, y cada cual pugnaba por acercarse al centro, sin que los que lo conseguían quedasen más satisfechos que antes.

Daba origen á esta curiosidad popular un gran papel manuscrito y sellado con las armas del Concejo, que había amanecido puesto en aquel sitio; mirábanlo todos y volvían á mirarlo, girando la vista del papel al grupo y aplicando el oído á ver si alguno comprendía su significado, esperando se presentara quien supiera leerlo.

Mosén Garci-Jiménez, beneficiado de la parroquia de Santa María, acertó á pasar por allí, y al verlo, todos fijaron en él sus ojos, esperando de su mucho saber les interpretara aquel papel; el beneficiado, que si bien no era muy versado en hermenéutica, tampoco era muy diestro en leer letra de pluma, se vió en un verdadero compromiso ante la exigencia que le hacían sus convecinos, y únicamente se decidió á complacerlos confiado en su mucha bondad, y más que todo

ble, de que no pudiera leerlo.

Abrióse el grupo y pasó el beneficiado entre dos filas compactas; se colocó al pie del poste, frente al enigmático papel, y abriendo y cerrando la boca, pero sin pronunciar nada, al cabo de un gran rato dijo volviéndose á la concurrencia:

—Esto reza del Sr. Rey..... y de las beaticas..... y de Caravaca..... y de los moros..... y de muchas más cosas.

Un murmullo de general admiración acogió la lectura del edicto, y aquellas buenas gentes se dieron por satisfechas; pero como nuestros lectores no lo estarán, vamos á ponerlos al corriente de lo que pasaba.

Cuando la Providencia dispone castigar á un pueblo, da licencia al genio del mal, y empieza éste á tentar al uno, luego al otro, después al de más allá, hasta que al fin son tantas las sectas que mueve, que se arma una algarabía que nadie se entiende; todos quieren lo bueno, y ninguno lo hace ni deja hacerlo á otro; todos están dispuestos á sacrificarse por la patria, y todos medran con ella, unos á otros se achacan la malandanza de la cosa pública, crece la maledicencia, mengua el patriotismo y cunde la división; y como ha dicho el que es la Suma Sabiduría, que *todo pueblo dividido será desolado,* estas banderías ó bandolerías hacen cada una por su parte cuanto pueden para que se cumpla la divina predicción.

En una de estas situaciones, que no hay por qué desear, se hallaba el vecino reino de Granada; la emulación y la envidia de los caudillos y magnates moros les hacía odiarse mutua y cordialmente; de ellos pasó la malquerencia á las familias principales, y por fin, todo el pueblo, sin que bastara á contener esta escisión la prudencia y energía del Rey Muhamad Al-haizarí y de su Ministro Jucef Aben-Zeraq, ni la astuta y solapada política de Abu-Said.

Los parciales del Rey Abdalá el Zaquir mandaron emisarios al Rey de Castilla, ofreciéndole vasallaje si les ayudaba contra los de Muhamad, aconsejándole que entrase por la parte de Vera y Almería, cuya entrega facilitarían ellos;

Fernando V, que no deseaba más que concluir con la dominación musulmana en España, los recibió gustoso y prometió ayudarles, para lo cual reunió sus huestes y se dirigió al reino de Murcia, pasando desde la capital á Caravaca para entrar en el reino de Granada por la parte de Vélez; debió después adoptar el plan que le proponían los moros, y conociendo lo diestra y aguerrida que era la gente de Lorca, envió la siguiente carta:

«Justicia, Concejo, Caballeros, Escuderos y Homes buenos »de la Ciudad de Lorca, sepades como he determinado fazer »la guerra á los moros enemigos de nuestra santa fe; por »tanto vos mando que allegueis vuestra gente, y esteis dis»puestos y preparados cuando vaya. De Caravaca á nueve »de Junio de 1488.»

Tres días después de escrita era entregada al honrado Jorge Vergara, Alcalde de Lorca y teniente corregidor, é inmediatamente hizo reunir el Ayuntamiento en su sala de sesiones de la torre de Pósito; componían el Concejo Jaime López de Guevara, Johan Bernal de Quirós, Johan Ponce de León, Lope Ponce de León, Gonzalo Piñeiro y Sancho Martín. El P. Morote con sus acostumbradas inexactitudes dice que eran treinta y seis los regidores, sin tener en cuenta que desde la instalación del Ayuntamiento en virtud de la Real cédula de D. Enrique, dada en Toro á 16 de Febrero de 1400, no eran más que seis; además, que en aquel tiempo, según la *Población de España*, de Méndez Silva, no tenía Lorca más que dos mil vecinos, y eran éstos muchos regidores para tan poco pueblo.

Fácil y envidiable creerán algunos la posición del Alcalde Vergara no teniendo que luchar más que con seis regidores; pero no olviden que aquellos señores hacían cuestión de honra y de hidalguía el más pequeño de sus pareceres, y la más insignificante palabra que hubieran proferido; la célebre frase, común en Lorca, de *lo dicho dicho, y la haca en la puerta*, alude á esto.

Afortunadamente entonces no se reunía el Ayuntamiento para librarse de un apremio de la Hacienda, ó cambiar de servidores; lo hacían, según dicen todas las actas, *para tra-*

tar del bien del común y de cosas pertenecientes al servicio de S. M.: estaban, pues, en el lleno de sus atribuciones.

Leída y oída que fué la carta con el ceremonial y acatamiento debidos, quedáronse todos meditando, hasta que Bernal de Quirós dijo:

—S. A. no ignorará que todos los servicios que Lorca ha prestado han sido voluntarios, cual cumple á buenos hidalgos, y bien podía usar modo más cortés el Secretario del Rey.

—Tampoco se dice—añadió Sancho Martín—el puesto que debe ocupar Lorca, y con S. A. vendrán muy ilustres Caballeros y Ricos homes y no debemos marchar en pos, porque merescido habemos ir en vanguardia siempre que de guerra se trate.

—Ansí fué concedido por D. Juan II—interrumpió el escribano del concejo, Pedro Alcocer.

—No se moverán mis gentes—dijo Johan Guevara—si no van en el lugar que les corresponde.

—Ni las mías—añadió Piñero.

El Alcalde Vergara, que vió el mal efecto que la carta había producido, y lo muy dispuestos que estaban aquellos testarudos hidalgos á consignar la altiva frase se *obedece, pero no se cumple,* sagaz y como hombre entendido, procuró dar otro giro á la cuestión, y preguntó después de una breve pausa:

—¿Ha confirmado S. A. los privilegios y fueros de la ciudad?

—No—contestaron todos á la vez.

—¿Y hásele suplicado que lo hiciera?

La respuesta no fué tan explícita, pero Bernal de Quirós replicó:

—Lorca no ha tenido necesidad de demandar gracia; las mercedes que le han sido otorgadas ganado las há con sus servicios, y para dar ahora lo que se le pide, no lo hará sin que antes jure S. A. conservar sus fueros y privilegios.

—Hágase así—dijeron todos.

El secretario mojó la pluma y miró al Alcalde, esperando le dictara lo que había de consignar en el acta.

Vergara, hecha una ligera inclinación de cabeza como para tomar la venia de aquellos señores, dijo:

«El Concejo acuerda prestar toda su ayuda en la guerra »contra el reino de Granada, tan luego como S. A. haya ju»rado sobre los Santos Evangelios y en la iglesia de Señora »Santa María.....»

—No—interrumpieron todos;—antes de entrar en la ciudad, al pie de sus murallas.

—Sea—dijo el Presidente, y no creyó oportuno hacer ninguna reflexión y siguió dictando:

«Jurando sobre los Santos Evangelios, donde á bien tenga »S. A. fuera de la ciudad, los privilegios, fueros, exenciones »que esta ciudad tiene recibidos de sus gloriosos anteceso»res; é asimismo acuerda se haga saber á todos los vecinos, »para que ninguno sea osado á salir de la ciudad hasta que »S. A. haya penetrado en ella, y puedan prestarle homenaje »y obsequio debido.»

Leyó el acuerdo el secretario, y así que lo hubieron firmado concluyó el cabildo, y cada uno se marchó, no á contar lo que había pasado y recibir órdenes, sino á esperar la oportunidad de ejecutar el acuerdo.

Juva miseris, argue pusilanimis: Desafiamos al más estirado epigrafista á que ponga un mote más significativo, más adecuado y más en armonía que éste, grabado en la célebre campana del Pósito, hoy existente en la torre de la insigne iglesia de San Patricio.

En aquellos tiempos en que no había Administración, y en que cada una de las ruedas del Estado rodaba por sí, sin engranar unas en otras, exponiéndose de esta manera á pararse todas ó hacer saltar el artificio cuando alguno de los dientes se alarga más de lo conveniente; en aquellos tiempos, repetimos, sucedía una cosa fenomenal, y era que el Concejo de Lorca tenía dineros, y además tenía trigo y cebada y..... buena voluntad; pero eran tontos, puesto que daban aquel trigo y aquella cebada, y á veces aquellos dineros, á todo el vecino labrador y pobre que los pidiera para sembrar ó para *remediarse*; y lo daban casi de balde, porque de balde era dar después de la cosecha un celemín por cada una de las fanegas de grano que hubieran sacado. ¡Qué diría de esto un economista! Y sobre todo, ¿cómo era posible *administrar bien*

sin tener una oficina con tres porteros, cinco alguaciles, cuatro oficiales y siete temporeros (por supuesto, todos de plantilla), sin contar con otros tantos para *tocarse por la oficina* en ciertos y determinados días? Convengamos en que la cosa no podía ir bien, estando como estaba entonces la oficina *montada* por un Regidor de *Mes* y un notario eclesiástico, para que llevase apuntaciones tales como:

«Á *Santiajo Catillo*, cuatro de cebada.»

«Á *margaria* la de *Digo marata*, una de trigo,» etc., etc. Y para repartir este grano tocaba la campana, avisando á los necesitados para que acudiesen á ser socorridos, y volvía á tocar desde mediados de Julio y todo Agosto para que lo devolviesen y darlo de nuevo en Noviembre á otros pobres, ó á ellos mismos si lo necesitaban, y de esta suerte no tenían que salir los comisionados en su burra y sus aguaderas á cobrar al campo: esto por lo del *Juva miseris*.

En cuanto á la otra parte, tiene también su moral: sabido es que por más de trescientos años fué Lorca plaza fronteriza del reino de Granada; por consiguiente, los lorquinos todos eran hombres de armas tomar, y todo aquí llevaba el sello de la guerra, no de papel mojado como ahora; sucedía, pues, que cuando se temía alguna irrupción de los moros en el término, ó había algún acontecimiento alarmante ó de importancia, tocaba á rebato la campana del Pósito, y todo vecino capaz de llevar las armas tenía obligación de presentarse con ellas en la plaza, y como todos estaban apuntados por parroquias, no cesaba de tocar la campana hasta que el capitán á guerra no decía que estaban todos, de modo que, salvo los enfermos ó ausentes, ninguno faltaba, porque no se dijera de él que era cobarde (*pusilanimis*, en latín), y he aquí el *Argue pusilanimis* de la histórica campana.

Dados estos antecedentes, que para nada se necesitaban, bastando con decir que momentos antes de dar las doce de aquel día empezó súbita é inesperadamente á tocar rebato, comprenderemos la alarma y agitación en que se pondrían todas las gentes, viéndose acudir á la ciudad por todas partes multitud de hombres armados, quién de mosquetes, quién de picas ó partesanas; pero donde más gritería se armó fué en

las parroquias altas: aquello era un *maremagnum* de gritos, de preguntas, de opiniones y de dichos.

—¡Madre Huertas!—subía diciendo un muchacho, corriendo á más correr con la vasija del aceite en la mano.—¡Los moros! ¡Los moros, que vienen!!

—Madre Juana, ¿y los moros son coloraos? ¡Yo los estoy viendo desde aquí!—Y todo el grupo de vecinas dirigió su vista hacia donde aquel chicuelo señalaba.

—Calla, tonto, que aquellos son ababoles.

Pero la algazara seguía y el adarve de la parroquia de Santa María se llenaba de gente, esperando verlos asomar en la dilatada planicie de la huerta.

—¡Ea! Ténganse todos, que no son moros los que vienen, sino muy cristianos viejos como nosotros—dijo el Arcipreste Juan Valero, asomando á una de las ventanas de la torre su cara de bendito.

—Padre Juan, ¿qué es? ¿Por qué tocan?—preguntaron todas.

—El mismo Rey en persona que viene, y mañana subirá á la parroquia, como que tengo las velas—y enseñó un manojo de ellas en la mano;—andad y barred vuestras puertas, y mudaos mañana con vuestros jubones y mantos nuevos, porque al Rey no le gusta que sus vasallos sean sucios, y porque además dice el Misal: *quo ad intrà, quo ad extrà*, es decir, para que lo entendáis, que debemos tener limpio el cuerpo y la conciencia.

—¡Ay, qué bueno es el Rey!—dijo una de aquellas mujeres.

—Como que lo ha visto mi Antón—contestó otra—en Caravaca, y dice que es muy llano.

Mientras estas escenas tenían lugar en el atrio de Santa María, otros grupos más numerosos, en las inmediaciones del castillo de Alcalá y en la Velica, fijaban su atención en dos grandes ahumadas que se levantaban en el *Puerto de los Yesares,* y al mismo tiempo distinguían en la llanura las enhiestas figuras de tres jinetes armados, caminando en dirección á ellas.

Media hora habría transcurrido desde que aquellos caba-

lleros habían desaparecido por encima de las colinas de Serrata, cuando á través de una espesa polvareda empezó á presentarse una gran masa negra que, replegándose y alargándose como una gigantesca serpiente, bajó la cuesta y se extendió al pie de la sierra, á uno y otro lado del camino; algunos minutos después otra más numerosa y compacta empezó á bajar, y la primera se movió, formando una extensa línea paralela á la sierra; avanzó la segunda, y tras de ella otra dividida en multitud de grupos, cubriendo la retaguardia la primera, é incorporadas todas, empezaron á marchar por los áridos llanos de Serrata, siguiendo las sinuosidades y tortuosidades del camino; fácil es de comprender que aquello era el ejército que acompañaba al Rey Católico á la conquista de Granada, y si alguna duda quedara, la desvanecería el brillo de las armas y las banderas que flotaban sobre aquella muchedumbre. Ínterin atraviesan los cinco kilómetros que los separan de la ciudad, veamos las disposiciones que los señores del Concejo habían adoptado para cumplir su acuerdo.

Toda la gente de armas estaba distribuída en la muralla y castillos de la ciudad, las puertas de ésta todas cerradas, y únicamente abierta aquella por donde había de entrar el Rey; en un principio se quiso fuese por la Magdalena, inmediata al Beaterio, y así lo decía el bando; pero en vista del gran rodeo que tendría que dar S. A. y de ser harto pequeña para que pasase la gente de á caballo, se determinó fuera la inmediata al convento de la Merced.

Aquí era donde esperaban á Su Alteza, vestidos de ceremonia, el Alcalde Jorge de Vergara, los muy Ilustres Señores Lorca, el Reverendo Clero, los Caballeros é Hijodalgos y multitud de pueblo: sacóse del convento una mesa de altar con un paño encarnado, sus candelabros correspondientes, una *muy devota cruz de cristal* y un misal; revistióse de una capa pluvial recamada de oro el Sr. Arcipreste Juan Valero, y los demás beneficiados con sus roquetes y sobrepellices.

Cerca de las dos de la tarde serían cuando llegó á galope uno de los tres caballeros que se habían visto ir hacia Serrata; habló con el Alcalde é inmediatamente éste con todos

los que le acompañaban salieron fuera de la muralla, colocándose al lado de la puerta: el Arcipreste tomó la cruz y el misal, y seguido del Clero se puso inmediato á los señores del Concejo, que todos estiraron sus garnachas y perfilaron sus respectivas personas.

Oyóse á lo lejos ruido de atambores y trompetas, y resonó un nutrido ¡viva! dado por el ejército castellano, que hizo alto en la orilla izquierda del río, precisamente donde ahora está la muralla del Barrio y la Virgen de la Peña; á su cabeza estaban el Adelantado de Castilla D. Pedro López Padilla y el Comendador D. Gutierre de Cárdenas.

Imponente era el silencio que se advertía en la gente que coronaba las murallas y castillo de Alcalá, con los mosquetes, arcabuces y ballestas preparadas, como si fuesen á rechazar un asalto; los soldados no podían explicarse la causa de aquel recibimiento, al parecer tan fuera de lo que esperaban de una ciudad amiga; atravesaron el río veinte jinetes armados y con sobrevestas de fajas encarnadas y amarillas, al frente de los cuales iba D. Gonzalo de Ayora, Capitán de las Guardas de la Real Persona y un trompeta; desplegaron dando frente á los señores que esperaban en la puerta, y vióse al ejército batir marcha y presentar las armas, conforme iba pasando un numeroso grupo de caballeros escoltados por más de sesenta guardas armadas como las anteriores: allí iba el Rey de Aragón y de Castilla, acompañado de los magnates de su corte, de los grandes Maestres de Alcántara, Calatrava y Santiago, el Conde de Castro, el Duque del Infantado, el Marqués de Cádiz, D. Pedro Chacón, Adelantado de Murcia, y otros muchos.

Montaba el Rey un brioso caballo alazán y vestía un traje de piel anteada, un tabardo ó sobretodo de terciopelo carmesí y pendiente de un cinturón bordado de plata la espada; adelantóse el Rey seguido de Miguel Pérez de Almazán, su Secretario privado, señor de la villa de Maella, y de Jorge de Alarcón, señor de Fuentecillas, su camarero: al aproximarse todos hincaron su rodilla en tierra, y Bartolomé Ruiz, en nombre de la ciudad, le dijo con muy grande acatamiento:

«Muy alto, poderoso y esclarecido Príncipe, nuestra ciudad de Lorca con muy humilde reverencia besa las escelentes manos de V. A. y da gracias á Dios y á su bendita Madre, porque continuando V. A. la guerra contra los infieles se ha dignado visitarnos. La ciudad de Lorca pide á V. A. haya por bien de jurar guardar y observar los privilegios, cartas, mercedes, exenciones, libertades, usos y buenas costumbres, que los Señores Reyes, de gloriosa memoria, antepasados de V. A. le dieron y concedieron. Otrosí, muy soberano Príncipe, suplica la Ciudad y vecinos de ella se sirva V. A. jurar y prometer que no hará jamás merced de ella, ni de sus términos, ni de sus fuentes y aguas, ni las dará á ninguna persona, sino que las conservará siempre á su servicio y de su real corona.

»Muy poderoso Señor, la Ciudad, con humilde reverencia, ruega á V. A. mire y se acuerde que siempre ha estado muy á su servicio, haciendo guerra á los moros enemigos de nuestra santa fe, y plegue á V. A. de jurar guardar á esta vuestra ciudad todo lo suplicado y pedido, y que V. A. se lo prometa y jure.»

Inclinado sobre el arzón delantero de la silla escuchó el Rey la petición de Lorca, y acabada que fué, quitóse la gorra de terciopelo que cubría su cabeza, y puesta la mano derecha sobre el libro que le presentó el Arcipreste:—*Lo juro, cual lo pedís*—dijo en voz alta.

El Alférez mayor alzó entonces el pendón azul que don Juan II había regalado algunos años antes á la ciudad, y vuelto al Concejo y á la muchedumbre que estaba presente, gritó:—*¡Lorca por el Rey de Castilla D. Fernando!* Un entusiasta y atronador «¡viva!» se oyó en la muralla y en todos los alrededores; las campanas de la inmediata iglesia de la Merced, las de San Juan y de todas las parroquias confundieron sus sonidos con las trompetas y demás instrumentos marciales, y precedido del Concejo y del Clero y seguido de su ejército, entró el Rey en la ciudad.

La puerta por donde entró, llamada en tiempo de los moros de la *Al-sequeia* ó de la *Fuente*, porque en ella estaba la del agua de la Fuente del *Oro*, fué llamada después de la *Aza-*

la Orden aragonesa de la Merced, los frailes, en honor de la santa mártir de Mérida, le llamaron de *Santa Eulalia*, y es precisamente la misma que el Padre Morote dice que llamaban los moros *Puerta nueva*, por donde entró Sancho Mazuelo; estaba á unas sesenta varas distante del convento, próxima á dos bastiones que aún se conservan en la muralla que da á la calle de los *Pozos*.

La comitiva siguió por esta calle y la de la *Zapatería*, inmediata á la muralla, hasta desembocar en lo que se llamaba *Plaza de adentro*, que era todo el espacio que ocupa ahora la antigua plaza de la Verdura, parte de San Patricio y la plaza del Caño, donde estaba la casa del Concejo, en la cual, según todas las probabilidades, se alojaría el Rey; pues aunque entonces no andaban con tanto boato, ni comían tanto, éste era el edificio más capaz y decente que había en la población para albergarlo, dado que el palacio del Obispo, sito en la calle de *Gomeles*, esquina al porche de *San Jorge*, había sido incendiado algunos años antes.

La mañana siguiente era de ver la bulla y algazara que había en todos los vecinos de Santa María, porque el Rey subía á misa á la parroquia; conforme al consejo del Padre Juan, todas habían barrido y rociado sus puertas, y puéstose sus mejores ropas: los hombres se *habían mudado*, y llevados de un poquito de vanidad, habían puesto, como al descuido, en la puerta de la calle y en las entradas de las casas las armas y prendas cogidas á los moros; la calle Mayor y toda la carrera estaba alfombrada de tallos de regaliz y de taray; las ventanas y los tejados de las casas lucían vistosas colchas de vivos colores y de indefinible dibujo, y las lejas y tinajeros *daban encanto* con sus jarros de flor de retama, de hierba buena y eneldo.

Á las nueve de la mañana el Rey, con el Concejo y los capitanes de su ejército, subió á la parroquia, donde ya lo esperaba la Clerecía para recibirlo como era debido: la iglesia estaba, como se dice comúnmente, hecha un *ascua de oro*. El retablo mayor y sus bóvedas aristadas, de puro estilo ojival, ostentaban sus bellas pinturas al fresco, representando

escenas de la vida de la Virgen y de Nuestro Señor: multitud de gente llenaba las naves, y á duras penas podía penetrar el acompañamiento.

Fernando V, y á su ejemplo todo el pueblo, se arrodilló ante la imagen de la Santísima Virgen María, que era la que ahora se conoce con el nombre de *Virgen de la Pera*: el señor Arcipreste Juan Valero, con sus diáconos, cantó una misa, del modo más grave y solemne que supo, y concluída, un paje con librea real acercó á S. A. un azafate cubierto con un paño de seda encarnada; tomólo el Rey y diólo al Arcipreste, que lo colocó descubierto en medio del altar; contenía varias alhajas para el servicio del culto, de gran valor artístico, entre ellas una hermosa cruz procesional, que fué la admiración de todos los que estaban presentes, y la alegría de los futuros parroquianos.

Enmedio de aclamaciones y repiques de campanas volvió el Rey á bajar por la calle Mayor, recibiendo con su bondadosa sonrisa las muestras de respeto y cariño de todos los habitantes. Detúvose en Lorca algunos días, esperando aviso de Granada, y en este tiempo se alistó toda la gente de á pie y á caballo con que la ciudad contribuía á la conquista; gente aguerrida y experta en la lucha con los moros, que tuvo ocasión de manifestar su valor en Vera, Guadix y al pie de los muros de Granada, y singularmente en la conquista de Baza, donde Mateo de Alcaraz, uno de los capitanes de Lorca, libró á la Reina Isabel, que había sido sorprendida en una emboscada por los moros; la misma señora le armó caballero al frente de su ejército, y le nombraba *mi Adalid*.

Aquí damos fin á este episodio, haciendo votos por que no olvide nunca Lorca su *dignidad* y valor cívico.

FRANCISCO CÁNOVAS.

V

ESTANCIA EN BAZA DE SAN FRANCISCO DE BORJA [1]

Del nacimiento y educación de Don Francisco de Borja, hasta que tuvo diez años.

CAPÍTULO PRIMERO

Don Francisco de Borja, Duque cuarto de Gandía, y después religioso, y tercero Prepósito general de la Compañía de Jesús, fué hijo primogénito de Don Juan de Borja, 3.° Duque de Gandía, y de Doña Juana de Aragón su mujer, que era hija de Don Alonso de Aragón, hijo del Rey Católico Don Fernando. Nació en Gandía á los 28 de Octubre, día de los Santos Apóstoles San Simón y Judas, el año 1510, siendo Sumo Pontífice Julio II, y Emperador Maximiliano I y Rey de Aragón el católico Rey Don Fernando, su bisabuelo materno, el cual á la sazón gobernaba los reinos de Castilla por su hija la Reina Doña Juana y por su nieto el Príncipe Don Carlos.....
.....

(1) «Vida del P. Francisco de Borja, que fué Duque de Gandía y después religioso tercero General de la Compañía de Jesús.» Escrita por el P. Pedro de Ribadeneyra, de la misma Compañía. (Obras del P. Ribadeneyra. Madrid, imprenta de Luis Sánchez, año del Señor MDCV.)

CAPÍTULO II

Sucedió la muerte de la Duquesa Doña Juana, siendo ya nuestro Don Francisco de diez años, y en el año del Señor de 1520. En el cual tiempo había sucedido en España el levantamiento y alboroto de las comunidades.....

.....

De Zaragoza le llevaron á Baça, porque envió por él su bisaguela Doña María de Luna mujer de Don Enrique Enríquez, tío y mayordomo mayor del Rey Católico Don Fernando, y Comendador mayor de León. Y estaba con ella su abuela Doña María Enríquez hija de estos señores, y su tia y hermanas, que de Gandía habían ido por tierra por la orilla de la costa huyendo de aquella borrasca de las comunidades. En Baça tuvo una grande dolencia, que le duró seis meses, y al cabo de ella sucedió un temblor de tierra tan espantable y tan continuo, que estuvo 40 días en el campo debajo de una tienda metido en una litera que le servía de casa y cama. De Baça le enviaron á Tordesillas á servir á la Infanta Doña Catalina, que allí estaba en compañía de la Reina Doña Juana su madre, hasta que llegó el tiempo de casarse con el Rey de Portugal Don Juan el 3.°, lo cual se efectuó el 1525 .....

.....

VI

LANZUD Y BEN-HARI [1]

Hoy cumplen los cuatrocientos años de aquel fausto y memorable día en que los habitantes de esta entonces villa, temerosos y resignados, abandonaban los hogares que durante setecientos años poseyeran, para atravesar los montes que de la ciudad de Vera los separaban, y sin entrar en la ciudad, rendir pleito homenaje á la Alteza de los Señores Reyes Don Fernando y Doña Isabel, que en el mismo día habían asentado sus Reales en aquel campo que aun conserva el nombre que esta historia nos recuerda.

Iban los moros de la villa de las Cuevas, que era de no pequeña importancia, por su riqueza y vecindario numeroso, sin Alcaide, sin caudillos de los que fueron partidarios de la guerra, porque el Alcaide Lanzud, con sus parientes y amigos, los habían abandonado al vencedor, dejando sus tierras y hogares, y acogiéndose al ejército granadino, que vencido por sus disensiones más que por la fuerza de las armas, huía precipitada y cobardemente por el río Guadi-Baira (Almanzor) á la aproximación de aquellos victoriosos Reyes, cuya majestad rompió los límites del mundo entonces conocido.

---

(1) Notable estudio histórico publicado en el semanario *El Minero de Almagrera*, de Cuevas (Almería), el día 10 de Junio de 1888.

Aquellos bandos que despedazaban cruelmente y con rapidez enflaquecían al poderoso imperio granadino; aquellos odios de sangre y de muerte que separaban á los *Zegríes* de los Abencerrajes, habían tenido también su resonancia en los moros que esta villa poblaban; y la familia Lanzud, cuya principal casa estaba situada donde hoy se levantan las casas consistoriales, era como la de los *Zegríes* partidaria de la guerra y aun de la muerte, antes que permitir la profanación de sus tierras y de sus hogares por los perros cristianos; mientras que la familia Ben-Hari, cuyas suntuosas casas estaban situadas en Portilla, en aquellas huertas á que prestaban aromas y perfumes los naranjos, las moreras y las viñas, era, como la de los Abencerrajes había sido, partidaria de una paz honrosa, y enemiga de luchar contra el destino.

Los *Zegríes* habían triunfado en Granada. Preparábanse para la guerra que provocaban, faltando á la fe jurada, quebrantando los pactos. Era Lanzud Alcaide de las Cuevas; con sus parientes y amigos se unió al ejército granadino, que locamente pretendía oponerse á aquellos Reyes y á aquellos soldados para quienes no fué barrera la inmensidad del Océano; y cuando aquel ejército, deshecho por sus propias disensiones, se retiraba abatido por el río, que no era entonces para él de la victoria, Lanzud y su gente dieron el último adiós á este pueblo en donde habian nacido, en donde no debían de morir.

Abdalá Ben-Hari, no bien tuvo noticia de la llegada de los Reyes al Real de la ciudad de Vera, reunió á los moros que en la villa quedaran, y con sus mujeres é hijos fueron el día 10 de Junio del año 1488, á rendir pleito homenaje á aquellos Señores bajo cuyo imperio la Providencia los colocaba. SS. AA. designaron á Ben-Hari como Alcaide del común de los vecinos de esta villa, y nombraron por su Gobernador y Alcaide de su fortaleza á su continuo en la Corte, Muy Magnífico Señor D. Juan de Benavides, que era en la corte de tanto valimiento, que diez días después, cuando los Alcaides de los pueblos del río Almanzor se presentaron á rendir pleito homenaje á los Reyes, dieron éstos á D. Juan de Benavides la comisión de recibir en nombre

cumplido y valiente caballero fué donde el anciano Alcaide de la ciudad de Purchena pronunció aquellas palabras que la historia conserva y la nobleza é hidalguía se encargan de publicar:

Allí tenéis aquella ciudad de Purchena que el destino y no las armas ha puesto en vuestro poder; id y entregaos en ella; y dadme á mí licencia para que vaya á llorar en África mi desventura.

Nuestro gran historiador D. Modesto Lafuente dice que estas palabras las pronunció el Alcaide de Purchena dos años después, en el sitio y Real de Baza, adonde supone fué el Alcaide citado á rendir pleito homenaje á los Reyes; pero constando que á Vera vinieron á este fin en 1488 todos los pueblos del río Almanzor, no sólo los que reciben las aguas que por Purchena pasan, si que también los que envían sus aguas á Purchena, habiendo ciertas noticias de que á Vera vinieron Alaxcar Abul Hacar, Alcaide de Somontin; Mahomad Abu Efaux, que lo era de Urracal, y Rami Aben Zeine, de Lucar, cuyos pueblos rodean y dominan á Purchena, no es de creer que esta ciudad se resistiese á prestar pleito homenaje hasta el sitio de Baza, en 1490.

Fué D. Juan de Benavides Gobernador de esta villa y Alcaide de su fortaleza, limitada entonces á lo que hoy es torre del homenaje, hasta el día 26 de Julio de 1496, en que los Señores Reyes Católicos, deseosos de incorporar á la Corona la plaza de Cartagena, que era del Señorío de D. Pedro Faxardo, Adelantado de Murcia, diéronle á cambio de aquella plaza fuerte los pueblos de Vélez Blanco, Vélez Rubio, María y Oria, con el título de Marqués, y el Señorío de las Villas de las Cuevas y Portilla, Zurgena, Arboleas, Albox, Cantoria, Albánchez y Benitagla, constando la gran consideración y mucha estima en que los Señores Reyes tuvieron á esta villa, no sólo en el nombramiento de Gobernador, para cuyo cargo eligieron á su continuo y cortesano D. Juan de Benavides, si que también en la cláusula que en la escritura de permuta, antes citada, hicieron consignar, expresando que si en algún tiempo estimasen SS. AA. conveniente reverter á su Señorío la su villa de las Cuevas, no podría á ello

ravedís de juro.

Durante el gobierno de D. Juan de Benavides, vinieron á establecerse en esta villa muy nobles y honrados caballeros de las ciudades de Lorca y Murcia, á quienes los Reyes Católicos heredaron con los bienes que habían sido de aquellos moros que con Lanzud se fueron al Real de Granada, reservando SS. AA. para su corona los bienes confiscados á Lanzud, que eran las casas de su morada en la plaza (hoy las casas consistoriales y antigua cárcel), las Almazaras de las Cuevas (hoy casas de D. Francisco Bravo Alarcón), el huerto, que se llamó después del Marqués (hoy es de don Francisco Bravo Alarcón), y el pago de tierras inmediato, que se llamó de Lanzud (hoy se llama de Azud).

Entre los caballeros que por aquellos días se establecieron en las Cuevas, se hace mención de los dos hermanos Rodrigo y Gonzalo Pérez Monte, Espejo y Leonés, cuyos ascendientes habían sido heredados en la ciudad de Villena por el Infante D. Juan Manuel; los hermanos Francisco y Ginés García de Mula y Alcaraz, cuyos antecesores poblaron en la villa de Mula y fueron muy honrados por el Rey Juan el II; Diego Abellán Caxa Vizcaíno y Ategui, de solar muy notorio; Alonso Peñuela de la Zerda; Romero, el viejo, de casa infanzonada, y otros muchos que recibieron en merced las casas que en las Cuevas habían abandonado los del bando de Lanzud, constituyendo así un barrio cristiano en las Cuevas, mientras perseveraba el barrio mahometano en Portilla.

Antonio Peñuela de la Zerda, que se ha citado, fué aquel caballero rico en grandeza de alma y no pobre de bienes de fortuna, que años después pretendió levantar casa fuerte en un monte que domina al en que la fortaleza de la villa se levantaba y á cuyo amparo construía entonces D. Pedro Faxardo su palacio castillo, que se llamó de la Tortuga, por la clase de construcción, y como D. Pedro Faxardo se opusiese á la pretensión de Alonso Peñuela, éste movió pleito, obteniendo en autos de vista y revista Real provisión en que se le autorizaba para levantar torre en donde lo pretendía,

por proceder de casa infanzonada, y no ser el de los Vélez Señor solariego de esta villa. Esta torre, aunque arruinada, ha llegado á nuestro siglo, pero hoy sólo se conserva el nombre en el barrio que se llama de la Torre de Peñuela.

No eran menos honrados y famosos algunos de los moros que en las casas de Portilla vivían. Distinguíanse allí las familias Xati, Abenzada, Abdulazis, Mashaqui, Cahit y sobre todas, la de Ben-Hari, tan preciadas de su abolengo, que según se ve en los libros parroquiales, no dejaron su apellido al ser bautizadas, como ordinariamente sucedía en todos los pueblos del Reino, y eran los de esta villa tan tenidos por buenas y honradas personas, que en el pleito que en 1511 traían las ciudades de Lorca y Vera sobre sus confines y términos, una y otra parte encarecían mucho el buen testimonio de estos moros de Portilla.

Desde 1496, según dicho es, dejó esta villa de ser realenga para pasar á Señorío, pero jamás fué de Señorio territorial ó solariego, pues antes y después del rebelión tenían los pobladores el pleno dominio sobre sus casas y tierras, sólo era de Señorío jurisdicional, y sus Señores nunca tuvieron otros derechos que el de nombrar Alcalde mayor letrado, designar los individuos de Concejo entre los que el mismo Concejo proponía y percibir una módica cantidad en concepto de alcabalas, amén de las dos tercias de diezmos, siendo en lo demás considerado como cualquier otro de los pobladores ó naturales.

Tan grande era la influencia que los caballeros cristianos llegaron á ejercer en los moros de las Cuevas y Portilla, y eran éstos tan poco molestados, que no tomaron parte alguna en los multiplicados levantamientos que moros y moriscos intentaron desde 1492 hasta 1568, en que tuvo lugar el general rebelión. Cuando en 1493 se rebelaron las Alpujarras y el Albaicín de Granada y las sierras de las Guájaras y Filabres, todos los pueblos del río Almanzora dieron gente á aquel movimiento en que no tomaron parte; y las Cuevas y Portilla no lo aprobó ni dió un solo hombre para llevarlo á cabo. En el año de 1500 se sublevaron los pueblos de la Sierra de Filabres y su marina, irritados por los privi-

legios y mercedes que se ofrecían á los moros que pidiesen el Santo Bautismo, teniendo que venir el Alcaide de los Donceles para meter á estos pueblos en paz y sosiego; y las Cuevas y Portilla reprobó aquel movimiento. Cuando, aprovechando el levantamiento de las Comunidades de Castilla, se pusieron en armas los moros de la Hoya de Baza, Marquesado del Cenete y Sierra Nevada, los moros de las Cuevas y Portilla reprobaron aquel alzamiento, considerándolo perjudicial á su causa.

Al contrario que ocurría en otros pueblos, fueron pocos los que después de la reconquista abandonaron sus tierras, y sólo cuando se les puso en la alternativa de dejarse bautizar ó ausentarse de su patria, fueron muchos los que al Africa se marcharon, quedando reducido á una tercera parte el vecindario de las Cuevas y Portilla, pero siendo de notar que por entonces quedaron aquí las principales familias.

Pero llegó aquel célebre alzamiento que hizo estremecer á toda España y fué tan terrible como el último estertor de un pueblo que muere. La Providencia había decretado la desaparición en la tierra de aquel pueblo que por espacio de setecientos años se había enseñoreado de los pueblos en que vivía, y al desaparecer conmovía con sus estremecimientos á la más poderosa nación del mundo. En aquella ocasión, la gente mora de Portilla que podía empuñar las armas siguieron al jefe de la familia Ben-Hari, que el día 24 de Diciembre de 1568 se hallaba en las Alpujararras; fué uno de aquellos caudillos que proclamaron á Aben Humeya, y asistió después á las fiestas reales que aquel reyezuelo mandó celebrar en Purchena, y que con tanta gracia como galanura describió Pérez de Hita, si bien no se sabe por qué este escritor llamaba el *Albejarí* al que era conocido en Portilla por Gonzalo Ben-Hari.

No todos los moriscos se habían retirado de las Cuevas y Portilla. Muchos de ellos permanecieron allí, y aunque en todos los pueblos del Reino de Granada, aun en la misma Almería, se suspendieron los libros parroquiales, al menos en la parte que á los moriscos se refería, aquí continuaron extendiéndose las partidas de bautismo aun de los mismos

á pesar de las tropas y cuadrilleros cristianos, los sublevados se enseñoreaban de todos estos lugares. Así aparece de los libros de la parroquia que no se interrumpieron en aquellos aciagos días, como en otras partes sucedió.

El día 24 de Septiembre de 1569 se presentó ante los muros de la inmediata ciudad de Vera D. Fernandillo de Valor, el reyezuelo Aben Humeya, seguido de aquellos tan fieros como animosos caudillos que le habían proclamado Rey y Señor; con él venían Ben-Hari el de Portilla; Farax Aven Farax el Negro, de Zurgena; Abenaix, de Cantoria; el Maleh de Purchena; Abenzaide el de Serón; Abu Efam, de Somontin; Puerto Carrero el de Gérgal; el Habaquí, Caracacha y tantos otros como más tarde ó más temprano regaron con sangre de cristianos y con su propia sangre el suelo en que habían nacido. Comandaban entonces un ejército de más de veinticinco mil hombres y se proponían apoderarse de la plaza de Vera, rodeada de murallas y bastiones de orden de los Señores Reyes Católicos, de muy grande importancia en aquella guerra, que no se acabara tan aina, si como el reyezuelo se proponía, le encontraran los de Mondéjar y los Vélez, dentro de los muros de Vera.

Era á la sazón en ella Teniente de Alcalde Mayor por el Muy Magnífico Ldo. Méndez Pardo, el Ld. Juan Soler, que viendo el aprieto de la ciudad, que sólo contaba entonces con sus trescientos vecinos para defenderse, acordó con el Cabildo y Concejo de la ciudad pedir socorro á Lorca, mandando para ello tres emisarios, que se aventurasen á atravesar por el campo de los sitiadores, salvando así la eventualidad de que uno ó dos cayesen en manos de los enemigos. ¡Hermoso y noble ejemplo dieron en la ocasión aquella los hijos de la ciudad de Vera, disputándose la gloria de exponerse á la muerte por salvar su patria! Como todos lo deseaban, tuvo la suerte que decidirlo, y ella marcó los nombres que nunca deben olvidarse: Adrian Leonés, Mateo Núñez y Diego de Céspedes. La noche que sucedió al día 24, que fué de angustia y sobresalto para los hijos de Vera, salieron los tres de la ciudad, mediando una hora de la salida

gresaron á su ciudad natal acompañando á los valerosos hijos de Lorca.

Amaneció el día 25. Entre los sitiadores corrió la voz de que los emisarios de la ciudad sitiada habían burlado su vigilancia dirigiéndose á Lorca en demanda de socorro, y el terror cundió por sus filas, comprendiendo la necesidad de apretar el cerco y multiplicar los ataques, para recibir desde los muros á aquellos valerosos guerreros que tantas veces les habían hecho morder el polvo. Vera no podía ya resistir, no obstante el heroísmo de sus 300 hijos armados. La muerte y la ignominia cerraban todo el horizonte de aquella ciudad, que Fernando é Isabel habían engrandecido con su presencia y con sus dones. No había esperanza. La desesperación y el espanto tomaban posesión de la ciudad y se asomaban ya á los semblantes de aquellos héroes, dignos hijos de los que en Numancia y en Sagunto murieron. De pronto la confusión cunde en el ejército sitiador; dejan los soldados las escalas, abandonan las trincheras y en confuso tropel huyen por el Real hacia la Ballabona. ¿Qué había sucedido?

Era Alcaide de la fortaleza y castillo de las Cuevas el esforzado capitán Pedro Jordán de Tortosa. Á la aproximación de los moriscos se había encerrado en su fortaleza con las familias de cristianos viejos que en las Cuevas tenían sus casas. Allí recibían noticias del sitio de Vera. Allí supieron la amarga desesperación en que se hallaban sus hermanos, y atendiendo más á su coraje que á su número (apenas llegaban á noventa), se lanzaron por el camino de los Silos, con el propósito de molestar á los sitiadores por la espalda. Atravesaron la Cañada de Vera, y cuando se aproximaron á la cuesta Colorada, con el fin de dar alguna esperanza á los sitiadores, hicieron algunos disparos. Escucháronlos primero los sitiadores, que temían la llegada del socorro, y con la voz ¡Lorca! ¡Lorca! cundió entre ellos el terror, huyendo precipitadamente á ponerse en salvo.

Pero muy pronto conocieron su error, viendo sólo un puñado de caballeros de las Cuevas en la que suponían avan-

en coraje y se revuelven contra aquel centenar de valientes, que no huye ante el número ni se acobarda por el fuego nutrido que recibe, sino que cede el terreno palmo á palmo, y siempre bajo el fuego del enemigo, hasta el punto que una bala de arcabuz alcanza y atraviesa un muslo al valiente capitán Pedro Jordán de Tortosa. No por eso huyeron los hijos de las Cuevas. En su pueblo entraron recibiendo el fuego y siendo como la vanguardia de sus enemigos, que al llegar incendiaron el huerto del Marqués y algunas casas, y dieran de todas ellas buena cuenta si la gente de Lorca, que había llegado á Vera, no saliera en su seguimiento y picara ya su retaguardia.

Muy agradecida se mostró en la ocasión aquella la ciudad de Vera. Reunidos su Concejo y Cabildo, acordaron dar gracias al Dios de las batallas; proclamar por Patrono y Abogado de la ciudad á San Cleofás, cuya fiesta celebraba la Iglesia el día 25 de Septiembre; nombrar Comisarios que, precedidos de los maceros y heraldo de la ciudad, pasasen á la villa de las Cuevas á dar las gracias al su Concejo y visitar á Pedro Jordán de Tortosa, que se hallaba postrado en cama á consecuencia de la herida que había recibido, y que los Comisarios llevasen la escritura en que la ciudad de Vera hacía merced al capitán Pedro Jordán de Tortosa de las tierras que le pertenecían en las Peñas de Palacés.

Aunque después de esto nada sufrió la villa de las Cuevas en aquella lucha cruel y sangrienta, fué, sin embargo, su territorio teatro de escenas trágicas y crueles. Era por aquellos días Alcaide de la villa de Zurgena Farax el Negro, que con su gente solía venir á los campos de Guazamara, y ocultándose entre las malezas que abundaban en aquellos parajes, aguardaba á los mercaderes que de la ciudad de Lorca venían á la ciudad de Vera ó iban de ésta á aquélla, robándolos, cautivándolos ó asesinándolos. Tuvo de ello noticia la ciudad de Lorca y mandó su gente que se apostase en lugar oculto, y cuando la gente de Farax, dirigida por éste, salía de sus celadas para sorprender á los mercaderes, fueron sorprendidas por los de Lorca, que sin darles tiempo

un monte allí cercano. Los de Lorca rodearon el monte, y como á la descubierta recibían el fuego de los que entre los arbustos se ocultaban, prendieron fuego al monte, pereciendo allí todos los moriscos, excepto Farax, que de una manera diabólica, saltando por las llamas, huyó por la rambla de Guazamara, sin que pudieran darle alcance los de á caballo, y desapareciendo, sin que de él volviera á tenerse noticias, hasta que, convertido en corsario, fué por algunos años el terror de todas estas costas. De tal acontecimiento sólo se conserva en aquellos lugares los nombres que llevan todavía la loma de Farax y las celadas de Farax.

Á la muerte de Aben Abó se dispersaron sus caudillos por los pueblos del Reino de Granada, en donde muy pronto se convirtieron en capitanes de cuadrillas de malhechores que ahuyentaron la seguridad de los caminos y la tranquilidad de los pueblos. Para acabar con ellos se crearon aquellas cuadrillas, de las que se destinaron á la ciudad de Vera la del capitán D. Francisco Gallardo y la del capitán Pedro Cervantes, que muy pronto dieron cuenta de los malhechores que infestaban la sierra de Filabres y el río de Almanzor.

En 1572, la comisión de Población y Hacienda que residía en la ciudad de Granada tomó posesión en nombre de S. M. de los bienes que habían sido de moriscos y les fueron confiscados al ser conducidos á las Castillas y como el Marqués de Vélez, Señor de las Cuevas y Portilla, anduviera algo rostrituerto con S. M. el Rey Felipe II, por aquella repentina retirada que del campo de D. Juan de Austria había hecho en Baza, sin aguardar á la comisión de Población, admitió pobladores y repartió suertes; por lo que el día 3 del mes de Noviembre de 1573 se presentó en las Cuevas el M. I. Ldo. Bonifaz, Alcalde del Crimen en la Real Audiencia y Chancillería de Granada, comisionado por S. M. para hacer la población de esta villa, entre los pobladores que el citado Marqués presentase. Hizo apeo de las haciendas y casas, destinando de éstas para el pósito, que aun hoy se conserva, las casas de los moriscos Alonso Racli, Pedro Almohadim y Luis Harat. Hizo 400 suertes de población y ad-

mitio 298 pobladores, reservando dos suertes para el Beneficiado y Sacristán.

Por Real provisión se estableció que fueran 16 los individuos del Concejo de la villa; y de ellos, dos Alcaldes Ordinarios, seis Regidores, dos Diputados, un Procurador Síndico general, un Procurador Personero, un Mayordomo de Propios, un Visitador de Propios, un Administrador y un Llavero del Pósito. Los individuos del Concejo, cuyo cargo era anual, no podían ser parientes los unos de los otros, de cuya disposición se suplicó por la villa repetidas veces, por la dificultad que ocurría atendido el corto número de los vecinos, y teniendo en cuenta que de cuatro en cuatro años eran residenciados los individuos de Concejo, y el que lo fué un año, hasta que fuese residenciado no podía volverlo á ser, como tampoco sus parientes.

No terminó con esto la población de la villa de las Cuevas. Los pobladores mostrados por el Marqués de Vélez no vinieron todos; y muchos de los que habían venido, sintiéndose agraviados en el repartimiento de suertes y ventajas, se salieron de las suyas y se ausentaron de la villa. Dió esto lugar á nuevas Reales provisiones, mandando abandonar la población de Portilla, y que á sus pobladores se diese casa en las Cuevas, porque siendo una de las condiciones de la población que los pobladores construyesen un cerco de tapias, adonde pudieran hacerse fuertes en el caso de sufrir invasión de turcos ó berberiscos, que por entonces invadían frecuentemente esta costa, no podían los de Portilla ni tenían sitio á propósito para construir su fortaleza, y unidos á los de las Cuevas, pocos años después, expropiaban las casas que rodeaban la torre y castillo palacio de la Tortuga, y construyeron la muralla que hoy se conserva, y la cava y foso, que hace pocos años desaparecieron; ayudando en su construcción el Marqués de Vélez, porque dentro de murallas edificaría sus paneras y las dependencias de su casa.

Hasta el año de 1588 no terminó el negocio de la población, ni estuvieron tranquilos los pobladores nuevos ni los naturales de la villa. En 1488 vinieron los Reyes Católicos á la ciudad de Vera, y entonces eran las Cuevas una villa de

no alguno. En 1588 era las Cuevas una villa de unos 450 vecinos, sin que hubiese en ella ningún moro. En 1488 era un lugar del *Clima* (partido) de Medina Baira; en 1588 era la capital de un extenso señorío. Cien años habían sido bastante para tan grande transformación.

¡Un siglo!

¡Gran siglo fué aquél!

MIGUEL BOLEA Y SINTAS.

VII

DOCUMENTOS QUE ACREDITAN LA ESTANCIA DE CERVANTES EN BAZA

(Tomados de los originales hallados en el Archivo de Simancas.)

Al tiempo de dar sus cuentas, á principios de 1603, en el Tribunal de Contaduría mayor, el receptor de Baza, Gaspar Osorio de Tejada, presentó, para su descargo, una carta de pago que le dió Cervantes cuando, en 1594, estuvo comisionado para recaudar las rentas atrasadas de aquella ciudad y su partido. Á vista de este documento, preguntó el Tribunal, en 14 de Enero de 1603, á los Contadores de relaciones si Cervantes había dado cuenta de su comisión y satisfecho el cargo que le resultaba. Los Contadores, en su informe, dado en Valladolid con fecha de 24 del mismo mes, expusieron que, aunque constaban las cantidades que había remitido á Tesorería general, apareciendo sólo en descubierto de dos mil seiscientos y tantos reales para el completo de lo que se le mandó cobrar por la Real cédula de 13 de Agosto de 1594, no había dado cuenta de la respectiva procedencia de ellas, ó sea de lo que había conseguido cobrar de cada pueblo, y para que viniese á darla se había mandado al Sr. Bernabé de Pedroso, Proveedor general de la Armada, le soltase de la cárcel, donde estaba en Sevilla, dando fianza de presentarse dentro de cierto término, y que hasta entonces no ha-

pués que se dió este informe debió llegar Cervantes á Valladolid, donde ya estaba el día 8 de Febrero con su familia, pues consta que su hermana D.ª Andrea se ocupaba en reponer y habilitar el equipaje del Excmo. Sr. D. Pedro de Toledo Osorio, quinto Marqués de Villafranca, que acababa de regresar de la expedición de Argel, y entre sus cuentas y apuntes hay algunos de letra de Cervantes, al cual todavía se hicieron nuevas notificaciones, sin embargo de permanecer en libertad y de ser tan corto su delito, que al fin hubo de satisfacer, residiendo en la Corte el resto de su vida, á vista del mismo Tribunal que tantas veces le había requerido y apremiado para ello.

DILIGENCIAS DE EJECUCIÓN EN BAZA

En la ciudad de Baza á 9 dias del mes de Setiembre de 1594 años, Miguel de Cervantes Saavedra, Juez egecutor por S. M. en virtud de una real provision librada de los Señores de contaduria mayor de hacienda, su data en Madrid á 13 dias del mes de Agosto de 1594 años, la cual esibió é mostró originalmente, de que yo el Escribano doy fé, dijo: que en virtud de la dicha real provision ha venido á esta Ciudad á tomar cuenta del valor que han tenido este presente año de 94 las rentas de tercias y alcabalas desta ciudad é de las villas é lugares de su jurisdiccion é partido, para saber el finca que hay é queda para S. M., pagados los juros que estan situados sobre las dichas rentas, para que sabido, haga é cobre lo que monta el primero tercio de la dicha finca; é la dicha cuenta la hizo con intervencion é comunicacion del Lic. Antonio de Rueda, alcalde mayor, tiniente de corregidor desta ciudad y su tierra, estando presentes Alonso de España, tesorero propietario de la cobranza de las rentas desta ciudad é su tierra, é partido, é Gaspar Osorio de Tejeda, tesorero nombrado para este presente año por no haber

analizado el dicho Alonso de España, tesorero propietario, conforme á la órden que S. M. tiene dada; la cual dicha cuenta hizo en la forma siguiente: Consta de dos partes, ó de cargo y bajas; consistiendo el cargo en una partida de 3342320 mrs. por el encabezamiento de las tercias y alcabalas de Baza y de los cuatro pueblos de su jurisdiccion, Cullar, Cujar, Caniles y Benamaurel, correspondientes al mismo año 94; y en otra de 50812½ mrs. por las no encabezadas de Freila, Roya y Macael.—Y luego se dice: Y adviertese que las alcabalas de los lugares de Finéz y Somontin, aunque se ha fecho diligencia para arrendarse, no ha habido ponedor, y ha muchos años que no se arriendan, porque son lugares que en la nueva poblacion se poblaron é repartieron por sierra é marina, é pretenden que sean francos de alcabala, que está mandado que traigan declaracion de S. M., y ansi lo declaró Pedro de Medina, escribano de rentas. Las bajas consisten en otras dos partidas, la 1.ª de 3268419 mrs. por juros concedidos sobre las mismas rentas; y la 2.ª de 41000 mrs. tambien de juro por dos vidas, por salario del tesorero Alonso de España. De modo que importando el cargo 3393132 ½ mrs., y las bajas 3309419, se redujo el credito de la real hacienda á 83713 ½, y repartido en tres tercios, correspondió á cada uno 27904 mrs.—Y prosigue diciendo: Y en la manera que dicha es se fenesció é acabó la dicha cuenta, é lo firmaron de sus nombres el dicho egecutor y alcalde mayor é Alonso de Spaña y Gaspar de Tejeda, é Pedro de Medina, escribano de rentas.=El Lic. Antonio de Rueda.=Miguel de Cervantes Saavedra.=Gaspar Osorio de Tejeda.=Alonso de España.=Pedro de Medina.=Ante mí: Cristobal Minguez, Escribano.=E luego el dicho Miguel de Cervantes, egecutor, requirió al dicho alcalde mayor que atento que no hay tesorero que haya cobrado las rentas deste año por no haberse nombrado hasta agora, que dice se ha nombrado á Gaspar de Tejeda, y no ha dado fianza ni tiene cobrado ninguna cosa, que le señale de quien pueda cobrar los dichos 27904 ½ mrs. para que se despache luego; y el dicho alcalde mayor dijo que le señala, para que pueda cobrar, á Simon Sanchez, mayordomo desta ciudad, en cuyo

poder entran las rentas del encabezon della, y á Juan de Cuenca, persona que tiene arrendadas las rentas de la Villa de Cuyar del encabezamiento della; é por el dicho egecutor visto, mandó, que se notifique luego á los dichos Simon Sanchez é Juan de Cuenca le den é paguen los dichos 27904 ½ mrs., con apercibimiento que si luego no se los dieren é pagaren, estará á su costa en esta ciudad; é ansi lo proveyó é firmó de su nombre.=Miguel de Cervantes Saavedra.= Cristobal Minguez, escribano. Siguen dos notificaciones del escribano á los mismos Cuenca y Sanchez con la propia fecha.=Y continúa así: En Baza á 10 dias del mes de Setiembre de 1594 años, ante mí el escribano é testigos y yuso escritos parescieron los dichos Juan de Cuenca é Simon Sanchez, é dijeron que ellos quieren pagar á el dicho Miguel de Cervantes los dichos 27904 ½ mrs., é ansi se lo dieron é pagaron, y se los rescibió de los susodichos, de cada uno la mitad, á vista y presencia de mí el escribano é testigos, de que doy fé; y ansimismo otros 550 mrs. de un dia de salario que les repartió por no le haber pagado luego, como se les notificó, y dellos les dió é otorgó carta de pago para que se les pase en cuenta de lo que debieren pagar, el principal de lo ques á su cargo, porque el salario no lo han de cobrar, por ser por su culpa; é lo firmó de su nombre; testigos, Luis de Medina, é Rodrigo Fernandez, é Pedro Ruiz, vecinos de Baza.=Miguel de Cervantes Saavedra.=Ante mí: Cristobal Minguez, escribano.=En Baza en 10 dias del mes de Setiembre del dicho año, el dicho Miguel de Cervantes, juez egecutor, mandó notificar á Alonso de Spaña, tesorero propietario desta Ciudad y su tierra, que luego le dé y pague 2750 mrs. de cinco dias de salario que le reparte como á tal tesorero, por no haber afianzado en tiempo y enviado la dicha finca; que son de dos dias de la venida de Madrid y vuelta, y otros dos de la venida é vuelta de la Ciudad de Guadix á esta, y un dia de ocupacion en esta Ciudad é haciendo la cuenta, y no lleva nada de la llevada del dinero; los cuales le pague luego, con apercibimiento que le egecutará por ellos y á las personas que le hubieren rentas para que las paguen á cuenta de los 41000 mrs. que ha de haber

de su salario de tal tesorero, con mas los dias que por esta razon se detuviere; y ansi lo proveyó é firmó de su nombre.= Miguel de Cervantes Saavedra.=Cristobal Minguez, escribano.=Notificacion: E luego lo notifique á el dicho Alonso España en persona, el cual dijo que compulso é apremiado é por redimir su vejacion é su perjuicio, de su dinero, para los haber é cobrar de quien tenga dinero, le quiere dar é pagar los dichos 2750 mrs., é ansi se los dió é pagó, y se los recibió á vista é presencia de mí el escribano é testigos, de que doy fe; y dellos le otorgó carta de pago; é lo firmó de su nombre: testigos, Luis de Medina, é Rodrigo Fernandez Ruiz, é Juan de Cuenca, vecinos de Baza.=Miguel de Cervantes Saavedra.=Ante mí: Cristobal Minguez, escribano.=E yo el dicho Cristobal Minguez de Salcedo, escribano del Rey nuestro Señor, é publico del número de la dicha ciudad de Baza y su tierra, fuí presente á lo que dicho es con el dicho egecutor, y van estos autos en cinco fojas con esta en que va mi signo.=✠ En testimonio de verdad: Cristobal Minguez, escribano.

VIII

En el Museo de Artillería de Madrid existen dos recámaras de lombardas de hierro batido, señalados con los números 3.270 y 3.271 de orden en su Inventario, que sirvieron en el sitio que el Rey D. Fernando V el Católico puso en Junio de 1489 á la ciudad de Baza, cuya plaza se rindió en 4 de Diciembre del mismo año, firmándose las capitulaciones entre Gutiérrez de Cárdenas y el caudillo moro que la defendía, Hacen-el-Viejo, el que, convertido á la religión cristiana, tomó el nombre de D. Pedro de Granada Venegas. Mandaba la artillería en este sitio el Marqués de Cádiz, por cuyos servicios en él le concedió el Rey el título de Duque.

La lombarda número 3.270 tiene 205 milímetros de calibre, 1,28 metros el largo de su ánima y 1,395 metros su longitud total.

La número 3.271 tiene 2 decímetros de calibre, 1,293 metros el largo de su ánima y 1,42 metros su longitud total.

Estas recámaras, que se conservaban en la ciudad de Baza por donación que á ella hicieron los Reyes, después de concluído el sitio, tuvieron entrada en este Museo en 1.° de Mayo de 1842, por cesión que el Ayuntamiento hizo á consecuencia de las gestiones practicadas con este objeto por el celoso Coronel del Cuerpo D. Juan Ulzurrun, Comandante del Arma en Granada.

IX

NOMBRES ANTIGUOS DE LORCA

Es indudable que en los últimos tiempos de la dominación romana en la Península, Lorca llevaba el mismo nombre que en el día. Cuando los árabes invadieron á España en 713, suena *Lurca* como una de las ciudades comprendidas en el ventajoso tratado de Orihuela. Es sabido que la *ó* y la *ú* abierta se confundían con frecuencia por romanos y árabes, y que la pronunciación de estos últimos hizo común esta variación, de que hay multitud de ejemplos en nuestros nombres geográficos. Como en la época que hemos citado el latín seguía siendo el idioma de nuestra nación, y los godos no habían alterado los nombres de los pueblos, además de que su dominación en esta parte de la provincia cartaginense fué más efímera que en ningún otro territorio de España, forzoso es reconocer la genealogía romana del título *Lurca* ó Lorca, y remontar su ascendencia á la postrer época del imperio, cuando menos.

Pero los geógrafos y fuentes más antiguos no nos presentan este nombre con su forma actual tan neta y desembarazada, y aun hay dudas y confusiones sobre la atribución que corresponde á nuestra ciudad entre los que aquéllos nos ofrecen. El más admitido es el de *Eliocroca*, que presenta el itinerario de Antonino Caracalla (1), como población de des-

(1) Es el mismo que se cita con frecuencia con el nombre de Itinerario de Antonino Pío; las investigaciones modernas lo han restituído al Emperador Caracalla, que reinó los años de 211 al 217.

canso en el camino de Cartagena á Baza. Y en el celebre Concilio de Elvira, del año 300, figura el Obispo Suero, con su presbítero Liberalis, ambos de *Eliocroca*. La situación en que la da el itinerario, su distancia de Cartagena y hasta cierta consonancia en la estructura del nombre, son decisivas á favor de la reducción de *Eliocroca* á Lorca; así es que este nombre antiguo ha prevalecido en el asentimiento moderno, alternando con la variante *Eliocrota*, que debe desecharse, por ser únicamente una dicción viciada de algunos códigos.

Pero hay otro nombre en los autores latinos que de geografía tratan, cuya estructura material se presta mucho más fácil y naturalmente á su conversión en el de Lorca, ó mejor dicho, es este mismo: tal es *Ilorci*, que Plinio enumera entre los comprendidos en el distrito periódico del *Convento de Cartagena* topográficos que cita, y aunque vago, concuerda con Lorca, y no hay tampoco otra ciudad á que haya podido reducirse indubitadamente aquella antigua. Sobre todo, el nombre, como acabamos de decir, debe llamar poderosamente la atención del estudioso que se ocupa en escudriñar estas recónditas materias. Sabido es que las poblaciones primitivas, cuyo nombre empezaba por una vocal inicial, la perdieron en la pronunciación usual del tiempo, y también que la terminación más general de las poblaciones en España es en la letra *a*, que es la que más se acomoda á nuestra índole ó idioma, siendo de notar que esta terminación era la más repugnada por el latín y los romanos. En vano ellos la desecharon y proscribieron cuidadosamente; la terminación *a*, que quizás era la primitiva, ha reaparecido en la mayoría de los nombres geográficos españoles, á despecho de la influencia avasalladora de la lengua del Lacio en la nuestra.

Ahora bien, viniendo á la explicación de estas reglas generales, si quitamos la vocal inicial del vocablo *Ilorci*, como de *Arsenda*, que decimos Ronda, de *Emérita*, Mérida y de *Ilerda*, Lérida, y convertimos la letra final en *a*, como en *Satabi*, Játiva, en *Azbijí*, Écija, en *Calagurri*, Calahorra, la *Ilorci* de Plinio se convierte sin violencia y naturalmente

en la *Lorca* actual, la Lorca ó *Lurka* del tratado de Orfola y del bajo imperio.

El nombre de *Ilorci*, Lorca, hace también admirable armonía con el de su vecino *Urci* (1), y con los otros que actualmente quedan de Urca y de Huércal. Todo indica un territorio donde dominaba la misma apelación geográfica; y como *Ili* en el idioma de los primitivos conquistadores ó colonizadores del país, los fenicios, significa altura ó monte y fortaleza, *Ili-urci, Ilorci*, situada sobre un monte (el plano del castillo), está indicada á la vez como la fortaleza, la capital del territorio de Urci. Y hé aquí explicada, por las raíces primitivas del lenguaje y satisfactoriamente, sin acudir á las ficciones poéticas del príncipe troyano Elio Urzues y de sus Crotonenses, la constante hermandad de Lorca con Aguilas, designada ya en el sigo XII por el geógrafo El Nuliense como puerto de Lorca.

Resta compaginar estos dos nombres *Eliocroca* é *Ilorci* con relación á una misma ciudad, para los que los han aplicado y aplican á dos poblaciones distintas. No son todos, pues geógrafos muy eminentes los atribuyen ambos á Lorca, y en rigor ninguna de las circunstancias locales que los antiguos les atribuyen se contradicen ni excluyen entre sí, antes bien convienen y se concuerdan perfectamente en una sola población. Y en cuanto á la estructura de los vocablos, ¿qué diferencia se encuentra entre *Ili-orca* y *Eli-ocroca* sino dos letras adicionadas por corrupción de la palabra ó por darla más énfasis y rotundidad, alteración conforme á la índole de los tiempos y frecuentísima en nuestro lenguaje geografico? También pudiera haberse intercalado la voz *acra*, fortaleza, cabeza, traducción griega del *ili* fenicio, y de *Ili-acra-ocra* decirse *Eliocroca*.

Para nosotros Urci en sus tiempos se pronunció *Urke* ú *Orca*: *Ilorci, Ilorca y Elorca*, y lo mismo *Eliocroca*, y si ha

---

(1) Hay que poner mucho cuidado en no confundir la *Urci* ó *Ourkue* litoral de Tolomeo (Aguilas) con la otra *Urci* de los concilios godos, *Urgi* de Plinio y *Virgi* de Mela, que estaba en Pechina y Huércal de Almería, cerca de esta capital.

y corriente, con levísima elisión, siempre se ha llamado LORCA á la ciudad ilustre, distinguida por Plinio, mencionada en el itinerario, sede episcopal desde la propagación del cristianismo, preservada de los estragos de la invasión mahometana por Teodomiro en el Tratado de Auriola, cabeza de principado de los árabes y llave de la frontera á la reconquista cristiana, llamada poéticamente la *Ciudad del Sol*, por la palabra Elio que al astro de la luz se aplica, y cuyas antigüedades y vestigios prehistóricos, fenicios, romanos y moriscos y su interesante posición están pregonando aún en nuestros días su remoto origen é histórica importancia.

ABEN ALAGH.

X

UNA HAZAÑA DE FAJARDO (1)

No hubo en Lorca caballeros
tan nobles como Fajardo,
el que amparaba á los moros
lo mismo que á los cristianos.

I

Por el ancho firmamento
la noche su manto tiende,
el resplandor de la luna
que tras el monte aparece
festona las blancas nubes
que la fresca brisa mece
y sus misteriosos rayos
se quiebran en la corriente
que por el prado serena
entre sus flores se pierde:
bajo una verde enramada
tapizada de claveles,
donde el rumor de las auras
entre sus hojas se pierde,
y ocultos entre las frondas
de los espesos laureles,
conmovido Moabdelín
quizá abraza para siempre

(1) Este romance histórico, debido á la pluma del escritor lorquino don José Mención Sastre, fué premiado por la Sociedad Económica de Lorca.

que con él su patria pierden,
y que á su lado lucharon
esforzados y valientes,
prefiriendo á ser vencidos
hallar en la lid la muerte.
Muley-Alboacen, su hermano,
que la cruel guerra enciende,
es odiado por Zegríes,
Albenzaides y Gomeles,
y su brillante corona
vacila sobre su frente,
porque sultanes tiranos
los mahometanos no quieren,
y si en el recio combate
Muley con bravura vence,
y coronado de gloria
y rodeado de gente
entra en la morisca Alhambra,
como otras pasadas veces,
celebrando sus victorias
con zambra, juego y placeres,
en sus dorados salones
soldados, deudos y jefes,
urden tenebrosa trama
que ha de estallar muy en breve,
mandada por los Alcaides
de Baza, Granada y Vélez.

II

Del sol los últimos rayos
los altos montes doraban,
dando á la feraz campiña
misteriosas tintas vagas.
El lucero de la tarde
tímidamente brillaba,

y á su resplandor incierto,
camino de Lorca marcha
sobre cordobesa yegua
Moabdelín el de Granada.
Suspira el árabe triste,
no porque deja su patria,
ni porque teme infortunios,
ni porque espera desgracias,
sino porque deja sola
á la linda Celindaja,
en los cármenes amenos
que el Genil y Darro bañan;
catorce moros zegríes
mandados por Abenámar,
sobre potros jerezanos
de crines crespas y largas,
lo siguen en el destierro
como en los juegos de cañas,
como en zambras y festines,
como en lides y batallas;
llevan anchos alquiceles
con negra capucha echada,
capellares amarillos
terciados con verdes bandas,
calzones pardos y azules,
marlotas rojas y blancas,
y bonete del que ondean
plumas de colores varias
con una letra que dice:
«Te seguiré donde vayas.»
En busca va de Fajardo
y en él tiene la esperanza,
que del capitán lorquino
el nombre llevó la fama
hasta los regios salones
de la magnífica Alhambra.
Á largo trote caminan
al son de sus cimitarras
por entre floridos prados
que grato perfume exhalan;
al divisar la ciudad

y penetrar por sus plazas,
corre indignada la gente,
el grito de guerra lanza,
y en confuso remolino
se dirigen al Alcázar,
donde ya el rumor resuena
de bélicas trompas y armas:
de paz hermosa bandera
un moro zegrí levanta;
Moabdelín desmonta el bruto
humilde al freno que tasca,
y á pie llega junto al puente
delante de la muralla,
y al centinela le dice
en buen habla castellana:
—Díle á Fajardo que venga,
que aquí lo espero con ansia.—
Y embozóse en su albornoz,
lleno de estrellas de plata
y azul como el firmamento
que el Guadalentín retrata,
por si acaso ver pudiera
la gente que le acompaña
dos lágrimas que quemaron
su corazón y su cara.

III

En una tarde de Julio
sosegada y apacible,
en un salón del castillo
guarnecido de tapices,
que los blasones de Lorca
de trecho en trecho dividen,
bordados en pedrería
sobre franjas carmesíes,
al ajedrez Moabdelín

con Fajardo juega y ríe;
el moro juega á Almería,
delicado y blanco cisne,
nacido de entre las ondas
en noche serena y triste,
perla que el mar á la orilla
llevó en sus olas movibles;
y Fajardo juega á Lorca,
sultana hermosa que vive
reclinada entre las flores
de sus prados y jardines,
ondina que entre las linfas
del Guadalentín sonríe,
cuando sus hilos de plata
al correr por los pensiles
reciben los perfumados
aromas de los jazmines.
Estaba ya la partida
á punto de decidirse,
cuando los toques agudos
sonaron de dos clarines.
Al poco, un alto escudero,
que brillante cota viste,
con timidez á Fajardo,
por temor de interrumpirle,
á un embajador le anuncia
que corta audiencia le pide.
Deja á su huésped jugando,
y al momento se dirige
á otro salón del castillo
donde cortés lo recibe.
Con Aliatar el valiente,
el Rey de Granada escribe
una misiva á Fajardo,
en la que feroz le pide
la cabeza de su hermano
y de los nobles zegríes
que por Moabdelín lucharon,
siempre en las guerras civiles,
y que hoy de Lorca se amparan
dentro de sus muros firmes.

Indignado el buen Fajardo,
á Aliatar así le dice:
Monta enseguida á caballo
y corre al Generalife,
y dile al Sultán que es eso
punto menos que imposible.
Que si no le satisfago,
que entre en Lorca lanza en ristre
arrasando de la vega
los pintorescos confines,
que aquí Fajardo lo espera,
á quien conoció en las lides.
Y señalando la puerta,
al bravo Aliatar despide.
Busca á Moabdelín Fajardo,
y ambos el juego prosiguen:
el árabe gana á Lorca,
y el cristiano, como un tigre,
le dice: ven á tomarla
con tus Muzas y Alfaquíes,
que no ha de ser ¡vive Dios!
mientras Fajardo respire.
Moabdelín abre los brazos
al ver acción tan sublime,
y á su protector Fajardo
ansioso en ellos recibe,
y unidos en tierno abrazo
quedan los dos adalides.

IV

Del día la luz primera
por Oriente despuntaba,
en el cielo reflejando
sus tintas de rosa y nácar.
Apenas entre los pliegues
del ancho azul fulguraba

el lucero que á la aurora
conduce en nubes de grana;
en el cáliz de los flores
que blanco rocío cuajan,
tímidamente se quiebran
los tenues rayos del alba;
inquieta la brisa mece
del bosque umbrío las ramas,
y de la fuente serena
riza las límpidas aguas;
el ruiseñor en la selva,
dulce melodía canta;
las palomas por el prado
vuelan en largas bandadas,
y nubes de colorines
despiertan con la mañana.
En el castillo á esa hora
se oye animación extraña;
caballeros salen y entran,
soldados suben y bajan,
y en el espacioso patio,
pajes y escuderos cantan
caballerescas historias
de moros, duendes y damas,
mientras los negros caballos
de sus señores preparan;
el pesado puente cae
sobre sus enormes barras,
y descienden á la vega
en lucida cabalgata
Moabdelín y sus zegríes,
Fajardo y sus camaradas.
¿Por qué moros y cristianos
hacia la pradera bajan,
y Moabdelín abandona
de Lorca el seguro Alcázar?
Porque al fin lució en su vida
de paz hermosa alborada,
y al derrotar á Muley
junto á los muros de Baza,
á él por Sultán de su pueblo

por eso deja de Lorca
el fuerte y seguro Alcázar,
y en unión de los cristianos
hacia la pradera baja.
Al perderse la ciudad,
de la bruma entre las gasas,
Moabdelín y los zegríes
á sus amigos abrazan,
y en sus pechos, de¡Fajardo
el sagrado nombre guardan;
y unos tornan hacia Lorca
y otros siguen á Granada.
Al proseguir su camino,
Moabdelín triste se para,
vuelve los ojos á Lorca,
que la neblina velaba,
y al percibir sus contornos,
que vagos se dibujaban,
resbaló el llanto en sus ojos
hasta el fondo de su alma.
Embozóse en su albornoz
lleno de estrellas de plata
y azul como el firmamento
que el Guadalentín retrata,
y clavando el acicate
sobre su yegua alazana,
seguido de sus zegríes
á todo galope escapa.
Al llegar á su palacio,
en las bellas filigranas
del camarín suntuoso
que ha de usar con Celindaja,
para asombro de su pueblo
y respeto de su raza,
en caracteres de oro
de Fajardo el nombre graba.

XI

TOMA DE OVERA [1]

Alonso Yáñez Fajardo,
capitán noble y valiente,
que no lucha contra moros
do la victoria no encuentre;
caballeroso y leal,
con el vencido es prudente;
en el combate, guerrero,
contra el enemigo, fuerte;
corazón tiene lorquino,
que si sensible le tiene
porque la fe en él derrama
su luz constante y perenne,
en cambio, cuando en el campo
su temible lanza mueve,
el corazón de Fajardo
de su lanza tiene el temple.
Mil victorias, mil hazañas
contra la morisca gente,
al Monarca Juan segundo,
con su memoria, le mueven
á dar al bravo Fajardo
el blasón que se merece

(1) Este romance, de D. Jacobo Rubira, fué también premiado con mención honorífica en certamen celebrado por la Real Sociedad Económica Lorquina.

de Adelantado del Reino,
que en efecto le concede.
Yáñez, guerrero esforzado
que no duerme en los laureles,
sediento de otras victorias
que su valor le presienten,
elige de entre sus súbditos
los más aguerridos jefes;
Tomás Morata, esforzado
capitán que nada teme,
Martín Fernández Piñero,
del castillo alcaide célebre,
y otros bravos capitanes,
y de Murcia y Lorca gente,
y al frente de ellos, dispuesto
donde su valor le lleve
á luchar como soldado
y á triunfar como valiente,
en el Reino de Almería
se apodera de los Vélez,
pasa tambien á Xiquena,
á Benamaurel en breve,
y Oria, Zurgena y Cantoria
conquistas son de los fieles,
que avanzan, llegan á Overa,
la atacan, mas se defiende
con tal valor y denuedo,
que hace que Fajardo tiemble
de coraje, pues que nunca
encontró enemigo fuerte
que eclipsara la victoria
que halló en cien luchas cien veces,
jura á ley de caballero
avasallarla y vencerle.

La noche su negro manto
por el ancho espacio tiende;
las estrellas, que lejanas
su trémula luz encienden,

el silencio de la muerte.
Las auras tristes suspiran,
y sus rumores dolientes
en la oscuridad se agitan
y en el misterio se pierden.
En el bosque se levantan
sombras que giran y crecen,
sombras que, con voces vagas
como el clamor de las fuentes,
tristes historias lamentan
que el alma sólo comprende.
Allá, sobre el negro monte
que dibuja en el Oriente
los contornos de su cima,
la blanca luna aparece,
y á la tibia y melancólica
luz que sobre el campo vierte,
se ve la villa de Overa,
que ante sus murallas tiene
á Fajardo, que no muros
son temores que le arredren.
Sigue la luna avanzando
en su carrera á Occidente;
en tanto su claridad,
que cada vez más acrece,
deja ver del campamento,
con cautela, que impidiere
el ser visto de Fajardo
y de la guerrera gente,
salir á un corcel brioso
bajo un gallardo jinete.
Es Tomás Morata, que
el pensamiento resuelve
de hacer una hazaña digna
de su nombre y de su temple.
Con su escudero camina
por la montaña, desciende
junta á la margen del río
que con serena corriente
cerca de Overa se arrastra;

aun su marcha detiene,
y dejando al escudero
con el corcel que trajese,
sin más auxilio que el brazo
que su espada agita fuerte
y el escudo que su cuerpo
del enemigo defiende,
directamente hacia Overa
avanza con paso leve.
Al pie de su fortaleza
nudosa escala destiende,
la arroja sobre los muros,
y con la espada pendiente
de su mano, y el escudo
embrazado, bravo asciende,
llega á la muralla, ataca
al centinela, le hiere,
y en el muro valeroso
con voz alzada y potente
exclama «Nuestra Señora
de las Huertas» deteniéndose,
«Overa por Lorca» añade,
y con los moros infieles,
Tomás, que por todos vale,
desigual lucha sostiene.
Mas en el campo cristiano
aquel suceso se advierte,
y Fajardo con su tropa
presto marcha á socorrerle.
Llegan, Fernandez Piñero,
que á ninguno en valor cede,
con el estandarte azul
de Lorca, el primero asciende;
síguele Fajardo, y todos
tras ellos suben valientes.
La morisma se apercibe
de la sorpresa, pretende
llegar á la fortaleza
para tenaz defenderse;
mas al pisar los umbrales,
duda, ruge, retrocede,

por el enemigo; en breve
se repone, y esforzada
de tal manera acomete,
que en la lucha enfurecida
hallar unos y otros quieren,
si vencedores, la gloria,
y si vencidos, la muerte.
Cuerpo á cuerpo luchan bravos,
en la sombra se defienden
y se atacan, y en la lucha
que enardecida sostienen,
si cada moro es un bravo,
cada lorquino es un héroe.
Mas ya sobre los de Lorca
Victoria sus alas cierne.
Overa por ellos queda;
y en tanto que los infieles
con su derrota abatidos
domada inclinan la frente,
de la augusta fortaleza
en los altos minaretes,
publicando la victoria
cual otras pasadas veces,
el estandarte lorquino
bate sus azules pliegues.

XII

BATALLA DE LOS ALPORCHONES

El día de esta batalla, cuyo recuerdo es imperecedero entre los hijos de Lorca y Murcia, fué viernes 17 de Marzo, día del Santo Apóstol de Ibernia, Señor San Patricio, año de 1452; día de gloria para lorquinos y murcianos, pues dejaron el campo cubierto de cadáveres de enemigos.

Unidos lorquinos y murcianos, capitaneados éstos por su corregidor D. Diego de Ribera, y los de Lorca por su alcaide D. Alonso Fajardo, y asociados á éstos con sus tercios el santiaguista D. Alonso Lison, gobernador del castillo de Aledo, arremetieron á las hordas sarracenas que talaban y robaban los campos de Murcia y Lorca, encontrándose éstas á la parte opuesta de la rambla de los Alporchones, al pie de la sierra llamada de Aguaderas. Acometieron con tanta intrepidez sobre los moros, que éstos, aunque superiores en número, no pudieron revolverse porque resguardaban la inmensa presa de ganados, riquezas y cautivos en medio de la caballería.

Trabóse tan descomunal combate que se hicieron prodigios de valor por una y otra parte. Uno de los que más se distinguieron fué un caballero lorquino llamado Quiñonero, que era cautivo y quien, soltándole las ligaduras, cogió la lanza y el caballo de un moro muerto, y su brazo fué un rayo.

Ya los cristianos del otro lado de la rambla fueron acometidos con tal ímpetu por los capitanes Alaveses, que re-

trocedieron á su pesar. Entonces, cargando fieros sobre ellos Fajardo, Lison y Rivera, arrancaron la victoria á los soberbios muslimes, que huyeron en desorden abandonando el botín.

Entre los muertos lo fueron los xeques Malique-Alavez, Aben-Aziz y su hermano Aben-Hazen, y los alcaides de Vélez Blanco y de Vélez Rubio, el de Orce, el de Huéscar y el de Cúllar.

De regreso para Lorca el victorioso Fajardo con sus tercios lorquinos, no quisieron entrar en la ciudad, donde ya se celebraba el triunfo de la batalla con grandes regocijos y repiques de campanas, sin llegar al santuario de Nuestra Señora de las Huertas, haciéndole ofrenda de parte del rico botín, dejando depositados allí los estandartes y las banderas cogidas á los moros, dando gracias por tanto beneficio. Después entraron en Lorca, donde fueron recibidos en medio de la ovación más entusiasta que se ha conocido.

La ciudad de Murcia eligió por su patrón á San Patricio, y Lorca no pudo hacer lo mismo por serlo ya de esta ciudad el Santo Pontífice mártir Señor San Clemente, desde la conquista; mas se acordó que, además de los anuales y solemnes cultos con que se había de conmemorar este día, se dedicase un hermoso y magnífico templo al dicho Señor San Patricio, cuya iglesia en 1553 fué nombrada Colegiata insigne por bula de Su Santidad Clemente VII, bula que aparece íntegra en el siguiente apéndice.

XIII

BULA DEL PAPA CLEMENTE VII ERIGIENDO EN COLEGIATA LA IGLESIA DE SAN PATRICIO DE LORCA

Clemens episcopus servus servorum Dei, venerabili fratri Episcopo Castelli Maris, ac dilectis filiis Preceptori Monasterii, per preceptorem soliti gubernati Santæ Eulaliæ Oppidi Civitatis nuncupate de Lorca in Ecctia. Carthaginensis, Salutem, et Apostolicam benedictionem. Hodie à nobis emanarunt littere tenoris subsequentis: Clemens Episcopus servus servorum Dei, ad perpetuam rei memoriam. Regimina universalis Ecctiæ, merittis licet imparibus, disponente Domino presidenttes vocis omnium, præsertim sanctæ romanæ Ecctiæ. Cardinalium, per quæ Oppida insignia, et illorum Ecctiæ. collegiis ecclesiasticis decorentur, ac in eisdem ecclesiis die, noctuque Collautetur Altissimus, Populi consolatio spiritualis vigeat, atque devotio crescat, libenter annuimus, ac illos quoque desteram nræ. liberalitatis extendimus, quos ad ut propria virtutum merita, multipliciter recommendant. Dudum siquidem omnes Cannonicatus, et Præbendas, ac Dignitates, cœteraque beneficia ecclesiastica cum cura, et sine cura apud Sedem Apostolicam tunc vacantia, et in autea vacatura, collationi ac dispositioni nræ. reservavimus. Decernentes es tunc irritum, et inane, si secus super hiis à quoquam quavis aucthoritate, scienter vel

ignoranter contingeret attemptari. Et deinde Archipresbiteratu oppidi de Lorca Carthaginensis Diocesis, tunc per liberam resignationem, dilecti filii egidii Roderici Junteron, alias ipsius Archipresbiteratus Archipresbiteri de illo, queno tunc obstinebant, in manibus nostris spontè factam, et per nos admissam, apud sedem eandem vacante, Nos de illo sic vacante et autea dispositioni Apostolicæ reservato dilecto filio Magio Sevastiano Clavijo, clerico perpetuo Beneficiato in Parroquiali Ecctia. Sanctæ Mariæ, dicti oppidi Notario, et familiari nostro sub dat. Videlicet Kalendis Februarii Pontificatus nostri Anno octavo, concessimus. Cum autem dictus Sevastianus concessioni, Gratiæ huiusmodi, litteris, Apostolicis super ea non confectis hodie in eisdem manibus spontè, et liberè cæsserit, nos que cæssionem huiusmodi duxerimus admitendam, et propterea dictus Archipresbiteratus adhuc, ut præfertur vacare noscatur, nullus que de illo præternos hac vice disponere potuerit, sive possit, reservatione et decreto obsistentibus supradictis; et, sicut exibita nobis nuper pro parte dicti Sevastiani, qui etiam litterarum Apostolicarum Scriptor existit, petitio continebat, cum oppidum, prædictum inter alio Regni Murciæ oppida loci sitæ, ac ædificiorum ornato eiusque districtus agri fertilitate, et incolarum, ac habitatorum numero, celebre reputetur, et sint ac ineo Sanctæ Mariæ prædicta, et Sancti Georgii, et Sancti Joannis, et Sancti Petri, ac Sancti Mathei, et Sancti Clementis, ac Sancti Jacobi Parrochiales Ecclesiæ, nec non unum, seu una in Sanctæ Mariæ, ad reliqum, seu reliqua Præstimonia, seu Præstimonialis portiones, aut simplicia servitoria ecctiatica. beneficia, et olim, dum Regnum Granattæ à Sarracenis occupare tur, universitas dicti oppidi Sarracenos, oppidu, ipsum, tunc invadentes, notabili de eis parta victoria, Altissimo favente, in festo Sancti Patricii. propulsaverint, ac in Sancti Jacobi, quam in reliquiis sex ecctiis. prædictis servitorium beneficiorum prædictorum fructus, redditus, et proventus magistenues existant, si dicta Ecctia. S.ti Georgii suppresia, inea invocatione S.ti Georgii, huiusmodi, in Collegiatam Ecctiam. sub invocatione Sancti Patricii cum Mensa Capitulari, sigi-

no, Arca, seu Bursa communi, ac aliis collegiatibus insigniis, et in ea dictus Archipresbiteratus, qui in aliqua Ecctia. institus non existit, ac Dignitas.....
.....Cathedratem Ecctiam. reputatur cuique cura jurisdictionalis imminet Animarû, et quem pro tempore obtinens ab eo pro solo nutu Episcopi Carthaginensis pro tempore existentis amoveri potest suppressa in eo manualitate huiusmodi in Abbatiam Dignitatem inibi principalem pro uno Abbate, ac sexdecim cannonicatus, et totidem Præbendæ perpetuo exigerentur, et instituerentur.....
.....et una ex Præbendis eisdem perpetuo unirentur, et annecterentur, et incorporarentur, nec non Præstimonia, seu præstimoniales portiones, aut simplicia, ac duo servitoria in Ecctia. Sancti Georgii beneficia huiusmodi perpetuo supprimerentur, et extinguerentur, ac singulorum videlicet in S.ti Jacobi media; in reliquis vero sex Ecctiis., beneficiorum serviteriorum huiusmodi fructuum, reddituum, et proventum duæ tertiæ partes ab eisdem quatuordecim servitoriis beneficiis perpetuo separarentur, ac partes separatæ nec non omnes fructus, redditus, et proventus præstimoniorum, seu præstimonialium portionum, aut simplicium beneficiorum huiusmodi, eidem Mensæ in distributiones quotidianas convertendas reliquis duorum videlicet in Collegiata pro Cappellanis, et aliis officialibus, ac Ministris in ea per illius nunc, et pro tempore Abbatem ad eius liberum nutum inibi ponendis, et amovendis, Aliorum vero duodecim servitoriorum beneficiorum, in reliquis sex ecctiis. huiusmodi fructuum, reddituum, et proventum, tercia, et media respective partibus, quæ cum primiciis, et obblationibus ecctiarum, carundem respective ad congruam substentationem Cappellanorum, et Officialium, ac Ministrorum huiusmodi, nec non duodecim Clericorum in reliquis sex ecctiis. huiusmodi respective perpetuarum beneficiatorum sufficerent ad hoc remanentibus perpetuo applicarentur, et appropiarentur, et quod Abbas, ut Caput nec non quindecim canonici ecctiæ. Collegiatæ huismodi Capitulum inter se constituerent, ac Petrus quoque, et Joannes Martinez in Sancti Georgii et Sebastianus prædictus, ac magister Benedictus gentilis scrip-

tor, et familiaris noster in Sanctæ Mariæ et Clemens Perez, ac Martinus Pastor, in Sancti Joannis, et Jeronimus Daraque, ac Fernandus Rodriguez in Sancti Petri, et Laurentius Baldovin, ac Benedictus prædictus in Sancti Mathei, et Didacus etiam Daraque, ac Michael Carralero in Sancti Jacobi, et Didacus de Valdes, ac Bartholomeus de la Cueva in Sanctis Clementis Ecctiis., et postremo Stephanus, et Antonius huiusmodi à dextra, et sinistra dicti Abbatis partibus haberent, et Petrus, et Joannes nec non Stephanus, et Antonius quamdici virerint; reliqui vero Beneficiati huiusmodi quamdici servitoria huiusmodi obtinerent dumtaxat beneficia, omnes, et sinuculos, prout de præsenti percipiunt, præstimoniorum, seu præstimonialium portionem, aut simplicium, et servitoriorum, beneficiorum suorum huiusmodi respective fructus, redditus, et proventus in absentia, percipere valerent; et deinde fructus, redditus, et proventus Mensæ Capitularis huiusmodi; equaliter inter Abbatem, et Canonicos dictæ Eccitæ. Collegiatæ in ea personaliter residentes, ac divinis interessentes dumtaxat, loco quotidianarum distributionum diisdi deberent, statueretur, et ordinaretur ex hoc profecto decori, et venustati oppidi, et Ecctie. Collegiatæ, ac Diocesis prædictorum ad laudem omnipotentis Dei, opportune consuleretur ad Divinus Cultus, et solitus Ministrorum Ecclesiasticorum numerus, cum incolarum dicti oppidi eximia devotione, et spirituali consolatione inibi augmentum susciperent. Quare pro parte dicti Sebastiani nobis fuit humiliter supplicatum, ut erectionem, institutionem, suppræsionem, extinctionem, unionem, annexionem, incorporationem, separationem, applicationem, appropiationem, statutum, et ordinationem huiusmodi facere, alias que in præmissis opportune providere de Benignitate Apostolica digneremur. Nos igitur, qui dudum inter alia volluimus, quod semper in unionibus commissio fieret ad partes, vocatis quorum interesset Sebastiano, et Benedicto ob gratæ devotionis, et familiaritatis obsequia, queæ nobis, ac dictæ sedi hactenus impenderunt, et adhuc sollicitis studiis impendere non desistum, ipsisque et Petro, ac Joanni, et Clementi, ac Martino, et Jieronimo, ac Fernando, et Laurencio, ac Didaco Daraque, et Michaeli, ac

Didaco de Valdés, et Bartholomeo ac Stephano, et Antonio prædictis ob vitæ ac morum honestatem, alia que laudabilia probitatis, et virtutum merita, quibus ipsoris Sebastiani, et Benedicti Personas etiam fide dignorum testimoniis invari percepimus, et super quibus Petrus, ac Joannes, et Clemens, ac Martinus, et Jieronimus, ac Fernandus, et Laureutius, ac Didacus Daraque; et Michael, ae Didacus de Valdés, et Bartholomeus, ac Sephanus, et Antonius prædicti, Apud Nos fidedigno commendantur testimonio, specialem gratiam facere volentes et quemlibet ex Sebastiano, et Benedicto, ac Petro, et Joanne, ac Clemente, et Martino, ac Jeronimo, et Fernando, ac Laurentio, et Didaco Daraque, ac Michaele, et Didaco de Valdés, et Bartholomeo, ac Stephano, ac Antonio prædictis á quibus vis excommunicationis, suspensionis et interdicti, aliisque Ecclesiasticiis Sentenciis censuxis, et panis á jure, vel ab homine, quamvis occasione, vel causalitatis, siquibus quomodo libet innotatus exsitat ad effectum præsentium, dumtaxat consequendum, horum serie absolventes, et absolutum fore censsentes, nec non omnia, et singula alia beneficia Ecctiastica. cum cura et sine cura, quæ quilibet ex Sebastiano, ac Benedicto non tamen in dicta Collegiata Ecctia., et Petro, ac Joanne, et Clemente, ac Martino, et Jeronimo, ac Fernando, et Laurentio, ac Didaco Daraque, et Michaele, ac Bartholomeo, et Stephano, ac Antonio prædictis, etiam ex quibus vis Apostolicis dispensationibus obtinet et expectat, ac in quibus, et ad quæ sibi jus quomodalibet competit, quœcumque, quotcumque, et qualiacumque sint, eorumque fructuum, redituum, et proventuum veros annuos valores, ac huiusmodi dispensationum tenores præsentibus pro expressis habentes huiusmodi, ne noc Dilecti filli nri. Mathei tt. Sancti Angeli in foro Piscatorias Presbiteri Ecctiæ. Ecctiæ, Carthaginensis perpetui Administratoris in Spiritualibus, et temporalibus, per sedem prædictam deputatis nobis super hoc humíliter supplicantis, supplicationibus inclinati aucthoritate Apostolica tenore præsentium præsttimonia, seu præstimonialis portiones, aut simplicia, et in Ecctia. Sancti Georgii duo servitoria beneficia, ac invocationem Sancti Georgii, et in

Ardispresbiteratu manualitatem huiusmodi perpetuó supprimimus, et extinguimus, ipsamque Ecctiam, nuper Sancti Georgii in Collegiatam Ecctiam. sub dicta invocatione Sancti Patricii, cum mensa Capitulari, sigillo, Arca, seù Bursa communi, et aliis collegialibus insigniis, et in ea Ardispresbiteratum prædictum, at præfertur, vacantem in Abbatiam Dignitatem inibi principalem, ac sesdecim canonicatus, et totidem Præbendas sine alicuius prœiudicio, perpetúo exigimus, et instituimus; ac eidem Abbatiæ vnum ex Canonicatibus, et vnam ea Præbendis eisdem, perpetúo vnimus, annectimus, et incorporamus, ac singulorum in Sancti Jacobi videlicet media; in reliquis vero sea Parrochialibus ecctiis, beneficiorum servitoriorum fructuum, reddituum, et proventuum huiusmodi dua tercias partes ab eisdem quatuordecim servitoriis beneficiis perpetuó separamus, et segregamus illas que, nec non omnes, et singulos fructus, redditus, et proventus præstimoniurum, seu præstimonialium portionum, ant simplicium beneficiorum huiusmodi, eiden Mensæ in distributiones quotidianas convertendos, reliquis vero tertia, et Media partibus fructuum, reddituum, et proventuum singulorum quatuordecim servitoriorum beneficiorum cum primitiis, et oblationibus huiusmodi pro Cappellanis, officialibus, et Ministris, ac duodecim Beneficiatis prædictis respectivé, ut præfectur, remanentibus perpetuó applicamus, et appropriamus; Sta. quod Sebastiano, ac Benedicto, et Petro ac Joanne, et Clemente, ac Martino et Jeronimo, ac Fernando, et Laurentio, ac Didaco Daraque, et Michaele, ac Didaco de Valdés, et Bartholomeo, ac Stephano, et Antonio prædicas, simul, vet sucessive, etiam in aliquo Mensium ordinariis collationibus per constitutiones nras. aut Litteras alternativas, alia que Privilegia, et Indulta quæcumque concessorum, et concedendorum, decentibus præstimonia, seu præstimoniatis portiones, aut simplicia, et seruitoria beneficia huiusmodi alias quomodo libet dimittentibus, vel amittentibus, et illis quovis modo etiam in Januarii, Februarii, Aprilis, Maii, Julii, Augusti, Octobris, et Nobembris, Mensibus, simul, vel sucessivé vacantibus, etiam apud Sedem prædictam liceat Abbati, et Capitu-

lo Ecctiæ. Collegiatæ huiusmodi per se, vel alium, seu alios partes fructuum, redditumm, et proventuum applicatas, ac omnes, et singulos fructus, redditus, et proventus, præstimoniorum, seu præestimonialium portionum, aut simplicium beneficiorum, huiusmodi propria ancthoritate nomine dictæ Mense libere percipere, exigire, et levare; ac inter illos ex eis in dicta collegiata Ecctia, personaliter residentès, ac Divinis interessentes dumtaxat æqualiter dividere; Abbati autem nunc et pro tempore dictæ Collegiatæ Ecctiæ, ex nunc corporalem possessionem canonicatus, et Præbendæ vnitorum prædictorum, juriumque, et pertinentiarum suorum omnium propria aucthoritate libere appræhendere, et perpetuo retinere, illorumque fructus, redditus, et proventus ni suos, ac dictorum canonicatus, et præbenda, ac Abbatiæ vsus, et vtilitatem convertere Diocesani loci, et cuiusvis alterius licentia super hoc, minime requisita. Quodque Abbas, ut Caput, nec non quindecim canonici Ecctiæ. Collegiatae huiusmodi pro tempore existentes Capitulum inter se constituant, ac in Stilo, loco, et voce prædictis, præcedentiam, et ordinem supra dictis servare debeant. Et quod Stephanus, et Antonius præstimonio rum, seu præstimonialium portionum, aut simplicium, et Petrus, ac Joannes seruitoriorium beneficiorum suorum quamdiu viverint; reliqui vero Beneficiati prædicti seruitoriorum beneficiorum suorum huiusmodi respectivé, quamdiu illa obtinuerint, dumtaxat omnes, et singulos fructus, reddituas, et proventus etiam Meusæ applicatos, et pro Cappellanis, officialibus, et Ministris designatos huiusmodi in absentia integræ, prout aute datano præsentium percipiebant, et percipere poterant, percipere, exigere, et levare, ac Sebastianus prædictus quoad vixerit, etiam si Abbatiano, cum illi vnitis Canonicatio, et Præbenda huiusmodi reservatis sibi illorum fructibus resignaverit omnes et singulos fructus, redditus, et proventus Abbatiæ, et illi unitorum canonicatus, et Præbendæ huiusmodi in absentia integre percipere, exigere, et levare; eius vero in dicta Abbatia Succesores, fructus, redditus et proventus ipsius Abbatiæ ratione Archipresbiteratus etiam in absentia percipere, exigere, et levare, ac in suos usus, et utilitatem convertere liberé, et licité valeant,

modi, non in absentia, sed personaliten, ut præfertur, residendo, et interessendo percipere possit; Et quod illi, quibus ad præssens regressus, aut accessus, vel coadjutoriæ ad præstimonia, seu præstimoniales pertiones, aut simplicia, et servitoria beneficia huiusmodi sint concessi, si regressus aut accessus, vel coadiutoriæ huiusmodi sortiantur effectum, sint canonici, Præbendati dicta collegiatæ Ecctiæ, ac in omnibus, et per omnia illis, ex quorum personis regressus, aut accessus, vel coadiutoriæ huiusmodi sunt eis concessi, quoad omnia, et singula præmissa succedant, et substituti sint, et tam illi, quam Stephanus, et Antonius, et moderni Beneficiati prædicti occasione residentiæ, et interessentiæ in dicta Collegiata Ecctia. per eos quamdici quomodo absentiæ huiusmodi gaudere voluerint, faciendæ nichil ex fructibus, redditibus, et preventibus dictæ Mensæ habeant, aut participare possiut, sed omnes fructus, redditus, et proventus, Mensæ huiusmodi inter Abbatem, et canonicos in dicta Collegiata Ecclesia personaliter ressidentes, ac Divinis interessentes, et comodo absentiæ huiusmodi non gaudentes distribui debeant, ac Petrus, et Joannes prædictio omnes fructus, redditus, et proventus suorum seruitoriorum beneficiorum huiusmodi quamdiu perciperint ad servitium et Curan Animarum, ac onera quæcumque, ad quæ illorum ratione aute erectionem huiusmodi tenebantur, similiter omninó teneantur. Quod que Abbas nunc, et pro tempore et Capitulum dictæe Collegiatæ Ecclesiæ quando cumque voluerint quæ cumque statuta, et ordinationes licita, et honesta, ac Sacris Cannonibus non contraria prosperum regimen, ac tranquillum statum, et votivam directionem dictæ Collegiatæ Ecctiæ., nec non modum, et forman in præmissis, et aliis Divinis Officiis dicendis, ac decantandis, et capitullaribus, ac allis actibus publicis, ac privatis, ac processionibus faciendis tenendas, ac alia præmissa, et infrascripta omnia, et singula quomodo libet concernentia aucthoritate Apostolica condere, alterare et mutare, et quascumque, de quibus sibi placuerit, pœnas in contraventores apponere itlas que executioni debitæ demandare, ac alia quæcum-

opportuna facere, et exequi libere, et licite valeant, ipsaque statuta et ordinationes inviolabiliter observari debeant, et tam Abbatiæ, et Canonicatuum, ac Præbendarum, ac prima vice excepta, qua ut prius duodecim benefitiorum servitoriorum pro tempore vacantium, prædictorum Collatio, et provissio, et omnimoda dispositio ad loci ordinarium, salvis Apostolicis reservationibus libere pertineant perpetuó, statuimus, et ordinamus, ac Ecctiæ. Collegiatæ præedictæ, illiusque Abbati, Canonicis, Capitulo, et Ministris, nunc, et pro tempore existentibus, ut omnibus, et singulis Privilegiis, Immunitatibus, prærrogativis, exeptionibus, præeminentiis antelationibus, indultis, favoribus, concesionibus, et Gratiis, quibus aliæ Castellæ, et Legionis Regnorum Collegiatæ Ecctiæ, quæcumque, ac in eis Dignitates obtinentes, illarumque capitulus canonici, et Ministri, tam de jure, et consuetudine, quam alias quomodo libet vtuntur, potiuntur, et gaudent, ac uti potiri, et gaudere poterunt in futurum ipsi quoque uti potiri, et gaudere libere, et licite valeant, indulgemus, nec non Abbatiam, cuius et illi annexorum Canonicatus, et Præbendæ prædictorum, quinquaginta cum eisden vnitis Canonicatu, et Præbenda Sebastiano, ac vnum, et vnam Petro, ac alium, et aliam Joanni, ac duos, et duos Benedicto, ac vnum, et vnam Clementi, ac alium, et aliam Martino, ac alium, et aliam Laurentio, ac alium, et aliam Didado Daraque, ac alium, et aliam Michaeli, ac alium, et aliam Didaco de Valdès, ad alium. et aliam Bartholomeo, ac alium, et aliam Sthephano, ac reliquum et reliquam Canonicatum, et Præbendam per præsentes erectos huiusmodi, quorum singulorum viginti quatuor ducatorum auri de Camera fructus, redditus, et proventus, secundum communem estimationem, valorem annuum, vt ipsi Sebastianus, et Petrus, ac Joannes, et Benedictus, et Clemens, ac Martinus, et Jeronimus, ac Fernandus, et Laurentius, ac Didadus, et Michael, ac Didadus de Valdés, et Bartholomeus, ac Stephanus, et Antonius respectivè asserunt non excedunt ab eorum primeva erectione huiusmodi vacantes, de quibus nullus præter nos hac vice disponere

supradictis, cum plenitudine juris Canonici, ac omnibus juribus, et pertinentiis suis Antonio prædictis conferimus, ac de illis etiam providemus decernentes prout est irritum, et inane, si secus super hiis a quoquam quavis aucthoritate scienter, vel ignoranter attemptatum forsam est hactenus, vel imposterum contingerit attemptari, non obstantibus voluntate priori nra. prædictu, aliisque Apostolitis, ac in provincialibus, et sinodalibus Conciliis eddictis generalibus, vel specialibus constitucionibus, et ordinationibus contrariis quibuscumque; Aut si aliqui super promissionibus sibi faciendis de præstimoniis, seu præstimonialibus portionibus, aut huiusmodi specialibus, vel aliis beneficiis ecctiasticis. in illis partibus generales dictæ sedis, vel Legatorum eius litteras impetrarint etiam si per eas ad inhibitionem, reservationem, et decrettum vel alias quamodo libet sic processum, quas quidem litteras, et processus habit..... per easdem, ac inde sequitta quæcumque, necnon quascumque Gratias expectativas ac speciales, vel generales, etiam mentales reservationes, ac perpetuas, et temporales uniones annexiones, incorporationes, alias que suppressiones, extinctiones, applicationes, appropriationes, nominationes nominandi, providendi, uniendi, supprimendi, extinguendi, appropriandi, applicandi, ac alias facultates, litteras, Mandata, Gratias, et indulta quæcumque etiam cum promissionibus, ac aliis dispositionibus ex tunc pront cum vacarent, etè contra quibus vis etiam familiaribus continuis commen salibus nres. antiquis, ac descriptis, ac Sanctæ Romanæ Ecctiæ. Cardinalibus, et alis Personis, ac Ecctiis., et locis quibuscumque, ac eorum necnon Imperatoris, Regum, et aliorum Principum, ac Prælatorum, consideratione, instancia, intuitu, vel respectu, et ob augmentum cultus Divini ac favorem fidei, alias que quantuncumque urgentissimas, et iustissimas causas, ac per viam generalis Legis, et statuti perpetui, ac initi, et stipulati contractus, ac motu proprio, et excerta scientia, ac ex Apostolica potestatis plenitudine, et cum quibus vis irritavis, annulativis, cassativis, revocativis, præservativis, exceptivis, restitutivis, declarativis, Mentis

tioribus efficacissimis en insolitis clausulis ingenere, vel in specie, etiam nominatim de dictis præstimoniis, seu præstimonialibus portionibus, aut simplicibus, et servitoriis beneficiis, ac Archipresbiteratu per Nos, ac per dictam sedem quomodo libet hactenus concessa, ac deinceps concedenda illorum omnium tenoris præsentibus pro sufficienter expressis, ac de verbo ad verbum insertis; nec non modos, et formas ad in servandos pro in individuo servatis habentes ad præstimonia, seu præstimoniales portiones, aut simplicia, et servitoria beneficia ac Archipresbiteratum prædicta, volumus non extendi, sed nullum per hoc eis quo ad assequtionem præstimoniorum, sen præstimonialium portionum, aut beneficiorum aliorum præiudicium generari; seu si Episcopo Carthaginensi pro tempore existenti, vel quibus vir aliis communiter, vel divissim, ab eadem sit sede indultum, quod ad receptionem, vel provissionem alicuius minime teneantur et ad id compelli non possint per litteras Appostolicas non facientes plenam, et expressam, ac de verbo, ad verbum de indulto huiusmodi mentionem; Et quibustibet aliis Privilegiis, indulgentiis, ac litteris Apostolicis, generalibus, vel specialibus quorum cumque tenorum existant, perque præsentibus non expressa, vel totaliter non inserta, effectus eorum impedire, valeat, quomodolibet, vel diferri, et de quibus quorumque totis tenoribus de verbo ad verbum hobenda sic in nris. litteris mentio specialis. Nos enim cum Benedicto prædicto, ut duos Canonicatus, et duas Præbendas, sibi Collatos prædictos vigore præsentium recipere, et in simul quod devixerint retinere libere, et licite valeat constitutionibus, et ordinationibus Apostolicis, ceterisque contrariis nequaquam obstantibus auctoritate, et tenore prædictis de speciali dono gratiæ dispensamus; Proviso, quod de Archipresbiteratus, ac præstimonia, seu præstimoniales portiones, aut Simplicia, et suppressa servitoriæ beneficia, ac vnia, nec non Benedicto Collati Canonicatus, et Præbendæ huiusmodi debitis propterea non fraudentur obsequiis, et animarum Cura in dicto Archipresbiteratu nullatenus negligatur, sed illius, ac Præstimoniorum, seu præstimonialium portionum, aut

vnitorum, et Benedicto collatorum Canonicatuum, et Præbendarum prædictorum congrue supportentur onera consueta; nulli ergo omnino hominum liceat hanc paginam nræ. absolutionis, suppressionis, extinctionis, erectionis, institutionis, vnionis, Annesionis, incorporationis, separationis, segregationis, applicationis, appropriationis, statuti, ordinationis, indulti, collationis, prouissionis, decretti, voluntatis, et dispensationis infringere, vel is ausa temerario contraire; Siquis autem hoc attemptare præsumpserit, indignationem Omnipotentis Dei, ac Beatorum Petri, et Pauli Apostolorum eius senoverit incursurum. Dat. Romæ apud Sactum Pettrum Anno Incarnationis Dominicæ Millessimo, quingentessimo, tricessimo tertio. Septimo Kalendas Maii, Pontificatus nostriis anno Decimo. Quo circa discretioni vræ., mandamus per Apostolica Scripta, quatenus vos, vel duo, aut unus vrum. per vos, vel alium, seu alios aucthoritate nra. faciatis pæeinsertas litteras, et in eis contenta, quæcumque plenum efectum sortiri, ac ab omnibus inviolabiliter observari, illis, que omnes, et singulos, quos comodolibet concernunt, pacifici frui, et gaudere; nec permittatis, quemquam contra illorum tenorem quomodolibet molestari, impediri, ant inquietari, contradictores quoslibet, et rebelles, etiam per quascumque, de quibus vobis placuerit, censuras, et pœnas, ac alia iuris remedia, appellatione postposita, compencendo; invocato etiam ad hoc, si opus fuerit, auxilio brachii secularis, Non obstantibus omnibus supradictis; seu, si aliquibus communiter, vel divissim, a prædicta sit sede indultum, quod interdici, suspendi, vel escomunicari non possint, per litteras Appostolicas non facientes plenam, et expressam, ac de verbo ad verbum de indulto huiusmodi mentionem. Dat. Romæ apud Sanctum Petrum. Anno Incarnationis Dominicæ Millessimo, quingentessimo, tricessimo tertio. Septimo Kalendas Maii. Portificatus nri. Anno decimo.=C. Nesnellis.=Ys. Moliar.=R. Milansas.=P. vel Fulgo. pro. Magris.=Do. de Viterbo.=F. D. Rivera pro computatore.=R. Salibus.= A. Cave.=A. de Carboniano.

XIV

LORCA

(Tradiciones de mi patria.)

AL SEÑOR DON FRANCISCO DE P. CACERES PLA,

Gentilhombre de Su Majestad.

El interés que demuestras por cuanto á la historia de nuestra querida Lorca se refiere y tu invitación para que te mande unas cuartillns que acompañen el apéndice de la obra que editas, referente á PÉREZ DE HITA, inmortal autor de las *Guerras civiles de Granada* (debida á la pluma del erudito Sr. Acero), me mueven, aunque el último de los lorquinos, á complacerte y dedicarte este artículo. Poquísimo vale, pero sabrás avalorarlo tú, siquiera sea porque en el está escrito el nombre de Lorca y el de tu sincero amigo

J. M. CAMPOY.

Declinaba el sol, en una hermosa tarde de primavera, perdiéndose detrás de las enhiestas torres y derruídas murallas del antiguo castillo que corona mi patria. Tendida Lorca, como augusta matrona, en la falda oriental de la sierra, sobre el mullido lecho de variadas flores que á su alrededor forman los deliciosos jardines que la cercan, hunde sus pies

en las aguas cristalinas de su río, que, al besarles blandamente, se aleja murmurando un himno de amor y de ventura.

En la cima de las almenas que la sirven de dosel se percibían los dorados reflejos del sol, como si quisieran, antes de despedirse de la tierra, coronar con bella diadema de oro á la sultana de sus amores, mientras los últimos rayos de su luz, menos viva en las lejanas sierras del Oriente, parecían arrastrar un pesado manto negro, sobre cuyo sombrío fondo destacábanse estrellas de diamante, para con él velar el sueño de su ciudad querida.

Reclinado me hallaba sobre la eminencia que presentan, al extremo de la fortaleza de Lorca, los restos de su antiguo y morisco torreón del Homenaje, cuando me pareció percibir junto á mí un gemido, tan triste como el que en las horas de silencio produce el viento en el hueco de una tumba. Un movimiento instintivo hizo fijar mi vista al lado occidental de la torre, y una forma, vaporosa al principio, pero cuyos contornos fueron precisándose á medida que con lentitud se me acercaba, dejaron dibujarse sobre el ya casi oscuro firmamento la figura de una esbelta dama, de majestuosa apostura y envuelta en amplio alquicel blanco. Aún no repuesto de la sorpresa que me causara tan bella como inesperada aparición, con voz dulcísima empezó á relatar el pasado de Lorca, obligándome á permanecer inmóvil y callado.

—Á tus pies, dice, contemplas la ciudad que te es tan querida; también yo, enamorada de ella, porque, como tuya, fué mi patria, vengo, hace siglos, todas las noches á llorar sobre estas ruinas sus desventuras, comunes con las mías. Esa ciudad, medio dormida ahora, oculta en el seno del olvido una brillante y larga historia. Deitanos poseyeron sus campos esmaltados de verdura, y el duro y feroz carácter de aquéllos se dulcificó con la suavidad del clima, con el murmullo misterioso y dulce de sus áuras y con la sonrisa que pinta la Naturaleza en sus extensas praderas.

Un día mercaderes extranjeros aportaron á las vecinas playas, y amigos primero y huéspedes dominantes al fin, dejan oir las cadenas que en su orgullo formaran en los

vitud, despertando de letárgico sueño, se encuentran aprisionados entre más duros hierros. Los Cartagineses, llamados en su auxilio para vencer los Fenicios, no han hecho otra cosa que redoblar sus prisiones. De Mediodía á Septentrión cruzaron estos campos, devastador meteoro, las huestes capitaneadas por Aníbal, el que vió junto á la antigua Bellia eclipsada para siempre la estrella brillante de su fortuna. Asdrúbal, vengador de su esclarecido deudo, al fundar á Cartagena, hizo de estos campos y sus comarcanos el emporio de su poder y de su gloria. ¡Cuánta sangre ha costado siempre al mundo la ambición y orgullo de los hombres! Extiende la vista á todos lados y doquiera hallarán tus ojos sangre y exterminio. Un duelo á muerte se realiza en estos fértiles campos entre dos poderosas repúblicas. Cartago y Roma son los dos pueblos libres que luchan por aherrojar á mi patria. El primero vencerá momentáneamente. En dirección al Sur, las ruinas de una incendiada fortaleza marcan el sitio donde Escipión y los suyos sucumben víctimas de un error estratégico. Otro Escipión venga su sangre y su patria, y desde entonces el águila romana aprisiona entre sus garras la codiciada presa. ¡Garras aceradas que destrozan sus entrañas, y en vano una y otra vez lucha por desasirse de ellas!

Á torrentes bebísteis, procónsules romanos, la sangre de mi patria, que considerasteis esclava, y al querer dignificarla, haciendo pasar por ella la majestuosa vía que, partiendo de Narbona, se dirigía á Castulum y Málaga, vió muchas veces por ese mismo camino desaparecer la riqueza de su feraz suelo y recibió en cambio legiones que hiciesen más pesada su servidumbre.

De repente un violento torbellino cruza del Aquilón al Mediodía, y en su marcha todo lo arrasa y lo destruye. Ruinas empapadas con lágrimas y bañadas en sangre dejan sólo los Bárbaros á su paso. Necesario fué que la monarquía goda se constituyera, extendiendo por espacio de tres siglos su protección sobre Lorca, á la que erigió en condado, para que mi ciudad querida se reponga de sus daños.

También vienen después sobre el Aquilón los hijos del Mediodía, y más que nunca, con ellos se levanta ¡oh Lorca! tu grandeza. Tus hijos escucharon antes que nadie los rugidos del león del desierto, y lejos de intimidarse á su feroz empuje, siguiendo al valeroso Teodomiro, pusieron sus pechos de antemural á Guadalete. Reanimada España de su sorpresa, si pelea en los campos de Jerez es para ser vencida: tus hijos, en tanto, depondrán sólo las armas con la victoria ó con la vida. En esos campos que á tus pies se extienden, los destrozados restos de la Bética esperan á pie firme á Abdalaziz-ben-Muza; traban con él sangrienta batalla, en la que, si al fin salen derrotados, enseñan al caudillo de la Mauritania que será más fácil capitular con ellos que vencerlos. El capitán Teodomiro, tan astuto y prudente como esforzado, ve que aún puede, á la cabeza de tus bravos guerreros, conservar un jirón de gótica púrpura, y reanimando el valor hasta de tus mujeres, te salva con el ardid de Auriola. Tributaria quedas ¡oh Lorca!, pero no esclava, y en tu frente, como en la de otras seis ciudades, aunque cercadas de enemigos, refléjanse los destellos de la corona de los Godos. La férrea mano de Teodomiro rige su pequeño reino por espacio de treinta años, y á los dos de haber legado en su lecho de muerte á Atanagildo el cetro, se deshizo éste en pedazos al choque del alfanje del Emir Husam-ben-Dhirar.

Época de trastorno y de revueltas se siguió entre los Emires de España hasta la proclamación de Abderramán, resto de los Omniadas, escapado á bárbara matanza. Rindióse á su nombre casi toda España, menos su último Emir Jusuf el Fehri, que, auxiliado por tres guerreros, sostuvo entre revueltas su estandarte. Para anegarlo en sangre, destaca sus tropas el Califa cordobés, que no mira segura en las sienes la corona mientras no coja en los campos de Lorca el laurel de la victoria, regado con la última gota de sangre de Jusuf.

Tres veces los hijos desheredados de Abderramán levantan en los muros de Lorca el estandarte de rebelión contra los Califas Hixen, Alhaken y Abderramán II; y como si la

destinos en la arena de estos campos, tres veces triunfan, sojuzgando á sus enemigos. Á visitar la ciudad donde brilla la buena estrella de su raza viene Abderramán III. Rodeado de espléndido cortejo, penetra en ella, en medio de aclamaciones, y el magnífico Soberano la distingue con su afecto y su cariño. No debió menos á Alhaken II. Obras de consideración hizo en sus campos el que en todo su reino supo «mudar las lanzas y espadas en azadas y rejas de arado y convirtió los ánimos inquietos y guerreros de los muslines en pacíficos labradores y pastores.» ¡Cuánto faltó á los descendientes de tales Califas para igualar sus glorias! La raza Omniada desciende rápidamente á su decadencia, y sólo el ánimo esforzado de Almanzor la sostiene un momento al borde del abismo. Cubierto el aguerrido capitán del polvo de cien combates, también, ¡oh Lorca!, te visita, y en tu murado recinto forja el rayo, que dirige, en su vigésima tercera expedición, contra el Conde Borrell de Barcelona.

El Imperio muslímico de España se disgrega algunos años más tarde, y en vano aborta el Africa nuevas razas que le den unidad y cohesión. Dispútanse la supremacía é independencia mutuamente los Walíes, y más de una vez sus rivalidades ensangrientan este suelo.

En medio de aquellas vicisitudes y revueltas, un noble Wali, ciudad querida, te amó con todo su cariño. Abu-Muhamed Abdalá te levantó sobre tu generoso escudo, ciñendo á tu frente corona de reina; habitaron Reyes entonces tu recinto, su estandarte real, mecido al impulso del viento, proclamó en el espacio tu grandeza. Entonces es, también, cuando la bella Halewa, que, como hoy, todas las noches viene á este sitio á cantar tus glorias, fué creciendo en tu recinto; gozó á la vista de tus deliciosos jardines y se enorgullecía en su hermosa y fuerte patria. Aquí, princesa infortunada, gocé diez y siete años de caricias de un padre amante, aquí entreabrí mi pecho á las encendidas palabras de amor brotadas de los labios de Meruan; aquí, sobre nuestra dicha, se cebó la envidia y traición de un infiel Wazir, y horrorosa catástrofe, al caer sobre mi cabeza, te envolvió

también, ciudad querida, en una parte de mi desgracia. Tu te repondrás pronto de ella con los triunfos de los guerreros de la Cruz, que engrandecerán tu nombre. Esos triunfos no puedo yo contarlos; son de los enemigos de mi raza, que, valientes como discretos, lo mismo te elevarán con su espada que te ensalzarán con sus cantos. Quede para ellos tarea tan honrosa. Yo comparto mi existencia misteriosa en venir todas las noches á admirarte desde estas ruinas, y al mediar las tinieblas que durante la ausencia del sol envuelven á la tierra, y cuya hora se aproxima, vuelo junto al sepulcro del esforzado Meruan, para recordar sus amores, porque los de su raza me tuvieron por su prometida, como los cristianos me tienen por la REINA MORA (1).

Una campanada sonora marcó en aquel momento la medianoche, y me pareció ver desaparecer la visión con la misma rapidez con que el rayo hunde su frente de fuego en el seno de lejana nube.

EL LURKI.

Riopar 1889.

---

(1) Existe en Lorca una balsa con el nombre de la *Reina Mora*, donde antiguas consejas la suponen encantada.

INDICE

DEDICATORIA.

PRIMERA PARTE

Páginas.

I. Lugar y año del nacimiento de Pérez de Hita..... 7
II. Observaciones sobre el carácter de Pérez de Hita: influencia del gusto del siglo en que escribió en su educación literaria..... 19
III. Reseña crítica de la primera parte del libro «Guerras civiles de Granada»..... 25
IV. Influencia de la obra de Pérez de Hita en la literatura contemporánea.—Martínez de la Rosa.—Chateaubriand.... 31
V. Segunda parte de las «Guerras civiles,» y su demérito en comparación de la primera; causas puramente literarias del citado demérito.—Aben Humeya.—Los Monfíes de los Alpujarras..... 35
VI. Parte poética, «Romances Moriscos.»—Los Moratines.—Lope Gisbert..... 40
VII. ¿Son las «Guerras civiles» de Ginés Pérez de Hita, ó del moro autor de vista, Aben Hamin, según unos, ó Aben Hamidi, según D. Nicolás Antonio, de quien las tradujo Hita?..... 53
VIII. Familia de Hita..... 69
IX. Ediciones de la obra «Guerras civiles de Granada,» primera y segunda parte..... 64
X. Ídem íd. (continuación)..... 76
XI. Ídem íd. (conclusión)..... 83
XII. Reseña del ejemplar impreso en Zaragoza en 1595, y que existe actualmente en la Biblioteca Nacional de París... 93
XIII. Ídem íd. (continuación)..... 108
XIV. Ídem íd. (continuación)..... 126
XV. Ídem íd. (conclusión)..... 139

XVI. Algunas reflexiones sobre los Musulmanes de España, y sobre la «Histoire *Chevaleresque* des Maures de Grenade». 155
XVII. Ilustración á la nota de la pág. 19 181
XVIII. Ídem íd. (conclusión)..... 190

SEGUNDA PARTE

Advertencia preliminar..... 197
Canto I..... 202
— II..... 211
— III..... 218
— IV..... 232
— V..... 240
— VI..... 245
— VII 257
— VIII..... 261
— IX..... 268
— X..... 274
— XI..... 283
— XII..... 296
— XIII..... 306
— XIV..... 315
— XV..... 341
— XVI..... 368

APÉNDICES

	Páginas.
I. Sermo in commemoratione victoriæ Bazensis civitatis	397
II. La entrega de Baza	412
III. Estancia de Colón en Baza	421
IV. Entrada de Fernando V en Lorca	427
V. Estancia en Baza de San Francisco de Borja	439
VI. Lanzud y Ben-Harí	441
VII. Estancia de Cervantes en Baza	453
VIII. Recámaras de lombardas que se conservaban en Baza	458
IX. Nombres antiguos de Lorca	459
X. Una hazaña de Fajardo	463
XI. Toma de Overa	471
XII. Batalla de los Alporchones	476
XIII. Bula del Papa Clemente VII	478
XIV. Lorca	490

FIN DEL TOMO I

COLOCACIÓN DE LAS LÁMINAS

	Páginas.
Castillo y Villa de Mula	15
Vista general de Lorca	202
Imagen de Nuestra Señora la Real de las Huertas	212
Torre Alfonsina	283
Fachada de la iglesia de San Patricio	317
Vista de Lorca desde la «Casa del Fiel»	368

THIS BOOK IS DUE ON THE LAST DATE
STAMPED BELOW

AN INITIAL FINE OF 25 CENTS
WILL BE ASSESSED FOR FAILURE TO RETURN
THIS BOOK ON THE DATE DUE. THE PENALTY
WILL INCREASE TO 50 CENTS ON THE FOURTH
DAY AND TO $1.00 ON THE SEVENTH DAY
OVERDUE.

JUL 20 1944

JUL 21 1944

3Mar49HJ

23Mar5 5 JB

MAR 1 4 1955 LU

LD 21-100m-7,'40 (6936s)

339176
DP63
Acero P4A3
UNIVERSITY OF CALIFORNIA LIBRARY